BELÉN JUNCO

LAS TRES VIDAS DE LA DUQUESA *de* GROSVENCER



NOVELA

Belén Junco

Las tres vidas de la duquesa de Grosvencer

la esfera de los libros

Primera edición: enero de 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com*; 91 702 19 70 /93 272 04 47).

© Belén Junco Aguado, 2024
© La Esfera de los Libros, S. L., 2024
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-1384-729-0
Depósito legal: M. 32.488-2023
Fotocomposición: Creative XML, S.L.U.
Impresión y encuadernación: Unigraf
Impreso en España-*Printed in Spain*

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41

42
43
44
Playlist
Agradecimientos

Este segundo libro está dedicado
con todo mi cariño a tantas y tantas personas,
esperadas e inesperadas, que me han animado
a seguir escribiendo tras la publicación de
La reina de Nairobi.
A tanto cariño, también inesperado, recibido
de mis lectores conocidos y, sobre todo,
desconocidos y a tantos compañeros de profesión
que con su desinteresada comunicación
han hecho de mí una nueva escritora de ficción.

—Violet, ¿sabes dónde está tu hija? Nunca sabemos ni qué hace ni dónde está. Esa niña necesita que su madre la vigile más y esté más pendiente de ella.

Quien así habla es mi madre, abuela de mi hija Lilibeth, la mujer que intenta cada día que su hija, es decir, yo, encuentre un camino lógico para ella, que viva de forma más tradicional y como una futura duquesa y sin los altibajos a los que la pobre ya está acostumbrada a ver en mi vida.

Ella, una mujer privilegiada con aparente suerte en el amor y preocupada siempre «del qué dirán», no puede entender que su bella y culta hija viva de manera rara y distinta una vida que tendría que haber sido de «vino y rosas» entre nobles y palacios. Según ella, he tenido «muy muy mala suerte». «Eres tan distinta —lo dice en el sentido peyorativo—, pareces más un muchacho que una jovencita de la alta sociedad londinense… ¿Por qué?, ¿Porqué me ha pasado esto?».

Creo que soy atractiva, bueno, mejor dicho, lo soy, lo noto por cómo me miran y porque así lo siento, pero nunca me ha importado demasiado, ya que siempre, como dice mi padre, mi atractivo estaba más en mi manera de ser que en mi poco femenina manera de vivir y, por supuesto, de vestir. No me gustan demasiado las fiestas, no me agradan los corrillos hablando de otras personas, no me siento bien si no estoy cerca de la tierra. Me gusta más mirar al cielo para ver si la lluvia regará hoy nuestro huerto que mirar escaparates en Sloane Street. Me importa mucho más el saber estar, el vivir disfrutando de las pequeñas cosas, las que poca gente ve, pero que a mí me vuelven loca, y la autenticidad de las personas en su vida cotidiana. Me han educado bien, o mejor dicho, muy bien, y, además, y no creo que peque de soberbia, hasta podría considerarme inteligente, pues mis estudios y mis calificaciones así lo avalan, y eso, por ahora, es la única manera reconocida en el mundo de medir el esfuerzo y la inteligencia. Tengo una vida bonita, extraña para la mayoría, pero perfecta para mí, en el campo, que es lo que me gusta, con mi hija, mis caballos y mis perros, pero, con todo lo bueno que tengo, mi vida no ha sido fácil. Hace tiempo supe lo que era ser tremendamente afortunada, pero de eso hace muchos años, cuando todavía creía que mi cuna, mi mundo y mi fortuna estaban unidos a mi suerte en el amor. Después supe que no, que el amor no distingue ni mira el bolsillo y que la felicidad la tienes o no la tienes, sin apenas poder hacer nada para ello y ahora me encuentro luchando por conseguir de nuevo una vida feliz, seguramente mi tercera vida, que espero que, por fin, pueda ser la definitiva.

1

—¡George! A la niña hay que educarla como hicieron con nosotros, no puede estar de un lado para otro y por el campo sin decirnos nada. Cada vez me preocupa más.

—Querida, sabes que nuestra Violet es especial, quizás, para tu desgracia, se parezca demasiado a mí, pero la vida y la genética son así de caprichosas. Nuestra bella e inteligente niña es un pequeño desastre en su feminidad, más parece un muchacho deseando demostrar su valor a lomos de su caballo o corriendo por el campo con sus perros atrapada por la fuerza de la naturaleza. Pero a la vez es tan bella y tan femenina en sus movimientos que, creo, su mezcla es realmente explosiva. Compadezco al hombre que caiga en sus redes, se enredará en ellas para siempre… Te lo digo yo, Sophie, que de eso sé mucho; tú, en cambio, solo ves sus fallos.

—Pero no digas tonterías. Si estamos viendo, como vemos los dos, los defectos de Violet, tendremos que intentar corregirlos con todos nuestros medios, que son muchos. Ahora no es como antes, cuando los matrimonios se organizaban entre las familias. Ahora cada uno decide su destino y me crea bastante inquietud qué es lo que elegirá nuestra hija para su futuro. Creo que la tendríamos que ayudar con nuestra experiencia. Nunca quiere quedarse los fines de semana en Londres y más parece un potrillo que una adolescente. Tiene una sola amiga, la hija de nuestros guardeses, y si le hablas de ropa o de fiestas, no muestra ningún interés. ¿Es así como queremos que sea? George, ayúdame, tú eres bastante culpable de todo esto, siempre la has tratado más como si fuera un muchacho.

—Sophie, nuestra hija decidirá lo que quiera ser y cómo quiera vivir. No pienso ponerle «puertas al campo». Ella tiene un alma libre, no sé cómo no lo ves, y sería muy desgraciada si intentáramos cambiar su excepcional manera de ser. Además de que, como hombre te digo y te aseguro, tiene un *sex appeal* muy llamativo a pesar de su juventud. No deja indiferente a nadie y ya lo he notado en muchas ocasiones. Tiene algo que atrae y mucho, aparte de que es una preciosidad.

—Pero, George, el hecho de pasar tanto tiempo en el campo creo que le puede perjudicar. Solo se relaciona con los hijos de nuestro servicio o con nuestros poco apetecibles vecinos. Creo que lo mejor sería mandarla a un internado, allí, entre compañeras, se hará más femenina, más sutil, más delicada. Es tan guapa… ¡y tan distinta!

* * *

Esa conversación entre mi padre y mi madre era casi constante. Yo, a veces, me sentaba en el rellano de nuestra preciosa escalera para escuchar las preocupaciones de mi madre y las ocurrentes respuestas de mi adorado padre.

Sí, la verdad es que nos parecíamos muchísimo. Él entendía bien mis ansias de libertad y comprendía por qué me escapaba siempre que podía sola al bosque a ver cómo volaban o anidaban en pareja los bellos pájaros que por allí revoloteaban o simplemente para observar algún conejillo. ¡Me hubiera encantado ser uno de ellos! Pero, por desgracia, no había nacido pájaro y, en cambio, sí era una rara «señorita» a la que su madre, a pesar de su bondad, no entendía y su padre, por el contrario, admiraba por su parecido con él.

Según me habían contado, el día que nací fue la culminación del amor de una bella pareja, enamorada, clásica, muy muy inglesa y admirada en la rancia sociedad londinense.

Vine al mundo en los sesenta, en una época en que los movimientos *hippies*, las drogas y la libertad sexual comenzaban a cambiar el mundo, el amor libre y el pacifismo conquistaban las calles de las ciudades, mientras todavía se derramaba sangre en la guerra de Vietnam. El año en que nací fue detenido Nelson Mandela y cuatro años después, condenado a cadena perpetua por su lucha contra el gobierno racista; también fue el año que Estados Unidos autorizó la venta de la píldora anticonceptiva, comenzó la revolución sexual de las mujeres, y Kennedy ganaba las elecciones norteamericanas contra Nixon. Desde luego, un año de cambios, convulsiones sociales y guerras largas y terribles… Pero donde yo nací no se vivía ni se vibraba por lo que pasaba en el resto del mundo, no parecía importarnos nada, excepto nuestros caballos, nuestros perros, las flores y nuestra casa… Creo que vivíamos en una burbuja, en nuestra burbuja.

En aquella época, mis padres ya residían en Londres, en Belgravia, el más glamuroso distrito de la capital inglesa. La casa de varios pisos era la clásica residencia de los grandes apellidos y, por supuesto, era propiedad de mis abuelos paternos, aunque, con el tiempo, pasaría a formar parte de la acaudalada fortuna de mi padre.

Por lo que sé, mi madre quería un niño para satisfacer a mi padre y así que heredara sin problemas los títulos de la familia… En cambio, mi padre quería niña para, según decía siempre, hacer de ella una mujer libre, liberada, independiente. Era un rebelde en el sitio inadecuado, pero encantador y, según supe más tarde, también conquistador.

Y, sí, nací niña y decían que como una auténtica muñeca: pelusilla rubia, ojos verdes y la llamada «boquita de fresa», es decir, redondita, muy rosada y jugosa.

Tener un bebé así les llenó de ilusión y de felicidad. Según la familia, más parecía que me hubieran hecho de encargo, no me faltaba de nada para ser la niña más bella del elegantísimo barrio londinense… Todavía alguna amiga de mi madre me recuerda, cuando me ve, lo fabulosa que iba en el imponente cochecito Silver Cross, tan grande y tan cómodo, en el que paseábamos tumbados de bebés o sentados hasta los dos o tres años…, azul marino, con grandes ruedas, altísima capota y forrado en piel beige, como un bólido descapotable. Mis vecinos, quiero decir, los hijos de los vecinos de mis padres, iban en el mismo coche de paseo. Era el cochecito «obligado» socialmente en este barrio, no solo era cosa de mis padres.

En mis paseos por las calles del fabuloso Londres de principios de los sesenta me acompañaban la *nanny*, la ayudante de la *nanny* y un mozo de comedor que, a todas luces, hacía en esos momentos el papel de vigilante de seguridad. La parafernalia era complicada, pero en esas grandes esferas era obligatoria, y no solo para reflejar el rango social del bebé, sino para la tranquilidad de los padres, ya que por desgracia en esa época hubo algunos secuestros en Estados Unidos con triste final y la alarma fue general.

George y Sophie de Grosvencer, mis queridísimos padres, solo consiguieron engendrar a esta preciosa niña que fui yo al nacer.

Buscaron y buscaron, tras mi nacimiento, más hijos, primero el chico y con ello la deseada

parejita, y después, al ver que no llegaba, buscaban lo que fuera, otra niña, un par de gemelas…, pero la vida les dio la felicidad solo una vez con la pequeña Violet, o sea, yo misma, y ahora volvían a repetir historia atendiendo con sumo cariño y obsesión a mi niña, mi única hija también, su única nieta, la pequeña Lilibeth.

* * *

—Violet, pero ¿cómo te ha pasado esto? Bueno, cómo ya lo sé, quiero decir ¿por qué, por qué? —Y mi madre lloraba sin parar—. ¿Y cómo nos dices sin más que no sabes quién es el padre de la criatura? Es muy fuerte, es terrible para nosotros… ¡Es cruel! Francamente, no me lo esperaba de ti. Si, además, no te hemos visto salir con nadie, no hemos conocido a nadie, no has tenido novio, ¿es un hijo de una noche acaso?

—Lo sé mamá, sé que todo es difícil de entender —dije con la cabeza hacia abajo y mientras miraba de reojo a mi padre—. Sé que para vosotros es terrible, pero así ha sido. No puedo exigirle a nadie la paternidad del bebé. Es muy doloroso para mí también tener que resignarme a ser madre soltera, pero así va a ser, y más doloroso, si cabe, tener que ser sincera y confirmaros que mi bebé tendrá que llevar solo mis apellidos, o sea, los vuestros.

Mi padre, me pareció en ese momento, sonrió levemente, aunque con cierta tristeza. Quizás estuviera pensando, entre la preocupación y el orgullo, en que la que así hablaba era su hija, que demostraba ser una mujer independiente y libre, como él me había educado, pero ¡qué equivocado estaba!

Al ver su leve sonrisa, yo le sonreí con tristeza: sabía su intrínseca satisfacción, no por mi embarazo, claro, sino por mi valentía al afrontarlo en soledad. Él siempre me enseñó que los problemas solo tenían una salida, ¡arreglarlos!, y así lo iba a hacer, aunque decidida a no contarle nunca que su adorada hija sí sabía quién era el padre de su futuro nieto, que era un hombre al que amaba con locura, en realidad el único hombre de mi corta vida, pero que una inexplicable y rara situación hizo que tuviera que convertir su identidad en el secreto sepulcral más doloroso que nunca podía haber imaginado. Mi bebé solo iba a tener a su madre, esa era mi decisión. Él me había abandonado y yo sería su padre y su madre… hasta que él volviera.

—Okey, querida —afirmó mi padre—, pues a lo hecho, pecho. No podemos hacer más que mirar de frente y empezar a elaborar una estrategia tanto social como de estilo de vida. Esto es inesperado para nosotros, no es lo que queríamos para ti, siempre creímos que te casarías en la abadía de Bath, vestida de princesa con la diadema de la familia y con un apuesto y privilegiado joven de la nobleza, pero, en fin, no se acaba el mundo, hay que afrontarlo y rápido.

—Lo sé, papá —afirmé—, yo tampoco lo pensaba ni lo esperaba, ni lo he buscado, pero antes de decíroslo lo he pensado y decidido… Sé lo que quiero y me gustaría que los dos me escucharais antes de decidir por mí. Sé que vais a ayudarme —eso espero—, y sé que sin vosotros me sería muy difícil vivir y mantener a mi hijo, y eso es algo que os lo agradeceré eternamente, pero quiero que sepáis que no pienso moverme de la casa de campo, que es aquí donde quiero criar a mi bebé y donde quiero vivir en soledad mi maternidad. Sabéis que me encanta el campo y que aquí me gustaría vivir esta nueva vida. Y no es porque no quiera dar la cara en Londres, que precisamente a mí no me importa nada «el qué dirán». Es que aquí es donde de verdad soy feliz y donde espero que aprenda mi hijo a vivir igual que yo lo he hecho. En principio, quiero llevarle a la escuela de aquí, y que vuelva, cuando tenga edad suficiente, solo, en bicicleta o paseando a casa. Que haga el camino cantando, o mirando cómo pastan las vacas o

cómo amamantan las ovejas a sus corderitos. Es lo que me hubiera gustado hacer a mí y es, por tanto, lo que quiero que tenga él.

—Pero ¡qué insinúas, Violet! —exclamó desesperada mi madre—. ¿Que nuestro nieto va a ser un discípulo del maestro del pueblo? Me estás escandalizando literalmente, no te lo voy a consentir… Quieres que muera de un infarto, ¿es lo que buscas? Además de que la idea me parece bastante infantil y poco madura. Más parece que te hayas hecho una película mental romántica y simplona y ahora quieres trasladar el guion a la realidad.

—Puedes tener razón, mamá, pero tienes que comprender que soy una mujer consciente del paso que voy a dar. Soy más madura de lo que te parece. Soy una persona serena, sin necesidad de estar rodeada de mucha gente, y me encuentro bien entre mi familia y mis animales. He vivido junto a vosotros en Londres y aquí en el campo, y sé positivamente que la felicidad no está en los lujosos edificios donde grandes coches y un ejército de mayordomos y doncellas se esfuerzan por hacerte la vida más agradable. ¿De verdad crees que voy a llegar a Londres con mi niño y mi vida va a ser sacarle de paseo, volver a casa a darle la comida y por la tarde salir con mis amigas? Francamente, creo que si es así me conoces poco. Teniendo la posibilidad de quedarme aquí, la vida va a ser mucho mejor para los dos, y a ti te debería dar igual. Entre estas preciosas paredes y habitaciones, he tenido las mejores conversaciones con vosotros, ha sido donde he disfrutado de la verdadera amistad con la hija de nuestra guardesa y es todavía donde me siento más centrada y realizada, a pesar de vuestros esfuerzos porque hiciera vida social en Londres… —Reí abiertamente por primera vez—. Pero mamá, sabes que yo soy distinta y que lo que tú crees que tendría que ser mi vida pues no lo va a ser. He terminado mi carrera de lenguas vivas con buenas calificaciones, por supuesto por indicación vuestra, pues os parecía la mejor inversión para una chica de mi nivel social que tendría que viajar mucho, por placer, claro, y tendría que estar rodeada de personas de todo el mundo. Sé, gracias a ella, ni más ni menos que cuatro idiomas, pero el que más utilizo, el que me hace más feliz, es el idioma de la naturalidad, aquí, con Poppy, mi gran amiga, con la que disfruto con pasión del ciclo de la vida, en la naturaleza y junto a mis caballos y mis perros. Papá, mamá, si me dejáis vivir en vuestra casa, aquí, lo haré. —Sabía que lo harían, eran maravillosos—. Será para mí la tranquilidad que ahora tanto necesito. Si no, creo que podría irme a vivir con Poppy, ella ya me lo ha sugerido. Pero no quiero ir a Londres, no voy a ir, eso lo tengo muy decidido.

Mi padre me escuchaba perplejo y fascinado. Mi madre lloraba, no lo podía creer. Iba a ser abuela y ya veía a su nieto brincando por el campo como un perrillo y hablando con el deje de los campesinos de la zona.

—No, mamá, no te preocupes. Mi hijo tendrá una buena preparación, pero antes quiero que viva la vida de verdad. ¿Os lo imagináis paseando por las praderas y cuando salga el sol cogiendo setas tras los días de lluvia, que es casi siempre? De mí también te preocupaba lo mismo y vivía toda la semana en Londres. Mamá, te pediría, si puedes, aceptar como un plan de vida lo que en estos momentos necesito. Para mí tampoco está siendo fácil, porque lo que sí te digo, y tienes que estar tranquila, es que mis valores, los que me habéis transmitido como persona íntegra, siempre han estado y siguen estando por encima de todo. Voy a ser madre soltera, pero no una madre sin valores.

Al oír estas palabras, se levantó y se marchó. Creo que necesitaba estar sola, asimilarlo, descifrar mis intenciones e intentar, seguro, planificar alguna otra estrategia más convencional para mí y mi pequeño. Mi madre era así, respetuosa, cariñosa, pero extremadamente encorsetada en los esquemas sociales más convencionales.

Entonces fue cuando se produjo el momento que más temía y esperaba. Mi querido padre, una vez solos los dos, se acercó a mí, se sentó a mi lado y, tras acariciar mi pelo, me preguntó lo lógico, lo que era primordial saber.

—Violet, sé que sabes quién es el padre del niño y no entiendo por qué no lo quieres decir. Te conozco y no me trago esa «historieta». Tú no eres una persona ni promiscua ni atolondrada.

—Papá, no empieces… No lo sé, y punto. Tu nieto llevará mis apellidos y a buen seguro será vuestro único nieto y heredero, pero el niño va a ser feliz por encima de todo. Es lo único que me importa, la verdad.

—¿Y por qué dices «único nieto», no piensas tener más hijos?

—En este momento, supongo que no, creo que no…

—¿Pero querías a los dos padres posibles por igual? ¿Es un hijo llamémosle «del amor» o una confusión?

—Si eso es lo que te preocupa, te diré que estoy felicísima de ser la mamá de este bebé que tengo ya en mi vientre, que me hace muy feliz y que desde el primer minuto es un niño al que adoro.

—Mi padre se sorprendió de mi seguridad al hablar. Yo también, si tengo que ser sincera, me asombré de mí misma, no tartamudeé, no me emocioné, pues era de lo que más segura estaba: quería a este bebé con toda mi alma, tanto como a su padre.

—Ya veo que no voy a sonsacarte ni una palabra, que no me vas a contar nada, alguna razón tendrás, y espero que sea importante, pues en ella está el futuro de tu hijo. ¡Okey, perfecto! Lo asumo, yo sí creo que eres un persona íntegra y con valores, así que cuenta con nosotros, por supuesto… Solo te pido una cosa: que seas benévola con tu madre. Para ella esto es una auténtica pesadilla, va en contra de todo lo que había soñado para ti y de lo políticamente correcto.

—Lo sé, papá, y me da mucha pena. Yo tampoco esperaba que sucediera algo así, pero insístele que estoy feliz, muy feliz.

Evidentemente, no era verdad. Feliz por el bebé que esperaba sí, pero terriblemente desgraciada también. Mi sufrimiento era tan grande que por las noches, en la soledad de mi dormitorio, me faltaba el aire para respirar y me ahogaba en mis lágrimas. A veces, me arrodillaba en el suelo y, acurrucada, lloraba sin parar casi en un grito sordo de dolor. No entendía lo que me había pasado, no entendía por qué Andrew me había dejado sin mediar palabra, no entendía por qué había tenido que buscar más amor cuando nosotros destilábamos amor y pasión y cuando nos mirábamos sentíamos que no existía nada a nuestro alrededor. Pero era una realidad terrible y había que asumirla… Andrew, sin que yo entendiese por qué, encontró o quizás buscó algo distinto, mientras yo, profundamente enamorada, era la mujer más feliz junto a él.

* * *

Todo dio comienzo, más o menos, cuando acababa de cumplir los diecisiete años.

En nuestra casa de campo empezaron a moverse los cimientos, metafóricamente hablando, cuando mis padres vieron y confirmaron que se había comenzado a construir otra gran casa lindando con nuestro terreno. Las casas no iban a estar muy próximas, las separarían algunos acres, pero mi madre se escandalizó al conocer la identidad de nuestros nuevos y, por supuesto, indeseados vecinos. Los Campbell, que así se apellidaban, no eran «pata negra», no corría por sus venas sangre con apellidos nobles y sí corrientuchos glóbulos rojos en vez de azules. Los

Campbell se dedicaban a la industria, acababan de hacer su fortuna, y no era heredada de infinitos antepasados que ponían glamur al dinero, sino que, según mi madre, tenían dinero «contante y sonante», ganado «solo» con el sudor de su frente.

Después de enterarse bien de dónde venían, mi madre, la elegantísima Sophie Edwards, decidió, sin dudarlo, que nunca nadie de su familia tendría contacto directo con tan poco apetecible familia, que era casi una desgracia que, en vez de tener unos vecinos de «los de toda la vida», se hubiesen trasladado a vivir allí gente «sin clase». Así nos lo hizo saber a todos, incluido al servicio, y así se lo hizo prometer a mi padre, hombre simpático y afable, al que no le entraba en la cabeza no acercarse a ofrecerse para lo que necesitasen e invitarles alguna noche a su mesa.

—Ni se te ocurra acercarte a conocerlos, George. Sé cómo eres y a ti esas cosas no te importan, pero si empezamos a relacionarnos con personas fuera de nuestro círculo, no quiero ni imaginar dónde terminará nuestra bella y díscola hija. Eso es lo que le faltaba a Violet.

El tiempo fue pasando y la casa de los Campbell empezó a reunir en su estructura bastante belleza y mucha clase. La razón de tan inesperada y bella construcción la encontró mi madre tras investigar la procedencia del arquitecto, que, cómo no, era uno de los más considerados en las altas esferas. A ella esa circunstancia le pareció lamentable… «Que haya personas que por cobrar un dinero pongan su categoría profesional en manos de quien no la tiene», así se expresó, le resultaba deleznable.

Para ella, los buenos profesionales no podían abandonar su estamento social, lo consideraba casi «alta traición»

Mi padre se reía ante las ocurrencias de mi madre.

—Pero, Sophie, cómo se te ocurre hablar así. Te prohíbo que lo oiga nuestra hija. ¿Y si a un médico de Londres le viene un humilde paciente en grave riesgo no lo tendría que atender?

—Mira, George, deja de decir bobadas. No es lo mismo, y lo sabes.

En efecto, no era lo mismo, pero casi.

Pero a mí el ver tan confundida a mi bella madre fue lo que me hizo querer conocer a tan lamentable familia, y Poppy y yo decidimos acercarnos a ofrecerles unos bollitos hechos en casa por nosotras mismas.

Poppy era la joven y todavía adolescente hija de Emma, la guardesa de nuestra casa de campo. Ellas vivían siempre allí, junto a Connor, su padre, en una casita cerca de la nuestra que a mí me parecía superacogedora, siempre con la chimenea encendida y con un agradable olor a guisos de toda la vida. Allí las dos, desde niñas, pasábamos casi más tiempo que en la casa grande. Poppy y sus padres tenían gallinas, patos, alguna oveja con los consiguientes corderitos… Era una pequeñísima granja solo para nosotras; sin duda, el lugar ideal para vivir unas niñas y, viéndolo con la perspectiva del tiempo, creo que después de mis padres esta familia fue la que más influyó en mi manera de ser… ¡De eso estoy segura!

Poppy lo sabía todo de estas tierras. Pasar el día con ella era como abrir un precioso libro sobre el campo, la naturaleza y sus costumbres, pero las costumbres verdaderas, las auténticas, no solo las de los fines de semana. Con ella todo era mágico y natural, una combinación apasionante para mí.

Cuando llegábamos los viernes, me bajaba del coche y lo primero que hacía, tras cambiarme de ropa y ponerme los pantalones y las botas de montar, era ir corriendo hacia esta pequeña casa donde todo me parecía maravilloso. Poppy y yo nos acercábamos a las caballerizas y montábamos en nuestros caballos. Yo desde pequeña disfruto de Thorn, un imponente caballo de raza Shire, enorme, de brillante capa negra, con pelaje en las patas de color blanco, larga cola y

preciosas y sedosas crines, tan largas como una romántica y femenina melena medieval, y de un carácter tan dócil y noble que mis padres estaban tranquilos mientras lo montaba.

Y fue uno de esos sábados por la mañana, el día que quebrantamos nuestra promesa de no acercarnos a la casa de los Campbell, cuando le conocí y nos miramos por primera vez. Yo ya era alta y delgada y vestía con bastante clase. Me gustaba ir siempre de campo, me encantaban los pantalones de montar muy ajustados y cómodos y las viseras a juego con el jersey o la camisa.

Andrew se fijó en mí. Él me impactó de tal manera que, aunque yo era todavía muy joven, fui consciente de que lo que recorría mi cuerpo era algo tan especial y fabuloso que, en cuestión de segundos, me unió a él completamente. Andrew era mayor que yo, quizás unos tres años, y creo que él también supo que con solo esa primera mirada acabábamos de unirnos para siempre.

Las presentaciones las tuve que hacer yo. Poppy no se atrevió ni a abrir la boca. Si su madre se enteraba de que habíamos desobedecido a lady Sophie, nada bueno ocurriría.

—Perdone, señora Campbell, pero Poppy y yo hemos hecho estos bollitos para darles la bienvenida. Somos las de la casa más cercana a esta. Mis padres son lord y lady Grosvencer, y también les dan la bienvenida.

La señora Campbell era una mujer guapísima, joven, muy sonriente, que nos recibió con mucho cariño. Su marido y su hijo, el atractivo Andrew, sentados en unos enormes sofás al lado de la chimenea, nos miraban casi de reojo y sonreían. La escena era un poco irreal, muy infantil y sobre todo una absoluta mentira. Nosotras habíamos ido a «cotillear», y creo que ellos lo intuían. Se les notaba en que no paraban de sonreír como si de una comedia se tratara.

—Pasad, niñas, qué agradable visita y qué deliciosos vuestros dulces —nos dijo la señora Campbell, una mujer con mucho aplomo.

La casa nos dejó impresionadas. Estaba increíblemente decorada, muy acogedora y con tantos detalles armoniosos que nos hizo sentirnos «como en casa».

Las telas del salón eran verdes y color berenjena, muy bien conjuntadas, y los sofás, amplios, grandes, como para recibir a mucha gente. En realidad, se diferenciaba de la de mis padres porque esta era algo más moderna, más acogedora, y también muy importante y muy bonita… Desde luego, no tenía nada que ver con lo que le había oído decir a mi madre.

Los señores Campbell me encantaron, normales, simpáticos y bastante cariñosos, aunque nos trataron como si fuéramos niñas más pequeñas de lo que éramos; nos gustó su cercanía y su manera tan natural de relacionarse.

Andrew no dejaba de mirarme. Yo, en cuanto podía, lo hacía de reojo. Creo que nos gustamos en el primer minuto de conocernos. Yo tenía diecisiete años y él ya tenía veinte y ¡qué apasionante historia íbamos a comenzar a vivir! Ni yo misma podía creer que cada fin de semana en nuestra casa de campo iba a disfrutar de una aventura distinta y que, sin haber conocido todavía nada del amor, supiera enseguida que ese chico, ese hombre, iba ser el amor de mi vida.

* * *

Al poco tiempo éramos inseparables. El hecho de que mi madre me negara la posibilidad de conocerle hizo que nuestra relación creciera sobre unos cimientos solo nuestros y clandestinos. Nadie sabía que nos encontrábamos —o, por lo menos, eso es lo que creíamos— y nadie nunca llegó a vernos juntos. También es lo que esperábamos, y, aunque más tarde me enteré de que en Bath algunos lo comentaban, la falta de confirmación y el miedo a la reacción de mi madre

hicieron que nuestros «paisanos» fueran prudentes y se abstuvieran de habladurías malintencionadas.

Andrew y yo nos veíamos todos los fines de semana en una pequeña cabaña en la linde de nuestro campo. Allí los jardineros y peones dejaban guardados sus aperos, pero como desde el viernes no trabajaban nosotros creamos en ella nuestro pequeño «hogar». Nuestra atracción era demasiado fuerte, nos quisimos desde el primer momento y nos entendíamos de maravilla… Andrew me dejó absolutamente impactada. Estudiante de medicina en Oxford y apasionado y prometedor médico, su interesante conversación, mucho más madura que la mía, su manera de mirarme con sus profundos ojos azules —que hasta soñaba con ellos— y la manera de tratarme hicieron que sucumbiera a sus encantos casi desde el primer minuto en que me dirigió la palabra por primera vez. Paseábamos por el campo, alejados de nuestras casas, para evitar que nadie nos pudiera ver; a los dos nos encantaba y siempre pensaba que la coincidencia de que a Andrew le gustara el campo tanto como a mí era casi como un milagro. También cocinábamos de vez en cuando en la cocina de los trabajadores y bailábamos solos a la luz de las velas mientras sonaba un pequeño tocadiscos que Andrew trajo de su casa. Pero, y sobre todas las cosas, lo que más nos gustaba era sentarnos en el suelo —pues no había sofás— y sobre unos cojines que logramos «robar» de nuestras habitaciones dar rienda suelta a un romanticismo joven y apasionado que fue creciendo en intensidad según pasaban los días, los meses y los fines de semana. Él me enseñó todo y juntos descubrimos cosas nuevas que no conocíamos ninguno de los dos. Enamorados hasta las entrañas, cada día que estábamos juntos descubríamos sensaciones desconocidas, limpias, llenas de romanticismo y de pasión, y a mí, sobre todo, me parecía mentira que un hombre como él estuviera enamorado de una joven sin experiencia como yo.

—Violet, sé que no debería preguntártelo y sé que no has estado con nadie antes, pero creo que tengo que hacerlo… —Me miró y con una sonrisa, acarició mi rostro.

Supe lo que quería, supe entonces también que era un caballero y supe la suerte que tenía de estar con él. Y con un gesto afirmativo y mirándole enamorada hasta el alma, quedó claro que yo estaba conociendo el amor con él y que solo era y sería con él.

—¿Quieres que sigamos? —me susurró—. Te quiero con locura, rubita indómita.

—Sí, Andrew, estoy segura… —le contesté decidida y ruborizada a la vez.

Y así, de una manera natural, dulce y apasionada, Andrew y yo vivimos nuestro primer encuentro de amor y pasión casi hasta la locura. Yo no era capaz de asimilar todas las sensaciones que estaba experimentando. Me dejaba llevar por Andrew, que, con suavidad y mientras me besaba en las mejillas y en los labios, me trasportaba a un mundo desconocido, quizás a la nubes, al infinito. Él fue el que empezó a desabrocharme la camisa mientras mi cuerpo temblaba y el que me acariciaba mientras mi respiración casi se colapsaba. Era mi primera vez y sabía lo que quería, pero los sentimientos me estaban dejando sin fuerza, aturdida, estaba demasiado enamorada. En ese momento pensé que ya nunca más sería dueña de mí misma, que ya tenía un dueño, que era Andrew… Descubrir el amor con tu verdadero amor es demasiado fuerte, demasiado impactante… No solo te deja huella, sino que te marca para siempre.

—Violet, te casarás conmigo, ¿verdad? ¿Vivirás siempre conmigo? Dime que sí.

—Claro, Andrew, solo quiero estar contigo, no quiero separarme de ti, no quiero que llegue el domingo. ¡Odio los domingos!

Pero las prohibiciones perjudican más que benefician al que las hace, y el hecho de no poder relacionarnos en libertad hizo que Andrew y yo viviéramos con antelación una vida

auténticamente de pareja. Era muy culto y romántico, nos divertíamos juntos, nos compenetrábamos a la perfección, me asombraban las cosas que me contaba de su universidad, de su carrera, de las experiencias en quirófano y en laboratorios, por no hablar de cómo me miraba y cómo me besaba. Galopar con nuestros caballos por las laderas nos daba la sensación de libertad que necesitábamos para no sentirnos «entre rejas», obligados a estar solos, sin amigos ni familia. Andrew montaba muy bien, pero yo siempre había sido más profesional, quizás una amazona más «preparada». A él ese detalle le daba rabia, tenía su orgullo, y eso me hacía gracia. Cada fin de semana seleccionábamos una ruta y comenzábamos al paso, luego al trote y, por último, al galope. Éramos felices, nos divertíamos de verdad, y me fascinaba estar con él. Al llegar a la cabaña siempre poníamos música. Los Beatles eran nuestros compañeros. A mí me divertía bailar. Él lo sabía y me provocaba con las canciones más movidas porque sabía que enseguida me ponía delante de él a moverme como una loca, lo incitaba, lo acercaba a mí y, aunque a él no le gustaba demasiado, terminaba riéndose a carcajadas y bailando junto a mí. A Andrew lo que de verdad le gustaba, y por supuesto a mí también, era bailar lento, abrazados, solos. Buscábamos entre los discos o en las cintas que traíamos cada semana algo más suave, más romántico, nos encantaba Simon & Garfunkel… «The Sound of Silent» era nuestra preferida. Andrew me entrelazaba con sus brazos, me acariciaba desde los hombros hasta las manos, muy despacio, me besaba y me hablaba. Para una chica de casi dieciocho años bastante «de campo» en todos los sentidos, estar así con el hombre más guapo del mundo era la explosión de todas las sensaciones juntas. A veces nos bañábamos en el río, otras nos tumbábamos en la hierba mirando al cielo, hablando y hablando, parando solo, claro, para besarnos y admirarnos.

En la cabaña nos gustaba jugar al ajedrez —él me enseñó, hasta en eso éramos raros—, y cada semana, casi como una obligación, recitábamos siempre una poesía, llevábamos un verso de un poeta célebre o desconocido, daba igual, pero que nos conmoviera y nos envolviera en su romanticismo. Andrew era muy romántico y culto, le gustaban los clásicos y la poesía, y a mí eso me parecía excitante, muy *sexy*…, que te recitaran versos al oído, con dulzura, muy bajito a pesar de estar solos, y que fuesen de amor, de pasión. Creo que se me quedó grabado para siempre

Y así pasábamos los viernes y los sábados —evidentemente, cenando y durmiendo en casa de mis padres— hasta el domingo por la mañana, cuando de nuevo nos separábamos, él para ir a Oxford, a su universidad, y yo a la ciudad. Andrew se convirtió en el motor de mi vida, y cuando estaba en Londres apenas salía, le guardaba ausencias. Leía mucho tratando de encontrar nuestras románticas frases que nos harían, en el siguiente fin de semana, volver a vivir y hablar de amor, de nuestro amor, y buscaba también canciones con las que poder abrazarle de nuevo. Cuando estaba con él, todo era romántico, y cuando estaba sin él, buscaba el romanticismo en la música, en los libros, en las películas. El amor se convirtió en mi estado general, yo era el romanticismo en estado puro.

* * *

—Violet —me preguntó mi madre—, o estás enamorada o te pasa algo. Dime la verdad. Has cambiado mucho, te veo bien, pero rara, parece que no estás con nadie, pero eres demasiado feliz, sonríes mucho y se te va el santo al cielo demasiadas veces. ¿Con quién te ves, Violet?

—Mamá, no digas tonterías. Poppy y yo lo pasamos muy bien en Bath y nos vemos con muchas personas, pero donde mejor lo pasamos es, lo sabes, galopando por el campo. —Poppy

era mi «topo» y con ella creían que estaba siempre, aunque a veces comentaban que no entendían ni nuestra relación ni las pocas ganas de ir al cine o divertirnos con chicos de la ciudad.

—Pero te gusta algún chico en especial, lo sé, y me horroriza pensar que sea de los pueblos de alrededor. De ti me espero cualquier cosa, ¡eres tan diferente a mí!

—Pues, mamá, no es nadie, no te puedo ayudar, no te horrorices. —Y sonreí para disipar sus dudas

Andrew era absolutamente encantador. Alto, moreno, con los ojos azules más bellos que nunca había visto y con una mirada, además, que me traspasaba el corazón. Cuando estaba con él no podía dejar de contemplarle, de sonreírle, de respirar hondo y de pensar en la suerte que tenía, y cuando él me miraba me hacía sentirme más bella, más femenina, más mujer… Me trataba con mucho cariño, era amable y procuraba que nuestras conversaciones, ya que éramos los únicos para conversar, fueran interesantes y actuales. Andrew sabía que no era muy normal nuestra relación, pero es que él era también tan «raro» como yo.

—«El alma que hablar puede con los ojos también puede besar con la mirada» —recité con gracia y emocionada en voz alta en medio de la austera pero, para mí, bellísima cabaña, mientras mi enamorado me miraba.

Siempre recitábamos poesías y yo tenía tal índice de felicidad que casi las teatralizaba. Me ponía de pie y, descalza, con los calcetines de cuadros escoceses y los estrechos pantalones de pana, la camisa por fuera y semidesabrochada, le hacía como una reverencia al declamar el verso del poeta. Era como una niña emocionada, pero de un metro setenta y cinco, y mi natural y poco exagerada manera de ser con él se tornaba en escandalosa, fruto de la emoción.

Andrew me miraba tumbado en el suelo, apoyado sobre uno de sus brazos y siempre sonriente y enamorado, supongo que pensando que esa altísima mujer a la que el tanto quería también era de vez en cuando como una niña loca y alegre.

—Me encanta, Violet. Este es el auténtico amor, el que no necesita ni siquiera las palabras para hacer feliz a la otra persona y tiene mucho mensaje, pero no quiero pensar que hayas buscado esta poesía porque quieres que siempre vivamos en la clandestinidad, aquí, en la cabaña, ¿verdad? ¡Claro que puedo hablarte con los ojos y besarte con la mirada! Lo hacemos muy a menudo, lo hago todos los días de la semana cuando no estoy contigo, pero es que yo quiero amarte en público, en una cafetería, sentados en el sofá de mi casa junto a mis padres o junto a los tuyos… ¿Por qué sigues empeñada en continuar así? ¿Nunca vas a ser lo valiente que el amor necesita a veces que se sea y romper con la absurda imposición de tu madre? A mí me gusta esto tanto como a ti, pero creo que lo lógico, lo que ya toca, es que empecemos a compartir nuestra vida con los demás.

Era observador, inteligente, intuitivo y, en el fondo, sabía que esa manera de vivir los viernes y los sábados para nosotros solos también era lo que me gustaba a mí y que no era únicamente porque aceptara la autoridad de mi madre, sino que quizás, y casi sin yo saberlo, me había acostumbrado a no compartirle con nadie. Ya habían pasado casi dos años y juntos habíamos formado una especie de «nido intangible» que me encantaba. Siempre había soñado algo así, vida en el campo, apartada de todos y junto a mi amor, mis caballos y mis perros.

* * *

Andrew ya era un personaje en la universidad. Su gran nivel se había hecho notar en todos los ámbitos en los que se desenvolvía. Quedaba poco para que terminara su carrera de medicina,

totalmente vocacional, y, con seguridad, sus compañeras comenzaban a presionar con todas sus fuerzas para conseguir hacer flaquear al hombre más interesante y supuestamente solitario del campus universitario. Me pareció que nuestra «rara historia de amor» estaba llegando al límite y que en ese mismo momento tendría ya que hablar, que contarle mi verdad, que darle la noticia que guardaba en mi corazón desde hacía poco tiempo, pero que esperaba el momento oportuno para hacerlo…

—Mira, Violet —me dijo un viernes nada más encontrarnos en la casita—, no podemos seguir así. Nos queremos desde el primer día en que nos conocimos, pero esta manera que hemos creado de vivir los fines de semana tiene que terminar. Cuando comenzamos, me hacía gracia, además de que contigo, a solas, he sido siempre muy feliz, nunca he necesitado a nadie, ni fiestas, ni cines, ni cervezas con amigos, pero dentro de nada comenzaré mis prácticas de medicina y no puedo seguir viviendo contigo como si fuera todavía un adolescente enamorado. Yo he cambiado, tú has cambiado, ya somos adultos —me dijo casi enfadado y nervioso.

—Andrew, prefiero que sepas algo antes, siéntate a mi lado, no te pongas nervioso. Tengo que hablar contigo de algo importante, muy importante, pero que me hace muy feliz y que seguro logrará cambiar nuestra vida.

—No quiero saber nada —me increpó de una manera inesperada y cruda—. Esta situación no creo que sea buena ni para ti ni para mí. Es muy romántica, y también muy infantil —gritó casi desesperado, levantándose y gesticulando nervioso, como sin querer escucharme, mejor dicho, dispuesto a no dejarme hablar. Me extrañó su reacción, la verdad, nunca le había visto así, algo pasaba que no llegaba a comprender.

—Bueno, tan infantil no es —le dije con cierta autoridad, levantándome dispuesta a hacer prevalecer mi visión particular de nuestra relación—. Sí que puede parecer a los demás un mundo irreal lo que hemos creado, pero es muy maduro y muy comprometido, por no decir también muy divertido y superromántico. Yo soy tuya por completo y tú eres absolutamente mío. —Y me acerqué y le abracé con la seguridad de la persona que se sabe amada, y además muy bien amada. Entonces el me cogió entre sus brazos. Le sonreí y supe que de nuevo volvía a ser como siempre, era además tan guapo y tan atractivo, fuerte pero cariñoso y, sin esperarlo, me recitó otra poesía… Nos gustaba recitarlas casi al oído, comentarlas y analizarlas juntos.

—Violet, como dijo Hamlet, «duda que ardan las estrellas, duda que se mueva el sol, duda que haya verdad, más no dudes de mi amor».

—¡Qué bonito! ¿Lo ves, Andrew, lo ves? —Y le abracé—. No hay nada como el romanticismo y cómo sabemos vivirlo los dos. Nunca, nunca dudaré de tu amor, pase lo que pase, amor mío. —Me abracé a él, fuerte, encantada, entregada—. Pero no me asustes más, ¡hoy has logrado preocuparme demasiado!

Entonces puse una de nuestras canciones preferidas para animarnos. La bailábamos siempre muy divertidos. «American Pie», de Don McLean, era una canción movida, casi un himno, y nos gustaba ponerla cuando empezábamos a jugar entre nosotros antes de abrazarnos y querernos. Empecé a mirarle de frente, a insinuarme divertida, como hacía siempre, a tontear, a querer que el «mal rollo» terminara por fin, pero no fue así. De repente, él cortó la música.

—Violet —contestó con voz entrecortada y muy serio, increíblemente distinto a lo esperado—, esto tiene que terminar. Yo no puedo seguir ocultándome, he cambiado mucho y tú también. Yo estoy terminando la carrera y a ti te quedan solo dos años. Podríamos marcharnos a vivir a Gales, donde comenzaré enseguida a hacer mis prácticas. Creo que no hay otra salida. —Y en ese momento le encontré confundido, sus ojos no me miraban y su cabeza estaba inclinada hacia

abajo, como ocultándola. Algo no iba bien. De hecho, ese día no había querido hacer el amor, estaba raro, como desazonado. Además, él me estaba ofreciendo la posibilidad de vivir juntos, pero de manera precipitada, muy drástica, sin el romanticismo que semejante petición tendría que tener, sobre todo en nuestra común adoración por el arte del amor. Nunca me había hablado así; era una persona distinta.

—Andrew, y si te dijera que sí, que estoy dispuesta, si eso es lo que tú quieres, lo haremos, ¿verdad?

Él miró hacia abajo y, tras un momento de silencio, susurró:

—Va a ser difícil.

—Pero eso no nos preocupa, nunca hemos tenido nada fácil. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Nos casamos? ¿Nos fugamos? Yo ya soy mayor de edad… Acaba de cambiar la ley y ya puedo hacer lo que quiera, y estoy deseando demostrarte cómo te quiero. Hoy te veo tan raro que me estás dando miedo.

Y entonces, por unos breves segundos, volvió a ser el hombre al que amaba con locura y en el que confiaba. Me miró con enorme ternura, me rodeó con sus brazos tiernamente, acurrucó su cara en mi hombro y, mientras me besaba en el cuello sutilmente, solo fue capaz de decirme:

—¡Te querré siempre, mi vida, siempre!

Me puse frente a él, acobardada, no podía entender lo que estaba pasando.

—Pero, Andrew, ¿qué quieres decirme? Estoy confundida, ¿me estás diciendo que hemos terminado? Pero si eso no es posible, si tú me quieres con toda tu alma, si además estamos comprometidos —gritaba mientras lloraba—. Sé que me quieres como yo te quiero a ti, no tienes ni que decírmelo. Lo sabemos los dos —le dije, mirándole a los ojos, aterida de frío por el desconsuelo que me producían sus palabras. Él seguía con la cabeza gacha, no me miraba—. Andrew —levanté con mis manos su barbilla—, ¡mírame a los ojos, dime que no me quieres, anda, dímelo! —le reté, nerviosa y desesperada.

Él me besó las manos, primero una, luego la otra, y después me besó larga y dulcemente en los labios. Entonces me miró a los ojos fijamente y vi que lloraba, cogió su chaqueta y salió de la cabaña. Y desde la puerta le vi alejarse con la cabeza agachada, parecía destrozado, vencido, con la cazadora en la mano y su estilo tan masculino y atractivo… Y a pesar de mi dolor y confusión, pues sabía que algo trágico estaba pasando, no pude menos que volver a pensar, entre lágrimas, en ese atractivo que me tenía cautivada.

Estaba anocheciendo y hacía frío. Yo había llegado hasta allí en mi caballo, pero era incapaz de pensar con claridad y de reajustar en mi cerebro lo que acababa de pasar. Andrew parecía otra persona. «Creo que me acaba de dejar, acaba de romper nuestra relación, no estoy segura, pero creo que eso es lo que acaba de suceder. ¿Será posible? ¡No, no es posible!», me dije. Me estremecí, me empezó a doler el pecho, el corazón, el frío se apoderó de mí y empecé a tiritar. Me di cuenta de que, de repente y sin una justificación, Andrew me había dejado, había roto nuestro hechizo y había dinamitado nuestro compromiso. No lo podía entender. «A lo mejor no le he entendido bien y estoy demasiado nerviosa, demasiado confusa… Imposible que Andrew haya hecho esto, lo estoy magnificando», pensaba entre sollozos.

Llegué a casa como pude. Tanto mi caballo como yo conocíamos el camino a la perfección, cualquiera de los dos podíamos llegar con los ojos cerrados a la preciosa casa de mis padres en las colinas cercanas a Bath. Pero esa noche Thorn, mi Shire negro, era el único que tenía los ojos abiertos y dominaba la situación. Yo me aferraba a su grupa llorando, desconcertada, sabiendo que había pasado algo trágico, pero sin poder darle una explicación a lo sucedido.

«Estoy embarazada y ni siquiera he podido decírselo, no me ha querido escuchar, no he logrado ni que me mirara a los ojos —me dije desconsolada—. Pero esto se arreglará, estoy segura. El padre de mi niño me quiere con locura y cuando conozca la noticia se va a alegrar. Esto que ha pasado hoy será por alguna situación que ha vivido con sus padres, seguro que mañana recapacitará y me lo explicará… ¡Tranquila, Violet, tranquila!».

* * *

Al día siguiente, domingo, no tuve ninguna noticia de él y hora a hora crecía mi desesperación; ni siquiera un recado que le hubiera dado a Poppy…

Y llegó la noche, y junto a mis padres me senté a la mesa. Yo casi no hablaba, había llorado todo el día en mi cuarto y no tenía ganas de comer nada. Fue mi madre, en la cena, la que hizo un comentario breve, pasajero…

—Violet, el hijo de los Campbell se casa, me lo ha dicho la doncella y creo que por el «artículo de las prisas», quiero decir, que espera un bebé, claro. Qué típico en estas familias, ¿verdad? ¿Lo sabías tú, querida?

Me quedé muerta. Creo que me mareé, me daba vueltas la cabeza. Todo se me amontonaba, quería gritar, llorar, aunque permanecí sentada en la perfecta mesa de la cena familiar mirando sin pestañear una flor dibujada en el mantel. No podía levantar la mirada hacia mi madre. Quería gritar y llorar. En ese momento confirmé que sí, que Andrew me había dejado y había terminado conmigo definitivamente.

«Él me quiere, lo sé, por eso estaba tan mal el sábado, tan distinto, tan deshecho, tan destrozado. Seguro que es con una compañera de la universidad y él, ante todo, es un caballero que cumple con sus compromisos, le conozco muy bien. ¡Oooh, Dios mío!, creo que acabo de perder al amor de mi vida y que, por inesperados avatares, se ha ido con alguien que no le conoce como yo, que no le quiere como yo, que no sabe tanto de él como yo —pensaba entre lágrimas y taquicardias en mi interior—. No quiso escucharme… ¿Y ya ha anunciado su matrimonio? ¿Y no voy a hacer nada para recuperarle? ¿Le tendría que contar que yo también voy a tener un bebé suyo, llorar y suplicar? No, eso nunca lo haré… Él me ha dejado, no lo ha dudado. No me ha contado lo que le sucedía. Entre los dos lo podíamos haber arreglado de alguna manera, quizás teniendo que hacer daño a la otra persona, pero conservando nuestra relación… Seguro que ha sido culpa mía por no querer oficializar nuestro noviazgo y decírselo a mi madre… ¡He sido una estúpida!», me decía a mí misma mientras mi madre me acuciaba para que le contestara y mi corazón, roto por completo, se negaba a latir acompasadamente. Por mi estado y por el *shock* que estaba sufriendo, en ese mismo momento me desmayé. Caí al suelo desde la silla donde me encontraba sentada cuando recibí la noticia. Todavía mis padres no sabían que estaba embarazada… Cuando mi madre supiera que «en nuestra estirpe también pasaban esas cosas…», se iba a morir.

No volví a ver a Andrew. Me dejó sin una explicación, sin besos ni lágrimas. Solo con una frase al oído antes de marcharse: «Te querré siempre, mi vida, siempre».

2

A los pocos días de enterarnos de que Andrew se casaba o que ya se había casado, mi madre sufrió un *shock* con mi noticia. Hablé con los dos a la vez, los reuní en el salón de la casa y les dije que esperaba un bebé y que iba a ser, sin discusión alguna, madre soltera. Que el hecho en sí a mí no me preocupaba y que ellos deberían de pasar también del «qué dirán». Ahora era mi madre la que lloraba y me llamaba egoísta y desagradecida. Y mientras estaba con ellos, yo era como una roca, inalterable, firme… Mi cara lo decía todo: seria, estirada y como preparada para la lucha. Pero cuando llegaba a mi dormitorio, la cosa se volvía del revés y me convertía en una mujer desolada, engañada, enamorada y dispuesta a perdonarle todo si volvía a mi lado. No tenía ninguna duda, me daba igual, yo quería estar con él y por supuesto que le perdonaría.

Pero eso nunca sucedió, ni volvió a mi lado ni tuve noticias, y la pequeña Lilibeth llegó a este mundo preciosa, feliz, sin molestar, sin dolores y sin padre. Vino antes de tiempo, casi con dos semanas de antelación, y nació en la clínica del pueblo. Bueno, pueblo pueblo, no era, pero aquí la vida en invierno era casi de pueblo, y nació donde yo quería, donde íbamos a intentar ella y yo ser felices, y donde, sin lugar a dudas, fue concebida por un amor apasionado y verdadero. En Bath, el lugar más romántico de Inglaterra y cuyos habitantes, posiblemente por la seguridad en mí misma que siempre demostraba y mi sinceridad ante ellos, respetaron sin ambages a la primera madre soltera de la nobleza que paseaba con orgullo su inesperada maternidad. Nunca me oculté y nadie nunca me preguntó nada incómodo. Siempre sentí por parte de todos un especial cariño, quizás algo de pena hacia mí y quizás también cierta admiración al ver cómo, con veinte años y en una sociedad tan cerrada y machista, recorría con naturalidad cada mañana las calles y tiendas de tan preciosa localidad con mi futuro y precioso bebé en mis entrañas. Creo que ese detalle los conquistó a todos. Yo sonreía siempre, nunca quise parecer desgraciada. Me gustaba estar entre ellos, me daban conversación y cierta vida de la que tanto necesitaba. Al padre de la criatura le obviaron y las malas lenguas, si las hubo, no me llegaron a incomodar. Tanto me ayudaron estas personas en la naturalización de mi estado que lo que de verdad me levantaba el ánimo era su cercanía. Los fruteros, dependientes de supermercados, los empleados de hotel a los que visitábamos Poppy y yo nos tenían simpatía y aprecio, y a mí me daban la vida.

Y allí, en mi habitación del Royal United Hospital donde di a luz, la primera noche, cuando tuve a mi niña entre mis brazos y mis padres se marcharon y me quedé sola frente a mi cruda realidad, me arrinconé a un lado de la cama, como dejando un hueco para Andrew, y coloqué a nuestra preciosa niña en medio de los dos. Y lo que podía parecer el acto de una mujer algo desequilibrada para mí era la reacción de una mamá que quería al papá de su niña por encima de todo, que todavía no podía ni creer lo que le había pasado y que soñaba cada noche con que algún día pudiéramos estar los tres en la cama así, juntos, en familia.

Andrew me había enseñado a quererle a él y solo a él, y ni mi corazón ni mi mente conseguían olvidarle. Quizás ese día, con nuestra niña en los brazos, le quería más todavía.

Y si en el amor era una desgraciada, tenía que reconocer que en todo lo demás la vida se volvió buena y dulce conmigo. Bautizamos a mi bella Elizabeth en la iglesia más pequeñita y romántica de Bath, St Nicholas, una auténtica preciosidad, y su madrina, con el consiguiente disgusto de mi madre, fue mi gran amiga Poppy, la hija de nuestros guardeses. Ella era, a partir de ese momento, su segunda madre, la persona que compartía conmigo los días y las noches y las alegrías y preocupaciones de ser madre soltera, además de ser la única en el mundo que sabía quién era el padre de Lili.

Poppy no había estudiado más que la escuela obligatoria y no había ido a la universidad, pero era propietaria de algo que compensaba esas lagunas. Era, ante todo, una mujer inteligente, curiosa y creativa. Le gustaba escucharme cuando le leía cuentos a la niña, y me pedía muy a menudo que le recitara las poesías románticas que sabía, porque solo ella era conocedora de que Andrew y yo las coleccionábamos para comentar y alimentar nuestro amor.

Poppy era entretenida e independiente como yo, montaba muy bien a caballo —imprescindible en esta casa— y quería a mi hija como una madre. La niña a ella la quería de verdad.

* * *

—Hija mía —me increpó un día mi madre—, me da tanta pena verte tan sola, aquí en el campo, con la niña, sin padre y sin nadie que te quiera. —Mi madre siempre tan directa y tan poco delicada.

—Lo sé, mamá, pero es mi vida y la quiero vivir así. Sé que para ti no es el ideal, pero para mí sí. Además, no estoy sola, están Poppy y su madre junto a mí de día y de noche, y vosotros los fines de semana.

—Ya, querida, pero los comentarios entre nuestros amigos son cotidianos. Ya no sé ni qué decir. Todo el mundo sabe que somos abuelos y que no hemos celebrado el bautizo en sociedad. Y es que todavía no me resigno a admitir que tengo una hija bellísima e inteligente, pero diferente a todos.

—Tienes razón. —Sonreí tras el sutil y considerado análisis de mi madre—. Sé que para ti es tremendo, que no hay nada más importante que las apariencias, pero a mí eso me da igual, mamá. ¿Por qué no normalizas todo y hablas de mí y de tu nieta con naturalidad? Eso dejaría al mal pensado en estado de *shock* y el amigo de verdad se alegraría de saber que estoy feliz. Mamá, ¿te has preguntado alguna vez si estaba enamorada del padre de la niña o si he sufrido y sufro por no estar junto a él?

—Violet, no me hagas esas preguntas, no sé qué contestarte. Tú eres muy distinta a mí y, por tanto, nunca he creído que estés sufriendo, la verdad. Lo primero y más curioso es que ni siquiera tú sabes quién es el padre de tu hija… Lógico que no te pregunte si sufres por no estar con él, ¡si ni tú misma lo sabes!

Con mi madre tenía, aparentemente, perdida la batalla, aunque en esta ocasión había dado en la diana; tenía razón. Ella vivía en su mundo buscando siempre la perfección social, aunque también era digno reconocer que se desvivía con su nieta y por mi felicidad. Con mi padre, en cambio, podía hablar y desarrollar temas interesantes cuando los fines de semana venía a casa. Era como un soplo de aire fresco poder charlar con alguien de la inteligencia y agudeza de mi padre. Él lo sabía, se daba cuenta de mi soledad y siempre traía de Londres libros y temas

relacionados con la vida en el campo, con su gestión y con nuevos proyectos que buscaba en los periódicos y que, estaba seguro, era lo que más me atraía y me entretenía. Y lo hacía, consciente de ello, para prepararme para mi futuro.

Yo lloraba y lloraba entre semana, y cuando llegaban ellos mi dolor se quedaba como congelado para no preocuparles, para que me dejaran vivir como quería, en el campo, sin dar explicaciones a nadie. Si llegaba a flaquear, me llevarían a la fuerza a Londres, y esa vida con mi pequeña no la hubiera soportado.

* * *

Lili crecía como una flor en primavera. Sus ojos, grandes y azules, eran idénticos a los de Andrew, tanto que su mirada me imponía de manera cruel y dulce a la vez, trasladándome a los momentos más felices de mi vida y también a los más amargos.

Pasaron los meses y dejé de amamantarla y le empezamos a hacer sus primeras papillas con patatas y zanahorias de nuestro huerto y pollos de nuestro corral. A veces la llevaba en una mochila conmigo a la grupa del noble Thorn y juntas nos acercábamos a la cabaña que hacía meses pedí a mi padre en propiedad para conservarla mejor y poder tener un lugar para estudiar más en la intimidad, aunque la verdadera razón fuera seguir unida a Andrew y que nuestra hija pudiera respirar allí los aromas que inspiraron el amor de sus padres.

Tal vez era demasiado irreal, demasiado romántico y poco auténtico, pero a mí, cada vez que iba allí, me parecía que volvía a estar un poquito más cerca de él. A veces, muy al principio, hasta me parecía que conservaba el olor de la colonia de Andrew. Y Lilibeth se acurrucaba entre los cojines donde sus padres habían hecho el amor, mientras yo encendía la chimenea para dar más calor a esas cuatro paredes. Le hablaba a la niña en alto, le recitaba nuestras poesías más especiales y ponía la música con la que bailábamos, mientras, lógicamente, lloraba en mi interior a la vez que sonreía a Lili. Era como hacer que nuestra pequeña tuviera un verdadero hogar, con padre y madre, no solo rodeada de mujeres, que la adorábamos, pero que, a todas luces, ninguna llenaba el lugar de Andrew…

Cuando Andrew y yo nos conocimos, el día que junto a Poppy llevamos a su casa bollitos para cotillear, yo ya era una chica alta y delgada, rubia, rubísima y bastante moderna para lo que se estilaba. Me parecían mucho más interesantes las jóvenes francesas que en mi década se manifestaban por las calles de París que mis conciudadanas preocupadas por tomar el té con una lista de chicos «purasangres» poco apetecibles. Vestía siempre pantalones *breeches* y botas de montar, una blusa de rayas azules y blancas, que a veces anudaba a mi cintura, mangas remangadas y un pañuelo al cuello un poco estilo *cowboy*. Era una chica algo «masculina», pero, según mi padre, con una femineidad muy *sexy*.

En la cabeza siempre la gorra de montar, estilo visera, de las que hacía colección y que utilizaba a juego con lo que llevara puesto y que además adornara mi larga y rubia melena.

Me gustaba vestir bien y sabía cómo hacerlo, pero solo me atraía la ropa de campo, y creo que en esto tenía bastante parte de culpa la educación que me dio mi padre. A él le gustaba montar a caballo junto a mí, ir por el bosque buscando animales y sus crías y, menos en la caza, nos habíamos convertido en una gran pareja: nos gustaban las mismas cosas, que hacíamos juntos casi como si yo fuera el chico que nunca tuvo.

Como los fines de semana no los pasaba en Londres, no tuve que preocuparme de vestir como se podía esperar de una señorita de familia noble y distinguida, y por eso Andrew se fijó más en

mí como mujer que como adolescente. Yo podía haber sido una jovencita cursi con volantes y puntillas, pero era todo lo contrario y, me dijo, eso le cautivó, le llegó al corazón mi aspecto, según decía, «muy Françoise Hardy», una cantante francesa que triunfaba en esos años, alta como yo, que siempre vestía pantalones o minifalda. Para mí era un enorme piropo; me chiflaba esa cantante, siempre buscaba revistas francesas donde poder admirar e imitar su estilo.

Él, por el contrario, parecía un lord inglés, aunque algo «americanizado», con mucha más naturalidad que cualquiera de «los pata negra» que tantas veces veía en casa de mis padres, nada afectado por el dinero de sus progenitores, que era mucho, y menos aún por su apostura. No tendría grandes apellidos, como decía mi madre, ni por supuesto sangre azul, pero la clase y la calidad humana bullían a borbotones en cada glóbulo rojo de sus venas.

Andrew era guapo de verdad y sus ojos azules se clavaron en los míos y dieron en la diana. Siempre comparaba su mirada con la de James Dean, una mirada fija, algo fría pero ardiente a la vez. Cuando así me miraba, yo me derretía por completo en mi interior. Ahora solo de pensar en aquel momento y sentir en mí sus ojos, me sobrecogía. ¿Sería capaz de vivir sin pensar en él alguna vez? ¿Podría enamorarme de otra persona?

Sabía, o mejor dicho, suponía que ya era padre de un niño, evidentemente de la misma edad, más o menos, que Lilibeth y que se había trasladado a vivir a Gales, pues su primer destino como médico cirujano había sido el hospital de Cardiff. Él mismo me lo había dicho.

«¿Cómo será su mujer? ¿Le querrá ella como yo le quiero? —pensaba casi todas las noches mientras lloraba—. Nunca lo sabré, es fácil enamorarse locamente de Andrew, pero lo que sí sé seguro seguro es que a ella no la quiere como a mí… Como me quiso a mí no se puede querer a nadie más, eso es imposible. Pero ¿por qué tuvo que estar con otra mujer? ¿No le satisfacía nuestra relación? ¿Le faltaba algo por experimentar? ¿Le dije algo que no debería haber dicho o quizás tendría que haberle animado a dar a conocer a todo el mundo nuestro noviazgo?». Todos esos pensamientos me atormentaban cada día, y desde hacía mucho tiempo no conciliaba bien el sueño.

Cada noche, al acostarme sola en mi cama con la cunita de Lili a mi lado, me era imposible no recordarle junto a mí, queriéndome y adorándome como había hecho cada día.

Estaba segura de que no me quiso hacer daño, pero lo hizo y para siempre. Nuestros respectivos hijos tenían ya un año y medio (suponía que Lili sería más o menos de la edad del suyo) y ya llevaba casi dos años sin saber nada de él.

* * *

Por esas fechas y sin saber por qué, empezó a surgir en mí una desenfrenada obsesión por encontrar a otra persona que me devolviera la ilusión. Mi vida se había convertido en una constante monotonía, no tenía alicientes personales y, aunque quería con locura a la niña, el vacío era casi insoportable. Quizás me había equivocado en mi decisión de quedarme en el campo, aunque de lo que estaba bien segura, a pesar de todo, era de haber decidido tener a mi hija, la hija de Andrew. Mis padres, en un momento dado, me preguntaron si estaba convencida de tener al bebé… Todo fueron sutilezas, pero creo que sabía por dónde iban… Me indigné, ¡creí morir solo de pensarlo!

—¿Pero no os ha quedado claro que el hijo que espero es lo más importante para mí? ¡Me parece retorcido y no os pega nada insinuar algo así!

—Perdona, Violet, no hemos querido insinuar nada. Lo que queríamos saber con nuestras preguntas es si estás preparada para el enorme cambio que va a haber en tu vida.

—Pues no lo sé, papá. —Fue mi padre el que me lanzó ese globo sonda—. ¿Cómo voy a saberlo? Pero lo que sí sé es que este niño es mi hijo y será vuestro nieto. Le quiero de verdad y os rogaría que vosotros, por favor, empezarais a preocuparos menos de mí y de lo que piensa la gente y comenzaseis a quererle un poco más.

Pero, a pesar de mi aparente fuerza exterior, las noches eran demasiado largas. En invierno, a partir de las cinco de la tarde, teníamos que encender las luces y dejar de pasear o trabajar en el campo, pues ya era noche cerrada. Y siempre, a esa hora, volvía a casa y junto a la niña cerraba la enorme puerta con una soberana llave de hierro, de las antiguas, la atrancaba y apagaba las luces de la entrada. De allí pasábamos primero a la cocina, donde calentaba la papilla de Lili, y mientras se la tomaba yo picaba algo para cenar; no tenía demasiadas dotes de chef, aunque me encantaba hacerme unas maravillosas ensaladas con productos de nuestra huerta. La cocina era enorme, con una gran mesa de madera en el centro y alrededor, muebles y electrodomésticos de los de toda la vida. Los fuegos eran de hierro y cobre y la pila para lavar los platos, de una cerámica blanca impoluta. Todos los utensilios de cocina eran de cobre y pendían colgados sobre la mesa, mientras las vajillas y cristalerías de diario adornaban una alacena empapelada por dentro y ribeteada de las típicas telas Liberty.

Después, la niña y yo subíamos a nuestra habitación por las anchas y frías escaleras de piedra. Mi cuarto era una mezcla de muebles clásicos, cortinas y colchas de flores, con montañitas de pañales por todos los sitios, el parque lleno de juguetes y muñecas y cochecitos para Lili, que tapizaban con su desorden el suelo de madera. Era como un auténtico almacén de ropa y accesorios de bebés… Si ordenaba algún día la habitación —cuando iban a venir mis padres—, la dejaba muy mona. Era francamente un lugar ideal, pero la mayoría de las tardes no podía más, me encerraba allí con la niña y, sin colocar las cosas, intentaba dormir cuando lo hacía Lili.

Durante los primeros años, a partir de las cuatro de la tarde no hablaba con nadie mayor de edad, pues Poppy también tenía que estar con sus padres y pocas eran las veces que podíamos tomar algo juntas. Todas mis frases eran: «¡Oh, mi niña…, cielillo, ven con mamá… ¿Tienes hambre?… Ahora mamá te va a bañar… ¿Jugamos a algo? ¿Quieres cenar?». Ninguna conversación, ninguna visita, siempre a solas con ella, y a partir del momento en que se dormía, mi cabeza empezaba a dar vueltas pensando en mi desgraciada situación, en cómo reconvertir mi desesperante soledad, y en Andrew, en lo bueno que viví con él y en el dolor que me había dejado.

Y entonces yo misma empecé a ver y a pensar que no todo me iba bien, que algo me pasaba, que estaba queriendo demostrar algo que no era del todo verdad. Estaba herida y no quería reconocerlo, y vivir sola en esa casa tan grande tampoco era lo mejor para recuperarme. Mis padres aceptaron mi intransigente decisión de no volver a Londres, pero tuve que asumir todas las consecuencias. Nada de ayuda en la casa —de servicio quiero decir—, todo estaría en el mejor de los estados y la compra y mis necesidades las cubriría yo con los beneficios de la huerta. En eso papá era estricto… O quizás había sido educado como los antiguos nobles, que hasta pasaban frío en sus hermosas mansiones.

—Violet, te mantendrás tú con tus beneficios de la huerta. Te pagarás los gastos de la casa, la calefacción, el agua… Lo que necesites de la despensa la llenaras tú. Ha sido tu decisión y te la respetaremos, pero lo mejor es que tú organices todo. Nosotros, los fines de semana, te ayudaremos con lo que necesites, pero esta ha sido tu elección, no la nuestra. —Así hablaba mi

padre que, aun siendo en muchas cosas más cómplice y amigo que mi madre, era partidario siempre de que cada uno nos responsabilizáramos de nuestros actos. A mí eso no me pilló por sorpresa, aunque lo hizo todo más difícil.

Tanta soledad me destrozaba, y empecé a vivir y a sentir de otra manera. Algunas noches dejaba a la niña con Poppy, cogía el coche y me acercaba a los pubs más conocidos. Era algo que hacía con desagrado, era casi como sufrir violencia en mi interior, como si me estuviera autoviolando, pero no tenía otra manera de conocer a alguien, y ese aislamiento empezaba a volverme loca. Llegaba allí, por supuesto, sin arreglar, con la ropa de trabajo, muy masculina, pero evidentemente con mi larga melena rubia y mis piernas extralargas. Algunos que ya me conocían y me esperaban decían mi nombre en alto, burdamente, y me desagradaba. Aun así yo iba una noche sí y otra también, pensaba que a lo mejor en alguna de esas ocasiones alguien de fuera, algún visitante, podría llegar y pedir una cerveza, alguien como yo, enamorado del amor y de la vida en la naturaleza. Fantaseaba con esa posibilidad. Necesitaba tanto que me quisieran… Y una vez me pareció haber encontrado a la persona idónea. Me sentí atraída por él, hablaba con educación y su mirada era atractiva. Me dejé acariciar la cara, me pareció que él podría ser el que tanto había buscado, pero cuando se acercó a mí para besarme me entraron náuseas, auténticas náuseas… Me levanté y me marché. Llegué a casa y me duché, me encontraba fea, triste, sola.

Mi manera de ser era contraria a lo que estaba haciendo, pero vivía una eterna contradicción. Si me quedaba en casa, la melancolía me desbordaba; si salía a intentar divertirme, volvía desazonada, a veces hasta me parecía sucia. Me odiaba a mí misma. Poppy me veía y me reñía. Según ella, era mucho mejor volver a Londres y rodearme de personas más afines a mí que buscar el amor donde sabíamos que no lo iba a encontrar.

—Violet, me preocupa mucho lo que estás haciendo. No es típico de ti, no me lo esperaba, y algún día podemos tener un disgusto. Así no quiero que sigas, es peligroso. ¿Te has parado a pensar en que alguien intente hacerte daño, incluso violarte o secuestrarte? Eres de una familia conocida y con dinero. ¡Me estás pareciendo una inconsciente, la verdad!

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que viva permanentemente acordándome de él y sin poder vivir sin él? Es muy cruel, muy duro. Todavía recuerdo el momento en que se marchó y no soy capaz de entender esa vileza en el hombre más bueno del mundo. Y, además, Poppy, a veces pienso que él puede volver una noche, desesperado como yo, a tomar una cerveza al pub y encontrarnos allí. Por eso voy siempre que puedo… —Y sin poder aguantar me puse a llorar en silencio, sufriendo de verdad.

—Pobre Violet, te entiendo, pero es que tienes que empezar ya a reaccionar. Pasarse de lunes a jueves sufriendo y buscando soluciones a tu estado depresivo, y el fin de semana fingiendo para que tus padres no noten tu melancolía. Creo que no es lo que hay que hacer. ¡Volvamos a Londres! ¡Me voy contigo y con la niña! Yo me ocuparé de ella, soy muy distinta a ti y quiero a Lili tanto que creo que con ese amor estaré tranquila y contenta, no necesitaré más. Tú no puedes seguir así. Eres una belleza, eres elegante y buena, eres generosa, pero como sigas así te vas a autodestruir.

—Lo sé, lo sé, Poppy, pero es que tú no has sufrido el balazo en el corazón que me asestaron sin esperarlo. Seguramente ese balazo fue de muerte y yo estoy intentando vivir.

—Violet querida, siempre serás tan buena y limpia de corazón que te aseguro que lo que estás haciendo ahora no te va a servir de nada. No me está gustando, te veo distinta, y llegará un momento en que tus padres lo sabrán. Vete preparándote, pues en cuanto se enteren te llevarán a rastras a la ciudad o te encerrarán para siempre en esta casa. Ya conoces a tu padre.

—Por Dios, eso me mataría del todo. Yo ya no puedo vivir sin mis caballos, sin mi huerta, sin las visitas a los comercios donde vendemos nuestras cosechas, sin la gente de aquí.

—Pues vayamos por ese camino. Te estás convirtiendo en una fabulosa experta en agricultura ecológica, vas adelantada a los tiempos, Violet, ¡por favor, no fastidies tu vida! Mírame a mí… Por lo menos tú has vivido el amor de verdad y yo todavía no conozco ni un soplo de romanticismo en mi vida. Si alguien tiene que llegar, pues llegará… Al amor no se le puede forzar. O lo tienes o no lo tienes.

Poppy tenía razón. Yo siempre he sido una persona divertida, animada, estimulada por la vida, y ahora parecía un trapo, y lo que era peor, a veces un trapo sucio.

¡Cómo me había ayudado siempre la lógica aplastante de esta mujer! Sin ella mi vida habría ido por distintos derroteros; con ella, mis tragedias personales encontraban el sosiego que necesitaba y, aunque no me durara mucho ese estado de tranquilidad, agradecía esas pausas en mi desolado espíritu.

A la mañana siguiente, cuando desperté, obsesionada por la realista conversación con Poppy, me levanté más fuerte y convencida de que o cambiaba o cambiaba. Entonces me acordé de mi padre, que desde pequeña me decía: «Cuando tienes un problema, solo hay que hacer una cosa: ¡resolverlo!». Pues a por ello, pensé. Poppy me había dado una nueva idea, había removido antiguas ilusiones y sobre todo me había dicho las cosas claras y a la cara. Me hizo pensar que Lili no se merecía una madre desesperada tomando cervezas por la noche sola y probando de vez en cuando algún porro para olvidar, y mis padres tampoco, y ni yo misma.

—Poppy, acompáñame, por favor, a la huerta. Vamos a empezar una nueva estrategia. —Por primera vez desde hacía meses reí convencida y con entusiasmo—. Ya que mi vida amorosa es un erial y mi vida social inexistente, quiero que la vida profesional sea lo contrario y literalmente sembremos mucho más y mejor. Estas noches pasadas he estado pensando en cómo podíamos distinguirnos entre tantos hortelanos de la zona, y creo que nuestra seña de identidad tiene que ser precisamente lo que nos hace que seamos distintos. Mi padre es duque, ¿verdad?, tenemos un escudo y vivimos en una preciosa casa. Pues aprovechémoslo. Ese será nuestro reclamo. Quiero hacer mermeladas saludables, con poco azúcar y materia prima de altísima calidad. Quiero que nuestras patatas, zanahorias, alcachofas y lechugas sean consideradas como auténticos manjares, diferentes a lo que habitualmente se vende. Quiero presentárselos a hoteles, cafeterías, restaurantes y tiendas en el más bello tarro de cristal o la más elegante de las bolsas, decorados con la silueta de nuestra casa y con nuestro escudo. Quizás el nombre de la empresa podría ser algo parecido a «La huerta de Grosvencer House». ¿Qué te parece la idea?

Y mientras hablaba, Poppy se emocionaba, callada me miraba y sonreía. Ella me quería de verdad; gracias a ella creo que podría salir del agujero en el que me encontraba.

—¡Maravilloso, Violet! —exclamó—. Por fin, por fin, hemos encontrado un camino, o mejor dicho, una autopista. Es maravilloso el proyecto. ¿Desde cuándo lo tienes pensado?

—Pues casi desde ayer por la noche, o desde anteanoche… Poppy, tú me has abierto los ojos; tras nuestra conversación, empecé a pensar en que se lo debo a mi hija, y a ti y a mis padres. Arruinar mi vida por alguien que no ha dado señales de vida, que no se ha preocupado por mí, no merece la pena. Necesito nuevas ilusiones y trabajar, trabajar duro, agotarme, no pensar en nada, y tú serás mi socia, tendrás una parte de este nuevo proyecto, te lo mereces. ¿Te apetece? ¿Me ayudarás?

Y así fue cómo, gracias a mi amiga del alma, una mujer infinitamente inteligente, conseguimos empezar un negocio que nos iba a llenar de ilusión e iba a ser el motor y la gasolina de dos mujeres que no querían terminar siendo chatarra.

3

A la mañana siguiente y sin prisas, a la misma hora de siempre, desperté a la niña, jugué con ella, reímos. Reconozco que la mimaba hasta la saciedad, le hacía cosquillas, caricias, le besaba la cara, las manos, le mordisqueaba los pies. Lili y yo de momento seguíamos durmiendo en la misma habitación, nunca me había querido separar de ella. Sabía que no era recomendable, que no era la educación adecuada, pero se podía comprender que las dos solas en semejante casona no quisiéramos estar separadas por un largo y estrecho pasillo que al pisarlo se oía el crujir de la madera y muchas veces hasta el sonido del viento cuando fuera se desataba algún vendaval.

Tras el desayuno, Poppy y yo nos trasladamos a nuestra pequeña oficina instalada al lado de la huerta. Mi mesa de trabajo era un antiguo escritorio que tenían mis padres en el sótano, con piel burdeos en la parte de arriba y el resto en madera de caoba. Sobre ella, mis cuadernos y hojas de anotaciones. Los encargué en una preciosa papelería de Bath con un bonito dibujo de tomates, zanahorias y berenjenas. Hasta ahora no teníamos nombre, pero ya podíamos mandar que nos hicieran nuestro nuevo diseño bajo el título «La huerta de Grosvencer House». ¡Qué emoción!

Empezamos por contactar con un diseñador gráfico. Le comenté por teléfono cómo quería que fuera nuestro logo, el dibujo y el estilo de letras. Quedó en enseñarnos lo que había en el mercado, aunque le pedí que buscara también lo más sofisticado, lo más elegante…, todo lo que nos inspirara y ensanchara nuestras aspiraciones. Vino varios días a la oficina. Queríamos que nuestra casa luciera preciosa en ese dibujo de líneas limpias y precisas, pues esperábamos que diera la vuelta a Inglaterra.

—Poppy, ¿te imaginas que se vendan nuestros productos en Irlanda, Escocia, en Gales o en Harrods? Por favor, ¡qué emocionante! ¡Tiene que quedar un logo impresionante!

Y con esa ilusión siempre y con nuestras botas de goma verde oscuro, pantalones de pana las dos y el mismo *barbour* cada día, nos dirigíamos a la ciudad buscando a las personas adecuadas para cerrar el difícil engranaje de nuestro proyecto. Necesitábamos contactar con alguna empresa que fabricase botes de cristal, bolsas de plástico donde imprimir nuestro logo y con las que distribuir nuestras verduras y hortalizas más selectas y, evidentemente, alguien especializado en *marketing*.

Poco a poco íbamos resolviendo cada problema. La materia prima ya la teníamos, solo era cuestión de producir más cantidad a medida que el negocio prosperase. Los comerciantes de Bath ya conocían nuestros productos, ahora solo quedaba convencerles de la necesidad de trasladar al cliente que éramos más caros porque éramos mejores, especialmente buenos, maravillosamente distintos, y nuestra calidad no era comparable con ninguna otra.

El proyecto empezó poco a poco a convertirse en una realidad, y yo comencé a notar que algo estaba cambiando, que estaba más ilusionada, y que las ilusiones mueven el mundo y el corazón.

Mi padre decidió también quedarse más en el campo. Le entusiasmaba la idea de ver, algún día, nuestras mermeladas caseras en los almacenes más distinguidos del mundo, o sea, Harrods. Estaba ilusionado, aunque también preocupado por las inversiones que teníamos que estar haciendo. Sabía que estaba obligado a ayudarme, pues como padre veía que ese era el camino para mi recuperación, y, por lo tanto, no había vuelta atrás. Se dio cuenta enseguida de que yo estaba cambiando el dolor de un amor por una ilusión y él, lógico, me quería apoyar en todo con su dinero, con su fuerza y con su cariño.

Mientras todo esto sucedía, el día a día, de lunes a viernes, en la casa, vivíamos en la relajada y aparente tranquilidad del campo, que a veces podía llegar a ser desesperante. Los días eran muy cortos en invierno y la noche llegaba a nuestras vidas demasiado pronto. ¿Quién era la valiente que se enfrentaba a ello sola y con una niña en esas condiciones de vida? Pues yo lo hice, lo intentaba, y aunque sabía que era la vida que me gustaba, había atardeceres duros, demasiado solitarios, demasiado vacíos y en los que el alma y la serenidad se resquebrajan y te volvías un poco loca y desesperada… Pero no retomé las noches de Bath… No volví a poner en riesgo mi dignidad ni a escuchar mi nombre burdamente declamado ni a llenar mis pulmones de sucios aires adictivos.

Por la noche, cuando me entraban ganas de coger el coche e intentar buscar compañía en los pubs, me metía en la ducha casi sin pensar, con agua bien fría, y me ponía rápidamente el pijama para no poder marcharme. Opté por colocar, o mejor dicho, recolocar la casa. A veces le tocaba al salón: menos los sofás de alrededor de la chimenea que no podía mover sola, cambié todo de lugar. Lo mismo hice en la biblioteca, donde, menos los libros de mi padre, nada quedó como estaba. También fueron muchas las veces en las que me metía en la cocina y, como si fuera un ejercicio de psiquiatría, me ponía a hacer un *cake* con nuestras zanahorias, nueces y canela que a Lili le encantaba. Cualquier cosa que me entretuviera era bienvenida, aunque tengo que reconocer que, cuando no podía más, me ponía un *gin-tonic*, música y los Beatles y no dejaba de recordar y de bailar, recordar y bailar… «Me estoy convirtiendo en un monstruo —pensaba—. Si esto no se me pasa pronto, necesitaré ayuda…».

Lilibeth crecía junto a mí como si nada me pasara. Era una niña preciosa, cariñosa, con el pelo caoba rojiza y unos ojos tan azules y grandes que impactaba con su mirada a todo el que la conocía. A partir de las cuatro de la tarde mi vida se la ofrecía por entero a ella. Desde muy pequeñita venía conmigo a la grupa de Thorn a revisar la granja, a ver cómo crecían las patatas, a decidir si las berenjenas y calabacines se podían recoger o todavía estaban poco maduros…, igual que los pepinos, el nuevo descubrimiento como producto de negocio. Con los pepinos no solo hacíamos crema para sándwiches y lo añadíamos a nuestras vinagretas embotelladas, sino que un laboratorio de cosmética nos encargaba cada vez más cantidad por sus maravillosas cualidades para hacer cremas para la piel debido a su gran poder de hidratación.

Lili vivía rodeada de animales, jardineros, hortelanos. Me hacía gracia ver cómo tan pequeñita todavía, con apenas cinco años, asumía fabulosamente el papel de hija de trabajadora en vez del de hija de señorita de la casa palacio. La realidad de su vida era la que tanto me hubiera gustado para mí y la que elegí para ella, pero creo que con la empresa su educación estaba siendo todavía más completa.

Cada mañana veía cómo su madre, o sea, yo me ponía las botas de agua, un jersey de cuello vuelto gordito y cálido, un chaquetón y unos guantes gruesos de caucho para trabajar. Coleta de caballo, mi famosa visera a tono siempre con la camisa o la chaqueta y unas ganas enormes de empezar a ocuparme de lo que me gustaba.

Cuando no tenía colegio, hiciese frío o calor, nos acompañaba a Poppy y a mí y nos ayudaba a recoger tomates de las matas, que colocaba uno a uno en un pequeño cesto que tenía siempre preparado para ella, o a lavar los pepinos para embolsar antes de llevarlos a las tiendas. Lili recibía cada minuto del día una lección de vida, se estaba convirtiendo en una niña muy independiente, se relacionaba con las personas que trabajaban para nosotros de manera natural y creo que las consideraba a todas como de su familia.

Lili era hija única como yo, pero ella estaba viviendo rodeada de vida, de personas, de ilusiones y, por qué no decirlo, de una madre que intentaba que nunca la viese llorar y que ya no volvería a tratar de encontrar el consuelo donde solo había desconsuelo.

* * *

—Mami, ¿papá dónde está?

—Ya te he dicho que está lejos y que no puede venir, pero que nos quiere mucho, muchísimo.

—Ya, mami, pero es que quiero estar con él. En el cole todas las niñas tienen papá. —A mí se me rompía el corazón al oírla decir esas cosas, sobre todo porque yo también querría estar con él, que fuéramos los tres una familia. Hubiera sido tan maravilloso…

—Lili, si quieres, nos vamos ahora a caballo a la cabaña. Allí te enseñaré los libros y los discos de papá otra vez y te contaré lo que más le gustaba leer o las flores que tanto disfrutaba. ¿Me acompañas? ¿Te apetece?

Así era como, cuando Lili me preguntaba, yo salía de la encrucijada, pero, en realidad, me hundía en pensamientos llenos de añoranza y tristeza. Creo que ya le hablaba de su padre casi como si estuviera muerto.

Entonces nos acercábamos a la cabaña, y al abrir la puerta, que crujía por la madera hinchada por la humedad, aparecía ante nosotros un acogedor salón-cocina-comedor que me atrapaba en la nostalgia.

Lili y yo siempre íbamos cargadas de flores del invernadero y también parábamos de vez en cuando a recoger algunas maravillas silvestres que veíamos a nuestro paso. Allí, tras encender la chimenea, las colocábamos en jarrones y, juntas, tumbadas en el suelo, le hacía reír con bromas y anécdotas para que sintiera como suyo lo poco que tenía de su padre.

—Mami, y yo nací aquí contigo y con papá, ¿verdad?

—Vámonos ya, Lili. —Corté de ese modo la conversación—. Está anocheciendo y hará mucho frío a la vuelta. Ayúdame a dejar todo ordenado y bonito para la próxima vez que vengamos y espérame mientras apago la chimenea. Ya sabes, no la podemos dejar nunca encendida, sería muy peligroso.

Lili se ponía manos a la obra, colocaba los cojines en el sofá y no se daba cuenta, pero yo me convertía de nuevo en la viuda de Andrew. Mi vida parecía destinada a él; sin él, ya no encontraba las palabras adecuadas. Cada vez le hablaba más a mi hija de su padre como si estuviera muerto.

Regresamos a casa, o mejor dicho, a la casa palacio donde me decidí a vivir sola, la antigua residencia de mis abuelos y bisabuelos. Aquí vivieron siempre dedicándose, como la mayoría de los nobles, a vivir de las rentas de las tierras de labranza y alquileres. Era una casa elegante y grande que estaba considerada como una de las maravillas arquitectónicas de la campiña de Bath.

También de construcción georgiana, la entrada y la balconada que daban al jardín eran tan espectaculares como importantes.

La estructura exterior estaba diseñada en el más exquisito estilo de la época. De piedra de la zona y adornada por el musgo que caprichosamente se apoderaba de sus esquinas, cuando traspasabas la puerta de entrada te recibía un amplio *hall* con suelos de gruesa madera oscura y una fabulosa alfombra. En medio, una mesa grande y ovalada, alguna silla en los laterales de la estancia y cuadros de nuestros antepasados en sus paredes. Un enorme macetero de porcelana con pinturas de caza, siempre adornado con frondosas y altas flores naturales y largas ramas verdes cortadas en el jardín, esperaba, imponente sobre la mesa, impresionar con su belleza a nuestros invitados. Y si yo llevaba el nombre de una flor no era por casualidad. A mi padre le fascinaban las flores, y una de sus más grandes aficiones era cuidar del precioso y ya valioso invernadero cercano a nuestra casa. Era una típica y pequeña construcción de madera y cristal que acogía muchas variedades de flores y plantas. Las más importantes eran, sin duda, las orquídeas, que se habían adaptado perfectamente al lugar y siempre teníamos esta elegante flor adornando nuestra casa. La violeta, la flor que más le gustaba a mi padre, de ahí mi nombre, era la planta que más estantes ocupaba, fácil de cultivar y con un aroma tan embriagador que al entrar en el invernadero producía un auténtico bienestar y grandes dosis de agradable turbación. Sus pequeñísimos pétalos en forma de corazón cada vez se estaban poniendo más de moda; de ahí que las vendiéramos igualmente para utilizar en gastronomía. La nueva cocina francesa, tan nueva que todavía no la conocía, la estaba introduciendo para adornar y dar un toque exótico a sus platos, pues, ¡no salía de mi asombro!, esta flor era comestible. Increíblemente, la flor que llevaba mi nombre le gustaba a todo el mundo, y ya teníamos muchos encargos de los chefs más destacados de Londres.

—Poppy, tenemos que sentarnos esta tarde en la oficina y mirar cómo van nuestras inversiones. A mí este apartado me supera, creo que deberíamos contratar a alguien. ¿Por qué no le preguntas a tu padre si conoce a algún contable y así yo, cuando venga el mío de Londres, le puedo dar más detalles y comentarle lo que quiero hacer?

—Tienes razón, lo necesitamos. Si no fuera porque esto nos encanta, pensaría que somos dos locas que no paran ni tienen un minuto para divertirse.

—Es verdad, ¿te apetece que vayamos esta noche a cenar al club vestidas como dos señoritas con falda y todo eso? Ya sé que seremos dos chicas solas, pero va a ser divertido, seguro. Quizás allí, en un sitio tan refinado, pueda encontrar a alguien que merezca la pena.

—¡Violet, deja ya esa obsesión!

—No puedo, Poppy, tengo tal vacío que ya hasta me duele acordarme de él. Nunca le he odiado, pero ahora creo que empiezo a sentir algo de desprecio, aunque enseguida vuelvo a echarle de menos y a desear volver a estar a su lado. Cada día le recuerdo más guapo, más atractivo, sus largos silencios mientras me miraba me parecen ahora de lo más sensual y romántico. A veces creo que me estoy volviendo loca. Casi a diario monto en mi caballo y me voy al galope hasta nuestra cabaña. Allí doy una, dos, tres vueltas alrededor de la casita a toda velocidad, no me bajo ni entro, pero tengo que llegar hasta allí, verla de nuevo y respirar el aire puro que tanto me gustaba y, en realidad, no sé si voy para ver si ha vuelto… ¿Crees que debería ir a un psiquiatra?

—No, no pienses en eso. Es lógico, aunque empieza a ser un poco largo, demasiado largo y tortuoso; ya han pasado demasiados años. Lo que te ha sucedido no se supera con facilidad, pero tú aférrate a tu hija, ella sí que puede ser la mejor medicina, y a este pequeño imperio que estás

levantando con tu empresa. Además, por desgracia, ya sabes que no eres la única. La labor que estás haciendo en la comarca con otras madres solteras es digna de alabanza: ellas ven en ti un ejemplo de superación y también, por qué no decirlo, de superar sus dificultades. Piensa en ellas y en la responsabilidad que tienes para ayudarlas. Cuando haces las reuniones en el ayuntamiento, siempre vienes animada y con las fuerzas renovadas, y eso es porque sabes que tu lucha está sirviendo de ejemplo para otras madres solteras, suponemos que abandonadas igualmente y en mucho peor situación que la tuya. ¿Es así o no?

—Sí, lo sé, lo sé, pero lo que nunca les digo ni les diré es que su hijo llenará el vacío del amor verdadero. Y yo lo he tenido, y todavía, después de tanto tiempo, no sé cuál fue la verdadera razón por la que me dejó. Nunca creí que Andrew pudiera ser tan cobarde, le consideraba mucho más seguro de sí mismo. El día que me abandonó era otra persona, supongo que aterrado por lo que iba a hacer, pero parecía un hombre sin fuerza, sin carácter. ¿Tú sabes algo más de lo que pasó? Porque siempre pienso que podría haber llegado a un acuerdo con la madre de su otro hijo y quedarse conmigo… ¡Es que no lo entiendo! Y casarse con ella… ¡Es tan increíble!

—Violet, yo no sé nada de nada y, por favor, deja de pensar en eso. Ese juego es peligroso, es casi morboso. Sabes que tienes que vivir sin él, que es él quien lo decidió así. Sea la razón que sea, no se merece que parezcas una viuda eternamente enamorada de él.

—Eso… ¡eso es lo que soy! Una viuda enamorada que no ha podido enterrar sus recuerdos, una viuda desgraciada y demasiado joven para serlo…, Poppy, déjame hacerte una pregunta: ¿tú no tienes a nadie? Nunca te he visto enamorada o bebiendo los vientos por alguien. En mí puedes confiar, hasta he pensado que los hombres no te atraen y que son las mujeres a las que prefieres, y no me importaría nada que fuera así, por supuesto. Perdona, es que te quiero mucho y me encantaría que encontrases la felicidad, que no seas como yo, una rara mujer enamorada de la nada o del recuerdo. ¿No te apetece enamorarte? —Poppy se contrarió, la noté alterada, aunque quiso aparentar que la pregunta no le había desagradado—. Perdona —le dije—, no he querido molestarte. Tú y yo hablamos de todo, o por lo menos yo te cuento todo y no me creo que no te haya gustado nadie todavía.

—Violet, ya sabes que soy muy reservada, y querer lo que se dice querer a las claras solo he podido quererte a ti y a Lili —sonrió—, pero sí, me gustan los hombres, no las mujeres, y mucho, pero no he tenido la suerte de estar con quien yo quería.

—¿De verdad? O sea, ¿entiendo que estás o has estado enamorada?

—Por supuesto, como cualquier persona. Pero te diré que tú y yo nos parecemos más de lo que crees, mucho más y que yo tampoco he podido disfrutar de ese amor. Y no es que no haya sido correspondida, es que ni siquiera sabe que estoy enamorada de él.

—Oh, Poppy, no me lo creo, qué lástima, qué dos mujeres tan desgraciadas somos. Supongo, por lo que me dices, que está casado…, pero ¿cómo no me lo habías dicho? Siempre estas consolándome y aguantándome y tú sufriendo también. ¿Le conozco? ¿Es de Bath?

—Sí, está casado, y lo que es peor, él nunca me ha querido… Sí, es de Bath.

—Bueno, amiga mía, hermana —le besé sus mejillas—, esta noche nos vamos al mejor restaurante a cenar, a tomarnos un copazo y a bailar. Hoy pido hasta *champagne* para brindar por nuestra amistad, nuestra hermandad y por las mujeres raras como nosotras, y si te parece, llamo a alguna *rara avis* más que conozco de la carrera de gestión agraria. Vamos a divertirnos y a demostrar que sabemos hacerlo.

A las siete en punto estaba ya Poppy en casa para vestirnos en mi cuarto, las dos con mi armario abierto de par en par y buscando ropa para impactar. Pero Poppy y yo no teníamos manera de ponernos demasiado guapas y femeninas; mi ropa en el campo era eso, de campo. Al final, conseguimos, con prendas de aquí y de allá, darnos un toque sofisticado. Las dos, por supuesto, nos tuvimos que poner pantalones, faldas no tenía, y tuve la suerte de encontrar un top negro sin tirantes del que ni me acordaba que existía. ¡Fantástica! Hasta yo misma me asombraba de lo estupenda que estaba mientras me miraba al espejo. ¡Empezaba la cosa a animarse! Luego adorné mi escote con un fino collar de oro, dejé el pelo suelto, y completé con unas sandalias que dieron un toque más sofisticado al *look* y por encima, una cazadora de cuero. La verdad es que tampoco estaba muy femenina, pero yo me encontraba espectacular.

Poppy, mucho más discreta que yo en todo, estaba impresionante con una blusa de gasa roja. Morenita, con melena por encima del hombro y unos ojos oscuros y enormes, era como una porcelana. Poppy no era muy alta, pero tenía un cuerpo precioso. Pequeñita y muy bien proporcionada, seguramente de las laderas de Bath era la criatura más delicada y sobre todo mejor persona e inteligente. Ella me había ayudado a vivir, y creo que yo a ella le había dado una vida distinta y que le gustaba.

—¡Violet! ¡Cómo estás, madre mía, estás divina! ¡Nunca te había visto así! —Y nos reíamos sin parar mientras terminamos de maquillarnos. Estábamos disfrutando como dos niñas, pero unas niñas bastante mayores.

—¡Ni yo tampoco, ni a mí, ni a ti! ¡Qué parejón hacemos! Por favor, ponte también sandalias altas, que nos hacen más *sexies*. Esta noche nos vamos a divertir. Vienen también Lauren y Sarah, son divertidas y otras locas que no se atan a nada.

—Violet, ten cuidado con lo que haces, que tu «desesperación particular» no te lleve a hacer tonterías…

—Ya, tienes razón, me tengo miedo a mí misma, pero yo ya te hice una promesa a ti, a mi padre y a mí misma, y hoy estoy emocionada porque ir contigo está siendo para mí una inyección de energía. No sé cómo no lo hemos hecho antes.

Le dimos un beso a Lili, que se quedaba con la madre de Poppy, y nos marchamos en el Range a toda velocidad y con la música a todo volumen. Las dos cantábamos «Here Comes the Sun» de *Abbey Road*, de los Beatles, como si nos hubiéramos vuelto locas…, y un poco así era. Estaba claro que mi maternidad temprana y mi absoluta fidelidad a Andrew me habían robado también mi juventud.

El restaurante era pequeño y romántico, muy coqueto. Allí nos encontramos con las otras dos locas con las que habíamos quedado. Enseguida supimos que íbamos a tener pocas posibilidades de flirtear: el ambiente era muy relajado, bastante serio, por lo que decidimos pasarlo en grande entre nosotras como solo las mujeres sabemos hacerlo. Entre conversaciones y risas, poca comida y algo de alcohol que nos hizo el efecto deseado para una noche como la que buscábamos, pasamos los momentos más divertidos de los últimos meses. Tras la cena y en los postres, el camarero nos trajo una botella de *champagne* y cuatro copas alargadas, altísimas y de un precioso cristal tallado.

—De parte del caballero de la mesa del final, para ustedes, señoritas.

Las cuatro nos quedamos bloqueadas, sin saber quién era, mirando fijamente hacia donde nos indicaba el camarero. El hombre en cuestión se levantó y vino hacia nosotras. Era algo mayor, bastante elegante y atildado, pero podría parecer el padre de cualquiera de nosotras. Con la mirada y las copas llenas, le saludamos y se lo agradecimos, pero él siguió su acercamiento, y

mientras reíamos nerviosas haciendo casi una «porra» para adivinar hacia quién venía, enseguida lo vi claro… El caballero venía directo hacia mí. ¡Horror! ¡Pero si era un viejo!

—Chicas…, por favor, por favor, ayudadme. ¿Y ahora qué tengo qué hacer? ¡Si parece mi padre!

—Buenas noches, señoritas, espero que disfrutéis del *champagne*. Os estoy viendo desde el comienzo de vuestra cena y, sin duda, es lo que necesitabais para terminar como os merecéis esta noche. —Y acercando su cara hacia la mía, me preguntó—: ¿Puedo saber cómo te llamas? Eres muy bella, bueno, todas sois bellas, pero tú eres un espectáculo.

Esa insinuación me puso de los nervios, lo que estaba sucediendo me producía un auténtico rechazo y de tal categoría que me levanté y dije en alto a mis amigas mientras le miraba fijamente a la cara:

—Chicas, nos vamos, nos esperan en la discoteca nuestros jóvenes amigos —recalqué lo de jóvenes—. Muchas gracias, pero nosotras no bebemos *champagne* con desconocidos.

Y en un segundo, y casi aterradas por mi tono, Poppy, Sarah y Lauren se pusieron de pie y me siguieron. Cuando salimos de allí, nuestras carcajadas se podían oír en la distancia, de tal manera que deseé que el eco de ellas llegara a aquel carcamal que acababa de echarme una mirada indescriptible.

—Violet, has estado gloriosa, fantástica, realmente divina. Nunca pensé que tuvieras tanto carácter ni tanta soltura.

—Es que se me ha revuelto el estómago viendo cómo, por unas miserables copas con burbujas, venía hacia mí creyendo que la ovejita caería en las fauces del lobo. La verdad es que nunca me he encontrado en ninguna situación parecida, pero no había otra manera de atajarla.

—Desde luego —dijo Poppy—, eres muy grande y muy divertida… Y muy valiente.

Las cuatro salimos a las calles empedradas de Bath, la ciudad más bella y romántica del Reino Unido. ¡Qué poco había disfrutado de sus mágicas noches! «Lástima que mi vida haya tenido ese inconveniente tan divino como ha sido mi maternidad —pensaba mientras me deleitaba observándolo todo—, pero hoy nadie me va a quitar el poder empaparme de la belleza de estos edificios de arquitectura georgiana, en forma semicircular, levantados con la piedra que ha dado la vuelta al mundo por su belleza y romanticismo». Y mientras paseábamos y nos dirigíamos a bailar, nuestras pisadas producían un cinematográfico sonido al chocar los tacones de nuestros zapatos con las piedras del suelo mientras las farolas en las aceras, de suave y tenue luz, iluminaban la maravillosa plaza como si todavía estuviéramos en el siglo XVIII y por allí mismo se paseara la escritora Jane Austen. Y al pensar en todo ello no pude menos que sentirme sola, y de nuevo volví a acordarme de Andrew y en cuánto me gustaría volver a querer a alguien y que alguien me quisiera a mí. Estaba sola, muy sola, y el ambiente me rompía el corazón. Era una mujer sola que no lo quería estar.

Las risas de mis amigas me devolvieron a la realidad y llegamos al lugar elegido. Tengo que decir, para ser sincera, que era casi mi primera discoteca —sí, increíble—, pues cuando salía sola acudía a las tabernas y pubs más conocidos. Lo cierto es que desde el mismo momento en que entré y oí la música me volví loca, me encantó, me fascinó… Me atrapó enseguida. Esos decibelios tan fuertes y maravillosos entraban por mis oídos y aceleraban mi corazón. No tuve tiempo de beber ni una copa, nada más llegar me puse en el centro de la pista, cerré mis ojos y me puse a bailar como si toda la vida hubiera deseado hacerlo. Y pensé que me faltaban esas sensaciones. En realidad me faltaba todo lo que se vive en la adolescencia o primeros años de juventud. Entre el campo y Lili había olvidado tantas cosas… Es posible que si Andrew y yo no

hubiéramos tenido que escondernos, no nos habría pasado lo que nos pasó. ¿O quizás sí? Bueno, ya no importaba, aquella era una noche para disfrutar y yo lo estaba haciendo. Me encontraba guapa, sofisticada con mi escote sin tirantes y mi melena suelta moviéndose al ritmo de la música, y lo mejor de todo, en ese momento, todo me daba igual. Con mis ojos siempre cerrados y bailando sin parar, me convertí, creo, en el centro de atención de la pista. Cuando abrí los ojos, lo comprobé, todos aplaudían a mi alrededor y yo, con un chico frente a mí, me movía sintiendo la música en el corazón.

Al ver la escena me descoloqué: nunca me hubiera imaginado a mí misma en semejante situación. Para mí era todo nuevo, y como la música me encantaba, había perdido la timidez y compostura que hasta entonces creía que tenía. Al instante, algo abochornada, empecé a buscar a mis amigas; el chico era mono y al separarme de él me agarró del brazo.

—No te vayas, estoy disfrutando como nunca lo había hecho. Solo ver cómo bailas y cómo te mueves está siendo un maravilloso espectáculo.

Me parecieron adecuadas sus palabras y que era bastante correcto. Quizás habría sido el chico ideal que durante tanto tiempo busqué para desahogarme en los pubs, pero ahora ya había superado ese momento. Supe, nada más verle, que estaba bien, pero que no era para mí.

—Disculpa, eres muy amable, pero es que estoy buscando a mis amigas. ¿Sabes dónde está Poppy?

—No conozco a Poppy, conozco a Sara. Está en esa mesa… ¿De verdad te vas? —me dijo mientras me sujetaba con delicadeza el brazo. Por un momento sentí de nuevo la caricia de un hombre en mi cuerpo. Fue solo una sensación, pero me trajo recuerdos casi perdidos. Me gustó.

—Sí, lo siento. Seguro que nos veremos otro día… —Y, tras sentir la emoción del roce de este chico en mi brazo, pensé que, después del abandono de Andrew y mi reclusión en el campo, me había convertido en una mujer absolutamente «pura, intacta», pero con una hija. Me acerqué a las chicas todavía asombrada del abandono social en que había vivido durante tantos años.

—¿Y Poppy? ¿Sabéis dónde está Poppy? Es que me he vuelto loca bailando y me he perdido entre canciones y decibelios…, y Poppy, ¿qué ha hecho, por qué no está con vosotras?

—Pues mira, ven, siéntate. Allí, de frente, en esa mesa casi en la esquina y semioculta…, ¡allí está tu queridísima amiga! La que parecía que no había roto un plato es la que más está disfrutando.

Miré y la vi abrazada a un chico, besándose, en la penumbra… pero, qué raro lo que estaba pasando. ¿Quién era ese chico? Me levanté y me dirigí hacia ellos, con seguridad, pero con miedo, pues me resultaba tan extraño que llegué a pensar que la habían drogado.

—Poppy, por favor, ¿qué haces aquí, en otra mesa y con un desconocido? —Poppy me miró, me sonrió. Comprobé que no estaba drogada. Se levantó.

—Violet —me susurró—. A este chico lo conozco desde pequeña, era de mi clase y estoy disfrutando de volver a verle. Déjame, por favor, no me obligues a acompañarte. —Volvió a sonreírme.

—Pero ¿estás bien? ¿No te has tomado nada extraño?

—No, pero ¡qué dices! —Y acercándose a mi oído, me susurró—: Es un antiguo compañero de instituto, nos gustábamos entonces y quiero seguir esta noche con él. Violet, lo necesito, me está gustando, pero no quiero que veas nada feo ni raro en mi actitud, quizás sea la necesidad de conocer lo desconocido.

Me quedé impactada, asombrada, sin respiración. Poppy me estaba diciendo a las claras que se iba a acostar con un chico que no había visto desde hacía bastantes años. ¡Impresionante,

increíble! «Menos mal que no salimos nunca —pensé—. Para una noche que lo hacemos, parece que nos hemos vuelto locas». Estaba bastante claro que nuestro apego al campo y a la vida relajada y bucólica era también algo falsa y forzada. Tanto Poppy como yo, cada una en su versión, estábamos demostrando esa noche que teníamos grandes carencias y que algo en nuestro interior no marchaba bien, pero quizás había que relajarse y dar por sentado que todo aquello era normal, aunque deberíamos arreglarlo.

Le di un beso en la mejilla, le dije: «¡Cuídate! ¡Ya sabes!», y me marché pensando en que lo que iba a vivir Poppy no era como lo tenía que vivir. El amor y la pasión son el cóctel más perfecto de la humanidad, es insuperable, pero la pasión sin amor es solo un cóctel efervescente… Se olvida, se supera, se evapora.

* * *

A la mañana siguiente. Poppy llegó en el coche con su amigo a la granja. Todavía vestida como la noche anterior, se acercó a mí sonriente, peinada y con la cara bien lavada.

—Vaya —le dije—, por lo menos no traes los ojos manchados de rímel y el lápiz de labios por la barbilla. —Y me reí con ganas. Poppy tenía sentido del humor y también se rio y me abrazó.

—Sé que me has entendido, pero a lo mejor no sabes el porqué de todo, Violet.

—Supongo, o por lo menos espero que hayas tenido cuidado y que el chico se mereciera semejante premio sin haberle visto en años, ¿no es así?

—Sí, sí. —Se rio Poppy con cierto descaro—. Era un compañero de la escuela, éramos unos niños, aunque siempre me pareció guapo y simpático.

—Bueno, pues suerte que ha tenido. ¿Cómo se llama? Por ponerle nombre, más que nada por si le vuelvo a ver.

—No sé si me apetece verle más, Violet. —En ese momento Poppy se puso seria y algo triste —. Sentémonos en la cocina, me gustaría hablarte.

—Perfecto, pero no me quiero meter en tu vida si tú no quieres. Nosotras somos hermanas de verdad, y lo que a ti te guste intentaré que a mí también.

—No se trata de eso —me dijo mientras preparaba dos cafés—. Es que yo tenía una asignatura pendiente. Como te dije, estoy enamorada de una persona desde hace tiempo, pero él no lo sabe ni lo sabrá, y todavía con mis años no había estado con nadie, siempre pensando que algún día encontraría a alguien que me hiciera feliz. Pero ya he perdido la esperanza, y ayer, cuando salimos a cenar, decidí que si se me ponía «a tiro» alguien —perdón por la frase— haría el amor o lo que fuera, ya que no sé si le podría llamar amor. Y, Violet, me he divertido, lo he disfrutado, me he sentido bien en ese momento, pero ahora no estoy demasiado contenta. Tenía que hacerlo y está hecho, pero ¡qué poco satisface cuando falta el amor! Es radicalmente opuesto a llamarlo «hacer el amor», ¿verdad?

—Te entiendo, Poppy, imagino lo que te ha pasado, sé lo que me quieres decir. En este momento me siento una privilegiada al haber vivido con Andrew el verdadero amor. —Con ella era con la única persona que podía decir ese nombre, pues solo ella lo sabía—. Por eso tuve aquella temporada tan penosa en mi vida en que salía a buscar, casi como tú esta noche, a alguien que me devolviera de nuevo esas sensaciones y ese apasionamiento que se siente cuando encuentras a la persona idónea. Tú, por lo menos, le conocías de años atrás, porque yo a punto estuve de ceder ante hombres desconocidos que creía me curarían mi soledad y sufrimiento.

—Pues algo así siento yo ahora, Violet —me dijo Poppy mientras miraba la taza con bastante tristeza—. No estoy contenta, creo que nosotras solo sabemos ser felices si queremos y amamos de verdad.

Y sentadas frente a frente, en la mesa de la cocina de la granja, nos cogimos de la mano, sin hablar, sin decirnos nada. Creo que las dos pensábamos lo mismo: yo en Andrew y en mi primera vez con él y ella en aquel hombre casado de Bath al que adoraba y que no sabía ni una palabra de su amor…

* * *

Cuando Andrew y yo nos decidimos por fin, fue como la culminación a tantas sensaciones vividas durante tantos fines de semana: tanto él como yo lo estábamos deseando. Yo, por supuesto, no me atrevía a decirlo, pero confiaba y me dejaba llevar por él. Andrew sabría cuándo sería el momento idóneo.

—Violet, eres muy joven, bueno, ya no tanto, pero yo he tenido con otras chicas mis momentos y sé que tú solo has estado conmigo. —Y me besó suavemente—. Para ti va a ser la primera vez, y eso me conmueve y me apasiona. ¿De verdad quieres hacerlo? Si no, aguardaremos, y aunque lo estoy deseando, sabré esperarte. Te quiero demasiado como para hacer algo que te incomode.

—Andrew —le miré absolutamente temblorosa y embrujada—, sé lo que siento y lo que quiero, y mi cuerpo y mi corazón me dicen que te quiero a ti y te querré siempre. No vamos a tener que esperar a nada, porque yo también lo estoy deseando.

Entonces Andrew se levantó, colocó todos los almohadones que teníamos alrededor de la envejecida alfombra que había rescatado del trastero de su casa, trajo unas flores que habíamos recogido en el campo una hora antes, abrió la ventana para que entrara el fresco aire de la montaña, y con «Alone Again», nuestra canción preferida de Gilbert O'Sullivan, no lo olvidaré nunca, empezó a desabrochar mi camisa de rayas, tantas veces vista por él, pues era una de mis preferidas para montar a caballo. En ese momento, sentí como si se me paralizara la respiración a la vez que un embriagador mareo en mi cerebro me envolvía en sensaciones nunca sentidas con anterioridad. Era mi primera vez. Andrew se dio cuenta, me sonrió, me dijo: «Tranquila, mi vida, te quiero». Nos tumbamos sobre la alfombra, apoyó mi cabeza sobre los almohadones, soltó mi larga melena, que estaba recogida en una cola de caballo, y comenzamos un fabuloso y desconocido juego al que de verdad se le podía llamar amor. Andrew fue cariñoso y muy dulce conmigo, mi inexperiencia no era tan grande como para no apreciar que estaba con un hombre que me quería de verdad y que ansiaba que yo le quisiera aún más. Cada paso, cada momento era placer y amor, pasión y ternura. Le miraba a la cara y le veía tan guapo, tan buena persona, tan cariñoso… Estaba completamente enamorada, y en ese momento era la mujer más feliz del mundo. Cada día, cada tarde, nos convertíamos en expertos amantes, creo, o por lo menos pienso que no nos quedó nada por descubrir.

A partir de ese día supe que él y yo seríamos compañeros del alma para siempre, me sentía suya, no había nada de mí que no quisiera darle ni nada de él que no quisiera tener. A veces me miraba y me sonreía. Andrew siempre me observaba, en todos los momentos que compartíamos, en cualquier lugar, no solo haciendo el amor. Le gustaba ver mi cara, mis expresiones, siempre decía que no necesitaba hablar, que él sabía lo que sentía con solo mirarme. Y creo que sí, que él lo sabía, sabía que cuando deslizaba su mano por mi espalda me sobrecogía y se me ponía el vello de punta… Sabía que cuando me besaba cerraba los ojos siempre, porque no quería que

nada entretuviera mi mente y mi sentido… Sabía que, a veces, cuando estábamos sentados sobre la hierba, descalzos, y me acariciaba mis piernas, la joven que tenía a su lado se sentía más mujer que la más experta en el arte del amor. Yo también terminé conociendo todo lo que a él le gustaba, y él lo sabía.

Andrew y yo éramos una pareja tan perfecta, tan completa, tan bien construida que nunca pensé que nuestros días fueran a tener un final.

A veces, cuando nos encontrábamos el viernes al caer la tarde, en verano y tumbados en la pradera, Andrew jugaba a rodearme de innumerables flores que había recogido antes de mi llegada. Me hacía sentir muy femenina, distinta y siempre guapa; no era de muchas palabras, pero nunca dejó de decirme todo lo bello que veía en mí, y yo me realizaba junto a él, sabía que estaba con quien tenía que estar.

—Andrew, nunca me hablas de tus compañeras de facultad, que seguro tienes, y habrá alguna que te persiga. Cuéntamelo todo, por favor. Si no lo haces y te callas, pensaré que tienes dos vidas —le rogué en una de nuestras románticas tardes.

—Violet, todo el mundo sabe que estoy enamorado de la chica más bella de las laderas del río Avon. Saben que bebo los vientos por una mujer rubia y alta que no es comparable con nadie ni con nada. Saben que soy un hombre secuestrado —se rio a carcajadas mientras me hacía cosquillas y me besaba— por una jovencísima amazona que me hipnotizó desde el primer día. Ya te has dado cuenta de que no soy muy hablador, ¿verdad? Pues te aseguro que todos saben que estoy enamorado de ti. Lo digo siempre, lo proclamo a los cuatro vientos. Eres la mujer desconocida más conocida de mi universidad

—¡Qué maravilla, Andrew! —Me reí feliz—. ¡Qué suerte tengo! —Y estiré mis brazos sobre la hierba como una señal de placidez. Andrew se recostó sobre mi pecho y empezó a recitar una poesía tras otra. Todas las que buscábamos eran cortas, pero muy románticas. Con cada una de ellas vibrábamos y sentíamos cómo nuestro corazón se alimentaba de almíbar y miel, de flores y hojas de arce y de las aguas frías de nuestro río más cercano.

Construimos una historia para nosotros basada en un amor muy limpio, auténtico, muy pasional y bastante inconsciente. Yo me sentía feliz, plena, quizás demasiado… Estaba con el amor de mi vida y en el lugar que siempre había soñado, en plena campiña, con dos caballos por compañía y dos perros que siempre nos seguían. Desde los diecisiete años estaba con él y no le pedía más a la vida, ni vestidos de última moda, ni maquillajes. Siempre iba con la cara lavada y mi pelo recogido en una coleta. A veces fumaba un cigarrillo con «aires varoniles» y a Andrew le gustaba: le parecía *sexy*, sensual. No necesitábamos amigos, con los que estábamos entre semana nos era suficiente. Éramos iguales, quizás demasiado independientes, quizás especiales o raros, quizás yo más madura de lo normal o, por el contrario, algo infantil. ¿Por qué no? Y él parecía un hombre demasiado libre o, a lo mejor, poco sociable, pero lo que sí éramos era románticos y felices y los dos teníamos el mismo desorden mental, íbamos a la vez en nuestro camino. ¡Era maravilloso!

4

—¡George, George, ¿qué te pasa?! ¡Por favor, escúchame, háblame!… Pero ¿qué te ocurre? ¡Violet, Violet! Por favor, Violet, ven enseguida… Llama a un médico, tu padre no reacciona, ¡no sé qué le ocurre!

Sobrecogida, oí a mi madre gritar y sollozar cuando mi padre, sin causa aparente, se desplomó en nuestra casa de campo, víctima de un infarto, minutos después de desayunar tranquilamente con mi madre.

Cuando llegué allí, la imagen era sobrecogedora. Mi madre, una persona por completo dependiente de mi padre, se aferraba al cuerpo de su marido, tendido sobre la alfombra del comedor, suplicándole que volviera, que no se fuera, que no la asustara más, que quería seguir con él el resto de su vida, que le quería, que le necesitaba…

Me lancé al suelo sin pensarlo y, besando el rostro de mi padre, supe enseguida que nos había dejado, que se había ido sin sufrir, aunque no quería irse.

Mi madre y yo nos abrazamos a él. Para las dos, de manera distinta, era el eje de nuestras vidas. Para mi madre, por recibir su amor, seguridad, nivel social y tantas cosas más. A mí me había dado la vida y, además, la vida que me gustaba y que también le gustaba a él.

George era su nombre, pero para mí era el sinónimo de mis cimientos, de mi equilibrio, casi de mi alma gemela. Éramos tan parecidos que, a veces, producía cierto rechazo en mi madre… No le gustaba tanta similitud. «Como yo no soy como vosotros, parece que estoy fuera de vuestras vidas», solía decirnos cuando nos encontraba juntos hablando o tramando algún proyecto que me ilusionara.

Mi padre sufría por mí muchísimo. Sé que mi embarazo y maternidad en solitario no le gustaron nada, pero fue el ejemplo más impresionante de lo que el respeto puede hacer para fomentar fructíferas y felices relaciones en vez de destruirlas.

Nunca me preguntó lo que sabía que no quería contestar y siempre le agradecí que así lo hiciera. Nunca levantó entre nosotros ningún muro por falta de confianza y, por alguna razón especial que no alcanzo a saber, siempre sentí su respeto, su cariño y un trato delicadísimo.

—Mamá, ven conmigo, papá ya no está con nosotros… —La levanté de la alfombra donde todavía estaba mi padre tendido. Desolada, no paraba de gemir y llorar, y yo con ella; era terrible lo sucedido, inesperado y tristísimo. Enseguida se presentó todo el mundo que estaba en la casa, todos estábamos tan impactados que nadie se movía, solo llorábamos. A mi padre todo el mundo le quería de verdad.

Y fue en ese momento también cuando me di cuenta de que la pérdida de mi padre me colocaba en la primera fila, que era la que tenía que empezar a responsabilizarse de todo, que ahora yo era la única que lo podía hacer y, desde luego, la que lo tenía que hacer.

Llamamos a un sacerdote, a un médico, a la policía de Bath… Aquello que era necesario, y, aunque tardaron en venir, nos confirmaron lo que ya imaginamos: fallecimiento natural por infarto o accidente cardiovascular, que era casi lo mismo. No tenía sentido hacerle la autopsia, y enseguida le subieron a sus habitaciones, a su cama. Acababa de morir el duque de Grosvencer. Mi maravilloso padre, todavía joven y guapo, nos había dejado y ahora sería yo la inesperada duquesa: la primera mujer con ese título, por no haber descendiente varón, ni tío ni primo, y únicamente por ser un título creado por la reina para mi padre.

* * *

Al día siguiente de nuestra pérdida, nuestra casa de Bath empezó a llenarse de gente, la mayoría de ellos procedentes de Londres y para mí desconocidos, que me preguntaban y asesoraban sobre lo que tendría que hacer a partir de ese momento.

Pero nadie me aconsejaba cómo gestionar mis tristes sentimientos, sino cómo ejecutar con rapidez el traspaso de poderes y de firmas en las empresas de mi padre que *ipso facto* heredaba yo por ser su única hija.

De ser madre y modesta empresaria, con el futuro resuelto y que solo se preocupaba de su hija, de curarse sus heridas, de su vocacional trabajo y de vivir, más o menos, como le gustaba, había pasado a ser el centro de una corte de hombres de negro que me rodeaban, hablaban y preguntaban con rapidez extrema y angustia en sus maneras.

No cabía duda de que la herencia era tan importante como los problemas que se me avecinaban. En ese instante, había pasado a ser la duquesa de Grosvencer y mi madre, la duquesa viuda, dato este que tendríamos también que empezar a gestionar con delicadeza.

La vida puede dar un giro de ciento ochenta grados en solo un segundo, pero yo ya había probado una amarga porción de la manera que tiene el destino de enseñarnos a vivir. Ahora me enfrentaba a otra tristísima situación, pero la desaparición de un padre (aunque fuera en estos momentos el hombre de mi vida) la veía más lógica que la pérdida de un amor, de una ilusión y de un compromiso de vida en un abrir y cerrar de ojos.

La despedida a mi padre fue como a él le hubiera gustado, eso sin duda, pero sobre todo fue como a mi madre le parecía correcta.

En las laderas de nuestro campo y atravesando un precioso camino de cipreses, largo y muy cuidado, mi madre y yo acompañamos a mi padre, que ya descansaba en un ataúd adornado con profusión de flores blancas, la mayoría, sus orquídeas, las de su vivero, como a él le gustaba. Únicamente llamaban la atención entre ellas un precioso ramo de violetas, la flor por la que había recibido mi nombre y que él consideraba como la «pequeñez más perfecta y femenina que la naturaleza había creado».

Junto a nosotras, mi querida Lilibeth, sin comprender todavía el porqué de esta repentina muerte de su queridísimo abuelo, casi un padre, las tres vestidas de negro, de la mano y demostrando serenidad sin dramas. En casa nos habían enseñado a sobrellevar con templanza nuestros sentimientos, sobre todo los tristes. En público llorábamos poco, aunque la tristeza nos hacía llevar la cabeza baja, mirando casi a la tierra por donde seguíamos a nuestro querido padre.

Detrás de nosotras, el príncipe de Gales, representando a la reina, su querida amiga de la infancia, duques y duquesas, nobles y grandes apellidos y títulos que vinieron a dar el último adiós al que había sido, sin duda, un gran hombre y, seguro, un fantástico amigo. Y, para

terminar la fila de los elegidos para la despedida, todo el servicio que con tanto mimo había tratado y cuidado a mi padre durante años, desde los que trabajaban en Londres hasta los agricultores y ganaderos de nuestras tierras de Bath, y es que en el campo todos terminamos siendo de la familia. Ellos cuidaban con esmero las tierras y me cuidaban a mí y ahora a mi hija con verdadera dedicación y muchísimo cariño. La relación de mi padre con ellos, igual que la mía con Poppy, a veces era tan estrecha que en el caso de alguno casi parecía fraternal o por lo menos de grandes amigos. Para él siempre fueron sus personas de confianza, virtud difícil de encontrar, según nos decía a menudo.

Finalmente, el duque de Grosvencer recibió sepultura en un precioso recinto o mausoleo, donde también descansaban sus antepasados y donde, con seguridad, cuando nos llegase la hora, descansaríamos mi madre, mi hija y yo.

La vuelta a la casa, ya sin papá a nuestro lado, fue dura y angustiosa. Mamá no podía dejar de lamentarse. Decía que no sabría qué hacer sin él, que él lo era todo para ella, y era la verdad. Una mujer como mi madre, sin pasiones ni aficiones para vivir con intensidad, lo iba a tener difícil. No era mayor todavía y poseía una llamativa y atractiva belleza, pero era tan dependiente del «qué dirán» que casi con toda seguridad serían sus amigos los que en el futuro trazarían su camino y no ella, o eso era lo que a mí me parecía.

Las tres, de la mano y vestidas de negro, como en realidad nos apetecía y como manda el protocolo, recorrimos la distancia que nos separaba de la casa grande, sin ganas, despacio, mirando los jardines que la rodeaban y echando ya de menos al alma de la casa. Mi padre lo era todo para todos, y cada una de nosotras pensábamos, en silencio mientras andábamos, cómo sería nuestra vida sin el motor y la protección de George, el querido duque de Grosvencer.

El salón principal de nuestra casa, una preciosa y amplia estancia que siempre deslumbraba con sus lámparas y chimeneas encendidas, ese día se convirtió en un lugar demasiado triste, con las cortinas echadas y solo algunas luces indirectas iluminando el lugar en el que mi padre fue tan feliz.

El servicio, perfectamente uniformado, de negro y esperándonos en fila, estaba preparado para atendernos junto a nuestros invitados en el evento más triste de nuestras vidas. En la entrada, colocado en un atril dorado, el libro de condolencias sobre la preciosa mesa semicircular, de grandes dimensiones, que presidia el *hall* de la casa.

Mamá, que funcionaba a la perfección en el ambiente social, hizo los honores de manera increíble a pesar de las circunstancias. Yo, desde el fondo del salón y apoyada en una pared, miraba cómo aquel momento tan triste para nosotras era vivido por los demás con cierta naturalidad, mientras pensaba en lo que mi vida podría cambiar y en cómo tendría que conseguir cierta libertad para seguir disfrutando a mi manera.

En ese instante, una señora rubia y aún atractiva, cuya cara me resultó familiar, se acercó a mí y me tendió su mano cubierta por un guante negro.

—Buenos días, Violet. Soy la señora Campbell, ¿me recuerdas?, la madre de Andrew, el muchacho con el que parecía que habías hecho amistad ya hace muchos años.

Un enorme escalofrío recorrió todo mi cuerpo. No la había vuelto a ver desde el día en que me acerqué con Poppy, con cierto desparpajo, a su casa a llevarle bollitos simplemente para cotillear y conocerlos. La pared sobre la que me apoyaba sostuvo por unos segundos mi cuerpo a punto de desmayarme.

—Estoy muy impresionada por el inesperado fallecimiento de tu padre y por eso he venido a trasmitirte mi pésame. Ha sido una pena que no nos conociéramos, pero sé por la gente que vive en los alrededores que era una persona noble en todos los sentidos, afable y generoso. Por cierto, todo el mundo dice que os parecíais mucho, creo que erais iguales.

Yo permanecía sin poder contestarle. Me temblaban las manos y mi corazón latía desbocado.

—¿Me presentas a esta jovencita tan guapa? Es tu hija, ¿verdad? —me pidió de manera muy dulce.

—Claro —dije en un tono casi ininteligible—. Se llama Lilibeth. Lili, cielo, saluda a la señora Campbell —le dije a mi hija temblando.

Entonces Lilibeth extendió su mano, también cubierta por un guante, pero en su caso blanco, y se la acercó a la señora Campbell mientras hacía una ligera reverencia con la cabeza como respetuoso saludo. En ese momento mi niña la miró con sus enormes ojos. Solo yo sabía que a quien miraba era a su abuela. La señora Campbell reaccionó como tenía que hacerlo: sobrecogida, impresionada: los ojos de Lilibeth eran idénticos a los de su hijo, el padre de mi hija, y la mirada y el profundo atractivo de Andrew lo tenía Lili a flor de piel. La señora Campbell no era capaz de soltar la mano de mi hija, estaba en *shock*.

—Oh, por Dios —exclamó—, no sé qué decir —musitó sin dejar de mirar a mi hija, temblorosa —. Es auténticamente una belleza y tan tan tan… Bueno, no sé qué decir. Eres preciosa de verdad. ¿Puedo darte un beso? —preguntó impactada

Miré a mi hija y le hice el signo de afirmación con la cabeza. Lili lo aceptó sin problema por su exquisita educación y con enorme simpatía le sonrió. Era muy cercana con todos.

La señora Campbell había visto los ojos de su hijo en el rostro de mi hija, de eso estoy segura. Era la primera vez que la veía y, con certeza, supuso un fuerte *shock* para ella, pues, aunque no se atrevió a preguntarme nada, la noté descolocada, demasiado impresionada, tanto que me hizo pensar casi de manera automática que ella podía haber supuesto algo con anterioridad. No sé, era una conjetura, pero lo que sí sé es que vio a su hijo en los ojos de mi hija.

Fue solo un instante, pero muy confuso. Ni ella ni yo sabíamos qué decir ni cómo reaccionar. Respiré hondo y con bastante seguridad le agradecí su pésame y asistencia, hice una inclinación con la cabeza, cogí a Lili del brazo y me dirigí al interior del salón donde se encontraba mi madre.

Me di la vuelta temblando, imaginando cómo clavaría su mirada en la niña, su nieta, y pensando más que nunca en mi amado y añorado Andrew. ¡Cómo le echaba de menos, qué falta me hacía en estos tristísimos momentos!

* * *

Los días siguientes fueron de total desbordamiento. Mi pobre madre no se hacía a la idea de la ausencia de mi padre y, aunque era consciente de lo sucedido, no sabía qué hacer sin él, excepto llorar y llorar, por supuesto, en privado. Y a mí, sin dejarme ni respirar, los «hombres de negro» me obligaban a reunirme con ellos para informarme de todas y cada una de las propiedades que acababa de heredar y que tendría que empezar a gestionar o, por lo menos, a conocer más de cerca su existencia.

Abrimos el testamento en esa primera semana. Me hacía heredera universal de todos sus bienes, así como del importante título nobiliario que la reina le otorgó a título personal y al que me pedía que respetara, honrara y defendiera con todo mi ser. Mi padre siempre me recalcaba

que cuando él no viviera yo sería una de las pocas mujeres en poder heredar un título, circunstancia que siempre apostillaba y que yo encontraba muy machista.

A mi madre le dejaba una generosa cuantía de dinero con la que podría vivir sin necesidades y con el estatus y el nivel de gastos a los que ella estaba acostumbrada. A mamá eso también le hizo llorar, pero de agradecimiento. Su queridísimo George la dejaba como a una reina, sin deudas y con muchas libras en positivo, aparte de ciertas propiedades no inherentes al título. Pero todo estaba sucediendo demasiado deprisa, daba la impresión de que existía una cierta necesidad de «quitarse el muerto» rápidamente de encima. El «a rey muerto, rey puesto» estaba sucediendo en mi casa sin posibilidad de reacción. Estos señores nos arrastraban como el agua que resbala sin freno por el río empedrado. Me resultaban fríos y controladores, y también algo inhumanos; casi me parecía que querían hacerse con la responsabilidad de todo ello para empezar a manejarlo a su antojo.

Y tuve que reaccionar y tuve que marcharme, no podía más…

A los quince días del fallecimiento de mi padre dejé a Lili con mi madre y su séquito en casa y le pedí, por favor, que entendiera que necesitaba estar sola. Que me marchaba a la cabaña unos días para recapacitar y ordenar mis ideas. No sabía lo que tenía que hacer ni cómo, pero era consciente de que necesitaba pensar, llorar, recordar y centrarme. Ahora muchas personas dependían de mí, ya había dejado de ser una joven madre que disfrutaba en el campo de su soledad y una hija mimada por su cariñoso padre.

Me marché a las cuadras, tras coger de la despensa algunas latas y bebidas, me subí a lomos de Thorn, mi noble caballo ya muy viejo, y, sin decirle adónde íbamos, sin gesto alguno ni fusta que se lo indicara, este inteligente animal supo llevarme al lugar donde quería estar y que tanto necesitaba. Despacio, por los caminos de las montañas, mi caballo y yo subimos la loma en silencio, respirando el aire limpio y fresco y, creo, los dos con la mente en blanco y el corazón encogido.

Llegué a la cabaña llorando sin parar. Durante dos semanas había tenido que hacerme la fuerte, ayudar y consolar a mi madre, explicar a mi hija por qué su abuelo ya no estaría más con nosotros y saludar, exhausta, a la que tenía que haber sido mi suegra y era, sin que ella lo supiese, la abuela de la bella Lili.

Al entrar en mi pequeño salón, tan ideal y acogedor, me recosté en el sofá rodeada de los cojines en los que hacía años me tumbaba con Andrew y me abracé a ellos como quien abraza a su amor verdadero. Esos cuatro almohadones y nuestros discos y libros de naturaleza y poesía eran lo único que de verdad me quedaba de aquellos días, meses y años que pasamos juntos disfrutando de la vida y del amor. Eran, por ahora, la única herencia de su padre para mi hija y eran, sin duda, la herencia más preciada para mi corazón.

Sin darme cuenta, el agotamiento y la tristeza hicieron el efecto deseado y me transportaron al sueño reparador que tanto necesitaba. Me dormí pensando en Andrew, en cómo habría sido mi vida en estos momentos junto a él, en cómo me consolaría mi compañero de vida convertido en duque consorte de Grosvencer —aunque en ese momento no sabía si ese título existía—, en cuáles serían sus consejos para seguir la estela de mi brillante padre… Le necesitaba más que nunca y le quería más que nunca, pero ya casi no recordaba su cara. El Andrew al que yo amé era joven, bello y sin traumas. ¿Cómo sería ahora, quince años después, con hijos y posiblemente desgraciado en el amor como yo?

Amanecí con los primeros rayos de sol envuelta en una manta sobre el sofá y junto a los almohadones tan queridos. Al abrir mis ojos contemplé la delicada estancia en que había

convertido la antigua cabaña de aperos donde Andrew y yo nos conocimos y nos amamos solos los dos, sin que nadie lo supiera, con la fuerza del primer amor y las ganas de la juventud.

La enorme chimenea, utilizada para cocinar antiguamente, presidía este curioso salón donde predominaban los tonos verde y berenjena oscuro, los mismos que vi el único día que estuve en casa de los padres de Andrew… Había utilizado esos colores porque quise que fuera un homenaje a los Campbell y el lugar donde, si tenía la suerte de volver a estar con él, se sintiera de nuevo como en casa. Una pequeña mesa de comedor con cuatro sillas tapizadas con tela de cuadros verdes y azules esperaban que algún día sus amantes propietarios la utilizaran y disfrutaran en un romántico desayuno o una apasionada cena.

La alfombra, en verde oscuro, casi como si se tratara de acogedora hierba, le daba el toque cálido que la cabaña necesitaba, y, por supuesto, lámparas con pantallas tapizadas en tela en suave tono burdeos, casi rosa palo, hacían que el salón fuera todavía más confortable.

Por último, había una pequeña cocina, casi en un rincón, pero con todo lo necesario para saciar nuestro gusto por lo sencillo, y un todavía más pequeño cuarto de baño.

Lo que nunca hubo y tal vez nunca habría era un dormitorio. Andrew y yo no lo necesitábamos, habíamos sido tan felices en el suelo de la cabaña, con nuestros cojines y la alfombra desgastada… Cuando rehabilité la casa, pensé que ya sin él esa estancia no hacía falta. ¿Para qué querría yo aquí una cama? ¿Para dormir sola o con otra persona? ¡No! Aquí solo habíamos dormido él y yo y él ya no estaba y parecía que nunca iba a volver… No hacía falta ni cama ni cuarto que la cobijase, nadie volvería a dormir aquí conmigo.

Desayuné un café y unas galletas de mantequilla que siempre guardaba por si a Lili le entraba hambre cuando veníamos. Me arreglé algo el pelo y con mis botas y el *barbour* salí a pasear y pensar por los caminos que tan bien conocía y que me daban la vida. Me encantaba ir sola por el campo, y eso a mi madre le ponía de los nervios. Siempre creía la pobre que me podía pasar algo, que era una inconsciente, que no conocía a nadie que hiciera lo que yo. Pero es que, estaba claro, yo era distinta. Ni mejor ni peor: distinta.

La nueva situación familiar me desbordaba, me atormentaba pensar en qué hacer con mi nueva vida. Lo lógico sería trasladarme a vivir con mi madre y la niña a Londres, pero solo de imaginarlo me faltaba el aire.

Por otro lado, yo no era especialista en finanzas, no sabía de inversiones ni de negocios familiares, aunque mi padre, hombre inteligente donde los hubiera, encauzó mi gusto por el campo introduciéndome en un máster de gestión agraria que, ahora lo veía claro, lo hizo convencido de que me ayudaría a gestionar nuestro patrimonio rural cuando lo necesitara.

Estaba claro que eso era lo que él quería. Yo tenía que ser la nueva duquesa y lo sería trabajando y gestionando nuestras propiedades con una importante base que había adquirido en la universidad gracias a su insistencia.

Mucho más tranquila después de darme cuenta de la voluntad de mi padre, empecé a estructurar cómo conseguiría que mi vida y la de mi hija no cambiaran en exceso ante los nuevos acontecimientos y responsabilidades.

«Definitivamente me quedo aquí, en Bath —me dije, rotunda—. Me relacionaré con personas preparadas para asesorarme y viajaré a Londres cuando sea necesario. Mamá tendrá que decidir qué quiere hacer, aunque seguro que vuelve a nuestra casa de Belgravia, por cierto, ahora ya de mi propiedad. ¡Santo cielo, qué pronto me está pasando todo! Acabo de cumplir treinta y siete años y ya dependen de mí tantas personas, tantas familias…».

Permanecí sola en mi pequeña cabaña durante tres días con sus tres noches. No me daba miedo,

tenía poco que perder. En ese momento la vida me parecía un camino largo, empedrado, empinado y agotador.

Escuche música, los Beatles, los Beach Boys… Todo me trasladaba a los mejores momentos de mi vida, cuando Andrew y yo nos queríamos con pasión tumbados en el suelo del salón que habíamos hecho nuestro hogar. Entre todas las canciones, entre todas las melodías allí estaba «Yesterday», cantada por Paul McCartney. Esa canción me emocionaba demasiado, me encogía el corazón, me llenaba los ojos de lágrimas y no era capaz de dejar de escucharla… *Yesterday*… Ayer… Ayer estaba con mi enamorado, ayer tenía mi vida, ayer era feliz…

A Andrew se lo había dado todo y él también a mí pero algo le salió mal, o mejor dicho, nos salió mal. Nuestra felicidad no pudo ser, y aunque me encontraba todavía traumatizada, ya no era la persona maltrecha que él abandonó. Después de tantos años, ya sabía que él no era para mí, aunque todavía le sentía como mío, y pese a que esto podía parecer raro, sin duda no era por fidelidad, sino por la felicidad que habíamos vivido juntos y de la que no me podía olvidar.

Él y yo éramos uno, y quizás tuve la mala suerte de encontrarle demasiado pronto. Ahora me daba pena no haberle dicho a mi padre quién era el padre de su nieta. Le habría gustado que se lo confirmara, pues sé positivamente que él lo intuía, ¡lo sabía! ¡Cuánto le hubiera gustado saber que entraba sangre nueva en la tan envejecida estirpe de los Grosvencer!

El fabuloso duque recientemente fallecido fue, sin duda, un hombre moderno, sabio y con mucha intuición social. La nueva duquesa, o sea, yo, iba a seguir sus pasos en la apertura de nuestra familia al mundo de los negocios, pero, sobre todo, iba a volver a las raíces de nuestra tierra, a la vida en el campo, a las costumbres que nunca debimos dejar.

5

—Mamá —exclamé a mi vuelta de la cabaña—, la semana que viene me voy a Londres. ¿Te vienes conmigo?

—Oh, hija mía, ¡qué alegría! Por fin entras en razón y te trasladas a vivir a la ciudad. Tu padre te entendía mejor que yo, pero siempre he pensado que tu sitio y el de la niña estaban en nuestra casa de Londres

—No, mamá, voy solo por unos días. Está claro que papá ha gestionado muy bien sus propiedades y fortuna, pero yo ahora he de hacerme cargo de todo y tengo que empezar por conocer de cerca todo lo que atañe a nuestro patrimonio. Tengo muy claro que vuelvo a Bath, que será aquí donde seguiremos viviendo Lili y yo, y tú, por supuesto, si quieres, claro.

—Por Dios, qué terca eres, no entiendo cómo puedes pensar que para Lilibeth no sería mejor terminar su formación en un buen colegio, con amigas de su nivel social… Pero, en fin, ¡somos tan distintas! Y, por cierto, tira ese cigarrillo, que estás fumando como si fueras un muchacho. ¡En casa no te lo consiento!

La reacción de mi madre era, hasta cierto punto, lógica. Estaba algo desesperada por su indecisión ante la nueva etapa de su vida y empezaba a pensar de nuevo que mi futuro no estaría junto a ella. La duquesa viuda de Grosvencer no iba a dejar de vivir en la capital, o por lo menos eso creía yo, y la nueva duquesa, o sea, yo, tampoco iba a dejar de vivir en el campo.

* * *

Ya había pasado un mes desde la muerte de mi padre, y nada más llegar a Londres me entregaron un precioso sobre blanco con las iniciales de la reina en dorado que abrí con cierta ansiedad y emoción y casi sin respirar comencé a leer un cariñoso mensaje. Su majestad me requería en su palacio a la mañana siguiente para darme la bienvenida al pequeño e importante círculo de la nobleza inglesa. Ya me había avisado mi madre de que esto sucedería, pero no esperaba que fuera tan rápido. Me hizo ilusión empezar así mi nueva vida. A mi padre esta audiencia le hubiera llenado de orgullo, pues además de su incuestionable fe en la monarquía, la reina Isabel y él se tenían desde siempre un cariño especial.

Enseguida empecé a pensar en mi primera pesadilla. «¿Qué me pongo para ir a palacio que tenga en los armarios de casa y que cumpla con el riguroso protocolo de las audiencias?». Y tras saludar a Susan, nuestra ama de llaves, y a nuestro mayordomo, subí las escaleras hacia mi cuarto, pues el primer y casi único problema del día iba a ser ese, el *look* con el que saludaría a *the Queen*. En mi armario no encontré nada apropiado; en más de diez años creo que no había renovado para nada mi guardarropa. Entonces abrí el maravilloso vestidor de mi madre y, ¡oh, maravilla!, un precioso y sencillo vestido negro de cuello a la caja, manga francesa y dos dedos

por debajo de la rodilla apareció delante de mis ojos como diciéndome: «Este es el idóneo». Busqué también un bolso de mano y mis zapatos *beige* de un tacón no excesivamente alto (como mucho cinco centímetros). Parecía que ya lo tenía todo, así que me quedé más tranquila. Ya era tarde y le pedí a Susan solo unos sándwiches para cenar en mi habitación. La reina me recibiría temprano, lo mejor sería descansar.

A la mañana siguiente, me desperté más animada de lo que imaginaba, aunque algo nerviosa y, por supuesto, bastante insegura. Me duché, me arreglé el pelo y me maquillé sutilmente. Al vestirme decidí dar el toque final con un bonito broche heredado de mi abuela y una discreta diadema sobre mi cuidada y larga melena rubia recogida en un discreto moño, como requiere el protocolo. No iba de luto riguroso, pero tampoco me apetecía vestirme de rojo o verde, colores que, por cierto, me sentaban de maravilla. Lo hice todo con bastante ilusión; en Londres apenas conocía a nadie, no tenía amigos; que mi primera cita fuera en el palacio de Buckingham lo consideré una inspiradora premonición.

Al mirarme al espejo, me encontré guapa, elegante y discreta, aunque el vestido se ajustaba algo a mi cuerpo dándome un toque bastante *sexy* y eso me gustaba. ¡Ñoñerías, ninguna!

Mi chófer ya me esperaba en la plaza, justo en la puerta de casa. Me saludó y me abrió la puerta ceremoniosamente: íbamos a palacio y me trató como a una princesa. Ya en el interior del vehículo, me puse a pensar que en realidad nunca había vivido así, que cuando decidí quedarme en Bath tenía veinte años, que había pasado mi juventud y comienzo de madurez casi a lomos de un caballo y que ahora iba en un bonito Jaguar a traspasar la verja y los patios empedrados de palacio representando a mi padre, el hombre para mí más completo y maravilloso con el que había tenido la suerte de vivir.

Tras bajarme en los soportales del patio de armas, un alabardero de la reina me abrió con toda ceremonia las puertas de madera y cristal por las que accedí a las escaleras, grandiosas, imponentes. La mullida alfombra hizo que mis pisadas fuesen más seguras y silenciosas pues, lógicamente, me temblaban las piernas. Recorrí los anchos pasillos en cuyas paredes estaban colgados los retratos de los más altos dignatarios de la Corona inglesa. Todos fabulosamente pintados parecían mirar al que, como yo, atravesaba, nervioso, el largo y ancho pasillo que conducía hasta el salón de las audiencias privadas. Y fue entonces cuando, esperando a su majestad en el palaciego pero acogedor salón al que con sumo protocolo me habían trasladado, se me acercó el ayudante de su majestad, un atractivo y uniformado militar, al que no conocía y del que ni siquiera sabía su nombre, pero, por mi reacción y por su mirada, no fuimos indiferentes el uno al otro, a pesar de que nos acabábamos de conocer. El seductor capitán, que me sonrió casi descaradamente, lucía con mucho orgullo los cordones dorados que le acreditaban como condecorado por la reina como su ayudante personal y, francamente, al volver a mirarle me sonrojé y sonreí, pues me pareció demasiado atractivo. Era alto, de pelo castaño casi rubio, ojos verdes y una sonrisa entre bondadosa y golfilla que me atrapó enseguida. Y, ¡milagro!, o por lo menos me pareció un milagro, pues lo que mis piernas y corazón sintieron con una sola mirada solo me había pasado con Andrew y, aunque no se podía comparar, el porte y la fuerza del capitán hicieron mella en mí, impactándome de forma muy agradable.

«¡Oh, Dios mío! Esto me lo ha enviado mi padre», pensé. Después de quince años de sequía absoluta, en una décima de segundo comprobé que volvía a sentirme viva.

Con bastante energía, pero con una especie de media sonrisa, este hombre de gran personalidad me saludó y me anunció la llegada de la reina. Yo me estiré y despejé mis pensamientos

nublados por la mirada del atractivo militar, no sin antes corresponderle con otra interesante y sugestiva sonrisa. Esto nunca me había pasado hasta ahora y me sentí, no sé por qué, renovada.

Acto seguido, Isabel II del Reino Unido y soberana de otros catorce estados independientes traspasó el umbral de la puerta abierta y se acercó a mí con la sonrisa y el cariño de una madre. Al verme, me abrazó con tanta humanidad que pensé —aunque extrañada por tanta cercanía— en la suerte de tenerla junto a mí en esta nueva etapa de mi vida. Yo, por supuesto, ni la rocé ni la rodeé con mis brazos. A la reina no se la puede tocar.

En cuanto pude doblé mis rodillas y tras una suave y perfecta reverencia me levanté despacio y le sonreí, aunque, como mandaba el protocolo, esperé a que ella fuera la primera en hablar.

La reina estuvo muy comunicativa conmigo y se alegró enormemente de que, en este momento, fuésemos solo dos las mujeres en Inglaterra, junto con Patricia, condesa de Mountbatten y Birmania, las que hubiésemos podido heredar de nuestros padres los títulos nobiliarios por haber sido creados directamente por su majestad para ellos.

—Querida, ¿sabes que esa circunstancia nos va a unir mucho? Y no solo por el título, sino porque somos mujeres fuertes que hemos heredado de nuestros padres un destino complicado, pero muy bello.

—Mil gracias, majestad, por sus palabras. Espero cumplir con lo que espera de mí. Seguro que el trabajo no será fácil, pero, siguiendo la estela monárquica de mi padre, tendrá en mí siempre una persona de confianza y enorme respeto.

—Querida, ¿te vendrás a Londres a vivir por fin? La última vez que vi a tu padre me confesó, no sin cierta satisfacción, que vivías retirada en el campo con tu hija.

—No, no quiero trasladarme a la ciudad, me gustaría intentar llevarlo todo desde Bath. Allí están mi vida y la de Lili. Por cierto, señora, mi hija se llama Lilibeth en su honor. Mi padre quería homenajearla con su nieta, y no solo se llama Elizabeth, sino que también la llamamos Lilibeth y Lili.

La reina sonrió con cariño y nostalgia, y supe por ese gesto lo que apreciaba a mi padre.

—Oooh, qué recuerdos. A mí también me llamaban Lili, sobre todo mi hermana Margarita, y tu padre lo sabía. Fuimos compañeros de juegos desde pequeños.

—Lo sé, majestad. Siempre nos hablaba con muchísima admiración y simpatía, pero sobre todo le obsesionaba ser un buen y fiel servidor de su majestad.

—Eso siempre me lo demostró y alguna vez ganando «modernas» y complicadas batallas para la Corona, no creas… —Y poniéndose de nuevo de pie, a lo que yo respondí haciendo lo mismo, me susurró, sonriendo, una bonitas palabras—: Violet, con mucha solemnidad y respeto hacia tus antepasados, te doy la bienvenida al reducido mundo de la nobleza británica. Con el cariño y la amistad que me unían a tu padre, y en su recuerdo, quiero que sepas que desde palacio te podremos ayudar si así lo deseas en tu nueva vida como duquesa de Grosvencer. Para mí es emocionante contar con una joven duquesa a mi lado. Esta no será nuestra única audiencia, tenlo por seguro.

Cogiendo de nuevo su pequeño bolsito que siempre llevaba colgado de su brazo, la menuda pero grandísima reina Isabel abandonó el salón dejando en mí una sensación de tranquilidad que me dio en segundos fuerza para llevar el título de mi padre con la categoría y respeto que se merecía. Evidentemente, ese día comenzó una nueva vida para mí y lo hizo con honores reales y mariposillas en el estómago, reacción que volví a comprobar cuando el atractivo capitán se dirigió a mí con un «señora duquesa», me acompañó hasta la escalera del recibidor del palacio y

sin palabras, como mandaba el protocolo, pero con saludo militar y sonriéndome con descaro, me despidió como si fuera una princesa.

* * *

Nuestra casa de Belgravia, de una distinguida y típica arquitectura georgiana, semicircular, famosa en el mundo entero con sus columnas blancas, terrazas y balcones llenos de arbolitos, me pareció de una belleza pocas veces apreciada por mí con anterioridad. A pesar de haber nacido y vivido allí la mayoría de mi infancia y adolescencia, mi enamoramiento por Bath no me dejaba apreciar del todo la importancia de estos palacetes en medio de una de las plazas más bonitas de Londres, muy cercanos al palacio de Buckingham. Ese día, a mi llegada, el servicio me esperaba uniformado a la entrada de las escalinatas. La nueva duquesa, yo misma, hacía su entrada por primera vez como tal, y mi madre había avisado de que quería que todo fuese protocolariamente perfecto.

No me sorprendió, pero sí me impacto. Pensé mucho en mi padre y en que a lo mejor no le había dado la importancia que tenía en vida, pero él sabía lo que le quería y admiraba y, estaba segura, eso era lo que él más necesitaba.

Tras entrar y recibir de nuevo el pésame y el cariño de todos, pasé al salón, donde me esperaban los ansiosos «hombres de negro».

No es que fueran de negro entero, es que eran oscuros, tristes, aciagos, no tenían luz… Me recordaban a los cuervos de la torre de Londres, con sus alas recortadas para no poder volar ni poder abandonar el apreciado castillo.

—Buenos días —saludé con tono serio y decidido—, les agradezco la espera y les pido disculpas, pero su majestad no tiene el mismo reloj que nosotros y el de ella es el que manda. —Todos sonrieron y creo que empezaron a creer que la tontita y advenediza duquesa podría tener carácter o por lo menos cierta gracia—. Supongo que están deseando empezar a trabajar, ¿verdad? Pues yo también. Si les parece, nos sentamos en la mesa del comedor y empezamos a mirar y estudiar lo que crean necesario.

Enseguida comprendí que estos hombres, fieles asesores de mi padre, esperaban que la «pobre niña rica» lo dejara todo en sus manos, que no tenía por qué preocuparme de nada, que para eso ya estaban ellos, que me volviera al campo y disfrutara y me recuperara… Y entonces les hablé con claridad.

—Les agradezco de corazón su ayuda y sobre todo la fidelidad hacia mi padre, pero desde hoy mismo les comunico que seré yo la que se va a ocupar directamente de todo lo relacionado con la herencia y los negocios. La carrera de gestión agraria que estudié asesorada por mi padre me ayudará a resolver y decidir con más base científica de la que, estoy segura, ustedes creían que podría tener. De hecho, ya tienen que ser conocedores de los cambios que en las últimas semanas hemos hecho en Grosvencer House, nuestra hacienda campestre, con nuestra famosa huerta, cambios que cada vez se vislumbran más como mejoras para el ecosistema y también para nuestras finanzas. Hoy, si les parece, necesitaría solo que me dejaran todos los documentos para estudiar con tranquilidad lo que a partir de ahora tendré entre manos y para seguir realizando el trabajo que, creo, tan bien ejecutaba mi padre.

Sus caras lo decían todo. Eran mayores, quizás más que mi padre, y no estaban acostumbrados a que una mujer les dijera lo que tenían que hacer y mucho menos les despidiera sin mediar palabra, pues eso era a todas luces lo que iba a suceder en breve. En los días siguientes al

fallecimiento de mi padre la mayor parte de estas personas no me gustaron, no los vi actuar con sensibilidad, una virtud que consideraba necesaria para todo en la vida. Estaba dispuesta a cambiar de asesores y también a tener muchos menos. Me encargaría yo misma de la gestión de las tierras y creía que el resto eran propiedades que no necesitaban de mucho más de dos personas especializadas y de confianza.

Me levanté de la mesa, recogí las carpetas que traían en sus manos para informarme de todo, y antes de dar por terminada la reunión uno de ellos se me acercó y al oído musitó:

—Señora duquesa, perdone, pero necesitaría hablarle de algo más delicado.

—¿A qué se refiere?

—Me va a perdonar, pero soy portador de unos papeles que me ha trasferido un despacho de abogados en los que se me requiere le trasmita la situación en la que se encuentra ahora una señora y su hija tras el fallecimiento de su padre.

No pude evitar poner cara de asombro. Le miré con un gesto de alarma.

—Pero ¿qué dice? ¿Qué insinúa? ¿Me está dando a entender que mi padre tenía otra mujer y una hija sin que nosotros lo supiéramos? ¿Una familia paralela?

—Por supuesto que no, duquesa, solo le transmito lo que esa señora y sus abogados dicen.

—Señor Smith, esto es muy grave y, por supuesto, doy por hecho que nada de esto llegará a oídos de mi madre. Haga lo que sea para aclarar este entuerto y, por favor, entrégueme estos documentos de los abogados, me ocuparé yo personalmente.

Cuando me quedé sola, respiré hondo. Estaba aterrorizada por la última noticia, pero confiaba absolutamente en mi padre… Aquellos hombres no me gustaban, no me tranquilizaba su presencia. Es posible que hubiera actuado con precipitación, considerando que no sabía nada de números ni de leyes, pero estaba segura de que lo que quería era formar mi propio equipo y ser yo misma. Sabía lo que quería, aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Al abandonar el salón y dirigirme a las escaleras para subir a mi habitación, Susan, mi doncella, me salió al paso…

—Señora duquesa, mientras estaba reunida, llegaron estas flores con una tarjeta.

Miré el mueble de la entrada y vi un llamativo *bouquet* de peonías rosas, con su suave y embriagador aroma, en un precioso jarrón de cristal transparente con ribete dorado.

La tarjeta decía:

Bienvenida a Londres, duquesa de Grosvencer.

Firmado: Lord William Coningham, ayudante de campo de E II R, desde hoy su más ferviente admirador.

Sonreí y volví a verle en mis pensamientos tan fabulosamente uniformado como si hubiera salido de una película de época y en apariencia muy seguro de sí mismo. Me había gustado e impresionado, y nuestras miradas, no cabía duda, se habían cruzado y habían sido muy elocuentes. Desprendía simpatía, mucha confianza y, sobre todo, era francamente atractivo.

De nuevo pensé en Andrew…

* * *

A la mañana siguiente, tras una noche casi sin pegar ojo por la carga acumulada y la indignante insinuación hacia mi padre, mi sensación en casa era otra muy diferente a la vivida hasta entonces entre esas cuatro paredes.

La verdad era que, al haberme convertido en la responsable de todo, había cambiado mi apreciación. Tenía cierto morbo y me gustaba, aunque también me preocupaba y mucho tener a mis espaldas tanta responsabilidad.

Mientras desayunaba llamé a Susan.

—Buenos días, Susan, quiero organizar para mañana por la noche, antes de volver a Bath, una cena. Tiene que ayudarme en todo, lo hará, ¿verdad? No sé ni donde tiene mamá las vajillas, ni los manteles, no conozco a nadie ni lo he hecho nunca, y dígale, por favor, al cocinero que venga para hablar del menú. ¡Oh, qué nervios! Y, por favor, contacte con el secretario de mi padre y que también se acerque esta mañana por aquí. Quiero hablar con él.

—Perfecto, señora duquesa.

—Susan, lo de duquesa en casa y a solas déjalo, por favor. Utilícelo solo cuando venga mi madre, que a ella sí que le hace ilusión de verdad.

—De acuerdo, señora. —Sonrió y dejó el salón para agilizar los trámites de mi «urgente recepción».

Tanto protocolo, tanto señora por aquí y duquesa por allá me parecía de otro siglo. No iba para nada conmigo, ni con mi manera de ser ni con lo que estaba acostumbrada en el campo, pero habría convencionalismos que tendría que cambiar mientras que otros debería conservarlos de la misma forma que se guardan los recuerdos de familia.

Cuando llegó John, el secretario, ya había organizado todo el menú. No seríamos más de diez, pero todos ellos muy próximos a la familia.

—John, gracias por venir con tanta rapidez. Quiero que hoy mismo salgan diez invitaciones personales mías para una recepción mañana por la noche aquí, en casa. No se tratará de algo alegre y divertido, no estoy para eso, pero necesito volver a ver a las personas que nos han rodeado y ayudado siempre en esta ciudad. Si es usted tan amable, hágame la lista más idónea y yo le confirmaré los nombres de los invitados, pero añada, por favor, a un ayudante de la reina Isabel. Se llama lord William Coningham.

—Oh, le conozco, señora duquesa. Es un hombre muy interesante y valioso. Su majestad le nombró su ayudante como reconocimiento a las nobles causas conseguidas tanto como militar como por sus acciones en beneficio de la sociedad. Es un hombre muy respetado y con una reputación intachable, señora.

Casi me ruboricé al oír estas palabras tan contundentes sobre una persona con la que solo había intercambiado una fugaz sonrisa y unas maravillosas flores con una tarjeta que hicieron temblar mis piernas.

—Perfecto, John, pues él será el primero de la lista. Hágame el resto y le doy el *okey*, y por cierto, de todo el equipo de papá, ¿en quién confiaba más?, ¿quién era su mano derecha?

—Sin duda, fue sir William Perkins, pero, por desgracia, falleció unos meses antes que el señor duque. En estos momentos, por lo que yo sé, su padre se estaba planteando a quién nombrar para llevar las riendas de su patrimonio.

¡Increíble!, pensé, por eso me habían parecido todos ellos personajes del montón. Ninguno sobresalía… Era evidente que el más sobresaliente, y con honores, fue el simpático tío William, al que llamábamos así por su eterna amistad con mi padre.

—De acuerdo, John. Pues a trabajar. En el fondo, estoy deseando volver a Bath, pero antes quiero dejar arregladas ciertas cosas. Y una última cuestión:, ¿mi padre siempre fue un hombre respetable? Quiero decir, John, a mi padre no se le conoció ningún *affaire* con ninguna mujer, ¿verdad? Se lo pregunto solo por confirmar algún rumor que me ha llegado.

—Señora duquesa, si me lo permite, le daría un consejo. En principio, no haga caso. La gente habla por hablar y ahora tendrá personas alrededor que quieran aprovecharse de una joven heredera con un gran patrimonio y sola. Deje que ellos lo intenten y lo peleen. Son ellos los que lo tendrán que demostrar si hubo algo o no.

—Tiene usted razón, muchísimas gracias, John, me gusta lo que me ha aconsejado y sobre todo me ha tranquilizado. Le voy a necesitar mucho a mi lado.

—Lo que la señora duquesa desee. —Y se marchó feliz de poder ayudarme. Me había gustado su consejo y su lógica manera de pensar. Me pareció que John iba a ser clave en mi nueva vida.

De esa manera y casi sin tiempo de adaptarme a la ausencia de mi padre, ya había tenido que sentarme en su mesa de trabajo, con su secretario, resolviendo dudas, escandalizándome con problemas personales que no contaría nunca a mi madre y, además, organizando la pequeña reunión necesaria para presentarme a los más allegados y confirmarles que ahora yo ocuparía el lugar de mi padre y que, aunque me parecía mucho a él, yo era diferente. Sin duda, era mi momento, todos lo habían tenido y ahora me tocaba a mí, pero me daba bastante vértigo fallar y no estar a la altura. Les pediría su ayuda y su cariño. Y demostraría que los necesitaba.

Como era de esperar, esa misma tarde, y después de un frugal almuerzo sola en el salón, como desde hacía tiempo venía siendo mi vida, se me vino el mundo encima. Yo que creía que sería siempre libre para vivir siguiendo mis convicciones junto a mi hija y mis zanahorias y mermeladas, pero me encontré con que de un día para otro los planes habían cambiado para colocarme ante dificultades inesperadas. De repente, me había convertido en heredera de una responsabilidad y de una fortuna, de muchos puestos de trabajo, de un escudo nobiliario y de la inseguridad de una madre a la que nunca se le pasó por la cabeza que tendría que vivir sin su maravilloso marido.

Me encantaba hablar con mi padre, charlábamos de todo, y creía saber lo que quería hacer, pero a pesar de que yo también pensaba que sabía lo que debía hacer sin temor, la realidad era que en el fondo estaba aterrada.

Agotada por los nervios de lo vivido y la poco agradable reunión con los asesores de negro, caí rendida en el sofá. El sueño me envolvió entre sus brazos, y sin darme cuenta y casi como un regalo me olvidé de todo y de todos para entrar en un «momento cero», en cerebro plano, relax total.

A la media hora me desperté sobresaltada. No sabía ni dónde estaba ni si había sucedido algo nuevo. Al levantar mi cabeza y echar una mirada al bellísimo y sereno salón decorado en tonos ocre y azules con los cojines y los espejos ribeteados de dorado, vi el *bouquet* de peonías que me había enviado el atractivo ayudante de su majestad. De repente sonreí al recordarle. Era muy guapo, y él lo sabía. También supo mirarme como me apetecía que me mirara y me sonrió como debía hacerlo… Y yo hice lo mismo, no solo insinuante y con cierto asombro, sino también con dulzura. Había sido, sin duda, un encuentro de miradas impactante, y, aunque parecía mentira, estaba deseando volver a verle.

Sin más, me puse de pie y llamé a la doncella.

—Susan, por favor, diga al mecánico que debo hacer unos recados, unas compras. Que me espere en la puerta tan pronto como le sea posible.

Tenía que empezar a prepararme para la cena de la noche siguiente. Estaba de luto y no quería ser ni demasiado austera en mi presentación ni demasiado llamativa en el color.

Me dirigí a los almacenes Harrods. Hacía muchos años que no vivía en Londres y mi conocimiento de tiendas de moda era ya muy reducido. Aunque en Bath teníamos de todo y de mucha categoría, en Harrods siempre se encontraba lo más adecuado.

Subí directamente a la segunda planta, donde estaban las mejores marcas. Quería estar bien en mi primera noche londinense, sobre todo pensando que podría ser la última hasta dentro de bastantes meses y que tenía que causar buena impresión. Además, volvería a ver a ese capitán que me había devuelto la sonrisa.

He de reconocer que disfruté con la experiencia de probarme lo que quería y de elegir los complementos con ayuda de las amables dependientas, que completaron mi *look*. Finalmente, me decanté por un sencillo vestido de *tweed* negro de Chanel, de manga corta, cuello a la caja y bolsillos ribeteados con un grueso cordón blanco, la típica filigrana de la *maison* francesa. La clásica «camelia» a un lado del hombro adornaba de manera elegante y poco ostentosa el vestido, y lo más sugerente: el corto de la falda por encima de la rodilla. Coco Chanel también se había rendido a la atractiva moda iniciada por la diseñadora inglesa Mary Quant años atrás.

Me gustaba provocar algo, quiero decir, no llegar a la cursilería, y, aunque fuera solo un poco, me gustaba hacerlo con clase. Y un Chanel con minifalda me pareció que tendría el suficiente morbo como para llamar la atención y a la vez estar elegante y, sobre todo, confirmar también con mi *look* que las cosas iban a ser «a mi manera».

Al salir de los almacenes nos dirigimos a la tienda de Mary Quant. Estaba deseando volver a la célebre Bazaar en Kings Road, que ahora se encontraba muy cerca de Sloane Square. Cuando entré, volví a comprobar por qué esta diseñadora había revolucionado el mundo de la moda y de nuestra sociedad a nivel internacional.

Todavía tenía los vestidos de colores con su célebre y característica margarita estampada en sus telas, figuras geométricas y las faldas cortas, muy cortas. Ella, con sus diseños, dio un vuelco a la imagen de la típica mujer inglesa que en los años sesenta se volvió libre y desenfadada. Con sus vestidos consiguió que de un plumazo dejáramos los calcetines de lana a cuadros y los jerséis con greca para convertirnos en mujeres mundialmente conocidas por su rebeldía y modernidad. Y nos hizo más divertidas, logró que bailáramos con minifalda a Sandy Shaw y nos volviéramos locas con los Beatles y… la mayoría dejamos de tomar el obligatorio té de las cinco.

Volví a casa llena de sensaciones nuevas. Desde que nació Lilibeth había olvidado y abandonado todo estímulo social y desde hacía tiempo sabía que lo necesitaba. Pocas veces visitaba Londres y mucho menos sus tiendas.

Me daba la sensación de que el hecho de que Andrew me abandonara me había convertido, sin que yo me diera cuenta, en una mujer diferente, rara y menos femenina. Sabía que era especialmente atractiva, alta, delgada y con bastante gusto para vestir, pero solo en el campo.

La ciudad, los *parties* y las compras habían desaparecido de mi mente. Me había convertido en una mujer de treinta y tantos, creo que con bastante personalidad y que, según me decían, marcaba e imponía mi estilo, sin percatarme de ello, en las mujeres que vivían en las casas de campo de los alrededores. En las tiendas, cuyas dependientas eran casi amigas, me comentaban que iban muchas clientas pidiendo pantalones y chaquetas parecidas a las mías, y hasta los calcetines que a mí me gustaban de colores, dibujos o rayas por lo visto las volvían locas. Andrew y yo siempre vestíamos de manera informal, muy *country*, muy inglés, y aunque me encantaba poner detalles a mis *looks*, ni él ni yo necesitábamos hacer de nosotros algo artificial. Era increíblemente atractivo y yo, según él, la mujer más bella que jamás pudo soñar… ¿Y cómo

sería su esposa? Me vino de nuevo a la mente esa pregunta que tanto me atormentaba, esa sensación entre curiosidad y tristeza.

Acto seguido, llamé a mi madre para ver cómo estaba la niña. No quise regodearme en pensamientos tóxicos de cómo sería o no sería la esposa de Andrew. A veces pensaba que a lo mejor tenía una minusvalía y que no pudo dejarla para volver conmigo… Otras veces me daba por imaginar que podía ser una belleza arrebatadora y especialista en hacer más felices a los hombres sexualmente, que sabía mucho más de lo que yo, casi una niña todavía, podía haber aprendido en el arte del amor. Pero lo que sí sabía, y él también, era que todo lo aprendimos juntos y cada encuentro que tuvimos eran una exaltación del amor y de la poesía.

—Mamá, ¿cómo está Lili? ¿Me echa de menos?

—Querida, tu niña no parece echar de menos a nadie. Es fiel reflejo de como eras tú cuando tenías su edad. No me extraña que no sepas quién es su padre, pues no parece que lo haya tenido. ¡Es igualita a ti!

Sonreí con la definición de mi madre. Yo también veía que Lilibeth era un alma libre, como yo, y que la vida rodeada de naturaleza la hacía vibrar. Pero lo que mi madre no sabía era que Lili también era igualita a su padre, al que no le importaban las fiestas ni la vida en sociedad para ser feliz.

—Pero, por favor, cuéntame… ¿Qué tal con la reina? —Quiso saber mi madre—. Espero que haya sido cariñosa contigo… Sentía debilidad por tu padre.

—Sí, mamá, ha sido una delicia estar junto a ella. Se aprecia que os ha tenido siempre mucho cariño. La verdad, me he emocionado, hasta me ha abrazado…

—Ooooh, no me digas… Pobre George, pobrecito, ¿por qué habrá tenido que dejarnos? —Y se puso de nuevo a llorar. El llanto en mi madre era incontenible y decidí darle las buenas noches no sin antes decirle que la casa de Londres sin ella no era igual, que todo olía a ella, que la echaba muchísimo de menos…, que pronto nos veríamos.

Efectivamente, nuestra casa era un tributo al buen gusto. Desde el momento en que se abría la puerta, de una madera oscura con picaportes y pomos dorados, y traspasabas el umbral, un fabuloso suelo de mármol en damero blanco y negro te recibía bajo una inmensa y valiosa lámpara con lágrimas de cristal y numerosos brazos de plata, en donde antiguamente se colocaban velas de verdad y que con el tiempo habían sido sustituidas por bombillas en forma de vela. No cabía duda, su majestuosidad era la mejor carta de presentación de nuestra casa. Esa lámpara era absolutamente palaciega, al igual que la escalera de mármol con su espectacular barandilla de hierro forjado y caoba. La entrada era impactante.

A mi madre le gustaba el olor a flores y siempre conseguía ese aroma en todas las habitaciones con velas y flores secas perfumadas compradas en los almacenes Liberty. Era como su seña de identidad, y a nadie le pasaba inadvertido ese recibimiento tan agradable y peculiar.

El salón, de dimensiones espectaculares, estaba rodeado de grandes balcones que daban a la plaza y que por la noche se abrían de manera estratégica para dar un toque mágico y de embrujo a las fiestas que en él celebraban con frecuencia mis padres. Ahora me tocaba a mí, y, aunque no era una recepción, sí era la primera vez que recibía sola y como duquesa, y eso me imponía bastante. No había que olvidar que para todos ellos yo era una «duquesa escándalo», de la que solo conocían que era madre soltera y que no tenía ningún hombre a mi lado que me fuera a ayudar y acompañar en esta nueva etapa. Para esta sociedad tan machista eso significaba que socialmente casi «estaba incapacitada». Lo que no sabían era que eso no me importaba nada de nada, me daba igual lo que de mí dijeran. Esa era mi carta de presentación desde hacía años, eso

era lo que se decía de mí y lo que se murmuraba y ponía de los nervios a mi madre, pero ahora, sin duda, lo iban a confirmar. La cena, desde luego, tenía morbo para ellos y era imprescindible para mí. Me había dado cuenta de que ahora, tras el fallecimiento de mi padre, les podría necesitar y se lo quería demostrar.

6

Llegó el gran día. La casa estaba fabulosa. La plata relucía, los cristales brillaban como espejos por su meticulosa limpieza, las alfombras, acogedoras y regias, y los sofás con sus mullidos almohadones esperaban la llegada de mis invitados. En cada esquina, una pequeña mesita con preciosos *bouquets* de flores, algunas silvestres, de muchos colores…, malvas, rosas, burdeos, y espesas ramas verdes que caían dando un toque más romántico, si cabe, a los jarrones que las sostenían. Una cómoda del salón, de un hermoso estilo francés, mostraba una colección de tibores de porcelana china de mis padres de distintos tamaños y alturas y completamente llenos de flores y ramas altas que junto a velas encendidas otorgaban a la estancia un toque elegante y sofisticado.

La mesa del comedor, ovalada, grande y de caoba, estaba vestida para la cena con individuales de lino blanco con la corona ducal y las iniciales de mi padre bordadas en dorado. Cuando los vi, me estremecí… Estos detalles que siempre habían sido algo natural en casa, y para mí un toque decadente, ahora se convertían en conmovedores recuerdos.

La cristalería era una preciosa y auténtica joya de cristal de Bohemia, de una transparencia tan increíble y mágica que por ello era la preferida en la mayoría de las mesas de las casas reales. Toda familia de prestigio tenía que tener, por lo menos, una bonita cristalería venida de las montañas de Silesia, entre la República Checa y Polonia, y la nuestra era, desde luego, muy valiosa por su talla y sus ribetes en oro. Estaban perfectamente colocadas las cinco copas elementales, *champagne*, agua, vino blanco, vino tinto y madeira. La cubertería, de plata, se componía de siete cubiertos, tres tenedores, tres cuchillos y una cuchara, a los que se añadían los tres de postre. Y para completar el servicio de mesa, una vajilla de Limoges, que mis padres adoraban, de finísima porcelana blanca con nuestro escudo grabado también en oro y todo ello envuelto en la tenue luz de cuatro candelabros de plata y el fuego cálido de la chimenea.

No faltaba nada que hiciera que mi primera cena no fuera definida como «de las más distinguidas» de Londres. Las podría haber igual, pero mejor desde luego creo que no.

Subí al dormitorio, el de siempre, el que había ido cambiando su decoración a medida que yo iba creciendo. Todo eran recuerdos de mi infancia y de mis padres. Casi me parecía estar oyéndoles, llamándome la atención o esperando que bajara a cenar junto a mi pequeña teckel, que siempre me acompañaba y que, al ser hija única, hacía casi de hermana. Londres y esa casa, para mí, fueron siempre el preámbulo para llegar a Bath, al campo, en donde me gustaba estar. Por muy majestuosa o valiosa que fuera, jamás la había considerado mi hogar.

En estas habitaciones nunca había estado Andrew. Él sabía que teníamos aquí una fabulosa residencia, pero no le importaban las propiedades ni la fortuna, y eso también influyó mucho en mi manera de ser. Desde que estuve con él, nada material era importante. Los dos, todo hay que decirlo, apenas teníamos necesidades, si acaso lo contrario. Era en la cabaña donde más felices

estábamos, juntos, paseando de la mano, mirándonos, besándonos… Creo que éramos demasiado románticos, aunque nunca empalagosos. Me pasaba horas mirando cómo estudiaba los primeros años de su carrera. Su vocación por la medicina estaba fuera de duda y creía que ser cirujano era lo más parecido a ser «la mano de Dios» en un quirófano. Me apasionaba oírle decir que los médicos eran meros vehículos del Creador para sanar y cuidar a los enfermos. Andrew tenía una percepción de la medicina tan bella y tan superlativa que me estremecía escucharle. ¿Dónde estaría ahora ejerciéndola? ¿Apreciarían sus pacientes que estaban con alguien tan especial?

¡Pero no quería pensar en ello! ¡Hoy no quería pensar en él!

Descolgué del armario mi vestido, todavía guardado en la bolsa de fieltro negro mandado así directamente de la *maison*, y comencé, con cierta y desconocida ilusión, a vestirme y arreglarme para mi primera noche como duquesa en Londres.

Soy bastante alta, y mi *little black dress* con su falda corta me hacía absolutamente atrevida. Los zapatos negros, sin demasiado tacón y punta cuadrada, los compré en Mary Quant para hacerle un homenaje a mi vuelta a Londres, y para estar más vestida opté por ponerme unas medias tupidas en el mismo tono negro, aunque, en realidad, lo que me hubiera apetecido era no ponerme medias. El *look* era discreto, ni muy arreglado ni cursi, quizás muy sesentero, pero elegante… En definitiva, lo que yo buscaba. Era una cena de encuentros, pero sin fiesta. El *dress code* era cóctel, y como el luto por mi padre estaba en el ambiente y en mi corazón, creí que mi *look* era perfecto, no quería faltarle al respeto ni dejar que nadie lo pensara.

Peiné mi larga melena rubia lisa con una ligera onda y coloqué el pelo hacia delante, por encima de mis hombros, como decorando también el vestido de *tweed*. Unos pendientes de aro grandes, el reloj que me regaló mi padre cuando nació Lili y una pulsera heredada de mi abuela completaron un *look* entre clásico y atrevido con el que me hacía gracia presentarme en sociedad. No era muy llamativo, pero se acercaba bastante a mi personalidad.

Y me senté en la cama a pensar a solas en papá, en mi nueva vida, en Lilibeth y en Andrew…, y, de repente, vino a mi mente el capitán. Me resultó curioso; nunca me había pasado, en mi vida solo había pensado en Andrew… y me alegré.

A las siete de la tarde, la casa estaba impresionante. La majestuosa araña de la entrada lucía con esplendor mientras sus lágrimas de cristal de roca tallado tintineaban y emitían tenues rayos multicolores cada vez que se movían con la corriente de aire que entraba por la puerta abierta, produciendo un efecto mágico en el *hall*. A la hora detallada en la invitación, comenzaron a llegar mis invitados. Todo era, diría, no solo fabuloso, muy protocolario, sino también muy bello, pero, de nuevo y casi como todo lo importante en mi vida, tenía que vivir esos momentos sola, sin nadie a mi lado. Estaba acostumbrada y creo que era valiente, pero las ausencias eran duras y la soledad, más.

Los primeros en llegar fueron los Archer, un matrimonio amigo de mis padres, aunque algo más jóvenes, a los que sin duda necesitaría para mi relación con las altas esferas de Londres. Tras ellos, los duques de Arling, Robert Perkins y su bellísima esposa Lucy, que tenía en la palma de su mano a la sociedad inglesa. Hacía y deshacía a su antojo, y sus fiestas eran las más apetecibles de la ciudad. El que no era invitado a ellas no era nadie en la *high society*; por lo menos, eso decía mi madre. Después mi abogado, noble profesional y gran amigo de mi padre, hizo su entrada acompañado por un prestigioso financiero al que conocí esa misma noche para empezar a gestionar mi herencia. El señor Betwhit me pareció de una educación extraordinaria y, por su

manera de hablar, de analizar y de contestar, creo que sobradamente preparado para lo que necesitaba. Algunas cosas ya las había comentado con él, como mi exitosa pero pequeña empresa de hortalizas y mermeladas con el sello de la casa. Y le había hecho gracia, le había gustado mi iniciativa, era cuestión de ajustar gastos y hacer una previsión de beneficios, y en eso él me ayudaría.

Y por fin, y creo que fue el último, lord William Coningham, el atractivo capitán que con tanto «descaro» me había mirado en palacio y del que después recibí las más ilusionantes e inesperadas flores.

Al verle entrar, impecable con su traje oscuro, discreto pañuelo blanco de seda en el bolsillo superior de la chaqueta, zapatos negros de cordón, como en Londres era costumbre, y su abundante flequillo castaño casi rubio peinado hacia un lado, me quedé bastante impactada por su seguridad y su imponente presencia.

No era mujer de medias tintas ni tenía demasiada «timidez» en estas situaciones. Mis padres me habían educado para afrontar cualquier coyuntura social y, como, además, mi corazón era de Andrew, le recibí de manera muy natural, creo que inesperada para él. Algo coqueta, sonriente, disfrutando del momento como nunca antes y con energía, me adelanté para saludarle mirándole a los ojos…

—Lord Coningham, mil gracias por las preciosas peonías. Es la flor, además de la que lleva mi nombre, que más me gusta. Aquí están, presidiendo la entrada de mi casa. —Y le indiqué con mi mano donde estaba el *bouquet*.

—Duquesa —dijo con solemnidad, inclinando su cabeza muy ceremonioso—. Me ha llenado de alegría su invitación de esta noche. Estaba deseando conocerla desde el encuentro en palacio y he tenido la suerte de que esté sucediendo poco después.

Tenía que reconocer que me estaba impresionando más de lo esperado. Era muy atractivo y me miraba de una manera que me hacía respirar hondo y con cierta dificultad. Lo que estaba sintiendo me estaba gustando… En el amor yo ya era como una vara de árbol seca y muerta. Solo tenía un cerebro convencido de mi absoluta entrega a Andrew, a pesar de que llevaba muchos años sin saber nada de él, y un corazón lleno de amor hacia el padre mi hija.

—Si te parece bien, nos tuteamos, te llamo William y tú llámame Violet. Ceremonias, ninguna, solo agradecimiento de que hayas correspondido a mi inesperada invitación. ¿Pasamos al salón con el resto de mis invitados?

—Por supuesto, pero déjame decirte antes que me pareces espectacular —me dijo sonriendo entusiasmado—, tan moderna, tan natural, pero tan regia a la vez… —Me miró elegantemente de arriba abajo, con algo de desfachatez, pero con tanta clase que no me sentí ofendida.

—¿Pensabas que sería de otra manera? Seguramente te habrán hablado de mí como la «hortelana y jardinera de Bath». —Sonreí abiertamente—. Te sorprenderá saber que mi mayor etiqueta de los últimos quince años es un pantalón de pana, unas buenas botas de campo de caña alta o de agua y un cómodo *barbour* con un pañuelo anudado a mi cuello. —Y me reí a la vez que le miraba con cierta ironía.

—Lo sé, lo sé. Me he estudiado antes de venir todo lo que está escrito sobre ti y tu familia en libros, periódicos y revistas. No creas que no he traído los deberes hechos. Sé que vives en el campo, que no te gusta la ciudad y que presumes, orgullosa, de tu niña, a la que estas criando y educando en soledad.

Me asombró escuchar una descripción tan delicada y acertada de mi vida y de mi episodio de «escandalo social».

—¡Impresionante, William, qué manera tan elegante de no llamarme «madre soltera»! Te lo agradezco, pero te advierto que no tengo ningún complejo ni me da apuro hablar de ello. Mi hija es la persona que me hace más feliz en este mundo. Es mi gran orgullo, una auténtica suerte tenerla junto a mí, y, si alguien se escandaliza por ello, pues tiene un problema y es dejar de hacerlo. —Sonreí abiertamente.

Me gustaba el capitán, él también era un hombre resuelto, rápido, sin miramientos. Directo y sin dobleces. Y, aunque a mí no me había dado tiempo a investigar sobre él, supuse que estaba soltero o separado a juzgar por su llamativo interés por mí.

—Me sorprendes muchísimo, Violet. Creo que no voy a poder dejar de mirarte y de analizarte toda la noche. No creas que hay muchas mujeres como tú y, desde luego, ninguna que yo conozca.

Volví a sonreírle, mucho más relajada.

—Sé que no soy nada convencional, pero te sorprendería lo clásica que soy también.

—Según he leído, tu padre bebía los vientos por ti y os parecíais mucho, ¿es así?

En ese momento me acordé de por qué estaba allí, en esa casa tan bella pero ahora tan vacía. Recordé la sonrisa de mi padre y su absoluta devoción por mí, su magnífico porte, alto y rubio como yo, y mi espíritu optimista con el que había comenzado la noche desapareció en un segundo. William lo notó.

—Lo siento muchísimo, Violet. Perdona mis palabras, no he querido traerte recuerdos tan tristes. —Me cogió la mano y la besó.

Le miré a los ojos y me recompuse en pocos segundos. Era una mujer fuerte y joven, pero había sufrido mucho. Era muy duro saber que ya no tendría a mi lado a los dos hombres que más había amado en mi vida. Mi padre no volvería y ya estaba claro que Andrew me había dejado para siempre…

—William, te pido disculpas, no he debido dar rienda suelta a mis emociones, pero es que es muy pronto, solo hace un mes…

Y sin pasar ni un minuto más, entramos en el salón donde nos esperaban el resto de los invitados. Los balcones abiertos y las cortinas recogidas dejaban ver la preciosa plaza de Belgravia iluminada en la noche por sus maravillosas farolas. Todas las miradas se volvieron hacia nosotros, y supongo que la mayoría pensaría en una posible relación de lord Coningham conmigo. En él aprecié que le estaba gustando el momento y la confusión de nuestra relación. Era un hombre muy seguro de sí mismo y supo aparentar cercanía y cierta complicidad cogiéndome suavemente del brazo. Yo le seguí un poco la corriente. Pensé que me vendría mejor representar el papel de mujer acompañada por el ayudante de la reina que el de la escandalosa duquesa «madre soltera».

Con una copa de *champagne* en la mano, pero guardando cierto silencio y discreción, los asistentes brindaron por mi padre y por la nueva duquesa. En Inglaterra las tradiciones estaban muy arraigadas, y siglo tras siglo la nobleza había conseguido formar una especie de comunidad protegiéndose y ayudándose con el objetivo de preservar sus baluartes. Pensándolo bien, era una decisión bastante correcta. Unidos tenían, o teníamos, mucho más poder que cada uno por separado, y me dio la sensación de que había sido bien aceptada desde el principio, sobre todo tras la audiencia de la reina Isabel. Ella, como soberana, pero sobre todo como mujer con responsabilidades y compromisos importantes, me habló de mi hija con cariño, sin rebajarse a cotillear sobre el padre o sobre los detalles de mi inapropiado comportamiento, y que la reina aceptase situaciones así, en su palacio y sin ocultarlo, te abría todas las puertas.

La cena fue maravillosa. El menú, por lo que me dijeron mis invitados, tan excelente como esperaba, ya que me había informado de los que en otras ocasiones se habían ofrecido en palacio: pastel de salmón salvaje con salsa de hinojo, medallón de buey gran duque y de postre una deliciosa tarta de chocolate amargo. Todos celebraron mi elección y la profesionalidad de mi chef, pero, si tuviera que recordar esa cena por algo, sería por las atenciones sin ningún tipo de rubor del capitán de la reina, que más parecía que quería dejar a su majestad y convertirse en mi capitán.

Tras la cena pasamos al salón a tomar café o infusiones y algunas delicias de chocolate. William no me dejaba sola ni un momento y, en parte, se lo agradecí de corazón. Guardando siempre las distancias y con una simpática y animada conversación, logró que pasáramos casi toda la noche juntos.

—Violet, quiero verte mañana, esta noche me está pareciendo muy corta. Necesito volver a verte. La reunión se va a terminar y no quiero ni pensarlo. —Y apretó mi mano como gesto de intimidad entre nosotros.

—Mañana mismo salgo para Bath. Mi hija y mi madre me esperan nerviosas para que les cuente con todo lujo de detalles mi audiencia con la reina y esta cena, además de que lo que más necesitamos en estos momentos es estar las tres juntas, hablando sin parar de mi padre. Con franqueza, es lo que ahora más nos consuela.

—Te entiendo, pero ¿no te apetece quedarte unos días en Londres? ¿No tienes ni siquiera algo de curiosidad por ver cómo sería si nos conociéramos más? Te acompañaré a donde quieras, iremos al teatro, que sé que te gusta…, y a cenar.

—Bueno, quizás sí, aunque ya te he conocido hoy y me gustas, William. —Él se ruborizó y se incorporó en el sofá. Que una mujer se adelantase a hablar sobre sus afectos antes que el hombre no lo tenía previsto.

—Vaya, Violet, qué directa eres. La verdad es que no lo esperaba, me has sorprendido. —Respiró hondo, dio un buen trago a su *champagne* para recomponerse y exclamó—: ¡Tú también me gustas muchísimo, y necesito verte mañana y conocerte mejor!

—Bueno, William, no sé si me he explicado bien. Tú me gustas porque eres divertido, cercano, alegre y muy atractivo, pero mi gusto se queda, por ahora, solo en eso. Mis sentimientos son otra cosa.

—Lo siento, Violet, pero no me voy a resignar. —Y me cogió la mano, me llevó a uno de los balcones, y bajo la luz de las estrellas y, sin esperarlo, me besó suavemente en los labios.

Yo me dejé, es cierto, pero la confusión desbordó mi cerebro y, a pesar de lo fuerte y segura que casi siempre era, no pude evitar que mis ojos se inundaran de lágrimas.

—Perdona, pero no me he podido contener. Creo que me gustaste nada más verte. Es más, forcé el estar yo en palacio para recibirte, me gustabas solo con lo que había leído sobre ti. Supe desde que vi tu foto que eras especial, además de bellísima, por supuesto.

Y mientras miraba al atractivo capitán, no podía dejar de pensar en Andrew.

—Lo siento, William, pero es que yo ya estoy enamorada o, por lo menos, eso creo.

—¿Del padre de tu hija?

—¡Por supuesto!

—¡Santo cielo! Si la niña ya casi es una mujer y, por lo que me han dicho, creo que tú eres su madre y su padre desde el primer día, que has formado una maravillosa familia, pero solo de dos personas.

—No, William, mi hija sabe cómo es su padre, conoce sus virtudes y sus aficiones, sabe de

memoria todo lo que él y yo hicimos y, sobre todo, sabe que es hija de un amor verdadero.

El capitán se quedó de piedra. Ya no sabía qué decir para que mis seguras palabras tomaran otros derroteros.

—Bien, Violet, ahora creo que, aparte de ser la mujer más especial y atractiva que he conocido, también eres la más romántica, y por eso todavía me gustas más. Soy militar, tengo ya algunos méritos personales en mi carrera, por eso su majestad me confió mi actual cargo, y he demostrado valor y tenacidad cuando ha sido necesario. Ahora creo que todos estos valores me van a hacer falta para enamorarte, pero ten por seguro que lo intentaré, si me dejas, claro.

Sonreí y le besé la mejilla, me salió del alma y yo misma me sorprendí, pero era demasiado atractivo para no ceder. Él respiró hondo, me devolvió la sonrisa y me besó también, esta vez en la mano, creo que no se atrevió a más, con un beso suave, largo, intenso.

—William, yo no soy una mujer chiflada por un amor de juventud que me dejó marcada. Yo quise al padre de mi hija con todo mi corazón y le quiero todavía. A pesar de que él ni siquiera sabe que tenemos una hija, para mí no ha habido hasta ahora otro hombre que me haya enamorado… Es más, es que no me ha interesado ninguno, y no por falta de oportunidades. Tú me gustas —William me miraba impactado, mientras escuchaba mi confesión en el balcón bajo la luz de las farolas— y no sé lo que puede ser de nosotros. Lo que sí quiero que sepas es que sigo enamorada de él, de los días que vivimos, de los años que nos amamos, de la hija que tuvimos juntos. Es cierto que para ser tan joven soy demasiado fiel, pero creo que hay que serlo cuando lo que has vivido mereció la pena.

El atractivo capitán se quedó mudo, dubitativo, mirándome a los ojos con mucha ternura y muy impresionado. Entonces me cogió las dos manos y de frente exclamó con ternura:

—Creo que eres única. Nunca pude imaginar que existiera alguien así, y menos en nuestro entorno social, donde está tan poco valorado el amor de verdad y sí los intereses materiales. Hoy vuelvo a casa loco de amor, Violet. Para un hombre es muy fuerte oír tu confesión sin conmoverse, sobre todo viniendo de una preciosa y joven duquesa que lo tiene todo menos a su amor.

—¡Es que sí tengo a mi amor, William! Sé que es difícil de entender, pero lo tengo. Por eso no estoy amargada ni despechada. No ha sido fácil comprenderlo tampoco para mí, pero me ha sido imposible odiarle. Al principio fue muy duro, pero mi pequeña Lili me llenaba de ternura… —En ese momento suspiré y cambié el tono de la conversación—: Bueno, y ya dejo de hablar de mi vida. Si te sirve de algo, creo que nunca le he contado esto a nadie. Tú has sido el único, algo me ha pasado que me ha hecho confiar demasiado en ti. Perdóname. Y ahora volvamos con mis invitados, que, sin duda, van a pensar que entre tú y yo hay mucho más que una reciente amistad.

—¿Y te importaría que lo creyeran?

—¡En absoluto!

* * *

A la mañana siguiente mi mecánico me esperaba en la puerta de nuestra casa. Tras el desayuno recibí al secretario y al abogado de mi padre, firmé los documentos necesarios para acelerar los papeles de la testamentaría. Era puro trámite, no había ninguna duda ni ningún problema en ellos.

Confirmándoles que había decidido, a partir de entonces, venir a Londres un par de días al mes, me volvieron a repetir los beneficios de la noche anterior, dando por seguro que mi entrada en

sociedad como nueva duquesa había sido un éxito.

William, sin ser esperado, vino a despedirme. A las ocho de la mañana estaba en la puerta de mi casa, apoyado en la blanca columna, perfectamente uniformado para su trabajo en palacio y superatractivo… Al verme me sonrió y, tras besarme la mano, me dio un suave beso en la mejilla. Me emocionó su entrega. Quería verme y lo consiguió.

—¡Buenos días, princesa!

—Oh, por favor, soy todo lo contrario a una princesa.

—No, no es verdad. Llevo toda la noche pensándolo. Trabajo para una reina y a partir de hoy viviré para mi princesa.

Me ruboricé. Quizás esta vez yo más que él. Creo que sentía algo que nunca creí volvería a sentir.

—William, eres muy amable, no sé qué decirte, eres muy especial.

—Pues eso me vale. Tus palabras tan contundentes de ayer me dejaron muy inseguro, pero te prometo que voy a intentar entenderte. Sé que quieres al padre de tu hija y, aunque —perdóname, no quiero ofenderte— es incomprensible para mí, intentaré que me quieras a mí también. Por cierto, ¿cómo se llama? Más que nada por poner un nombre a ese hombre tan torpe que perdió a la, sin duda, mujer de su vida.

—Lo siento, no tiene nombre, ni siquiera lo sabe mi hija, es decir, su hija. Y él no es torpe, es un caballero que no sabe que tiene una hija.

El capitán se quedó desconcertado. Sabía que había habido mucho amor en la relación, así se lo dije la noche anterior, pero ahora deducía que en la separación también hubo mucho dolor.

—Violet, déjame cuidarte, quiero hacerlo, me tienes fascinado —me dijo, mirándome con tal ternura que sentí cómo el corazón, por primera vez, se me encogía. Todo me daba vueltas. Demasiadas emociones e incógnitas. ¿Podría querer a otro hombre? Quizás ya sí. Habían pasado muchos años, pero, aun así, todavía me parecía una deslealtad hacia Andrew.

—William, estaré en Bath, allí es donde vivo. Me encantará verte algún día, si eso es lo que quieres, aunque comprobarás que soy otra persona totalmente distinta. Allí lo que me rodea son animales, mucha naturaleza, y no visto de Chanel, sino de campo y comprado todo allí. Quizás suponga una decepción para ti.

El capitán entonces cambió el rictus de su cara y comprendí lo que de manera tan inesperada comenzaba a sentir por mí. Me abrazó con dulzura, apretándome contra su pecho; podía oír su corazón latir con fuerza. William, un hombre alto, algo más que yo, fuerte y envuelto en un elegantísimo uniforme militar, sin duda se estaba enamorando de mí y yo, por primera vez, sentía una taquicardia imparable…

—Estoy deseando conocer esa otra versión de la más bella de las princesas. Creo que todavía me gustarás más.

—William, no sé. —Me reí—. Lo que verás será a la auténtica Violet. Sabes que no soy nada fingida y que siempre me presento tal como soy. De hecho, la Violet a la que has conocido no tiene nada que ver conmigo. Hacía años que no asistía a una cena, y menos a una en la que fuera yo la anfitriona… Vamos, William, posiblemente te lleves una decepción.

—Pero tu pelo, tu cara, tus largas piernas y finos brazos serán los mismos, ¿verdad? Y tus maravillosos ojos y tu sonrisa y tu increíble corazón también, ¿verdad?

—Sí, sí, claro —contesté, riendo entre ruborizada e insinuante.

—Pues entonces allí estaré. Yo también vestiré de campo. Si hace falta, me lo compraré todo en el mismo pueblo.

De nuevo besó mi mano y mi mejilla y, mirándome a los ojos, me pidió una especie de permiso para besarme en los labios. Entonces fui yo quien le besó, pero con suavidad, de una forma muy sutil; por ahora no era capaz de más, aunque al hacerlo, cerré los ojos, así lo sentí.

7

El viaje me pareció más breve de lo normal. Las dos horas aproximadas que duraba el recorrido en coche se me hicieron cortas y bastante emocionantes pensando en lo vivido las últimas setenta y dos horas.

Me acordaba mucho de papá, de la manera tan silenciosa y rápida de irse de nuestro lado. Era una persona tan fabulosa que ahora que había conocido al capitán pensaba en si no habría sido él el organizador del milagro… Llegar a Londres y encontrar a alguien al que con mirarle me gustara me estaba pareciendo milagroso. Y empecé a pensar que William era un enviado de mi padre, y comencé a verle todavía con más simpatía, con más interés y, sobre todo, con ilusión.

Por fin llegué a casa. En la misma puerta, bajo un paraguas protegiéndose de una fuerte lluvia y con sus largas gabardinas casi hasta el suelo, mi madre y Lilibeth me esperaban. El negro luto que vestía mamá me devolvió con fuerza a la tristeza de la ausencia, pero sus sonrisas merecían la pena. Las dos estaban felices de volver a verme.

Bajé del coche y las abracé. Sin decir palabra alguna, volvimos a fundirnos en un largo y silencioso abrazo.

—Querida, mi pequeña —me dijo mi madre, acariciándome la cara—, estás muy muy guapa, nueva y espléndida duquesa.

—Gracias, mamá, ha sido muy emocionante todo. Estoy deseando contarte hasta el más mínimo detalle. Y tú, Lili, ¿cómo has estado? ¿Te has portado bien?

Lili se me abrazó. Ya estaba casi tan alta como yo, y sus piernas eran también largas y muy delgadas, sin duda, «marca de la casa».

—Bueno —contestó mi madre—, no del todo. Es igualita a ti y le gusta ser libre, y a mí eso me pone muy nerviosa… Y ahora, sola, sin tu padre, lo paso peor.

—Tiene razón tu abuela, Lilibeth. Por favor, las trastadas hazlas solo cuando esté yo. —Y nos reímos las tres mientras nos volvíamos a abrazar.

Así, desde ese día, comencé un nuevo capítulo de mi vida. Enseguida me di cuenta de que podía hacer nuevas cosas en nuestra granja y optimizar algo más el privilegiado lugar donde vivía; creía que estaba obligada a hacerlo. Tras mi reunión con «los hombres de negro» y leer cada uno de los documentos relacionados con mis propiedades, supe que la responsabilidad de rentabilizar los bienes, aunque solo fuera para seguir viviendo como vivíamos hasta ahora, era necesaria y, por supuesto, mi obligación.

Mi abogado me llamó la atención sobre la subida de impuestos por las tierras sin rentabilizar y por la presión fiscal de la casa de Londres, que el Gobierno había manifestado que subiría de manera llamativa, así como sobre los elevados derechos de sucesión. Con lo que me insinuaba estaba claro que debía cambiar mi estilo tranquilo de agricultora noble para convertirme en una empresaria más comprometida. Otras familias nobles con grandes casas y amigos de mis padres

ya empezaban a tener problemas para mantener sus propiedades. Algunas hasta alquilaban habitaciones para poder cubrir gastos. A pesar de lo que se pudiese pensar, conservar las casas y el arte heredado era caro y a veces imposible, pero yo no quería llegar a extremos tan poco agradables, sobre todo para mi madre. Prefería trabajar, crear empleo y, a ser posible, riqueza para la zona.

—Poppy, querría hablar con tu padre. Cuando le veas, dile que le espero. Que no hay prisa, pero que tengo que hablar con él.

—Perfecto, Violet, se lo diré. Y déjame decirte, pues te conozco bien…, estás muy guapa, más que nunca, y sonríes de otra manera, y después de lo de tu padre me extraña, no es el momento adecuado. ¿Qué ha pasado en Londres que no me has contado?

Poppy era la única que me podía hablar así. Me conocía mejor que nadie, y nuestra confianza era total.

—¡Qué poco has tardado en darte cuenta! —Me reí y hasta me puse colorada—. Sí, Poppy, he conocido a una persona diferente, inesperada…

—¿Te gusta?

—Sí, gustarme sí, pero nada más…, no creas.

—¡Oooh, por fin, por fin!

—¡Pero si no hay nada!

—¿Nada? ¡Es lo primero que hay en cientos de años! Oh, por Dios, cuánto he rezado para que llegara alguien que te gustara. ¡¡Posiblemente sea la mejor noticia de los últimos años!!

—Bueno, todo se verá, pero es verdad que estoy distinta, has acertado, me lo noto yo también, y hasta me siento un poco emocionada. Es un hombre muy especial, muy abierto, nada afectado… y superatractivo —le confesé con cierta ilusión en mis palabras.

Entonces Poppy me abrazó fuerte, muy fuerte.

—Mi niña, mi niña, mi amiga, mi hermana… ¡Cuánto has sufrido! —Poppy era la única que sabía que Andrew era el padre de Lili y que conocía cómo fui abandonada, y eso nos había unido para siempre.

* * *

Empezaron los trepidantes días de mi nuevo trabajo; no sabía por dónde comenzar, pero tenía que hacerlo.

Lo hablé con mamá, pero no supo qué decirme, solo que confiaba en mí, que ya era bastante.

—Hija, qué empeño tienes en trabajar y cambiar las cosas. ¡No sé por qué piensas que si no lo haces tendremos que tener huéspedes en nuestra casa! ¡¡Eso en la vida!! ¡Qué ocurrencias y qué manera más negativa de ver todo!

—Mamá, no es que tengamos que hacerlo, pero, en fin, aunque solo sea por prevenir… Mira la duquesa de Devonshire, Deborah, qué inteligente fue, lo que hizo para poder vivir en su fabulosa, aunque ruinosa mansión, Chatsworth. Recuerda que heredaron el título y el patrimonio de los Cavendish, pero un patrimonio destrozado, no se podía vivir allí, y ella no solo restauró la mansión, puso calefacción, cuartos de baño, arregló los techos llenos de goteras y reestructuró las tierras, vendiendo algunas y alquilando otras para no endeudarse y poder vivir con dignidad. En realidad, lo que hizo fue ganar dinero, mamá, no solo gastarlo.

—Bueno, Deborah es una persona maravillosa, inteligente, pero algo «alocada». Ella y sus hermanas nunca fueron como el resto de las chicas de nuestro entorno social. Eran bellísimas,

muy especiales e inteligentes, pero normales normales no eran.

—Ya, mamá, pero es una mujer culta, enamorada de la vida y a la que no se le caen los anillos por cuidar de sus gallinas y recoger, si hace falta, los huevos que cada día ponen en su granja. Es otra manera de vivir y de ver las cosas. Desde luego como habéis vivido vosotros creo que Lili y yo no podremos hacerlo si no cambiamos. La huerta que me empeñé en hacer ya nos está dando buenos resultados. Vendemos muy bien todas las cosechas y mantenemos nuestra despensa llena…

—Bueno, vale, ¿y vamos a criar gallinas nosotras también?

—Por supuesto que no. —Me reí—. En principio, no. Creo que vamos a criar caballos purasangre, es de lo que más sé, de caballos, pero es caro y también difícil, pero, si nos sale bien, es muy buen negocio y por lo menos lo podré llevar desde aquí.

—¡Oh, me encanta, Violet! ¡Qué sofisticado! ¡Caballos purasangre! Eso le encantará a su majestad y nos hará relacionarnos más con ella.

—Bueno, en realidad, lo quiero hacer para ganar dinero y para disfrutar mientras trabajo, pero sí, seguro que a la reina le gustará.

Así empecé a estudiar y a informarme de todo lo necesario para dar cuerpo a mi proyecto que, verdaderamente, me entusiasmaba. Quería seguir viviendo en el campo y hacer de nuestra tierra también una empresa. Después de mucho pensar y de hablar con mi abogado y asesor, decidimos que podíamos intentarlo, que la inversión, teniendo ya el campo y las instalaciones, no sería tan importante.

Desde muy pequeña había montado a caballo. Este animal tan noble, tan grande y tan único siempre había estado en mi vida como mi auténtica mascota. Mucho más que los perros, si cabía, mi caballo era mi compañero y el animal con el que mejor me entendía.

A Lili le pasaba lo mismo. No había conocido mejor amazona que ella. Desde que era muy pequeñita recorríamos juntas las laderas y montañas a lomos de nuestros caballos y ahora se había convertido en casi una profesional. Asidua a las clases en la Horse Riding en Bath, era la que más destacaba y, a pesar de su juventud, ya la habían seleccionado en numerosas ocasiones para participar en campeonatos. Estaba segura de que cuando se lo contara se volvería loca. Podría ser mi mano derecha en este proyecto, pensé como para animarme.

Llamé a Connor, el padre de Poppy, para hablarle de las nuevas ilusiones y del nuevo trabajo.

—Connor, qué pena que papá se haya ido tan pronto y que no hayamos podido hacer con él este nuevo proyecto.

—Eso pensaba yo ahora mismo… Si el señor duque viera lo que nuestra joven duquesa va a empezar, qué orgulloso se sentiría.

—Connor, por favor, sigue llamándome Violet. Si casi podría ser tu hija de lo que me has cuidado y de lo que Poppy y yo nos queremos. Somos una auténtica familia. Deja lo de duquesa para mi madre, que le encanta.

A Connor se le llenaron los ojos de lágrimas, supongo de la emoción de recordar a mi padre y de mi auténtica declaración de amor hacia él y su familia, pero es que era verdad.

—Cuánto siento, Violet, que tu padre se haya ido. Él te adoraba, quizás más que todos nosotros juntos. Sentía tal orgullo al verte tan segura de ti misma a pesar de tu mala suerte…

—¿Qué mala suerte, Connor? ¿Crees que Lilibeth es una mala suerte? —exclamé enfadada y bastante triste.

—Perdón, perdón, no he querido decir eso. Lili es lo más querido para todos nosotros, es la alegría de todos. Pero a tu padre le hubiera gustado verte feliz con un hombre a tu lado.

—Eso sí, lo comprendo, pero me habéis visto feliz, ¿verdad? ¿Papá me veía feliz?

—Bueno, Violet, a veces te notábamos derrotada, sobre todo al poco de nacer nuestra pequeña. No te decíamos nada, pero al señor duque se le llenaban los ojos de lágrimas y se quedaba absorto mirándote, como queriendo ayudarte, como queriendo preguntarte qué podía hacer…, pero siempre respetuoso y desde la distancia.

—¿De verdad que lo veíais? ¡Y yo que creía que había conseguido parecer fuerte para que mis padres no se preocuparan!

—Sí, sí, lo hacías muy bien…, pero tú eras su pequeña, y también eres nuestra pequeña, y te conocemos y lo notábamos. Aun así, él siempre estuvo muy orgulloso de cómo lo aceptaste y de cómo lo afrontaste. Siempre me decía: «Connor, qué valiente es mi hija, qué fuerte y qué decidida».

Las palabras de nuestro capataz me emocionaron y no pude reprimir las lágrimas, que empezaron a desbordar mis ojos incontenibles. Seguramente porque necesitaba llorar desde hacía tiempo, ese fue el momento en que mi cerebro se rindió y no pude más.

Me abracé a Connor, y sin decir ni una palabra creo que nos dijimos todo.

—Lo siento, Connor, no he podido evitarlo. —Y al mirarle vi también cómo él se secaba las lágrimas.

—Es que yo le quería como a un hermano o más quizás… Éramos compañeros de trabajo, de ilusiones, siempre de acuerdo en todo, y tan cariñoso.

Y andando juntos y en silencio llegamos a las caballerizas. Un fabuloso y elegante edificio de hierro y madera levantado por mi abuelo, donde se encontraban una veintena de boxes y donde vivían y dormían plácidamente y muy cuidados los pocos caballos de uso personal que teníamos ahora.

Comprobamos que las cuadras estaban bastante bien acondicionadas, pero seguramente tendríamos que hacer algunas obras y mejoras específicas. Teníamos la suerte de que cada box se encontraba en muy buenas condiciones, quizás solo tuviéramos que pintar y renovar con algún producto la madera, pero desde luego eran unas caballerizas regias, dignas de una buena yeguada.

De allí pasamos al picadero. Este era, para mí, el lugar más maravilloso, casi mi segunda casa. Allí aprendí a montar desde muy niña y a cuidar y conocer más a estos bellos animales.

—Connor, ¿conoces a alguien en Bath que pueda venir a ayudarnos y que sepa mucho de caballos?

—Por supuesto. No te preocupes. Dame un par de días y te consigo auténticos profesionales. Seguro que estarán deseando involucrase en este proyecto tan bonito y sobre todo trabajar aquí, contigo y con Lili, las mejores amazonas de la comarca.

—¡Y con Poppy! —apostillé yo con la consiguiente satisfacción de Connor.

Me hacía ilusión, aunque sabía si sería un acierto o un error, pero mi intuición me decía que si lo hacíamos bien podríamos tener éxito. Cada potrillo de una buena yeguada podía llegar a valer bastantes libras, y, a pesar de que mis aspiraciones eran humildes, me daba la sensación de que en el *cottage* teníamos todo para poder intentarlo sin hacer demasiada inversión. Y mientras así pensaba me di cuenta también de mi enorme soledad, de la necesidad de tener a alguien a mi lado, alguien con quien compartir todas mis dudas y responsabilidades. Me gustaba mi independencia, apreciaba mi seguridad a la hora de tomar decisiones, pero hasta ahora siempre había estado amparada por el criterio de mi padre.

Me alejé de las caballerizas. Connor se quedó allí apuntando todo y revisando cuadra a cuadra,

materiales e instalaciones. Mientras me encaminaba hacia la casa, el peso de la responsabilidad me oprimía los hombros, me temblaban las piernas y no podía respirar con naturalidad. Ahora sí que me encontraba sola de verdad, todo me estaba pareciendo duro y difícil… Muchas personas dependían de mis decisiones, y pensaba en mi madre y en mi hija y en su futuro, y, aunque éramos unas privilegiadas, comprendía que también había heredado la responsabilidad de que todas las personas que vivían y trabajaban con nosotros se merecían seguir con su trabajo respetando sus aspiraciones de progresar. Estábamos en otra época y, por supuesto, el paternalismo mal entendido ya había desaparecido. Tenía que modernizar esas relaciones o estaríamos abocadas al fracaso.

Al abrir la enorme puerta de madera de nuestra casa me recompuse, estiré mi espalda, arreglé mi *barbour* después de limpiar mis botas del barro acumulado en las caballerizas y con voz fuerte llamé a Lili como si no me pasara nada, como hacía cada tarde cuando volvía a casa.

En ese momento Poppy se acercó a mí, muy sonriente, casi diría que nerviosa y feliz.

—Ven, ven, Violet, ven conmigo. —Y cogiéndome de la mano, me condujo al salón y me señaló divertida a mi pequeña familia…

Al lado de la chimenea, encendida y con la leña ardiendo y crepitando, sentadas en el sofá de terciopelo dorado, mi madre y mi hija me miraban sonriendo y nerviosas, y a su lado, sobre una mesita pequeña, un precioso jarrón lleno de peonías, enorme, llamativo y con un ramito de pequeñas violetas en el centro. Las tres mujeres, es decir, las tres mujeres de mi vida me miraban inquietas, señalando las flores. Entonces, mi madre me entregó una tarjeta.

Me puse de los nervios, casi histérica, aunque no quise demostrarlo. Sabía de quién eran, tenían que ser de él. ¿De quién si no? Me sentí feliz, sin duda era lo que más necesitaba en ese momento.

El silencio era sepulcral. Mamá, Lili y Poppy no hablaban, solo me miraban emocionadas. Abrí el sobre temblando, las manos no podían parar de moverse mientras sacaba la tarjeta escrita a pluma, todo un detalle y muy romántico.

Estoy deseando volver a verte. Las semanas se me hacen eternas. Iré este sábado a tu casa. Ya me he enterado de cómo llegar. Si no quieres verme, no me recibas, con que me digan que no estás, lo entenderé y me daré la vuelta… Pero, si quieres verme, no te defraudaré.

William, tu mayor admirador

El grito de mi madre fue de felicidad y yo casi me desmayo.

—¡Pero, hija, cómo no me has dicho nada de nada! ¿Quién te manda estas flores? ¿Quién es?

—Mamá, por favor, no exageres. Me da hasta miedo contaros nada, porque no hay nada de nada.

—Pero, hija mía, estas flores hablan por sí solas. ¿Quién es? ¿Cómo es? ¿Es guapo?

En ese momento, Lilibeth se levantó y me abrazó fuerte, muy fuerte.

—Lili, perdona, mi vida, te lo hubiera contado todo, pero es que no hay nada, todavía nada. Pero no te preocupes, en la tarjeta dice que va a venir a vernos este sábado, así que le conoceremos casi a la vez.

—No digas tonterías, Violet, cuéntanoslo todo. Nadie viene hasta aquí con unas flores por delante sin que haya algo más que «nada de nada».

—De acuerdo, nos sentamos y os lo cuento. —Y sonreí mientras ponía sobre mis rodillas a Lili y la abrazaba con todo mi cariño, notando su calidez. Luego, tras saborear una taza de té, empecé

a contarles mi estancia en Londres y cómo conocí a William. Mi madre casi lloraba.

—Oooh, un ayudante de campo de la reina, qué maravilla, hija mía, un héroe de guerra, ¡pero si parece de película! Es guapo, ¿verdad? Supongo que será guapísimo —preguntó mi madre.

—Muy atractivo, mamá, y muy guapo, pero sobre todo me ha parecido muy simpático, muy especial.

—¡Oooh, hija mía, a lo mejor estás enamorada! Sería un auténtico milagro, un milagro de tu padre. ¡Por fin, por fin!

Lilibeth sonreía, pero no sabía cómo reaccionar. Para ella era todo nuevo y quizás algo traumático. Me había empeñado tanto en que su padre estuviera en su vida que noté cómo se descolocaba o se tambaleaba su equilibrio.

—Lili, vida mía, esto no quiere decir nada, no te preocupes, nuestra vida seguirá igual, tú y yo siempre juntas. Nada ni nadie nos separará. Tú eres mi mundo, lo seguirás siendo.

Y Lili, que siempre fue muy madura, me dijo enseguida como queriendo tranquilizarme:

—Lo sé, mamá. —Y le pudo la curiosidad como a mi madre—: ¿De verdad es guapo?

Nos echamos a reír. Tomamos un humeante té alrededor de las peonías de William. Todo un acontecimiento en nuestro pequeño mundo, un mundo de mujeres solitarias, cada una por una razón, pero solitarias al fin y al cabo, aunque juntas éramos una gran familia.

8

Ante la inminente llegada de William, mi madre empezó a ponerse nerviosa, y con ella a todo el servicio, al que no dejaba tranquilo ni un minuto… Preparaba menús, vajillas. Levantó y desempolvó la casa donde, desde luego, no había ni una mota de polvo. El jardín fue removido y la gravilla de alrededor de la casa, renovada. Y, por si fuera poco, preparó el dormitorio de William con verdadero esmero. A mí me daba bastante pudor ver cómo se interesaba por las sábanas, las toallas, el jabón del cuarto de baño, la colonia… Me lo imaginaba allí y tenía que reconocer que me ponía bastante nerviosa. Admito que ya había algo que me emocionaba; bueno, ya había demasiado.

—Mamá, ¿no te parece una exageración?

—No, hija mía, siempre has sido poco dada a ver lo importante que pueden llegar a ser estos detalles.

—Sí, claro que lo sé. Te hubieras sentido muy orgullosa de mí al ver cómo organice la casa y la cena en Londres. Fue mágico y la verdad: me encantó hacerlo.

—¿Lo ves? ¡Pues el cuarto del capitán tiene que estar impecable! ¡Me apetece tanto conocerle!

La visita me abrumaba y empecé a tener unas ganas locas de volver a verle. Seguí trabajando en mi proyecto, me reuní con especialistas en la cría del purasangre y con algún ingeniero agrónomo para potenciar también los buenos resultados, aunque discretos en cantidad, del huerto de Grosvencer House, pero, en realidad, todo en nuestras vidas giraba alrededor de lo que iba a suceder con la famosa visita.

Llegó el sábado y la preciosa casa de mis padres relucía como nunca en los últimos años. El mayordomo esperaba en las escaleras del jardín, pues nos acababan de llamar desde la cabina de seguridad para decirnos que lord William Coningham entraba ya por el camino que conducía a la casa.

Mi madre estaba de los nervios. Lilibeth se reía, pero reflejaba cierta desconfianza hacia el futuro, y yo ni sabía qué hacer ni qué decir: era la primera vez que presentaba a un hombre a mi familia. No había podido hacerlo con Andrew, y después de él nunca había habido nadie oficial.

—Violet, pero ¿no te vas a arreglar más? ¿Vas a recibir al capitán con botas y pantalones de pana?

—Mamá, viene a pasar un fin de semana al campo, no a pedir mi mano…

Naturalmente, mi blusa era más favorecedora de lo normal. Cambié la típica camisa de cuadritos de villela por una preciosa blusa *beige* de seda, algo transparente y que se adaptaba insinuante a mi cuerpo. Esta sensación también era nueva… Con Andrew era todo a escondidas, nunca nos vimos con ropa formal, siempre de campo, de lluvia, con frío…, pero no nos importaba. ¡Éramos tan jóvenes! En cambio, ese día sí había tenido la necesidad de arreglarme. Me había recogido el pelo en una cola de caballo y alrededor del cuello me había puesto uno de

mis pañuelos preferidos anudado por delante. Por último, sujetando el pantalón, un cinturón con una herradura dorada muy llamativa.

Poppy, cuando me vio, apreció mi cambio. Me miró asombrada y me sonrió.

—Estás espectacular… ¡Te mereces tanto ser feliz!

En ese momento oímos cómo frenaba un coche sobre la gravilla. Miré por la ventana con discreción para que él no me viera, y vi a William bajarse de un precioso Jaguar verde. ¡Me pareció guapísimo, me encantó! Venía vestido muy informal, como le dije que yo iba habitualmente, pero muy elegante: chaqueta de *tweed* y pantalón *beige*, botines de ante y visera de pata de gallo, todo muy tópico y típico, pero que le hacía superatractivo.

Jadson, el mayordomo, abrió la puerta en ese momento y yo la traspasé para recibirle. Estaba temblando, pero no se lo demostré. Me adelanté hacia él, acercándome para darle la mano, pero él me sonrió, me hizo un gesto de mayor cercanía y me besó en la mejilla. ¡Me encantó! La verdad es que ya lo necesitaba.

—Hola, William, ya estás en casa, nos tienes a todas de los nervios. —Y me reí abiertamente, pero nerviosa, mientras él me miraba lleno de emoción.

—Violet, estaba deseando volver a verte, te lo dije en Londres y va en serio, no he dejado de pensar en ti; ha sido muy largo esperar este momento. —Me ruboricé bastante, mejor dicho, mucho, y a él le gustó, lo notó y me cogió la mano y la besó—. ¡Violet! —exclamó, alargando el sonido de mi nombre mientras me miraba con mucha ternura y creo que con mucha atracción—, verte aquí, con tus botas y tus pantalones de pana, como me dijiste, me llena de emoción. Eres todavía mucho más impresionante…

Bajé mi cabeza, le entendía, pues yo también le hubiera dicho que le encontraba superatractivo con su chaqueta de *tweed* y su visera.

—Si te parece, entramos y te presento a mi madre, que, te aviso, está histérica, y a Lilibeth, mi pequeña maravilla.

—Pues la verdad yo también estoy nervioso, y mucho, pero con quien quiero estar es contigo, a solas. Espero que tengamos esa posibilidad, ¿verdad? —me preguntó mientras se acercaba y me pasaba su brazo por mi cintura. Creo que en ese momento empecé a temblar toda yo. No sabía si podría hablar; de hecho, me costó empezar.

—Claro. —Sonreí mientras le miraba—. Podremos hacer lo que queramos, aunque espero que no te importe que lo hagamos con delicadeza, sobre todo por mi hija. Para ella, que su madre reciba a un hombre es tan raro como único. Esto no ha pasado nunca.

—Violet, es impresionante que en todos estos años no hayas estado con nadie, es de no creer, y lo bellísima que eres. ¡De verdad, me vuelves loco! —Y con su mano en mi cintura me acercó más a él. Fueron unos segundos, pero qué segundos… si llega a durar más me desmayo, seguro.

Mamá y Lili nos esperaban de pie en el salón. Al entrar en la casa, William se quedó bastante impactado por la belleza de la decoración, se lo noté enseguida. Desde luego, más que una casa de campo, como la llamábamos, era una casa palacio o algo así. Sus dimensiones eran grandes y cada estancia o habitación, inmensas, amplísimas. La decoración, para mí, era preciosa. Predominaban los tonos azules, con flores y cuadros de vichy en azul y blanco, dos sofás color mostaza y dos azul marino rodeaban la espectacular chimenea central que daba vida al salón. Las cortinas de los balcones, de cuadritos dorados y azules, y las alfombras, sobre la gruesa madera oscura, destacaban con el mismo tono mostaza de los sofás. Todo era armonioso, bastante cálido y algo regio, sobre todo los enormes cuadros que colgaban de las altísimas paredes. A mi madre el campo le gustaba, pero en su versión más sofisticada, ¡claro!

—William, estábamos deseando conocerte. —Mamá le sonreía y le miraba henchida de orgullo. ¡Por fin, su hija le presentaba un posible pretendiente! Creo que, después de lo de papá, lo necesitaba, y esto sin duda le iba a dar vida y mucho de qué hablar.

William se cuadró delante de ella y como si de la reina se tratara, la saludó casi militarmente haciendo una leve reverencia con la cabeza y un: «Encantado, señora duquesa». Y mi madre no podía creerlo. Con toda certeza, el que así la saludaba era un caballero.

—William, mamá ya se ha presentado ella sola, pero aquí está Lilibeth o Lili, como la llamamos cariñosamente, mi hija.

—Encantado, Lili. Tu madre solo habla de ti, eres su tema principal de conversación, estaba deseando conocerte. —Lili le miró fijamente y le dio la mano, como le había dicho que hiciera. Él se la besó. A Lili le gustó, aunque supe por sus ojos que estaba asustada y desconcertada.

—Capitán, por favor, si te parece nos sentamos y tomamos un *sherry*. Seguro que más de una vez lo habrás disfrutado en palacio. La familia real lo puso de moda hace muchos años y a mí, la verdad, me encanta —le dijo mi madre, haciéndose la superinteresante… ¡Cómo le gustaba la vida social!

—Por supuesto, duquesa.

—Por favor, llámame Sophie. Además, la duquesa ahora es Violet.

—Mamá, qué tontería, tú lo eres y lo serás siempre, además, será un título que tendré que usar oficialmente pocas veces, con la vida que llevo aquí…

—¿Sabes, William? Mi hija es una obsesionada del campo. A mí me gusta, pero para ella es su vida.

Él me miró y me sonrió, creo que los dos estábamos deseando estar a solas. Apenas nos conocíamos, pero la atracción se notaba en el ambiente, había electricidad y a punto de llegar los calambres a mi cuerpo.

En ese momento entró Poppy y me levanté casi de un salto para acercarla al grupo.

—William, te presento a mi mejor amiga, casi mi hermana y como una segunda madre para Lilibeth. —William se levantó y de nuevo saludó muy protocolario a Poppy, que, creo, se sonrojó.

—Sophie, estoy muy impresionado con la belleza de tu casa y de la decoración. —Y así empezamos hablar de tonterías, o eso me parecía a mí, de si conoces a fulano o mengano, de si la reina jugaba con mi padre de pequeña…, hasta que por fin Poppy se dio cuenta y exclamó:

—Lilibeth, señora duquesa, tengo que recoger las flores para la mesa. ¿Por qué no nos acercamos al invernadero y las seleccionamos?

¡Dicho y hecho! ¡Por fin, William y yo nos quedábamos solos!

—Te lo advertí. No va a ser fácil. Nos van a vigilar… Mi madre está desatada y mi hija, bloqueada.

—Lo sé, Violet, lo estoy notando, pero no me importa, aunque déjame que disfrute de estos momentos a solas contigo. Estaba deseando llegar, cogerte de la mano y decirte que estoy profundamente enamorado. Aunque sea pronto y casi sin conocernos, hay algo en mi interior que me lo dice con fuerza desde el primer día. Solo pienso en ti, algo que nunca me había sucedido.

Se levantó y me llevó de la mano hacia una de las puertas que daban al jardín e, igual que había hecho en Londres, fue allí donde de nuevo me besó, pero ya de verdad, como estábamos queriendo los dos. La tensión de la espera y los nervios de nuestro encuentro hicieron que a la

vez que nos besábamos perdiera el equilibrio y me mareara mientras la cabeza me daba vueltas. Hacía mucho, muchísimo que no estaba con nadie al que quisiera y me dio la sensación de que ahora lo había encontrado. Sin querer y víctima de mi casi desmayo, eché hacia atrás mi cuerpo y William me sujetó entre sus brazos. Entonces abrí los ojos, le miré y me emocioné al comprobar que el hombre que me besaba parecía profundamente enamorado. Lo vi reflejado en sus ojos, mientras mi corazón latía desbocado.

—William, creo que me voy a desmayar, casi no me sostengo en pie.

—Es porque tú también me quieres, ¿verdad? —me susurró al oído mientras me abrazaba con bastante delicadeza y me sonreía henchido de amor.

—Creo que sí, estoy en una nube, William. Esto es nuevo para mí y tienes que darme tiempo, pero la mejor respuesta ya la tienes: en este momento no querría separarme de ti.

Y me besó de nuevo y yo le correspondí. El corazón me explotaba en el pecho, y las sensaciones que estaba sintiendo me hacían perder la noción del tiempo. No sabía ni dónde estaba. Me parecía mentira estar besándome con un hombre, y en el salón de mi casa, algo que nunca en toda mi vida había sucedido.

—Violet, ya sé que todo esto te puede parecer precipitado, pero los dos somos ya mayores y no tenemos por qué perder tiempo —afirmó, sonriendo, mientras me miraba. William era muy atractivo y yo ya estaba rendida a sus encantos. Él sujetaba mi cara entre sus suaves y fuertes manos y supe enseguida que el amor estaba de nuevo en mi vida. Entonces me separé, le miré a los ojos y le sonreí, le besé suavemente en los labios, en sus mejillas y en la frente, puse mi cabeza en su pecho y le abracé fuerte, muy fuerte.

Él se emocionó, lo noté, y repitió mi nombre un par de veces —«Violet, Violet»—, al tiempo que me acariciaba la espalda por debajo de mi blusa y me abrazaba. Yo me conmoví hasta la médula. De nuevo volvía a sentir en mi cuerpo la impresionante sensación de la pasión. Esa caricia en la espalda creo que nunca podré olvidarla.

La voz de mi madre nos devolvió a la realidad, y, bruscamente, nos separamos como si fuéramos niños que podían ser descubiertos. Entonces noté a William incómodo, pero a la vez sonriente —demostró tener sentido del humor—, y en voz baja, aunque muy seguro, me dijo:

—La próxima vez no me separo. —Se rio—. Me da igual que nos vean, Violet, ¡que tengo cuarenta años! —Y me pellizcó la espalda mientras nos reíamos por nuestra infantil reacción.

—Mamá, creo que deberíamos sentarnos a la mesa. William ha madrugado y estará hambriento.

—Tienes razón, ahora mismo lo organizo, pero primero lleva al capitán a su habitación. Jadson os acompañará. William —exclamó—, espero que te encuentres cómodo.

Jadson nos acompañó al dormitorio que tan primorosamente había preparado mi madre. Cuando llegamos y abrimos la puerta, la estancia estaba espectacular. El suelo de madera oscura combinaba a la perfección con la cama y el escritorio; el cabecero de capitoné, de ante verde oscuro, se mimetizaba con la tela de cuadros escoceses con la que estaba tapizada la pared. Una butaca orejera y cuadros de caballos completaban el dormitorio, tan masculino y tan acogedor. Allí solo faltaba el perro de su amo, un perro para William, pensé.

—Pero, Violet, si es una preciosidad. Es una habitación digna de un rey.

—Bueno, para mi madre tú ya eres lo más parecido a un rey… No sabes con qué cariño colocó la colonia y el jabón y escogió las toallas.

—O sea, ¿tú no lo has hecho? ¿Para ti no soy un rey? —Y me sonrió con picardía.

—William, de verdad que la próxima vez lo haré yo, pero es que necesitaba ayuda. Te vuelvo a

repetir que eres el primer amigo al que invito a casa…

—¿Amigo? Ah, eso no, a eso me niego. ¡En todo caso novio!

Entonces Jadson, que estaba colocando la maleta, sonrió y me miró. ¡Aquí todo el mundo estaba en el ajo y creo que les hacía felices a todos!

Me reí y miré al mayordomo.

—Sí, creo que sí, novio. —Y me ruboricé totalmente, pero lo que había sentido junto a él en el salón no era de amigos, y tenía razón—. Bueno, William, ahora te dejo. Baja cuando termines. Me estas poniendo muy nerviosa. Te espero en el salón, ¿te parece?

—No, no, prefiero que te quedes. —Me miró con cierta ironía, y acercándose de nuevo, delante de Jadson, me besó con delicadeza, pero me besó, y en su dormitorio, ¡muy fuerte! Yo, de nuevo, pensé que me desmayaba allí mismo. Definitivamente estaba rendida a William y él había venido a Grosvencer dispuesto a enamorarme; se le notaba, se apreciaba, y, además, me lo decía.

—Bueno —susurré con voz entrecortada, muy tímidamente—, te espero abajo y después de comer nos damos una vuelta tú y yo solos, ¿te parece?

Bajé al salón, a los sofás de la chimenea, con el cuerpo casi electrizado. Me encantaba William, era guapo, suponía que inteligente, muy ocurrente, con sensibilidad y muy muy *sexy*. Allí estaban mi madre, mi hija y Poppy como una especie de piña cotilleando y comentando.

—Hija, estoy feliz. Me encanta William, nuestro capitán.

—Mamá, eres una exagerada: ni es nuestro todavía ni sabemos qué pasará. Pero para mí lo más importante eres tú, Lilibeth. ¿Qué te ha parecido?

Mi pequeña, que ya estaba muy alta y que parecía mucho más mayor, no estaba muy alegre.

—No sé, mamá, es muy guapo y simpático.

—¿Te parece que después de comer nos demos una vuelta los tres a caballo? William monta muy bien. Es capitán de la Royal Navy, pero desde pequeño me ha comentado que monta a caballo.

—Vale, mamá, me gusta la idea.

Enseguida mi madre se incorporó a nuestra conversación.

—Lilibeth, tienes que ser madura y comprender a tu madre. Si hay una nueva etapa en su vida, nosotros la ayudaremos y estaremos todas unidas para lo bueno y para lo malo. Aunque ellos no quieran, nosotras allí estaremos, al ladito. —Se rio abiertamente, estaba feliz.

—Mamá —le dije—, yo haré lo que quiera, lo sabes, y mi prioridad es siempre Lili. Eso es un dogma de fe.

Por fin, Lilibeth sonrió, se relajó, comprendió que estábamos todas juntas y que ella era la principal. Vino hacia mí y se puso sobre mis rodillas para abrazarme y achucharme.

En ese momento, William entró en el salón y vio la escena. Sonrió, pero noté en su rostro cierta preocupación. Lógico, era inteligente y sabía que Lili era lo más importante.

—Violet, desde mi balcón he visto el precioso jardín y el inmenso horizonte de vuestro campo. Me encantaría que me lo enseñarais. Lilibeth, ¿te apetece que los tres demos un paseo después de comer?

¡Impresionante! William había pensado lo mismo que yo, y eso me pareció lo más. Qué detallazo con Lili y qué manera de demostrar respeto por lo que más me importaba. Él, que estaba deseando estar a solas conmigo, al vernos juntas había rectificado con mucho corazón.

—Lili, ¿te apetece? —le pregunté mientras miraba a William con agradecimiento y admiración.

—Sí, gracias, capitán. ¿Iremos a caballo o andando?

—Lo que prefieras, me encantará de las dos maneras.

—Prefiero a caballo —exclamó Lili, y por primera vez mostró alegría y cierta tranquilidad.

El almuerzo fue simpático, agradable y breve. Siempre alargábamos la sobremesa con el café y la copa alrededor de la chimenea, pero esta vez fue mi madre la que tuvo el detalle más humano y decidió retirarse a descansar. Lili subió a su cuarto a prepararse para el paseo a caballo y William y yo pudimos hablar sin nadie que nos molestara.

—William, ahora sí que te besaría de verdad.

El capitán, sorprendido, casi dio un respingo en la butaca con mis salidas de tono.

—Pero, Violet, qué emocionante es estar contigo, ¡qué directa eres! Pues venga, bésame, lo estoy deseando…

—No, lo que quiero decir es que tu ofrecimiento para que Lili viniera a pasear con nosotros para mí ha sido mucho más que cualquier cosa que me hubieras podido ofrecer.

—Lo sé, o eso he imaginado. Os he visto abrazadas, muy juntas, y no he podido menos que incluirla en nuestros planes. Lo contrario podría ser doloroso para ella. Ya tendremos tiempo…, ¡espero! —Sonrió con cara de resignación.

—No va a ser fácil, William. Ni por mí ni por mi hija. La que más preparada está para esta nueva etapa es mi madre. Si fuera por ella, sería hoy mismo tu suegra, está emocionada. Pero yo soy o he sido como una viuda y mi hija, huérfana de padre desconocido. La niña lleva mis apellidos y, aunque le hablo con naturalidad de él, no le ha visto en fotos ni sabe su nombre.

—Pero tú sí que sabes quién es el padre. ¿Por qué no has querido identificarlo nunca? Él te abandonó, ¿verdad?

—No me hagas hoy más preguntas, por favor. Pasemos un día alegre y vayamos poco a poco. Lo sabrás todo si al final tú y yo formamos algo especial, y también el porqué de las cosas, pero su nombre no te lo diré, ni a ti ni a nadie. Mi padre murió sin saber quién era, aunque lo suponía, pero yo me hice a mí misma una promesa y espero que nunca tenga que romperla.

—Violet, por mí no hay ningún problema. Yo te quiero y confío en ti. Te miro y muero por ti. —Me abrazó con fuerza y me dio un beso largo y apasionado. Los dos nos entregamos entonces uno al otro, con un beso que transmitía todo lo que en ese momento sentíamos. Era, por ahora, la única manera con la que habíamos podido demostrárnoslo y, a decir verdad, parecía el beso de «la entrega total».

Oímos a Lili bajar las escaleras; lo hacía con energía, animada.

—Mira —observó sonriente William—, lo hemos conseguido, parece que viene feliz.

Cuando me levanté para ir al encuentro de Lili, acaricié la espalda y el pelo de William. Fue solo un roce sutil, suave, pero me hizo temblar todo el cuerpo. Él me sujetó la mano y la besó. ¡Qué momentos tan mágicos estaba empezando a vivir! ¡Qué maneras más elegantes! ¡Y cómo me miraba! ¡Me encantaba!

Salimos los tres hacia las caballerizas, ataviados con botas, chaquetón y visera. William me dijo que le encantaba mi coleta de caballo, que me hacía parecer una niña. Lilibeth, al oírlo, no pudo evitar una tímida sonrisa y se tapó la cara con cierta y juvenil vergüenza. Yo también me reí y miré a William con ganas de abrazarlo con ternura. Era una persona muy especial y me hacía sentir nueva, joven y distinta.

—Capitán, ¿eres el novio de mamá?

La pregunta nos pilló por sorpresa. Yo me quedé de piedra.

—Pero, Lili, ¿cómo se te ocurre hacer esa pregunta?

—No, no, no importa, Violet… Lilibeth, me encantaría ser el novio de tu madre. ¿Te importaría a ti que lo fuera? ¿Me das permiso para pedírselo?

—Bueno, supongo que lo sois. De acuerdo, me parece bien. Si ella quiere…

—Pues hoy mismo se lo pediré, si me das tu permiso. Ahora estoy más tranquilo, Lili, con tu ayuda puede que me diga que sí… Ojalá sea así. —Entonces le pegué un empujón a William, había conseguido hacerse colega de Lili antes de lo que yo había imaginado. Y sin que se diera cuenta la niña, ocultándonos como dos adolescentes y mientras caminábamos, nos rozamos el brazo, entrelazamos las manos unos segundos y nos miramos. ¡El amor está en el aire!, pensé.

Ya en las cuadras nos habían preparado tres caballos para el paseo. William ayudó a Lili a subir, pues, aunque no lo necesitaba, no había duda de que estaba «adorando al santo por la peana». Después vino hacia a mí, y yo también me dejé ayudar. Tampoco era necesario, pero era un motivo más para estar cerca, muy cerca, para volver a rozarnos, para estar juntos. William, ajustándose la visera, me miró fijamente. Yo le dije en bajito: «Si sigues adulando a mi hija, voy a ponerme celosa». Su gran sonrisa me desarmó, y sin reconocerme a mí misma no pude evitar decirle: «Te besaría otra vez». Él replicó: «No sigas, por favor, o no respondo de mí mismo». Luego, de un salto, se subió a su caballo.

—Lili, llévanos tú, dirige nuestra excursión y me cuentas por dónde vamos.

La niña, feliz, iba delante de nosotros. Fue una buena estrategia: así, por lo menos William y yo pudimos mirarnos con mucho amor y mucha atracción. Creo que estaba deseando bajarse del caballo y preguntarme formalmente si le quería, pero no lo hizo, seguíamos la estela de Lili. Por ahora ella era lo principal.

—¡Lili, eres una fabulosa amazona! —exclamó William—. Tu madre me ha hablado de tus grandes dotes, pero lo cierto es que superas lo que me esperaba.

—Esta niña casi ha nacido encima de un caballo —le dije tras su piropo—. Lo mismo la llevaba de paseo de bebé en una mochila sujeta a mi espalda que nos acercábamos a las colinas las dos al trote cuando ya tenía tres años. Lo que mejor hace, desde luego, es montar a caballo.

De repente, William se puso campo a través al galope, incitándonos a seguirle y a superarle. Lilibeth se lanzó sonriente: le gustaba el desafío. Yo hice lo mismo, pero no pude evitar preocuparme por si se producía una caída de mi hija o de William.

El capitán y mi hija entablaron una especie de carrera divertida, gritando, muy estimulante. Yo no pude reprimir unas lágrimas de felicidad, casi no podía creer lo que estaba viviendo. Iba a tener que darle la razón a mi madre: esto era un milagro, y un milagro de papá.

—¿Mamá, vamos a la cabaña? ¿Se la enseñamos a William?

Al instante di un frenazo al caballo pisando fuerte los estribos. Me puse fatal, no me lo esperaba, no quería que sucediera eso bajo ningún concepto.

—No, Lili, hoy no. Tenemos que volver a casa. Me estoy imaginando cómo estará tu abuela. ¿No te importa, William?

Él lo noto y me miró, pero no dijo nada. Dio la vuelta sin decir una palabra e intentó que Lili siguiera feliz y desenfada la vuelta a casa.

Cuando llegamos a las caballerizas, cada uno introdujo su caballo en el box que le correspondía. Como siempre, Lilibeth se entretuvo acariciando y peinando a su precioso equino.

—Lili, William y yo vamos hacia la casa. Te esperamos allí. Así puedes peinar y besuquear a Alf.

—Vale, mamá. Enseguida voy.

Por fin William y yo íbamos a poder pasear unos minutos solos, al anochecer, y sin nadie a nuestro lado.

—Violet, qué maravilla, ha sido emocionante todo el día, pero este final no me lo esperaba.

—Yo sí —exclamé sonriéndole—, Lili siempre se queda un rato con su caballo.

—Violet, te quiero, tengo que decírtelo así de deprisa. No puedo esperar a mañana. Me pareces una mujer tan distinta y enigmática. Y tan bella y tan moderna. Tu cola de caballo me tiene fascinado y acariciar tu espalda como antes es ya para mí una obsesión; en este momento me encantaría besarte y soltarte el pelo, abrazarte…

—William, a mí también me pasa, quiero estar contigo, hoy, mañana. ¡No quiero que te vayas! —Le abracé bajo las estrellas que comenzaban a iluminar el tenue cielo que se apagaba.

Él me abrazó y me besó con pasión mientras repetía «te quiero» una y otra vez.

—Violet, ¿me quieres tú? No me lo has dicho todavía.

—Sí, William, creo que sí, supongo que sí. Estoy feliz, como nunca en demasiados años, pero esa palabra todavía no me sale, y no sé por qué.

—No te preocupes, te entiendo, pero no tardes en decírmelo, lo necesito. —Acto seguido cambió su expresión y me preguntó—: Violet, ¿qué hay en esa cabaña? He notado que te alterabas cuando tu hija quiso enseñármela. Al caballo, supongo que instintivamente, le diste una frenada muy dura con los estribos, inesperada, y me extrañó muchísimo.

—No me digas que le pude hacer daño, no me di cuenta. Estaba nerviosa.

—Pero ¿por qué? Yo quiero ser prudente en todo… Por mí no te preocupes. Yo con estar contigo soy feliz, no tienes que tener miedo, y me pareció ver en ti una reacción de terror, casi me dio por pensar que en esa cabaña había un cadáver… —Y sonrió, aunque mirándome intrigadísimo.

—¡Oh, por Dios, un cadáver! ¡No, no, claro que no! —Le besé apasionadamente. No quería hablar de la cabaña y le quería demostrar que le amaba y le deseaba, y aunque la palabra no saliera por mi boca, yo ya no dudaba de mis sentimientos.

9

—¡No puedo más, Felicity! ¿No te das cuenta de que lo que dices no tiene sentido? No entiendo tu negativa a que Jack vaya a vivir con mis padres a Bath para incorporarse a Oxford. Estará a solo una hora de la universidad y, con franqueza, solo serán los fines de semana; el resto vivirá en el campus.

—Andrew, no puedo soportarlo, no soy capaz de asimilar que mi hijo, «nuestro hijo», viva tan cerca de la losa que he tenido que sufrir toda mi vida. ¿Quieres que me vuelva loca del todo? ¿Por qué no estudia en Cambridge mejor?

En casa del doctor Andrew Campbell y Felicity Astley nunca se respiraba tranquilidad. Propietarios de una preciosa casa en las afueras de Cardiff, ni las maravillosas vistas a la bahía donde los ríos Taff y Ely confluyen para convertirse en un precioso lago ni el enorme prestigio de su propietario habían conseguido que Felicity, la bella esposa del doctor, lograra la tranquilidad que necesitaba para ser feliz. Una sombra, enorme sombra cuyo nombre era Violet, cubría como una nube negra la vida y la calma de este matrimonio desde hacía muchos, muchísimos años.

Andrew, el más prestigioso de los médicos del hospital de la capital galesa, pasaba horas y horas entre su consulta, viendo pacientes, y el quirófano, operando a corazón abierto. Su fama ya era reconocida en toda Inglaterra, y eran numerosísimos los enfermos que se acercaban desde otras localidades para ponerse en sus manos. La cardiología era su vida, la que había elegido tras contraer un matrimonio forzado, y el refugio donde mitigar su soledad. Él, que curaba corazones, tenía el suyo herido de muerte desde hacía casi quince años, los mismos que tenía su hijo.

—Felicity, no me importa lo que digas, nuestro hijo irá a Bath a vivir con mis padres. Quiero que conozca y disfrute de la vida en el campo, de la generosidad de esa tierra, del embrujo de la ciudad más romántica de Inglaterra, y así, cuando vaya a Oxford, podrá pasar los fines de semana con sus abuelos y hacer la vida que hice yo, cuando cada viernes volvía a casa de mis padres. La universidad de Oxford es la mejor y Bath, el lugar para vivir más maravilloso. El hecho de que yo no haya vuelto por allí por tu intransigente actitud no va a destruir la vida más apropiada para nuestro hijo.

Felicity no podía soportarlo. Sabía que allí era donde su atractivo y prestigioso marido había sido feliz de verdad. De hecho, sabía que para Andrew la relación con ella, desde el comienzo, fue una desgracia. Ella se enamoró con locura de él, pero para el cirujano fue un auténtico error, un error que estaba pagando desde entonces y que ya no se molestaba en ocultar. Felicity lo sabía, lo notaba desde hacía mucho tiempo, pero ella todavía le quería.

—Andrew, no quiero, por favor, no quiero que Jack vaya allí. No quiero que vayas tú tampoco y, por supuesto, me niego a ir yo. Creo que me estoy volviendo loca y que no voy a ser capaz de

gestionar bien esto que quieres.

La vida para el doctor Campbell era complicada y farragosa. Felicity no era una mujer feliz, él no la hacía feliz, él no la quería y ya no podía seguir fingiendo más, ni con los amigos ni con su hijo. Los últimos quince años se habían convertido en una pareja indispensable en cualquier fiesta o evento social de la ciudad. Andrew era el mejor de los cirujanos y el más atractivo del hospital y Felicity, su esposa, sin duda una gran señora, muy elegante y con la mejor preparación para poder haber trabajado en lo que hubiera querido. Pero ella decidió quedarse en casa, nunca se le pasó por la cabeza trabajar. Cuidar de su hijo y acercarse más a las entrañas de la vida social que a la laboral era lo que le gustaba y eso, quizás, fue el comienzo de su terrible amargura. Andrew se pasaba el día en el hospital. Su esposa, en cambio, vivía la efervescencia de la sociedad galesa, pero casi siempre en soledad. El célebre cirujano operaba más que nadie, se había volcado en su profesión con una clara intención: llegar lo más tarde posible a casa y no estar con ella. Mirarla le producía cierto rechazo, pues siempre le recordaba lo que él le había hecho a Violet. Nunca culpabilizó a Felicity porque, además, sabía que también ella había sido víctima de su penosa actuación…

* * *

Hacía dieciséis años que Andrew y Felicity se habían convertido en matrimonio forzado tras enterarse del embarazo de ella.

Andrew, buen estudiante, bastante discreto a pesar de ser considerado el más atractivo del campus, tuvo una corta y fogosa «relación» con una compañera de universidad. Siempre rodeado de bellas estudiantes, nunca supo por qué sintió una atracción tan irresistible como voluntaria hacia Felicity. Él era un joven enamorado profundamente de Violet y no solo lo notaba todo el mundo, sino que, feliz por su suerte, lo comentaba con sus compañeros y amigos. Pero quizás era demasiado guapo para estar solo en el campus y sucedió algo irreparable para él.

Felicity Astley estudiaba filosofía. De buena familia y desenvuelta en sociedad, era una joven monísima, de silueta insinuante y distinguidas maneras. Vestía a la última y por todos era considerada como la chica «del momento» por sus importantes virtudes y ser un buen partido.

Felicity se volvió loca con el estudiante de medicina, el hombre más atractivo y educado que nunca había conocido. La cercanía existió, las fiestas y las copas les unieron y la atracción sexual apareció; bastaron solo algunas citas para que tuvieran que formalizar su relación. El pequeño Jack estaba en camino. No había vuelta atrás.

Andrew, literalmente, enloqueció. Siempre a su manera, educada y callada, pero enloqueció por completo. Quería a Violet del modo más profundo, y todavía no se explicaba cómo había llegado a estar íntimamente con Felicity. Su manera de ser le obligaba a no pensar mal de nadie y, en todo caso, a echarse la culpa a sí mismo. Había destruido su maravilloso mundo y quizás su futuro. Lloraba solo de pensar en que no podía estar más con Violet y mucho más en tener que dejarla, humillarla, destrozarla.

—Felicity, ¿por qué no pensamos en tener el niño, pero sin casarnos? Somos muy jóvenes todavía, no hemos terminado de estudiar. Yo tengo que incorporarme ahora al hospital para hacer las prácticas del último curso. Creo que no estamos preparados para el matrimonio y, además, tenemos que reconocer que ha sido porque nos volvimos locos dos noches, solo dos noches. Yo estaré a tu lado y cuidaré también al niño, pero casarnos, con sinceridad, lo veo forzado y

precipitado. ¡Si ni siquiera hemos salido juntos y sabes que yo tengo una relación con otra persona, estoy comprometido, en eso nunca te he mentido!

—No, Andrew, eso no puede ser. Mi familia se morirá si no nos casamos. Yo te quiero y muchísimo, de verdad, para mí no ha sido una locura…, bueno, quizás sí, estoy loca por ti… Estoy feliz, soy muy feliz. —Y le besó y abrazó con fuerza.

A Andrew se le vino el mundo encima. Supo que no iba a conseguir nada, que Felicity quería casarse y que lo conseguiría. «Por Dios, Violet, ¡cómo voy a hacerte esto!», pensó destrozado y aturdido… Pero Andrew lo hizo, lo tuvo que hacer y ese fin de semana llegó a Bath, a su casa, y se lo comunicó a sus padres, por supuesto sin mencionarles su amor por otra mujer.

—Pues, hijo mío, tienes que cumplir y casarte con esa chica. Te lo tenías que haber pensado antes, no eres un niño. Pero, además, si ha habido atracción entre vosotros, como nos has dicho, el amor seguro que vendrá después, ya lo verás. No te queda otro remedio, y te sentirás orgulloso de actuar así. Es lo que tienes que hacer, es tu deber.

A partir de ese momento, la madre de Andrew quiso conocer a Felicity. Le hacía ilusión ser abuela joven y, aunque no había planeado serlo tan pronto, le encantaban los niños y, en vez de ver un problema, todo fueron facilidades.

El padre de Andrew llamó al de Felicity y quedaron en ir los tres a su casa de Londres. Cuando colgó el teléfono, Andrew se sintió ruin, sucio, indigno, mezquino… «Pobre Violet, cómo he podido fraguar esta tragedia… No entenderá por qué he estado con otra mujer, ni por qué no se lo dije cuando sucedió, ni por qué me voy a casar en vez de huir con ella», se dijo, desolado.

Y Andrew una tarde, sin ninguna explicación, dejó a Violet sola en la cabaña donde habían sido los mejores amigos, los más apasionados amantes y por supuesto felices hasta la extenuación desde hacía casi tres años

Violet había querido comunicarle algo esa tarde, en realidad le quiso decir que estaba embarazada, pero él no la quiso escuchar, y cerró la puerta dejando atrás su vida, su amor, su pasión…

10

Los días pasaban deprisa en Grosvencer House. Violet había puesto en marcha su negocio de cría de purasangre y, aparte de hacerse con un grupo de profesionales especializados, contaba con el apoyo y los consejos de su «capitán», que cada dos fines de semana se acercaba a Bath para estar junto a ella. Empezaban a vivir un noviazgo distinto al habitual, rodeados de personas, con demasiadas responsabilidades, pero lleno de emociones.

La nueva duquesa, ya indiscutiblemente enamorada del ayudante de la reina, comenzó por comprar tres fabulosas yeguas. Las caballerizas se convirtieron en un lugar donde todo era cuidado con esmero. Las puertas de madera y hierro de los boxes relucían y realzaban las bellas cabezas de los equinos. Violet y Lili no dudaban en barrerlas a diario y con la manguera refrescar el suelo para después llenar de paja limpia la cama de los bellos animales.

Tanto la madre como la hija trabajaban por un sueño que les fascinaba y las unía mucho más todavía. Cada día, las dos, cuando Lili volvía del instituto, entrenaban a las yeguas en el picadero y después en la pista de arena que habían mandado hacer en los alrededores de las caballerizas. A estos equinos había que tratarles como a verdaderas joyas, pues aparte de ganar carreras iban a convertirse en las mamás de potrillos muy valiosos y deseados por otras yeguadas o aficionados. Violet sabía mucho de caballos, Lili era una gran amazona y las dos estaban sacando adelante el negocio que un día, hacía ya muchos años, Andrew le recomendó como su mejor futuro.

A la yeguada le puso de nombre «Princess», pues así la llamaba William cuando se ponía romántico y cariñoso, y Lilibeth vivía entre los estudios y los caballos una nueva y feliz etapa para ella desconocida. De repente, se vivía apasionadamente en el hasta entonces tranquilo *cottage*. Entre mozos, entrenadores y jardineros había un movimiento trepidante durante todo el día.

La huerta, con la que comenzó Violet como agricultora, crecía en pedidos y en categoría. La calidad de sus productos ya tenía fama en la comarca y, además de llenar las despensas de sus vecinos, los grandes centros de alimentación y los mejores restaurantes de la zona se convirtieron en sus asiduos clientes.

* * *

—Violet, tenemos que vernos a solas —me dijo muy serio William—. A mí me encanta venir a tu casa, pero tengo la necesidad de estar solo junto a ti. Entre la familia, los caballos, los números y las cuentas, se nos pasan los fines de semana y seguimos como si fuéramos dos jovencitos que están comenzando una relación. No tenemos edad de estar así; si me apuras, ya podría ser abuelo. —Empleó un tono jocoso, aunque ciertamente no le hacía nada de gracia.

Yo le sonreí, entendía perfectamente qué era lo que quería, y en esa casa con tantas mujeres alrededor era imposible. De hecho, mi madre hasta abusaba de su compañía, le cogía del brazo

para pasear por el jardín o lo llevaba al invernadero… Le encontraba «fascinante y seductor», y él, pobre, lo aguantaba.

—Lo sé, William, y te entiendo, tienes toda la razón. Hoy mismo lo arreglo. No tienes que decirme nada, yo quiero lo mismo que tú, lo estoy deseando, ya estaba de los nervios porque me lo pidieras. —Le besé dulcemente.

Él me miró con picardía, pero muy seguro de sí mismo. Me acerco hacia él y, abrazándome con fuerza, me dijo al oído:

—No puedo más, eres tan fascinante que hasta recogiendo tomates en la huerta me pareces la mujer más *sexy* que haya visto nunca. Necesito estar contigo, princesa, pero ya.

Y sentados los cuatro en la mesa, y sin dar importancia a mis palabras, como si fuera algo natural, decidí lanzarme y dar por hecho que lo que iba a decir se iba a tener que cumplir.

—Mamá, Lilibeth, el martes me voy a Londres. A partir de ahora, tendré que pasar por lo menos un par de días cada dos semanas allí. John, el secretario de papá, me ha llamado para decirme que tengo que estar presente en varios consejos de administración.

—¡Oh, hija mía! ¡Cómo te ha cambiado la vida, es que no paras de trabajar! ¿No crees, William, que trabaja demasiado?

William me miró sonriendo, había captado mi intención y se sentía feliz.

—Bueno, tu hija sabe lo que hace y cómo tiene que hacerlo. Sí, es verdad que trabaja demasiado, pero lo de los caballos le gusta tanto que más parece una pasión. Y lo de Londres, pues no sé qué será, pero si lo tiene que hacer, pues lo tiene que hacer… —aseveró con bastante alegría.

* * *

Cuando William llamó a la puerta de la casa de Belgravia, yo le esperaba en el *hall* bajo la enorme lámpara de cristal del techo. Me había puesto una favorecedora blusa de seda azul marino, suelta, larga y desabrochada hasta el botón exacto, muy sensual, a juego con unos pantalones anchos; además, una cadena de oro, larga y con monedas entrelazadas, y, por supuesto, iba descalza. Era un conjunto discreto, pero sin duda bastante cautivador, muy ligero, insinuante. Me encontraba sola, muy nerviosa. Había dado permiso al servicio y por primera vez íbamos a estar juntos a solas… ¡Por fin!

—Violet, no puedo creerlo, ¿estamos solos de verdad? ¿No va a venir nadie a preguntarnos nada, ni tendremos que comer con nadie ni tomar el té? ¿Nada?

—Nadie, nadie. Tenías toda la razón. La vida en el campo, en vez de placentera, se ha convertido en una empresa y con un policía vigilándonos y siguiéndonos de día y de noche: ¡mi madre!

William me abrazó por primera vez sin prisas y sin nervios; con sus manos apreciaba el liviano tejido de mi blusa, me acarició la espalda por debajo de la camisa y notó que no llevaba nada más puesto. Sin parar de besarme y mirándonos con los ojos llenos de amor, nos acercamos al cuarto de estar y allí mismo, sin casi decirnos nada, iniciamos el protocolo sublime de dos enamorados que comienzan a conocerse de verdad. Llevábamos ya más de cuatro meses juntos, pero nunca habíamos estado solos.

William me miraba, me acariciaba el pelo, me besaba en los labios, en las mejillas, y de manera natural, pero saltando chispas a nuestro alrededor, comenzó a desabrocharme la blusa, con suavidad, mirándome a los ojos y diciendo mi nombre. Mi corazón latía sin descanso, perdí el

ritmo de la respiración. Por primera vez después de más de quince años iba a hacer el amor de nuevo y, además, enamorada. La sensación era sublime. Entonces cogí su mano y subimos las escaleras hacia mi dormitorio. No quería que nuestra primera vez fuera en el sofá o en el suelo de un salón donde había estado tanta gente.

—William, quiero que sea en mi cuarto, en mi cama, entre mis cuatro paredes, donde he crecido y donde he soñado tantas veces con ser feliz, como ahora.

—Claro, mi vida, por supuesto.

Cuando entramos en la habitación, emocionados y sin aliento, William se arrodilló y cogiéndome la mano me colocó un precioso solitario en el dedo índice.

—Violet, no te rías, no quiero que esto te parezca precipitado ni demasiado romántico, pero ¿te quieres casar conmigo? —El capitán de la reina sonreía y me miraba con verdadero amor… Había tenido que esperar demasiado para nuestra «primera vez» y lo quería hacer todo el mismo día.

Solté una suave exclamación de sorpresa y me emocioné tanto que me arrodillé junto a él. Le besé, le dije que sí más de diez veces y todavía con mi blusa desabrochada y sentada en el suelo contemplé el anillo, que resplandecía con fuerza a pesar de la tenue luz de la habitación.

William me levantó, me acercó a la cama y me quitó la blusa, despacio, con suavidad.

—Violet, eres la mujer más bella que existe y ahora que te veo así por primera vez me considero el hombre más afortunado del mundo. Me dan ganas hasta de llorar.

Yo le miré y le sonreí; era la primera vez que esto sucedía entre nosotros. ¡Desde luego, había tenido demasiada paciencia! Le ayudé también a desabrocharse su camisa, y en mi cama, entre mis almohadones y con el olor a flores con el que mi madre lograba impregnar toda la casa, nos vimos por primera vez, nos contemplamos casi en *shock*, creo que me miraba con verdadera admiración, y nos convertimos en uno solo con tanto amor y fuerza que supimos que éramos el uno para el otro, que el deseo y el amor iban juntos y a toda velocidad… Era como un sueño. Por fin volvía a querer con el alma, volvía a sentir esa rotunda satisfacción en la que se unen el cuerpo y el corazón, y a pesar de estar feliz, o a lo mejor por estar tan feliz, me puse a llorar abrazada a William. Él me besaba y me acariciaba el pelo como para que sintiera que estaba conmigo, pero yo sollozaba sin parar.

—Pero ¿qué te pasa, Violet? ¿No eres feliz? A mí me has hecho el hombre más feliz del mundo. Nunca pude imaginar tener una mujer como tú a mi lado. Todavía ni me lo creo. —Yo le oía y le abrazaba, pero no podía dejar de llorar—. Has sufrido mucho hasta ahora, ¿verdad?

Le miré con los ojos llenos de lágrimas y le besé. Me acurruqué sobre su pecho desnudo. William me cautivaba cada vez que me miraba y me sonreía. Su mirada era limpia, directa y muy franca. Estar con él me encantaba, me daba seguridad, sensación que ahora apreciaba más que nunca, y además… ¡era tan guapo!

—William —le dije—, es una mezcla de todo. Son demasiados sentimientos guardados durante mucho tiempo y hoy, estando contigo, han aflorado todos a la vez, y si estoy llorando es sobre todo de felicidad. Me parece un milagro quererte como te quiero…

—Bravo, por fin me has dicho te quiero. Ven. —Me abrazó—. No pensemos en nada más que en nosotros, mujer increíble y sorprendente. Cuando te vi en Buckingham, me quedé impactado nada más entrar en el salón de audiencias. Si te soy sincero, quería conocerte: alguien me habló de ti y de tu rara vida antisocial, busqué en la hemeroteca, vi una foto tuya y me quedé impactado. Para mí era acuciante que nos conociéramos: sabía que la reina te había concedido audiencia y le pedí al otro ayudante que me dejara ir a mí a recibirte. ¡Eres tan atractiva y natural

a la vez! Y ahora estamos juntos, en la cama, desnudos y con un anillo de compromiso en tu mano. ¡Qué suerte tan grande, no lo puedo ni creer! —Me volvió a besar y de nuevo nos unimos y nos quisimos con pasión. Definitivamente, era un milagro, le quería de verdad.

Nos quedamos dormidos, abrazados, en silencio. La enorme casa de mis padres estaba vacía, nunca había pasado una noche allí en esa situación, en completo silencio, y al despertarme de madrugada y verme junto a William, que todavía dormía, mis tres años con Andrew empezaron a pasar como en una película por mi cerebro.

* * *

¡Qué jóvenes éramos y qué románticos empedernidos!… En realidad, solo hablábamos, nos reíamos y nos queríamos. Procurábamos que el muro que había levantado mi madre no nos afectara y vivíamos nuestros fines de semana con verdadera ilusión.

Cada viernes por la tarde, cuando llegaba junto a mis padres al campo, montaba en mi caballo y me dirigía a la cabaña. Ellos creían que iba con Poppy a los pueblos cercanos, con otras chicas, pero allí ya estaba Andrew con su aspecto de James Dean, enormes ojos azules y mirada de rebelde enamorado. Porque Andrew tenía un fondo importante de rebeldía. A él no le importaba que a mi madre no le gustara su familia… Casi creo que le hacía gracia, pues le fascinaba pensar en el desagrado con el que lady Sophie recibiría la noticia de nuestra relación cuando la hiciéramos pública. Sabía que yo estaría a muerte con él y se reía al pensar en la reacción de la clasista duquesa.

Andrew era muy especial, tanto que encontraba fascinantes los fines de semana que nos pasábamos montando a caballo y paseando juntos por las laderas de Bath. Romanticismo en estado puro, aunque también nos dedicábamos a nuestros juegos favoritos: estudiar los nombres de las flores, buscarlas por el campo y recitar poesías, aparte de hacer el amor y mirarnos y reírnos. Eso era ni más ni menos lo que él quería hacer y lo que hacíamos los fines de semana.

Ahora que lo pienso, quizás Andrew era excesivamente original, único y raro, o quizás los dos éramos especiales, pues no necesitábamos estar en pandilla o ir a bailar a discotecas. Nuestra relación fue como un sueño fraguado por dos almas gemelas, enamoradas del campo, de la vida al aire libre, de la compañía de los animales y de la ausencia de humanos a nuestro alrededor.

Cuando Andrew me conoció aquella tarde en su casa, nos siguió a Poppy a mí con su caballo.

—¿Lo ves, Violet? Te lo dije. Le has gustado. Aquí está, viene detrás de nosotras.

—¡Pero no digas tonterías! —grité emocionada y nerviosa.

Andrew se acercó y nos saludó.

—¿Siempre vais a caballo a visitar a los vecinos? —preguntó sonriendo.

Yo me puse colorada, muy colorada. Sabía que venía para verme, estaba claro. Su mirada lo decía todo, y en mí estaba haciendo un efecto devastador… No podía dejar de mirarle, pero, claro, de reojo…

—Pues sí, sobre todo porque nunca vamos a ver a nadie, ni a caballo ni en coche. —Y las dos rompimos a reír, nerviosas.

—¿Y por qué habéis venido a casa?

Nos miramos. No sabíamos qué contestar, y no íbamos a decirle que por una morbosa curiosidad producida por el veredicto trágico de mi madre sobre su familia: «¡¡Nunca nunca nos relacionaremos con ellos!! ¡¡Esta nueva clase social nos está invadiendo!!». No quiero ni pensar en lo que diría mi madre si viera que su hija estaba cayendo fulminada por un miembro de esa

clase social tan poco recomendable. Por más que le miraba y le analizaba, no veía más que adjetivos maravillosos con los que calificarle.

Era guapo, seductor, comunicativo, montaba a caballo bastante bien y, además, me pareció que yo le gustaba.

—Violet, me encantaría enseñarte las cuadras y los caballos de mis padres mañana. ¿Te apetecería volver?

La sangre subió a borbotones hasta mi cara. Colorada era poco; mi rostro se convirtió en el reflejo de lo que hacía en ese momento mi corazón: palpitar y bombear sangre a toda velocidad.

Andrew se rio, no podía creer lo que veía. Acto seguido me preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

Entendí lo que pensaba. Lógico, me estaba comportando como una niña.

—Dentro de unos meses cumpliré dieciocho —dije con rotundidad, en vez de revelar que tenía diecisiete, pues creí que sonaría mejor de esa manera.

—Perfecto, ¿nos vemos mañana entonces? —Esperó mi respuesta mirándome con intensidad y con una gran sonrisa.

—¡Vale! —asentí—, ¿quedamos aquí, a mitad de camino? —No quería volver a su casa, pues saltarme la advertencia de mi madre una vez me parecía bien, pero dos días seguidos era demasiado.

—Aquí, mañana a las cuatro de la tarde. Te esperaré en este mismo lugar. —Y sonriéndonos, dio la vuelta con su caballo y al galope se alejó de nosotras.

—Poppy, Poppy, le gusto, ¿verdad? Él me encanta, creo que me he enamorado.

—Pero ¿qué dices? Si le acabas de conocer. Y puede ser terrible si tu madre se entera. Estás un poco loca…

—Ya, pero me basta y me sobra una tarde. Júrame aquí mismo que nunca dirás nada, que si me veo más veces con él no dirás nada a mis padres. Prométemelo, ¡júramelo!

—Vale, vale. Pobres padres míos… ¡La señora duquesa los despedirá!

* * *

En ese momento sentí el brazo de William atrayéndome hacia él, abandoné esos recuerdos y volví a recostarme abrazada a mi capitán, el hombre que había devuelto el amor a mi vida. Él me rodeó con sus brazos, cariñoso y protector, y noté que me miraba mientras yo me ponía sobre su pecho. Quería saber si descansaba o estaba despierta, apreciaba en sus gestos su necesidad de mimarme, de cuidarme… En sus ojos había todavía grandes preguntas sin respuestas, pero me quería y me respetaba.

Un par de horas más tarde, el sol de la primavera entró por el balcón de mi cuarto y con su resplandor nos despertó a los dos casi a la vez.

William me miró, me sonrió. Los dos estábamos muy juntos, muy cerca, la sensación era muy fuerte. Nunca antes había estado así, era nuevo para mí. Con Andrew nunca pude pasar una noche entera: al anochecer tenía que volver a casa y nunca estuvimos en una cama. Entonces me di cuenta de que con William tendría una vida distinta. Le miré, le sonreí y me sentí tan suya que le abracé con fuerza.

—Rubita, si supieras lo que siento al tenerte conmigo, tan cerca, tan juntos… No quiero levantarme, no quiero separarme de ti en todo el día.

—Capitán, eso podría parecer un secuestro —le dije, riendo, mientras le miraba, rendida a sus encantos, que eran muchos.

—Pues si así es, ¡que me detengan! Te voy a secuestrar de por vida. No me quiero separar de ti nunca. —Y el fabuloso capitán se deslizó bajo las sábanas de seda y me abrazó como nadie nunca lo había hecho. Me llevó a las nubes y al cielo… Ya sabía que quería a William, no tenía duda, y milagrosamente todo lo que estábamos viviendo estaba siendo nuevo para mí.

William y yo, por fin, decidimos abandonar la cama y, como estábamos solos en casa, me dispuse a hacer el desayuno, que, por las horas, casi era almuerzo. Bajamos por las escaleras corriendo, descalzos, riendo como dos adolescentes. Él, solo con el pantalón del pijama y yo, con un camisón de finísimos tirantes, cortito y de esa seda que, insinuante, se mueve según vas andando alrededor de tu cuerpo, muy *sexy*.

—Ven aquí, piernas largas —me dijo—. Nunca había visto así tus piernas, aunque me las imaginaba… Eres una belleza y ¡con tanta clase!

Me dejé abrazar, me capturó mientras me besaba.

—Capitán, y tú eres excesivamente atractivo, ¿te lo había dicho antes?

Desde luego el amor existía y era apasionante vivirlo en la intimidad. William había sido muy paciente, tanto que, mientras hacía el café, no pude menos que agradecérselo…

—Si supieras la de veces que pensaba en pasar la noche contigo —me dijo, acercándose a mí, mientras los dos nos apoyábamos en el fregadero, abrazados de nuevo, mirándonos—. No veía que te decidieras a dar el paso, no lo entendía y me preocupaba que no quisieras comprometerte, pero no quería forzarte. Se me quedó grabado que te sentías como si fueras una viuda, y he hecho verdaderos esfuerzos por respetar ese duelo que sé has vuelto a sentir al comenzar a salir conmigo. Pero ha merecido muchísimo la pena esperar, Violet. Eres la mujer de mi vida, estoy completamente seguro.

Y así, casi desnudos o medio vestidos, nos sentamos en la fabulosa mesa de caoba del comedor y con bastante hambre, pero insinuándonos continuamente con divertidas miradas, dimos buena cuenta de un cálido y oloroso café con huevos revueltos y tostadas con mantequilla. Me hacía gracia pensar en cómo había cambiado también la vida en esta fabulosa mansión. De los estrictos protocolos de mi madre a nuestra distinta manera de ver la vida y de actuar. ¡Si nos llegara a ver así, con las piernas sobre la mesa y casi desnudos, le daría un ataque!

Por un momento volví a ver el resplandor del brillante de mi anillo. Lo miré de nuevo con un gesto muy femenino, entre el asombro y la complacencia.

—Era de mi madre —me dijo William al ver cómo lo contemplaba—, pero lo mandé rediseñar a los pocos días de conocerte. Tenía que ser para ti, sabía que tú eras la propietaria que tanto había buscado, no podía ser para nadie más, lo supe el primer día: ¡me pareciste magnética!

—Pero, William, nunca me has hablado de las otras mujeres de tu vida. Habrás tenido bastantes, supongo. ¿Nunca has estado comprometido?

—Novias, sí, claro, tengo ya cuarenta años, pero prometidas solo tú. Desde que te conocí pensé en la suerte de estar soltero, porque si no, me habría tenido que divorciar.

Y me sentí plena, me hacían mucha gracia sus respuestas. Por primera vez disfrutaba con un hombre de manera abierta, sin sospechas ni secretismos. Me gustaba cómo me hablaba, lo que me decía, cómo me miraba…

—Violet, nos casaremos pronto, ¿verdad? Lo estoy deseando. Ya no imagino otra vida que no sea a tu lado y no quiero perder ni un solo día. Quiero divertirme contigo, saber que estarás conmigo al terminar el trabajo cada día, y que nos levantaremos juntos cada mañana,

queriéndonos. Si te digo la verdad, no me importa que sea en Londres o en Bath: viviremos donde tú quieras, pero ¡que sea pronto!

Me acerqué a él, que ocupaba la silla donde acostumbrada a hacerlo mi padre, y me senté en sus rodillas, le acaricié su pecho desnudo, fuerte y musculado, mirándole a los ojos, sin ningún pudor, con mucha confianza, y le besé despacio, suavemente, a la vez que le miraba y le acariciaba su pelo. Era un hombre guapísimo y yo, una mujer ya madura que vivía el amor sin protocolos.

—Sí, capitán, estoy deseando ser lady Coningham. Y a ti no te importará ser el duque consorte de Grosvencer, aunque no sé si existe ese título, ¿verdad?

—Lo seré encantado, duquesa.

Decidimos vestirnos y salir a conquistar Londres de la mano, abrazados, presumiendo el uno del otro. William me quería presentar a todo el mundo, pero yo preferí ir a comer con él al Dorchester y que me acompañara de compras. Apenas tenía ropa urbana y con lo elegante que era él no quería parecer una sencilla campesina a su lado.

—William, no te importa, ¿verdad? No tengo qué ponerme y quién mejor que tú para ayudarme.

—Me encantará ir contigo, pero me será difícil ver algo que te quede mal. ¿Te has mirado al espejo, mi vida? ¡Eres divina! —Y de nuevo me abrazó entusiasmado.

Juntos recorrimos las grandes marcas francesas y las más modernas inglesas. Se llevaba de nuevo la minifalda, también las faldas midi plisadas, las chaquetas con hombreras. A William le gustaba todo y yo me sentía más femenina que nunca.

Por la noche, de vuelta a casa, me sentía como una princesa y se lo dije…

—Violet, es que eres una princesa. Mira, ponte el vestido corto que te has comprado y nos vamos a cenar al restaurante San Lorenzo. Seguro que no lo conoces: es italiano, y lo ha puesto muy de moda la princesa Diana. Es uno de sus favoritos. Hoy tenemos que terminar el día a lo grande.

Nos besamos y subí las escaleras deprisa, como una niña. ¡Cómo estaba cambiando mi vida! ¡Y yo misma! De repente, me encontraba viviendo como una adolescente una historia de amor, y Londres, la ciudad que rechacé toda mi vida, me empezaba a gustar.

Me puse un vestido corto negro, un *little black dress* con escote recto y finísimos tirantes, medias negras tupidas, unos zapatos de tacón alto y la melena suelta de manera que mi pelo rubio, que tanto le gustaba a William, fuera la nota más llamativa del *look*.

Mi maquillaje suave, tonos *beige*, *eyeliner* en los ojos y labios en llamativo color rojo. La verdad, nunca me pintaba tanto los labios, pero para una noche tan fabulosa quería llamar la atención. Me estaba volviendo loca. ¡Si me vieran mi madre o Poppy, no se lo creerían!

William me esperaba en el salón. Él se había puesto una chaqueta azul marino de terciopelo y camisa blanca sin corbata… ¡Impresionante! Cuando me miró, me sobrecogí. Tenía una medio sonrisa bastante pícara, pero muy interesante y la combinación de su pelo castaño y los ojos verdes era muy fuerte.

—¡Vaya! —exclamó al verme—, esta noche puede que tenga que pegar a alguien…

—¿Por qué dices eso? —Sonreí, imaginando su mensaje.

—No sé si voy a aguantar todas las miradas que presumo sucederán a nuestra entrada en el restaurante. Las de admiración me encantan, pero otras, no, y me tengo miedo a mí mismo…

—No te preocupes, entraremos de la mano, o del brazo, tú y yo, muy juntos. Creo que nos van a mirar a los dos: ellas a ti y ellos a mí… ¡Eres tan guapo!

William acertó; nuestra entrada al comedor del famoso restaurante fue casi una puesta en escena cinematográfica. A la nueva duquesa, o sea, a mí, no la conocía casi nadie. Desde hacía más de quince años, desde los veinte, no pisaba ningún lugar de moda. Me había escondido entre maravillosos árboles y praderas, y volver a verme fue un acontecimiento en la sociedad londinense. William estaba feliz: me presentaba a todo el mundo y le noté que presumía orgulloso de su pareja. Me encantó la sensación, me sentí admirada.

11

El día del cuarto cumpleaños de la pequeña Lili, el duque de Grosvencer, o sea, mi padre, con aspecto preocupado y tono grave, tras la pequeña fiesta familiar, me convocó a su despacho:

—Violet, tenemos que hablar. Nos vemos en mi despacho enseguida. —La verdad es que todos nos preocupamos. Nunca papá había considerado ni alzar la voz ni demostrar su contrariedad antes de mantener una conversación aclaratoria, por lo que deduje que su preocupación era importante.

—Aquí estoy, papá, me preocupa mucho tu fría convocatoria.

—Ya, lógico. Siéntate, querida. —Eso me tranquilizó, no parecía que el malestar fuera demasiado grave—. Violet, entiendo que estés totalmente volcada en la niña y en su educación, entiendo que te encante vivir en esta casa disfrutando del campo y de la agricultura, y hasta puedo entender que te niegues a ir a vivir a Londres con nosotros según es la sociedad que nos rodea, pero es que han llegado a mis oídos que sales por las noches, cada vez más cotidianamente, que te ven en Bath y en lugares y zonas oscuras, inesperadas y, lo peor, lo haces sola.

—Papá, por favor, tengo ya veinticuatro años. ¿Cuándo crees que podré empezar a divertirme?

—Querida, es genial que quieras divertirte, es lo lógico, pero es que, por lo que me han dicho, puede parecer que quieres divertirte de la manera inadecuada. Sé que aquí te sientes libre, además no tienes que dar cuenta a nadie, pero, dime, ¿por qué haces algo tan extraño?

—Pero ¿qué es extraño para ti? ¿Que coja mi coche y vaya al lugar donde sé que está todo el mundo tomando una copa?

—Violet, es que vas sola, y tienes una hija, y la gente puede pensar que por tu actitud la niña puede ser de relaciones sin amor, sin compromiso, y que por una vida inadecuada no sabes quién es el padre, aunque sé positivamente que sí lo sabes. Violet, yo creo en ti y en que la relación con el padre de tu hija fue auténtica y que le amabas de verdad. No porque no sepa su nombre dejé de apreciar lo que estabas sufriendo por estar sin él a tu lado. Entiendo, o creo entender, que él te abandonó. ¡Le mataría, si pudiera! —exclamó casi balbuceando—. O quizás no quisiste decirle nada… No sé en realidad lo que sucedió, pero te he visto sufrir, y mucho, demasiado, y ahora me preocupa que esta soledad en el campo te haga necesitar compañía ocasional, sin compromiso, ya sabes. Y esta ciudad no es muy grande, sobre todo los que vivimos aquí en invierno nos conocemos todos, y a la gente le gusta hablar, y si es mal, mejor, y podría perjudicar a tu hija… Sé que vas a sitios poco lógicos para una persona de tu clase, quiero decir, para una chica educada de otra manera. Y creo que te sientas a tomar una cerveza, te enciendes un cigarrillo y te pones a mirar. ¿Es así?

—Sí, es así. ¿Qué tiene de malo? ¿Por qué puede perjudicar eso a mi hija? Papá, de verdad, no lo entiendo. Yo soy la que estoy aquí siempre y todo el mundo me trata con mucho respeto,

porque la realidad es que no he hecho nada de lo que avergonzarme, por lo menos todavía. Sí, es cierto, salgo ahora más, me encuentro más sola y, sobre todo, papá —le dije, mirando hacia el suelo y con la voz entrecortada por las lágrimas—, quiero saber si puedo enamorarme de nuevo, si puedo estar con otro hombre, quiero sentir la ilusión del amor, las sensaciones que viví de forma tan intensa de joven y que tanto echo de menos. Desde hace tiempo la vida dejó de ser algo que se vive para ser algo que se padece. Por eso busco como puedo un poco de felicidad.

—¿Y lo estás consiguiendo por lo menos?

—No, papá, imposible. No me gusta nadie, no me atrae nadie, creo que me voy a volver loca. A ti, solo a ti, te lo diré, pero, por favor, no se lo comentes a mamá. El padre de Lili es y será el gran amor de mi vida, y eso, que podía ser precioso, últimamente me desespera, pues, aunque también me gusta este sentimiento tan fiel que le profeso, me gustaría encontrar una nueva ilusión. Cada noche que salgo lo busco, lo intento. A veces, tienes razón, alguien podría pensar que me estoy insinuando, pero siempre vuelvo a casa desolada y vacía, sabiendo que no será posible, que soy como una viuda en perenne duelo por la pérdida de su esposo. Y, papá, soy muy joven y creo que divertida, y con ganas de bailar y de reír. —No pude aguantar la presión por mi sinceridad y me puse a llorar, en silencio, pero sin poder parar. Mi padre se levantó, me abrazó, me besó, me acurrucó entre sus brazos. ¡Cuánto le necesitaba! Él era el único que me daba algo de paz.

—Violet, es verdad que eres muy joven y que lo adecuado es que te relaciones con personas de tu edad, pero te aseguro que no eres de las que vas a encontrar al hombre de tu vida en un pub por la noche en una callejuela del pueblo. Te volverás a enamorar, eso seguro. ¿Cuándo? No lo sabemos, pero será de un hombre adecuado para ti, como seguro que lo es el padre de Lili, pero ¿acaso crees que a él le hubieras encontrado tomando copas un martes o miércoles por la noche? ¿A que no, verdad?

—Verdad —le contesté. Tenía toda la razón, pero yo me veía enjaulada en el campo. Mi vida ideal, la vida que había pensado que sería la mejor para mi hija, se resquebrajaba en pedazos por mi soledad, por mi necesidad de volver a amar, y, a mi padre no se lo iba a decir, a veces tenía la sensación de que iba allí por si una noche Andrew aparecía y por fin nos volvíamos a encontrar. Al fin y al cabo, él también vivió en esas tierras y podría venir a ver a sus padres y acercarse, como yo, a tomar algo, desesperado por los recuerdos.

—Papá, ¿y qué puedo hacer? Este sentimiento me está matando. Le echo mucho de menos, añoro los paseos con él, su cariño y sus caricias. ¿Crees que me volveré loca?

—Violet, ya me hablas en singular del padre de tu hija. Está claro que sabes quién es y a pesar de los años que han pasado no le olvidas. ¿Todavía no quieres decirme su nombre?

—No, papá, me hice esa promesa, y así será. Yo soy el padre y la madre de Lili y tú eres su abuelo. Esa es la enorme suerte que tiene mi hija, tenerte a ti de abuelo; no hay mejor padre para ella.

—Bueno, hija mía, solo quiero que sepas que yo estaré aquí para ayudarte, a tu lado, ¡cuidándote! Y aunque no sustituiré a nadie en tu corazón, haremos cosas juntos para que te realices en otros aspectos. Tu madre y yo vendremos los jueves, en vez de los viernes, y podrás hacer planes más normales de fin de semana. Y tendrías que viajar, nosotros cuidaremos de la niña. Además, he pensado que me podías ayudar a reforestar el monte cerca del valle. Me encantaría que volvieran los animales de antaño, los bellísimos venados y jabalíes desaparecidos desde hace tiempo de estas montañas, y también, ¿por qué no?, crear riqueza si alguna vez quisiéramos alquilar las tierras para caza.

—Pero ¡qué dices! ¿Cazar? ¡Si no soy capaz de matar una mosca! Todo lo que veo a mi alrededor es vida. No puedo pensar en eso. Papá, esa afición no se desarrollará aquí, en nuestras tierras, si me lo permites, claro. Amo a todos los animales, lo sabes bien. En eso no te podré ayudar.

—Vale, vale, pues los observaremos y disfrutaremos de su vida cerca de nuestra casa. No hace falta hacer otra cosa si no quieres. ¿Te apetecería ayudarme?

—Sí, por supuesto. —Le sonreí y le acaricié la cara—. Tú sí que eres el hombre ideal, mi hombre perfecto. ¡Qué suerte tiene mamá de tenerte a su lado!

—Bueno, hija mía, aunque eres muy joven, ya sabes, por desgracia, que en la vida nada es perfecto, pero tu madre y yo hemos conseguido una vida serena y bastante feliz, y eso es lo que queremos para ti.

—La verdad es que ya estoy perdiendo la esperanza.

—Violet, no te obsesiones, no fuerces las cosas. Es natural que te encuentres como encerrada, pero es que estás pasando por algo muy duro. Tienes que relajarte, levantarte cada día mirando a tu preciosa niña y saliendo a comerte el mundo con la fuerza que tú siempre has tenido. Cuando te quedaste embarazada, no veías ningún obstáculo, te invadía la fuerza del cariño por el hijo que estabas esperando. Ahora debes seguir igual… Quizás debas hacer otra carrera. Me he enterado de que en Bath se imparten clases de gestión agraria, y te vendría fantástico estudiarla, pues a la vez que te relacionas con personas de tu edad y con los mismos gustos y vocación, adquieres conocimientos que te llenarán de ilusión para trasladarlos a tu huerta, a la finca, a donde quieras. ¿Por qué no lo haces? Necesitamos ayuda y consejos para conseguir ese bosque que tanto me apetece, y seguro que, desde el comienzo, tu trabajo será más profesional y nos divertiremos más.

Estaba claro que mi padre me estaba gritando que necesitaba ilusionarme con lo que fuera, y, en parte, tenía razón. Así se lo dije, no sin antes abrazarle de nuevo y agradecerle que, en estos momentos y si no le tuviera a él, me volvería loca. En ese instante me hice yo a mí misma una promesa: ¡nunca más mi padre me vería derrumbada, nunca más le iba a preocupar mi soledad y nunca más le iba a decepcionar!

* * *

Mi padre y yo comenzamos una nueva etapa unidos por ilusiones agropecuarias. El bosque de sus sueños comenzó a tener vida propia en primavera, la estación del año idónea para plantar el arce, el bellísimo árbol con el que íbamos a poblar nuestro valle.

Cada mañana, mi padre, Lili y yo salíamos de casa con las botas de agua, el chubasquero, guantes de goma y mucha ilusión hacia el lugar donde queríamos que empezaran a crecer, al mismo tiempo que estos preciosos árboles verdes que el otoño tapiza de color rojo, los animalillos del bosque más admirados por los aficionados al campo y a la caza. Sabíamos que allí se iban a encontrar como en casa. Los frutos de estos árboles, racimos de frutas y semillas, eran su más apetitoso alimento, así como las hierbas y setas que crecían a su sombra.

La emoción de mi padre era casi comparable a la de mi hija. Como dos niños iban de un lado a otro del valle dirigiendo y disfrutando de la plantación y, mientras, yo conseguía serenar cada día más mis rebeldes sentimientos personales y los llenaba de agradecimientos a la tierra y a mi padre.

Comencé la carrera de gestión agraria y cada día aprendía algo que me emocionaba y llenaba un poco más mi austera vida en el campo. Mis compañeros de clase, como siempre me pasaba, no me gustaban, quiero decir, no me atraían. Eran simpáticos, cercanos, muchos de ellos propietarios como yo de numerosas hectáreas a las que dar vida y sacar provecho, hijos de nobles vecinos que se acercaban y quedaban conmigo, pero no me gustaban.

Animada por mis nuevos conocimientos, empecé también a dar nueva forma de negocio a mi pequeña huerta. Allí, las zanahorias, berenjenas, calabacines y lechugas crecían espectaculares gracias al suave clima de la zona. Además, fresas, frambuesas y grosellas, preciosísimos frutos rojos, terminaban también en deliciosas mermeladas que vendíamos en pequeños botes cerrados al vacío y con el sello de nuestro ducado de Grosvencer.

Cada semana me acercaba con Connor, el padre de Poppy, a Bath para entregar los pedidos. A medida que pasaban los días se hicieron más populares, y comenzamos también a hacer mermelada de zanahorias, la pusimos de moda, y en pequeños y muy delicados botes también vendíamos la calabaza, el calabacín y la berenjena.

Nuestro «huerto/taller» ya era muy conocido y empezaron a venir de las escuelas a conocer el proceso que nos hizo famosos «de la tierra a la despensa». Conseguí que la huerta fuera un lugar precioso y visitable. Cada hortaliza o verdura se sembraba en grandes parterres de tierra aislados cada uno por gruesos troncos de madera. Eran como enormes maceteros donde crecían por especies o variedades. Los abonábamos, limpiábamos de malas hierbas y regábamos según las necesidades de cada uno. El contraste del verde de la planta con el negro de la tierra era digno de admirar. Convertimos algunos acres de terreno en esta preciosa plantación, y así vivía satisfecha, siempre manchadas mis botas de barro y el pelo recogido en una coleta bajo mis clásicas viseras. La granja-huerta empezaba a ser «un no parar», y a estas alturas de compromiso y de éxito ya tuve que contratar algo de personal. Con ellos me entretenía, teníamos las mismas aficiones, manteníamos largas conversaciones y comíamos juntos en un pequeño comedor que acondicioné al lado de la huerta. Como con todo lo que hacía, me gustaba imprimirle carácter, y la pequeña cocina-comedor era como una pintura de cuento. Empapelé las paredes con pequeñas florecillas de colores que le daban un ambiente muy cálido; la mesa, como es natural, estaba cubierta por un típico mantel de cuadros de vichy rojos y blancos; la vajilla era de casa, quería comer a diario de la manera más apetecible posible, y allí Poppy, nuestros compañeros de trabajo y yo manteníamos largas conversaciones, nos íbamos conociendo cada día mejor, y eso, para mí, era nuevo y no tenía precio.

A mi madre esa estrecha relación la escandalizaba, no comprendía cómo, estando tan cerca de la casa principal, no me acercaba a comer allí con ellos, pero a mí me encantaba esta relación auténtica y cercana y quizás, aunque no encontré a nadie que me atrajera lo más mínimo, me ayudó a conocer más a los hombres, ya que mi mundo era casi por completo de mujeres, a excepción de mi padre y el de Poppy. Y, a pesar de que no se atrevían a hablar de manera abierta de sus circunstancias familiares o personales, empecé a comprender lo distintos que somos. Ellos, si hablaban de mujeres, se reían, hacían bromas, y a veces daba la sensación de que no las tomaban en serio… Algunos me parecían muy niños, inmaduros, pero todos ellos buenas personas. En cambio, las mujeres, mis compañeras, eran mucho más románticas, serias en sus decisiones y en sus compromisos familiares y mucho más soñadoras.

Entonces comprendí la suerte que había tenido con Andrew y en lo difícil que iba a ser encontrar a otro hombre con tanta sensibilidad, tan romántico y tan comprometido con el amor. Supe, por supuesto, que mi soledad iba a ser larga, pero me sentí agradecida por haber tenido a

mi lado a una persona así. Mi padre, una vez más, tenía razón: el amor podía llegar, pero era posible que no lo hiciera en un pub, tomando una cerveza a las tres de la madrugada, fumándome un pitillo y rodeada de gente desconocida.

12

Cuando volví a Grosvencer House tras pasar con William los dos días más maravillosos de mi reciente nueva vida, mi madre y Lili me esperaban entusiasmadas, sobre todo mi madre. Les había contado por teléfono que volvía comprometida y que era una mujer muy feliz. Preferí decirlo por teléfono para que Lili se fuera haciendo a la idea de que lo más seguro es que fuera a cambiar nuestra vida.

—Por favor, Violet, esto es un milagro de tu padre, no puede ser de otra manera. Si él no se llega a marchar, tú no hubieras ido al palacio a ver a la reina y no hubieras conocido a William.

—Bueno, mamá, no digas eso. Prefería que papá estuviera vivo y haber conocido a William de otra manera. Seguro que le hubiera encantado…

—Lo sé, lo sé…, pero él lo hizo así, ¡le preocupaba tanto que fueras feliz! ¡Pero, por favor, enséñame el anillo!

Y las dos me cogieron la mano y admiraron entusiasmadas el solitario tan bello que lucía en mi dedo índice.

—Es maravilloso, hija, qué suerte hemos tenido…: casarte con el ayudante de la reina no hubiera podido ni soñarlo.

—Lili, ¿y a ti qué te parece? ¿No me dices nada?

—Mamá, el capitán me gusta, te lo digo de verdad. Estoy también muy contenta por ti. —Mi hija notaba mis ausencias y mis querencias, no cabía duda, y tenía razones lógicas para plantearse cómo sería su vida a partir de ahora.

—Bueno, hija, cuéntame, ¿sabéis ya cuándo os casaréis? —quiso saber mi madre.

—No, mamá, lo hemos hablado, pero de fechas nada de nada. ¡Tenemos tanto que hacer aquí! Lili, ¿ha nacido ya el potrillo? ¡Dime que sí, por favor! —De esa manera quise hacer más caso a mi hija. Lo necesitaba. Me necesitaba.

—Sí, mamá, y es potrilla, una belleza. ¿Vamos a verla?

—¡Qué ganas, qué maravilla! Espera, que me pongo las botas y el chubasquero.

Salimos corriendo las dos hacia las caballerizas. Me alegraba volver a pisar la tierra húmeda y oler a hierba mojada. Sobre el vestido que traía de Londres me puse el chaquetón y, tras quitarme los zapatos de tacón, me calcé las botas de goma con rapidez. Reíamos y nos retábamos a ver quién llegaba antes. Sin un atisbo de duda, este era mi lugar, lo había echado de menos, pero ¡qué momentos tan maravillosos había vivido en Londres! ¡Cómo nos habíamos querido!

La preciosa potrilla era lo más esperado de mi nuevo negocio, que a la vez era mi gran ilusión. El primer resultado de la cría de purasangres ya veía la luz y mi yeguada empezaba a ser conocida y esperada; se hablaba de ella, y eso era lo mejor que podía sucedernos.

Las otras dos yeguas también estaban preñadas, pronto seríamos familia numerosa. A Lili y a mí nos gustaba apoyarnos en la cerca de madera y quedarnos absortas al ver pasear a las yeguas

por la pradera. La potrilla siempre al lado de su madre, y las otras, ya muy panzudas y más lentas, disfrutando de la imponente naturaleza.

—Lilibeth, este año terminas ya el instituto, estás en el último curso. ¿Has decidido ya lo que vas a estudiar?

—Claro, mamá, siempre lo he sabido, y aunque no te lo haya dicho, desde siempre he querido ser médico, no sé por qué, no me preguntes por qué, pero me apasiona la medicina y sé que, si no viviera en el campo rodeada de animales, lo hubiera sido. Sin embargo, ahora creo que nos vendría mejor que fuese veterinaria, y a ti te gustaría más, ¿verdad?

Me quedé muerta. La genética hablaba a gritos por boca de mi pequeña. Si supiera ella que su padre era médico y con una vocación casi sacerdotal…

Me entristecieron sus palabras, no sabía qué contestarle, no me lo esperaba. ¿La hubiera animado su padre a ser médico?

—Lili, pero tienes que estudiar lo que más te guste. Si te parece mejor la medicina, no lo dudes ni un minuto. Yo te apoyaré, es tu vida y tienes que ser feliz.

—La verdad es que tengo una atracción muy fuerte por la medicina, cada vez más. Me parece casi un milagro que el hombre, gracias a sus estudios, pueda curar, remediar el dolor de los enfermos, ayudar al bienestar de la gente casi como si fuera la mano de Dios.

—Lili, pero ¡qué dices! —Me llevé las manos a la cara. Me tapé los ojos, no quería que viera el estupor con que recibí sus palabras, las mismas, las mismas palabras que decía su padre.

—Mamá, pero ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

—Perdona, me he emocionado al oírte. Mi pequeña Lilibeth ya eres una mujer con mucho criterio y mucho corazón. —La abracé emocionadísima—. Estamos todos cambiando demasiado, todo va muy deprisa últimamente —Y me reí, pero sin apenas ganas. Comprendí que, aunque enamorada locamente de William, Andrew iba a seguir entre nosotros, era el padre de mi hija, continuaría en nuestras vidas y, además, con demasiada fuerza.

Volvimos a casa abrazadas bajo la lluvia de nuestra querida Inglaterra. Las dos teníamos el mismo estilo, de tipo nos parecíamos cada vez más. Lili ya era tan alta como yo y de una gran y exótica belleza. Delgada, piernas largas, abundante melena caoba y enormes y profundos ojos azules, igualitos a los de su padre. Cada día, cuando me acercaba a la ciudad o a los pueblos de alrededor donde nos conocían de toda la vida, todo el mundo me preguntaba por ella y no había quien no exclamase: «¡¡¡Cómo se está poniendo la niña, señora!!!», «¡Hay que ver, duquesa, su hija llama la atención por donde va!», y ya los que me conocían desde pequeña siempre me avisaban: «Violet, ten cuidado con la niña, que ya es una mujer y demasiado guapa. Todo el mundo habla de ella».

Mientras caminamos hacia la casa me di cuenta, por primera vez, de que la infancia de mi hija, que entre todos habíamos alargado hasta la saciedad, ya había terminado; que era muy posible que me ocultara opiniones o decisiones contrarias a las mías, y me percaté también de que nos faltaba una conversación que aclarase todas mis intenciones con William y que ella se sintiese protegida y parte activa de nuestra próxima boda. Me resultaba fácil hablar con ella, nos parecíamos, nos unían las mismas pasiones —el campo, los caballos, la agricultura—, y veía, y cada vez más, que era igual de independiente que yo a su edad. Además, tenía la personalidad de su padre, algo rebelde en su mirada y muy segura de sí misma. Ya me lo decía William siempre: «Lilibeth será una mujer excepcional, no tanto como su madre, pero increíble».

—Lili, tú y yo tenemos que hablar de chicos.

—Pero, mamá, ¡qué dices!

—Sí, no te rías. Supongo que no tengo que decirte nada, te tuve muy pronto y, aunque eres lo mejor que me ha pasado en la vida y lo sabes, imagino que tú querrás vivir de otra manera, o hacer otras cosas, lo que quieras, pero sabiendo lo que estás dispuesta a vivir. Yo supe que cabía la posibilidad de tenerte y lo asumí, no era tonta, y cuando me enteré de que te esperaba me pareció la noticia más feliz, pero eso era porque tenía a tu padre a mi lado, el hombre de mi vida.

—Mamá, no tienes que decirme nada, sé muchas cosas y otras las iré conociendo, pero tú para mí eres un ejemplo, me gusta mucho como eres y la fuerza que has tenido para sobrellevar el peso de «madre soltera». Siempre has sido muy fuerte, pero ahora te veo fabulosa.

—Tienes toda la razón, y ahora estoy en uno de los momentos mejores. Lo que no quiero es que nadie te haga daño, que estés siempre segura de lo que haces y con quién lo haces y, si te sale bien, lo disfrutarás, pero si no es así, como me ocurrió a mí, tendrás la fuerza para encontrar de nuevo la felicidad. Lo que se hace con amor siempre es amor.

Lili me abrazó muy fuerte en medio de la explanada ajardinada que unía las caballerizas a la casa. Las farolas iluminaban tenuemente nuestras caras. La miré y lloraba, unas lagrimillas caían por sus mejillas.

—Pero ¿qué te pasa, mi niña?

—Mamá, que eres tan buena, me quieres tanto… Sé que has sufrido, y mucho, ¡y me da mucha pena!

—Lili, todos tenemos que sufrir, a ti también te tocará, pero contigo a mi lado la vida siempre es y ha sido preciosa. ¿O no te acuerdas de todas nuestras risas, de nuestras locuras a caballo, de nuestras caminatas por el campo, de nuestros paseos por Bath? —Nos miramos y reímos. Parecíamos casi hermanas, y hermanas en todo…

Llegamos a casa y nos quitamos las botas embarradas antes de entrar: ese era el castigo impuesto por nuestra madre, era un protocolo que había que cumplir sí o sí…

—Mamá, ya estamos de vuelta. Tengo que hablar contigo, ¿podrías ahora? Te espero en la chimenea cuando puedas, ¿vale?

—Voy ahora mismo, Violet. ¡Lo estoy deseando!

Mi madre ya sabía de qué se trataba y le emocionaba pensar en la celebración y sobre todo en la organización de la boda.

—Mamá, William quiere que nos casemos pronto, cuanto antes, y yo estoy totalmente de acuerdo. —Sonreí al decirlo y respiré hondo de la emoción—. Tienes que ayudarme. Yo quiero seguir con la granja y la cría de caballos y tengo que seguir gestionando desde Londres los negocios de papá. Tú sabes de esto más que nadie, ¿puedes hacerlo? ¿Puedes organizarlo todo? ¿Puedo confiar en ti?

—Hija mía, acabas de hacerme la mujer más feliz del mundo. No te tendrás que preocupar de mucho y las dudas te las preguntaré todas. No hay nada que me pueda gustar más… Qué pena que no esté tu padre para llevarte al altar, porque os casáis por la Iglesia, ¿verdad? ¿O William está divorciado?

13

Lord William Coningham, ayudante de campo de su majestad la reina Elizabeth por haber servido en el ejército como alto funcionario, laureado en la guerra de las Malvinas y capitán de la Armada británica, era hijo de una honorable y leal familia a la Corona. Su padre, al igual que su abuelo, había pertenecido al ejército de su majestad, en la Royal Navy, siendo merecedor de importantes condecoraciones por su trabajo en la India, durante el virreinato de lord Mountbatten.

William supo desde pequeñito que su vida discurriría entre la sociedad noble y culta de Delhi y los regimientos de su majestad. Su amor por su país fue propiciado por su padre y abuelo y él lo hizo suyo profesionalmente.

Hombre despierto, cautivador y con arrojo, se encontraba ahora cercano a la reina por su impecable trabajo en acciones militares de riesgo en guerra y acciones humanitarias realizadas en países necesitados adscritos a la Commonwealth.

Pero William tenía un pasado, claro, y un pasado conocido por pocos. Cuando acababa de cumplir los cuarenta había manifestado a quien le conocía su amor apasionado por la recién convertida en duquesa Violet de Grosvencer, hija de George y Sophie de Grosvencer, nobles y adinerados terratenientes y de los pocos afortunados que poseían una mansión palaciega en Belgravia. Y Londres se convirtió en un hervidero, pues, al parecer, uno de los solteros de oro codiciado más por su atractivo y méritos militares que por su dinero —aunque tampoco estaba nada mal— se había enamorado perdidamente de una gran desconocida y acaudalada heredera. Nadie, o casi nadie, conocía a Violet más que por ser la protagonista de «dar la campanada» por su embarazo siendo casi una adolescente. Ella no vivía desde hacía años en Londres y su adolescencia y juventud la había pasado en el campo. Más conocida por su amor a la campiña y a los caballos, la joven duquesa escandalizó a quien la conocía, y a quien no la conocía, al convertirse en madre soltera y demostrar absoluto orgullo por ello, siendo su vida objeto de rumores e invenciones que nunca quiso desmentir.

A todos los amigos cercanos al capitán, al enterarse de esta relación, les pareció una «cacería» en toda regla, aunque solo hasta que vieron en persona la belleza de Violet. William siempre fue famoso no solo por su gran dedicación al trabajo y vocación militar, sino también por su buen gusto a la hora de cortejar a bellas y jóvenes mujeres. Superatractivo y demasiado bien educado, no se le había conocido ningún compromiso formal, aunque sí relaciones divertidas y sociales.

—Capitán, su majestad quiere verle —dijo el secretario de la reina—. Le espera en su despacho privado.

A William no le extrañó. Sabía que esa reunión, tarde o temprano, tendría que celebrarse.

—¡Majestad!

—Pase, capitán, por favor, tome asiento. —Con ceremonioso y militar gesto de saludo William se sentó en la silla situada frente a la reina, derecho, casi firme—. Sabe que soy discreta y sobre todo conoce mi poco interés por los rumores, pero el que circula sobre usted en estos días, al parecer, es totalmente cierto, ¿es así?

—Cierto, majestad. Le pido disculpas si no le he dicho nada con anterioridad, pero es que fue hace unos días cuando le pedí matrimonio a la duquesa y no se ha oficializado todavía el compromiso. De hecho, no he podido hablar con la duquesa viuda de Grosvencer ni con Lilibeth, su hija.

—Capitán, no me voy a extender, pero a esa niña, quiero decir, a Violet, la quiero desde que era muy pequeña. Su padre era amigo mío desde mi infancia y solo le pido que su comportamiento sea ejemplar.

—Por supuesto, majestad.

—Entonces, ya ha arreglado usted su problema personal, espero.

—Bueno, como bien sabe, nunca se podrá arreglar del todo, pero desde hace tiempo la relación es mucho más relajada y natural. Yo me hago cargo de muchos de sus gastos y siempre que puedo la visito en su residencia.

—Así pues, no hay más que hablar, aunque sí le puedo aconsejar que lo comente también cuanto antes con su prometida; estas situaciones a veces se meten en el matrimonio como una enfermedad. Espero que sean muy felices. Puede marcharse. —Le sonrió, mirándole con cierto cariño.

William se levantó de la silla casi temblando, pero, haciendo alarde de cierta intimidad, le pidió permiso para hablar de nuevo.

—Majestad, espero que pueda acompañarnos el día de la boda. Todavía no sé cuándo será ni dónde se celebrará, pero estoy absolutamente enamorado de Violet, los dos lo estamos y queremos que sea pronto.

—Perfecto, pero recuerde, arregle todo antes de casarse. Después podría convertirse en una tortura.

William se cuadró ante su reina y, sin darle la espalda, abandonó el despacho. A su corazón volvía la enorme preocupación por la tragedia y el lastre de su vida.

* * *

William, el hijo pequeño de Peter y Eleonor Coningham, nació en la India en una preciosa casa colonial inglesa mientras sus padres, que ya tenían otras dos hijas mayores, estaban destinados en Delhi, la capital, cuando el Gobierno británico acababa de transferir los poderes fácticos a la sociedad y al Gobierno indio.

Peter, gran colaborador de lord Mountbatten, el virrey, ya había sido condecorado y permanecía en el sur asiático con la orden de traspasar, sin violencia y con cautela, todo lo que el nuevo Gobierno de India precisase del Gobierno inglés, entre otras causas, la liberación de más de cien mil presos políticos tras suspenderse por parte de Gandhi la lucha pacífica contra los ingleses.

La tarea no era fácil, hacía falta gran capacidad de conciliación y dotes diplomáticas, pero el capitán Coningham tenía altas dosis de esta virtud tan británica, y por eso fue el elegido para seguir en Delhi y terminar con acierto esta transferencia.

William vivía rodeado de comodidades en medio de las dificultades de la superpoblada capital. En una especie de oasis, las familias de los altos cargos militares, pese a tener que vivir siempre custodiadas por medidas de seguridad, disfrutaban de muchos lujos.

Aun así, William fue capaz, en esa vida tan limitada y cercada por las estrictas normas inglesas, de abrir los ojos y asimilar todo lo que estaba pasando a su alrededor y en la sociedad india.

Cuidado por doncellas y *nannies*, aprendió a cazar junto a su padre, a montar en dóciles elefantes, a orar junto a sus jóvenes compañeros de colegio en la mezquita Jama Masjid, la más grande de la capital, y a disfrutar de su exótica gastronomía llena de especias y color. Tanto fue así que su plato preferido aún hoy seguía siendo el célebre pollo tandoori.

William pasó, por tanto, su infancia y adolescencia en una familia de buena posición social y económica, que vivía de una manera más sofisticada en la India que en la metrópoli. De ahí que sus padres alargaran todo lo que pudieron su estancia en ese exótico país.

Peter y Eleanor Coningham cada tarde se acercaban al Country Club, donde las mujeres jugaban al *bridge* y los hombres, por supuesto en salas exclusivas para ellos, tomaban whisky, charlaban, discutían y brindaban por la salud de su majestad.

Pero cuando se ordenó al regimiento de lord Coningham su regreso a Inglaterra, toda la familia volvió a casa. Ese retorno supuso también la desaparición de muchos de los privilegios de los que gozaban en la India.

Instalado en la casa de la familia de su padre en el centro de Londres, William empezó a destacar ya en su adolescencia como un muchacho entregado a su país, a las causas sociales, con clara vocación militar y mucho atractivo para las mujeres.

Sus padres quisieron que, antes de ingresar en la Royal Navy, su vocación desde muy pequeño, estudiara unos cursos de economía. Pensaron que siempre sería un apoyo a su carrera y por lo menos le haría diferente y más preparado que al resto de los militares. El padre de William siempre echó de menos esta preparación para haber podido prosperar después de su carrera militar.

Y así fue como comenzó a asistir a clases en la London School of Economics, facultad de la Universidad de Londres especializada en las ciencias sociales. Allí William empezó a destacar también como orador, y sus debates político-económicos se hicieron célebres. En ese centro se formaron grandes líderes académicos y contaba entre sus exalumnos con diez premios nobel. Sus padres habían buscado la mejor preparación para su hijo, y él consiguió destacar en las aulas y en hemiciclos donde tenía que exponer sus ideas políticas.

Después cumplió con su vocación, ingresó en el ejército y se convirtió, poco a poco, día a día, en una persona relevante para sus jefes y colaborador con sus compañeros. Era, dicho de manera simple y concreta, un alumno notable y respetado. Criado entre militares, le fue fácil destacar y pronto comenzó a cosechar distinciones que le harían ser un militar especial con un futuro prometedor.

Pero la vida quiso que para William llegara un momento único para demostrar su valor. En 1982, el general argentino Galtieri instó a la Armada inglesa a recuperar las islas Malvinas tras ocupar el puerto Stanley por parte de las fuerzas militares argentinas. Como respuesta, el Gobierno británico, con su primera ministra Margaret Thatcher al frente, desplegó una enorme fuerza expedicionaria, que, al cabo de diez semanas, logró desalojar a las fuerzas argentinas y recuperar para su país lo que consideraban suyo desde hacía más de cien años.

Y allí, en el fabuloso portaaviones *HMS Invincible*, la nave insignia de la flota desplegada por la primera ministra para combatir en la guerra del Atlántico Sur, se encontraba el entonces

teniente de fragata William Coningham, que, impecablemente vestido con su uniforme azul, fue despedido en el puerto de Portsmouth el 5 de abril de 1982 entre el orgullo y el miedo de su querida familia.

Su padre pronunció una sola palabra: «¡Cumple!»; su madre otra: «¡Cuídate!», pero sus hermanas pudieron dar rienda suelta a sus sentimientos llorando, orgullosas de su hermano atractivo y valiente.

William partió feliz para defender a su país y honrar a su reina. Era algo que venía oyendo y viviendo desde pequeño y ahora tenía la posibilidad de demostrar su orgullo británico.

Tras setenta y cuatro días de infierno, de frío, de mareas y de muertes, la guerra llegó a su fin por la rendición de las tropas argentinas.

Los altos mandos, las brigadas, regimientos y William volvieron a Inglaterra, en donde fueron recibidos como héroes. La reina y el pueblo inglés nunca olvidarían la proeza de sus fuerzas armadas. William fue condecorado con la medalla al valor, la misma que tenía su padre, todo un orgullo para él.

Luego vendrían otros reconocimientos, y más medallas e insignias brillaron en el pecho del recién ascendido a capitán de navío. Si a su padre le cambió la vida su estancia en la India, a William le valieron setenta y cuatro días de guerra a ocho mil millas de distancia de su casa para labrarse una extraordinaria reputación al ser uno de los pocos militares que acompañaron al comandante de infantería de Marina encargado de la reconquista de las Georgias del Sur, con lo que la Operación Corporate se daba por finalizada.

Días de vino y rosas le esperaban al capitán, que nada más descender del portaaviones era escrutado y alabada su vida en periódicos y revistas. A nadie pasó desapercibido, además de su valor, su enorme atractivo y gallardía, de tal forma que enseguida se convirtió en el soltero más deseado de la joven sociedad londinense.

Muchas fueron las fiestas que en su honor se organizaron y muchas a las que acudió el joven militar de pelo castaño, casi rubio, y ojos verdes, que empezaba a vivir también una nueva vida placentera, para él desconocida, y que le estaba proporcionando grandes dosis de autoestima.

El capitán aparentemente era enamoradizo, muchas fueron las mujeres que cayeron en sus redes, pero todas apreciaron que lo que de verdad quería era divertirse. Las cautivaba con su manera de ser, con su forma de hablar, con sus perfectos modales, con su mirada y su sonrisa, pero el capitán no parecía encontrar su media naranja. A veces hasta decía: «Mi mujer quizás no haya nacido todavía», una forma de hacer hincapié en su recalcitrante soltería. Se divertía en grupo, parecía que le gustaba más la libertad que el compromiso. Pero a Stella Turner, joven bellísima de la aristocracia escocesa, no había nada que se le pusiera por delante.

Enamorada o muy encaprichada del capitán, utilizó todo lo que encontró a su alcance para conquistarlo.

William le siguió el juego, como había hecho ya otras veces, pero nunca le mintió. Ambos sabían que estaban juntos porque se divertían, hacían planes increíbles con amigos, pero por lo menos él no tenía ninguna intención de oficializar la relación. Y así se lo hizo saber a Stella y a sus amigos. Lo pasaban genial… Era alta, pelirroja y muy simpática y estilosa, era como tener al lado un torrente de sensaciones divertidas y libertinas, pero para el capitán no era la mujer de sus sueños y, aunque juntos hacían una pareja formidable, todos sabían que estaban unidos por fogosos momentos y muchas fiestas, con poco futuro.

Sin embargo, a pesar de que para William estaba bien claro, Stella estaba dispuesta a luchar por conseguir ser algún día lady Coningham, y, como mujer divertida e inteligente, le fue fácil

entablar una relación muy estrecha, interesante y, aparentemente, continuada.

Eran la pareja del año, y, sin duda, se convirtieron en los invitados más deseados de cualquier fiesta que se preciara.

Stella, perteneciente a la alta sociedad, introdujo a William en un círculo deseable para cualquier joven que quisiera prosperar. No fueron una ni dos las veces que acudieron a Balmoral a cazar con el príncipe Carlos, ni tampoco una ni dos las veces que fueron llamados a pasar un fin de semana a casa de la hija de lord Mountbatten, pues conocían al padre de William por sus servicios en la India.

El flamante capitán disfrutaba y ponía en práctica los buenos modales que había aprendido de sus padres en Delhi, cuando su vida también se desarrollaba en las más altas esferas. William, aunque no podía presumir de familia aristócrata, demostraba siempre ser un gran conversador y se convertía en el centro de atención en las reuniones a las que con tanta asiduidad acudía con Stella. Su formación universitaria le había dado gran soltura en sus discursos políticos y financieros, lo que lo había hecho, haciéndole famoso en las altas esferas.

Tanto él como Stella hubieran sido una pareja perfecta, pero a William no le acababa de convencer la bella escocesa. No estaba enamorado; en el fondo, la encontraba demasiado insistente y poco generosa con sus sentimientos; se veía presionado.

—Stella, me voy a marchar —le dijo el capitán después de un almuerzo con la familia de la joven—, y me voy a ir para siempre. No creo que pueda seguir así. Comprende que yo siempre he sido sincero contigo: me encantan tu alegría, tu simpatía, pero no estoy enamorado, y creo que tú me estás intentando forzar demasiado.

—No me digas eso, William —gritó Stella desesperada—, yo sé que te puedo hacer muy feliz. Nos divertimos juntos, lo pasamos bien, y te quiero de verdad.

—Stella, me siento acorralado. Creo que estás intentando que me sienta atrapado y comprometido hasta con tu familia. Me voy, no quiero que nadie confunda mi relación con el amor. Además, hoy mismo lo he hablado con tus dos hermanos, ya les he confirmado que, aunque nunca habíamos formalizado nada, hoy será mi último día en vuestra casa. Esta amistad con la que estás jugando no se puede alargar más; de lo contrario, empezaría a ser tu cómplice, y eso no quiero que suceda jamás.

William, tras ese momento de sinceridad, decidió abandonar apresuradamente la casa de campo de Stella. Ella salió corriendo ante la atenta mirada de sus padres, que ya se habían dado cuenta de la discusión de la pareja y, con el automóvil del capitán ya en marcha, logró abrir la puerta y sentarse en el asiento delantero.

La pareja abandonó a toda velocidad el *cottage* de los Turner. Todos sabían que iban enfadados, exasperados, y lo último que oyeron fue que William deseaba terminar con aquella relación.

Lo siguiente que supieron fue que el automóvil en el que viajaban sufrió un grave accidente. El vehículo se salió del camino al derrapar en el puente que estaban cruzando y fue a caer al río. William, que fue el primero en salir, intentó por todos los medios sacar a Stella del coche, pero, a pesar de estar con vida, los hierros habían aprisionado sus piernas, y entre sollozos y gritos de dolor tuvieron que esperar a que vinieran los bomberos para liberar el cuerpo de la joven. William comprendió que su misión era conseguir que Stella no perdiera el conocimiento y no tragara agua. Le hablaba con cariño, le preguntaba, quería que permaneciera despierta.

Los dos fueron trasladados en ambulancia al hospital más cercano. William, con múltiples heridas en su cuerpo, pero de carácter leve, no quiso permanecer ni un minuto en cama y se

trasladó a la habitación de Stella para estar junto a sus padres y esperar noticias de quirófano, donde la estaban operando.

Por fin subieron los cirujanos, las noticias no eran buenas. Stella había perdido la movilidad de las piernas por rotura de médula en una de sus vértebras, aparte de tener múltiples huesos rotos y una parte de su rostro desfigurado.

Lady Turner se desmayó al oír esas noticias. El padre lloraba y gritaba, y William quería morirse, literalmente morirse.

A partir de ese momento, los días de «vino y rosas» se volvieron amargos.

Stella se encontraba físicamente mal y, aunque su vida no corría peligro, psíquicamente cada día estaba peor: solo quería que William estuviera a su lado; era una obsesión.

Con el paso de los meses, Stella fue dada de alta. William decidió entonces distanciar sus visitas y dejó en manos de un grupo de psicólogos a Stella para tratar su profunda depresión.

Al notar este alejamiento, lord Turner citó a William para hablar de la relación con su hija. El capitán argumentó, con gran dolor de corazón, que él no estaba enamorado de Stella ni lo había estado nunca. El padre de la joven presionó para que se comprometiese con ella haciéndole responsable del accidente y, sobre todo, dada la intensa relación que mantenían y que era conocida por todos.

—Lo siento, lord Turner, tanto usted como su esposa supieron siempre que yo no me iba a casar con su hija. Nos divertíamos juntos, formábamos una pareja muy simpática para la gente, pero puede preguntar a nuestros amigos y también a Scott y Harry, los hermanos de Stella, y todos le dirán lo mismo. Yo siempre fui muy claro con ella y, aunque ahora me duele el alma y lloro cada noche y sueño con el terrible minuto en que el coche adquirió vida propia y se salió de la carretera, no quiero a su hija como esposa. Ella lo sabe, todo el mundo lo sabe. Lo que sí le prometo es que seguiré visitándola, si ella lo quiere, y me haré cargo de sus gastos o de lo que le haga falta, si en algún momento usted no puede. Por mi honor que a su hija no le faltará nunca nada, pero no me pida que me case con ella porque siempre fui claro con mis intenciones, y así se lo comuniqué cada vez que intentaba convencerme de que mis sentimientos eran otros. Quizás debí cortar todo tipo de relación, hubiera sido mejor, pero Stella siempre me llamaba, organizaba planes con amigos agradables y nunca vi que pudiera perjudicarnos tanto. Estoy francamente arrepentido, pero de lo que sí puede usted estar seguro es de que su hija y yo nunca hicimos nada que sobrepasara una relación de amigos especiales, nunca llegamos a más… Eso también se lo juro por mi honor.

El padre de Stella se derrumbó en la butaca. Comprendió que no conseguiría nada, que William tenía razón, había sido honrado, y no podía ni quería obligarle a nada más.

Entonces se levantó, el dolor le había envejecido de manera prematura, y abrazó a William.

—Capitán, le creo y le debo una disculpa por tratar de presionarle. En el fondo, yo lo sabía, lo sabíamos todos. Mi hija le quería y le quiere, pero a usted no podemos obligarle a nada. Solo le pido que no la olvide y que si sus médicos aconsejan que es bueno que venga a verla ¡por favor, hágalo! Está en una situación límite.

—Señor, yo estaré siempre que su hija me necesite a su lado. Créame, lo cumpliré.

Se dieron la mano, y el capitán se despidió con la cabeza en saludo militar. Acababa así la terrible conversación sobre un trágico suceso que marcaría de forma inexorable sus relaciones con mujeres el resto de su vida y que además fue conocido y seguido con un malsano interés por toda la sociedad inglesa a través de la prensa.

14

—Querida Violet —dijo William por teléfono tras salir de palacio y hablar con la reina—, no puedo esperar diez días para verte. ¿Te apetece que vaya a buscarte y pasamos el fin de semana en un pequeño *chateau*? Serán dos días en el campo, pero solos tú y yo. —El capitán se mostraba impaciente por sinceramente con Violet; se le notaba preocupado—. ¡Te echo tanto de menos!

—Claro, William, qué maravilla. Tenemos que hacer vida de novios antes de la boda, ¿verdad? El viernes te espero en casa y me recoges aquí. Pero te noto diferente, ¿ha pasado algo?

—No, Violet, es que tenemos que estar juntos, te necesito a mi lado. Tenemos que hablar y mirarnos a los ojos y reírnos y disfrutar. Nos vamos a casar, y estoy deseando sentirte cerca y que nos conozcamos mejor. Quiero que sepas lo que eres para mí y quiero notar lo que yo soy para ti.

—Pero, William, ¡qué romántico!, ¡qué bonito! Ya estoy nerviosa solo de pensarlo. Te espero en casa, estamos diez minutos con Lilibeth y nos vamos.

—Claro, perfecto. Allí estaré. Te quiero con locura, princesa.

Cuando William colgó el teléfono, a pesar del tono romántico que quiso dar a sus palabras, en su rostro se veía reflejada la preocupación. Stella no podía entrar en sus vidas, la reina tenía razón, su matrimonio no podía convertirse en un matrimonio de tres. «La sombra de la duda puede hacernos mucho daño —pensó abatido—. ¿Y Violet? ¿Me hablará del padre de su hija? Nunca seré capaz de preguntarle, pero seguro que aparecerá pronto en nuestras conversaciones, es lo natural. Yo me voy a abrir por completo, pero a ella no la puedo forzar, no está preparada para esa conversación. Tengo que darle su tiempo. Al fin y al cabo, sé desde el primer día que es madre soltera, eso tenía que bastarme, ella no ha ocultado nada; en cambio, yo sí».

Era miércoles, y quedaban solo cuarenta y ocho horas para ir a buscar a Violet. «Por fin estaré con ella y la volveré a tener entre mis brazos. La necesito más que nunca», pensó nervioso. Entonces se decidió por fin a contactar con los Turner. No podía contárselo todo a Violet sin decirle que ya había comunicado a Stella y a su familia su próximo enlace.

Al otro lado del teléfono una voz suave pero claramente agotada contestó.

—¿Sí, dígame?

—Maggie, ¿eres tú? Perdona, no creía que fueras tú a coger el teléfono.

—¿William? Sí, soy yo. —Era lady Turner, la madre de Stella, y ahora viuda de lord Turner.

—Perdona, Maggie, ¿te parece que vaya esta tarde a veros? Necesito hablar con vosotras.

—Perfecto, William, aquí estaremos…, como siempre. —La frase final reflejaba, con cierta ironía, la vida a la que se habían tenido que acostumbrar por obligación tras el accidente.

—Pues pasaré por ahí a las cinco.

A William cada vez le costaba más acercarse a ver a Stella y mucho más desde que conoció a Violet, pero, como hombre de honor y compromiso, nunca faltaría a su palabra, tenía que seguir existiendo para Maggie y su hija, aunque, con franqueza, no sabía cómo hacerlo tras la boda.

Con puntualidad militar, a las cinco llamó al timbre de la preciosa casa de los Turner. Una residencia de varios pisos en Chelsea, en una pequeña y coqueta placita muy cercana a los almacenes Harrods, donde se vivía plácidamente y casi en silencio. Allí solo entraban los coches de los que vivían en esas valiosas casas, y, aunque la plaza no era privada, francamente lo parecía.

—Buenas tardes, Bridget, me espera lady Turner.

—Claro, por favor, lord Coningham, pase al salón, que aviso a la señora.

La casa había perdido mucho, ya no mostraba el esplendor de antaño, cuando la vida sonreía a la familia. Nada más entrar se apreciaba cierto olor a humedad, como de una casa poco aireada, envejecida, las luces estaban en su mayoría apagadas, las cortinas, medio cerradas y el aspecto en general era triste, muy triste.

—Oh, William, ¡es estupendo volver a verte! Hacía tiempo que no venías, o por lo menos es lo que a mí me parece. ¡Tenemos tan pocas visitas! —saludó lady Turner al tiempo que William le besaba con cortesía primero la mano y luego en la mejilla.

—Maggie, si te parece, hablamos primero los dos solos y luego nos reunimos con Stella.

—Me preocupan tus palabras, William, pero, perfecto, sentémonos.

Y el capitán, nervioso pero convencido de lo que iba a hacer, comenzó a relatar a Maggie su nueva expectativa de vida, su nueva relación sentimental y su boda inminente. Lady Turner no pudo evitar que unas tristes lágrimas se deslizasen por sus envejecidas mejillas. Veía con toda claridad la felicidad e ilusión que invadían a William, dos sentimientos que habían desaparecido de esa casa con el maldito accidente.

—William, para ya, por favor. No soy capaz de reaccionar como te mereces. Lloro y lloro por mi hija, por lo que te quería y lo que todavía te quiere, pero reconozco que mereces ser feliz. Te entiendo y no me tienes que dar más explicaciones, pero presiento que Stella no lo va a aceptar como quisiéramos. Ella está resentida y no sale de su lógica depresión. Eres consciente de ello, no te tengo que decir nada que no sepas.

—Maggie, te pido, por favor, que me ayudes a que lo acepte. Y, si mi prometida quisiera hablar contigo, ¿estarías dispuesta a hacerlo? Me ayudaría mucho que ella supiera de primera mano que no tenía una relación sentimental con Stella y que vosotros lo sabíais todo, que mi compromiso con Stella es por amistad y, sobre todo, porque le di mi palabra a tu esposo y no faltaré nunca a ella.

—Lo haré, si me lo pides, pero me costará verte con una mujer a tu lado. No puedo dejar de pensar lo feliz que hubiéramos sido todos si estuvieras con mi hija.

—Lo sé, pero eso ni pasó ni iba a pasar, aunque no hubiera sucedido el accidente. Tu hija era una mujer increíble, divertida y con mucho mundo, pero nunca estuve enamorado de ella, y lo sabes.

—Sí, William, pero ella, ella…

Cuando abrieron la puerta de la habitación, Stella les esperaba en la cama articulada del hospital que William consiguió que llevaran a la casa para que estuviera más cómoda. Miraba con los ojos muy abiertos en dirección hacia ellos. En su cara se apreciaban más que nunca las señales

del accidente, los años pasaban factura también a las cicatrices que como gruesos surcos recorrían lo que hacía unos años había sido un bello y joven rostro. Stella no podía mover sus piernas, sus brazos tenían también poca movilidad, pues no tenían demasiada fuerza, por era su cara desfigurada lo que más la retenía entre las cuatro paredes de su habitación. Desde hacía tiempo se negaba a salir de casa. Por supuesto, no se miraba al espejo, y su carácter había cambiado, pero, si se encontraba tranquila, podía mantener una serena y agradable conversación.

—Hola, Stella, ¿cómo estás hoy? —William se acercó y le besó la frente, a la vez que cogía su mano en señal de cariño.

—Hoy y ayer y antes de ayer igual que hace tres años, mal, muy mal, ¿y tú?

—Stella, por favor, no le hables así al capitán. ¿Encima de que viene a verte le tratas así?

—No te preocupes, Maggie, la entiendo.

—Tú no entiendes nada, William —exclamó Stella—, no sabes lo que es vivir así, ni te lo imaginas.

—Tienes razón, pero ¿qué quieres? ¿Prefieres que no venga? Si es así, dímelo y lo haré, no quiero hacerte sentir peor.

—Pues no lo sé, William. ¿A qué has venido? Me ha dicho mi madre que era urgente. ¿Te destinan fuera?

—No, Stella, no es eso.

Un silencio gélido invadió la habitación. Maggie se dio la vuelta y se cubrió la cara con sus manos. William se sentó al lado de la cama mientras sostenía la mano de su amiga.

—He venido a comunicarte que dentro de unas semanas voy a contraer matrimonio, voy a casarme con una persona que he conocido hace solo seis meses. Por eso no he podido decírtelo con antelación; todo está siendo muy rápido.

El rostro desfigurado de Stella se cubrió de una sombra que reflejaba que la noticia era para ella una auténtica traición. Empezó a llorar y a gritar.

—¿Está embarazada? —preguntó entre lágrimas.

—No, Stella, no es eso. Es que yo ya soy mayor, tengo cuarenta años, y ella tampoco es una niña y no tenemos por qué esperar. Pero, por favor, no llores, tenías que imaginar que algún día esto sucedería.

—¡No, no! Siempre creí que, aunque no me quisieras, tu compromiso era verdadero y nunca estarías con otra.

—Pero, Stella, si tú y yo nunca estuvimos juntos. ¿Cómo puedes suponer ahora algo así?

—¡No quiero que seas feliz, no quiero! ¡Te odio, márchate!

—No me iré —exclamó con firmeza William—. Quiero que lo aceptes y que consigas conformarte. Tuvimos muy mala suerte, y te aseguro, como le dije a tu padre, que, si entre los dos hubiera existido algo serio, te habría dedicado mi vida, estaría junto a ti siempre, pues te querría y te seguiría queriendo. Pero sabes bien que no era así, que el día del accidente, momentos antes de subir al coche, te había dicho que ya no nos volveríamos a ver. Lo recuerdas, ¿verdad? Tú y yo no llegamos nunca a nada importante. Reíamos, bailábamos y disfrutábamos con amigos, pero no pasó nada más. Sabes que no estaba enamorado.

Lady Turner escuchaba atónita. Estaba comprobando de nuevo la confirmación de la nula relación sentimental de su hija con el capitán.

—Stella, William tiene razón, él tiene derecho a ser feliz, y tú y yo estamos obligadas a darle ánimos; siempre se ha portado bien contigo.

Stella cerró los ojos, de los que seguían saliendo lágrimas, y volvió la cabeza hacia un lado de

la almohada, como queriendo decir que la dejaran sola. Maggie hizo un gesto para salir de la habitación. El capitán besó la frente de Stella y salió del dormitorio en silencio.

William y Maggie bajaron las escaleras compungidos, ninguno era capaz de articular palabra. La situación era demasiado triste e injusta para dos mujeres que nada malo habían hecho para tener que vivir así para siempre. Madre e hija vivían en completa y oscura soledad la sinrazón de sus vidas.

Pero el capitán no quería sentirse culpable, no lo era. El accidente había sido provocado por una lluvia torrencial que anegó el puente que aquella tarde William y Stella tenían que haber cruzado sin ningún problema. La mala suerte convirtió la normalidad en tragedia cayendo todo el peso del coche sobre el cuerpo de la bella pelirroja.

Las investigaciones y el juicio posterior así lo demostraron, reflejando en la sentencia la absoluta falta de culpabilidad de lord Coningham. Todo se achacó a la pésima visibilidad por culpa de la lluvia y al peor estado de la carretera con barro y cantos rodados por la tormenta.

Lady Turner y William se despidieron con un sentido y doloroso abrazo.

—William, yo cuidaré de ella, no te mortifiques más. Sé feliz, te lo mereces. Si necesitas que hable con tu esposa, lo haré, por supuesto, y así ella sabrá la verdad de mi boca y no tendrá ninguna duda de que es la auténtica realidad.

A William las últimas palabras de Maggie le consolaron y le dieron fuerza para afrontar el cercano y feliz acontecimiento que iba a cambiar su vida. Ahora solo le quedaba contárselo a Violet, la mujer más increíble que había conocido en su ya larga existencia y por la que su promesa de «no casarse en la vida» se había convertido en una frase carente de sentido.

15

El viernes a las cuatro de la tarde, como había quedado, Lili, mi madre y yo oímos el sonido de las ruedas de un coche frenar sobre la gravilla de la rotonda. William, sin retrasarse ni un minuto, hizo su entrada en Grosvencer House para encontrarse con su prometida, que ya era yo.

Las tres nos levantamos del sofá para comprobar desde la ventana su llegada. Y tras los cristales vimos cómo bajaba casi de un salto del Jaguar, elegante como siempre, y con una gran sonrisa en su rostro. Era un hombre feliz.

—¡Por favor, Violet, qué apuesto es! Me encanta mi yerno. Creo, hija mía, que es un auténtico tesoro.

—Mamá, qué romántico, te trae unas flores: son unas violetas. Tengo que reconocer que mi futuro padrastro cada vez me gusta más —exclamó Lilibeth, mirándome y sonriendo con dulzura y mucha picardía

—¿Y qué queréis que os diga yo? ¡Que me encanta y que estoy muy enamorada! —dije entre suspiros que me salían del alma mientras, a la vez, besaba a mi pequeña—. Pero, por favor, dejadme que vaya a recibirle sola. Dos minutos, dadnos dos minutos, y enseguida entramos.

Y, nerviosa, me arreglé el pelo, me coloqué bien mi preciosa blusa de seda azul klein y estiré mis pantalones *beige*. Luego salí a darle la bienvenida, y, aun sabiendo que teníamos espectadoras tras las ventanas, el encuentro no pudo ser más romántico.

William, nada más verme, me dio un abrazo tan cálido y fuerte que no podíamos despegarnos el uno del otro. A la vez nos besábamos en la mejilla, en la frente, en el cuello.

—Cielo, tenemos espías tras las ventanas. —Me reí al comprobar que mamá y Lili seguían allí.

—No me importa, casi soy tu marido y no puedo dejar de tenerte en mis brazos. Eres puro magnetismo y estaba deseando estar así, abrazados, muy juntos. —Volvió a besarme, pero ya en los labios y de nuevo en el cuello.

—Venga, subamos a casa, que están como locas por verte y comentarte todo lo organizado ya para nuestra boda. ¡Estoy tan emocionada!

—Amor, espera, quiero que sepas que eres la única mujer a la que he amado de verdad y que dedicaré mi vida a hacerte feliz. Tenía que decírtelo antes de entrar, solo para ti y para mí. ¡Estoy deseando comenzar el fin de semana, la compañía de tu familia me estresa! ¡Todo te lo tengo que decir a toda velocidad! —exclamó riendo y mirándome con gran ternura y mucho deseo.

Mientras cogía del coche unos bombones para su futura suegra y una colonia para Lili, le miré y le encontré más guapo que nunca, y me di cuenta del impacto que producía en mí su atractiva presencia. Y exultante, pues no podía creer que estuviera así de enamorada y de ilusionada. Le besé de nuevo. Si yo para él era «puro magnetismo», él para mí era «atracción y romanticismo» en estado puro.

—William, capitán —saludó mi madre casi como si estuviera coqueteando con él—, es maravilloso volver a tenerte con nosotras.

—¿Me permites que te bese, querida suegra?

—Por supuesto. ¡Estoy deseando que llegue el gran día y que, por fin, seamos todos una gran familia! —Desde luego, mi boda ilusionaba de verdad a mi madre. William le gustaba tanto tanto que a veces parecía ella la novia, y esa actitud me hacía mucha gracia.

William se dio la vuelta y miró a Lilibeth, cogió su mano, se la besó y la abrazó con fuerza. Ella le correspondió con dulzura, serena. Después, le entregó el paquetito con la colonia que le había traído envuelto en un precioso papel de los almacenes Liberty London, los que más me gustaban, y sosteniendo sus manos escuchamos y vivimos, sobrecogidas, una escena llena de cariño, respeto y mucha generosidad y que siempre le agradeceré a William.

—Lili, preciosa Lilibeth, quiero que sepas que aquí me tienes para quererte, para cuidarte, para entenderte. Quiero que sepas que voy a cuidar de tu madre y de ti de tal manera que es posible que pueda pareceros empalagoso a unas mujeres tan libres como vosotras, tan independientes, pero es que es lo que estoy deseando hacer cuando, por fin, pueda vivir con vosotras, junto a vosotras.

No me pude contener y me abracé a él. Nunca imaginé que iba a poder vivir de nuevo un gran amor y en mi casa, con los míos, juntos, en familia…

Lili hizo lo mismo, se abrazó a William casi como si, por primera vez, abrazara a un padre, escondiendo su cara sobre su hombro y permaneciendo unos intensos segundos en los brazos de la persona que a partir de ahora formaría parte de su vida. El momento era tan emocionante que mamá y yo no quisimos ni pudimos aguantar las lágrimas

Y Lili, que ya era una joven y madura adolescente, nos sorprendió con sus palabras:

—William, te quiero mucho, de verdad, y te quiero porque eres cariñoso, divertido, porque te quiere mi madre y porque también tú la quieres mucho, pero, sobre todo, te quiero porque por fin voy a tener un padre, una persona que me quiere cuidar y desea estar a mi lado…, y, además y en especial, ¡porque montas genial a caballo!

Las palabras de Lili nos emocionaron y nos hicieron reír, nos destensamos, nos relajamos, y, aunque no queríamos estar ni un minuto más en casa, tuvimos que ceder de nuevo y hacer caso a mamá mientras, emocionada, y sentados ya en el sofá junto a la chimenea, contaba a su yerno todos los preparativos de nuestra boda. Él me apretaba la mano, me la besaba y, mientras la escuchábamos, me acariciaba la espalda por debajo de la blusa, me sonreía… Estaba pletórico. Por primera vez se encontraba a gusto y seguro en familia y no dejaba ni un minuto de demostrarme su amor.

—Bueno, mamá, Lili —dije, resuelta—, aquí, en este momento, la pareja de novios os dice adiós. Nos vamos a vivir una nueva experiencia y que, como es sorpresa, no os puedo decir ni dónde es ni cómo será, pues no sé nada. Mi apuesto prometido lo ha organizado todo, y estoy segura de que será la sorpresa más romántica que habré tenido en mi vida… Ya os contaré cuando vuelva. —De la mano, sonriendo y mirándonos, les dimos la espalda y abandonamos la casa para comenzar nuestra nueva experiencia.

Entramos en el coche cuando empezaba a oscurecer y el horizonte brillaba con los últimos rayos de sol y nos pusimos en marcha hacia nuestro misterioso destino.

Pocas habían sido las veces que habíamos pasado unos días solos y, aunque siempre habían sido maravillosos, los dos estábamos deseando volver a disfrutar de una cena, de una copa, de una conversación y de nuestra pasión sin preocuparnos de «si mamá quiere hablarnos» o de «si

Lili nos está mirando». Tenía que reconocer que William era un hombre con mucha paciencia o increíblemente enamorado…

Hicimos el viaje bromeando y cortejándonos mutuamente. Nuestras miradas y preguntas eran picantes, graciosas, casi tontas, pero llenas de emoción y siempre con la canción «Words», de F. R. David. Esa canción «nos ponía» a los dos, la escuchábamos a todo volumen y la cantábamos con verdadera pasión. «Estas son las únicas palabras para decirte te quiero», cantábamos mientras nos mirábamos, nos reíamos y nos besábamos la mano.

William redujo la velocidad, giró el volante de su precioso Jaguar biplaza y traspasamos una enorme y fabulosa cancela de hierro. El camino, recto y en medio de una frondosa vegetación, dejaba vislumbrar al fondo una preciosa casa georgiana, aunque no muy grande, con llamativos e iluminados balcones tras los que se intuía una cálida decoración. Una alta y espesa enredadera cubría parte de la fachada de piedra de la espectacular mansión.

—William, es una preciosidad, no puedo creerlo. —Me abracé a él mientras conducía y reía por mi alegría desbordante—. No conocía esta maravilla. ¡Y tan cerca de casa! ¡Increíble!

—Violet, quiero gritar muy alto que te quiero y que todo el mundo lo sepa —exclamó entusiasmado—, y tengo que confesarte que estoy nervioso, bastante nervioso. No sé qué tipo de poder tienes sobre mí, pero es increíble que con cuarenta años me encuentre «inseguro» al comenzar este fin de semana junto a ti.

Frenó y paró el coche delante de la preciosa puerta del hotel The Bath Priory, una casa de campo ideal en medio de la ondulante campiña de Avon. Los dos nos miramos sonriéndonos; William me acarició la cara e instintivamente nos acercamos y nos besamos. Me abracé a él, me sentía plenamente feliz, y ese instante tan romántico, lleno de cariño, me emocionó hasta las lágrimas.

En ese momento recordé a Andrew, ligeramente, pero vi su rostro en mis pensamientos. La sensación no fue dolorosa, fue dulce y sin ningún drama. Entonces supe que ya no estaba enamorada de él. Me había entregado por completo a William y quería vivir y compartir ese amor. Los dos estábamos entregados a una relación madura, pero, por lo menos para mí, con la pasión de la juventud, y de una juventud que, para mi desgracia pasé sin nadie a mi lado, sin nadie que me quisiera, y, lo peor, sin poder querer a nadie que no fuese Andrew… Y no sé por qué me parecía que a William le sucedía algo semejante.

Salimos del coche. Yo me puse un precioso chaquetón *beige*, con cuello de piel y ajustado por un cinturón a modo de «batín». Unos botines marrones se dejaban ver bajo mi pantalón con vuelta. Un sombrero le daba un toque muy chic a un *look* entre urbano y *country*. A William no le pasó desapercibido: me miró orgulloso y asombrado.

—Eres la mujer de las mil versiones y en todas estás maravillosa, princesa de piernas largas. Sabes que no puedo dejar de mirarte, ¿verdad?

Le sonreí. Me gustaba lo que me decía, pues, a pesar de mi absoluta devoción por la vida en el campo, estaba viviendo junto a él, como antes en Londres, fabulosas experiencias sofisticadas y nunca experimentadas por mí.

—William, me encanta que te encante. Tienes que saber que soy lo más parecida a una mujer de pueblo, de campo, y que he vivido los últimos diecisiete años como expatriada de la ciudad. Quiero gustarte y que me veas impresionante, y espero en este fin de semana demostrarte que

también podré ser una lady sofisticada, como sé que a ti te gusta. —Le abracé de nuevo y salté sobre él, casi me tuvo que sostener en sus brazos.

—Oh, por Dios, qué locura tan maravillosa —exclamó.

William y yo traspasamos la puerta del hotel de la mano y nos dirigimos a nuestra habitación. A mí me temblaban las piernas y creo que a él también. Éramos conscientes de que nuestra relación era ya mucho más seria que la última vez que estuvimos juntos. Nos íbamos a casar, estábamos seguros de eso, pero a partir de ese día queríamos conocernos más y mejor.

Entramos en la preciosa habitación, una *suite*, seguramente la mejor del hotel, con un bonito jardín privado, solo para nosotros. Una cama con dosel presidía la estancia y los colores *beige* y azul predominaban en las paredes y en el sofá del pequeño salón que completaba el dormitorio. El camarero colocó nuestras maletas, nos saludó de modo protocolario y cerró la puerta.

Me acerqué a William y sin poder aguantar más le abracé sin quitarme el abrigo ni el sombrero. Él, en un silencio dulce y apasionante, me acercó con delicadeza a la cama mientras nos besábamos y, como si fuera eso lo único en el mundo que nos importara, comenzamos a dar rienda suelta a nuestra pasión y a nuestro amor, sin duda, el mejor cóctel del mundo.

La ropa saltó por los aires y, aunque nuestra manera de ser era conservadora, o, por lo menos era lo que podíamos parecer, algo nos estaba pasando que nos hacía perder los papeles. Daba la sensación de que los dos esperábamos estos momentos desde hacía demasiados años y que nos habíamos encontrado solo para querernos.

William fue el amante soñado, el hombre de los susurros románticos al oído, de las miradas llenas de pasión y de los besos largos e inolvidables.

—William —le susurré, casi musitándoselo al oído, tras nuestro fogoso encuentro mientras permanecíamos abrazados y en silencio—, creo que ahora me voy a poner mi precioso camisón. ¡Te va a encantar! —Me reí abiertamente mientras le miraba con mucha picardía tras mi absurda decisión. Él me miró estupefacto: no podía imaginar que, en ese momento, se me ocurriera una cosa como esa.

—Pero ¿qué dices? De ninguna manera, ¿qué tontería es esa? Quiero verte, mirarte, quererte… No quiero que te pongas el camisón en todo el fin de semana. Es una broma, ¿verdad?

—¿Y tú tampoco te pondrás el pijama?

—Por supuesto que no. —Se rio abiertamente—. No pienso hacerlo, creo que ni lo he traído.

Nos reímos a carcajadas y jugamos. Estábamos cimentando nuestra relación. Íbamos a ser una gran pareja. Y continuamos en la cama mirándonos, besándonos, diciéndonos más con la mirada que con las palabras, más con nuestros besos que con cualquier conversación. Aquí había amor a raudales, los dos nos dábamos cuenta y nos sonreíamos cuando se cruzaban nuestras miradas.

—Violet, ¡por fin estamos juntos y por fin nos vamos a casar! Me parece mentira estar aquí contigo. Soy ya un hombre maduro, que ha demostrado valor en la guerra y que ha triunfado en situaciones difíciles, pero desde que te conocí tuve miedo de no gustarte, después miedo de perderte, miedo de no ser suficiente para ti. En realidad, miedo a no poder conquistarte para siempre. Supe lo que era el miedo cuando te conocí a ti, mujer maravillosa que me haces tan feliz.

Y entonces mi superatractivo y guapísimo capitán, feliz tras su contundente declaración de amor, levantó su torso desnudo, se recostó sobre la almohada para mirarme y me besó. Yo me acurruqué sobre su pecho, y él, despacio y con exquisita sensibilidad, volvió a quererme con romanticismo a flor de piel. Él y yo ya éramos uno, él me quería como yo a él, mucho,

muchísimo. Había pasión, mucha pasión, y también entrega, compromiso y admiración mutua, y esa nueva sensación para mí era casi divina.

De repente, sonó el teléfono. De recepción nos avisaban de que nuestra mesa en el restaurante francés ya estaba preparada, que podíamos bajar a cenar.

—¿Te apetece, piernas largas? Por mí no hay problema. Quiero hacer lo que tú quieras.

—Sí, me encantará. Diles que en media hora estaremos abajo.

Le di un beso a William, primero en la frente, luego en las mejillas y por fin en los labios. Despacio, como un ritual. Y tras cada uno de mis besos le iba diciendo: «Te quiero, te necesito, te amo, te adoro». William, sin dejar de sonreír, me acarició la cara y el pelo, y me abrazó de nuevo, los dos desnudos, gustándonos cada vez más.

Cuando entramos en el restaurante de exquisita cocina francesa, las personas de las pocas mesas ocupadas se giraron a mirarnos, mostrando admiración y asombro.

William era tremendamente atractivo. Con chaqueta de terciopelo azul marino, camisa blanca sin corbata, pantalón gris y unos *slippers* también azules casi negros, no dejaba indiferente a nadie. Y tenía que reconocer que yo también me había esmerado. Mi *smoking* de pantalón pitillo negro, sin camisa y con una larga cadena que caía por mi pecho como una cascada dorada, levantó la mirada de todos aquellos desconocidos que serían nuestros acompañantes en la primera cena de nuestra experiencia preboda.

—Violet —me susurró al oído mientras me acercaba la silla para que me sentara—, eres la mujer más bella de la tierra y este *smoking* con ese escote, el *look* más arriesgado y apasionante que he visto nunca.

Yo sonreí muy satisfecha, mi ilusión era gustarle más que nunca y lo estaba consiguiendo. Nos sentamos frente a frente, nos dimos la mano sobre el almidonado mantel de hilo y nos miramos a los ojos sin poder dejar de sonreír. Y así, sin darnos cuenta de lo que sucedía a nuestro alrededor, estuvimos ausentes, embelesados, hasta que el *maître*, ciertamente intimidado, se atrevió a romper la magia de nuestra mirada.

—*Pardon, monsieur*, ¿querría algún vino especial para la cena?

—Por supuesto —sonrió William—, un Château Lafite, por favor, del 79.

El *maître* sonrió con agrado. Tenía ante sí a un caballero que conocía lo mejor y se lo quería ofrecer a su amada.

A los pocos minutos, William probaba el vino y, tras un gesto afirmativo, el camarero sirvió mi copa y tras la mía, la de mi capitán. Entonces sin dejar de mirarnos a los ojos, chocamos el exquisito cristal en un íntimo brindis por nuestro amor.

—Violet, tu escote me tiene loco. Haz el favor de no inclinarte o te verán todo los pobres hombres que esta noche nos rodean.

—Descuida, no pasará nada, pero si pasa, ¿te importaría mucho? —le dije riéndome.

—Pues sí, muchísimo, demasiado… No quiero que te vean, ¡eres tan increíble!

Esa noche, en esa maravillosa mesa, cenamos algo, quizás demasiado poco para la categoría del chef que lo había realizado, pero es que, cuando el amor está en el aire, el estómago se encoge y es difícil hacer algo distinto al suspiro continuado y a la sonrisa perenne.

De repente, una mujer elegante y muy bella se levantó de una mesa cercana en la que cenaba junto a su marido y al pasar a nuestro lado se detuvo, me miró con fijeza, después a William y con voz temblorosa y emocionada, me dijo un «Buenas noches, Violet» que me dejó

descolocada. Yo le correspondí con una caída de ojos, como diciendo lo mismo, pero en realidad lo que hice sin darme cuenta fue apretar con fuerza las manos de William, pidiendo ayuda, casi un silencioso socorro.

William se levantó y con un caballeroso «buenas noches» terminó con esos largos segundos en los que el mundo y los recuerdos se me vinieron encima como una losa. La elegante señora se dio la vuelta y abandonó el comedor junto a su marido.

—Violet, ¿quién era esa mujer? ¿Por qué te ha afectado tanto verla? Estás completamente blanca, como de cera. Por un momento he creído que te ibas a desmayar.

—Por Dios, William, no me preguntes. ¡Hoy no tenía que haber sucedido esto! ¡Esta noche noooo!

—Mira, Violet, sé por experiencia que todo pasa por algo. Sea lo que sea, hoy lo tenemos que hablar. Si queremos volver a estar como acabamos de estar en la habitación hace tan solo unos minutos, no puede haber nada que nos separe ni que nos preocupe. Sé fuerte, cuéntamelo, yo te ayudaré.

—Tienes razón, William, pero solo te contaré hasta donde sea capaz. No me insistas mucho más, por favor. —Y todavía agarrada a su mano y mirándole, pero con los párpados caídos, susurré—: ¡Es la abuela de mi hija, son los abuelos de Lilibeth! — De nuevo perdí el color y el aliento, era la confesión más importante de mi vida. ¡Ni a mi padre le había dicho algo así!

William se dio cuenta de la trascendencia de la situación. Pidió la nota para firmarla con el número de nuestra habitación y abandonamos el restaurante no sin antes apreciar las miradas del resto de los comensales.

William volvió a demostrar que era un caballero. Me sujetó con su brazo y con su cariño y calidez me dio fuerzas para levantarme y gracias a su apoyo pude llegar a nuestra *suite*, el lugar donde íbamos a comenzar a desnudarnos, pero esta vez el alma.

—Violet, ¿necesitas algo?, ¿quieres que te ponga algo de beber? No quiero forzarte a nada —dijo William—, solo quiero que te sientas a gusto y que, si te apetece hablarlo, lo hablemos, y si no, no lo haremos.

—Sí, quiero hablarlo contigo, pero no te contaré todo, William, prefiero guardarme para mí detalles e intimidades que no hace falta revivir.

Nos pusimos cómodos: me quité las sandalias y me senté. Mi *smoking*, sin camisa, dejaba al descubierto algo de mi pecho adornado por la estratégica cadena de oro, tan larga como sofisticada.

—Pero, Violet, si lo que vamos a hablar es serio, como parece, soy incapaz de estar frente a ti con ese escote… ¡Eso es pedirme demasiado! Estás preciosa —me dijo besando mi pelo y rodeándome con sus brazos.

Reí feliz, me emocionaron sus palabras. Nos besamos en el sofá y, mientras William me acariciaba con sutileza, yo me recosté a su lado y empecé, no sin amargura, a contarle mi relación con Andrew: mi profundo enamoramiento, mi absoluta entrega a ese amor de juventud y mi soledad ante su increíble decisión de dejarme sin querer hablar conmigo y sin tener la oportunidad de decirle, por tanto, que íbamos a ser padres de Lilibeth.

—Sabiendo cómo eres, lo imaginaba… Es lógico que sepas quién es el padre de tu hija, su procedencia y sus apellidos, si vive o si no vive. Tu padre seguro que sabía que conocías la paternidad de Lili, te conocía bien, sabía que era imposible que dudaras entre dos hombres.

—Por supuesto, yo he tenido solo un amor, William, perdón, ahora dos. Nuestra relación duró casi cuatro años, pero es que el día que se lo iba a contar, feliz y emocionada, fue el día que me abandonó. Todo ocurrió en cuestión de minutos, fue algo increíble. Enseguida imaginé que era por una compañera de universidad y que, también estaría esperando un hijo, no sé por qué, pero lo intuí; no podía ser por otra razón. Entonces decidí ocultarlo para siempre, para toda la vida. Él eligió abandonarme sin explicaciones y yo escogí ser el padre y la madre de la pequeña maravilla que venía en camino. Él no sabe que tiene una hija, y Lilibeth, mientras pueda, no sabrá quién es su padre. Tomé esta decisión, acertada o no, demasiado joven, y por fin he conseguido que mi hija sea muy feliz y que ahora llene con tu compañía el vacío paternal que seguro ha tenido.

—¿Y no le vas a decir nunca quién es? ¿Crees que es justo para ella? No sé si eso está bien, Violet.

—No lo sé, William, seguramente algún día se enterará, pero su padre, aunque no sabe que tiene una hija, en todos estos años no ha dado señales de vida, no le he interesado nada y, en cambio, se casó y anunció el nacimiento de su hijo al día siguiente de abandonarme. Fue terrible, muy doloroso, estuve en *shock* mucho tiempo. Decidí quedarme a vivir en Grosvencer House, dedicarme a la agricultura y, sobre todo, demostrar a todo el mundo que una mujer puede ser feliz, aunque desde luego no lo era, siendo madre soltera. No fue por ocultar a la sociedad londinense mi embarazo, no, ¡qué va! Todo lo contrario. Quizás esperar a Lili fue el detonante para hacer la vida que de verdad me gustaba, la que siempre quise hacer, y me paseaba por Bath y por los pueblos de alrededor orgullosa de mi tripita, orgullosa de mi destino y de lo que había decidido hacer. Así fue cómo comprobé, al poco tiempo, que la gente me respetaba y que me apoyaba.

—Mi vida, qué valiente has sido. Has tenido que sufrir mucho. Ahora, también te digo que, pobre hombre, tuvo que ser terrible para él dejarte. Yo, desde luego, no lo habría hecho, ya no imagino mi vida sin ti. Si me viera en una situación idéntica y habiéndote querido como hoy nos hemos querido, seguiría contigo eternamente… pero yo tengo cuarenta años y él tenía veintidós, ¿no es así? Y decidió mal.

Sonreí al ver cómo William se ponía en la piel de Andrew.

—Pues no lo sé, porque no he vuelto a saber nada de él en todos estos años, los mismos que seguramente tiene el hijo que tuvo él con su esposa.

—Y la elegante señora que acabamos de ver, ¿lo sabe?

—No con seguridad, pero vino a darnos el pésame cuando murió mi padre y al ver a Lilibeth se quedó bloqueada, paralizada. La niña tiene los mismos ojos que su padre, la misma mirada, se parece mucho a él, y ella lo vio con claridad, lo intuyó y se quedó muy descolocada. Seguro que hoy al verme te ha mirado y ha percibido que somos pareja, y habrá vuelto a pensar en su nieta y es posible que en su hijo, porque yo sé que él no ha podido ser feliz estos años. Nadie me ha hablado de él, pero se marchó a la fuerza para ser un caballero…, aunque un caballero con otra mujer, no conmigo.

—¿Y a tu madre tampoco se lo has dicho? Me está pareciendo todo increíble.

—A mi madre le da un ataque si sabe quién es el padre de la niña. Ella solo quería, en aquellos momentos, que me relacionara con personas aristócratas, nobles, príncipes, duques. Nos prohibió a toda la familia ir a la casa de los padres de Andrew porque le parecían de baja alcurnia. Mi madre ha cambiado mucho, pero antes la dominaban por completo las convenciones sociales y sobre todo «el qué dirán».

—Puf, ¿y qué pensara de mí, que no tengo tampoco esos atributos?

—¿De ti? ¿Mi madre? Pero si se ha enamorado de ti locamente. La tienes loquita. Ahora es una mujer casi feliz. Desde que murió mi padre nunca la he visto así. A ella también le has devuelto a la vida.

Me levanté, le abracé y me recosté en su pecho.

—William, ahora me siento mucho mejor y, además, me encanta que sepas lo que he vivido y cómo lo tuve que vivir, y también que mi hija no es de una relación fugaz y equivocada, es de una historia de amor auténtica, larga y consolidada, y que ella ha sido el mayor de los regalos…, bueno, y ahora tú también.

—Violet, me duele lo que has sufrido, pero estamos juntos por cómo ha sucedido. Tenemos una niña preciosa que a mí me recuerda a ti, es tan elegante como tú y tan divertida y loca como su mamá. Soy un hombre tremendamente afortunado. —Me abrazó con más cariño que nunca, sabiendo que estaba sufriendo al remover aquel terrible día en que se me partieron el alma y el corazón—. Pero ahora tú sientes lo mismo que yo, ¿verdad? Es que al oírte hablar de «una auténtica historia de amor» me ha dado un vuelco al corazón, no sé si estoy preparado para asumirlo, aunque te agradezco tu sinceridad…

Sonriéndole, y, como si fuera un niño, tras esa sensible y tímida declaración de sus temores, le abracé y le besé en sus mejillas, en sus labios, en sus ojos y de nuevo le dije: «¡Te quiero! ¡Te amo! ¡Te necesito!».

* * *

A la mañana siguiente, me desperté entre sus brazos. Qué sensación tan maravillosa despertarme a su lado, abrazada y sintiendo su respiración junto a la mía. Me di la vuelta con cuidado, sin que se diera cuenta, y pude admirar su varonil y bello rostro. William era muy atractivo y al verle dormido en la cama, conociendo ya su fabulosa manera de amarme, supuse que también tendría algo que contarme de las mujeres de su vida.

Cuando se despertó, nos miramos, nos sonreímos, nos besamos de una manera muy sutil, muy dulce, maravillosa.

—¿Estás más tranquila?

—Sí, y mucho más relajada, ya sabes todo o casi todo de mí. —Le sonreí pícaramente—. Y eso me gusta. —Entonces me acerqué más a él, le abracé y le dije—: ¿Y tú, no tienes nada que contarme? Me gustaría saber si tengo que estar celosa de una, de dos, de tres o de diez mujeres, porque eres demasiado guapo y no has vivido como yo una vida apartada de la sociedad. Seguro que tenías y tienes muchas admiradoras.

—Está bien, rubita encantadora, desayunamos, nos vestimos y nos vamos a pasear por el campo, y después, en el almuerzo, te lo cuento todo. Tú has sido muy sincera y yo lo seré también.

Me alegró oírle hablar así. William y yo nos estábamos desnudando el alma antes de comenzar una vida juntos para siempre. El ejercicio de la sinceridad unido al de la pasión quizás no estaba siendo fácil, pero desde luego era necesario.

Desayunamos en el jardín privado de nuestra *suite*, donde el camarero había colocado todo en una preciosa y pequeña mesa redonda. Mantel de lino grueso color rosa palo, vajilla y juego de café de porcelana decorada con sutiles florecillas en suaves tonos malvas y verdes, cubertería de plata y el más apetecible de los desayunos con todo lo que se pueda imaginar. Tostadas,

mantequilla, varias mermeladas, *brioche*, *cake*, zumo y frutas troceadas en un bonito cuenco de plata.

Por fin pude hacer realidad mi capricho —suponía que le iba a gustar—, pude ponerme mi bata y mi precioso camisón corto, casi picardías, de seda «piel de ángel» en un suavísimo tono melocotón. El escote, muy llamativo y en forma de «v», iba ribeteado de encaje en el mismo tono, y la bata —que no había cerrado—, cuando se movía dejaba ver mis largas piernas desnudas convirtiendo mis movimientos en algo muy *sexy*, o por lo menos, eso creía yo.

—Pero, Violet, ahora entiendo por qué querías ponerte el camisón. Ayer no entendía tu insistencia, me pareció muy graciosa, pero nada apetecible. Hoy, en cambio, quiero mirarte y mirarte así vestida, o mejor dicho, semidesnuda. Creo que eres la mujer con más clase de Inglaterra.

Yo, orgullosísima de mi lencería, daba vueltas y vueltas frente a él. Nunca había «jugueteado» así con ningún hombre y me hacía especial ilusión este juego de la seducción.

—Violet, si sigues así, no podremos salir de la habitación, me va a ser imposible. —Y nos besamos suavemente mientras coqueteábamos y reíamos.

—Bueno, ya me pongo seria —exclamé—, ahora me siento frente a ti y desayunamos tú y yo juntitos, pero con mi bata y camisón. William, estoy emocionada de estar así contigo, me haces sentir guapa, bella…

—Mira, eres lo más femenino e interesante que nadie puede imaginar. Eres un cóctel de mujer fuerte, independiente y muy sentimental. ¡Me muero de amor por Violet! —gritó, feliz, sin importarle que le oyeran.

Vestidos con botas y *barbour* de campo por la posible lluvia que se avecinaba, salimos de la mano a las afuera del hotel y lo primero que vi fue a un mozo que sujetaba con firmeza las bridas de dos preciosos caballos negros, imponentes, hermosos.

—¿Son para nosotros? —pregunté, mirándole a la cara sin creerlo, aunque suponiendo que así sería.

—Por supuesto, para mi bellísima amazona. Nuestro paseo será a caballo, como a ti te gusta, solos los dos… Quiero vivir contigo lo que te hace tan feliz. El campo, los caballos y la agricultura también son ya cosa mía. A partir de ahora están en mi vida para vivirlos contigo y disfrutarlos juntos.

Emocionada y muy agradecida, le sujeté su cara con mis manos, le acaricié lentamente, mirándole con mis ojos llenos de amor. No le dije nada, solo le besé, después me abracé a él mientras escuchaba su trepidante respiración. Él también estaba emocionado. Subimos a la grupa de los fabulosos corceles y comenzamos una rápida pero controlada carrera por las praderas cercanas al río Avon. La sensación era maravillosa, única… Desde que me abandonó Andrew nunca había experimentado nada parecido a lomos de un caballo. A veces William me adelantaba, otras veces cabalgábamos juntos, mirándonos a la cara, sonriéndonos, sin importarnos la suave lluvia ni nuestro pelo mojado. Estábamos ilusionados, relajados, éramos, en muchas cosas, muy parecidos, aunque nuestras vidas habían sido distintas por completo.

Mientras cabalgaba no pude evitar recordar cuando lo hacía con Andrew. Cada fin de semana nos encontrábamos en nuestra cabaña, todos los viernes a la misma hora, cuatro de la tarde, tras volver de pasar la semana en Londres. Y después de querernos, reírnos y admirarnos siempre con embeleso, montábamos a caballo hasta la extenuación.

* * *

—Andrew, ¿qué te parece si estudio veterinaria? Me encantaría dedicarme a curar animales mientras tú curas a personas. Seríamos una pareja muy especial, ¿no crees?

—Pero qué loca estas, ¿veterinaria tú? Si tienes tres mozos para que cuiden de tus animales y varios veterinarios que cada día van a ver cómo se encuentran.

—Bueno, tú también tienes médicos que te vigilan o que te miran cuando no te encuentras bien y estás estudiando medicina. Sabes que mi pasión son los caballos, no lo encuentro nada descabellado.

—Mejor podías dedicarte a la cría caballar. Eso, creo, sí que es lo tuyo, siempre lo he pensado. Francamente te veo muy cercana a conseguir fabulosos ejemplares purasangre. Eres meticulosa, tenaz, estudias con detalle lo que te interesa y te gusta. Vamos, no tengo duda, serás una buenísima propietaria de yeguada y así podrás dejar a tus veterinarios que hagan su trabajo…

* * *

Me di cuenta de que Andrew fue el que inició en mí la ilusión por la cría de caballos, ¡ya lo había olvidado!, y que solo con su genética estaba influyendo en el destino de los estudios de mi hija Lilibeth, la medicina. Sin duda, la estela de Andrew era larga y había que aceptarla, pero, a partir de ahora, no podría ni insinuarlo, no creía que le gustara a William. Él mismo había manifestado su pena al saber por mí que el padre de mi hija era un verdadero amor.

Por un camino asombrosamente bello, con una naturaleza fabulosa de árboles enormes con hojas de distintos colores, William y yo seguíamos nuestro viaje hacia un lugar incierto para mí, pero del que mi capitán aseguraba que me gustaría.

Al cabo de media hora llegamos a una casita, pequeña, con la puerta muy cuidada, con flores a su alrededor y, en medio de la nada, entre valles y montañas. William se bajó de su caballo y me ayudó a mí a hacerlo, aunque sabía que no me hacía falta.

—Querida, ya hemos llegado, y nos aguarda un maravilloso almuerzo. —Me sonrió—. Espero que te guste y disfrutes por lo menos como he disfrutado yo mientras lo organizaba.

—William, pero qué sitio tan romántico. ¿Y vamos a comer aquí?

—Sí, vamos a comer y solos, no habrá nadie más. Excepto en tu casa de Londres, que fue maravilloso, nunca hemos podido estar solos y me molestan ya hasta los camareros del hotel. —Sonrió—. Quiero hablar en voz alta contigo, besarte si quiero y acostarnos cuando nos dé la gana. Aquí estaremos de verdad solos, con dos caballos en la puerta y en plena naturaleza, como a ti te gusta.

Le miré y pensé que estaba muy enamorado, me quería sorprender y estar conmigo, nada más. Eso era amor de verdad.

—Entremos, estoy nerviosa, ¡quiero verla por dentro!

Dejamos atados los caballos a una espacie de manillar de hierro colocado, sin duda, para ese fin.

Al traspasar la puerta la imagen que contemplamos era tan cálida, tan bella que cogí la mano de William y la besé. A él no podía, pues era imposible dejar de mirar esa enorme chimenea de piedra con gruesos troncos ardiendo junto a un preciso sofá Chester de terciopelo burdeos y unas butacas a su lado de curtida piel marrón oscuro.

Las paredes estaban enteladas de tartán escocés, y numerosas pinturas de caballos y perros de caza colgaban embelleciendo y dando aún más identidad a ese salón tan pequeño como maravilloso.

Entonces sí, entonces me volví a William y le besé mientras me reía emocionada y le decía una y mil veces lo que él ya era en mi vida y lo que le agradecía lo que estaba haciendo por mí. William me cogió de la mano y abrió una puerta de la casita, casi se podía decir una cabaña —¡otra cabaña en mi vida!—. Tras ella, una habitación tan acogedora que te apetecía meterte en la cama nada más entrar. Sobre la colcha había un paquetito muy pequeño y muy bien presentado y al lado otro del tamaño de un folio, muy estrechito.

—¿Y ahora qué hago? ¿Me desmayo? ¡Es que no puede ser! ¿Qué has hecho ahora?

—¡Ábrelo! Estoy deseando que lo veas.

Al abrir la cajita, que bien me hacía pensar que sería una joya, vi, reluciente e imponente, una sortija con un enorme zafiro y brillantitos alrededor, como la de la princesa Diana.

—Pero no puede ser, William, es como el de Lady Di. ¿Por qué…, por qué has hecho esto, si ya tengo mi precioso solitario?

—Porque tú eres más que una princesa para mí, y sé que a todas las mujeres os gusta ahora esta sortija, se lo he oído decir a muchas amigas en las cenas y no he querido que mi princesa no la lleve en su mano… ¿Sabes que cuando te conocí, cuando abandonaste el palacio, su majestad me comentó con cierta añoranza que muchas veces pensó que hubieras sido una excelente esposa para Carlos, pero que no pudo ser porque fuiste mamá muy pronto? Pues ahora yo te convierto en mi reina para siempre y agradezco al destino que naciera Lilibeth y así pudiéramos llegar a conocernos.

—Pero yo creo que todo eso son historietas. Lo mismo me decía mi padre y yo siempre agradecía todavía más a Lilibeth que naciera y me librara del encorsetamiento de palacio. No me puedo ni imaginar allí.

—Bueno, estoy seguro de que al príncipe de Gales le hubieras encantado. Si finalmente viene a nuestra boda, seguro, seguro que me comentará algo. Tus aficiones y tus gustos son muy parecidos a los de él, y eso me pone bastante nervioso, pues creo que en el fondo tienen razón. Por eso quiero que tú tengas esa sortija también, pero regalada por mí. La otra, el solitario, era de mi madre, es un regalo de ella.

Le besé. No podía ser más especial y más sentimental mi prometido.

—¿Y esto otro qué es? —Abrí el otro paquete de suave tacto envuelto en delicado papel de seda, y, sin poder reprimir unas lágrimas, mejor dicho, casi un sollozo, vi la fotografía de un bello purasangre. Jamás había visto un animal semejante, con capa color castaño oscuro, casi negro, un bellísimo cuerpo atlético y debajo de su imagen un nombre: «Palace».

—Pero ¿qué has hecho, William? ¿Es para mí?

—Para quién si no, mi bella amazona, y además se llama Palace, pues en un palacio nos conocimos. Todavía no puedo creer mi gran suerte, y este bello animal, en cuanto te conozca, tampoco podrá creerse que va a ser montado por la más bella de las amazonas.

—Pero, William, estoy asustada, te has tenido que arruinar, no me merezco todo esto, sabes que yo no necesito nada para estar a tu lado.

—Lo sé, Violet, pero es que a mí todo me parece poco para ti. No hago más que pensar en hacerte feliz, y sé cuáles son tus ilusiones y no quiero que se deje de cumplir ninguna. Que sepas que Palace ya está en tus caballerizas. Cuando volvamos a casa mañana, le verás junto a tus yeguas y no te quedará más remedio que pensar también en mí. En realidad, es un pequeño truco para estar siempre junto a ti: quería estar en el centro de lo que más te motiva, en lo que te gusta, con lo que disfrutas.

Entonces me abracé con fuerza a su pecho y, sin esperar a que él lo hiciera, empecé a

desabrocharme la blusa. Él me sonrió, me preguntó si me apetecía, le contesté que más que nada en el mundo, y los dos nos volvimos a demostrar que nos queríamos. Me di cuenta de que me había convertido, de repente, en una mujer casi desinhibida cuando me encontraba junto a él. William, con su grandísimo amor, me hacía vivir sensaciones ya adictivas para mí.

Tras este comienzo triunfal, William y yo nos levantamos para tomar algo. Ya se había pasado la hora del almuerzo, pero daba igual. Los dos juntos fuimos a la cocina y las fuentes de plata preparadas con ligeros manjares hicieron que se nos abriera el apetito. Algo de *roast beef*, jamón de york, ensalada de tomatitos *cherry* y *mozzarella* y una especie de ensalada de frutos rojos que solo por sus colores parecía un precioso cuadro.

Entre los dos llevamos las fuentes a la mesa de madera delante de la chimenea. La cabalgada por las praderas a orillas del Avon y nuestro fogoso encuentro en la habitación hicieron que tuviéramos un almuerzo-merienda apetecible y sensual.

La chimenea seguía ardiendo, y, de vez en cuando, tanto William como yo nos levantábamos para poner un nuevo tronco y así mantener vivo el fuego —el de la chimenea, claro, el otro estaba ardiendo—: estábamos casi jugando a las casitas. Sabíamos que nuestra vida no iba a ser así, pues Lilibeth siempre estaría con nosotros y mi madre, lógico, cuando ella quisiera, y a juzgar por lo que le gustaba el capitán muy posiblemente se haría habitual. Cada vez creía con más seguridad que finalmente se iba a quedar a vivir en la campiña. Algo había cambiado en ella y desde hacía más de un año no había vuelto a Londres… Raro, ¿verdad?

—¿Me acompañas a ver a los caballos? —le dije—. Deberíamos darles algo de comer.

Salimos los dos, cada uno con un paño en la mano, los limpiamos y peinamos, les dimos agua y la comida que había preparada para ellos

—William, ¿no tendríamos que irnos ya? Va a anochecer y tenemos mucho camino de vuelta.

—Preferiría quedarme aquí a dormir. ¿Te apetece? Se está tan bien, es tan íntima esta casita, parece nuestra… Mañana por la mañana volvemos con los caballos al hotel y, después, regresaremos a casa a ver a Lili y a tu madre, que ya no pueden vivir sin nosotros.

Le miré tras las orejas de mi corcel, le sonreí, él me contestó con la misma sonrisa y, sujetando a nuestros preciosos caballos, nos besamos con dos enormes y asombradas cabezas de equinos por testigos. Aquello era de película, mi mejor película… Nunca pude imaginar algo más bello.

Entramos de nuevo, eran las ocho de la tarde, nos sentamos en el sofá de terciopelo burdeos frente al fuego, los dos al calor de la chimenea, cada uno con un albornoz blanco, desnudos, descalzos, con una copa de *champagne* y sabiendo que fuera, en millas a la redonda, no había nadie más que nosotros, solo nosotros. La sensación era excitante y muy fuerte. No faltaba detalle. Estaba siendo una cita preboda absolutamente maravillosa

Yo me recosté sobre William estirando mis piernas desnudas en el sofá, él me acarició el pelo y mi cuello y mis hombros. Estábamos en silencio, en paz, saboreando las burbujas de nuestras copas. Con los ojos cerrados, viviendo con intensidad el momento quizás más íntimamente auténtico, muy a gusto, enamorados. Y así estuvimos mucho tiempo, yo abrazada a él y recostada en su pecho.

—¿Cómo es Palace? ¿Es tan guapo como tú? —le pregunté para que se riera.

—No, no, ¡es mucho más guapo que yo! Él es un purasangre, de los que le gustan a tu madre. —Y se rio a carcajadas—. Yo, en cambio, soy de apellidos normalillos, mi sangre no es pura, es roja, no azul.

—Sí, pero eres ayudante de campo de la reina, y eso a mi queridísima madre le encanta…, y estás condecorado en una guerra, y has nacido en Delhi, que es muy glamuroso… Por cierto, ¿cuándo conoceré a tus hermanas? Lo haré antes de la boda, ¿verdad?

—Por supuesto, ellas lo están deseando también, pero como viven en Bombay lo haremos cuando vengan a Inglaterra, no queda otro remedio. Les vas a encantar, aunque es como si te conocieran con todo lo que les he contado de ti.

Me incorporé un poco y crucé mis largas piernas sobre los almohadones, me coloqué frente a él y le miré fijamente. Lo besé con cierta picardía, le acaricié la cara, y, simulando cierta ingenuidad, le pregunté por las «mujeres» de su vida. Él echó su cabeza hacia atrás, cerró los ojos, parecía que no le apetecía nada abrirse.

—No te preocupes —dije al notar su contrariedad—, podré soportar que te hayan querido mucho y muchas, porque a la que quieres ahora es solo a mí, ¿verdad?

—Pero, piernas largas, por supuesto que solo te quiero a ti. ¡Me has vuelto del revés por completo! Al conocerte y enamorarme de ti, supe que mis relaciones anteriores no habían sido nada, ya creo que ni hubo amor ni atracción en ninguna de ellas, en comparación con lo que estoy viviendo contigo. No, mi vida, no es eso. Ya imaginarás que no he llegado a los cuarenta sin tener ninguna aventura ni ninguna relación. Las he tenido, pero ahora sé que no han sido importantes y estoy contento porque acerté al no formalizar ninguna. Te estaba esperando a ti, eso desde luego.

—Pero, William —dije frunciendo un poco el ceño—, yo he sido mucho más sincera contigo. Desde el principio te he dicho que había estado completamente enamorada del padre de mi hija.

Él se sentó erguido, me cogió las dos manos, las apretó con fuerza, me miró y con voz serena pero firme me dijo:

—Por favor, Violet, no me vuelvas a hablar de él. No puedo asumirlo, no puedo volver a oír cómo le querías. Sé que él está vivo, aunque tú digas que has sido como su viuda más de quince años, pero él no ha muerto, existe, y no quiero ni pensar que todavía sea como una asignatura pendiente tuya. Me desconcierta hablar de él.

Entonces respiró hondo, como para calmar su palpitación, y empezó a desgranar, capítulo a capítulo, el trágico accidente que cambió su vida sentimental para siempre, el dolor que sintió cuando supo que Stella quedaría postrada en una silla de ruedas, el acopio de fuerza con la que tuvo que enfrentarse ante la insistencia, lógica, de los padres de la chica para que se casara con ella, su compromiso de por vida en cuidarla y, por supuesto, su decisión de no casarse nunca y que sus relaciones con otras mujeres fueran cortas y poco formales.

Yo le escuchaba callada, a veces le acariciaba, pero me confundía y me preocupaba su aparente encadenamiento a esa mujer.

—Pero, William, fue un accidente donde no hubo culpables, ¿no es así?

—Sí, así fue, pero sus padres nos vieron discutir momentos antes. Ella me insistía demasiado para seguir conmigo y decidí terminar con esa situación. Al marcharme aceleré el coche, pero en el último minuto frené y Stella pudo introducirse en el asiento de la izquierda, que es lo que quería. Abandonamos la casa y después, por la lluvia y por el desbordamiento del río, pasó lo que pasó. Pero, claro, para sus padres pudo haber cierta falta de serenidad conduciendo, cierta locura al volante, pues nos vieron discutir, cuando no es verdad: el momento fue trágico por la tormenta y el barro de la carretera…

—Qué pena me da, William, qué pena… Es una auténtica tragedia —le dije mientras le besaba —, pero creo que tú estás enganchado a Stella y al drama que vivisteis, y, aunque entiendo lo

duro que tiene que ser para ti, no debes hacerte responsable eternamente, a pesar de que siento una enorme pena por ella, solo de pensar que continúa enamorada de ti me parece de una tristeza difícil de superar.

—Sí, Violet, además socialmente fue muy duro e interiormente, para mí, terrible. Pasé de ser un militar que triunfaba en su carrera profesional y era requerido en las mejores fiestas y almuerzos a vivir una especie de autoconfinamiento. El horror que me produjo el accidente, la insistencia de la pobre Stella, la tristeza enorme de sus padres… Por todo eso que viví durante más de un año no quise tener ninguna pareja seria. Mi comportamiento y mi obsesión me llevaban siempre a lo mismo: ¡de relaciones serias y de matrimonio, nada!, hasta que te conocí y le diste la vuelta totalmente a mi compromiso de vida.

—No nos preocupemos más, William. —Le besé suavemente, le hacía falta—. Yo te ayudaré siempre, estaré a tu lado, pero tienes que empezar a asumir esa tragedia, porque tú nunca la quisiste, ¿verdad?, ¿ni le diste falsas esperanzas?

—No, claro que no, pero era tan divertida, tan animada que no acabé con la relación que manteníamos cuando lo tenía que haber hecho mucho antes, ese fue mi gran error. Ella claramente me quería, y yo claramente no, pero debí dejar de verla y no lo hice, y de eso sí me siento responsable. Tenía que haber terminado antes, pero Stella me introducía en un nivel social muy atractivo para mí en esos momentos, y era muy insistente.

Me acerqué, le abracé, le dije que no se preocupara, que le quería con su pasado, con su presente y, sobre todo, con su futuro junto a mí. Y William me lo agradeció, se le saltaron las lágrimas.

—Hace tres días fui a ver a Stella y a su madre a su casa de Londres. Quería estar junto a ti con todo arreglado. Primero invité a su majestad a venir a nuestra boda y después me acerqué a casa de Stella para comunicarle que en breve iba a contraer matrimonio. El momento fue terrible, tristísimo, ver a Stella sin poder moverse, llorando, destrozada, y su madre casi desesperada. Me afectó profundamente, pero lady Turner me ayudó y me aseguró que si necesitas que ella te confirme que no tuve relación sentimental con su hija y que, por tanto, no tenía ninguna obligación lo hará el día que tú quieras

—William, eres todo un caballero. Te ayudaré, seré tu esposa en todo. Además, los dos sabemos lo que es sufrir por nuestras relaciones, pero ahora vamos a disfrutar de verdad, sabiendo que nos tenemos que cuidar y que en cualquier momento se puede romper el amor… ¡Y yo ya no puedo vivir sin ti!

16

La casa estaba radiante, resplandeciente. En nuestros salones se iba a celebrar el cóctel y almuerzo de la boda. Mamá, Lilibeth y yo estábamos francamente nerviosas. La noche anterior la habíamos pasado casi en vela: habíamos decidido dormir las tres en la misma habitación y el resultado fue nefasto para el descanso y maravilloso para nuestra unión.

Mamá no paró de contar anécdotas de cuando yo era pequeña, de papá acompañándome a caballo por las laderas temiendo que me pasara algo, de mi obsesión por la vida en el campo y mi absurdo rechazo a la de Londres. Lili se emocionaba al escucharla y me miraba casi con admiración. Ciertamente echábamos de menos a papá, pero una nueva lady Sophie había renacido en mi madre. Ahora se nos presentaba como una mujer más fuerte, más independiente y mucho más segura de sí misma. Su vida, hasta que enviudó, había sido la dependencia más absoluta de mi padre y «del que dirán». Ahora nos estaba sorprendiendo por su falta de interés por Londres, por su gusto por la casa de campo y sobre todo por su llamativa independencia y renovada belleza, sin importarle para nada los comentarios buenos o malos de la sociedad. Francamente, me estaba pareciendo que empezaba a vivir una nueva vida.

—Mamá, por favor, necesito la diadema, que me la tienen que colocar ya… Estamos en el límite de tiempo —grité, nerviosa, bajo el dintel de la puerta.

Cuando mi madre entró en la habitación y me vio con mi sencillo pero exquisito vestido blanco de Chanel, una entrecortada exclamación salió de su boca mientras se acercaba para abrazarme.

—Violet, hija mía, estás radiante, bellísima, y todavía pareces una niña. No aparentas más de veinticinco años, y estás preciosa vestida de blanco con la diadema y tu ramo de camelias. Cuando te vea William, se desmaya. No he visto nunca a un hombre más enamorado.

—¡Mamá, le quiero tanto!… Me cuida y me protege, me mima muchísimo y me quiere, me quiere.

—Es apasionado, ¿verdad?

—Pero, mamá, ¿cómo me preguntas tú eso? Me da vergüenza hablar de eso contigo, ¡cómo se te ocurre!

—Bueno, hija mía, como contigo no hemos podido ni siquiera hablar del posible padre de Lili, pues tú y yo en el campo del amor no nos hemos dirigido la palabra, pero para mí son importantísimos la pasión y el deseo.

—Mamá, pero ¡qué poco te pega lo que me estás diciendo! Cuando se lo cuente a William, no se lo va a creer. Desde hace un tiempo me pareces otra persona…

—Bueno, pequeña, ya hablaremos de mí otro día, hoy es tu día y solo tuyo… Estás divina, es el traje nupcial más bonito que he visto nunca. Este nuevo diseñador alemán Karl Lagerfeld te ha imaginado como una bellísima princesa, moderna y actual al tiempo que romántica y muy dulce.

—Gracias por todo, mamá. —La besé con enorme cariño; desde que no estaba papá nos habíamos unido mucho más—. Te tengo tanto que agradecer que espero demostrártelo con toda una vida junto a ti.

Ella se dio cuenta, recogió el mensaje y me sonrió. Supo que le estaba diciendo que no se preocupara, que en mi vida estarían Lilibeth y ella siempre junto a nosotros. Y, de la mano, abandonamos la habitación, las costureras me ayudaban con el larguísimo velo, mamá me sujetaba para que no resbalara por las escaleras y, de repente, al final y en el último escalón estaba Lilibeth, una dulce maravilla que nos miraba y saludaba feliz con su ramo de violetas en mi honor, en honor a mi nombre, como le hubiera gustado a mi padre. Mi pequeña se había convertido en una fabulosa jovencita con su voluminosa melena caoba, ojos azules profundos y largas y delgadas piernas que se apreciaban bajo el vestido color lila de capas de gasa semitransparente. Estaba muy alta, muy estilizada. Era, desde luego, una verdadera monada difícil de pasar desapercibida para todos.

Entramos las tres en el coche, un antiguo Rolls-Royce que nos había mandado desde Londres un amigo de papá. Emocionadas y divertidas, nos colocamos en el anchísimo y cómodo asiento de atrás.

—Violet —preguntó mamá—, está todo preparado para vuestra vuelta a casa, ¿verdad? ¿Crees que William imagina algo o conseguirás que sea una sorpresa para él?

—No creo que imagine nada, la verdad. Ha tenido tantas cosas que hacer que no creo haya tenido tiempo de pensar en algo diferente a lo normal.

—¡Qué maravilla! ¡El final de la boda es casi de cuento! ¡Me parece tan bonito!

Y en menos de quince minutos en los que casi no pudimos hablar llegamos a la abadía de Bath, también llamada de San Pedro y San Pablo, un imponente edificio religioso, gótico, bellísimo, con enormes bóvedas y magníficos ventanales con escenas del Antiguo Testamento. Desde lejos ya apreciamos a mucha gente en los alrededores, y los nervios se apoderaron por completo de mi cuerpo y mi corazón. Empecé a no poder respirar mientras el ramo de flores se movía sin parar por mi estado de ansiedad.

Mi madre me sujetó el brazo.

—Tranquila, querida, disfruta de todo, vive cada minuto. Eres la novia más hermosa que haya visto nunca y William es el mejor hombre que pudiera haber soñado para ti. Tu padre, que era el que te tenía que haber llevado al altar, estará orgullosísimo. Al fin y al cabo, es el que ha organizado esta boda, no tengo ninguna duda.

—Mamá, que me pongo a llorar, que se me corre el rímel, por favor. ¡Dime algo que me haga reír!

—Bueno, hija mía, allá voy. —Se rio—. ¿Te imaginas la cara de todos los invitados cuando vean que tu padrino son dos mujeres, tu madre y tu hija…? ¡Va a ser un bombazo, tenlo por seguro! Desde luego, si me dicen hace dos años que yo iba a protagonizar un momento así, me desmayo, pero ahora soy la madre más feliz del mundo. —Y nos reímos las tres, sobre todo Lilibeth, que estaba deslumbrante y asistía impactada a su primera y glamurosa puesta en escena.

Nuestro coche, por fin, se detuvo en la puerta principal de la abadía y nos comunicaron que acababa de llegar el príncipe Carlos. Niños, jóvenes y mayores de Bath nos rodearon ansiosos por presenciar la llegada de la novia. Además, nos conocíamos casi todos: mi vida hasta ese momento había sido la de una joven más de la ciudad. Cada día, cada mañana, iba a hacer mis compras y a encargarme de las ventas de los productos de mi huerta. La gente nos quería, y a pesar de tener una vida algo inalcanzable para la mayoría, nunca me sentí menospreciada por mi

situación de madre soltera. Siempre me apoyaron y respetaron mi trabajo y nunca me criticaron… O, por lo menos, así lo sentía yo.

Cuando bajé del coche, vi tantas caras conocidas que me emocioné: el propietario de la frutería, el que me conseguía los mejores piensos para mis caballos, el que me compraba mis zanahorias, berenjenas, brócoli…, todos estaban allí. El comienzo de mi boda era entrañable.

Y las tres, del brazo y muy juntas, bajamos del coche, nos ayudamos entre nosotras a colocarnos bien los vestidos e hicimos nuestra entrada al monumental templo.

Empezaron a sonar las trompetas anunciando nuestra llegada. Era un momento muy impactante, casi sublime.

Mamá, Lili y yo comenzamos a recorrer la larga alfombra que nos acercaba al altar mayor, que estaba tapizado por paniculata y rosas blancas, bajo las vidrieras más espectaculares con secuencias de la vida de Cristo. Al fondo me esperaba William, con su precioso uniforme de gala de la Royal Navy: azul marino, con el cordón dorado que le acreditaba como ayudante de campo de la reina, todas sus condecoraciones de guerra en el hombro izquierdo e increíblemente atractivo, más que nunca.

Avanzamos sobre la alfombra con los farolillos encendidos a los lados mientras todo el mundo admiraba mi elegante Chanel realizado para mí, un alta costura de Lagerfeld que enseguida supo captar lo que tanto me apetecía. Un vestido largo de fino *tweed* blanco con hilos plateados, muy sutiles, que daban a la tela un punto más sofisticado, recto y con botones de perla desde el cuello hasta abajo, manga cortita, dos bolsillos y un corte por debajo del pecho que hacía que mi silueta se realzara aún más. El cuello a la caja ribeteado por un entrelazado igual que los puños y los bolsillos y zapatos también blancos, con algo de tacón. Y lo más importante, un larguísimo velo de seda, casi transparente, que descendía más de cuatro metros desde mi diadema de brillantes, la familiar, la que todas mis antepasadas se habían puesto en sus bodas y la que ¡ojalá! se pusiese Lilibeth algún día. Por último, en mi hombro, la condecoración de mi padre por sus servicios a la reina: una preciosa medalla de oro con la foto de su majestad pintada sobre fina porcelana.

Fue una entrada triunfal. Con la orquesta tocando «God Save the Queen» y todos los invitados de pie, las tres mujeres de la familia que durante tanto tiempo habíamos vivido solas en el campo nos presentábamos juntas y muy elegantes ante la sociedad para confirmar que mi matrimonio nos hacía felices a todas y que éramos una piña.

Cuando llegamos al altar, y antes de dar la mano a mi querido William, las tres a la vez, le hicimos la reverencia al heredero de la Corona, que ese día representaba a la reina, su madre. Y por fin, pude girarme y mirar de frente a mi prometido. Los dos nos emocionamos. William me cogió la mano y me la besó. Nos sonreímos, también nos besamos y entrelazamos nuestras manos, fuerte, sin dejar de estar así ni un solo momento de la ceremonia. A mí me parecía mentira estar viviendo ese instante y tan enamorada…

«¡Qué suerte tengo, Violet!», me dijo con una mirada llena de admiración, a lo que yo solo le pude responder, muy bajito, acercándome a su oído:

—¡Te quiero, capitán!

La ceremonia estuvo llena de emotivos momentos. Las palabras de mi hija me hicieron llorar, las de mi madre recordando a mi padre me encogieron el corazón; Rose, hermana de William, me agradeció en el alma que estuviera en la vida de su querido hermano, al que ya veían como «soltero de oro», y por fin las palabras de mi más querida amiga, Poppy, bellísima, leyendo en el altar y emocionada hasta las lágrimas hablando de nuestra eterna amistad por encima de las clases sociales, de mi hija, casi hija suya, y de los rancios tabúes que juntas habíamos obviado.

William y yo estábamos demasiado emocionados, creo que los dos en ese momento hicimos un breve recorrido por nuestras vidas para apreciar, si cabía más todavía, la suerte que ambos teníamos. Y la más bella de las composiciones de Beethoven, el concierto número 5 para piano, empezó a sonar con la delicadeza y fuerza de esa maravillosa obra. Era tan tan conmovedora que la abadía se quedó en un silencio sepulcral ante el romanticismo de esta obra que a William y a mí nos estaba emocionando hasta las lágrimas. Fue un momento mágico en el que a todos se nos encogió el corazón. Allí se respiraba amor y se vivía el amor de los contrayentes.

William me miraba mientras me acariciaba la mano. Se le notaba entusiasmado y parecía el hombre más feliz del mundo, igual que yo… Nunca creí que fuera a encontrar otro amor que me llenara quizás más que Andrew. Por supuesto, él no faltó en mi memoria en esta celebración. Con él sentí la felicidad cuando era todavía muy joven, también sufrí el dolor del alma, pero su recuerdo siempre sería bueno. Tenía conmigo a Lili y eso no merecía ningún reproche a quien me la había regalado.

El arzobispo bendijo nuestra unión. William y yo nos dimos un beso largo, intenso, en los labios, lo estábamos deseando. Mi madre y mi hija estaban radiantes, y Rose, mi cuñada y madrina de la boda, me abrazó con fuerza y mucha ternura, casi como si fuera la madre de William.

Tras inclinarnos ante el príncipe, que vino sin la princesa, William y yo, del brazo, abandonamos la abadía mientras escuchábamos el impresionante «Aleluya» de Haendel, cantado por un maravilloso coro de más de cuarenta voces y una grandiosa orquesta.

El momento era mágico. William paró el recorrido nupcial y me besó inesperadamente, no podía aguantar más, mientras, yo, como si fuera casi una feliz jovencita, disfrutaba de ese momento tan dulce entregada a mi amor, con un vestido que era un sueño para mí y un larguísimo velo transparente que volaba sobre la alfombra haciendo movimientos semicirculares provocados por el suave viento que entraba por la puerta de la catedral, ya abierta a las preciosas calles de Bath.

Las luces, las velas, los *flashes* de los fotógrafos provocaron destellos en mi diadema. Detrás de nosotros, Carlos de Inglaterra daba el brazo a mi madre y Lilibeth les seguía espectacular, como un cisne, con su llamativa melena casi pelirroja, con atractivas ondas y una finísima diadema de flores blancas. Era, desde luego, la princesa de la boda, nadie como ella llamaba más la atención, ¡y yo me sentía tan orgullosa!

A la salida, la gente que se arremolinaba en los alrededores nos aplaudía y vitoreaba, todos reían. De pronto, William se percató de la sorpresa.

—¡No, no, por favor, dime que no es verdad! ¡Dime que no tendré que abandonar la iglesia en ese carruaje de caballos!

—Por supuesto, príncipe, tu princesa ha querido que el bellezón de Palace y la preciosa Dama nos lleven a casa como mi apuesto capitán se merece. —Solté una carcajada ante la cara de estupor de William.

—¡No! Pero ¿por qué me haces esto? —Y riéndonos y tras dar un beso a Dama y una caricia a Palace, nos dispusimos a subir al carruaje. En ese momento, vi que la señora Campbell, que evidentemente no estaba invitada a la boda, estaba hablando con mi hija a las puertas de la abadía. Bajé corriendo del coche de caballos furiosa, contrariada. Volvía a aparecer cuando menos se la esperaba.

—William, mi vida, espérame un minuto, tengo algo que hacer. —Con rapidez, demasiada rapidez, y con el velo enrollado en mis brazos para no pisarlo, me acerqué a ellas.

—Buenas tardes, señora Campbell, ¿le puedo ayudar en algo? ¿Quiere algo de mi hija? ¿La conoce quizás?

—Bueno, no sé —titubeó—, un día en su casa… —se refería al día del entierro de papá—. Solo me he acercado a ella para conocerla un poco más. Es tan bella…

—Sí, muchas gracias, Lili, por favor, tu abuela te está buscando. —Lili dio media vuelta y abandonó el lugar muy fuerte decir «tu abuela» delante de la otra abuela.

—Señora, no la quiero contrariar, pero cuido mucho de mi hija y como usted no es una invitada a la boda, me he preocupado. Si me disculpa…

Me di la vuelta y temblando, con el corazón que se me salía del pecho, volví al carruaje, donde me esperaba William, entre contrariada y algo apenada. Al fin y al cabo, era la abuela de mi hija.

—Ya te he visto, querida, cómo lo siento. Era «esa señora», ¿verdad?

—Sí, cielo, es que siempre la veo cuando más me puede doler, pero, bueno, a Lili no le ha extrañado, creo que he conseguido cierta naturalidad, no te preocupes. —Le besé para que no pareciera importante lo que desde luego sí lo era para mí.

—Pues entonces, disfrutemos —me dijo besándome la mano—, ya que estoy sobre este carruaje, algo que nunca pude imaginar, ¡divirtámonos, bella princesa!

Y abandonamos Bath y su abadía como si fuéramos dos jóvenes y elegantes novios del siglo XVIII. El camino a casa fue divertido, romántico, increíble. William y yo no paramos de besarnos, de mirarnos, de reírnos. Había sido una boda regia y ahora íbamos a los mandos de Dama y Palace, los dos purasangre que darían renombre —por lo menos eso esperábamos— a nuestra nueva yeguada.

Llegamos a la casa y entramos por la verja que conducía a la mansión con todos los coches de nuestros invitados detrás, haciendo sonar sus cláxones y produciendo un estruendo alegre de bienvenida.

William me abrazaba y me miraba absorto y enamorado.

—Violet, eres tan espectacular… Este vestido es tan elegante y tan tuyo. No se parece a ningún vestido de novia que haya visto antes, y el efecto, cuando entrabas en la abadía, con tu diadema de brillantes y ese velo que volaba y se movía al caminar, ha sido como ver a una diosa venir hacia mí para convertirse en mi esposa. Las piernas me temblaban, y el corazón se me salía del pecho. Hasta mi hermana Rose se ha dado cuenta y me ha cogido del brazo. A ella le has impresionado igual. Ojalá te hubieran conocido mis padres.

—Yo también he pensado mucho en mi padre, pero tanto mi madre como yo creemos que él es el que organizó nuestra boda desde el cielo. Sin su triste desaparición, tú y yo no nos hubiéramos conocido.

—Violet, quiero hacerte muy feliz y formar una familia contigo…, con tu madre, Lili y alguno más, enseguida, ¿verdad?

—Por supuesto, y aunque no lo hemos hablado, desde este momento te aseguro que estoy deseando ser la mamá de tu hijo; será un honor.

De nuevo nos besamos con pasión mientras todos los empleados, algunos llevaban con nosotros desde que nací, al vernos tan enamorados, aplaudieron con ganas. Nos pusimos de pie en el coche de caballos y los saludamos con los brazos abiertos y mientras ondeaba mi precioso ramo de camelias blancas nos volvimos a besar, allí mismo, ante todos nuestros invitados que estaban ya abandonando sus coches y delante de nuestras familias. Todo era alegre, natural, no

éramos unos niños y queríamos disfrutar sin ñoñerías del momento. Los jardines de la casa se convirtieron en una especie de cuadro multicolor de mujeres bellísimas y elegantes y atractivos caballeros que comenzaban a encender sus puros o cigarrillos mientras disfrutaban del cóctel de bienvenida.

Al entrar en el *hall*, los invitados no pudieron evitar exclamaciones de asombro. Altísimos centros de flores de color malva, violeta y rosa suave adornaban la mesa de entrada, a juego con los *bouquets* de peonías y hortensias estratégicamente colocados en las mesas cercanas a la chimenea y a los sofás. Las puertas que daban al jardín estaban abiertas, el día era muy agradable, y las cortinas recogidas en los laterales conseguían hacer más elegante aún el salón donde se empezaba a servir el cóctel.

Las chimeneas, las dos del salón y la de la biblioteca, permanecían encendidas a pesar de la bondad del tiempo, logrando dar al ambiente una maravillosa calidez de hogar.

En el centro y bien rodeado se encontraba el príncipe de Gales. Con su exquisita elegancia, ataviado con su uniforme de comandante de la Marina Real, se acercó a nosotros ya con una copa en la mano.

Yo le hice una perfecta reverencia, algo innato en las personas cercanas a la familia real. William se cuadró ante su comandante en jefe.

—Violet, estoy impresionado con tu vestido y con tu belleza —me dijo el príncipe, dejándome absolutamente en *shock*—. Mi madre, la reina, me ha dicho que no pierda detalle y que le cuente todo en cuanto vuelva a Windsor esta tarde. Ya sabes que ella nunca va a las bodas, pero me ha pedido muy encarecidamente que te traslade todas sus bendiciones y cariño.

—Alteza, qué feliz me hace y qué suerte tuve cuando me recibió en audiencia su majestad. Allí nos vimos por primera vez William y yo y con una primera mirada ya nos dimos cuenta de que había algo entre nosotros.

—Por favor, ¡qué romántico! ¿Es verdad, capitán? —Y se rio, incrédulo, el príncipe—. ¿Empezó todo en Buckingham?

—Sí, señor, es del todo cierto; además, yo quise estar ese día junto a su majestad para poder conocer a Violet. Había oído hablar de ella y quise comprobar si era verdad la estela que arrastraba de mujer bellísima y distinta a las demás, ¡y mire dónde estamos hoy! —Nos reímos con alegría al tiempo que William y yo nos mirábamos con devoción.

—Lord Coningham —exclamó el príncipe de Gales—, sabe que a mi madre siempre le gustó Violet y que pensó en ella como posible princesa de Gales, ¿verdad?

Yo me ruboricé. Mi madre nos lo había contado, pero siempre la creí una exagerada.

—Alteza, no sé qué decirle, se lo agradezco mucho. Soy el hombre más afortunado de la tierra. Disculpe, se lo digo con todo mi respeto.

—Por supuesto, William, Violet y yo nos conocimos demasiado jóvenes, ¿verdad, Violet? En cambio, mi madre y el duque de Grosvencer, su padre, tenían una gran amistad y por eso ella conocía bien a la que hoy es su esposa. La verdad es que siempre me hablaba mucho de Violet, pues sus gustos por los caballos, el campo y la agricultura los compartimos por igual.

Yo me volví a ruborizar: esas frases me parecían increíbles, rozando cierta intención.

—Alteza, mi esposa tiene tantas virtudes que no sabría por dónde empezar a enumerarlas: es bellísima, elegante, buenísima amazona, trabajadora, pero sobre todo tiene un corazón y una mirada que me enloquecieron el mismo día que la conocí. Estoy absolutamente enamorado de ella —le dijo William al príncipe mientras me apretaba la mano y me miraba exultante.

—Sin duda, es usted un hombre con mucha suerte. ¡Cuídela!

—Por supuesto, alteza, no dude que eso es lo que haré siempre.

Acto seguido, mi madre, mi marido y mi hija le acompañamos al coche, pues los miembros de la casa real no se quedan al almuerzo en las bodas, a menos que se trate de sus familiares.

De vuelta a la casa y abrazados los cuatro, no pude más y exclamé con fuerza en el jardín:

—¡No cambiaría a mi capitán por el príncipe ni loca. William, te quiero muchísimo!

—Y yo también te quiero, capitán —me secundó Lilibeth.

—¡Y yo! —gritó mi madre.

Estábamos todos felices, ya nos habíamos convertido en una muy unida y divertida familia de cuatro y gritábamos nuestra felicidad sin ningún pudor.

Al entrar de nuevo en la casa todos nos esperaban en el comedor. Cada invitado en su lugar, de pie, aplaudieron nuestra llegada. William y yo levantamos nuestros brazos con las manos unidas como señal de felicidad a la vez que hacíamos un signo en «v» como diciendo: ¡lo hemos conseguido!

El almuerzo, realizado en nuestras cocinas por un reconocido chef llegado de Londres, fue de auténtico palacio. Mi madre había preparado todo con tanto esmero y elegancia que los invitados pudieron disfrutar de una boda con mucha clase, como a ella y a mi padre les gustaba. Además, por fin, me había casado con la diadema de la familia y en la abadía de Bath, como mi padre me dijo apenado que siempre habían pensado para mí el día que supo que estaba embarazada, ¡y sin padre conocido!, muy fuerte para ellos, ¡pobrecitos!

En el comedor se dispuso una mesa imperial para los cincuenta invitados. Cada servicio tenía, lógicamente, su tarjeta con el nombre del que allí se iba a sentar. El mantel, de hilo *beige*, casi blanco, era de una sola pieza con el centro bordado con maravillosas flores en tonos salmón, rosa palo y alguna hoja verde que le daba un carácter muy «rural chic» a la mesa. La maravillosa vajilla de la fábrica Spode Stafford, una de las mejores porcelanas inglesas, de gran valor familiar, destacaba por su preciso ribeteado en dorado y el delicado dibujo de pequeños ramilletes de flores en el centro que hacían juego con el mantel. La cristalería, de cristal trasparente, tallado y también ribeteado en oro, era de un cristal de Sèvres delicado pero fuerte a la vez… Desde luego, mi madre había abierto las alacenas de par en par y sacado toda su artillería para semejante acontecimiento social. Y para terminar la preciosa decoración, altísimos candelabros de plata con velas encendidas daban a la mesa un ambiente de embrujo difícil de superar. No sé si era porque yo era la novia y estaba embrujada por mi felicidad, pero me daba la sensación de que nunca había estado en un almuerzo tan bonito y elegante.

El menú, delicadamente presentado y apetecible, hizo que todos disfrutáramos mientras alabábamos cada plato, entretenidos, divertidos… Crema de ave con lascas de trufa, ensalada de frutos del mar con pinceladas de grosella, pulardas de nuestra granja con salsa de uvas y jerez y finalmente la más maravillosa tarta Saint Honoré, alta, altísima, de varios pisos, y todo ello regado con vino blanco, tinto, *champagne* y el más dulce de los vinos de Oporto con el postre.

Llegó el momento de las palabras de mi esposo a los invitados y en pocos segundos se consiguió el más absoluto de los silencios. Un silencio sepulcral.

William se levantó, cogió mi mano, la besó y muy emocionado comenzó a hablar:

—Si os dijera que soy el hombre más afortunado del mundo, lo creerías todos, ¿verdad? Nada más ver entrar a mi esposa en la abadía, no solo yo, seguramente todos, supisteis que en el altar estaba un hombre con mucha suerte, quizás demasiada. Tan bella como es y con su precioso vestido, Violet parecía una auténtica diosa dulce y sensual. ¡Todos los adjetivos buenos que conozco los tiene Violet, mi Violet! Mi vida —me dijo mirándome emocionado—, aquí, delante

de tu hija y de tu madre, te juro, te aseguro que solo viviré para hacerte feliz; nunca he conocido a nadie que se lo merezca más y quiero dedicarme en cuerpo y alma para que así sea. Lilibeth, o Elizabeth, gracias por concederme la mano de tu madre. —En ese momento, los cincuenta invitados a la mesa comenzaron a aplaudir emocionados por el detalle de William—. Gracias, Lili, por darme o prestarme lo que más quieres. Seré un fiel acompañante de vida para las dos, y tienes que saber, que, respetando todos los sentimientos personales, quiero llegar a ser lo más parecido a un padre para ti. Te quiero con el alma, Violet, te quiero muchísimo Lili y, señora duquesa —le dijo a mi madre—, lady Sophie, a ti también te quiero muchísimo. Sois ya mi gran familia y os agradezco de corazón que me hayáis incluido en ella. Espero merecerlo y honraros el resto de mi vida.

William nos emocionó a las tres y nos levantamos y le abrazamos. Tres mujeres que habían vivido cada una su particular «soledad» se abrazaban a un hombre que las unía todavía más y al que querían las tres, de distinta manera, pero le querían.

El salón se convirtió en una auténtica algarabía. Estas bodas en la campiña siempre tienen un sabor especial, mucho más cercano, más íntimo, siempre hay menos invitados y los que hay pertenecen a tu círculo de incondicionales, de amigos de verdad, de familia. Además, los *looks* son más alegres. Ese día, nuestras invitadas brillaban con vestidos midis o cortos de florecillas en tonos pastel, de primavera, de gasa y sedas adornadas por nuestros clásicos y bellísimos tocados. Todo era, o por lo menos me lo parecía a mí, como un precioso plató de una película de amor.

Tras el emocionante discurso, todos levantaron sus copas de *champagne* para brindar por nuestra felicidad, y francamente lo estábamos consiguiendo: me encontraba feliz, bella, sensual, elegante… Me encontraba fabulosa, y todo gracias al amor que nos teníamos William y yo.

El capitán y yo tuvimos que abrir el baile. Habíamos ensayado algo, pero no demasiado. En el centro del salón y rodeados por todos nuestros amigos y familiares, la orquesta empezó a entonar la preciosa canción «Take This Waltz», de Leonard Cohen. Una romántica y bellísima melodía que nos gustaba escuchar mientras bailábamos alguna tarde solos en nuestra casa de Londres y que nos recordaba a nuestros momentos de mayor intimidad. Los dos muy unidos, mejilla con mejilla, abrazados y entrelazando también nuestras manos, vivimos uno de los momentos más románticos de la boda. Creo que ni William ni yo escuchábamos a la gente que nos rodeaba, era como si estuviésemos bailando solos, íntimamente, como se debe bailar. Y de nuevo los aplausos nos trasladaron a la realidad. Levanté entonces mi cara para mirar a William, él me sonrió y nos besamos mientras todos a nuestro alrededor admiraban nuestro amor. Estaba claro que era una boda por amor…, con mucho amor.

17

Al día siguiente de la boda algo pasó en Cardiff. Los periódicos de toda Inglaterra recogían en sus páginas de sociedad, a gran tamaño, las fotografías de una preciosa boda, casi boda real por la puesta en escena, de Violet, la bellísima duquesa de Grosvencer, y el capitán de la Royal Navy lord William Coningham.

El doctor Campbell, al verlo, se sentó de golpe en una silla del comedor de la cocina. Mareado, casi sin poder centrar su mirada en el papel de imprenta, veía de nuevo el rostro de la mujer a la que todavía seguía amando con locura. Diecisiete años habían pasado sin ninguna noticia de ella. La joven tan especial y enigmática con la que vivió los mejores años de su vida había contraído matrimonio diecisiete años después, los que seguramente le había costado olvidar la traición del hombre al que había amado tanto.

Se quedó en *shock*, sabía que se había portado como un auténtico canalla, que fue injusto con la bellísima joven de corazón ardiente y espíritu independiente, pero la ausencia de noticias siempre le dio alas para forjar en su mente una nueva historia con final feliz, y ahora, con su mirada puesta en las fotos del periódico, veía cómo se desvanecía el tímido soplo de esperanza que le quedaba para volver a estar algún día junto a ella. Andrew comenzó a llorar con amargura. Miraba y miraba las fotografías. Nunca había visto una novia más bella que Violet. Le dolía el alma, el corazón, las entrañas… Su vida era un calvario y un sinsentido. A su lado, desde hacía diecisiete años, vivía una mujer desesperada por la inestabilidad de su matrimonio, y él sufría en silencio su miserable manera de abandonar sin explicaciones a la mujer a la que tanto quería.

Enseguida sonó el teléfono. Andrew pensó no cogerlo. Estaba desolado, sin fuerzas para hablar, dándole vueltas de nuevo en lo ruin, torpe y cobarde que había sido, pero como buen médico siempre existía la posibilidad de una urgencia, y descolgó el auricular.

—¿Sí, dígame? —preguntó con tono ininteligible.

—Hijo mío, ¿eres tú? Apenas te entiendo.

—Sí, mamá, soy yo. Es que no es buen momento, no me encuentro bien y tengo que salir hacia el hospital en breve.

—Ya lo sé, hijo, ¿estás solo?

—Sí, ¿por qué?

—Supongo que habrás leído los periódicos y te habrás fijado en la boda de la hija de los duques de Grosvencer, bueno, ahora ella es la duquesa, nuestros vecinos.

—Sí, mamá, precisamente la acabo de ver.

—Pues vete a la página 28 del *Daily Express*.

—Mamá, no me hagas perder el tiempo, por favor. —Andrew no podía seguir hablando, quería seguir llorando.

—Ya, ya, lo sé, pero, por favor, ¡pasa a la página 28!

—Sí, ya estoy.

—¿Ves a esa preciosa jovencita que va detrás de Violet? ¿La ves? Es su hija… ¿Qué te parece?

Andrew la miró, acercó a sus ojos la fotografía y se quiso morir. El corazón le palpitaba en exceso, los sudores fríos sobrevinieron en su frente y la sensación fue de absoluta desolación.

—¡Mamá, mamá! —gritó sin fuerzas—, pero, mamá…, ¡no puede ser!

—Sí, hijo mío. ¿Tú qué crees? ¿Podría ser? Tú eres el único que sabes si esto pudo haber sucedido.

—Sí, mamá, podría ser —exclamó con un grito de dolor, un grito que conmovió a las mismísimas paredes—. ¡Sí podría ser, y no sé qué pensar, estoy desolado! ¿Crees de verdad que puede ser hija mía?

—Creo que sí, ya que me has confirmado que estuvisteis juntos, quiero decir, que tuvisteis relaciones, ya sabes. Ayer me acerqué a la abadía, al final de la ceremonia, para volver a verla, pues desde que la conocí el día del entierro del duque estoy con ella siempre en el pensamiento, me afectó muchísimo. ¡Al ver sus ojos y su mirada te vi a ti, Andrew! Casi me desmayo de la impresión, pero no quise decir nada. Entonces era una niña preciosa, pero ahora, Andrew, ahora, es la más bella joven que puedas imaginar. Tiene tus ojos, tu mirada y el porte de su madre. Es increíble, y tan bien educada, tan dulce.

—Mamá, por favor, ¡no sigas! Prefiero morirme antes de tener que analizar y asumir lo que le he podido hacer a esta pobre criatura. ¡No quiero vivir, no quiero pensar lo ruin que fui!

—Tranquilízate, hijo mío. ¿Por qué no vienes aquí, a Bath, y lo hablamos? Todavía no le he dicho nada a tu padre, ya sabes que no está bien y la noticia le puede sentar fatal.

—No, por favor, no le digas nada todavía. Déjame pensar en lo que tengo que hacer… ¡En este momento me pegaría un tiro en la frente, madre!

—Por favor, hijo mío, pero ¿qué dices?

—Mamá, es que ella era la mujer de mi vida. Los dos estábamos muy enamorados, y la dejé sin darle ni una explicación… ¿Cómo iba a entender que la quería con locura, pero que me acosté con una compañera de la universidad a la que había dejado embarazada?

—Desde luego, resulta muy difícil de entender. Creo que lo primero sería hablar con Violet y preguntarle.

—¿Y cómo voy a poder hacerlo? ¿Cómo voy a tener la osadía de pedirle alguna explicación por no decirme nada o de preguntarle si soy el padre de su hija, si yo la abandoné un maldito día y no la he cuidado, ni mimado, ni atendido? Madre, ¿qué he hecho?

—La verdad, hijo mío, creo que sí eres el padre. Tiene la misma edad que Jack, tu hijo. Todo coincide. Seguramente ella todavía no te había dicho que estaba embarazada cuando tú la tuviste que abandonar.

—¡La tuve que abandonar porque fui un cobarde, el hombre más cobarde que he conocido y eso me ha destrozado la vida! ¡Pobre Violet, pobre Lilibeth! —exclamó el doctor, compungido y derrotado, mientras se despedía por teléfono de su madre.

* * *

A la vez, a la misma hora que esto sucedía en Gales, en Bath, en las montañas de la ciudad más romántica de Inglaterra, la pareja de novios, ya marido y mujer, se disponían a coger su coche y salir hacia su viaje de luna de miel, destino Nueva Delhi, la mágica ciudad donde había nacido

William, y después hacia Egipto, en donde visitarían Luxor, Abu Simbel y las ruinas arqueológicas más bellas del mundo.

—¿Me prometes, Lili, que te portarás bien? Date cuenta de que te quedas con tu abuela, y aunque Poppy también estará por aquí, ella se preocupa mucho. No montes a caballo de noche, no te vayas a la ciudad sin un motivo o sin avisar… Por favor, ¿verdad que lo harás?

—Claro, mamá, no te preocupes, me portaré fenomenal. Vosotros divertíos, disfrutad de ese viaje de novios que más parece que os vais para siempre por la cantidad de maletas que lleváis… Pero ¿por qué tenéis que estar mes y medio fuera?

—Cielo, nos hace ilusión… William está como loco por enseñarme la India y yo por conocer Egipto. Tiene tanto hechizo ese lugar, he leído tanto de ese país y su civilización…

—De acuerdo, mamá, pero te necesitamos aquí. La yeguada está en un momento importante. Están preñadas dos yeguas y me temo que Dama y Palace van a hacer de las suyas después de tanto tiempo ensayando vuestra salida de la iglesia en el carruaje. —Lilibeth cada vez tenía más chispa, era más adulta y las dos reímos con ganas.

—Que sepas que Dama y Palace somos William y yo, te lo imaginabas, ¿verdad?

—¿Qué me estas queriendo decir, mamá? ¿Que posiblemente tenga algún hermanito pronto también?

—Exacto —me ruboricé al hablar de esto con ella—, ¿te apetecería?

—¡Claro, lo que más! Siempre he deseado tener un hermano, y aunque ya parecerá que soy su madre, lo voy a querer con toda mi alma.

—Es que yo ya soy mayor y debemos darnos prisa si queremos aumentar la familia.

—Bueno, pues nada, a ver quién lo consigue antes, si nuestros caballos o vosotros. —Y soltamos una carcajada a la vez que nos abrazamos. Mi niña ya hablaba, y con mucha soltura, por cierto, como una mujer.

Al poco rato apareció William. No podría describir lo atractivo que me resultaba mi marido. Con pantalón gris, jersey de cuello vuelto de cachemira *beige* y chaqueta de *tweed*. Me quedé impactada al verle bajar las escaleras. «¡Santo cielo, qué guapo es!», pensé.

—Cariño, nos vamos ya. ¿Dónde está Lili, que le quiero dar un abrazo fuerte a la jovencita más bella de la boda? Después de ti, todas las miradas estaban dirigidas a ella.

—Ahí la tienes, está en el salón. Acabamos de mantener una curiosa conversación: a ella le apetece tener un hermanito pronto, ¿y a ti?

—Violet, puf, ¡qué pregunta! Pues por mí, ya. Si quieres retrasamos el vuelo… Con cuarenta años no soy padre todavía, y aunque ahora me estoy entrenando lo mejor que puedo con Lili, cuando tengamos uno, me voy a morir de felicidad.

—Lili, ¿lo has oído? Creo que vamos a ganar a Dama y Palace.

Lili se abrazó a William, se acercó a su pecho, recostó su cabeza y le dijo:

—William, lo estás haciendo muy bien conmigo, te quiero mucho y sé que me quieres. —Nos abrazamos los tres.

* * *

Andrew estaba desesperado. No sabía el momento en que falló la comunicación entre él y Violet para que no le hubiera podido decir que estaba embarazada. No hacía más que repasar una y otra vez, en su mente, los últimos días junto a ella. Era verdad que la última tarde fue muy difícil. Él había acudido a la cabaña con la intención de dejarla, no había otro remedio: su padre se había

puesto hasta violento con él cuando le dijo que no quería a Felicity: «¡Haberlo pensado antes, Andrew! Estás terminando la carrera de medicina, ¿y me dices que no te quieres casar con la madre de tu hijo? ¡Pero qué desfachatez es esta! Los Campbell no seremos de rancio abolengo, pero a nobleza no nos gana nadie. ¡Haz el favor de dar la cara y sé consecuente con tus actos!».

En ese momento creyó que tenía razón y esa misma tarde dejó a Violet sin ninguna explicación. Pero a su cabeza acudía una frase una y otra vez, que, a pesar de que entonces no pensó que fuera importante, ahora martilleaba su cerebro de manera insistente y dolorosa: «Andrew, prefiero que sepas algo antes, siéntate a mi lado, tengo que hablar contigo de algo importante, muy importante…».

Una y otra vez se repetía esa frase con insistencia. Ahora estaba seguro de que ella iba a darle la noticia de su embarazo, pero él no la dejó hablar: «No quiero saber nada… Esta situación no creo que sea buena ni para ti ni para mí. Es muy romántica, pero también muy infantil». No dio la cara por la mujer de su vida y se había comprometido con la persona a la que no quería.

—¡Soy un desgraciado, ruin y miserable! ¿Pero cómo habrán sido estos años? ¿Cómo habrá pasado mi querida Violet la soledad de la maternidad sin nadie a su lado? Qué triste para ella el momento del parto sin la mano de la persona a la que quería…

El teléfono no paraba de sonar. Seguramente era del hospital, tenía muchos pacientes, pero Andrew se veía imposibilitado para atenderles. En ese momento, se abrió la puerta, y entró su esposa, que volvía a casa tras hacer unos recados.

Sentado todavía en el comedor de la cocina, el apuesto y atractivo doctor Campbell no era capaz de levantar la cabeza. Felicity se preocupó, nunca le había visto así.

—¿Pasa algo grave? ¿Es algo de tu padre? ¿Está bien?

Andrew no podía ni contestar, seguía con su cabeza entre los brazos apoyado en la mesa. Felicity, asustada, le levantó el rostro y le miró.

—Pero ¿qué te pasa? Nunca te he visto así.

—Felicity, lo siento. Me voy de Gales, me voy de Inglaterra: te abandono, esa es la palabra que define lo que voy a hacer hoy mismo. No puedo seguir fingiendo y tú sabes bien que es lo que he hecho durante mucho tiempo.

Felicity vio las páginas del periódico abiertas y a doble página la boda de una mujer bellísima y muy elegante. Imaginó de quién se trataba y se puso a gritar, no porque pensara que lo que estaba sucediendo no podía llegar a pasar, sino porque confiaba en que su marido sería siempre un hombre honorable.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco? ¿Qué nos está pasando? Todo esto tendrá una explicación… ¿De repente, hoy estás hundido y reaccionas así?

Andrew por fin se levantó. Oír gritar a su mujer le irritó y se volvió a arrepentir de haberse casado con ella. Estaba claro que no eran la pareja ideal, pero además el tiempo les había separado aún más, eran muy diferentes, no congeniaban en nada, y Felicity también lo notaba.

—Sí, Felicity, el día ha llegado, de hoy no pasa. Nuestro hijo ya es mayor, va a empezar la carrera, yo no te hago feliz… y tú a mí tampoco. Hoy mismo me voy de casa, no tenemos nada que hablar. Seguro que lo esperabas desde hacía tiempo, quizás desde hace demasiado, y yo ya he tirado la toalla. Te dejo la casa; a nuestro hijo Jack le llamaré y le arreglaré todo lo relacionado con la carrera, y le veré y me comunicaré con él. No te va faltar de nada, hablaré con un abogado para dejarlo todo dispuesto, pero me encuentro asfixiado y, aunque yo soy el culpable, no puedo seguir así.

Felicity permanecía muda y del color de la cera. Lo que tantas veces había pensado que podía

suceder estaba sucediendo y suponía por qué. No se acercó a Andrew, ya no quería volver a intentarlo, quizás estaba viendo una salida para poder ser feliz ella también. Felicity le había querido mucho, estuvo enamoradísima de aquel estudiante inteligente y atractivo por el que suspiraban todas sus amigas, pero Andrew ya no era el mismo. Ella sabía que le forzó al matrimonio y que no le salió bien. Nunca formaron una pareja bien avenida y tampoco una familia… Andrew siempre estaba ausente y el hospital parecía más su familia que ella y su hijo. En casa —pensó Felicity— nunca encontró la felicidad.

Andrew subió las escaleras casi como un autómata. En su habitación, sacó del armario una maleta no muy grande y la llenó de ropa cómoda y sin pretensiones. También algunas medicinas necesarias y objetos de higiene personal.

Miró por última vez el hermoso lago que se veía tras los enormes ventanales de su dormitorio. Después de ponerse la chaqueta, bajó las escaleras y, sin despedirse de Felicity, abandonó su casa, su hogar, a su mujer y a su hijo.

Era un hombre herido de muerte y creía que solo sobreviviría si terminaba con todo y comenzaba a dar sentido a su vida, dejando atrás la mentira en la que se había obligado a vivir hasta entonces.

18

Cuando llegamos al aeropuerto, William y yo parecíamos una pareja de película. Era nuestro primer viaje juntos. Además, era un viaje bastante exótico y mi vestuario lo preparé con verdadera intención de provocar admiración en las personas que allí me iban a presentar. William tenía mucha ilusión porque conociera a sus íntimos amigos de juventud y a los amigos de sus padres, y la mismísima reina Isabel había mandado organizar una fiesta en nuestro honor en la embajada británica en Delhi. No cabía duda de que a mi padre le quería mucho y que a William la reina le apreciaba de verdad.

Mi maleta, o mejor dicho, mis maletas estaban llenas de ropa color *beige*, cámel, vestidos de gasa y transparencias para las noches y botas y sombreros para el día. Íbamos felices, casi exultantes.

La primera noche después de dejar Grosvencer House nos alojamos en Londres en el hotel Dorchester. Fue, casi, nuestra primera noche de bodas, pues el día anterior habíamos caído agotados tras la celebración. Y William volvió a demostrar lo enamorado que estaba de mí, y yo dejé clarísimo que estaba perdidamente enamorada de él.

La habitación, tan elegante y fabulosa como esperábamos, estaba tapizada de camelias blancas, encargadas por William, las mismas que llevé en mi ramo de novia.

William y yo nos quisimos tanto… tanto que casi no hablamos en toda la noche. Nuestras miradas, nuestras sonrisas, nuestras caricias lo decían todo. Yo a veces me acercaba a su oído y le decía un suave «te quiero» y él me contestaba de la misma manera, pero con un delicioso y sentido «amor». Conocimos esa noche tantas sensaciones y emociones que los dos suspiramos y sonreímos en la misma proporción

Dormimos abrazados y como en una nube. Nos despertamos tarde, con el tiempo justo para llegar a coger el vuelo.

—William, por favor, ¡que no llegamos!

—Espera, espera, si hace falta, cogemos otro avión, pero yo no me puedo separar de ti tan de repente. —Y me volvió a abrazar y volvimos a querernos, deprisa, con risas, como jugueteando, como dos jovencitos enamorados, de otra manera, muy intensa y maravillosa.

Nos levantamos y vestimos a la vez que tomábamos algo de café y comíamos como podíamos un delicioso *croissant*. El comienzo de nuestra vida matrimonial me estaba encantando. Era romántico, divertido, estábamos entregados los dos, relajados, creo que ni nos dábamos cuenta de lo que teníamos alrededor.

William, literalmente, había tirado la «casa por la ventana». El viaje era largo y cansado y había sacado los billetes en primera. Llegamos con el tiempo justo, pero al ser VIP nos atendieron con celeridad y nada de nervios. Al presentar nuestros pasaportes, William me abrazó

y me besó, yo le abrazaba feliz de no haber perdido el vuelo, pero cuando abrí los ojos, tras la emoción de llegar a tiempo, me quedé de piedra, en *shock*, sin reaccionar. William lo notó.

—¿Qué te pasa, mi vida? ¿Qué te ha pasado? ¿Estás temblando y tienes mala cara?

—Ya, ya, no sé, no te preocupes, estoy bien, ha sido un ligero mareo, creo… Abrázame, William, por favor.

—Claro, pero ¿qué tienes? ¡No me preocupes!

—Estoy mejor, ya mucho mejor, pero abrázame fuerte, muy fuerte, y bésame.

—Eso por supuesto. —Mientras nos besábamos, caían unas cálidas y turbadoras lágrimas de mis ojos por mis mejillas. No sé si era verdad o lo estaba imaginando, pero acababa de ver a Andrew: nos miramos a los ojos, nos reconocimos, se detuvo frente a mí mientras abrazaba a William. Era él, seguro, y su aspecto, triste, desolador.

El vuelo fue terrible. No me podía quitar de la cabeza el rostro de Andrew, envejecido, perplejo por verme y tan petrificado como yo. Quería apartarle de mi mente, pero era demasiado fuerte haberle visto justo en mi viaje de novios y después de diecisiete años sin saber nada de él. Además, suponía que él iba en el mismo avión que nosotros, pues estaba en nuestra puerta de embarque. Todo me producía desazón y ansiedad, y no sabía si decirle algo a William o callarme, pues, al ir en primera, lo lógico, lo que solía suceder era no tener que ver a nadie y salir los primeros o los últimos, pero de cualquier manera estaba acobardada, no me atrevía a volver a verle. Creo que me estaba volviendo loca.

—Violet, mi vida, ¿qué te pasa? No estás tranquila, no puedes descansar ni un minuto. ¿No estás cansada tras nuestra maravillosa noche?

Le miré y le sonreí. William era extraordinario y su sonrisa, también. Me tranquilicé: estaba en brazos del hombre al que amaba, no tenía nada que temer, aunque decidí, en principio, no decirle nada, esperando tener suerte y no volver a ver a Andrew. Lo que durante tantos años había sido un sueño inalcanzable ahora me había paralizado. Estaba recién casada después de tanto tiempo…

—No sé qué me pasa, William, pero sé que te adoro, ¡bésame otra vez! —Nos reímos los dos con ganas. Luego le pedimos a la azafata un delicioso cóctel con frambuesas.

El alcohol hizo el efecto deseado y, por fin, me recosté sobre el hombro de mi marido y logré cerrar los ojos mientras la mente se me nublaba y me daba vueltas de manera agradable y sugestiva. Le besé la mano, le quería mucho… Por fin no pensaba en nada.

* * *

Andrew se encontraba sentado en las últimas filas del avión. Su destino era Nueva Delhi, aunque planeaba ir adonde los más pobres de la India lo necesitaran. Había salido huyendo de su casa y quería tratar de curar las heridas que sufría en su corazón ayudando a los enfermos en el sitio más recóndito, donde nadie le conociera. El todavía joven cirujano no pudo soportar la idea de tener una hija con la mujer a la que amaba desde los veinte años y ahora tenía cuarenta. Su situación era dramática: lo había abandonado todo, incluyendo a su hijo Jack y a la mujer con la que había vivido los últimos diecisiete años, Felicity, y con la que, en contra de lo que su nombre indicaba, no había encontrado la felicidad.

Andrew Campbell, cirujano de corazón, tenía el suyo destrozado, y en el mismo avión y atravesando el cielo de medio mundo se encontraba Violet, la mujer de su vida, la persona más

bella por dentro y por fuera que había conocido jamás y con la que, se acababa de enterar y sospechaba, tenía una preciosa hija en común llamada Lilibeth.

El doctor estaba sobrecogido y muy impresionado por las fotografías que había visto en los periódicos. Había perdido la poca dignidad que le quedaba y solo podía llorar. Quería levantarse e ir a primera clase y saludarla, mejor dicho, saludarles. Más de una vez se levantó y volvió a sentarse, pero no se atrevió a hacerlo, no tuvo el coraje suficiente de saludarla, de dar la cara y verla además junto a su marido, sin duda el hombre con más suerte del mundo.

Violet había tardado demasiado tiempo en contraer matrimonio, lo que le hacía pensar que su querida compañera de vida pasó muchos años sin poder olvidarle, enamorada de su primer amor, como le había sucedido a él y todavía le sucedía. Su relación había sido muy especial, única, muy íntima y muy distinta a lo habitual. Nunca compartieron nada con nadie. Nunca comieron junto a ningún amigo, ni fueron al cine con compañeros, ni a las típicas fiestas de estudiantes. Andrew y Violet fueron el uno para el otro en una solitaria cabaña de los valles de Bath. Allí crearon una historia de amor, vivieron su propio romance con triste final y nunca más se volvieron a ver. Y ahora la tenía a unos metros de distancia.

* * *

—Mi vida, despierta, ¿quieres comer algo? —me preguntó William muy bajito mientras me besaba dulcemente en mi pelo—. El viaje es de casi nueve horas hasta Delhi y, aunque no tengamos hambre, deberíamos reponer fuerzas. —Abrí los ojos y le miré. Vi a un hombre guapísimo, con su pelo rubio oscuro y su angulosa barbilla, que me miraba a la vez que me sonreía. En ese momento pensé que no se merecía que le ocultara nada. Debía decirle que, casualidades de la vida, en el mismo avión en el que viajábamos y comenzábamos nuestra luna de miel estaba el padre de Lili. Era algo insólito, pero para bien o para mal había sucedido así.

—William, menos mal que he descansado un poco. Después de nuestra loca noche necesitaba reponer el sueño. —Le besé, acaricié su cara y armándome de valor le dije—: William, antes me has notado nerviosa, ¿verdad? Me ha cambiado la cara, me temblaban las manos y por un momento creí que me mareaba, ¿lo recuerdas?

—Claro, cielo, sí, estaba preocupado, hasta he pensado que podías estar ya embarazada. —Me sonrió con cierta picardía.

—No, creo que no, eso ya vendrá, o a lo mejor ya ha venido, no lo sé. —Sonreí—. Pero no era por eso. William, en este mismo avión, en los asientos de atrás está el padre de Lili. Le he visto cuando estábamos en la puerta VIP del aeropuerto, en Heathrow, y me he quedado petrificada. Él también me ha visto. No nos hemos dicho nada. Yo solo quería que me abrazaras, que me besaras. Era la única manera de reaccionar. Hace diecisiete años que no nos vemos.

—¡Vaya, qué desgracia! —A William no le sentó nada bien; su tono de voz lo decía todo—. ¿Y este hombre, de repente, aparece aquí, en el mismo avión en el que comenzamos nuestra luna de miel? ¡No parece casual, no parece posible!

—Pues, William, nadie sabía adónde íbamos, solo nosotros y Poppy, y creo que, por la cara que le he visto, a él también le ha sorprendido.

—¿Y qué piensas hacer?

—No sé, aconséjame tú. Yo no tengo ninguna necesidad de verle ,y él no se ha asomado por aquí para saludarme o saludarnos. Quiero que sepas que después de verle te he necesitado más

que nunca y te quiero más. He notado que mis sentimientos hacia ti son muy fuertes. No tengas ningún miedo y, por supuesto, ninguna precaución, pero, efectivamente, me ha impresionado.

—Ya, Violet, eso que dices es muy bonito, pero es un hombre al que amaste con locura, es el padre de tu hija, que te hizo un daño terrible, que cambió tu vida y que por su culpa viviste un auténtico drama. Más bien tendría que acercarme y darle con fuerza dos bofetadas en la cara, aunque le agradezco tanto que me haya dado la posibilidad de conocerte a ti y a tu hija, que creo no tengo derecho a nada.

—Pues si quieres lo dejamos como está. Yo no quiero verle sin ti a mi lado. En todo caso y si tiene que suceder, me gustaría que nos viera a los dos juntos.

—Bueno, de acuerdo, me molesta y me contraría, pero haz lo que creas que tienes que hacer… Pero, Violet, aunque me moleste hablar de él y sobre todo de lo que te une a él, ¿no le vas a decir que Lili es su hija? ¿No les darás la oportunidad de conocerse?

—Por supuesto que no. Él se marchó para siempre y nunca volvió ni se interesó más por mí.

—Pues si me preguntas a mí qué hacer, no tengo ninguna gana de conocerle y tampoco me apetece que tú le busques y le saludes. Y ya está, lo siento, pero no quiero volver a hablar de él. ¡Bastante duro es saber que está a unos metros de nosotros! ¡Venga, mi vida! Dame otro beso y nos tomamos otro cóctel, que el anterior te sentó muy bien. Quiero disfrutar contigo y ser feliz y no consentiré que nadie te vuelva a hacer daño.

William y yo disfrutamos de nuestro viaje como pudimos. Andrew volvía a mi mente cada dos por tres, no era fácil apartarle de mis pensamientos. Seguía muy atractivo, más interesante todavía con las entradas de su pelo ya canosas y sus profundos ojos azules como dos bombillas. Aun así, su aspecto me impactó, le encontré desmejorado y algo descuidado, aunque fiel a su estilo, muy James Dean, y me recordó mucho a Lili. Su atractivo seguía a flor de piel, y no pude menos que recordar nuestros años juntos, rodeados de la más bella naturaleza y con la ausencia de cualquier ser humano a nuestro alrededor. Hubiera querido preguntarle qué buscaba en la otra relación. ¿No éramos el uno para el otro? Pero estaba claro que no debía hacerlo. En todo caso, tendría que haber sido él quien me diera explicaciones y no lo hizo.

El Boeing 747, el avión más famoso del mundo, aterrizó con suavidad en la pista del Aeropuerto Internacional Indira Gandhi en Nueva Delhi. Un coche nos esperaba a la salida del aeropuerto y nuestro servicio VIP funcionó a la perfección. No nos encontramos en ningún momento con el resto del pasaje, no tuvimos que ver a nadie indeseado, pero antes de introducirme en el coche, por pura intuición, volví mi mirada como buscando a Andrew y le oí alejarse andando con su pequeña maleta en la mano. Me di cuenta entonces de la diferencia de vida que teníamos… Él me dejó y me destrozó, pero estaba segura de que no era feliz y ahora me tocaba a mí vivir de nuevo el amor.

Mientras nuestro excesivo equipaje iba entrando como podía en el enorme maletero del coche, William respiró profundamente, feliz, encantado con su vuelta a Delhi, la ciudad en la que había nacido y vivido los mejores años de su vida, una niñez cargada de aventuras y momentos exóticos, rodeado de compatriotas privilegiados que, además de trabajar, se pasaban las tardes jugando al polo o al *bridge*, mientras los niños se divertían cuidados por sus *nannies*.

Los dos nos introdujimos en el bellísimo automóvil Bentley negro enviado por la embajada, de carrocería antigua, tal vez de los tiempos del virreinato, pero con una categoría y elegancia dignas de señalar. Nos miramos y salió de nuestras gargantas una gran carcajada. Estábamos

emocionados por el recibimiento. Seguro que todo esto había sido recomendado por la reina Isabel, y en la embajada nos esperaban para tratarnos como los invitados más queridos de la mujer con más poder del globo terráqueo.

Comenzamos a recorrer las calles de Delhi, una de las ciudades del mundo con más contaminación. Allí los coches se apelotonaban con las bicicletas taxi, los *rickshaws* y las vacas sagradas que vagabundeaban sin rumbo provocando atascos monumentales e importantes accidentes de tráfico. William, pletórico, no paraba de hablar y comentar vicisitudes de su niñez, todo lo que veía despertaba sus recuerdos y le emocionaba, y a mí me asombraba.

El edificio de la embajada era un pequeño y precioso palacete con arcos y balcones en la fachada, fuentes en los jardines y paredes cinceladas. Un lugar mágico, del color del garbanzo, en el que preciosos mármoles y sofás de seda adamascada indiscutiblemente india se mezclaban con una decoración de estilo colonial donde cada mueble, cada silla o cada mesa tenían una historia particular vivida desde los tiempos de lord y lady Mountbatten.

Nada más entrar nos recibió el mayordomo de la casa, inglés, por supuesto, acompañado por el servicio de nacionalidad india.

Recogieron nuestras maletas, nos ofrecieron un té helado, que nos pareció una auténtica delicia, y nos llevaron directamente a nuestras habitaciones.

La entrada al dormitorio nos dejó atónitos. Era un enorme salón decorado en tonos *beige* y blanco, con cortinas de lino fino que se movían con el aire que entraba por los balcones abiertos. En el centro, una gran cama con dosel, también con sábanas blancas y numerosos cojines, algunos dorados, y un cabecero que era una auténtica obra de arte, de madera repujada y tallada con filigranas tan delicadas que parecía que se iban a romper si las rozabas mínimamente.

William y yo no salíamos de nuestro asombro.

—Pero, William, ¿la reina nos quiere tanto como para tener este recibimiento?

—Bueno, a mí me aprecia, lo sé, pero todo esto es por ti. Yo no dejo de ser su ayudante más cercano, pero no tengo categoría para disfrutar de esto por mis valores alcanzados. En cambio, tú, para ella, desde luego, sí. No sé si más por la relación con tu padre, que podría ser también algo platónica, o por la pequeña obsesión de que te casaras con Carlos. Algo existe en su interior que le ha hecho ofrecernos lo mejor que se puede disfrutar en esta ciudad. Pero, vida mía, no lo pensemos más, tenemos demasiada suerte, disfrutémosla.

Se tumbó en la preciosa y blanca cama y me llamó con un gesto hacia sus brazos. Yo no lo dudé y me tiré sobre él, y los dos abrazados comentamos la maravillosa decoración del dormitorio. Después, nos cambiamos y nos pusimos ropa más cómoda para empezar a vivir nuestras excursiones.

Bajamos por las exóticas escaleras para saludar al embajador. El mayordomo, acostumbrado a recibir a los más altos dignatarios, nos aclaró que el señor embajador no estaría los primeros cinco días de nuestra estancia allí, que su residencia estaba a nuestra entera disposición, para nosotros solos, y que, siguiendo órdenes de palacio, todo el personal cuidaría de que no nos faltara de nada.

—¿Solo para nosotros? ¡No me lo puedo creer! —exclamó William emocionado—. Violet, ¿lo has oído? Es asombroso… Nos damos un baño en la piscina y después te llevo a un maravilloso y romántico lugar a cenar. ¿Te apetece?

Y dicho y hecho. Subí nerviosa a la habitación, quería impresionar a William con mi traje de baño. Nuestras maletas estaban ya deshechas y todo colgado en nuestros armarios. El neceser, las cremas, los peines y cepillos, escrupulosamente colocados en el cuarto de baño; no daba crédito.

Me resultó fácil encontrar mi ropa. Todo estaba dispuesto con la lógica aplastante del uso que se le iba a dar. La ropa más *sport*, a un lado; la más elegante y de noche, en otro; la lencería, en los cajones, al igual que la ropa de baño. Los zapatos, de dos en dos, en un lateral del armario destinado para ello.

Asombrada y emocionada, saqué un traje de baño blanco con escote bañera sin tirantes, un pareo negro, gafas de pasta blanca muy llamativas y una pamela *beige* que me daba un toque muy sofisticado. William había conseguido despertar en mí el lado urbano y cosmopolita que durante tantos años tuve dormido.

Cuando bajé a la piscina, William se quedó impactado; a él se le notaba todo en su rostro. No era capaz de fingir ni lo que le gustaba ni lo que le disgustaba, y en esta ocasión conseguí que me considerara como yo quería.

—Violet, cielo, pero qué voy a hacer contigo. Así no puedes venir a la piscina porque lo que me apetece ahora mismo es subir y quitarte ese precioso traje de baño, el sombrero y las gafas y quererte de nuevo.

—Pues, William, prepárate. —Me reí—. Aquí he venido a conquistarte o reconquistarte en todos los sentidos, y sé que la moda te gusta y te voy a dejar impresionado, te lo aseguro.

—Ya, pero soy un hombre muy débil contigo, no puedo verte así sin tenerte en mis brazos… —Estaba casi desconocido, pero era natural: William y yo no nos habíamos conocido todavía lo suficiente. Este viaje iba a ser un curso acelerado que había empezado con sobresaliente.

Me recosté entonces en una preciosa tumbona de enea con una cómoda colchoneta. A mi lado, una mesita con limonada y unos dulces de la zona, con miel y almendra, maravillosos. La temperatura era increíble. Solo faltaba que William apareciera con su traje de baño. Estaba deseando verle.

Y en unos minutos así sucedió. William y yo conocíamos nuestro físico muy bien, eso no era «una asignatura pendiente», pero al verle llegar con un traje de baño azul marino, camisa blanca medio abierta y sus gafas oscuras, casi me dieron ganas de gritar. Es un auténtico bellezón, tan atractivo y tan interesante… Se acercó a mí, me besó, y cogiéndome de la mano nos aproximamos al borde de la piscina y abrazándome fuerte, muy fuerte, riéndonos, decidió tirarnos al agua, de repente, sin probarla… La piscina era una preciosa estructura de baldosines de color verde aguamarina con vetas doradas, de forma cuadrada y con escaleras anchas. Tras levantar una fuerte ola por nuestro chapuzón, buceando los dos, pudimos comprobar que también esas aguas desprendían lujo y exotismo.

Salimos a la superficie, felices de poder disfrutar de lo que toda la vida se ha reconocido como «lujo asiático». Al borde de las escaleras nos esperaba alguien del personal con una cálida toalla blanca. Nunca, ni en nuestros mejores sueños, pudimos pensar que íbamos a estar en un lugar así y solos.

Al final, ese primer día decidimos quedarnos a cenar allí, en los preciosos jardines y a la luz de las velas. Seguro que no había en kilómetros a la redonda nada mejor. Estábamos cansados del viaje y nos apetecía también meternos pronto en la cama, juntos, y descansar. Tanto William como yo habíamos esperado demasiado tiempo para volver a vivir el amor de verdad y nos habíamos encontrado dos personas igual de fogosas y románticas.

* * *

A la mañana siguiente me desperté con mi picardías de «piel de ángel», *supersexy* y abrazada a William, y me pareció uno de los momentos más sublimes que podríamos repetir día tras día. Vivir siempre juntos, dormir, también, y despertarnos así, abrazados.

William se levantó, me besó, me miró, sonrió, y tras todo este protocolo me dijo que se había enterado de que el embajador estaba en las oficinas de la embajada y que tenía que ir a verle para agradecerle que nos hubiese dejado su residencia por insistencia de palacio.

—No te preocupes, te espero aquí, pero hoy iremos al Taj Mahal, ¿verdad? El templo del amor nos espera… Dale al embajador también las gracias de mi parte.

William se vistió y de nuevo me sorprendió. Traje de chaqueta de lino *beige* casi blanco, zapatos de ante y una camisa blanca abierta. Y entonces me levanté divertida, bajé tras él por las escaleras con mi picardías, mi melena rubia suelta, dando saltitos en cada peldaño para decirle adiós. A William le encantaba que demostrara que era feliz… ¡Y lo era!

—¡Bellezón! —le dije—. Dame un beso de los tuyos, por favor. No me dejes sin él. —Y le hice como una comedia que le divirtiera.

Me quedé sola, en picardías y descalza en semejante monumento al buen gusto. En el salón convivían objetos decorativos indios con preciosas cómodas, librerías y mesas de caoba muy inglesas, traídas hacía años por barco a estas tierras que en el pasado fueron colonias británicas.

Me acerqué también a las cocinas. La cocinera preparaba mi desayuno, ¡una maravilla! Le di las gracias como pude y comprobé que el suelo blanco y negro y los muebles del mismo tono habían conseguido un elegantísimo *office* que contrastaba con las contraventanas color garbanzo.

Decidí subir a mi habitación. No había visto a nadie más del servicio y era un maravilloso momento para vivir el placer de un baño caliente a solas. Esta sensación, tan femenina, se daba pocas veces y había que disfrutarla. Mientras se llenaba de agua y se hacía espuma con olor a rosas que le había puesto ex profeso, me dediqué a investigar por las habitaciones cercanas. A nuestro lado, un precioso cuarto de niños, con dos camas también con dosel y colchas color naranja cúrcuma. Alfombras étnicas de varios colores y peluches con figuras de tigres de Bengala, elefantes y panteras…, los animales salvajes por antonomasia de este país.

Subí las escaleras hasta el último piso; allí todo era mucho más pequeño. No parecía estar ocupado. Solo había un par de puertas cerradas.

Abrí ligeramente una de ellas, no sin algo de miedo o desconfianza, y mi asombro fue grande cuando vi colgados preciosos vestidos largos de gasa, saris de seda de vistosos colores y, sobre una butaca, una buena colección de bolsos y sandalias típicas de las mujeres de la alta sociedad de la India. Era como entrar en otro mundo, y casi cuando había decidido marcharme sin tocar nada, vi una mesa de despacho llena de objetos y curiosidades, entre las que una cosa me llamó la atención: un montón de cartas manuscritas con pluma y entrelazadas por un cordón de terciopelo verde.

Las cogí entre mis manos; me daba la sensación de estar en una película, pero aquello estaba sucediendo en la realidad. Me temblaba todo el cuerpo, ¡me apetecía tanto leerlas!

Lo hice, nadie lo sabría, seguramente los protagonistas ya no vivirían y abrirlas sería como un homenaje a su amor, porque sin duda tenían que ser cartas románticas al estar tan bien escritas y tan cuidadamente conservadas.

Mi adorada Alisha:

No me dejan escribirte, no me dejan verte, no quieren que te quiera, no quieren ver cómo nos queremos. ¿Por qué tenemos que seguir las indicaciones de nuestros mayores? Cada vez

pienso más que nuestras vidas terminarán en la más absoluta de las tristezas, quizás la mía pueda terminar antes de lo deseado, yo sin ti no quiero vivir ni un día más. Mis deberes como príncipe no me satisfacen si no es contigo a mi lado.

Adiós, mi princesa Alisha,

Tu amado príncipe Amal

—Oh, por Dios, qué trágico es siempre el amor, le ha pasado igual que a mí… No quiero que a mí me ocurra ninguna desgracia más. ¡No, por favor! —exclamé en alto.

Abrí otra carta. Se me saltaron las lágrimas: la vida repetía sin cesar las mismas tragedias.

Mi querida Alisha,

Mis padres quieren que me traslade a vivir a Bombay, quieren que esté lejos de ti. Por supuesto, desean que mis relaciones sean destinadas al matrimonio, pero como a ellos les gustaría y, ya sabes, no es contigo. Quizás si siguen con estas intenciones decida terminar con mi existencia. No consentiré que nos separen. ¿Estás preparada para venirte conmigo?

Te quiere y te desea,

Tu príncipe Amal

Conmovida, pensé en ella, en la princesa, y estaba claro que esta era la casa y la habitación de Alisha, una joven a la que imagino bellísima, elegante por sus vestidos y abalorios, bien educada en una gran familia, pero víctima de los injustos sinsabores de un amor prohibido.

Alisha, mi bellísima y amada princesa,

He orado a los dioses toda la semana y he pedido e implorado a mis padres que nos dieran su consentimiento. No lo he logrado, dicen que mi altura de miras en la nobleza es mucho más importante que la de tus padres y, por tanto, que la tuya.

Así que vamos a hacer lo acordado. Te espero, como ya te expliqué, dentro de dos días en el fuerte de Jaisalmer, un lugar en el que creo nadie nos esperará y nadie nos buscará. Llegarás hasta allí en el tren que te dejará en esta ciudad tan cercana al desierto del Thar y cuyo trayecto es solo de noche debido al calor. Yo estaré en la estación esperándote y comenzaremos nuestra nueva vida. No lleves nada, yo me hago cargo de todo.

Te quiere con toda el alma,

Tu príncipe Amal

No había más cartas. Mis lágrimas resbalaban por mis mejillas. Esta fue, tal vez, la última carta entre los dos y no sé si por fin lograron unir sus vidas, si se encontraron en tan lejana ciudad o si a ella le fue posible coger el tren que la transportaría a la felicidad. Quizás el ver colgados esos vestidos tan preciosos significara que Alisha había podido huir con su amado y que su madre dejó la habitación casi como un monumento a la ausencia de su hija. O quizás se murió de amor y su familia conservó sus cosas como cuando ella vivía.

Quería pensar que el amor había vencido y que pudieron estar juntos, pero en estos países, y mucho más hacía años, no eran nada benévolos con los sentimientos.

Triste, pero envuelta en esa atmósfera de tragedia romántica, bajé a mi habitación, me desnudé y me metí en la bañera rebosante de espuma con olor a rosas. Pensé en lo afortunada que era, pero no pude dejar de preguntarme qué habría hecho si Andrew me hubiera escrito esas cartas

para huir juntos. ¿Viviría con él en algún lugar recóndito o me hubiera quedado junto a mis padres? Mejor no darle demasiadas vueltas, aunque en el fondo sabía que habría huido con él, no tenía duda alguna, y, además, contaba con el valor suficiente para hacerlo. Pero la vida te da varias posibilidades para ser feliz y a mí, aunque Andrew no me convocó a ninguna estación de tren y a ninguna ciudad mágica y recóndita, tras muchos años había podido encontrar al más perfecto de los hombres como compañero de vida.

Y sumergida en el agua, los ojos cerrados y la espuma bañando mi rubia melena, sin pensar en nada, con la tranquilidad en el alma y en el corazón, noté en mis labios un suave roce, una dulce sensación que estremeció todo mi cuerpo, la más absoluta prueba de mi amor por él.

Abrí los ojos y vi la seductora cara de mi marido. Me sonrió, me besó de nuevo, me acarició la cara y, riendo y sin mediar palabra, empujó mi cabeza hacia el fondo del agua. Como es natural, entramos en el maravilloso y muy conocido juego de dos enamorados. Tú me empujas, yo te salpico, tú me besas y yo por fin te meto también en el agua. Entonces levantó mi cuerpo desnudo hacia él y comenzamos también el juego del amor. En un lugar tan fantástico, en una habitación de ensueño y sobre la cama todavía sin hacer tras la noche, William y Violet se volvían a demostrar amor eterno. Éramos absolutamente uno solo, no había fisuras. Ni siquiera el recuerdo continuado del rostro de Andrew en el aeropuerto me había hecho dejar de querer ni un momento a mi marido. Y eso me hacía de verdad muy feliz.

Tras relajarnos, William me explicó con detalle la organización de nuestro viaje. Tendríamos, durante una semana y para nosotros solos, esta maravillosa casa situada en las colinas más bonitas de las cercanías de Nueva Delhi. Ahora nos trasladaríamos al Taj Mahal, al templo del amor, a dos horas y media en coche, y al día siguiente recorreríamos los museos y palacios más importantes de la capital, o, por lo menos, lo que nos diera tiempo.

Decidimos tomar un refrigerio, vestirnos cómodos pero elegantes. —Nos encantaba—. Tras el refresco nos dispusimos a coger el coche, pues teníamos que llegar a Agra antes del atardecer. Aunque el calor iba a ser nuestro compañero de viaje, nos aconsejaron llegar a la puesta de sol. El sol en su ocaso, tiñendo el cielo de tonos rojizos y azules, se reflejaba en los mármoles del monumento dándole un efecto embriagador, casi mágico. Eran solo unos minutos, pero había que verlo.

En el coche, William me iba contando sus experiencias infantiles y juveniles, pero yo seguía obsesionada con las cartas que había leído.

—William, he pensado que mañana intentemos ir al desierto de Thar y a la preciosa ciudad que allí se encuentra y que se llama Jaisalmer.

—Perfecto, querida, ¿y dónde está? Supongo que cerca de aquí, ¿verdad?

—No, no…, estoy un poco loca. Está a novecientos kilómetros de Delhi, pero podemos ir en tren y por la noche.

—¿A mil kilómetros? ¡Me parece una locura! ¿Y qué se nos ha perdido allí?

—William, en la casa del embajador, en la última planta, he encontrado y leído unas románticas cartas de una pareja. No sé nada de ellos, pero quiero vivir contigo también aquí una historia de amor como la de ellos. Él es un príncipe y habla de ese desierto y de la ciudad de Jaisalmer.

—Mi vida, si ya tenemos nuestra propia historia de amor. Eso que me dices hasta puede ser peligroso… ¿Qué hay allí?

—Pues se la conoce también como la Ciudad Dorada y lo he estudiado todo. Al parecer, es como un oasis y en medio del desierto se eleva una colina rocosa con un fuerte, un palacio real,

maravillosas casas de una belleza increíble y tiendas de artesanos y bordadores del lugar, todo en color oro, el mismo que el del desierto. Me encantaría ir contigo, William. ¿No te parece apasionante?

—Por supuesto que es apasionante, aunque me temo que podría no ser aconsejable. Le preguntaré al embajador. Desde luego siempre buscas algo de tensión. Eres única.

Por fin llegamos al Taj Mahal, el monumento levantado por el emperador Sha Jahan al morir su esposa tras dar a luz a su decimocuarto hijo. Fue tal la tristeza del soberano y el desánimo en el que cayó tras su muerte que se recluyó en el Fuerte Rojo de la ciudad de Agra e hizo construir el más hermoso de los mausoleos para su adorada esposa. Desde cualquier ventana del fuerte, donde vivía, se podía ver el precioso monumento realizado en mármol, perlas y piedras preciosas, y allí, tras su muerte, descansaban ya los dos como muestra de su gran amor y de su eterna unión.

Tras escuchar estas conmovedoras explicaciones de nuestro guía y con una temperatura tan elevada que mi blusa de lino estaba empapada por la humedad, William y yo nos dirigimos como dos niños al famoso banco para jurarnos allí nuestro particular amor eterno.

La verdad es que no nos hacía falta decirnos nada, el momento fue muy fuerte, muy auténtico, y sin ningún pudor nos besamos apasionadamente, pero con mucha delicadeza, sin pensar en nada más que en nosotros, en silencio, emocionados también por la historia del pobre sultán enamorado.

—Piernas largas —me dijo William—, por favor, cuídate mucho, no hagas barbaridades, a ti no te puede pasar nada antes que a mí. Mira el pobre sultán lo mal que lo pasó…

—Tú también cuídate, vida mía, pero será esencial que no lleguemos a tener catorce hijos… —Nos reímos y nos acurrucarnos. El lugar era mágico y solo con el aire que se respiraba te envolvía en romanticismo y pasión.

A nuestra vuelta a Delhi, cansados, acalorados y con el alma encogida, William se preocupó por el capricho de ir a una de las ciudades más bellas y también más alejadas de la capital, puesto que ya se había informado y estaba justo en la frontera con Pakistán.

Al llegar a la embajada, tuvimos que apresurarnos. Teníamos el tiempo justo para cambiarnos, porque esa noche vendrían a cenar con nosotros nuestro representante John Fisher con su esposa Maggie.

Quería impresionar a William, así que me encerré en el baño para ponerme el vestido, casi lencero, de color *beige*, todo bordado en cristalitos dorados. Con escote recto —se apreciaba el comienzo del pecho—, finos tirantes y casi largo, dejaba al descubierto mis tobillos y mis sandalias de finas tiras, altísimo tacón y una abertura a un lado que hacía intuir mi larga pierna. El traje era elegante, sí, pero sobre todo *sexy*, muy chic. Como complemento, en la mano un chal de gasa del mismo tono por si en el jardín la noche refrescaba.

Cuando William me vio salir así del baño, se sentó en la cama, todavía sin ponerse la chaqueta, con su camisa blanca y tirantes azul marino, se me quedó mirando y exclamó:

—Pero ¿por qué he tenido esta suerte, Dios mío? De esta noche no pasa que intentemos muchas veces tener un niño. Quiero tener ya un niño, Violet. ¿Te apetece a ti tanto como a mí? Me vuelves loco y creo que es una necesidad lógica con tanto deseo y tanto amor.

—Sí, William, para eso me he vestido así, para ti, para que me quieras más, para quererte y para lo que venga…

Bajamos las escaleras hasta el jardín, de la mano, elegantísimos, sonrientes. Los embajadores, al vernos, se quedaron asombrados de la buena pareja que hacíamos. William era un hombre con una presencia muy rotunda, alto y delgado, cara angulosa, pelo rubio oscuro, pantalón blanco, chaqueta azul marino y pañuelo en el bolsillo superior. No era precisamente un hombre que pasara desapercibido… ¡Todo lo contrario!

Y yo, según William y la señora embajadora, estaba esa noche espectacular.

La cena fue maravillosa, refrescante, con un menú indio que a William le supo a gloria, pues pudimos degustar un exquisito pollo tandoori, del que mi marido dijo que era el mejor que había probado en su vida, recordando los años de su niñez. La conversación fue fluida, entretenida, pero cuando les comentamos que estábamos dispuestos a ir a Jaisalmer, los dos se miraron, y John, cambiando el tono de su voz, comentó:

—¿En qué pensáis ir? ¿En tren, en avión?

—¡Por supuesto, en tren! —respondí, emocionada.

—Ya, comprendo, queréis aventura… Es una de las verdaderas maravillas de este país, pero está lejos, muy lejos, hay que atravesar un desierto en tren y de noche, por las altas temperaturas, y la gente que os puede acompañar no siempre es la idónea ni demasiado sofisticada… Ya me entendéis. No es un viaje ni siquiera fácil de organizar, está a casi mil kilómetros de aquí, cercano a Pakistán; ahora, eso sí, es lo más bello, lo más increíble de este país. Yo tuve que ir por razones diplomáticas. Maggie no lo pudo conocer, y francamente es algo inesperado.

—Violet —exclamó William—, no me perdonaría jamás que te pasara algo allí. ¿Sigues empeñada en este viaje tan complicado?

—William, por favor, sabes cómo soy, y si todavía no me conoces del todo, que sepas que así va a ser nuestra vida. —Me reí—. Una vida tranquila, preciosa, amorosa, pero, en cuanto podamos, le pondremos sal y pimienta…

El embajador y su mujer se rieron, claro, pero enseguida miraron la cara de William.

—Ya, pero es que esto no es pimienta, ¡a lo mejor esto es una bomba!

—Bueno, eso tampoco, no hay que exagerar, está lejos, pero es espectacular —afirmó el embajador.

—William, por favor, ¿te imaginas en camello por el desierto y dormir bajo la luna acurrucaditos por el frío y sobre las dunas?

Todos reímos o, por lo menos, medio reímos.

—Capitán, creo que lo tiene difícil —dijo el embajador—. Su esposa es una mujer valiente y emprendedora. Cuente conmigo para organizarlo, me haré responsable de lo que pueda. Pero habrá muchas cosas que tendrán que solventar ustedes allí. Les aconsejaré el mejor hotel y procuraré algún contacto, por si lo necesitaran.

—Se lo agradezco muchísimo. Violet tiene mucha fuerza interior y no es un capricho para ella, es un motor en su vida; siempre quiere hacer cosas nuevas y a veces poco imaginables para una mujer. Ella es así de maravillosa y, claro, como es nuestro viaje de novios, no me he atrevido a negarme.

Al escuchar estas palabras me emocioné de verdad. William no me podía decir que no a nada. Se le notaba y se lo agradecía. Me quería y admiraba de verdad, igual que yo a él.

Y, aunque tanto el embajador como su esposa intentaron convencernos de la posible incomodidad de la aventura en el desierto, preparamos esa misma noche unas ligeras mochilas, con ropa interior y camisas limpias, utensilios de aseo, cámara fotográfica y algunas medicinas que el médico de la embajada nos hizo llevar, y nos acercamos a la estación rumbo a la Ciudad

Dorada, donde las puestas de sol convierten en una enorme construcción de oro a una ciudad alejada del mundo y en medio del desierto.

19

El viaje, como en las cartas del príncipe Amal y de Alisha, también era de noche, las altas temperaturas así lo aconsejaban, y allí, en la estación, esperándonos, estaba el mismísimo embajador para desearnos suerte.

Me sentía pletórica… Ir a una aventura así con el hombre al que amas me parecía el mejor viaje de novios que hubiera podido tener en mi vida.

William y yo teníamos reservado un acogedor y pequeño vagón con un sofá que de noche se convertía en cama. Allí dormimos juntos, muy juntos, casi sin despegarnos. Era tan estrecho que riéndonos y abrazados cogimos un sueño profundo por el agotamiento del día.

Antes William me había hecho prometerle de todo: que no haría nada que a él le pareciera arriesgado, que no me iría a hablar con los habitantes de la ciudad, por supuesto desconocidos, y muchas otras cosas que lógicamente sabía que me encantaría hacer.

—Bueno, William, te prometo todo, si tú me prometes que iremos al desierto en camello, creo que no nos lo podemos perder. Los dos montamos muy bien a caballo y eso nos servirá. Además, mi naturaleza, lo sabes, es la de probar cosas nuevas, y si son arriesgadas, mejor. Mi padre decía que parecía un muchacho, pero con tantas cualidades femeninas que volvería loco al hombre que se enamorara de mí. ¿William, te he vuelto loco a ti? —Me reí mientras le abrazaba.

—Querida, tan loco que me encuentro en este momento en un vagón de tren, perdidos en un desierto de un recóndito lugar del mundo, ¡y solo por amor!

—Ay, ¡qué romántico! ¿Te das cuenta de que nunca olvidaremos el viaje que juntos vamos a emprender? Estas aventuras unen mucho. —Le abracé, con una gran sonrisa, agarrándome de su fuerte brazo. No había que olvidar que William pertenecía a las Fuerzas Armadas de su majestad y que había estado en una guerra. A mí todo eso también me daba mucha tranquilidad.

En el vagón hicimos de todo. Hablar de nuestras vidas, de lo que nos queríamos, de lo que deseábamos formar entre los dos…, de niños, de caballos, de Lili. Nos acostamos temprano, nada más tomar lo que nos habían preparado en la embajada. No era un tren ni sofisticado ni de carga, pero elegante, desde luego, no era.

A William y a mí nos entraba la risa al vernos en una cama tan pequeñita, estando tan juntos, mirándonos frente a frente y besándonos hasta sin querer hacerlo… Nuestras caras estaban una al lado de la otra y lo lógico era o mirarnos o hablar o besarnos. Pero estábamos encantados, fue una manera distinta de querernos, de hacer el amor, sin sitio, sin comodidades, pero con mucha pasión. Miraba a William y le veía feliz, no tenía ninguna duda, y a mí cada día me enamoraba más.

Al amanecer me lancé a la ventana. Lo que se veía era tan sorprendente y único que me impresionó y me hizo soltar una exclamación con tanta fuerza que desperté a William. Dunas grandes, pequeñas, onduladas por el viento, la arena de un color tan dorado que más parecían

montañas de metal precioso. También, a veces, algunos matorrales, a lo lejos, en el horizonte. El sol naciente reflejaba sus rayos sobre la arena. Estábamos casi en la frontera con Pakistán. Era un auténtico sueño.

—William, ¿qué te parece? ¡Ojalá mañana estemos nosotros por aquí cabalgando en camello y durmiendo a la luz de las estrellas! —le dije al tiempo que los dos mirábamos en pijama, de rodillas, por la ventana del vagón.

—Pero, Violet, ¿estás segura de que esto es lo que te va a hacer feliz de verdad?

—¡Segura del todo! —Y le besé con tanta fuerza y tan emocionada que ya nunca más me lo volvió a preguntar.

—De acuerdo, en cuanto lleguemos, nos vamos al hotel y empezamos a prepararlo todo. A mí también me emociona solo pensarlo. ¡Estar allí junto a ti va a ser fascinante!

El tren se detuvo en la pequeña estación. Allí nos ayudaron a bajar del vagón personas del lugar, vestidas de forma muy humilde y con sus rostros cincelados por el hambre y el sol. No solo buscaban alguna moneda, sino que además expresaban con sus amplias sonrisas que allí vivía gente buena, de paz, o por lo menos eso era lo que parecía.

William y yo portábamos nuestras mochilas en la espalda, como sencillos exploradores. Según nos había advertido la embajada, debíamos dar una imagen de turistas apasionados por el arte, pero sin demasiado poder adquisitivo, por lo menos mientras estuviéramos por las calles.

La sensación era apasionante, como si hubiéramos vuelto a la época medieval y se hubiera detenido el tiempo.

La ciudad no parecía muy grande. La mayoría de sus edificios, casas, albergues y comercios estaban hechos de la piedra y arena de allí, del color del desierto. Por eso se la conocía como la Ciudad Dorada

Jaisalmer estaba rodeada por un fuerte que fue hace tiempo una de las fortalezas defensivas más grandes del mundo en la Ruta de la Seda. William, al conocer esa circunstancia, empezó a emocionarse, a preguntar e investigar la historia de tan asombroso lugar. Su hindi, que había estudiado cuando era pequeño, le sirvió para entenderse con algunas de las personas con las que nos cruzábamos. La ciudad estaba situada en la cresta de una enorme roca arenosa de color dorado, coronada por el fuerte. En el interior, delante de nuestros ojos, el palacio Maharaja Mahal, de siete pisos, imponente, con esculturas y balcones de un refinamiento inenarrable. Tanto William como yo, con nuestras gafas de sol y agarrados a las cinchas de nuestras mochilas, estábamos absortos por lo que estábamos viendo. Allí, en el interior del fuerte, la mayoría de las casas estaban cinceladas por auténticos artistas. Parecía como si se hubieran reunido los mejores orfebres para tallar las construcciones más bellas de Asia. Y mientras admirábamos esas maravillas, veíamos el ir y venir de sus gentes, vestidas seguramente como hacía cientos de años y regentando tiendas y tenderetes donde abalorios, manteles y recuerdos del lugar se vendían por unas miserables monedas.

Al llegar a nuestro hotel, los conserjes de la recepción, con suma amabilidad y exótica educación típica de este país, nos organizaron todo con rapidez para poder subir a la habitación y allí prepararnos para salir directamente hacia el desierto de Thar. No podíamos perder mucho tiempo, pues nos habían anunciado que en cuarenta y ocho horas podría desatarse una tormenta de arena y ya tendríamos que estar de vuelta.

Y dicho y hecho. William y yo ya éramos cómplices; los dos estábamos entusiasmados. Nos duchamos deprisa, nos cambiamos de camisa y con nuestros *breeches*, botas y el salacot nos lanzamos a la calle en busca del lugar donde nos esperaban los camellos y sus cuidadores.

Todo estaba cerca, la ciudad era pequeña, pero imponente. Su arquitectura era fascinante y a cada paso que dábamos nos asombrábamos con la belleza de las finísimas filigranas talladas en la roca. A nuestro lado y por las estrechas calles, ovejas, vacas y vendedores ambulantes nos acompañaban con un entusiasmo contagioso. Íbamos a atravesar el desierto de Thar o Gran Desierto Indio, una de las excursiones más sofisticadas y bellas de Asia, y estábamos entusiasmados. William se había contagiado de mi locura y la sensación de unión era impresionante.

Pronto llegamos al lugar donde nos esperaba una furgoneta que nos acercaría a donde podríamos, por fin, montar en nuestros camellos. William y yo, de la mano y muy seguros, nos subimos al sucio vehículo para empezar a rodar por las cercanas dunas del desierto antes de que se pusiera el sol. El camino era impresionante, las ruedas levantaban olas de arena que nos reducían la visión del hermoso paisaje que nos rodeaba. No importaba: ya llegaría el momento de subir a nuestros camellos y contemplar en toda su inmensidad la belleza del desierto.

Cuando llevábamos más o menos una hora de viaje, a lo lejos, en lo alto de una duna, nos señalaron que se encontraban esperándonos. Que allí comenzaba nuestra apasionante aventura.

La estampa era maravillosa. Cuatro camellos vistosamente vestidos con mantas en colores rojo, naranja y cúrcuma nos esperaban tumbados sobre la dorada arena.

Los cuidadores nos saludaron con un bonito ceremonial y nos dieron de beber un té chai, dulce y muy caliente, que, y a pesar de las altas temperaturas, nos entonó mucho.

En su idioma y con más gestos que palabras, nos hicieron saber que teníamos que darnos prisa. No solo debíamos caminar al atardecer para que el calor no fuera insoportable y apreciar en todo su esplendor cómo se ponía el sol, sino que también teníamos que llegar al campamento antes de que las bajas temperaturas nos hicieran desagradable el camino.

Subimos a los camellos con cierta facilidad. Los empujones de estos animales al levantarse no eran agradables, pero, acostumbrados a los caballos, sabíamos sujetarnos bien apretando nuestras rodillas a la silla.

William abría la fila y yo, a su lado, sin querer perderme ni la grandiosidad del paisaje ni la preciosa cara de mi marido mientras observaba la imponente naturaleza. Detrás de nosotros, los cuidadores con algunos de nuestros víveres, que transportan en un burro. Todo era de auténtica película, o mejor dicho, tan tan real que parecía que se hubiera parado el tiempo muchos siglos atrás.

Si tuviera que resumir en una palabra lo que sentía, sería «gracias». No había término que definiese mejor lo que se sentía cuando se cumplían anhelos al lado de la persona a la que querías y en un lugar tan mágico, bello y algo inseguro. La mezcla de estas sensaciones era tan fuerte que no me dejaba respirar.

—William, ¿estás sintiendo lo mismo que yo? Es que quiero llorar, estoy tan emocionada…

—Violet, no tengo palabras. Estar en este lugar tan mágico y junto a ti es un sueño auténtico. La verdad es que estoy deseando llegar al campamento. Quiero abrazarte, besarte, quiero estar junto a ti.

—Yo también, William, dame la mano por favor. —Detuvimos un momento nuestros camellos y los dos entrelazamos nuestras manos, nos acariciamos mirándonos a los ojos, era algo sublime.

El sol ya comenzaba a desaparecer en el horizonte. El ocaso superó nuestras expectativas. Los colores de la dorada arena se mezclaban con el rojo intenso del atardecer. Nuestros guías nos

señalaron el campamento donde por fin dormiríamos en el corazón del desierto, perdidos en un lugar increíble del mundo. En ese momento, nadie de los nuestros sabía que nos encontrábamos allí; también pensar en eso era apasionante

William bajó del camello y me ayudó a bajar a mí, sosteniéndome entre sus brazos al tiempo que me besaba. Yo le miré a la cara mientras le sonreía, le besé y le dije el «gracias» más sensual e insinuante que nunca hubiera soñado decir. William me lo agradeció con una sonrisa que lo decía todo.

Cuando pusimos el pie en la arena, vimos cerca de nosotros una hoguera encendida, grande, maravillosa, que iluminaba una noche con un cielo plagado de estrellas. El momento era muy superior a lo que habíamos pensado.

Nos sentamos alrededor del fuego y allí nos acercaron unas bandejas bastante dignas, con pollo y cordero al curri. A William le fascinaba este plato, siempre le recordaba a sus años en Delhi, y, feliz por tan sabrosos manjares, cantaba con los guías canciones del lugar, mientras los camellos comían y bebían junto a nosotros. Era tan extraordinario lo que estábamos viviendo que no podía dejar de mirar al cielo, a mi marido, al horizonte…

Al llegar el momento de irnos a dormir, William y yo decidimos sacar de la jaima, preparada con exquisito gusto y bastante lujo, una especie de cama hindú, grande y ancha con sábanas limpias y blancas, y dormir al raso. Queríamos disfrutar de la noche, deseábamos estar bajo el manto de estrellas más increíble e intentar querernos en esa maravillosa inmensidad.

William les dijo a nuestros guías, sonriente y pícaramente, que, por favor, ellos durmieran dentro de la carpa, que nosotros lo haríamos fuera, que no se preocuparan…, y aunque no comprendían el idioma, entendieron perfectamente lo que queríamos.

Tras desearles buenas noches, nos acercamos a la hoguera, ya casi apagada, nos quitamos las botas, los cinturones, dejamos nuestras mochilas a un lado y nos metimos en el camastro tapándonos con las sábanas y mantas que habían colocado con cierto cuidado.

William me apretaba hacia él, nos miramos y sonreíamos.

—No te atreverás, ¿verdad? —le pregunté, divertida; sabía que lo haríamos.

—¡Cómo que no! ¿Para qué hemos venido hasta aquí entonces? —Y se rio muy divertido—. Mira, Violet, yo ya estoy entregado a tus locuras, a tu afán de libertad, y quiero estar contigo y sobre todo quiero quererte. —Empezó a desabrocharme la blusa y también el pantalón. Yo le ayudé a hacer lo mismo. Los dos estábamos deseando estar juntos, querernos bajo las estrellas y en el lugar más recóndito del mundo. Todo era inesperado, posiblemente difícil de repetir. Esa noche iba a ser nuestra noche mágica en el desierto, no habría otra.

Nuestros guías fueron muy respetuosos: desaparecieron del todo, y supimos que era nuestro momento, que estábamos solos y en silencio, y sin decir nada y mirándonos a los ojos, comenzamos a querernos con pasión, sin importarnos nada ni nadie, envueltos en estrellas y suspiros de amor y sin duda empujados por la inconsciencia del deseo extremo. Cuando te vuelves loco, te vuelves loco, y William y yo, es ese momento, lo estábamos.

* * *

Amanecimos, muy juntos, hacía frío, y mientras dormíamos nos habíamos dado calor el uno al otro. Yo, acurrucada sobre su pecho, él, abrazándome cálidamente. Por la noche habíamos sido todo pasión; ahora, al amanecer, dulzura y amor.

—William, ¿estás despierto? —Le había despertado y me volvía a abrazar—. William, no sé por qué, pero creo que esta noche hemos hecho nuestro primer bebé, creo que estoy embarazada, no sé por qué me parece que tiene que haber ocurrido.

—Por favor, loquita, ¿de verdad lo crees? —Se rio encantado—. Pues si es así, tendrá que ser un niño o niña muy valiente, bellísimo, como ha sido esta noche, y tendrá luz propia, como las estrellas que nos han iluminado.

—No digas que no te ha gustado venir hasta aquí, que no te tiene fascinado este lugar, cómo hemos pasado la noche y cómo nos hemos querido bajo las estrellas. ¿Acaso te imaginabas que el viaje de novios con una duquesa medio de pueblo iba a ser así?

—Para nada, Violet, pero es que no conozco a nadie más sofisticado que tú. Lo de pueblo ni lo vuelvas a pensar. La mezcla de tu pasión por la naturaleza y tu elegante manera de ser, tan independiente y segura, te convierten en una bomba.

—William —dije entre risas—, ni por un minuto he pensado que sería como me describes. Pero a ti te gusto así, ¿no?

—A mí me vuelves loco…, te lo digo continuamente. Todavía no concibo cómo, a los cuarenta años, he tenido la suerte de conocer no solo al amor de mi vida, sino a una persona tan bella, tan íntegra, tan valiente y tan atrevida. Eres inesperada, y eso hasta me perturba…

Con el bellísimo amanecer y tras tomarnos el apetecible té más famoso de la India, el chai dulce, caliente, especiado con jengibre, cúrcuma y pimenta, nos arreglamos en un pequeño cuarto de baño en el interior de la jaima, muy colonial, y nos montamos de nuevo en nuestros camellos para regresar a la ciudad.

El sol se estaba levantando, la temperatura todavía era soportable y teníamos que alcanzar pronto las furgonetas para no derretirnos con las altas temperaturas.

Para William y para mí, esta aventura era un regalo que nos había unido todavía más. Nos queríamos muchísimo y disfrutábamos ya de muchas aficiones juntos. Estábamos comenzando nuestro matrimonio con auténticos cimientos.

—Amor mío, pareces Lawrence de Arabia, ¡qué sugerente estas así, sobre el camello, con tu salacot! —Creo que se puso colorado: aunque ya no le sorprendían mis salidas de tono, todavía le hacían sentirse desconcertado. Los hombres, los más clásicos, no estaban acostumbrados a ser adulados por las mujeres, y William no supo qué decirme, aunque le encantó—. Es lo que me pareces, me sale del alma… —Y me reí, tirándole un beso con la mano.

Poco a poco, milla a milla, fuimos acercándonos a nuestro destino, la fortaleza de Jaisalmer, la Ciudad Dorada que nos había robado el corazón.

Para esa noche habíamos acordado cenar en el hotel, un lugar mágico, con olor a incienso y esencias orientales, música sensual y un menú que, después de nuestras viandas en el desierto, nos iba a parecer la sexta maravilla.

Subimos de nuevo a nuestra habitación. La decoración del dormitorio y del pequeño salón era muy elegante y cálido, muy característico. Las colchas de seda color púrpura y las cortinas en ocre dorado producían un ambiente cautivador y muy insinuante.

Me di un baño largo, tranquilo. William me trajo una copa de un vino dulce de la zona que mareó algo mi cerebro y me hizo sentirme en el séptimo cielo. Él se sentó en un taburete a mi lado y nos dimos la mano, casi sin hablar. Estábamos felices pero cansados. Yo permanecí dentro del agua con la espuma cubriendo todo mi cuerpo.

—Violet, mi vida, estamos agotados. ¿De verdad quieres bajar a cenar al comedor o mejor nos quedamos aquí en la habitación y descansamos?

—Noooo, nooo…, es nuestra última noche aquí. Si quieres, bajamos pronto y nos acostamos temprano, pero, por favor, vayamos a ese comedor tan cautivador.

—Okey, de acuerdo. Pues yo me empiezo ya a cambiar. ¿Te vistes tú también prontito?

—Ahora mismo salgo del baño, no te preocupes.

Entonces William cogió mi albornoz y me lo puso rodeándome con sus brazos y apretándome hacia él. Todo eran pequeños detalles llenos de delicadeza. Tenía a mi lado un hombre único, tan cariñoso…

Llegó el momento de mi última sorpresa. En mi mochila, en un paquetito, envuelto en papel de seda, llevaba el más bonito de los saris que encontré en aquella habitación de la casa del embajador. Lo desenvolví y lo estiré. Era de seda de colores rojo, naranja y rematado en dorado. Me envolví en sus numerosos metros de tela dejando la última parte sujetada a modo de cola por mi espalda. Recogí mi largo pelo rubio en un moño bajo, medio despeinado, y me puse unos pendientes de oro, largos, llamativos y con un zafiro digno de llamar la atención. Me maquillé algo, no demasiado, aunque a los ojos les di un tono azulado que hacía juego con el zafiro, y en mi frente me pinté el *bindi*, el famoso punto rojo situado en el sexto chakra, en el de la sabiduría. Estaba emocionada, me había vestido de princesa Alisha con uno de sus preciosos saris. Desde luego, su historia de amor me había conmovido y me estaba haciendo vivir con intensidad uno de los momentos más bellos de nuestra luna de miel.

Cuando salí del cuarto de baño, William se quedó impactado.

—¡Pero, Violet! —Me miró extasiado.

—¿Te gusta?

—Claro, ¡impresionante!, pero ¿cómo lo has traído? ¿En la mochila? —Y reía incrédulo.

—Sí, por supuesto, en la mochila. Quería vivir contigo algo de la historia de amor que leí en las cartas de la casa del embajador. Me tiene embrujada esa petición de fuga por amor. Siempre he sido muy romántica, pero ahora y gracias a ti, estoy exultante. —Él me sujetó la cara entre sus manos, me miró, me besó con mucha suavidad en los labios, y a mí se me electrizó hasta el alma.

—Tú lo que eres es una belleza… por dentro y por fuera, mi pequeña Violet.

—William, ¿te das cuenta de que ni he llamado una vez desde que estamos aquí a Lili ni a mi madre? Me siento hasta mal al pensarlo, pero es que estoy tan unida a ti y a lo que estamos viviendo que tengo que reconocer que ni me acuerdo. Ahora tengo ciertos remordimientos.

—No pasa nada, ¡es que es nuestro viaje de novios! Ya tendremos tiempo… Seguro que no se despegarán de nosotros cuando volvamos. ¡Si casi no nos dejaban besarnos durante el noviazgo! —Nos reímos los dos a la vez.

Bajamos despacio las estrechas escaleras, de la mano, entre la oscuridad del ambiente y las lucecitas rojas y amarillas que iluminaban el saloncito anterior al comedor.

Cuando llegamos, llamamos de nuevo la atención entre los comensales. El hecho de que William conociera el hindi nos hacía todavía más exóticos y también el ir vestida con un maravilloso sari, imagino que solo a la altura de la sociedad india más elevada, nos convertía en una pareja singular y digna de ser mirada.

Entramos en el cálido comedor de pequeñas mesas, con lucecitas de colores sobre ellas y ventiladores de aspas en el techo refrescando el ambiente, y enseguida apreciamos que la atención del personal era exquisita. Estábamos, casi seguro, en uno de los mejores hoteles de esta increíble ciudad o, quizás, en el mejor.

Nuestra mesa se encontraba en una terraza estratégicamente iluminada que daba a la plaza y cuyas vistas al fabuloso palacio de Maharaja Mahal eran imponentes y majestuosas. Un increíble edificio de piedra y arena del mismo color dorado que el desierto parecía custodiarnos a la vez que oíamos los cascabeles de los camellos y sus fuertes pisadas por la plaza y, así como las melodías de los guitarristas, que, sentados en el suelo, disfrutaban de sus exóticas melodías.

El momento era de embrujo total, y William y yo, creo que con la misma sensibilidad, lo estábamos disfrutando por igual, de la mano, mirándonos, como en una nube.

De repente, un señor mayor, indio o pakistaní, de aspecto impecable, se acercó a nosotros y con una reverencia hacia mí y un saludo a William comenzó a hablarnos. Mi marido se puso de pie como señal de bienvenida y respeto.

—Discúlpenme, siento muchísimo incomodarles, y de verdad que me he tenido que armar de valor para acercarme.

—No se preocupe, señor —le dijo William, pues hablaba un inglés perfecto—. Siéntese con nosotros si lo desea, por favor.

—No, no…, no quiero inmiscuirme en la velada de una pareja tan maravillosa como la que hacen ustedes.

Nos miramos y sonreímos. Nos encantaron sus palabras.

—De acuerdo. Le presento a mi esposa Violet, duquesa de Grosvencer, y quien le saluda es el capitán William Coningham.

—Me alegro de conocerles. Desde que los vi entrar en el comedor, supuse que eran unas personas cargadas de valores y por supuesto de belleza.

—Mil gracias, señor… —replicó William

—Perdónenme, no me he presentado, soy el príncipe Amal de Cachemira.

En ese instante casi me desmayé, y él lo notó… ¿Sería «mi príncipe Amal»?

—Sí, señora duquesa, por eso me he acercado, y creo que a usted le ha llamado la atención también mi nombre, ¿es así?

Afectada y sin poder reaccionar, afirmé con mi cabeza, pero sin palabras. Luego acerté a decir:

—Perdóneme, príncipe, pero me ha impresionado y mucho.

—Le creo, igual me ha pasado a mí.

William, que no entendía lo que estaba sucediendo, preguntó asombrado:

—¿Puedo saber que está pasando?

—Por supuesto, capitán, aquí viene mi pregunta, y es precisamente a su esposa: el sari que lleva usted puesto es único, fue realizado para que lo llevara una mujer maravillosa y, aunque usted evidentemente lo es, la destinataria era otra persona.

—Sí, creo que lo sé, Alisha, ¿verdad?

Los ojos del príncipe Amal, un hombre muy atractivo, pero ya mayor, se llenaron de lágrimas, y por unos minutos no pudo pronunciar palabra alguna.

—Siéntese, por favor —le rogó William al ver el emotivo momento que este caballero estaba viviendo.

—Gracias, sí, me vendrá bien. Duquesa, ese sari que lleva usted puesto fue un regalo que le hice yo a la mujer más bella del mundo, discúlpeme, claro, a la que más amé y amaré nunca.

—Oh, por Dios, cómo siento este disgusto que le estoy dando. Para mí ha sido solo una «travesura» romántica con la que quería impresionar a mi marido, ya que estamos de viaje de novios… Pero, por favor, no me llame duquesa, mi nombre es Violet.

—De acuerdo, Violet —me dijo, mirándome fijamente a los ojos mientras en los suyos se veía

reflejado un brillo tenue de añoranza—. Me ha impresionado tanto verla a usted que por un momento pensé que el corazón no iba a soportar ni el hecho de mirarle ni mucho menos hablarle. Como decía Poonam Patnaik, «un sari no es solo un atuendo, es una emoción», y yo me he emocionado demasiado.

—Príncipe Amal, lo primero que tiene que saber es que estamos aquí por usted —intervino William—. Mi esposa, romántica y aventurera, leyó las cartas que en la casa del embajador, y sobre una mesa, encontró en una recóndita habitación .Y aunque seguramente fue una indiscreción, era inimaginable que pudiéramos encontrarnos con usted y mucho menos pensar que las cartas pertenecieran a personas que todavía estuvieran vivas.

—Sí —afirmé conmovida—, siempre lo viví como algo del pasado, como una historia nada cercana. Si no, nunca las hubiera leído.

—No se preocupe, Violet, lo sé, es que yo ya llevo viviendo demasiados años. Si recuerda, en mis cartas le decía a Alisha que no estaba dispuesto a vivir ni un solo día sin ella, sin mi princesa, pero la vida se nos torció, no quiso que estuviéramos juntos, no quiso que fuéramos felices, y ya solo espero encontrarla en la eternidad para vivir unidos en el mundo celestial, en nuestro paraíso particular, y por fin podernos reencarnar y de nuevo vivir juntos nuestro gran amor.

—Pero, príncipe, ¿puedo saber qué es lo que pasó? Siempre pensé, al ver sus vestidos y objetos conservados como en un altar, que Alisha se vino con usted y que entonces su madre, al perderla, decidió dejar la habitación como estaba, como un homenaje tras su huida, casi como una manera de mantener vivo su recuerdo.

—¡No! Ojalá hubiera sido así. No lo sé bien, pero mi familia, en realidad mi padre, creo que fue el culpable de todo. Alisha lo intentó, se subió a ese tren, de eso estoy seguro, y cruzó la mitad de ese desierto tan maravilloso, el desierto de Thar, pero hubo una emboscada —por lo menos, eso es lo que dijeron fuentes oficiales—, y Alisha desapareció. Sus padres, los antiguos dueños de la casa donde vive ahora el embajador británico en Delhi, se volvieron locos, vinieron hasta aquí. Yo enloquecí también y me marché al desierto más de tres años. Viví allí como un ermitaño, solo, cerca de uno de los pueblecitos que viven del ganado, sin querer saber nada de nadie. Cuando por fin admití la pérdida de Alisha, volví a mi ciudad y, como un gran cobarde, acepté y me dejé casar con la mujer que mis padres creían idónea para mi proyecto de vida y mis responsabilidades políticas. Tengo tres hijos, a los que he querido siempre, pero aquí, aunque suene ruin y deshonesto, les digo que nunca he amado a mi esposa, pobrecita. La he respetado, pero en el amor y en los sentimientos siempre he sido fiel a Alisha, mi bella Alisha.

Las lágrimas empezaron a deslizarse por el envejecido rostro de Amal. Yo ya llevaba tiempo llorando, aferrada a la mano de William, y ambos apenas creíamos real lo que nos estaba sucediendo. Eran emociones muy fuertes y casi de película.

—Amal —me atreví a dirigirme a él—, si le parece, subo ahora a mi dormitorio y le devuelvo este maravilloso sari que me he puesto para sorprender a mi marido, pero que para nada sospeché que podía hacer tanto daño.

—¡No, Violet, no! Por favor, duquesa, es para mí, y también para Alisha, seguro, un honor que una mujer tan bella y tan enamorada de su marido lo pueda llevar con tanta dignidad. Este sari es un homenaje a un amor no vivido, así que me siento muy feliz de que ahora lo disfrute una mujer valiente, decidida y que está viviendo junto a su esposo el amor que nosotros no pudimos disfrutar… Además, a usted le llegó al alma nuestra historia leyendo nuestras cartas y gracias a este encuentro he podido revivir por unos minutos las sensaciones más bellas que experimenté

hace muchos años. —Entonces, Amal, anciano príncipe, bastante delgado pero todavía con muy buena presencia, moreno de piel y pelo negro muy tupido, me cogió la mano, me la besó mirándome a los ojos y me dijo—: Gracias por estos minutos inesperados junto a mi amor. El simple hecho de saber que ella lo llevó puesto me hace sentirla junto a mí más que nunca. Es usted una belleza rubia y occidental y, aunque Alisha no se le parecía en nada, pues tenía un largo y bellísimo pelo color azabache y unos ojos como dos lunas llenas, también le queda muy bien. Me gusta que nuestro amor viaje por el mundo en forma de sari. —Y dirigiéndose a William exclamó—: Enhorabuena, capitán, usted sí que ha tenido suerte y está viviendo su historia de amor. Cuídela, creo que merece la pena… —Y le dejó su tarjeta con su corona, debajo su nombre, su número de teléfono y todo escrito en una preciosa caligrafía que también te trasladaba a otro siglo, a otro mundo, a su mundo.

William y yo le vimos marchar, de espaldas, muy elegante, con su *dhoti* protocolario, acompañado de una *blazer* azul marino, una mezcla del traje de etiqueta indio occidentalizado. Los dos nos sentamos, nos miramos, estábamos sin palabras, yo casi sin poder respirar y, de repente, como es natural en mí, me puse a llorar de forma incontenida, no podía aguantar las lágrimas que casi me impedían respirar…

—Pero, Violet, no te pongas así, por favor. Desde luego ha sido todo demasiado impresionante, pero no quiero que ahora llores tú.

—William, es que él ha sufrido algo parecido a lo que yo sufrí, pero no tuvo un final feliz como el nuestro. Debe de ser terrible perder a la persona a la que amas y reconocer, tras casi cincuenta años, que nunca has vuelto a amar a nadie. ¿No lo encuentras terrible?

—Sí, sí, pero tú y yo ya estamos juntos para siempre. Venga, belleza occidental, vamos a lucir ese sari que te han regalado con tanto cariño saliendo a bailar los dos, ¿te apetece?

—Pero ¿sabremos bailar esta música tan exótica?

—Violet, tú dame tu mano, abrázame y déjate llevar. Pensaremos en nosotros, en lo que nos queremos. Este baile seguramente será el más exótico de nuestra vida. Será difícil volver a experimentar algo así y en un salón tan fabuloso, con estos aromas de flores y especias frente al palacio del sultán y con esa maravillosa orquesta. ¡Hagamos un bonito homenaje a Alisha y a Amal!

Y así, sin pensar más que en nosotros y sin dejar de lado la emoción, William y yo nos dispusimos a bailar mientras una exótica orquesta de hermosas mujeres, sentadas en el suelo casi como sirenas, con sus precioso saris de intensos colores, tocaban el sitar con tanta dulzura que su increíble sonido nos embriagó haciendo que nos sintiéramos como en una nube… De repente, al ver que éramos ingleses, la orquesta dio un giro a su música y como homenaje a nosotros empezaron a tocar la bellísima canción compuesta por George Harrison en India, «My Sweet Lord». William y yo nos mirábamos mientras bailábamos. Era como un sueño: conocíamos la canción, la letra, la música, y empezamos a deslizarnos por la pista casi como profesionales. William me sujetaba con un brazo por la espalda y yo inclinaba hacia atrás mi cabeza que daba vueltas y vueltas mientras cerraba los ojos. Fue un baile muy divertido, también muy íntimo, muy distinto, oriental y sensual, y acercándome al oído de mi marido le dije:

—William, tú serás para mí siempre «*my sweet lord*…, mi dulce señor». —Al regresar a la mesa sujeté a William de su brazo—: ¿Terminamos pronto la cena y subimos a la habitación? Quiero estar contigo, muy abrazada, a solas. —Me sentía plena, pletórica, muy segura de mis sentimientos. Creo que por primera vez estaba en completa unión con una persona, y esa persona era William.

Me sonrió, pidió la cuenta y ya no nos sentamos. Enseguida subimos a la habitación.

En nuestro cuarto, le pedí a William que estuviéramos en silencio, que lo necesitaba; me encontraba exultante de amor por William y abrí el balcón, recogí a un lado las cortinas para dejar nuestra cama bajo el mismísimo cielo de Jaisalmer, la hermosa Ciudad Dorada que me había robado el corazón.

Encendí las velitas de color rojo que encontré sobre las mesillas y sobre la preciosa cómoda repujada con piedras de colores. Era una decoración mágica, apabullante, pero con mucha clase. William miraba incrédulo lo que estaba preparando. Estas «cosas mías» le encantaban.

Apagué las luces mientras me quitaba el sari, y bajo la luna, las estrellas y el ligero resplandor de las velas me abracé a William muy fuerte: le necesitaba, quería estar con él, no separarme nunca. Él me miraba embelesado, me sonreía mientras se quitaba la camisa, los tirantes, y de mi necesidad de amor y cariño surgió la más bella noche que hubiéramos podido imaginar.

William empezó a quererme con tanta dulzura, tan suave, tan increíblemente enamorado que creo que supo también que yo sería para siempre la mujer de su vida, una mujer segura y enamorada. Éramos el uno para el otro… De vez en cuando nos mirábamos, nos sonreíamos. Casi no podíamos creer estar sintiendo tanto amor en un lugar tan sensual y fabuloso casi en la frontera con Pakistán. Todo unido, desde luego, era un cóctel explosivo, y nosotros, la dinamita.

—Violet, me quieres, ¿verdad? Lo noto, lo siento y con solo pensarlo se me corta la respiración…

—Claro, William, yo te adoro, tú me adoras, pero quiéreme, mi vida, te necesito mucho mucho.

Y de nuevo en silencio, entre suspiros y miradas, William y yo nos quisimos como nunca…

La noche cada vez estaba más oscura y las estrellas iluminaban nuestros cuerpos desnudos. Recostada sobre su pecho y acariciando su cara a la vez que me besaba la frente, William y yo escuchábamos bajo el balcón abierto a la plaza a la gente deambular por las callejuelas, turistas que hablaban distintos idiomas y camellos roncando con fuerza mezclando su sonido con una bellísima melodía tradicional del lugar interpretada por un músico ambulante. El aroma del incienso y de la cúrcuma entraba también por la ventana de nuestra habitación envolviéndonos en un ambiente tan exótico como embriagador.

—William, ¿no crees que estamos en un trocito de cielo?

—Eso mismo estaba pensando y en lo inteligente que eres. Creo que estos días en esta ciudad perdida en el mundo van a ser los más bellos de nuestra luna de miel, porque pedir más es imposible. Y también pensaba, mi vida, en que si el otro día, como tú creías, no hicimos nuestro niño en el desierto, hoy sin duda ya lo tenemos. ¡Es imposible que no lo tengamos ya! —Nos reímos, abrazados los dos, emocionados.

Y a oscuras y a la luz de las velas nos rendimos al dios Morfeo para entrar en un reparador sueño juntos, a la vez, al unísono, muy unidos.

20

—¡Violet! ¡Violet! No sé qué me pasa… ¡Violet!

—¿Qué te sucede, William, que te está pasando?

—No lo sé, pero llama a recepción, que venga, por favor, un médico. Me duele el pecho, tengo una presión muy grande. Esto es grave.

—No me asustes, William, ¿qué hago? —le grité mientras, confusa, le miraba la cara

—¡Hazlo, por favor, llama ya! —me suplicó casi con un susurro, un hilo de voz.

Me levanté temblando y fui hacia la mesilla de noche de William. Allí estaba el teléfono. Y como loca les grité que subiera un médico:

—¡Por favor, un médico para mi marido, un médico!

William yacía en la cama. Todavía estaba desnudo y le tapé con la suave sábana de seda blanca. No podía creer lo que nos estaba pasando, pero se encontraba mal, muy mal. Él nunca me hubiera asustado así de no ser algo serio. En ese momento y desesperada, recordé la tarjeta que nos había dado el príncipe Amal. Me fui hacia el armario a buscarla en los bolsillos de la chaqueta de William y allí estaba. ¡Por Dios, que él conozca a alguien, que nos traiga a alguien!

Volví a llamar a recepción y, mientras me intentaban tranquilizar y me confirmaban que el doctor estaba de camino, les dije que, por favor, me pusieran con el teléfono que les leí a continuación.

A los pocos segundos sonó de nuevo el teléfono y de recepción me avisaron de que me pasaban con mi llamada. Pero no contestó nadie. Les pedí que insistieran. De nuevo lo intentaron y esta vez una voz ronca y medio dormida contestó, supongo que en hindi.

—¡Príncipe, príncipe! ¿Es usted el príncipe Amal?

—Sí, soy yo, ¿qué sucede? ¿Quién es usted?

—¡Amal, Amal! Soy Violet, ¿se acuerda de mí? Soy la del sari de Alisha… Mi marido, mi marido… No se encuentra bien. Está muy mal. Estamos en el hotel, en la habitación, creo que está teniendo un infarto. Le duele el pecho, está muy mareado y respira con dificultad…

—Por favor, no se mueva de ahí. Hago algunas gestiones para llevarle un médico de mi confianza. Háblele, no deje que pierda el conocimiento.

William yacía en la cama semiinconsciente. Yo le hablaba y le besaba. No quería incomodarle, pero sí que supiera lo que le quería, lo que le amaba.

—William, mi vida, lucha, por favor, tenemos que vivir muchos años juntos. Estoy segura de que estamos ya esperando un bebé… Por favor, William, te necesito mucho… ¡Dime algo, mírame!

De repente la puerta se abrió y apareció por fin un doctor con dos empleados del hotel.

Lo primero que hizo fue tomarle la tensión y, tras auscultarle, sacó enseguida una pastilla y se la colocó a William debajo de la lengua.

—Perdone, señora, habla inglés, ¿verdad?

—Sí, claro. Por favor, dígame, ¿qué le pasa a mi marido?

—Creo que tiene un infarto de miocardio, está en grave peligro. Deberíamos pedir una ambulancia o un coche, pero la verdad es que no sé adónde llevarle. Le acabo de poner una pastilla de nitroglicerina que espero nos dé el tiempo necesario para reaccionar y llegar al hospital.

Efectivamente, William empezó a moverse, me miró, me dio la mano. Yo me abracé a él y lloré sobre su pecho. No podía creer lo que nos estaba pasando…

En ese momento entró por la puerta el príncipe Amal junto a otra persona. Se acercó a la cama mientras su acompañante se quedaba en el umbral de la puerta.

—Violet, ¿qué le ha pasado a William? ¿Está mejor?

—Ooooh, príncipe, señor, creo que tiene un infarto —le dije mientras mantenía mi mano sobre el rostro blanco como la cera de William.

—No se preocupe, mi bella duquesa…, no se preocupe. He traído conmigo a una eminencia que hará lo posible para salvar a su marido.

—Por favor, por favor… —Volví a abrazar a William.

En ese momento, una voz tan absolutamente mía como mi piel sonó en mis oídos. Me quedé petrificada mientras abrazaba a mi marido. No podía ni moverme, no podía ser verdad.

—Violet —me dijo con su voz profunda y dulce a la vez—, Violet, por favor, ¿me dejas que me acerque a tu marido?

Entonces le miré. Yo estaba en camisón todavía, con uno de esos camisones que tanto me gustan de seda «piel de ángel» color rosa palo, un camisón muy cortito, casi picardías. Y era él, era Andrew, y me estaba viendo semidesnuda abrazada a mi marido y desesperada por si le podía perder. Qué cosas tiene la vida…, qué situaciones y coincidencias. Tenía encogido el corazón y la respiración iba al galope. Tras diecisiete años, volvía a ver y a escuchar al que había sido el amor de mi vida, el padre de mi hija, y estaba abrazada al que ahora era mi marido.

Me levanté de la cama, me arreglé el pelo como una autómata mientras le seguía mirando incrédula, casi en *shock*. Supongo que mi aspecto era entre trágico y *sexy*, pues estaba casi desnuda. No pude hablar, no pude pronunciar palabra. Me temblaban las piernas y el corazón iba tan rápido que creí que me podría dar también un infarto.

En ese terrible momento el príncipe Amal, que no imaginaba lo que me estaba sucediendo, me abrazó y con delicadeza me apartó de la cama mientras seguía mirando a Andrew.

—Venga conmigo, preciosa niña, venga, que le pongo algo para que no se enfríe… Yo la cuidaré a usted mientras este fabuloso doctor inglés cuida de su marido. Ha sido un milagro que le conociera el otro día, no hace ni tres días que me lo presentaron…

Nos sentamos en el sofá que había en la habitación, me dio un vaso de agua mientras mirábamos cómo Andrew examinaba a William de manera exhaustiva ayudado por el otro médico. Me fijé en el aspecto de la habitación. Allí se apreciaba con claridad que el ambiente que habíamos creado era exótico y seductor, que habíamos sido muy felices, que habíamos hecho el amor.

Andrew entonces se dirigió a mí y casi sin mirarme a la cara me preguntó:

—Violet, ¿sabes si tu marido tuvo algún episodio anterior a este?

—No, no sé nada. —Y sin mirarle yo tampoco a los ojos le comenté—: Él es un hombre sano y fuerte, nunca me ha hablado de ninguna enfermedad y no toma pastillas que así lo demuestren. Seguro que no tiene ninguna enfermedad que él conozca.

—¿Y cómo ha sucedido?, ¿de repente?

—Sí, anoche cenamos aquí mismo, en el hotel, y después subimos a la habitación.

—Pero son las cuatro de la madrugada y al parecer dormíais. ¿Hizo algún esfuerzo o algo que pudiera afectarle?

Estaba bastante claro el esfuerzo que había hecho William. Aquella pregunta, viniendo precisamente de Andrew, me enfadó. Reaccioné de una manera brusca, poniéndome de pie, algo que sorprendió sobre todo para el príncipe Amal.

—Sí, Andrew, hizo un esfuerzo, el mismo que hice yo, si a eso le quieres llamar esfuerzo. Hicimos el amor tras subir a la habitación, sería la una de la madrugada, y después los dos, abrazados, nos quedamos dormidos. ¿Quieres que te dé más detalles o con esto es suficiente?

El príncipe Amal no salía de su asombro, ni él ni el otro doctor ni los empleados del hotel.

—Bien. —Andrew se recompuso, y titubeando, pero enérgico, casi enfadado, nos dijo—: Hay que trasladarle con urgencia a un hospital. Hay que hacerle cuanto antes un cateterismo a tu marido y comprobar si hay que operarle o no. Ha sufrido un infarto, pero tendríamos que confirmar si tiene obstrucción en alguna arteria vital. No debemos perder el tiempo.

—Andrew, ¡sálvale por favor, sálvale! —grité, abrazada a mi querido y enjuto príncipe de Cachemira.

—Okey, pues adelante. Está claro que no podemos trasladarle a Delhi y que el tiempo es absolutamente clave. Príncipe Amal, ¿adónde nos aconseja ir?

—Pues creo que lo mejor será al Government Hospital. Allí conozco al director, le llamaré enseguida.

—Por favor, pídale que vayan preparando un quirófano, aunque antes haremos un cateterismo para ver dónde está la obstrucción o las obstrucciones. Violet, tu marido se llama William, ¿verdad?

—Sí, William —musité. Lloraba sin creer lo que me estaba sucediendo.

—William —dijo entonces Andrew—, soy el médico. Me oyes, ¿verdad? ¿Ya te encuentras mejor, es así?

—Violet —exclamó William—, ¿qué me ha pasado?

Me acerqué por el otro lado al que se encontraba Andrew, me subí a la cama, besé a William en los labios y al oído le dije:

—No te preocupes, ya estás mucho mejor y te vamos a llevar al hospital. Está aquí con nosotros el príncipe Amal. Él nos ha ayudado.

Vi cómo Andrew contemplaba la escena, triste, con los ojos hacia abajo mientras a su vez escribía, con las manos temblorosas, las indicaciones que tenía que dar Amal al director del hospital.

Entre todos levantamos a William de la cama. Era un hombre tan apuesto que hasta en esos momentos se apreciaba su enorme clase y atractivo.

—William, apóyate en mí —le pedí, y le agarré con firmeza de la mano. Quería que se encontrara tranquilo y que supiera que yo iba a estar a su lado siempre, a pesar de la terrible coincidencia de la presencia de Andrew. Él todavía no lo sabía, pero imaginé que no le iba a hacer ninguna gracia.

* * *

A partir de ese momento todo fue un increíble caos. La llegada al hospital, de madrugada y en una ciudad así, no fue fácil. Los médicos de urgencia brillaban por su ausencia y el quirófano para el cateterismo no estaba preparado, pero el director del centro sí llegó a punto y con él se creó un ambiente más tranquilizador.

Con Andrew dando indicaciones, él y el médico del hotel prepararon todo el instrumental y dieron órdenes precisas a las enfermeras para organizar todo lo necesario para la intervención.

El lugar no era nuevo ni estaba demasiado limpio. Me acerqué al padre de mi hija y le pregunté.

—Andrew, ¿crees que podrás operarle aquí? Me preocupa mucho el mal estado del material y de las instalaciones.

—Violet, sé lo que piensas, opino lo mismo, pero no tenemos otra posibilidad. Lo primero es hacerle el cateterismo. Si el resultado es el que preveo, las arterias no esperan y podría tener otro infarto más grave. Siento mucho tener que ser tan sincero, pero hay que hacérselo aquí y ahora.

—Andrew, luego hablaremos, pero sálvale, por favor. Le quiero de verdad, le necesito… Él ha sido la persona que ha salvado mi vida.

Andrew bajó la mirada, sufriendo y seguramente maldiciéndose a sí mismo, pero tuve que decirle la verdad.

—Lo haré, lo intentaré —me contestó con tono grave. Se dio la vuelta y entró en el quirófano.

Me quedé fuera, sentada, desesperada, siempre acompañada por mi maravilloso príncipe Amal.

Mientras rezaba y lloraba, de repente, me acordé de Lili y el cuerpo se me estremeció. Si supiera que su padre estaba en este momento en el quirófano intentando salvar la vida del que, desde hacía unos meses, ella consideraba su segundo padre… La vida, a veces, era una pura ironía, o un rompecabezas, o un puzle, y en mi caso, en el caso que estaba viviendo, mi vida era una pesadilla.

—Hija mía, le quiere mucho, ¿verdad? —me preguntó el príncipe Amal, rodeándome con sus brazos en señal de cariño.

—Muchísimo, muchísimo. No sabe lo que él ha hecho por mí y el cambio que ha dado a mi vida.

—Sé lo que él la quiere, Violet. Antes de entrar en el quirófano me ha llamado y me ha dicho que la cuide, que no la deje sola ni un minuto, que la tranquilice, que él va a luchar por vivir para usted.

—¡Oh, Amal! —Me cobijé en sus brazos llorando, sin poder dejar de pensar en William.

En ese momento salió del quirófano Andrew. Mientras se acercaba a nosotros y se quitaba la mascarilla, no pude dejar de admirar sus fabulosos ojos azules, los mismos ojos de Lili, nuestra hija. Me sobrecogió, recordé cómo le había querido, cómo nos habíamos amado, cómo habría dado mi vida por él, pero recordé cómo me dejó…, cómo huyó.

—Violet —me dijo mientras le miraba sobrecogida—, como imaginaba, tenemos que intervenirle y cuanto antes, mejor. Tiene obstruidas la arteria principal descendente y la vena mamaria casi por completo. Su estado es muy grave, no podemos esperar. ¿Me das tu permiso para empezar a operar?

Me levanté, me puse frente a él, estiré mi espalda y le cogí sus manos.

Los dos nos miramos a los ojos, temblábamos y, haciendo acopio de todas mis fuerzas, hablé de forma serena:

—Andrew, ¿quieres decirme que, si no le operas ahora, William morirá?

—Sí, Violet, no tengo ninguna duda —afirmó contundente.

—Entonces, hazlo y, por favor, estate tranquilo, ya hablaremos después tú y yo, pero sálvale la vida. Es un hombre bueno, íntegro, un caballero, y le quiero tanto como te quise a ti, y eso sabes lo que es. Te lo pido por favor.

Andrew me miró y sus ojos se humedecieron, apretó las manos que todavía teníamos entrelazadas, se dio la vuelta y entró al quirófano. Fue algo tan impresionante como triste y también muy hermoso, tanto que desde ese momento me invadió una tranquilidad difícil de entender. Me senté de nuevo junto a Amal, el anciano que había llegado a nuestras vidas para salvarnos, y, sin hablarnos, nos dimos la mano y así estuvimos esperando cinco horas para que terminara la operación.

* * *

Ya era de día y el hospital había recobrado su trepidante actividad. Decenas de personas pasaban por delante de nosotros, mientras seguíamos, desfallecidos, a la espera de noticias. De vez en cuando una enfermera salía y nos comunicaba que la operación seguía su curso. En otro momento fue el director del hospital el que se sentó junto a nosotros y, tras comentarnos la suerte que habíamos tenido de encontrar al doctor Campbell, nos hizo un análisis pormenorizado de todo lo que tenían que haber hecho para realizar una operación de tan alto riesgo y con carácter de urgencia.

John, el embajador en Delhi, se había enterado de lo sucedido y nos trasladó un mensaje del cónsul para que no nos preocupáramos de nada y avisarnos de que del traslado a Delhi se encargaría él cuando William estuviese restablecido y pudiese viajar.

Todo parecía que encajaba, el puzle iba cogiendo forma, pero todavía no sabíamos nada de William y cada minuto era una eternidad.

—Doctor —le pregunté al director del hospital—, ¿es normal que sea tan larga la operación?

—Por supuesto, y todo está saliendo bien gracias a las asombrosas manos del doctor Campbell. Es como un milagro que estuviera aquí, creo que lleva pocos días en la ciudad. Si no, señora duquesa, le puedo asegurar que en estos momentos quizás su marido ya no estaría entre nosotros.

¡Por Dios!, pensé, y un enorme escalofrío me invadió el cuerpo y me puse a temblar como una hoja en un vendaval.

—Mi niña, no se preocupe. Venga, siéntese de nuevo —me dijo el príncipe Amal—. El dios Brahma ha querido que el doctor Campbell estuviera aquí y que yo le conociera. Él hace las cosas por algo. No hay que hacerse más preguntas.

En ese momento oímos cómo las puertas del quirófano se abrían y con la bata manchada de sangre, sangre de William, por supuesto, y sus ojos iluminados por la alegría, Andrew se aproximaba a nosotros. Imaginé que todo había ido bien, me levanté y corrí hacia él…

—Violet, tu marido está vivo y se recuperará. Sus latidos son acompasados, no hay arritmias. Todo ha ido dentro de la normalidad, que es lo mejor que se puede esperar.

Entonces, sin pensarlo, sin dudarlo ni un minuto, me abracé con fuerza a Andrew, puse mi cabeza sobre su pecho y mientras escuchaba también cómo se aceleraba su corazón, un corazón

que conocía tan bien y que, de pronto, volvía a parecer mío, le dije: «Gracias, gracias, Andrew…».

Él hizo lo mismo: me abrazó y me acercó hacia él con fuerza. Fue un abrazo desesperado y también de amor. Así lo aprecié y me dejé. No quería herirle, además de que, no puedo negarlo, yo también me conmoví. Volví a sentir su calor en mi cuerpo, volví a ser una joven enamorada hasta los huesos, era como regresar a casa… Me estremecí. Y nos quedamos un rato así, juntos, sin hablar, sintiendo seguramente las mismas sensaciones, recordando nuestro gran amor. Después me besó en la frente, se separó de mí y se dio la vuelta. Supongo que él lloraría también. Yo ya lloraba por todos, por William, por Lili, por mí y por él.

* * *

William pasó un par de días en la UCI hasta que me dejaron pasar a verle. Cuando entré, con mascarilla, calzas, una bata de quirófano y mis ojos verdes buscándole entre otros enfermos, vi cómo uno de ellos levantaba una mano en señal de saludo. Mi corazón estaba rebosante de alegría: William estaba vivo y, además, ya no corría ningún peligro.

—William, amor mío, ya estás bien, ya te has curado. Te quiero tanto, William. —Me acerqué y le besé, muy suave, casi sin rozarle. Los médicos me lo habían aconsejado así.

—Mi vida, por fin te veo… Esto ha sido una pesadilla, a veces no sabía si era verdad lo que estaba viviendo o era un sueño. Te veía a ti llorando y me daba tanta rabia no poder ayudarte… Pero no podía, no tenía fuerzas… Violet, no puedo imaginar estar sin ti ni un día. Por un momento creí que era el final y que nunca te volvería a ver… Después caí en una especie de semiinconsciencia que me ayudó a olvidar tan enorme pesadilla. Violet, quiero que me lleven ya a la habitación y recuperarme junto a ti.

—Eso llegará pronto, ahora no pienses en eso. Lo importante es que estás vivo y que gracias a la operación ahora estás mucho mejor que hace un mes. Ya no tienes riesgos coronarios, ya te han revisado por completo, y estás como nuevo, y quizás más guapo todavía que antes.

Me miró con esa cara tan varonil, pero a la vez con una mirada de niño. Era un hombre muy seguro de sí mismo, muy fuerte, valiente, pero en esos momentos se encontraba inseguro y entregado al cariño. Era lo que necesitaba.

Con un gesto, una enfermera me indicó que debía abandonar la UCI. De nuevo le besé y me despedí. William estaba cansado y casi le dejé dormido, tranquilo, recuperándose.

Al salir, estaba Andrew esperándome. Vestía una camisa azul clara, remangada, pantalón *beige* y mocasines. Muy occidental, muy clásico y, por qué no decirlo, superatractivo. Me impresionó verle de nuevo sin aspecto de médico. Volvía a ser el Andrew de nuestra juventud, aunque las canas y algunas arrugas le hacían más maduro y también más interesante, si cabe. El corazón me dio un vuelco… ¡Cuántos años había pensado en este momento! ¡Cuántos años deseando volver a verle!

—¿Cómo le has encontrado? Yo ya le he visto esta mañana. Ya pasé a verle.

—Andrew —susurré—, nunca podré agradecerte lo que has hecho por mi marido y por mí. Sé que no habrá sido un plato de gusto para ti, pero no he dudado ni un momento de que harías todo lo posible. Sé que tu vocación está por encima de todo. Todavía recuerdo tus palabras, cuando emocionado me decías en nuestra cabaña que los médicos erais «la mano de Dios en la tierra para curar a los enfermos». Siempre supe que lo harías, a pesar de que fuera mi marido.

—Pero, Violet, recuerdas todavía mi frase… Y en la cabaña, ¡nuestra cabaña! —dijo casi como en un lamento.

—Claro, Andrew, lo recuerdo todo, todo… No se ha borrado nada en mi mente de los tres años que estuvimos juntos.

—Oooh, Violet, qué torpe fui, qué cobarde y qué ruin.

—Andrew, no sé qué decirte ahora que tan agradecida estoy, pero creo que sí, que no me lo merecía.

—¿Podemos ir a hablar fuera del hospital? Violet, necesito decirte tantas cosas… No te preocupes por William, ahora dormirá unas horas. Los calmantes le mantienen en una especie de semiinconsciencia que le viene muy bien para recuperarse.

—No sé si debemos, Andrew… —le dije, aunque estaba deseándolo.

—Por favor, es necesario, absolutamente necesario.

—Está bien, lo entiendo. Vamos fuera, entonces.

Los dos, juntos, como tantas veces habíamos hecho, pero por la campiña, empezamos a andar, despacio, por las estrechas calles de Jaisalmer. Mi corazón palpitaba a toda velocidad: él seguía ejerciendo un gran magnetismo sobre mí. Jaisalmer era una ciudad increíble, muy romántica; a veces nos cruzábamos con una oveja, otras, con una vaca. Era muy primitiva y tenía un encanto increíble. No hablábamos, íbamos calle arriba, uno al lado del otro, sin decir nada, pero viviendo unas sensaciones para mí muy contradictorias; para él, seguro, dificilísimas.

En un momento dado, me sujetó con su brazo, y por él subió un escalofrío casi como un rayo.

—Violet, entremos aquí. Sentémonos a tomar un té, ¿te parece? Tenemos que hablar.

—Perfecto —le dije, aparentando seguridad mientras temblaba todo mi cuerpo. Me daba miedo ese encuentro más íntimo con él. Le había querido demasiado y, aunque estaba segura de mi amor por William, no me fiaba de mi reacción.

Ese día vestía un pantalón *beige* del mismo tono que la camisa, cinturón y botas altas de piel. No había llevado mucha ropa a Jaisalmer, solo lo necesario para montar en camello o para cenar por la noche, pero Andrew se fijó en ello.

—¡Cómo me recuerdas así vestida a la Violet de dieciocho años, a mi Violet! —Y mirando hacia abajo, triste, pero con voz decidida, me dijo—: Estoy desesperado, absolutamente desesperado. Violet, te quiero tanto…

—Andrew, por favor, estoy muy cansada. Además, me encuentro débil y no podría enfrentarme a un problema en el que yo no he tenido nada que ver. Creo que es injusto que te pongas ahora a hablarme de lo que fuimos y de lo que nos quisimos. Eso ya lo sé, no he podido olvidar ni un solo día de nuestra relación, pero tú desapareciste sin darme explicaciones, y durante diecisiete años, sí, en diecisiete años enteros no has querido saber nada de mí. Ni una explicación, ni un cómo te encuentras, ni siquiera cuando perdí a mi padre, de lo que seguro que te enteraste, pues salió en todos los periódicos y además vino tu madre a darnos el pésame. Nunca, nunca supe nada de ti. Todo lo que hiciste no era típico de ti o por lo menos del Andrew al que yo quería… ¿Acaso te puedes imaginar lo que yo sufrí?

Andrew entonces se echó las manos a la cabeza, se tapó la cara y soltó una especie de lamento ahogado que me estremeció. Era un hombre fuerte, alto, con mucho empaque, y en ese momento estaba totalmente desesperado. Mi James Dean sufría, no me cabía la menor duda.

—Lo sé, vida mía, lo sé.

—Por favor, no me llames vida mía, no soy tu vida para nada; además, ¡estoy casada! Durante muchos, muchísimos años te guardé ausencias, creí que volverías, que te habrías equivocado, que la relación con tu compañera fue un error, aunque nunca entendí qué te sucedió para que te acostaras con ella cuando tú y yo éramos tan felices… Pensé que te separarías de ella y que vendrías junto a mí, pero los días, los meses y los años pasaron, y tú no volviste.

—Lo sé, Violet, perdóname, por favor, perdóname. ¡Todo lo hice tan mal!

—Cuando conocí a William, hace ahora un año, le dije, como a tantos otros, que no tenía nada que hacer, que yo ya estaba enamorada porque era viuda de un hombre al que había amado con locura y que seguiría siempre junto a él. Yo fui tu viuda fiel hasta que gracias a William empecé a vivir de nuevo, a ver lo maravillosa que podía ser la vida también sin ti. Pero dejé demasiado en el camino. No he tenido juventud, ni un noviazgo normal con nadie porque seguía enamorada de ti y, aunque lo intentaba, no conseguía superarlo: solo estabas tú en mi corazón, un corazón propiedad de un hombre desaparecido, casi como si hubieras muerto. Comprenderás ahora lo que es William para mí, ¿verdad?

—Sí, claro, Violet, me duele mucho imaginarlo, pero lo comprendo. No creas que ahora pretendo que vuelvas a quererme, ojalá que así fuera, pero, si te sirve de algo, yo no he dejado ni un solo día de quererte, de ser tuyo y de pensar en ti.

—Andrew, ¿por qué no volviste conmigo? Para mí, esa es la pregunta que siempre me ha perseguido, lo que nunca he entendido.

—Violet, no podía, me era imposible, me consideraba un hombre mezquino y miserable, un hombre sin honor, que todavía no sabe cómo se fue con otra mujer con lo que tú y yo nos queríamos. En la universidad sucedió todo sin razón alguna. Felicity es una buena persona, aparte de muy atractiva. Yo le gustaba, y me cuidaba y me acompañaba. Te fui desleal sin querer serlo, caí en mis propias sensaciones sensuales y egoístas. Ella era la chica del momento, todo el mundo la admiraba y ella me admiraba a mí. Todavía ni me lo explico yo mismo, pero supongo que fue una mezcla de todo ello. Me vi presionado cuando supe que íbamos a tener un hijo, y mis padres, además, no lo dudaron: me hablaron del honor, de las obligaciones, de ser un caballero. No pude dar la cara, no fui sincero contigo, no quise ni contártelo ni asumir mi traición. Fui un cobarde, y mi reacción fue más cobarde todavía, pero, Violet, desde ese mismo día, desde nuestro último día en la cabaña, no he tenido ni un minuto de tranquilidad ni de felicidad. —Andrew me hablaba con el corazón, yo lo sabía y lo apreciaba, pues le conocía bien, pero a mí no me servían esas explicaciones.

—Yo lo sabía o lo imaginaba, Andrew. Sabía que no ibas a ser feliz, que nunca querrías a nadie como a mí y que, aunque tu hijo te hiciera vivir momentos maravillosos, también sabía que siempre me querrías a mí. Y, entonces, sin odio ni rencor, decidí ser tu viuda, una viuda con tu amor en el recuerdo, y así encontré mi personal manera de sobrevivir a tan tremenda tristeza. Te quería demasiado como para odiarte o aborrecerte. Siempre creí que habría una explicación, aunque el tiempo largo y silencioso me ha demostrado que no, que no estaba en tus prioridades, o que el Andrew al que yo quería en realidad no existía.

—Violet, por Dios, ¡qué hice…, qué hice! Me arrepentí desde el primer día, pero fui cobarde contigo y con mis padres y con la madre de mi hijo: a ella también le he hecho mucho daño. Me convertí en un hombre extraño, despegado con la familia y volcado solo en la medicina, en el hospital, en los enfermos: en ellos es donde encontré la fuerza para seguir vivo.

—Te pido, por favor, Andrew, que no me compares con tu esposa. Tú y yo llevábamos casi cuatro años, y tú con ella, pues no lo sé, pero presumo que solo unas cuantas noches. Tú eres el

que te defines como cobarde, yo nunca te he calificado como tal, pero estuve mucho tiempo muerta en vida, y eso tú también lo sabías, lo tenías que imaginar. Sabías que así sería, que te quería demasiado como para sobrevivir a una situación tan repentina e inexplicable. Era una niña todavía, una joven ilusionada y enamorada hasta en los poros de mi piel.

En ese instante, Andrew me cogió las manos.

—¿Te importa? —me preguntó.

—Bueno, sí —contesté—, sobre todo por William: no quiero hacer nada que le pueda molestar.

—Lo entiendo, ¡qué hombre con suerte William! Pero, Violet, tengo que hacerte una pregunta, y me la tienes que contestar con la verdad. Yo estoy aquí, tan lejos de Cardiff, donde vivía, porque en el periódico vi una foto de vuestra boda. Eras una novia preciosa, una auténtica princesa. Quise morir cuando te vi, aunque también pensé en todo lo que habías tardado en rehacer tu vida, y de nuevo me sentí como un miserable… Entonces una llamada de mi madre me abrió los ojos. Me insistió en que volviera a ver tus fotos en el periódico. Yo no quería hacerlo: estabas tan bella, tan feliz, y con otro hombre a tu lado… Pero ella insistió en que me fijara en una preciosa joven que estaba justo detrás de ti. La niña, ponía el pie de foto, era tu hija Lilibeth, y tiene la edad de mi hijo, la misma edad. Sin duda es mi hija, mi hija y, Violet, me volví loco, loco completamente. Decidí huir de allí, casi ni me despedí de mi esposa, la abandoné, y cogí el primer avión que encontré, que precisamente era el mismo en el que estabais vosotros. ¿Recuerdas que nos encontramos? Creí que moría al verte, besándote, en la puerta de embarque, con tu marido. Yo me trasladaba sin rumbo, no me importaba adónde fueran a parar mis huesos. Solo quería un lugar para asistir a los demás como médico, redimir mi cobardía ayudando a los necesitados y no volver a pensar en nada, porque… Violet, esa niña, esa preciosa niña tiene mis ojos y, aunque tiene tu belleza y tu porte, se parece mucho a mí. Por favor, dime la verdad, ¿Lilibeth es mi hija, nuestra hija, es de la edad de Jack, es nuestra, de la cabaña? —Mirándome a los ojos, me apretó las manos con fuerza. Estaba desesperado…

Le solté entonces las manos, me puse rígida, estaba mareada y con taquicardia, absolutamente conmocionada, pero me enfrenté a él como pude. Lo tenía que hacer por mi dignidad y por William con total firmeza. Lo que había decidido desde un principio, hacía tantos años, lo cumpliría hasta el final.

—No, Andrew, Lilibeth es solo hija mía. Se llama Elizabeth de Grosvencer y será la heredera de los honores de su abuelo y del patrimonio de mis queridísimos padres, que la han querido y cuidado como a una hija. Ahora está muy cercana a William y por primera vez vive la sensación de tener a su lado una especie de padre, un hombre que la protege y con el que se siente segura. Lili nació en Bath y se parece mucho a mí, le gusta montar a caballo —es una excelente amazona —, vivir en el campo, se siente bien cerca de la naturaleza, como yo. Tiene grandes valores y es la razón de mi vida… Además, está muy orgullosa de haber tenido una madre soltera valiente, independiente y que la quiere con locura… Pero, Andrew, no te desesperes más. —Sentí la necesidad de decírselo—. No te vuelvas loco. Lili es mi hija, solo mi hija, rotundamente mía, esa es la absoluta verdad.

Entonces Andrew cayó sobre la mesa, su cabeza apoyada sobre sus brazos, hundido en su tristeza. Me daba pena, pero, aunque había sido muy dura y sincera en las explicaciones, tenía que ser así… A estas alturas de la vida de Lili, no se me ocurriría decir nada sin preguntarle a ella, sin saber si le quería conocer y, sobre todo, Andrew no se lo merecía. Nos abandonó con demasiada crudeza, aunque, si soy sincera, ya le había perdonado.

Como pudo, Andrew se recompuso, estiró su cuerpo y me miró fijamente con sus increíbles

ojos azules todavía llenos de lágrimas. Al contemplarle, pensé en el lógico enamoramiento que viví junto a él, un hombre tan guapo como inteligente, pero que tomó, así lo creía yo, una decisión tan errónea como cruel para su vida.

—Gracias por cuidarla, Violet, gracias por cuidar a nuestra hija. Sé que es nuestra, Lili se parece mucho a mí, es igual que yo cuando era pequeño… Y aunque no me merezco nada, ni siquiera la confirmación de mi paternidad por tu parte, me gustaría que algún día me dieras la oportunidad de conocerla, de mirarla, de adorarla. Si supieras cómo siento todo y cuántas veces recuerdo que aquel horrible día tú me quisiste decir algo, y yo, aturdido por lo que iba a hacer, no te dejé. Seguro que me ibas a decir que estabas embarazada, que esperábamos un niño, ¿verdad? Violet, te quiero y te querré siempre, pero no te incomodaré, no te preocupes. Me quedaré a vivir aquí, a ayudar a los demás, para eso he venido. ¿Te das cuenta de lo dura que ha sido mi equivocación? Tengo una hija con el amor de mi vida a la que no conozco y un hijo, al que quiero mucho, pero consecuencia de un error de juventud.

Por primera vez pensé que tenía razón, que, por una mala gestión de sus actos, su vida no ha sido como se merecía…, pero tampoco la mía.

—Andrew, por el daño que me hiciste ya no sufras más, pues, aunque sea desde hace poco, ya lo he superado. Y también, si te soy sincera, para que veas que no hay rencor en mí, creo que si te hubiera encontrado hace un año, a lo mejor estaríamos juntos de nuevo, no lo sé. Tendría que haberte perdonado, pero, desde luego, todavía te quería. Ahora quiero a William con toda mi alma. Con él he vuelto a vivir el amor y la entrega auténtica. Él me ha cuidado y me ha curado mis heridas, que eran muy profundas, y, aunque al principio de conocerle le decía que yo ya estaba enamorada, por supuesto de ti, nunca desfalleció para conquistarme y lo consiguió. Él me adora y yo a él también.

—¿Y Lili, Violet, es mi hija? —insistió.

—No, Andrew, Lilibeth es solo mi hija. Yo soy su padre y su madre, y es una adolescente feliz, muy feliz. Si te parece, y sin querer ser grosera contigo, me gustaría dejar de hablar de ella. Andrew, te he querido muchísimo, te he querido demasiado, nunca creí que dejaría de quererte, pero…

En ese momento, de repente y sin esperarlo, Andrew me cogió entre sus brazos y me besó apasionadamente, como habíamos hecho durante nuestros tres años de amor. Me sorprendió y, aunque creo que imaginaba que podía pasar, no supe qué hacer. Quise separarme de él, pero no pude y dejé que me besara, que me acariciara y que me sostuviera entre sus brazos. Y, aunque yo no respondí a ese beso, lo disfruté y me emocioné al recordar lo que habíamos sido los dos. Me dejé llevar, era incapaz de resistirme. Le había querido tanto tanto que por un momento pensé que los años no habían pasado, que todavía éramos los dos jóvenes enamorados. De mis ojos, entonces, noté cómo resbalaban unas lágrimas hacia mis mejillas, mi boca estaba junto a la suya, en ese momento estábamos juntos de nuevo…

Me separé dulcemente de él. Estaba aterrada, aturdida, estremecida y conmovida. Le miré a los ojos, esos ojos idénticos a los de mi hija, y con voz entrecortada y sin saber qué decir para justificar lo que acababa de suceder, le dije:

—Andrew, gracias por operar a William, por curarle, por devolverle a la vida. Siempre te lo agradeceré en el alma, siempre. Ahora vuelvo junto a él y no me apartaré ya ni un momento de su lado, de su cama, de donde esté.

Me separé de él, le rocé su brazo por última vez y me di la vuelta. Me marché sola, bajando la estrecha calle que de nuevo me devolvería al hospital. Tenía prisa por llegar, mis pasos eran

acelerados y mi corazón, una auténtica locomotora. El beso que me había dado Andrew sería difícil de justificar. Quería encontrarme de nuevo junto a William, junto a mi amor, pero en mi corazón también había amargura. Dejaba atrás al otro gran amor de mi vida, un hombre bueno, romántico, atractivo, muy inteligente, que me seguía queriendo y por el que yo todavía seguía sintiendo mucho amor.

Andrew y yo ya no nos volvimos a ver. Él, cada mañana, pasaba por el hospital temprano, cuando sabía que yo me iba al hotel a ducharme y a cambiarme de ropa, ya que permanecía casi las veinticuatro horas junto a mi marido, y, tras supervisar a William y hablar con los médicos, se marchaba sin esperarme. Era triste la situación, muy triste, nos evitábamos, pero ni para él ni para mí había otra solución, y yo tampoco la quería.

* * *

A los veinte días de la operación nos dieron el alta. William pudo por fin volver al hotel. Estaba muy débil, muy delgado, pero era un hombre feliz y lleno de amor hacia mí.

—Violet, me parece mentira volver a esta habitación. Todo ha sido como una pesadilla. No puedo creer que después de hacer el amor con tanta pasión y de dormirnos los dos con tanta placidez bajo la luz de las estrellas, pudiera desencadenarse semejante episodio que todavía no recuerdo en su totalidad. Qué suerte hemos tenido, qué suerte encontrar al príncipe Amal y qué suerte que él conociera al eminente doctor inglés…

—Y qué suerte que estemos juntos, mi vida. Túmbate aquí, sobre la almohada —le dije pícaramente mientras le ponía tras su espalda numerosos almohadones para que estuviera cómodo—, tranquilo, relajado. Pon tu mente en blanco, dame tu mano, bésame suavemente, porque, mi vida, ya te puedo decir, ya te puedo confirmar… ¡que estamos esperando un bebé! —grité feliz y me tumbé a su lado, levanté las piernas moviéndolas, nerviosa, le abracé, le besé. William abrió los ojos asombrado, mientras yo me reía y me acurrucaba junto a él. No sabía si gritar o abrazarme. Me apretó entre sus brazos, me estreché junto a su pecho mientras le oía decir: «Te quiero, te quiero… ¡Increíble, increíble!».

—Lo sabía, lo sabía. Este niño o es de la noche del desierto o es de la noche de mi infarto, pero lo sabía. Querernos como nos quisimos y no conseguir nuestro niño era casi imposible. ¡Oh, Violet, qué feliz soy, voy a ser padre y por poco me lo pierdo!

Comenzamos a besarnos despacio, tumbados en la cama, riendo. William estaba muy débil, pero nos quisimos con dulzura, tranquilamente, con el alma. Yo le iba a cuidar, le iba a acompañar siempre hasta que estuviera recuperado del todo. Él, seguro, se iba a volcar conmigo, no hacía falta ni decirlo, pero las ironías de la vida hicieron que supiera que esperaba mi segundo hijo cuando Andrew, el padre de mi hija y después de desaparecer durante diecisiete años, se encontraba de nuevo en nuestras vidas.

Al príncipe Amal no se lo dije, pero seguro que se enteró de mi próxima maternidad enseguida. Según nos aseguró más adelante y después de lo que habíamos pasado, la llegada de nuestro niño fue una de las noticias que más le habían hecho creer en la existencia de su dios Brahma.

21

Regresamos a Londres en un avión militar que salió de Nueva Delhi. Todo se gestionó desde palacio y por medio de nuestro embajador. Estábamos abrumados por la generosidad y cariño de la reina, que, por lo visto, se implicó personalmente en la organización de nuestro regreso.

—Violet —me dijo William mientras me daba la mano ya sentados en el interior del avión—, lo de la reina ya me está haciendo sospechar. Cuando me recibió en su despacho, antes de casarnos, solo fue para decirme, con otras palabras, que «cuidadito con hacerte daño». Después vino el príncipe a nuestra boda y dos veces tuve que oír que hubieras sido la princesa de Gales ideal para ella, y ahora ¿nos dan la posibilidad de utilizar un avión militar para volver a Londres? ¿A mí, que soy un humilde militar y servidor de su majestad? Todo esto es por ti y me temo mucho que por la relación con tu padre.

—Pero ¿qué insinúas, William? —Me reí, divertida—. ¿Acaso crees que hubo algo entre ellos? ¡Sería maravilloso enterarnos ahora de un romance real en nuestra familia!

—Pues yo esto no lo dejo así. Con tantas atenciones, algo muy auténtico tiene que tener su majestad con vosotros. Deberías preguntarle a tu madre. Ella seguro que lo sabe o lo sospecha —William se rio con ganas—. Si es que tuvieron un *affaire* los dos…

—Pero ¡qué dices! Si mi madre adora a la reina y mi hija se llama Lilibeth en su honor… ¡Oh, por Dios! Ahora me doy cuenta de que el que más insistía en el nombre era mi padre, sí, increíble, era él el que quería que le pusiéramos el nombre de Elizabeth y que además le llamáramos Lilibeth. ¡Muy fuerte! Aunque creo que estamos haciendo una mala película con nuestra imaginación, ¿no te parece? —Me reí como loca ante la posibilidad y me abracé a William, que, por cierto, empezaba a recobrar su atractivo y fuerza de siempre.

—No te creas, yo trabajo en Buckingham y te puedo asegurar que lo que está haciendo con nosotros no lo hace ni por un hijo. Su majestad es muy austera con todos y, sobre todo con ella misma, y siempre dice que cada uno resuelva sus problemas como pueda. Y mira con nosotros… Ha puesto a nuestra disposición la casa del embajador para vivir y ahora un avión, y honró a tu padre con un título creado únicamente para él… Violet, Violet…, si no fuera porque es tu padre, yo ya confirmaría algo. —Reímos a carcajadas y empezamos a imaginarnos una divertida película de una relación clandestina en palacio. Pero, en realidad, lo que nos pasaba era que estábamos felices.

Por fin volvíamos a casa tras la tragedia que habíamos vivido en Jaisalmer, la bellísima ciudad india más cercana a Pakistán, y donde Andrew había salvado a mi marido. ¡Qué cosas tenía la vida! ¡Después de quitarme la mía con su desaparición ahora me regalaba la del hombre al que amaba!

—Violet, ¿cómo te encuentras? No te mareas en el avión, no tienes náuseas, ¿verdad? Cada vez que pienso en que me podía haber perdido este momento, doy gracias a la vida, al Dios supremo, a ti que me has cuidado y a ese fabuloso doctor que apareció en nuestra habitación gracias a tu príncipe Amal. Todo resulta increíble, pero así ha sucedido, y en este momento soy el hombre más feliz del mundo.

William estaba exultante, y era lógico. Yo también, pero todavía no le había dicho que el famoso doctor era Andrew, el padre de mi hija, y estaba convencida de que tenía que ser sincera, de que tenía que saberlo antes de llegar a Londres y este era el momento ideal.

—Estoy de maravilla, me encuentro genial, no noto nada, excepto una felicidad enorme de saber que vamos a tener un hijo. ¡Me hace tanta ilusión poder compartir contigo estos momentos tan íntimos!

—Lo sé, sé que para ti tiene que ser muy especial. Me muero solo de pensar en que si me hubiera pasado algo tendrías que haberte enfrentado, de nuevo, a ser madre y padre tú sola. Todas las noches lo pienso, y por eso habrás notado que de repente te abrazo en la cama, fuerte, muy fuerte, aunque estés dormida. Necesito sentirte muy cerca y oír tu respiración y la mía al unísono… ¡Creo que tardaré tiempo en reponerme de esta pesadilla!

—William, tengo que decirte una cosa, tengo que contarte algo, que no es ni bueno ni malo; es conocer toda la verdad de lo que te ha pasado. Hasta ahora no he querido hacerlo porque, primero, te tenías que cuidar y estar tranquilo, segundo, teníamos que celebrar juntos, muy juntos, la llegada de nuestro primer bebé, y, tercero, no es tan importante, aunque es curioso y sobre todo increíble.

—No me asustes, querida. ¿De qué se trata? No sé si reírme o preocuparme: tus palabras me intrigan —Me miró con cierta inquietud en sus ojos.

—No te preocupes, es un detalle, pero un detalle que tienes que conocer. Serás el primero en saber todo, todo lo que había ocultado en mi vida. Lo que más guardaba, lo que no quería que supiera nadie, lo que más de una vez me negué a contarte ahora lo vas a conocer, porque creo que es mi obligación tras lo sucedido.

—Por favor, Violet, ¿quieres decírmelo ya? —me pidió susurrando para que nadie nos escuchara.

—El médico, tu cirujano, tu salvador, es el padre de Lilibeth. Es Andrew Campbell, es él, William.

—¿Cómo?, ¿cómo que él es mi cirujano? ¡No me fastidies! ¿Cómo es posible que estuviera allí, en el otro lado del mundo, en una ciudad casi desconocida por la mayoría de los mortales? ¿Le llamaste tú para que viniera? ¡No entiendo nada!

—Ya, ya, tranquilo, es todo más fácil de lo que parece, pero casi increíble de creer. ¿Te acuerdas de que en el avión, cuando viajábamos a Nueva Delhi, te dije que le había visto?

—Sí, es verdad…

—Pues resulta que fue a parar a la ciudad de Jaisalmer sin querer, sin pensarlo, donde le dijeron que hacían falta médicos, y el primer día, como es un buen cirujano, fue presentado a las autoridades de la ciudad, entre las que se encontraba el príncipe Amal. Una pura casualidad, William, pero que te ha salvado la vida. Todo el mundo me ha dicho que, si no hubiera estado él, tú ahora no estarías vivo.

—Oh, por Dios, no me lo puedo creer. ¡Qué difícil es todo! La verdad es que se lo agradeceré siempre, pero ahora estoy confundido, no sé cómo reaccionar. No me gusta la verdad, me

sorprende y me descoloca. Que le hayas vuelto a ver me preocupa y que creas que le debes algo todavía me preocupa más. ¿Y sabe ya que Lili es su hija?

—Me lo preguntó al día siguiente de operarte, cuando estabas recuperándote en la UCI. La vio en las fotos que salieron de nuestra boda en los periódicos. Su madre le llamó y le dijo que la niña era idéntica a él, que si podía ser el padre, que si habíamos tenido relaciones… Por supuesto, yo no se lo he confirmado; me he limitado a asegurarle y recalcarle que Lili es solo hija mía, que su padre y su madre soy yo, y que me parecía de muy mal gusto que preguntara nada sobre mi vida.

—Oh, por favor, Violet, pero qué difícil también para ti. Francamente, cuando le miraba, había algo en él que me resultaba familiar.

—Sí, William, son sus ojos. Lili los tiene idénticos —afirmé, no sin cierta nostalgia.

—Pero, Violet, dime la verdad: ¿qué ha supuesto para ti volver a verle? ¿No me dirás ahora que le quieres, ¿verdad? O algo parecido…

—No, no tranquilo. —Sonreí levemente, comprendiendo la pregunta—. Le dije que te quería con locura, que, por favor, te salvara la vida. Que eras la persona a la que amaba y la que me había salvado de una vida sin sentimientos y nostalgia.

—¿De verdad le dijiste todo eso?

—Claro, William, te quiero con toda mi alma, ya lo sabes… ¿Otodavía no eres consciente de ello?

Y sonreí mirándole pícaramente. Entonces él me besó, y de repente vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. Estaba emocionado y todavía muy débil, había perdido mucho peso y, seguramente, ver la muerte tan cerca lo había hecho más vulnerable. Creo que sintió miedo de verdad de perderme, estaba muy sentimental…

—William, ¿estás llorando?

—No lo sé, creo que sí. —Se rio también por sus palabras—. Es que en estos momentos me encuentro impotente. Si decidieras dejarme y volver con Andrew, no entendería para qué me habéis salvado la vida.

—¡Pero, bueno, si no te voy a dejar! Por favor, no pienses nada de eso… Andrew se ha quedado allí a vivir, se marchó de su casa y abandonó a su mujer tras conocer la existencia de nuestra hija. Me dijo que se dio cuenta en ese instante del daño irreparable que me había hecho y que no quería continuar con la farsa de su matrimonio ni un minuto más. La verdad, me dio pena y no sentí por él nada más que lástima, y, por supuesto, agradecimiento por operarte. ¿Crees que era mejor que no te lo hubiera contado? Si me hubiera callado, entonces parecería que sentí algo más que lástima, ¿no crees?

—Es verdad, tienes razón, perdóname. Estoy deseando estar fuerte y poder hacerte más feliz. Violet, ahora me siento algo desprotegido, la falta de fuerzas me hace parecer un niño, pero si he llorado es casi de alegría y emoción. No me volverá a pasar. A partir de ahora seré yo quien cuide de ti, mujer increíble, sensible y fascinante…

—William, sí que estás romántico y sentimental. Que sepas que los hombres que lloran me encantan… Está sobrevalorado el hombre que no derrama una lágrima.

—Bueno, pues a mí no me gusta… Espero que esta sea la última vez.

—No, no, de eso nada —le dije sonriendo y mirándole a la cara—: habrá una próxima vez seguro y será más o menos dentro de siete meses. —Y me reí mientras le enseñaba mis cuentas con los dedos.

—¡Oooh! ¡¡Nuestro niño…!! O niña, tienes razón, seguramente volveré a llorar. Ser padre por

primera vez con cuarenta y un años y contigo de mamá desde luego se merece un buen llanto incontenible. Me muero de emoción.

Ya más tranquilo y yo mucho más serena tras haberle contado «casi todo», nos quedamos medio dormidos, mi cabeza sobre sus hombros y él besándome la mano. Habíamos pasado por momentos extremos y el agotamiento nos pedía a gritos volver a casa y olvidar los últimos veinte días, aunque la magia del desierto y nuestro baile y nuestro amor la noche del episodio fatal estarían siempre grabados en mi corazón.

22

S—eñor, perdone que le moleste. —Jadson, el mayordomo, había entrado en el despacho—. Una mujer y una niña están en la entrada preguntando por usted. Dicen que vienen de parte de su majestad la reina. Si me he atrevido a molestarle es, sobre todo, porque lo considero mi obligación, pero francamente creo que podrían ser unas impostoras.

—¿De parte de la reina? ¿Y le ha dicho sus nombres?

—La verdad es que no he preguntado, pero la señora es una mujer muy bella, bellísima.

—Pues nada, Jadson, con esto último se agrava mi curiosidad. —Sonrió—. Dígales que pasen, las recibiré aquí mismo.

Tras unos minutos, Jadson golpeó la puerta con sus nudillos y pidió permiso para entrar.

—Pase, Jadson

—Señor, la señora Walls y su hija Christine —anunció.

—Gracias, Jadson, puede retirarse. Por favor, señora Walls, pueden sentarse. ¿En qué le puedo ayudar? Si les he recibido ha sido solo por poner a nuestra reina como reclamo, aunque desconfío mucho de esa afirmación.

Como había dicho Jadson, la señora Walls era una belleza, joven todavía, rubia con su melena recogida en un moño bajo, nariz respingona, ojos azules y una piel tan blanca como la porcelana. La niña, de unos diez años, a primera vista era un calco de su madre. Al verla el duque se puso nervioso, comenzó a desconfiar, algo le asustaba.

—Bien, señora, soy todo oídos.

—George, ¿es que no me reconoces, no te acuerdas de mí? Sé que he cambiado, no tengo el mismo color de pelo y ya no soy una jovencita, pero mis facciones siguen siendo las mismas.

En ese momento el padre de Violet recordó ese bello rostro, fue consciente de que su primera sospecha era la acertada. La señora Walls era lo que en las altas esferas llamaban «un tropiezo en tu vida», un calificativo con el que él no estaba de acuerdo para nombrar una noche que seguía recordando cada día de su vida. Emily era una dulce joven que le cautivó en una recepción de palacio. George no había vuelto a saber nada de ella, nunca, en los últimos diez años, los que habían pasado desde que vivió una de las noches más especiales de su ya incipiente madurez. Siempre había pensado en ella como algo sublime, como un regalo del cielo, pues la conoció cuando su matrimonio con Sophie hacía aguas y en su mente se empezaba a gestar la posibilidad de separarse.

—Pero, Emily, ¿eres tú? ¡Santo cielo, es impresionante lo bellísima que estás! ¿Y esta niña tan guapa cómo se llama?

—Es mi hija Christine, George, dicen que igualita a mí. A lo mejor ella te recuerda más a como era yo hace una década.

—No, Emily, ahora sí que te veo y te recuerdo, nunca he podido olvidar lo que vivimos, aunque, lógico, tus rasgos se convertían en nebulosa cuando intentaba recordarlos. Pero ¿qué es lo que te ha traído de nuevo hasta mí? Perdona mi pregunta, pero espero que no me digas ahora que esta niña… Bueno, ya sabes, no quiero decirlo con claridad delante de ella.

George casi balbuceaba, nervioso y expectante por conocer la respuesta. Se sentó de inmediato. Efectivamente, había pasado una noche con Emily, y, aunque a la semana siguiente de conocerla la buscó por todo Londres preguntando a amigos comunes que asistieron a la fiesta, nadie sabía nada de ella, ni adónde había ido tras la recepción ni con quién había venido. Al final, desistió, había acudido acompañando a alguien, pues la reina le confesó a George que ella personalmente no la conocía. Fue una recepción divertida, de jóvenes ya algo maduritos y George había acudido solo, sin Sophie.

—George, no te preocupes, no he venido hoy a hacerte responsable de nada después de tanto tiempo. Siempre he pensado que lo que pasó pasó. Pero después de esa noche, la persona que me llevó a palacio me buscó, se incomodó conmigo y me forzó: se puede decir que me agredió en todos los sentidos. No quiero darte más detalles en este momento, pero comprenderás que no pueda saber de quién es mi hija. No te preocupes por ello: para mí, Christine es solo mía y me encuentro muy satisfecha por ello. Lo que ocurre es que ahora todo este episodio ha vuelto y está en un momento terrible que te puede afectar a ti o a cualquiera de los miembros masculinos de la familia real y de los invitados que se encontraban esa noche en palacio.

Grosvencer no salía de su asombro: no quería creer el lío en el que, al parecer, le iba involucrar de un momento a otro su *affaire* ya olvidado después de tantos años.

—Pero ¿por qué crees eso? La verdad es que no entiendo nada, empieza a parecerme una farsa. Perdona, discúlpame por la definición de esta situación, no he querido faltarte al respeto.

—Pues no es ni una farsa ni una película, es una terrible realidad. Este señor, este monstruo me sigue amenazando, no me deja tranquila, considera una traición que me fuera aquella noche contigo (aunque, en realidad, él no sabe con quién me fui) y, como está arruinado y desesperado, me ha anunciado su decisión de hablar con algún periódico y contar que la joven que acudió a aquella fiesta vestida con un precioso vestido largo de gasa fucsia con escote palabra de honor terminó asediada y violentada por toda «la pandilla» que allí se encontraba, desde el príncipe al más insignificante de los invitados, y que de esa situación, de ese horror nació una niña sin un padre responsable.

—¡Pero qué estupidez es esa! No lo puedo comprender, no tiene ningún motivo ni ninguna prueba que lo justifique.

—Así es, pero tiene fotografías mías contigo y con otros amigos de aquella noche, personas entre las que se encuentran títulos a los que no les gustaría verse involucrados en tan desagradable denuncia. Y lo que sí es verdad es que soy madre soltera de una niña cuyo nacimiento coincide con los nueve meses después de ese evento. Desde luego, si esto sale a la luz pública, declararé en su contra intentando salvar a todos y a mí misma de semejante situación, pero no tengo duda de que os salpicará, que el asunto es morboso y que la gente está dispuesta a escuchar barbaridades, aunque sean mentira.

—¡Santo cielo! —exclamó el duque—. Pero ¡qué pesadilla sin fundamento es esta!

—Lo sé, George, soy la primera en reconocerlo. Por eso he venido a comunicártelo y para que me recibieras he puesto a la reina de reclamo. Conocía tu casa, me acordaba de la dirección de cuando estuvimos aquí, nadie podría olvidar tan maravillosa residencia en Belgravia. No sé ni qué debemos hacer ni cómo arreglarlo. Yo no te he querido molestar, hasta ahora he vivido con

mis padres, pero ya han fallecido y no creo que tenga posibilidades de luchar sola contra semejante enemigo. Además, por qué no decirlo, sé que piensa introducir en el lote de «posibles agresores» a todos los que están en la foto y a los que no salen en la imagen también. Es decir, a todos los asistentes a la fiesta.

—Lo siento, Emily, me tienes que dar más datos sobre el personaje en cuestión. Yo no recuerdo quién era, solo te recuerdo a ti, una preciosa joven encantadora con la que viví una noche maravillosa; y yo, mayor que tú, casado y con una hija, cometí el error más grande de mi vida y que, por lo que veo, me va a pasar factura ahora. Solo al ver la carita de Christine me siento el hombre más ruin. —George se entristeció de verdad mientras miraba a la niña, que se dedicaba a pintar en un papel al otro lado de la estancia.

—George, no sabes cómo lo lamento —susurró ella mientras bajaba la cabeza.

—Emily, ¿no has rehecho tu vida? ¿No has encontrado a nadie con quien compartirla?

—No, no me ha sido posible. Este personaje lleva mucho tiempo molestándome para que estuviera con él, para que viviera con él. A veces desaparece durante meses y no tengo noticias suyas y entonces me imagino que no va a volver, pero al final regresa, siempre lo hace. Creo que está completamente loco y su existencia e insistencia me han hecho permanecer con la niña casi sin salir de casa. Una vida muy sencilla y discreta: al colegio, a la compra y poco más. Y que conste que nunca te hubiera molestado si no hubiera encontrado peligrosa la amenaza que me hizo la semana pasada que alcanza hasta a la familia real.

—Por supuesto, Emily, y te lo agradezco muchísimo. ¿Vives aquí en Londres? ¿Tienes tu casa cerca de aquí?

—No, no, vivía con mis padres en las afueras, por lo que he podido estar más tranquila, tener una vida apartada de todo. Conseguí terminar la carrera y doy clases en el mismo colegio donde estudia mi hija. Pero, George, he venido porque ahora él me da miedo, tanto por lo que pueda hacer con vosotros como lo que nos pueda hacer a mí o a mi hija. Parece que está arruinado y no dudará en intentar lo que sea.

—Tienes razón, Emily. Pero, por favor, dame unos días. Esto es tan sorprendente como inesperado, y no sé cómo debo actuar. Me supera todo lo que me cuentas. ¿Te imaginas que salga una lista de posibles violadores en el periódico y todos ellos invitados en el palacio? ¡Vamos, me pongo a temblar!

—Bueno, George, pensaremos qué hacemos, si te parece. Yo hoy me vuelvo a casa y comunicaré al colegio que tanto la niña como yo nos encontramos indispuestas y que no podremos acudir. Conseguiré estar oculta una semana como mucho. Si te parece, dame noticias con algún mensajero sobre lo que debo hacer. Te apuntaré mi dirección, si me das un papel y una pluma.

—Claro, claro —susurró George, acercándole la pluma mientras comprobaba de nuevo la belleza de Emily, su perfecta caligrafía y la cara de su hija Christine. En ella se quedaron clavados sus ojos intentando encontrar algún rasgo familiar, algún parecido a él o a su pequeña Violet. El corazón se le encogió y una amarga sensación le inundó el alma. ¿Sería suya esa pequeña de ojos claros y piel de porcelana?

23

La llegada a Grosvencer House fue una auténtica fiesta familiar. Mamá y Lilibeth habían preparado una maravillosa merienda con Poppy, sus padres y el resto de los empleados a nuestro alrededor escuchando nuestras fabulosas aventuras vividas en la India antes de la terrible noche de la operación. Encontré que mi madre se había adaptado durante mi ausencia mejor que nadie a la rutina del campo. Ahora era ella una buena amiga del servicio, a Poppy la trataba como a una hija, con Connor, nuestro capataz, hasta hacía bromas y ni me hablaba de volver a Londres.

William y yo ocupamos una parte lateral de la casa que mamá nos había preparado como para que estuviéramos un poco más aislados. La antigua habitación de invitados, con salón y baño, se convirtió a partir de nuestra vuelta en nuestro «pequeño hogar».

William lo agradeció mucho, pues estar rodeado de mujeres podía ser para él traumático, y así tendría su lugar de aislamiento, su refugio.

—¿Os gustan vuestros aposentos, amado mío? —le pregunté, como si estuviéramos en la Edad Media, encantada y feliz. William me sonrió de reojo. Aprecié que ya andaba más derecho, que su tórax estaba más fuerte, que sus piernas ya no parecían las de un hombre enfermo.

—Violet, me siento muy bien aquí —me dijo sonriendo—. Nunca hemos vivido juntos en esta casa y presiento que terminará siendo nuestro hogar, ¿verdad?

—Eso creo. Yo estoy pletórica de tener estas habitaciones para nosotros solos. Siempre han sido las que más me han gustado y todavía podremos decorarlas más a nuestro gusto. Pero estar aquí contigo, viviendo y durmiendo juntos, me parece un sueño.

Como atraídos por un imán, nos acercamos el uno al otro, nos miramos, William acarició mi cara y besó despacio mis mejillas, mi boca, el cuello, me acarició mi vientre. Allí estaba su primer hijo, tan deseado por los dos. Nuestro reencuentro tras su enfermedad iba a ser pasional, romántico y fuerte, casi como empezar de cero, volver a vivir la intensidad de antes de la operación. Había pasado casi un mes sin que William y yo pudiéramos estar así. Empecé a medio marearme, le quería mucho y volvíamos a sentir ese amor que nos había unido para siempre.

William me llevó a la cama y muy despacio, y con las exquisitas maneras que él tenía para hacer el amor, empezamos a querernos sintiéndonos completamente unidos. Ya esperábamos un bebé, ya éramos una familia, yo ya le había demostrado que le quería a él, y no a Andrew, y él se sentía por todo ello tranquilo y feliz.

* * *

Cuando les dijimos a Lili y a mi madre que estaba embarazada, la alegría inundó la casa que tan apagada había estado desde que murió papá.

Lili se hizo más mayor, cambió la manera de ser conmigo, me cuidaba, me mimaba, me demostraba más que me quería. Mamá, por su parte, se volvía loca solo de pensar que ese bautizo se iba a poder celebrar «con todos los honores», como si el de mi hija no hubiera sido suficiente para su estirpe, aunque también he de ser sincera y reconocer que lady Sophie se estaba acostumbrando, y de qué manera, a vivir en el campo sin la armadura social a la que estaba habituada y que tanto le había gustado hasta entonces. ¡Incluso se ponía pantalones con botas de agua todos los días! Había dejado a un lado las bonitas pero anticuadas faldas escocesas que vestía casi como un uniforme en el campo.

William era, sin duda, el hombre de la casa y, como todavía se estaba recuperando, se dejaba querer. Entre mi embarazo y su operación, nos encontrábamos como en una nube recibiendo los cuidados de todas las mujeres que allí vivían.

Aun así enseguida me calcé las botas de goma, me puse mi cola de caballo y volví al trabajo que tanto me gustaba; me encontraba bien, perfecta y, aunque William se preocupaba en exceso, yo quería seguir disfrutando de mi vida de siempre. La cría de caballos, mi yeguada, ya se estaba dando a conocer por toda la comarca. Las cuatro yeguas estaban preñadas, incluyendo a la dulce Dama, y las dosis de los sementales las vendíamos por importantes cantidades de dinero. No solo empezábamos a ser conocidos, sino también cotizados.

Nuestros potros eran perfectos, con un pelo tan corto y suave como el terciopelo, de patas finísimas y largas, y tan ágiles cuando corrían que eran ya una «joya preciada» en nuestro entorno. Estábamos consiguiendo una yeguada de proporciones y velocidad muy superiores a la media y ya eran muchos los que visitaban nuestras caballerizas para comprar o interesarse por la participación en competiciones. Y aunque todavía éramos «pequeños», nos gustaba disfrutar de cada animal, de su nacimiento, de su crianza, verlos correr junto a sus madres por las verdes praderas y crecer casi como si fueran hijos nuestros. No queríamos cantidad, buscábamos calidad.

* * *

William se recuperó del todo y, demasiado pronto, tuvo que volver a Londres, a su trabajo en palacio.

Quedamos en que yo iría de miércoles a viernes a la casa de Belgravia para, desde allí, juntos, volvernos a Bath, de tal manera que solo estuviéramos separados dos días a la semana. No me gustaba alejarme de él. Llevábamos más de dos meses día y noche juntos y para mí era ya como el aire que respiraba.

Mi madre, para mi asombro, no hizo ni el más mínimo ademán de acompañarnos y, además, nos daba toda la impresión de que se encontraba de maravilla viviendo en el campo con su nieta y su pequeña corte de cuerpo de casa.

—Hija mía, disfrutad mucho de esa maravillosa casa. Ahora es tuya, pero he llamado y he dispuesto que os arreglen todo como lo hacía yo antes. ¿Te parece bien?

—Por supuesto, mamá, tú eres la señora de esa casa, la que le has dado glamur año tras año, siempre has sido la gran anfitriona. Y, por cierto, quería dar una fiesta dentro de unas semanas para presentarnos como marido y mujer y a Lili. Mis dos personas favoritas tienen que entrar en la vida londinense por la puerta grande. Me ayudarás a organizarlo, ¿verdad?

—No sé qué decirte, mejor organízalo tú… Yo te ayudaré algo, pero desde aquí, nada más. No me apetece demasiado ir a Londres, ya no me encuentro bien allí.

—Pero, mamá, qué rara estás. Lo vengo notando desde hace tiempo, pero lo de hoy no lo puedo creer. ¿Ha pasado algo que yo no sepa y que te haya hecho cambiar tan drásticamente? ¿Te he molestado yo en algo? No sé, creo que he sido contigo bastante correcta. —Le hablé así por si había notado algo desde que murió papá y heredé la mansión.

—Hija mía, tú no has hecho nada, tú eres siempre tan generosa… Soy yo la que he cambiado y la que cada día se encuentra mejor aquí. Le he cogido mucho cariño a esta casa, ¿sabes?

—Bueno, pues me alegro muchísimo, yo soy de Bath a muerte… —le dije para no seguir preguntando, pero esta nueva actitud de mi madre no era muy normal, no le pegaba nada ser así, no me iba a quedar más remedio que pensar que podía estar pasando algo. Hablaría con Poppy…

* * *

Mi bebé crecía en mi vientre. ¡Qué bonito poder compartir estas sensaciones con William y no como me pasó con Lili!

—Violet, podíamos aprovechar para que te vea un buen ginecólogo en Londres. No estoy preocupado, pero es que necesitarás un control. No puede ser que no te importe que te vea o no un médico —me dijo William cuando estábamos de camino a la ciudad.

—Pero si tu hijo también va a ser de Bath, vida mía, de Londres nada. —Me reí.

—Lo sé, lo sé, pero allí seguro que habrá especialistas más notables. Hazlo por mí, solo que te vean ahora y luego ya haces lo que tú quieras. Sé que no voy a poder contigo.

—Perfecto, capitán —claudiqué—, no te preocupes, lo haré. Hoy mismo me enteraré de a qué médico van todas tus amigas…

—¿Las mías?

—Sí, claro, las tuyas… Yo no tengo ni una sola amiga en Londres. Es muy fuerte, ¿verdad?

—Pues sí, pero por eso todavía eres más atractiva. Es como si hubieras salido de una novela y con vida propia empezaras a introducirte en la alta sociedad conquistándonos a todos. Sin duda, tu vida tiene mucho morbo. Creo que Londres arde impaciente por conocerte mejor.

—Bueno, pero eso será solo en pequeñas dosis. Yo quiero seguir disfrutando de nuestra vida en el campo, de los caballos, de la granja. Cada vez tenemos más pedidos, nuestras mermeladas, salsas y hortalizas ya están en los mejores hoteles de la zona y, William, no lo podemos descuidar: es parte también de nuestra economía y de nuestro futuro.

—Princesa, es que tú vales mucho. A mí me dejas anonadado con todo lo que has logrado en tan poco tiempo.

—Bueno, poco tiempo no, que ya empecé con mi padre… Comenzamos plantando el bosque de arces y ya los árboles tienen una altura maravillosa y los animales están poblando esas tierras. Es como un sueño todo, ¿no te parece? —le dije mientras me recostaba en su hombro y le besaba la mano. William de nuevo era un hombre fuerte, alto, musculado. Le había venido muy bien montar a caballo y hacer ejercicio, y volvía a su trabajo más atractivo si cabe—. William, me quieres, ¿verdad?

—No, cielazo, te adoro. ¿Por qué me preguntas eso ahora?

—No sé, me da miedo separarnos de nuevo, hemos sido tan felices este mes en Bath que ahora me preocupa el cambio.

—Qué tontería, lo vamos a pasar genial. Yo volveré a casa en cuanto termine en palacio y podremos ir a cenar a los mejores restaurantes como si fuéramos novios otra vez. —Hablaba con entusiasmo mientras me abrazaba.

Me quedé así, recostada en su hombro, encantada, pero algo temerosa. Desde que decidimos casarnos no nos habíamos separado y ahora empezábamos una vida más normal, con horarios, obligaciones y preocupaciones, y una de ellas, seguro, sería el vernos mucho menos.

El mecánico detuvo el coche delante de la puerta de nuestra casa.

—William, no te lo he dicho hasta ahora, pero quiero que sepas que esta casa es ya también tu casa. Quiero que te sientas y disfrutes de ella como tuya. Si yo soy tuya, la casa, evidentemente, con más razón. En el campo vivimos rodeados y aquí viviremos solos los dos. Aquí también crearemos nuestro hogar, tuyo y mío, solo para los dos —le dije antes de bajarnos.

William se emocionó, y sin salir del coche me besó con dulzura y me dijo al oído: «Mi casa está donde tú estés. En un palacio, en un pueblo, en una cabaña… Tú eres mi casa y es, por supuesto, la casa más bonita del mundo. Tú eres mi hogar, tú eres donde yo quiero estar», y mirándome y sonriéndome me volvió a besar.

De la mano subimos los cuatro escalones para llegar a la puerta. Mamá ya había preparado todo, y la doncella y el mayordomo nos estaban esperando.

William, de repente, me levantó con sus brazos riéndose y divertido, y traspasamos la puerta como dos recién casados.

Subimos a nuestra habitación. Mamá había dispuesto que la de ella, la de mis padres, la principal, fuera ahora la nuestra. La había mandado decorar de nuevo, y cuando la vi me quedé impactada por la belleza del dormitorio, ahora mucho más moderno y agradable.

Una enorme cama de matrimonio con grandes cuadrantes blancos presidía la habitación. Las paredes estaban enteladas en un verde agua suave y acogedor y las mesillas de madera *art déco* daban a la habitación el estilo palaciego del resto de la casa, mientras las lámparas, con grandes pantallas blancas, modernizaban el conjunto proporcionando un ambiente relajante y muy elegante. A los pies de la cama, un sofá tapizado en terciopelo veneciano azul marino adornado por cojines en suave terciopelo verde como las paredes. Una mesa delante del sofá con una botella de *champagne* helado nos esperaba con dos copas altas de fino cristal transparente.

Las grandes cortinas eran de seda *beige*, muy claras, y las alfombras con estampados de grecas azules. William no pudo disimular su asombro y satisfacción, a pesar de que, seguro, le superaba tanto lujo. Se quitó la chaqueta con un gesto muy varonil y atractivo, la tiró encima de la cama y sonriendo exclamó:

—¡Pero si parece un palacio, Violet! ¿No crees que es demasiado? ¿Aquí voy a dormir contigo todos los días? —Se reía mientras me miraba incrédulo.

—Te dije desde el principio que para mi madre eres más que un príncipe, y aquí tienes el resultado. Todo le parece poco para su queridísimo yerno.

—¿Y para ti qué soy? —me preguntó, abrazándome y con una mirada insinuante.

—Pues, para mí, eres mi rey; un rey demasiado atractivo y sensual. William, quédate aquí conmigo —musité como haciéndome la tontita.

—Pues que sepas que yo veo muchos más peligros contigo que conmigo. A mí todo el mundo me conoce por aquí. En cambio, tú eres la atracción, la bellísima duquesa, rubia, alta, delgada, que ha guardado su identidad entre las montañas y que ahora vuelve para ser la más admirada de Gran Bretaña.

No le faltaba razón, pensé, pero para mí era la primera vez que iba a compartir a mi amor con el resto del mundo. Tanto con Andrew como con William hasta ahora, habíamos vivido en «nuestro mundo». Ahora entrábamos en sociedad.

24

Cuando George de Grosvencer despidió a Emily agradeciéndole su impagable discreción durante tantos años, antes de cerrar la puerta no pudo evitar quedarse admirando por unos instantes a aquella hermosa mujer y a su hija. Los recuerdos de aquella velada se mezclaron con la sombra de una posible y terrible responsabilidad incumplida. Lo que para él había sido nada más que una imborrable noche, que, hasta ahora, no había comentado con nadie por miedo a que llegara a oídos de Sophie, que recordaba pero de la que no se sentía orgulloso, empezaba a preocuparle y, sobre todo, le atormentaba la sombra de la duda: ¿sería el padre de esa jovencita de nombre Christine?

Sin más dilación, lo primero que hizo fue pedir una audiencia con su majestad. La reina, casi de inmediato, accedió a recibirle. Ella sabía que, si no fuese algo importante de verdad o urgente, su leal y siempre amigo George de Grosvencer no le molestaría ni le robaría su tiempo.

Esa misma tarde, Grosvencer acudió a palacio. La reunión tuvo lugar en el despacho privado de la reina, sentados los dos en la mesa, frente a frente. George sonrió queriendo tranquilizar a la soberana, aunque ella era consciente de que no era normal esa urgencia en su solicitud. Él empezó a narrarle la extraña visita que había tenido y, sobre todo, los riesgos que supondría la noticia de esa fiesta con tintes de orgía en los tabloides. El vizconde de Dorset, que así se llamaba el «villano», estaba dispuesto a trasladar a la prensa la noticia como si se tratara de los excesos y abusos de la nobleza en los salones del palacio con más prestigio del mundo con el solo propósito de hacer daño a la monarquía y para ganar dinero. La realidad era que en la fiesta había una mujer muy bella que nueve meses después fue madre soltera y que había sido fotografiada con bastantes miembros de la nobleza. Ella, por supuesto, no quería hablar y menos que pareciera que quería «endosar» a su hija a algún noble desconocido, pero el vizconde, al parecer un personaje resentido por algo hasta ese momento desconocido, dejaba muy claro que estaba dispuesto a arruinar la reputación de todos los que allí se encontraban, incluido el mismísimo marido de la reina.

Su majestad mostró su preocupación desde el principio. En esa noche en palacio habían estado demasiados miembros de su familia; no podía dejar que el escándalo, aunque fuese ficticio, saliera a la luz. Los tabloides eran temibles.

Los dos hablaron largo y tendido, no sabían cómo encarar la situación. Entonces George se vio obligado a ofrecerse.

—Majestad, no quiero que te inquietes si esto se hace público. —Grosvencer tuteaba a la reina, entre ellos existía una auténtica amistad de muchos años—. Seré yo el que se haga públicamente responsable de esa niña, a pesar del disgusto familiar y del de la pobre Sophie. Lo haré porque a lo mejor soy de verdad su padre, eso no lo sabemos, y me está obsesionando, y sobre todo porque la Corona me necesita. No nos podemos permitir un escándalo monumental sobre lo que

sucede tras las paredes de palacio. De todas formas, avisaré antes al vizconde de lo que estoy dispuesto a hacer si habla a la prensa y a cambio de su silencio le ofreceré una buena cantidad de dinero, de mi dinero, nunca del tuyo. ¿Te parece bien, majestad?

La reina le agradeció de corazón sus esfuerzos por liberar a todos de semejante problema; aunque los rumores fuesen inciertos e infundados, el simple hecho de salir en la prensa sería muy perjudicial para la Corona. Además, como reconocimiento a su generosidad, le aseguró que, a partir de ese momento, consideraba a Violet como miembro de su familia, que siempre siempre cuidaría de ella casi como si fuera una hija y, lo más importante, le otorgaba, por fin, el título de duque de Grosvencer creado para él y que, por lo tanto, de esa manera y solo de esa manera, podría heredar su hija.

Para George, el título de duque era un reconocimiento impensable. Antiguamente se ganaba en el campo de batalla, ahora las batallas eran privadas y se entablaban entre cuatro paredes.

Grosvencer regresó a su mansión de Belgravia contento de poder servir a la Corona y por el título que podría ostentar su hija, pero abatido por la vileza de su comportamiento primero hacia Emily y después hacia Sophie. Nadie, ninguna mujer se merecía esa falta de respeto causada por el abuso del alcohol. Se recriminaba haber sido mezquino y poco honorable. Durante los diez años transcurridos no pensó qué podría haberle ocurrido a aquella hermosa joven, que, huyendo de las garras del vizconde, había caído en las redes de un joven y atractivo noble que la quiso deslumbrar llevándola a su casa tras la fiesta. Había niebla aquella noche, y las farolas desprendían un círculo de luz tenue y blanquecino que daba a la húmeda atmósfera un aire irreal y romántico. George y Emily llegaron a la casa juntos. Él la arropaba con su chaqueta, como para protegerla del frío, pero en realidad ya había comenzado un protocolo de cortejo llamativo y casi perfecto. «Es la historia más antigua de todos los tiempos —pensó George, mientras rememoraba aquella noche—, un hombre atractivo y aristócrata abraza a la delicada joven mientras la invita a su maravilloso palacete en el centro de Londres… Pero ¡cómo pude ser tan inconsciente y egoísta! De acuerdo que ella vino de manera voluntaria, pero yo hice todo lo posible por cautivarla y poseerla, y lo conseguí. ¿Será hija mía la pequeña Christine?».

25

—¡Violet, Violet, ¿dónde estás?! —gritó William al llegar a mediodía a casa—. La reina me ha recibido personalmente para preguntarme por mi salud y por nuestro viaje de novios. Le he dado las gracias más expresivas y ya le he comunicado que estamos esperando nuestro primer hijo.

—Qué maravilla, William, pero qué pronto corren las noticias en la ciudad. La vida aquí es mucho más trepidante.

—Pues cuando te diga el notición… —William me abrazó exultante—. ¡Me ha ofrecido ser embajador en la India! Sería casi por designación real, pero, claro, pasando por el Consejo de Ministros.

—Pero ¿qué dices? No, no, no me apetece nada, William. Yo ahora estoy embarazada, no podré acompañarte, no quiero que esto nos suceda. Estaba segura, lo presentía. Alguien te iba a querer robar de mi lado y ya lo están haciendo…

—No reacciones así, querida. Si no quieres, diré que no acepto el cargo y punto. De todas las maneras, no sería de inmediato. El niño podrá nacer aquí y después nos trasladaremos precisamente a la casa de Delhi donde ya estuvimos en el viaje de novios. ¿No te parece una maravillosa coincidencia?

—Por supuesto, me encantaría volver allí, pero, William, en la India está Andrew, vamos, supongo. No me gustaría volver a verle, no me apetece recordar de nuevo ni el daño que me hizo ni lo que viví con él. —Sin mencionar el hecho de que me atormentaba el beso que me había dado y que no le había contado a mi marido.

—Lo sé, pero no tenemos por qué verle. Durante diecisiete años habéis vivido los dos en Inglaterra y no habéis coincidido nunca.

—Eso es verdad. Pero toda mi vida se me descoloca. Lili empieza la universidad, la granja está en pleno apogeo y la yeguada comenzando a tener sus primeros resultados. Bueno, pero no quiero quitarte la ilusión, es un trabajo precioso que te mereces, además de que tú has nacido allí y nadie mejor que tú para representar a nuestro país.

—¡Lo sabía, sabía que lo comprenderías! Este cargo es la culminación también de los deseos de mis padres. Ya sabes que antes de la carrera militar estudié en la Escuela de Economía porque ellos querían que tuviera un recorrido más importante y lo han conseguido. Es verdad, Violet, estoy feliz y quiero que tú también lo estés —me dijo a la vez que me miraba a la cara mientras la sostenía con su mano—. Y ahora, princesa —dijo con una sonrisa, sabiendo que se metía dónde no le llamaban—, ya me he enterado del mejor ginecólogo de Londres. Atiende a la familia real y nos recibirá esta misma tarde.

—¡Qué pesado estás con ese tema! Si me encuentro fenomenal. Ni náuseas ni cansancio, ni sueño… Vamos, mejor que con Lili.

—Aun así, iremos los dos esta tarde. Quiero estar contigo, y quiero saber todo lo que está pasando por ahí dentro. Todo eso es tuyo y mío. —Y besó mi vientre ligeramente curvo.

—William, creo que va a ser chico: es muy grande; por lo menos, me lo parece. Lili fue más chiquitita, como más femenina, no se me notó nada hasta el sexto mes, y mira ahora cómo estoy, parezco un globo.

—¡Por Dios! Me muero de la ilusión —afirmó—, eres el globo más *sexy* del mundo.

* * *

Esa misma tarde acudimos juntos al hospital St Mary's, cerca de Paddington, donde habían nacido los hijos de la princesa de Gales. Allí, enseguida nos recibió una enfermera, que nos trasladó al despacho del doctor Alan Farthing, ginecólogo de la reina y profesor en el Imperial College London.

—William, pero ¿por qué me traes aquí? ¡Al médico de la reina, ni más ni menos! ¡Pero si Lili nació con el que estaba de guardia en Bath!

—Es que nuestra soberana ya está en nuestras vidas, querida, y ella misma se ha ocupado de llamar al doctor y pedirle la cita. No teníamos escapatoria. Lo siento, Violet, pero te quiere como a una hija. —No sabían que la reina, además de quererla, estaba cumpliendo con la promesa que le había hecho a su querido amigo George de Grosvencer.

En ese momento nos pasaron al despacho del doctor. Tras decirnos que veníamos muy muy bien recomendados —lógico—, me preguntó si era mi primer hijo.

—No, doctor, tengo una hija de diecisiete años.

Me miró asombrado.

—¡Impresionante! La tuvo que tener usted muy joven. No es asunto mío, pero necesitaría saber qué edad tenía en su primer parto.

—Veinte años, doctor —le dije, mirando a William, que sonreía y no me soltaba la mano; en el fondo, él también estaba orgulloso de mi primera maternidad.

—También compruebo por las anotaciones que es usted una mujer sana, fuerte, deportista, y que le gusta la naturaleza.

—Así es, doctor, le han informado bien.

—Bueno, pues todo esto nos viene muy bien ahora, ya que su edad no es la idónea para una nueva maternidad, pero, sin duda, está usted muy joven. ¿Puede acompañarme a la camilla, por favor? Le monitorizaremos para escuchar el latido y también le haré una ecografía en la que podremos ver, con seguridad, a su hijo. ¿Nos acompaña, capitán?

William estaba arrebatado. Casi sin poder pronunciar palabra por los nervios, y con una enorme sonrisa en su rostro, se colocó a mi lado mientras el doctor escuchaba el latido de nuestro hijo.

—¿Lo oyen? Ahí está…, fuerte, sano, estupendo…, aunque quizás demasiado rápido. Esperen, por favor, todo está bien, pero pasemos a la ecografía. No sé por qué me parece que puedo confirmarles algo que supongo no saben.

—Doctor, ¿que nos va a decir, si es niño o niña?

—Bueno, eso creo que todavía no, pero esperen, esperen…, un poco de paciencia.

Y el doctor me puso ese gel frío y pegajoso necesario para las ecografías y empezó a mover de un lado a otro el transductor con el que se trasladaba la imagen a la pantalla.

—¡Exacto, lo que creía es cierto! ¡Duquesa, capitán…, van a ser padres de gemelos! Están esperando dos hermosos bebés, y son gemelos, no mellizos.

Yo casi me desmayo. Me gustaba la idea. Nunca pensé que pudiera suceder, pero William se volvió loco. Me abrazaba, me besaba.

—Mi vida, te voy a tener que cuidar todavía más. Doctor, mi mujer es una persona algo indómita, no tiene miedo a casi nada y le gusta demasiado montar a caballo. Se lo aviso para que me ayude a controlarla.

—Todo lo que me ha dicho que es su mujer me parece fantástico, excepto lo de montar a caballo, pero no porque vengan dos; si fuera uno sería lo mismo. Violet, usted tiene que hacer una vida normal, cuidarse, comer bien, andar todos los días, descansar por las noche y si puede algo de siesta, pues mejor. Lo único que les aviso es que estos embarazos a veces no cumplen los nueve meses y los bebés nacen antes de tiempo.

—Doctor, me va a disculpar, pero a mí me encantaría que nacieran en Bath, donde vivimos casi todo el tiempo y donde también nació mi hija.

—Bueno, eso como usted decida. Me enteraré de qué colega está allí dirigiendo ginecología, y, si quiere, le comento su situación.

—Se lo agradecería de verdad —le contestó mi angustiado marido, y solo con ver sus nervios y satisfacción me di cuenta de que a partir de ese momento nuestras vidas iban a cambiar y mucho.

* * *

William se quedó en casa, en Londres, y yo me volví sola al campo. Con lo fuerte que había sido siempre me vine abajo. No me quería separar de él, pero tenía que volver. Me esperaban mi madre, mi hija, mi trabajo…

—Violet, no quiero que te emociones. —Lo estaba, también seguramente por el lío hormonal desencadenado por el embarazo—. Ahora estoy haciendo yo de fuerte cuando estoy casi que no puedo respirar pensando en que durante dos días no te voy a ver. Cuídate y cuida a estos dos niños que sé, segurísimo, son de la maravillosa noche del desierto. Cómo nos quisimos esa noche, bajo las estrellas y la luna. Fue algo tan increíble que no era suficiente un bebé…, tenían que ser dos. —William estaba eufórico. Se metió conmigo en el coche para abrazarme de nuevo. Yo le miré a los ojos, le acaricié su cara. ¡Cómo le quería!

—Llámame, por favor, cuando llegues a casa. ¡¡Cómo siento perderme los gritos de tu madre y de Lili cuando sepan que vienen dos gemelillos!! Dales un beso de mi parte.

Cuando llegué a Grosvencer House y el coche subía por el cuidado camino, me dio un vuelco el corazón al ver mi casa, la casa más bonita del mundo, y cómo las cálidas lámparas del interior que iluminaban sus estancias traspasaban los grandes ventanales trasladando la sensación más acogedora e imaginable… Mi casa era una preciosa mansión georgiana, de tres pisos —el último abuhardillado—, sus paredes eran de la piedra local, una belleza de bloques color arena dorada, con grandes puertas que se abrían al jardín desde los salones, y en la planta de abajo destacaba un mirador en la biblioteca, donde cada tarde con papá leíamos y leíamos alrededor de la chimenea. La frondosa hiedra subía hasta el segundo piso tapizando toda una esquina de la

imponente arquitectura, mientras en las jardineras se adivinaban unas pequeñas florecillas de colores que con tanto mimo ahora cuidaba mi madre.

Aunque volviese sola, sin William, me sentía una mujer absolutamente privilegiada. Eran las cuatro y media de la tarde, llegaba a tiempo para tomar el té. Admiré en el horizonte cómo un potente sol, más dorado y rojizo que nunca, se mecía sobre las laderas de Bath. En ese momento recordé, una vez más, por qué me he había enamorado tanto de estas tierras, por qué había decidido echar aquí mis raíces y por qué me iba a ser casi imposible dejarlo para seguir a William hasta la India.

Hoy volvía a casa con dos noticias bonitas e ilusionantes pero ambas complicadas.

—¿Que son dos y gemelos… idénticos? Pero, Dios mío, ¡qué maravilla, no puede ser, qué bonito! Lili, ¿qué te parece tener dos en vez de uno?

Lili se reía llevándose las manos a la cabeza.

—Pero, mamá, ¿estáis seguros?

—¡Claro, mi vida! Nos lo ha dicho el doctor, y no es un doctor cualquiera: es el ginecólogo de la reina.

—Pero, Violet, ¿has ido al St Mary's?

—Sí, mamá, todo por culpa de tu queridísimo yerno. Está como loco y la ha debido de organizar en palacio preguntando por el mejor médico porque ha sido la mismísima reina la que le ha cogido la cita. No sé si pensar que su majestad quiere a William como si fuera su hijo…, aunque él dice que a la que cuida es a mí.

—Bueno, da igual, el caso es que te han visto bien y todo está perfecto. Ven que te abrace. No lo puedo creer. ¡Qué feliz me hace ser abuela otra vez y de dos a la vez!

—Y a ti, Lili, ¿te gusta la sorpresa?

—Me encanta, mamá. —Lili, mi queridísima hija, que ya estaba tan alta como yo y era de una belleza que cada vez me sorprendía más, me abrazó fuerte, muy fuerte—. Es que me parece un sueño ¡Qué maravilla tener dos cunitas, dos camitas, dos cochecitos…! ¡Es precioso!

—Bueno —exclamé en alto para que hubiera un poco de orden—, ahora nos tomamos un té alrededor de la chimenea, que lo estoy deseando, y os cuento lo que William llama «notición».

—Oh, hija mía, ¿qué es? ¿Va a venir a vernos la reina quizás?

—No, mamá, siéntate, y tú, Lili, también. Y, por favor, llamad a Poppy, que me gustaría que me escuchara.

Yo estaba deseando comentarles mi nueva expectativa de vida…

—Mamá, Lili, Poppy, parece ser que a William lo van a nombrar embajador del Reino Unido en India.

En ese momento, mi madre, como esperaba, lanzó un grito que oscilaba entre la alegría y la ilusión mientras exclamaba:

—¡Pero, Violet! ¡Tu marido es maravilloso! ¡Qué buena boda has hecho, hija mía!

—Bueno, mamá, en eso tienes razón: estoy feliz, pero este nombramiento me parte en dos mi planteamiento de vida. Lili, ¿a ti que te parece? Poppy, ¿podrías hacerte cargo de la granja mientras tenga que estar allí? No voy a estar de manera continuada, iré y vendré con los niños… Lili, dime algo, si no te gusta, no me voy… A mí tampoco me hace especial ilusión. —Hablaba demasiado rápido, como si estuviera angustiada, que lo estaba, solo hacía preguntas y preguntas, sin esperar a la respuesta.

—Mamá, claro que irás; además, yo estaré en Oxford estudiando medicina, ya me he decidido.

Me quedé muerta. A pesar de que lo esperaba, no pude evitar la impresión. Poppy, que lo sabía,

me miró con preocupación.

—Oh, cielo, perfecto, ya estás segura entonces, ¿verdad?

—Por supuesto. Te hice caso y me decidí por lo que me pedía el corazón.

Poppy y yo nos miramos.

—¿Y no te importará que pase en Delhi meses seguidos, Lili? A mí no me ha sentado nada bien. Me da la sensación de que se está destrozando toda nuestra vida, o eso me parece a mí. —Y sin saber por qué me puse a llorar, pocas lágrimas, pero muy emocionada.

—Pero, Violet, ¿qué te pasa? Si todo es buenísimo —preguntó mi madre.

Lili me abrazó y al oído me susurró:

—Mamá, por mí no te preocupes. Yo estaré bien con la abuela y con Poppy, y además viviré casi siempre en el campus.

—Lo sé, Lili, es que todo ha sido precipitado y tengo que asumirlo.

Poppy, con mucha delicadeza, me cogió de la mano y me dijo:

—Acompáñame, por favor, Violet. Tengo un problema importante que resolver en la granja. Te vendrá bien tomar el aire hasta allí.

Y de la mano salimos las dos por la imponente puerta de madera oscura. Al abrirla y ver el maravilloso jardín, me abracé a Poppy sin poder reprimir ni el llanto ni mi tristeza.

—Lo sé, Violet, esto te tiene que doler mucho…, pero no sé qué te duele más: si irte a la India y dejar tu paraíso o que la niña quiera ser lo mismo que su padre.

—Poppy, cómo me conoces… ¡Menos mal que existes y puedo hablar contigo! ¿Tú lo sabías? ¿Te lo había dicho?

—Sí, ayer me comentó que te lo iba a confirmar hoy, cuando volvieras de Londres. Ella está muy segura: quiere ser médico por encima de todo, y ahora solo nos queda apoyarla. Hoy, cuando estábamos comiendo, tu madre le dijo que para qué se metía en ese lío de carrera, que una mujer de su clase —ya sabes cómo es tu madre— no tiene por qué estar pensando en hacer carreras de esa índole y mucho menos trabajar de noche y de día e ir a ver a los enfermos a sus casas…

—¡Ya, pero es que tiene los ojos, la mirada y el alma de su padre, Poppy! ¡Y todavía no te he contado lo peor! Le vi, Poppy, Andrew y yo nos vimos en la India, y él fue quien operó del corazón a William.

—Pero ¡qué me dices, Violet, no es posible! ¿Cómo pudo suceder? Pero cómo es la vida… ¡Después de tantos años!

Y le conté con todo lujo de detalles todo lo que nos pasó, cómo sucedió, cómo entró en la habitación y nos miramos intensamente, yo todavía en camisón y William tumbado en la cama tapado solo por una ligera sábana. Poppy se me acercó y me abrazó.

—¡Cómo has tenido que sufrir, qué momento tan terrible! Pero, Violet, ¿y qué sentiste? ¿Sigues enamorada de él?

—No, Poppy, sé que no, quiero a William por encima de todo, pero Andrew me besó y yo me dejé… No podía separarme de él, tampoco quería hacerlo, y es algo que me tortura porque a William le he contado todo menos este detalle, eso no he podido hacerlo.

Entonces vi a Poppy triste, tristísima, bajó la cabeza y cerró los ojos como imaginando la escena o no queriendo ni imaginarla.

—Poppy, ¿te pasa algo? ¿He dicho alguna cosa que te haya preocupado o molestado?

—No, claro que no, perdona, ha sido un lapsus, no te preocupes por mí… ¡Tú sí que lo tienes que estar pasando mal! Qué cruel puede ser la vida, Violet. ¿Y si te lo llegas a encontrar antes de

conocer a William, qué crees que hubiera pasado?

—Pues lo he pensado también y creo que lo que él hubiera querido, Poppy. Ahora quiero con locura a William, pero recuerdo también todo lo que le quise hasta hace muy poco.

—Bendito William… Creo que Andrew no se lo hubiera merecido…

—No sé, Poppy, pude comprobar con mis propios ojos el dolor que sentía y la tragedia que también había vivido durante estos años por su confusión, su mala decisión… En fin, por su culpa. Estaba desolado, obsesionado con Lili. Él sabe que es su hija, aunque yo le dije mil veces que yo era la madre y el padre de la niña… Parece una novela esto que me está pasando, pero después de hablar contigo, me encuentro mejor, más tranquila, aunque también muy preocupada. ¿Tú irías a India? Andrew vive allí, en Jaisalmer, muy lejos de Delhi, pero como inglés que es, en cuanto lleguemos, sabrá que somos los nuevos embajadores.

—No sé qué decirte, pero creo que tendrás que ir. Por el trabajo de la granja no te preocupes. Lo llevaremos como podamos, seguro que bien, y los cambios y decisiones importantes las tomaremos cuando vengas o hablando por teléfono… Que sepas —exclamó Poppy sonriente— que me he comprado el pequeño piso que te enseñé en Bath. Ya por fin tendré mi casita con mi estilo propio y seré independiente. Me hace mucha ilusión, y todo te lo debo a ti y a tu confianza, nunca imaginé que llegaría hasta aquí, con este trabajo tan bonito y apasionante. Lo estoy empezando a decorar y, aunque me hubiera encantado compartirlo contigo, cada cosa que compro pienso en si te gustaría a ti. ¡Tienes tan buen gusto!

—Pero, Poppy, todo te lo debes a ti misma y a tu estupendo trabajo. La que ha tenido suerte he sido yo contigo. —Y la abracé con fuerza—. Eres mucho más que una hermana, además de tan loca y apasionada como yo por nuestra ilusión.

* * *

A la mañana siguiente decidí no volver a pensar en tal acumulación de problemas y sentimentalismos. Tenía que estar feliz por la llegada de mis dos bebés y tenía, sin ninguna duda, que dar nueva forma a mi vida. «Es lo que toca —pensé—, ¡pues adelante!».

Me levanté y, con el ánimo de siempre, me duché —agua fría, como siempre en esta tierra—, hice mi coleta de caballo, me puse crema en la cara, los pantalones de pana sin poder cerrar el botón ni la cremallera por el embarazo, camisa y jersey ancho por encima, mi visera y mi *barbour*, es decir, mi uniforme tan querido y con el que me sentía tan a gusto.

Me acerqué a la habitación de Lili, abrí la puerta despacito y allí estaba ella sobre la cama, sin tapar, todavía dormida, bellísima con su pijama de florecillas, con sus piernas extralargas y delgadas y su larga melena sobre su cara. A su lado, recostada, la pequeña teckel que no la dejaba ni a sol ni a sombra. Y en el suelo, el golden retriever negro que corría junto a ella cuando cabalgaba cada tarde después de clase. Y entonces recordé cuando dormíamos las dos juntas, cuando de noche me abrazaba a ella porque tenía miedo del presente y del futuro, cuando ella, sin saberlo, se convirtió en el comodín que había buscado para quedarme a vivir en el campo.

—Lili, mi niña. —La abracé tras tumbarme junto a ella en la cama.

—Mamá, ¿qué haces? —Y me sonrió como cuando era pequeña, me besó y me abrazó.

—Lili, te quiero mucho, te quiero demasiado, y no quiero hacer nada que no te guste.

—Mamá, estate tranquila, yo estoy feliz. —Me tocó con su mano la tripa y me la acarició y la besó—. ¡Qué maravilla tener aquí dos hermanitos!

—Te has convertido ya en toda una mujer, Lili. Te encuentro mucho más serena, más mayor, más segura de ti misma.

—Sí, mamá, yo también me lo noto, y creo que es porque estoy feliz por poder estudiar medicina. Sé que no es una carrera al uso en la familia, sé que puede ser inesperado, pero para mí no hay duda.

¡Qué poco sabía la pobre! Precisamente era su familia, su padre, el que le había trasladado esa vocación.

—Pues entonces, doctora Elizabeth de Grosvencer, vaya directa hacia lo que la hace feliz y yo la acompañaré siempre… —Volvimos a abrazarnos en la cama, como cuando era pequeña, y, mientras la tenía entre mis brazos, pensé en el enorme regalo que me había hecho Andrew y en la mala suerte que tenía él de no poder disfrutarla.

26

Los gemelos estaban cada vez más cerca. Los meses pasaban volando entre citas maravillosas en Londres, donde William y yo estábamos de moda, y mermeladas de grosellas, zanahorias y moras. A decir verdad, tenía dos vidas y muy distintas. Una elegida y maravillosa, y la otra sofisticada y por amor.

—Violet, ¿tienes ya la lista de los invitados a nuestra cena? —William estaba emocionado de recibir en casa a tantos amigos suyos como compromisos de su trabajo. Yo no tenía apenas relaciones que no fueran las suyas, aunque para esa noche había decidido invitar a dos buenas amigas del colegio a las que no veía desde que me quedé embarazada, o sea, dieciocho años.

—Por supuesto, los que me confirmaste ya han recibido la invitación. Las envié en mano hace dos días. ¿Crees que falta alguien?

—No, solamente quiero estar tranquilo. —Se acercó y me abrazó rebosante de satisfacción—. La verdad es que me hace muchísima ilusión presumir de mujer, de familia, de casa, de felicidad… y de nuestros gemelos. Una varita mágica me tocó un día y quiero compartir mi buena fortuna con todos nuestros amigos. Además, he invitado a personas relacionadas con el Foreign Office para empezar a conocernos mejor con los que serán nuestros compañeros y jefes. Violet, sabes que en algún momento tenía que cambiar de trabajo. El que hago junto a la reina es muy satisfactorio, pero a nivel social, este, en cambio, lo será en todos los sentidos, aparte de que me preparé para ello también en la Escuela de Economía. Creo que todo junto es lo que ha hecho que se decidieran por mí para este puesto…, ¡y, por supuesto, lo que te quiere la reina! Estoy deseando que te sientas tan orgullosa de mí como yo estoy de ti.

—¡Si ya lo estoy, William! Eres mucho más de lo que nunca había soñado. Eres inteligente, superpreparado, todo el mundo te quiere y te admira. Eres un hombre tan atractivo y enigmático para mí que no pienso dejarte solo en Delhi ni un solo día. ¡De eso nada! Allí seguro que habrá muchas fiestas y reuniones sociales. Me has desbaratado mi vida. —Me reí, mirándole con mucho cariño—. Pero como mi vida eres tú, pues a por ella —le dije convencida de que eso es lo que haría y sabiendo que le iba a hacer feliz.

* * *

Nuestra cena en Belgravia fue todo un acontecimiento en Londres. La casa estaba brillante, reluciente. La lámpara de brazos de plata y lágrimas de cristal de roca resplandecía de tal manera que sus pequeñas luces en forma de velas producían destellos que la hacían palaciega.

El suelo en damero de mármol blanco y negro brillaba en su recorrido hasta el salón, donde empezaban a verse las preciosas alfombras en color dorado y azul que tanto les gustaban a mis padres… Las cuidaban con mimo y esmero, y ahora me daba cuenta de lo importante que era tener semejantes obras de arte en nuestra casa.

Esa noche de tanta importancia para William se convirtió también para nosotras tres, mi madre, Lili y yo, en el reencuentro deseado en esa regia residencia en la que habíamos vivido tan pocas veces las tres juntas.

Lili estaba encantada. Por primera vez iba a participar en una fiesta de sociedad londinense a lo grande. Mi madre, extrañamente algo pasota y poco activa, reconoció que me había esmerado en la mesa, vestida a la perfección y preparada para un menú que dejaría nuestro apellido a la altura deseada. Los salones estaban ya iluminados, y las flores y *bouquets* adornaban cada mesa y cada rincón. Y aunque para mí todo eso no había sido importante hasta ahora, empezaba a disfrutar de lo que mis padres y mis abuelos habían conseguido con su trabajo.

A las siete en punto empezaron a llegar nuestros primeros invitados, todos de etiqueta: largo para las damas y hombres con *smoking*. A mi madre se le ocurrió quedar diez minutos antes en el descansillo de la escalera del primer piso para que bajáramos todos juntos, haciendo una entrada algo «de película» y quizás un poco pretenciosa, a la que William se negó.

—No lo pienso hacer, no voy a bajar las escaleras con vosotras por mucho que quiera tu madre recordar cuando lo hacía con tu padre. Son otros tiempos y no me hace ninguna gracia pasarme de pretencioso. Además, si lo hago, habrá críticas, pues esta es tu casa y todos comentarán que estaba deseando enseñaros como trofeos. ¡No pienso hacerlo, yo os espero abajo, en la entrada!

—¿Sabes qué te digo, capitán? —susurré a su oído mientras admiraba lo atractivo que estaba con el *smoking* y esa pajarita anudada en su cuello resaltando su abundante pelo castaño y su destacada mandíbula que le hacía parecer fuerte y muy seguro de sí mismo—. Pues que tienes toda la razón, que me parece perfecto y mucho más adecuado, que eres muy inteligente y ¡que te quiero!

William se sentó a los pies de la cama, me hizo un delicado gesto como para que me sentara a su lado —yo estaba todavía en bata, pues no había comenzado a vestirme— y empezó a acariciarme y a besarme… Primero, con mucha gracia, saludó a los niños, a los bebés. Luego empezó a besarme la tripa mientras les decía susurrando, pero haciendo que yo le oyera: «Por favor, niños, cerrad los ojos unos minutos. Tengo que hacer algo con vuestra madre. Solo será algo, pero con mucho amor, mucha admiración… Es la mujer más guapa del mundo».

Yo me reía a carcajadas y él seguía subiendo por mi cuerpo mientras lo besaba y abrazaba. Creo que ninguna mujer embarazada y «tipo globo» como yo estaba podía esperar mayor oda al amor que la que estaba viviendo en esos momentos. Me sentía bella, atractiva, *sexy* y lo sentía así porque William también me veía así.

Después William bajó, como me había asegurado, a la entrada de la casa a recibir a nuestros invitados. Le miré mientras abandonaba nuestro cuarto muy orgullosa de él, muy satisfecha.

Empecé a vestirme. Ya estaba maquillada y peinada con mi melena rubia suelta, lisa y solo una ligera onda en la parte de delante. Solo me faltaba ponerme el vestido que guardaba celosamente en el armario para que fuera una sorpresa para William, una pequeña y sutil maravilla, realizado por Yves Saint Laurent en París y arreglado en Londres para mi situación de «mujer globo». El vestido era largo, con falda ajustada y un ligero vuelo al bies a partir de la rodilla que le hacía tener un movimiento especial y sensual, en crepé negro; y la parte de arriba… ¡Ay, por arriba! Un cuerpo unido al vestido de crepé blanco con escote halter, y dejando al descubierto y desnuda toda mi espalda… Solo una importante lazada al cuello por detrás caía dando movimiento al escotazo que, desde luego, iba a llamar la atención.

Unos pendientes de brillantes, el solitario de compromiso y la sortija de zafiro que me regaló William completaban mi *look*.

Cuando me vio, mi madre no daba crédito.

—Violet, ¡estás espectacular! Y bastante provocativa para tu estado, ¿no crees?

—Sí, mamá, ¡y me encanta! Creo que le va a enamorar a William y será una sorpresa para todos nuestros invitados. —Reí, feliz de encontrarme tan femenina, guapa y, desde luego, provocativa.

De repente apareció Lili, con su vestido de seda blanco, casi como un camisón, muy lencero, con finos tirantes y de la firma Calvin Klein, del que se había enamorado al vérselo puesto a la modelo Kate Moss. Su larga melena cobriza con ondas y sus ojazos azules completaban un *look* moderno y sugestivo. Estaba claro que la nueva nobleza era eso, nueva, y que las ñoñerías se habían esfumado por las grandes ventanas de palacio.

Llegó el momento en que las tres mujeres Grosvencer decidieron bajar las escaleras mientras las esperaban en el *hall* y en el rellano la mayoría de sus invitados.

William se quedó de piedra. Su esposa —pensaba— embarazada ya de seis meses —¡y de gemelos!— le parecía la más atractiva y sugerente de todas las mujeres allí reunidas, y su elegancia y delicadeza al bajar las escaleras la hacían parecer de otro planeta. Por supuesto el salón enmudeció. Casi nadie me conocía, solo de fotos de nuestra boda en los periódicos y de rumores acertados o falsos sobre mi juventud, y en ese momento estaban descubriendo a una persona inesperada y con un gran halo de misterio. Comenzaba, sin duda, una nueva etapa en mi vida.

Lili también levantó exclamaciones, todos sabían que era la niña «sin padre», y que con su llegada a este mundo había escandalizado Londres hacía dieciocho años. Los rumores dañinos se olvidaron en un segundo al ver bajar a una jovencita maravillosa, vestida muy moderna y con unos modales dignos de una princesa. Y, por último, la duquesa viuda de Grosvencer, bellísima, elegante, con sus vueltas de perlas sobre su cuello desnudo por el escote barco de un vestido drapeado en seda dorada.

Desde luego, Londres recobraba a las damas más bellas de la alta sociedad, o por lo menos eso creían. Lo que no sabían era que las tres estaban deseando volver a la casa de campo, a sus botas y jerséis de cuello vuelto con los que habíamos conseguido ser felices las tres juntas.

La noche fue un éxito. William se sintió cómodo, para nada era el marido que no quería ser, pretencioso y petulante. Le daba miedo parecer un «cazafortunas» o simplemente «el marido de», pero dejamos bien claro que no era así, pues en todo momento nos mostramos como éramos y estábamos: enamorados hasta la médula.

William fue un anfitrión perfecto y presumía de mí contando en la mesa mi agudeza empresarial al haber creado una granja-huerta de gran éxito ya en toda Inglaterra y que estaba empezando a exportarse al resto del mundo.

—Violet —me preguntó la esposa del ministro de Asuntos Exteriores, a la que William tenía a su derecha—, ¿y te ocupas tú misma de ese negocio?

—Sí, sí, claro, y es lo que más me gusta del mundo. Empezamos por una humilde y pequeña huerta y ahora somos proveedores de más de cien hoteles y grandes almacenes y tiendas gourmet. Ya estamos vendiendo también en Irlanda y tenemos nuestros primeros pedidos para Francia y Holanda. La verdad es que me apasiona, me gusta y me relaja. ¡Es mi vida!

—Es su vida, su pasión y no sé si también su gran amor. No sé si quiere a esas montañas y laderas más que a mí —exclamó William, feliz de ver que hablábamos de mis éxitos.

—William, eso no es verdad, tú eres mi gran amor. —Le miré por el rabillo del ojo mientras le sonreía—. Pero tienes que reconocer que a esas tierras las conocí antes que a ti.

La esposa del ministro estaba fascinada de tener enfrente a una mujer emprendedora que —según relató William— se arrodillaba sobre el barro para recolectar las hortalizas, y además era bellísima y duquesa…

—Violet —me preguntó si cabe con más interés—, y ¿te irás con tu esposo a India si le nombran embajador finalmente?

—Por supuesto, me encantará ayudarle en esta nueva aventura. La India es apasionante y no me imagino estar sin él.

En ese momento, William fue el hombre más feliz de la tierra. Fue casi su pasaporte con honores a la nueva vida que había elegido. Lo noté y me sentí felicísima. Se merecía todo.

Tras la cena, calificada por todos como muy *royal*, pasamos al salón. Música de fondo, largas y entretenidas conversaciones y mis dos amigas del colegio fascinadas, por fin, de poder conocer a mi hija y a mi apuesto marido.

—Violet, siempre fuiste diferente a todas nosotras. Siempre supimos que tu vida iba a ser distinta, tenías mucha personalidad. Además, como no estabas en Londres los fines de semana, pues enseguida dejamos de saber de ti. —La que hablaba sin parar era Sarah Smith, casada con un alto cargo de industria y perteneciente a una adinerada familia propietaria del principal astillero del Reino Unido—. Supimos que fuiste mamá muy joven y nos diste tanta pena… Pero ahora, viendo los resultados, me parece que eres una privilegiada.

Sin duda me estaba metiendo de lleno en un mundo de «dimes y diretes» y de «cotilleos» nada agradables para mí y a los que no estaba acostumbrada.

—Soy muy feliz, Sarah —le contesté breve y cortante a su retahíla de preguntas y dudas—, Lili es lo mejor de mi vida y William, el marido perfecto.

Tanto Sarah como Evelyn se quedaron impactadas: ¡¡la «pobre niña rica» era feliz!!, muy feliz. Enseguida supe que ese no era mi mundo.

—¿Vendrás ahora más a Londres? Nos podíamos ver más a menudo y quedar a comer en Harrods o en Mayfair.

—Bueno, vendré poco, mi vida está en el campo, en mi granja y con mis caballos. ¿Sabéis cómo se consigue una buena yeguada de purasangres? —Se miraron y negaron con la cabeza—. Pues es apasionante, hay que trabajar mucho, darles de comer, cepillarles cada día, cuidarles sus pezuñas y salir todas las mañanas a entrenar y a ponerles en forma. Tenéis que venir un día a almorzar y os enseñaré también la huerta ecológica que tanto está dando que hablar. Es un no parar, pero delicioso. ¡Al aire libre, oliendo a hierba mojada, a barro y a estiércol y con botas y pantalones todo el día! —Creo que lo conseguí, las dejé con la boca abierta. Eran buenas niñas, para nada malintencionadas, pero quise cortar los comentarios de golpe y no solo decir que estaba encantada, sino, si podía, generar también algo de envidia.

Tras la cena permanecimos en Londres el resto de la semana. Las tres salíamos cada día a recorrer la ciudad y a enseñarle a Lili lo que de verdad tenía que conocer. Fue una nueva sensación tan agradable como familiar. Éramos tres mujeres, abuela, hija y nieta, que habían labrado una nueva y divertida amistad entre ellas, y todo gracias a unas vicisitudes de la vida difíciles y distintas a las habituales… Cuando volvimos a Grosvencer House, Poppy nos esperaba con los brazos abiertos; ella no había podido asistir a nuestra cena y estaba deseando escuchar nuestros comentarios.

Los días transcurrían tranquilos, sin parar, trabajando, con reuniones, problemas y partos de las

yeguas que nos llenaban de alegría las noches frías y húmedas, pues casi siempre daban a luz cuando más cansancio teníamos.

27

Casi sin darme cuenta entré en el séptimo mes de gestación. La doctora, mi ginecóloga del hospital de Bath, me examinó sin prisa. Escuchamos los latidos de los niños y los vimos moverse en las ecografías. Hasta ahora había sido difícil confirmarlo; de hecho, no estaba segura, pues no sabía si las piernecitas de uno tapaban al otro, pero le parecía que eran dos niñas. Me impactó escucharlo, había ido sola a esa revisión, pues William estaba en Londres, y me estremecí. Desde el comienzo de mi embarazo, cuando todavía no sabíamos que eran dos, yo ya quería una niña y, cuando supe que eran gemelos, también quería dos niñas. Por encima de todo, me emocionaba que Lili fuera la heredera del título de mi padre si ¡por fin! y en algún momento, se cambiaban las leyes machistas inglesas. Todavía en Reino Unido la mujer no podía heredar título alguno, y aunque yo había podido ser duquesa por ser un título «creado para mi padre», Lili podría heredar la baronía de Avon, título que volvería a la Corona si no hubiera descendencia masculina y no se cambiaban las leyes… Y Lili se lo merecía más que nadie. De mis tres hijos ella era la única que había vivido con su abuelo, al que consideraba casi como un padre. Además, llevaba su apellido, pues solo tenía el mío, aparte de que ella sería la que habría vivido más tiempo en Grosvencer House, procedencia del nombre del título, pues estaba más que claro que mis otras hijas, las niñas que iban a nacer, estarían a caballo entre Londres, Delhi y Bath, y ya veríamos dónde más.

—¿De verdad, doctora? ¿Está segura?

—¡Pues sí, casi segura! Y lo siento, porque sé que usted es madre ya de una chica y seguro que querían por lo menos un varón, ¿no es así?

—Para nada, doctora, estoy feliz feliz. Si vuelve a ver a mi marido antes del parto, por favor, no le diga nada. A él sí que le apetecía, y ya, cuando nazcan, se volverá loco con sus dos bebés. —Nos reímos las dos, sabiendo que no le haría mucha gracia, pero que la fuerza del cariño lo solucionaría todo.

—Lo que sí le digo es que no debería moverse de la zona. Los bebés están ya muy bien colocados y no me fío nada, pues al ser gemelar seguro que se adelantan. No pensarán trasladarse a Londres, ¿verdad? Es que el problema no sería que nacieran allí, sino que se indispusiera usted en el camino.

—No, no se preocupe. No hay nada mejor para mí que quedarme en Bath. No me ha podido pedir nada que me guste más… —Sonreímos las dos otra vez.

—Pues bien, si todo está correcto, la vuelvo a ver en veinte días, cuando esté cerca ya del octavo mes.

—De acuerdo, mil gracias, doctora.

* * *

La habitación de las niñas estaba casi preparada. Dos cunitas en el centro y dos camas a los lados para cuando fueran más mayores. Dos cómodas con el cambiador encima y todos los trastos de higiene que requerían los cuidados de dos bebés.

La ropa de cama y las cunas eran blancas y *beige*, y empapelamos las paredes de la habitación con un estampado en hojas verdes pensando en poner detalles y cojines en otros tonos cuando nacieran y supieran mi gran secreto: ¡que eran dos niñas!

La casa era un hervidero de nervios y había una gran expectación. Ya nadie se iba a la cama tranquilo, excepto yo. William dejó de ir a Londres cuando, tras la siguiente revisión, la doctora nos confirmó que el parto estaba muy cercano. De hecho, tuvo que pedir quince días de vacaciones, pues no quería ni pensar en no encontrarse presente cuando sucediera.

Y llegó el día. Efectivamente, se adelantaban. Rompí aguas en la cena y todo el mundo en la casa se volvió loco. Ante el desbarajuste, tuve que pegar un grito para poner un poco de orden.

—¡Por favor, tranquilidad! —Comencé a reír sin poder parar al verlos tan descolocados y yo en semejante situación.

—Violet, Violet, Violet… —Era lo único que decía William.

—Tranquilos, lo tengo todo preparado. Esto me lo imaginaba y tengo todo en el coche, no tenemos nada más que bajar y meternos todos allí. Porque mamá, Lili, venís también, ¿verdad? —pregunté casi en tono de broma.

—¡Por supuesto! —gritaron al unísono. La verdad es que todo parecía una comedia, pero eran maravillosos, solo veía amor por todos los lados. El hecho de vivir en el campo nos había unido muchísimo a los cuatro, y cada vez me hacía más gracia ver las confidencias de Lili a William, de mi madre con su yerno y de Lili con su abuela.

Cuando llegamos al hospital, nos esperaba ya la doctora con todo su equipo. El parto parecía fácil, pero podía complicarse. William no se separaba de mí, no me dejaba ni un minuto sola ni dejaba de apretar mi mano, de acariciarme.

—Violet, no quiero que sufras ni que te pase nada. Tú eres lo más importante. En este momento solo pienso en ti, no en los niños, de verdad. Me estoy empezando a angustiar. ¡Qué sería de mí si te pasara algo!

—Pero, William, tranquilo, estoy segura de que no me sucederá nada. —Tenía gracia que le tuviera que consolar yo—. Estoy tranquila y fuerte y deseando ser la mamá de tus hijos.

—Ya lo eres mi vida. Lili también es nuestra hija. La quiero como a una hija. —Entonces me besó, delicadamente, en la boca, en las mejillas, en los ojos. Estábamos solos en la habitación y era nuestro momento. Íbamos, por fin, a ser padres, y en el parto yo iba a estar junto a mi marido y él junto a mí. Eso me parecía emocionante y romántico de verdad, nada que ver a cuando tenía veinte años…

Las dos pequeñas llegaron enseguida. William estuvo conmigo durante el parto, no quiso irse y no se separó de mí ni un momento… Y supo que eran dos niñas, idénticas, muy rubias —lógico, pues así era nuestro pelo también—, de piel muy sonrosadita y sanas, totalmente sanas.

William me besaba feliz mientras reía y lloraba.

—¡Dos niñas, Violet, dos niñas! ¡Es como un sueño…! ¡Seguiré rodeado de mujeres, pero me encanta! Mis hijas son las niñas más guapas del mundo… —Estaba exultante y no tener el chico no parecía que hubiera disminuido su felicidad—. ¡Para nada, Violet, casi mejor! Estas niñas se van a querer y se van a cuidar entre ellas, se van a adorar. Y Lili les va a enseñar todo lo que pueden hacer en el campo junto a ella. Vamos a ser muy felices rodeados de bellezas.

Cuando las lavaron y me las pusieron en mi regazo, mientras William me besaba y acariciaba

mi pelo, no pude reprimir las lágrimas de emoción y felicidad. Ese instante lo guardaré en mi corazón como la plenitud del amor. Había dado a luz a mis hijas con su padre a mi lado, con mi marido, con el hombre al que amaba. Esa noche le pedí a William que se metiera un rato conmigo en la cama del hospital y, poniendo a nuestras dos hijas en medio, vivimos juntos el momento más deseado por mí. ¡Dieciocho años más tarde lo conseguía!

* * *

—Violet, ¿de verdad crees que estás de parto? ¿Vamos entonces a la clínica o qué hacemos? —me preguntó mi madre entre preocupada y horrorizada mientras llamaba a gritos a mi padre. En ese mismo momento su única hija, la bellísima heredera del ducado, iba a dar a luz a un niño sin padre para convertirse en madre soltera. La pobre lady Sophie no quería juzgar a su hija, pero de lo que sí estaba segura era de que el resto del mundo lo iba a hacer y eso la entristecía, no lo superaba: era una mujer demasiado afectada por el qué dirán. Mi padre tomó las riendas de la situación y del desastre emocional.

—Por favor, mamá, que venga Poppy, necesito también a Poppy a mi lado. No te importa, ¿verdad? —le supliqué.

—Por supuesto que no hija mía, yo también la necesito.

Y nos fuimos los cuatro en el coche hacia la clínica de Bath donde iba a dar a luz. No era un momento alegre para nadie, excepto para mí. Yo sí conseguía estar feliz por el nacimiento de mi niña, a la vez que triste, pero tanto mis padres como Poppy iban callados, preocupados, quizás emocionados y con pena. Andrew no estaba conmigo, no sabía que iba a ser padre en unas horas y nunca nunca lo sabría, pero él estaba en el ambiente, se notaba demasiado tanto su ausencia como su existencia. Yo pensaba en él, Poppy también y mis padres, sin saber quién era, sin ponerle cara ni condición, también pensaban en él. Sin duda, fue duro para todos. El comienzo del parto tampoco fue feliz, quizás se podía describir como angustioso y asfixiante. Mi madre me daba la mano, mi padre me acariciaba el pelo, Poppy me miraba, pero todos permanecíamos callados.

El parto fue bueno, rápido; yo era muy joven, deportista y estaba muy sana. La niña, mi pequeña, me pareció preciosa. Mi madre decía que se parecía a mí, pero yo veía a Andrew en su carita, y cuando abrió los ojos ya no hubo ninguna duda. Andrew me había dejado, sí, pero con un tesoro que siempre recordaría nuestro amor. Lilibeth, Lili, Elizabeth había llegado a este mundo para hacerme feliz, para enamorar a mis padres, para ser la razón de nuestras vidas y para escandalizar a la sociedad londinense más cercana a nosotros… O sea, había llegado al mundo para hacernos felices, los chismes a mí me daban igual, no me interesaban.

Fue mi padre quien la registro y quien le puso mis apellidos. Creo que para él, según me dijo después, fue el momento más duro. Oficializaba en unos papeles que a su hija y a su nieta las habían abandonado. Y aunque podíamos vivir sin problemas, sus lágrimas resbalaron por sus mejillas al dejar en blanco el nombre del padre. En ese mismo momento, como me confesaría más tarde, él se comprometió a llenar ese hueco y lo haría con honores. Su nieta, la niña más bella de Inglaterra, según él, sería, a partir de ahora, también su hija.

28

La vida en Grosvencer House con las pequeñas se convirtió en un ir y venir muy simpático. La casa se había transformado en una pequeña guardería donde todo giraba alrededor de ellas. Les dábamos los biberones a la vez para que así durmieran y se despertaran a la vez, o mejor dicho, lo más parecido posible. A ellas no pude amamantarlas como a Lili, era dieciocho años mayor y, además, eran dos, y aunque me dio mucha pena, William enseguida sacó su lado optimista y práctico y exclamó:

—Mucho mejor, así te podrás venir conmigo a Londres a comer y a cenar por los alrededores antes de nuestro traslado a la India.

La vida me sonreía, ya casi no pensaba en Andrew, pues con William tenía todo el amor del mundo, y mi familia numerosa y tan femenina me llenaba de orgullo.

—Mamá, espero que ahora no me digas que no, porque en ese caso pensaré que te pasa algo y, además, muy extraño. Me organizarás el bautizo de las niñas, ¿verdad? Después de nuestra maravillosa boda, tus nietas tienen que estar a la altura.

—Por supuesto que sí, no te preocupes. Yo feliz, este ya es mi hogar, mi casa.

—Pero ¿qué te ha pasado con Londres, mamá? Si te viera papá, no lo creería, con lo que el insistía en venir aquí y tú no querías.

—Ya, ya, no me lo recuerdes. Ahora me mortifica pensar que le obligué a estar allí con lo bien que se está aquí. De hecho, Violet, ya solo quiero ropa de campo… —Y nos reímos las dos como dos amigas locas por el contraste con «mi antigua madre».

Aun así, mamá me preocupaba, sabía que estaba distinta, que estaba mucho más cercana, que todo le parecía bien y su comprensión ante las cosas llegaba a límites inesperados. No solo había dejado de ser la duquesa de Grosvencer en los papeles, sino que parecía que le gustaba no serlo.

—Poppy, estoy preocupada por mamá. Me voy a marchar y no sé qué le pasa, pero parece otra mujer. Es otra persona, mucho más amable, muy considerada, para nada engreída y el miedo al «qué dirán» ha desaparecido por completo. ¿Tú sabes algo del porqué de esta metamorfosis?

—Pues seguro seguro, no lo sé, pero lo puedo imaginar. Violet, los días que tú no estás en casa, ella, cada tarde, le pide a mi padre que la lleve a Bath y allí, me lo ha dicho él mismo, la deja siempre en una clásica y elegante cafetería donde toma el té, suponemos que con amigas, pero, en realidad, no lo sabemos. Ella siempre vuelve, lo sé porque la trae mi padre también, a una buena hora, nunca tarde, pero feliz, renovada…

—Pero ¡qué me estás diciendo, Poppy! ¿Mi madre con gente de aquí? Eso ya es para no creer, ¿de verdad?

—¡Te lo prometo! Se arregla como una señora estupenda, pero de la zona, para nada como cuando iba a Londres. Ella intenta parecerse a ti y se pone el jersey de cuello vuelto y unos

pantalones, que, por cierto, le sientan de maravilla. Además, siempre se coloca su collar de perlas y un pañuelo al cuello, como tú, ¡y no sabes lo ideal que va!

—Pero, pero, pero…, ¡es que no me lo puedo creer! No se verá con algún hombre, ¿verdad?

—¡Ah! Eso ni idea, pero yo también lo he pensado. Desde luego, lo pasa genial y vuelve feliz. La verdad es que no sabía cómo decírtelo, pero que sepas que a Lili siempre le dice que tiene que hacer compras para la casa… ¡O sea, le miente!

—Esto es muy fuerte. Por favor, Poppy, ahora me voy a Londres y no te voy a pedir que la vigiles, pero si lo haces te lo agradeceré. —Y nos reímos las dos como si estuviéramos descubriendo ya el *affaire* de mi madre.

Ya en Londres, William se marchó pronto al Foreign Office a terminar de gestionar nuestro complicado viaje con dos bebés y una gran cantidad de maletas y bultos que irían por valija diplomática; era un traslado complicado de organizar y bastante aparatoso.

En el momento en que me quedé sola llame a John, el secretario de mi padre.

—John, si puede, le espero aquí, en casa, cuanto antes. Tengo que hablar con usted de un asunto delicado.

—Por supuesto, deme media hora. Allí estaré.

Mientras le esperaba, llamé por teléfono a la tienda de telas de seda Variety Silk House, en Wembley, para preguntarles si ya tenían mi pedido preparado. Por la tarde vendría una modista india, pues quería llegar a Delhi con unos saris que levantasen admiración.

Ya que tenía que dejar aquí mis botas de agua y mi chubasquero, me convertiría en la mujer de un embajador que llamase la atención. Me reí al pensar en ello: de repente me hacía ilusión destacar y vestirme. Sin duda, estaba a punto de comenzar mi tercera vida y, ya que la tenía que vivir, esperaba que fuese apasionante.

Pero lo principal, lo que más me preocupaba, y que todavía no había comentado con William, era la existencia de esa señora y su hija a las que llevaba pasando ya desde hacía año y medio una especie de pensión mensual, algo a lo que mi padre se había comprometido de por vida. Cada vez que lo pensaba me ponía a temblar. Si él lo hizo y, más aún, lo dejó estipulado, podría ser que… ¿tuviera una hermana?

* * *

—John, buenos días. Mire, ya sabe que en breve me marcharé con mi marido a Nueva Delhi y que, aunque vendré por aquí, tengo pendiente una sincera conversación con usted. ¿Nos sentamos? —Le indiqué el sofá del saloncito donde tantas veces él había conversado con mi padre.

—Por supuesto, señora duquesa —me contestó.

—Por favor, no me llame así, siempre he sido Violet… —Y comencé a explicarme—: Desde que murió mi padre me encuentro muy segura con mis asuntos en sus manos. Me ha demostrado su inteligencia para reaccionar ante los problemas surgidos, y su conversación es siempre agradable y eficiente, pero nunca he querido abordar con usted, desde que conocí este tema, la situación tan anómala que vivimos con el pago mensual a la señora Emily Walls y a su hija Christine. Si quiere que le sea sincera, de tontos sería no pensar que esa joven es mi hermana y que la señora Walls ha sido la paciente y discreta amante de mi padre. Pero es que me cuesta creerlo. Por más que lo pienso no encuentro fácil que mi padre se viera con alguien sin que mi

madre lo supiera y, sobre todo, por lo que conocía a mi padre, no me parece posible que tuviera una doble vida, aunque sé que el mundo está lleno de señores y señoras por los que si pusiéramos la mano en el fuego nos quemaríamos. —Sonreímos los dos—. Usted le conocía bien y no creo que sea faltar a su palabra, si sabe algo, pedirle, por favor, que me lo cuente. Estoy dispuesta a llegar hasta el final y lo he pensado mucho… John, si tengo una hermana, pues la tengo y punto. Además, ya sabe que ahora hay una prueba que se llama de ADN con la que te dicen con un noventa y nueve por ciento de certeza si es o no de la familia.

—Señora duquesa, la entiendo bien. No crea que no llevo años pensando lo mismo que ahora usted. Pero lo que sí le puedo asegurar, pues yo siempre estaba muy cerca de su padre, es que el señor duque no se veía ni con ella ni con nadie. Es verdad que la mensualidad que le otorgó en el testamento hace creer algo parecido a lo que usted sugiere, pero, si le soy sincero, nunca los vi juntos, tampoco le vi a él marcharse a ver a alguien con la asiduidad que una relación seria te obliga y, por supuesto, jamás me habló de ellas.

—Pues entonces, John, con más razón le voy a hacer a usted una petición. Investigue, por favor, dónde viven o su teléfono. Supongo que no será difícil, pues el banco lo sabrá, y me organiza una reunión con la madre o con las dos. Por el tiempo que ha pasado, yo creo que la niña ya será mayor de edad.

—Perfecto, señora duquesa. Le doy la enhorabuena por ser tan fuerte y directa. Esto así no puede seguir, aunque creo que deben ser buenas personas… Nunca nunca hemos tenido ningún problema, ni una nota exigiendo más, ni un escándalo en prensa ni nada.

—Eso también lo he pensado yo. Esperemos que así sea, John, organícelo y me lo comunica. Y, por favor, le pido absoluta discreción. Por supuesto, mi madre nunca nunca se enterará y a mi esposo prefiero decírselo cuando las conozca.

Estaba convencida de que debía llegar hasta el final. Me parecía a todas luces increíble que pudiera tener una hermana, pero el hecho de pensar en la señora Walls sola criando a su hija, como me pasó a mí, y recibiendo una oculta mensualidad de dinero casi como si fuera deshonroso me parecía injusto y demasiado doloroso. Yo sabía por lo que había pasado, lo difícil que era, lo terrible que podía llegar a ser la soledad sin el padre de tu hija a tu lado y, si no lo quise para mí, tampoco lo podía desear para la que podría ser mi hermana y su madre.

* * *

Esa misma tarde, recibí en casa a la más conocida modista de Brick Lane District, el barrio indio de Londres donde el simple hecho de pasear por sus calles supone una auténtica inmersión en la cultura y la gastronomía de la mayor comunidad india de Gran Bretaña.

Allí me había dirigido la semana anterior a buscar por sus maravillosas calles y tiendas de moda a alguien que me pudiera coser y diseñar algún sari especial y elegante. No quería comprar lo que había en las tiendas colgado de las perchas casi como si fueran disfraces. Me apetecía algo sofisticado, algo atrevido, especial y único.

Ashna, que así se llamaba, entró en mi dormitorio ataviada con un sari sencillo y exquisito. Me gustó ver cómo vestía ella y, sobre todo, comprobar la delicadeza de sus puntadas y bordados.

Nos saludamos protocolariamente, como yo había aprendido a hacer cuando estuvimos allí en nuestra luna de miel, y, en un perfecto inglés, Ashna, que más tarde me dijo que significaba Amor, empezó a colocar sobre la cama las bellísimas sedas que acababan de llegar del almacén.

Con exquisita educación, empezó a tomar medidas. Yo ya casi estaba tan delgada como antes de quedarme embarazada, y me sugirió que por mi altura y mi figura podríamos conseguir unos bellísimos diseños acordes también con el protocolo más clásico de la India.

Entonces empezó a enrollar sobre mi cuerpo, desnudo y solo con la lencería, metros y metros de tela, sin ninguna puntada, dando vueltas sobre mi cuerpo y mis brazos. Era casi un laberinto que con cada vuelta empezaba a tener forma y diseño. Ella estaba fascinada con mi pelo; yo, con su destreza.

—Ashna, me encanta cómo está reinventando estos saris para mí. Solo quisiera decirle que me gustaría, si se puede y cumpliendo con lo que el protocolo exige, que pudiera darles un toque único, algo especial, detalles que solo con verlos sugirieran que es un homenaje al país, que es el más bello sari que se haya visto y que estoy encantada de lucirlo en tan fabulosa ciudad.

—Bien, señora —me dijo—, sé lo que podemos hacer. He traído una serie de fotografías de algunas damas de la alta sociedad, pero me gustaría que viera estas preciosas imágenes de la hasta ahora considerada «la mujer más bella de la India». Se llama Aishwarya Rai, es actriz, fue Miss Mundo, pero es una mujer preparada, universitaria y que lucha por mejorar la situación de la mujer en la India con muchas causas sociales. Ella es bellísima y ha conseguido modernizar nuestro precioso sari. ¿Qué le parece?

Me quedé hechizada. Efectivamente, era y es la mujer más bella del mundo, sin duda, y sus saris me parecieron fabulosos. Tras verla solo pedía una cosa: ¡que no coincidiéramos en la misma fiesta! Su belleza era superlativa, una mujer espectacular.

Ashna entendió a la perfección lo que quería y se marchó con las preciosas telas y los posibles diseños, aunque antes le hice una petición:

—¿Me podría enseñar también a peinarme como allí lo hacen, con esos abalorios en el pelo y con algún toque de maquillaje? No quiero llegar y parecer disfrazada, desde luego, solo quiero que vean que la mujer del embajador quiere hacer un homenaje de simpatía y respeto.

—Por supuesto, señora. Cuando traiga los saris para probarlos, también vendré con algún collar y pendientes, aunque creo que lo más elegante es que usted se ponga las joyas europeas. Será una manera de unir las dos culturas.

—Oh, claro. Pues haremos una puesta en escena de cómo ponérmelo y cómo llevarlo. Me da mucha tranquilidad estar con usted, y sus consejos me parecen muy acertados. No es que quiera llegar dando el espectáculo, lo que deseo es que vean a una persona que se alegra de estar allí y que admira y respeta ese país…, pero con algo de misterio o quizás de riesgo. Solo un poco, pero algo. —Nos reímos las dos ante mi insistencia por llamar la atención. Siempre me ha pasado, siempre lo he hecho, en pequeñas dosis, con discreción, pero rozando algo el límite.

Las niñas me ocupaban el resto de las horas del día… Tener que darles el biberón casi a la vez y cada tres horas, intentar que durmieran también a la vez y que estuvieran despiertas al mismo tiempo, como te «exigía» el pediatra para educarlas y que pudiéramos descansar la familia o cuidadoras, no estaba siendo fácil.

Sashi y Anusha, que así las llamamos y que significan Luna y Estrella en hindi, eran dos bebés gorditos e ideales que habían vuelto loca a toda la familia.

Sus nombres habían sido idea de su padre… William decía, y yo también lo creía, que las dos fueron concebidas bajo la luna y las estrellas del desierto de Thar, la noche más bella de nuestra luna de miel, y que no era casualidad que fueran dos niñas, por lo que sin duda se tenían que llamar así. Verdaderamente, era un padre feliz y no había quien le quitara de la cabeza el total romanticismo con que veía todo lo que le rodeaba. A mi madre y a mí nos hacía mucha gracia.

Las niñas, tan ideales como idénticas, también le habían robado el corazón a William, ya un hombre maduro y que ya no se esperaba ese regalo que para él procedía «del cielo».

* * *

—Señora —me dijo Susan—, ha llegado el secretario de su padre acompañado por una señora y su hija. Dice que les espera. ¿Les hago pasar al salón?

En ese momento me puse a temblar. No sabía cómo iba a reaccionar al verlas, no sabía si iba a hacer lo que mi padre querría que hiciera o si me estaba metiendo en donde nadie me llamaba, aunque fueron ellas las que en un principio quisieron verme.

—Sí, Susan, que pasen por favor. Las recibiré en el despacho de mi padre.

Respiré hondo, recompuse mi cuerpo estirando mi espalda y moviendo algo los brazos como para tratar de apaciguar mi lógica tensión, pero estaba segura de que era eso lo que tenía que hacer y más yo que también había sido madre soltera.

—Buenas tardes, Violet, ¿podemos pasar? —me preguntó John, entreabriendo la puerta.

—Pasad, pasad, por supuesto. —Me puse de pie para recibirlas—. Buenas tardes. Sois Emily y Christine, ¿verdad?

—Sí, señora duquesa.

—Por favor, llamadme Violet a secas. Sé que conocíais a mi padre y hoy os recibo con amistad y como en familia.

Las dos sonrieron, sobre todo la madre, una hermosa mujer rubia y muy refinada, sencilla y especial. Pero yo no hacía más que mirar a su hija. «¿Será mi hermana? ¿Se parece a mí? ¿Quizás a papá?». Le miraba las manos, los ojos, sus movimientos y sonrisa, quería encontrar rápidamente algo en lo que apoyar mi sospecha. Si fuera mi hermana, en este momento tendría que abrazarla y darle la bienvenida. Eso es lo que me gustaría que hubieran hecho con mi hija…

—Sentaos, por favor, tenemos mucho de qué hablar, pero, Emily, ¿te parece que esté presente en nuestra conversación tu hija o te violenta que nos escuche?

—Para nada, Violet. Christine conoce toda mi historia y sabe por qué estamos aquí. También conoció a tu padre.

Mi corazón dio un vuelco. Le había conocido; ¿sería porque era mi hermana?

—Aaaah, no tenía ni idea. Pues estupendo. Hablemos los cuatro, pues, si te parece, me gustaría que John estuviera con nosotras para que tome nota de nuestras decisiones, si es que tenemos que tomar alguna.

—Perfecto, me parece muy bien.

—Christine, ¿qué años tienes ya? ¿Eres mayor de edad?

—Sí, ya tengo veinte años. Los acabo de cumplir.

Eché cuentas, esta niña nació cuando yo tenía diecisiete años, casi cuando conocí a Andrew. Quizás era una época en la que mis padres estaban más distantes… No lo sabía, no me acordaba bien…

—Emily, soy toda oídos. Estaré encantada de saber por qué mi padre te pasaba una pensión, por qué firmó un documento en un notario en que se comprometía a hacerlo hasta que falleciera y por qué desde entonces tú esperas que yo también lo siga haciendo. Porque lo que tienes que saber es que lo he hecho y lo he alargado en el tiempo solo con la intención de que mi madre no se enterase de nada de este problema, podría dolerle demasiado. Pero ya han pasado dos años de

la muerte de mi padre y quiero, una vez que conozca la situación, tener opinión propia para saber qué debo hacer.

—Es lógico, Violet, y te felicito por ser tan clara y tan valiente. Tu padre también lo fue y también fue muy generoso conmigo y con alguien más…

Y empezó a relatar lo que parecía un folletín en el que no faltaba la bella jovencita indefensa, el desalmado noble, el aristócrata conquistador y hasta la mismísima reina. Yo escuchaba anonadada sin atreverme a interrumpirla y sin saber adónde nos conduciría aquella rocambolesca historia.

Finalmente, y tras más de treinta minutos escuchando, Emily concluyó.

—Violet, más o menos, esta es la historia. Tienes que comprender que tu padre se portó como un noble del siglo XVIII, ayudando a la familia real a controlar un escándalo mediático, y lo consiguió. Al vizconde le amenazó con confirmar en público que Christine era hija suya y no de nadie más, quería decir, de integrantes de la familia real, y le «tapó la boca» también con una importante suma de dinero, de «su dinero», de vuestro dinero. Su majestad por ello le nombró duque de Grosvencer, el título que tú has podido heredar siendo mujer porque es un título «creado» solo para él. Y a nosotras nos quiso ayudar por su generosidad, pues yo no se lo pedí, y porque no sabía si Christine era hija suya.

Yo estaba muda, colapsada, en silencio la escuchaba, pero se me amontonaban todos los datos que Emily aportaba a su declaración.

—¿Y lo es? —pregunté casi sin voz, como en un susurro, sin poder respirar, con absoluta taquicardia y sin quitarme de la cabeza a mi pobre madre…

—Lo cierto es que no lo sabemos, Violet. No he podido ni he querido confirmarlo. Sabemos que ahora hay alguna manera especial de hacerlo, pero eso a mí no es lo que me importa, y a Christine tampoco. De hecho, tu padre se enteró de que existía cuando la niña tenía ya diez años y todo porque ese maldito individuo me obligó a tener que compartirlo. Si no, nunca se lo hubiera dicho.

—Muy honorable por tu parte, pero contradictorio con vuestra actual posición, pues ahora parece que sí queréis seguir teniendo la aportación que os cedía mi padre.

—Es verdad, tienes toda la razón, pero es que él me dijo que viniera a verte si le pasaba algo. En realidad, yo no quería que siguieras manteniéndome, solo quería verte, pero has sido tú la que has retrasado nuestra reunión. Si te parece, nos marchamos y ya está. Somos dos personas normales, aunque no disfrutamos de grandes lujos. Si te digo la verdad, estoy aquí porque George me dijo que por nuestra manera de comportarnos se le había concedido el título de duque y que eso siempre me lo agradecería eternamente. Y, sobre todo, estoy aquí también para confirmarte que tu padre y yo solo solo estuvimos una noche juntos, una nada más, y que fue con mi consentimiento y que sabía que no tenía nada que exigirle. No me engañó. Yo no había bebido, era absolutamente consciente de lo que hacía, y él era un hombre tan elegante y seductor que sus maneras enamoraban solo con verle…

Me quedé muda. La miraba, creo que la admiraba también, y me salió del alma decirle:

—Emily, sabes que yo también soy madre soltera, ¿verdad?

—Sí, lo sé, y que también has criado y educado a tu hija sola, bueno, junto a tus padres, como yo.

—Así es, y no ha sido fácil, ¿verdad?

—No, muy difícil, pero gratificante.

—Emily, crees que tu hija es mi hermana. Dime la verdad: ¿qué te dice tu pálpito?

—No lo sé, Violet, tengo que serte sincera, no lo sé. Te estoy mirando con intensidad desde que he llegado para ver si hay algo que me recuerde a ella, pero creo que debemos dejarlo así. No es una cuestión fácil de manejar sin, a lo mejor, ofender a mi hija, a la que quiero con locura.

—Emily, no te preocupes. Si alguien te entiende bien aquí, esa soy yo. —Me levanté, nerviosa pero decidida, y exclamé—: John, por favor, si a Emily y Christine les parece bien, haremos cuanto antes la prueba de ADN, correremos nosotros con los gastos, y si eres hija de mi padre, pues serás mi hermana. Es de justicia y así hay que hacerlo.

Emily y Christine se quedaron de piedra; John, demudado, blanco como la cera. Acababa de comenzar un capítulo duro y sin retorno sobre todo si finalmente era positivo.

—Violet, de verdad que no necesitamos saberlo. Ya son muchos años así, y, además, ni tu padre ni yo imaginamos que por una noche pudiera suceder algo así…

—Ya, pero la vida está hecha de errores y aciertos, y para mí sería un enorme error que pesaría siempre sobre mi conciencia. Si es positivo, serás mi hermana, Christine. —Me tembló la voz cuando sentencié lo inesperado—. Y si es negativo, me gustaría buscaros un trabajo o seguir como hasta ahora, lo que prefiráis. Si mi padre lo hizo, seguro que era por compromiso y agradecimiento.

Salimos del despacho en silencio. Estaba muy impresionada con lo que acababa de decidir, pero la verdad era que ya lo tenía previsto. Desde que me enteré de la posibilidad de tener una hermana, pensé en la injusticia de la vida para unos y de la suerte para otros.

Nos despedimos dándonos la mano, aunque en el último momento me acerqué y las besé. Me salió del alma. Emily me sonrió agradecida y solo dijo:

—Eres igual que tu padre. Una gran señora.

John y yo nos quedamos viendo cómo bajaban los peldaños de las escaleras de la plaza, callados, como estatuas. Cuando desaparecieron, me dijo:

—Violet, he estado callado, impresionado… He visto a su padre en su honrosa actitud, en sus palabras, pero ¿cómo se ha comprometido tanto? Ellas no se lo estaban exigiendo.

—Lo sé, John, pero creo que es lo que hay que hacer. Nunca me hubiera quedado tranquila, y esto o lo resolvía mi padre o lo solucionaba yo… Y lo peor será mi madre… ¡Pobrecita! Pero, John, por favor, me gustaría hacerlo cuanto antes. Me quiero ir a India con el problema resuelto. ¿Me promete que agilizará el análisis? Dígale que es urgente.

Tras ese encuentro subí, casi por necesidad, a ver a mis niñas, que dormían plácidamente en sus cunitas. Al verlas, mi espíritu se debatía entre las dudas y las certezas. Pensé que a ellas y a Lili les acaba de hacer una enorme faena, pues podría ser que su fortuna y propiedades mermaran a la mitad, pero, en cambio, lo que sí tendrían era una madre con dignidad y justa, y creo que eso era mucho más valioso que todo el dinero del mundo.

* * *

William llegó exhausto de su trabajo, porque a sus ocupaciones en palacio se habían añadido multitud de reuniones a las que tenía que asistir en el ministerio para ultimar el viaje a la India.

Me besó, me preguntó por el día, y subimos juntos a ver a las niñas. Se le caía la baba con ellas, estaba como loco. Entramos despacito en la habitación. Estaban dormidas, y, abrazados, las contemplamos con devoción.

—William, mi vida, vamos a nuestro cuarto, tengo que hablar contigo mientras te pones cómodo.

Y allí, sentada sobre la cama y viendo cómo mi marido se cambiaba y se ponía unos zapatos más confortables y se quedaba en mangas de camisa, empecé a desgranar con todo lujo de detalles lo vivido esa tarde. William no podía creerlo, me miraba con estupor. También se quedó sin palabras. Todo era inesperado y como una película de ciencia ficción.

—Violet, ¿me estás diciendo que puedes tener una hermana y que tú, tú misma, te has ofrecido para hacer el análisis?

A William le espantaba la idea y supongo que por todo: por mi madre, por Lili y por nuestras hijas, y le entendía. Yo todavía estaba temblando.

—Así es, me ha salido del alma, y ya sabes cómo soy y mi rara manera de ser, y, sobre todo, no olvides que también yo soy madre soltera.

William se dio cuenta de mis razones para actuar como lo había hecho, y enternecido, me sonrió, se acercó a mí, me acarició la cara y me besó en los labios suavemente. Y yo lo necesitaba tanto tanto que le abracé y me puse a llorar, pero como una loca. Había tomado una decisión demasiado importante y sola, sin comentársela a nadie, y necesitaba que él, sobre todo él, me comprendiera.

—¡Piernas largas, no llores! Pero qué buenísima persona eres, ¡qué orgulloso me siento de ti! Nadie, creo que nadie, se hubiera atrevido a ser tan justa y generosa. Estoy muy orgulloso de ti —repitió, y me volvió a besar, pero esta vez con mucha pasión.

—Por Dios, William, ¡menos mal que me entiendes y no te enfadas conmigo!

—¿Enfadarme? ¡Te admiro más todavía! Si me lo hubieras contado y ambos hubiésemos dudado sobre lo que deberíamos hacer, nos habríamos convertido en una pareja ruin y sin nobleza.

—¿Y si hoy, esta misma tarde, hemos perdido la mitad de nuestra fortuna, William, de la nuestra y de la de nuestras hijas?

—Ya, es verdad. Es lo primero en que se piensa, es natural, pero no te preocupes, para eso estoy yo. —Y me sonrió—. A mí me está yendo muy bien y procuraremos sobre todo que no tengas que dividir Grosvencer House. Esa casa y ese campo son tu vida. Antes cualquier otra cosa…

En ese momento supe que William era tan íntegro y tan honrado como siempre había supuesto… Ese día, con esa afirmación, había vuelto a comprobar lo que ya sabía. Me enamoré locamente y me casé con un hombre diez, aparte de atractivo hasta decir basta.

—William, no bajemos a cenar, quedémonos en la habitación, ¿te parece? Quiero estar contigo ahora y quererte en este mismo momento, lo necesito… Luego te subo yo algo para cenar…

William me sonrió, me besó y empezó a quitarse la camisa…, y yo la chaqueta, la blusa…

29

En Jaisalmer los días pasaban despacio y con demasiada tranquilidad, y lo que para cualquier otra persona podía ser un enorme hándicap, para Andrew estaba siendo una absoluta cura del cuerpo y del alma.

El doctor Campbell, que ya vestía como los locales, había encontrado una amplia casa en el centro de la ciudad, en la parte más moderna. La casa, muy sencilla comparada con aquellas en las que estaba acostumbrado a vivir tanto en Bath como en Gales, era, sin embargo, para los habitantes de Jaisalmer, una de las residencias más importantes. Una parte de ella la había destinado a consulta. Allí recibía sin cobrar a cualquier enfermo de corazón que necesitase sus cuidados, pero cada vez eran más los enfermos de todo tipo que querían ser examinados por Campbell. El fabuloso doctor inglés se había hecho famoso por su «ojo clínico» y por su generosidad, una combinación destinada al éxito. Y a él eso le gustaba, le incentivaba. Para eso había ido tan lejos, para eso quería estar allí: para caer cada noche agotado sobre su cama y no tener que pensar en nada ni en nadie…, para suplir el daño que había hecho con el amor hacia los enfermos. Campbell era un hombre bondadoso al que la vida y sus decisiones torcieron para siempre.

Andrew había podido alquilar la casita porque, desde el primer día de su llegada, y tras la exitosa operación de corazón a William Coningham, su relación con el hospital era cotidiana y había realizado un acuerdo de cesión de los quirófanos para poder operar a sus pacientes privados a cambio de operar también a los del centro médico.

Vivía más feliz que en Cardiff, más tranquilo. En Gales se encontraba asfixiado por su tóxica relación con Felicity, mientras que ahora solo le acompañaban en su casa un perro callejero, de pelo largo marrón clarito, al que había adoptado el segundo día de estar en Jaisalmer, y una joven que le iba a limpiar la casa y a lavar la ropa cada dos días. En cierta manera, Andrew daba gracias al cielo de haber encontrado por fin las fuerzas necesarias para dejarlo todo, incluyendo su matrimonio.

Saber que podía ser padre de la hija de Violet le hundió, pero, por otro lado, le dio la fuerza para no pensar en nada ni en nadie. Ya nada le importaba y mucho menos él mismo. Como persona, como marido y como padre había fracasado absolutamente. Por donde había pasado había dejado tristeza y desolación sabiendo, como él sabía, que en el fondo era un hombre bueno. Todavía le costaba entender cómo una equivocación, a los veintidós años, pudo marcar y destrozar tanto su vida, pero así había sido.

—Andrew —le preguntó el príncipe Amal mientras saboreaban un caliente té chai en el interior de la fortaleza—, me acabo de enterar de que mis amigos lord y lady Coningham vendrán a Delhi como embajadores del Reino Unido. ¿Lo sabía usted ya?

Andrew se quedó petrificado, no se había enterado de ello, y fue tal el impacto que sus manos empezaron a temblarle de tal manera que no podía sujetar bien la taza de té. Su tez, cada día más tostada por el sol, se convirtió, de repente, en blanca como el papel.

—Ya veo que no —afirmó Amal—, se acaba de enterar por mí, ¿verdad?

—Sí, así es, no tenía ni idea. Aquí no me llegan demasiadas noticias… En todo caso, me entero de alguna cosa que sucede en el resto del mundo por la radio o por mi hijo cuando hablo con él por teléfono. No veo la televisión.

—Lógico, lo siento.

—No se preocupe, príncipe…

—Sí me preocupo porque sé que a usted esa dama, esa mujer tan bella, le duele en el alma, le quita la respiración. Le vi mirarla en aquella habitación del hotel y en el hospital, y aprecié su amor hacia ella. ¿Me equivoco?

—No sé qué decirle, príncipe. No se equivoca, pero es el capítulo más terrible de mi vida. No sé si tengo fuerzas para recordarlo y narrarlo ahora y aquí, y más sabiendo que vuelve a estas tierras adonde he venido para alejarme de todos, y de ella, por supuesto, también.

—¿Sabe que han sido padres de unas preciosas gemelas? Me mandó unas fotos. Ya son padres de tres niñas…

Andrew se quedó paralizado.

—No, no tenía idea —dijo con mucha tristeza.

—Violet me confesó cuando estábamos en el hospital que estaba embarazada y que no lo sabía nadie, ni siquiera su esposo. Se enteró después de la maravillosa operación con la que usted le salvó la vida. Andrew —prosiguió el príncipe—, siento ser el portador de estas noticias, pero creo que para curarse lo primero que tiene que hacer es darse cuenta de que ella ya es la mujer de otro hombre y que, por lo que yo vi, está verdaderamente enamorada de él.

—Lo sé, príncipe, sé que eso es lo que tengo que hacer, pero ¿sabe que ella es la madre de mi hija?

Amal se sobresaltó, no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Cómo dice? ¿La duquesa y usted son padres de una niña? Pero eso es increíble…

—Bueno, no tan niña, ya tiene dieciocho años, y es tan bella como su madre. Es maravillosa, y yo no he sabido que tenía esa hija hasta hace un año. Por eso estoy aquí, me volví loco cuando me enteré. Amal, usted tiene ante sus ojos a un verdadero canalla que dejó a la mujer a la que amaba sin darle una explicación y que no tuvo el valor en diecisiete años de acercarse a dar la cara.

Y así, en una recóndita y perdida ciudad de la India, el famoso cirujano de corazón empezó a contarle al príncipe con todo tipo de detalles su maravillosa relación con Violet, su deslealtad y su terrible decisión de dejarla y contraer matrimonio con Felicity, con la que no fue feliz ni un solo día de los más de dieciséis años que estuvieron casados.

—Andrew, ¿Violet le ha confirmado que es su hija?

—No, no ha querido hacerlo, pero tampoco me lo ha negado. Violet es tan maravillosa y tan fuerte que me repitió mil veces que ella es el padre y la madre de Lili. Pero, Amal, yo sé que es mi hija, tiene mis ojos, se parece a mí cuando era pequeño, y yo la abandoné, no supe que estaba embarazada, no permití que me lo dijera, la dejé sola en nuestra cabaña… ¡Qué desgraciado día aquel! ¡Qué desgraciado fui!

—Bueno, doctor, ya han pasado demasiados años, ya no vale la pena seguir sufriendo.

—Ya, pero es que yo me he enterado hace un año solamente, para mí el *shock* es muy reciente

y me considero una mala persona, un mal padre con mis dos hijos y un hombre que ha hecho desgraciadas a las dos mujeres que me han querido… Por eso estoy aquí: no quiero vivir en sociedad, no quiero ver a nadie y solo quiero curar a enfermos, ayudarles y así poder redimir mis penas. Ahora quiero la soledad.

—Está bien, Andrew, le entiendo, pero tiene que empezar a buscar algo de felicidad en su vida. Ya lleva un año aquí y toda la ciudad le quiere y le respeta. Ha hecho tantas cosas buenas por los demás que ya podría perdonarse las malas que tanto le oprimen y duelen. Empiece por contemplar con esa mirada tan llamativa que tiene usted —le insistió a Andrew, cuyos ojos, al estar más moreno de piel, brillaban y destacaban con más fuerza— a las bellezas que nos rodean. No es una ciudad grande, pero las mujeres son muy hermosas…

—¡Imposible… imposible! Solo he querido, quiero y querré a Violet. Pero, príncipe, usted la ha visto, la ha conocido, me entiende, ¿verdad?

—Sí, le entiendo. Es una mujer única. Es bellísima, y su manera de ser tan sosegada, tan libre, tan educada te envuelve y cautiva. Creo que se la puede definir como una mujer fascinante, absolutamente fascinante.

—Y maravillosa y buena y romántica y divertida. ¡Si usted supiera cómo nos quisimos! Y ella me confesó que me quiso hasta hace dos años, hasta que conoció al capitán… Es terrible, terrible, y todo eso me impide encontrar la paz que he venido a buscar aquí.

—Pues yo le ayudaré, Andrew, tiene que relacionarse… Ya sabe que vivo entre Jaisalmer y Delhi, pero tengo que presentarle a mis amigos en esta recóndita ciudad, aunque muchos ya le conocen como el magnífico doctor inglés. Por lo menos así podrá, de vez en cuando, reunirse y disfrutar de conversaciones interesantes, y, por qué no, también de alguna copa que le ayude a olvidar.

—De acuerdo, Amal, pero no se preocupe por mí, soy un hombre fuerte, lo sobrellevaré bien, ya estoy acostumbrado: son muchos años pensando en ella y viviendo sin ella. Pero nunca la olvidaré y menos sabiendo como sé ahora que somos padres de una niña, una hija del amor, del amor más romántico y limpio que jamás pude conocer. Esa ya es una unión de por vida, a pesar de que creo que nunca me dejará acercarme a ella.

Amal cambió de conversación. No quiso entristecer más al bondadoso doctor. Había ido a su encuentro con la clara intención de informarle de la llegada del embajador, pues pensó que sería peor ocultarle la nueva realidad. La bella duquesa inglesa iba a aterrizar en pocos días en Nueva Delhi y lo más probable es que se convirtiera en una de las mujeres más admiradas de India, de eso estaba seguro.

* * *

En Londres, en nuestra casa, la vida era mucho más que trepidante, divertida a veces y la mayoría un auténtico caos.

—Pero, Violet —me riñó mi madre—, ¿cómo has decidido criar y cuidar tú de tus hijas y no tener niñera? ¡Esto es tremendo, no podemos con ello!, y además ahora que te vas a Nueva Delhi.

—Mamá, las niñas ya tienen seis meses y hasta ahora hemos tenido ayuda. A mí me encanta cuidarlas y me gusta que crezcan cerca de su madre, como lo hice con Lili. Y como en India tendré más obligaciones, he pensado que lo mejor es contratar a alguien de allí, dar trabajo a alguna niñera que lo necesite.

—Sí, claro, yo eso no lo viví tanto, pero con Lili teníamos las dos veinte años menos. ¡Esto es demasiado trabajo!

—Bueno, mamá, pues tú no hagas nada. Ya me ocupo yo, y cuando salgo siempre me las cuida Susan.

—Sí, pero Susan es doncella, no niñera, y eso hay que tenerlo muy en cuenta.

—No, mamá, ya son otros tiempos, y está encantada. Ya lo hemos hablado las dos; además, a William le gusta llegar del trabajo y estar con ellas, cambiarles los pañales, darles algún biberón… En fin, disfruta como padre, que es lo lógico.

—Bueno, bueno, qué distintas somos, desde luego. Siempre has sido tan diferente, hija mía…

Mamá se vino a pasar unos días a Londres hasta que nos marcháramos y Lili vendría el fin de semana para despedirnos.

Estaban siendo unos días de no parar, de maletas, de intendencia, de papeleo, pero sobre todo de nervios y de inquietud por la próxima llegada del resultado de la prueba de ADN.

John, nuestro secretario, me comunicó que ya le habían llamado del laboratorio y que mañana por la mañana traerían los resultados en mano.

—Violet, ¿dónde piensa recibir a quien venga del laboratorio? —me preguntó John. Estábamos los dos, creo, temblando, preocupados.

—Pues creo que, como siempre, en el despacho. Si le parece, dígale a la señora Walls que la esperamos aquí, en casa, y abriremos el sobre delante de ella y de un notario, pero que prefiero que venga sola, esta vez sin su hija, pues si sale positivo será una alegría para ella, pero si es negativo no quiero vivir la decepción de Christine. John —afirmé casi sollozando—, estoy de los nervios, no sé si he hecho bien o mal, pero necesito que la verdad se conozca y sea reconocida, a pesar del daño que puede hacer en la merma de nuestros bienes materiales. El resto no me preocupa, porque, John, mamá nunca nunca se enterará. Me lo promete, me lo jura, ¿verdad?

—Por supuesto, Violet, duquesa… Es increíble, digna hija de su admirado padre. De mí no se tiene que preocupar. —Y lo sabía, él era fiel a carta cabal.

—Perfecto, pues yo mandaré a mamá con Susan y con las niñas a hacer unas compras, y así estaremos solos. Únicamente le preguntaré a William si quiere acompañarnos.

Las horas pasaron lentas, tediosas. En mi mente me imaginaba a mis hijas, tres ya, ni más ni menos, pasando necesidades por no poder mantener nuestras antiguas y grandes propiedades (no serían las primeras terratenientes arruinadas) y por haber introducido en la familia a una persona desconocida, inesperada… Otras veces imaginaba a mi madre preguntando por qué habíamos perdido la mitad de nuestra fortuna, no por culpa suya precisamente, sino mía, e indagando al creer que la estábamos dilapidando se enteraba de que mi padre le había sido infiel y era padre de una joven menor que yo…

—William, mi vida, estoy fatal… —Le abracé histérica nada más abrir la puerta—. Menos mal que hoy has venido pronto. ¿Bañamos a las niñas y me desahogo contándote todo lo que nos va a pasar mañana?

—Violet, qué maravilla de recibimiento. —Me besó con fuerza mientras me sujetaba de la cintura—. Estás más delgada, piernas largas, te noto los huesecillos al abrazarte. —Me miró sonriente y me volvió a besar—. ¿Qué te pasa, por qué me quieres tanto hoy?

—No es verdad, William, siempre te quiero igual, pero es que hoy es un día muy difícil… Creo que esta noche voy a dormir agarrada a ti, no quiero despegarme ni un centímetro, solo quiero

estar contigo.

—¡Maravillosa noche, entonces! A mí me pasa igual, solo quiero estar contigo, abrazado y sin separarnos ni un centímetro ¡Qué noche tan sensual y pasional! ¡Cuenta conmigo!

—No me hagas reír, no te lo tomes a broma.

Y cogiéndole de la mano, subimos por las escaleras al cuarto de las niñas. William se volvía loco con ellas y a mí se me «caía la baba» al vivir y ver cómo de intenso era el amor de un padre hacia sus hijas. «La pobre Lili no lo disfrutó —pensé—, pero creo que mi padre hizo las veces con sobresaliente».

Cuando llegamos a la *nursery*, cada uno cogimos a una de nuestras muñecas.

—William, tú baña a Sashi y yo a Anusha, la última vez fue al contrario y así no notan diferencias.

—Claro, como que lo van a notar tan pequeñas —afirmó William.

—Pues sí, el carácter se va creando cada día, y el cariño y la presencia de sus seres queridos es lo que las ayuda a desarrollarse.

—Bueno —dijo William—, no nos entretengamos. Yo ahora baño y me como a besos a Sashi y tú a Anusha, las dormimos y nos metemos nosotros también en la cama. Tus deseos serán órdenes y no me voy a despegar de ti ni un milímetro. —Y me besó en los labios mientras le miraba y le admiraba al verle con la camisa remangada, los tirantes sujetando su pantalón y su enorme atractivo… William y yo teníamos la necesidad de rozar nuestra piel, de acariciarnos. Necesitábamos esa sensación.

* * *

Pero esa noche tuvimos que cenar con mamá. Estaba en Londres con nosotros y no podíamos dejarla sola… Le encantaba estar con su yerno, William era su pasión, casi más que las niñas.

—Sophie, ¿qué tal el día? Yo estoy agotado… ¿Te importa si cenamos y nos acostamos pronto? Con los preparativos, no tengo tiempo de nada y se me acumulan los compromisos.

—Por supuesto, William, pero ¡me da tanta pena dejar de veros!

—Pero, Sophie, si ya te has convertido en lady Bath… Eres la mujer más famosa y elegante de allí. Seguro que lo que estás echando muchísimo de menos es estar en el campo. ¿A que sí? —La pregunta me pareció directa y estupenda. Estaba deseando saber algo más del porqué a mi madre ahora le encantaba el campo.

—Bueno, sí, la verdad es que estoy deseando volver…

—Pero, mamá, ¿qué es lo que ha pasado para que ahora te encante estar allí? Me tienes intrigada.

Mi madre se puso hasta colorada, pero como socialmente era superactiva, enseguida dijo con aplomo:

—Nada, hija, nada importante, pero me gusta estar con Lili y con Poppy. Tú ya tienes otra vida, tienes a William y a las niñas…

—¿Y tú tienes a alguien? Porque podría ser, ¿por qué no? Francamente, yo ya creo que puede ser que sí.

—Pero ¿qué dices? ¡Estaría yo loca! Aunque… —Y en ese momento se colocó el pelo a la vez que coqueteaba con su mirada—. Todo podría ser.

—Pues yo preveo que sí, querida suegra —afirmó William en tono jocoso y cariñoso—, cada día te veo más joven, más guapa y más interesante.

¡Y para qué queríamos más! Mi madre, si ya quería a William, empezó a adorarle…

—Pues como tú, William, no hay nadie, ¡qué suerte ha tenido mi hija…! ¡Qué suerte tienen la reina y la India de tenerte a ti, querido William, cerca!

—Bueno, vale, mamá, nos vamos a la cama. —Me levanté riendo y pensando que mi madre era una auténtica dama de sociedad, lo bien que se había zafado de su arriesgada conversación ante las preguntas indiscretas… William estaba fascinado con su suegra que de repente se había convertido en una mujer «interesante y seductora».

Mientras subíamos las escaleras, de la mano y haciendo bromas, William se reía y me decía:

—Por favor, prométeme que tú, si me muero, no te convertirás en la más bella de las mujeres maduras de Gran Bretaña. ¡Santo cielo…, la metamorfosis de tu madre es fascinante! Violet, tú no, por favor, tú a tus caballos y a tus tomates. ¡A la vida sana rodeada de jardineros y mozos! ¡Prométemelo!

—Es impresionante, William. Yo creo que a mi madre le gusta alguien o se ve con alguien… Estoy segura.

—Pero, qué dices, ¡no me lo puedo creer!

—Sí, Poppy la ha vigilado, y va a Bath por las tardes cuando yo no estoy allí. Connor, su padre, la lleva a una cafetería, pero no sabemos más…

—Vaya, vaya con la duquesa viuda —se rio William—, me está poniendo nervioso que esto se herede.

Cuando llegamos al dormitorio, la verdad más animados de lo que había imaginado durante la tediosa tarde, William y yo por fin cumplimos con lo que tanto deseaba. Nos metimos en la cama, juntos, muy juntos, abrazados.

—A ver, piernas largas, dime lo que te preocupa. Ya estamos pegados el uno al otro, no nos vamos a separar ni un centímetro, no pasa ni el aire entre nosotros. —Se rio y me besó mientras me miraba—. Cuéntame…

Y por fin, con el calor de su cuerpo que tanto me tranquilizaba, un calor que era para mí como el del hogar, le expliqué lo que al día siguiente, en unas horas, íbamos a saber, a descubrir, lo que podría cambiar nuestras vidas, y no de manera agradable, por cierto.

—Violet, no sé qué decir, creo que hasta podría tartamudear. ¡Qué decisión tan valiente y tan difícil! No logro comprender cómo la has podido tomar tú sola.

—Lo sé, William. No quería involucrarte también en esto, pero ahora me encuentro fatal, estoy temblando… ¡Abrázame!

—Si lo estoy haciendo, no te he dejado ni un minuto de abrazar. De todos modos, es natural que una persona, por muy decidida que sea, tiemble tras una decisión como la tuya. Yo creo que has hecho bien, que la duda nos hubiera acompañado siempre como una losa, y que la felicidad se busca y se encuentra si tienes el alma limpia, y tú, desde que te conozco, has sido y eres así. Estate tranquila: sea lo que sea lo afrontaremos juntos. Yo te quiero a ti, no a tu dinero, y tus hijas te quieren a ti, no a tu dinero. Seguiremos felices pase lo que pase y quizás hasta más felices.

—William, ¡cómo te quiero! ¡Qué suerte tengo, qué suerte tengo! —Y acerqué mi boca a la suya, y nos besamos, y la tensión acumulada del día se transformó en una explosión de pasión y amor. Quería a William con locura, ya no pensaba en nadie más, solo en lo feliz que me hacía cada día y, sobre todo, cada noche. Me acurruqué entonces sobre su pecho, el me besó en la frente, muy suave, y por fin mi cuerpo y mi mente se relajaron.

* * *

A la mañana siguiente nos despertamos a la vez que las niñas; siempre eran ellas las que hacían de despertador. Enseguida, como autómatas, calentábamos los biberones y cada uno, de manera también autómata, cogíamos a una de ellas y nos sentábamos en las butacas, frente a frente, y les dábamos su leche calentita, mirándonos y sonriéndonos. Para mí era un momento precioso, pero para William tenía que ser maravilloso. Ser padre con cuarenta y un años no es lo mismo que con veintiuno… Para él era, en cierto modo, haber conseguido una meta difícil de alcanzar, un sueño, pues, según sus propias palabras, no había conocido a la mujer con la que formar una familia hasta que me encontró a mí.

Desde la butaca, con Anusha en sus brazos, me tiró un beso, me sonrió y me dijo: «¡Guapa!». Yo le miraba y admiraba su entrega. Pensar que se estaba convirtiendo en un personaje de la política exterior de nuestro país y de las relaciones internacionales me llenaba de orgullo.

—Tranquila, mi vida —me dijo—, ahora llamo al despacho y les digo que llegaré más tarde. Me quedo contigo hasta que abramos ese dichoso sobre del laboratorio.

—Oh, William, no sabes cómo quería que me acompañaras, pero, como estás tan liado con el viaje y los papeles, no me atrevía a pedírtelo. Contigo a mi lado será otra cosa. Es que se me amontonan los pensamientos tóxicos. Pienso en mi madre continuamente. Si se entera de que mi padre tenía una hija, se le va desmoronar su vida.

—Ni lo pienses. Tu madre no se enterará. Ellas, pase lo que pase, han demostrado ser buenas personas; hasta ahora han sido respetuosas con tu padre y con nuestra familia. Yo creo que lo seguirán siendo.

—Eso espero, William. ¡Qué bien que estés a mi lado!

—¡Mamá, buenos días! —la besé—. Estás hoy muy guapa y muy joven. Te encuentro fabulosa —le dije como para animarla a cumplir mi petición—, ¿me podrías hacer el favor de ir a recoger la ropa de verano de las niñas que he encargado para cuando lleguemos a Nueva Delhi? Yo tengo que reunirme con John para dejar arreglados todos nuestros asuntos. Si te parece, Susan te acompañará con las niñas y así les dais un paseo.

—Vale, perfecto, si con eso te ayudo…, no es que me apetezca mucho, pero me vendrá bien pasear un poco.

—Perfecto, eres un cielo. Pues a las once ya estarán preparadas y en sus sillitas cada una. Lo van a pasar genial contigo.

Fue así como a las once y media, y con William, John y yo esperando a que llamaran a la puerta, llegó, y con puntualidad británica, la señora Walls. Venía sola, sin su hija, como le habíamos pedido. John fue el encargado de recibirla y acompañarla a nuestro despacho.

—William —le dije tras darle un beso a su llegada—, te presento a la señora Walls, y Emily, te presento a mi marido, el capitán Coningham. —Los dos se saludaron con simpatía y por supuesto mirándose ambos a los ojos con bastante interés—. Emily, sentémonos, si te parece —le pedí—. Todavía no han llegado ni el mensajero del laboratorio ni el notario.

Acto seguido, callados y bastante nerviosos por el momento que estábamos viviendo, oímos de nuevo el timbre de nuestra puerta.

John volvió a salir para abrir. El notario había llegado y había coincidido con el emisario del laboratorio, y los tres entraron al despacho donde les esperábamos.

Nosotros nos pusimos de pie, sin hablar. John nos presentó al notario, al que conocía de la testamentaría; era el mismo con el que mi padre había firmado su decisión de pasarles de por vida, de su vida, una pensión a la madre y la hija. Acto seguido nos presentó también al hombre que portaba un sobre grande, blanco y con letras azules.

En ese momento, John le pidió al del laboratorio que cediera el sobre al notario que, de forma protocolaria, lo recogió para proceder a su lectura.

Tras este detalle, John acompañó a la puerta al mensajero. Él no tenía por qué escuchar nada y nos quedamos los cuatro solos, en silencio, en el despacho: William y yo estábamos sentados frente a Emily, mirando los tres hacia abajo, mientras el notario se disponía a abrir el sobre. William me cogió de la mano, me la besó, la apretó para darme fuerzas. Le miré, supongo que blanca como el papel. Emily, entonces, susurró:

—Violet, sea cual sea el resultado, quiero agradecerte tu cariñosa y honesta manera de tratarnos tanto a mi hija como a mí. Yo nunca te hubiera pedido llegar hasta aquí, pues nunca quise saber quién era el padre de mi pobre Christine. Solo de pensar que no era de tu padre, sino del vizconde, me ponía a temblar. Es un hombre terrible, con muy pocos valores éticos y mucho menos fraternales, pero delante del notario me gustaría firmar aquí y ahora que, si Christine no es hija del duque de Grosvencer, tu padre, yo nunca nunca hablaré de mi relación con él ni de lo que tuvo que hacer para proteger el buen nombre de los invitados aquella noche en palacio, a cambio de que vosotros tampoco le confirméis a mi hija quién es su padre y mucho menos, lo más importante, que este análisis pueda llegar a oídos de ese hombre tan terrible. Tiemblo y me ahoga el pensar que él llegue a enterarse y quiera tener alguna relación con mi hija. Para mí siempre ha sido mucho más importante no saberlo que confirmar que un ser así fuera el padre de mi maravillosa pequeña, la niña, ahora mujer, por la que he vivido y de la que me siento tan orgullosa.

Todos nos quedamos impresionados, no podíamos dar crédito a sus palabras, y yo más que cualquier otra persona me ponía en su lugar. Desde luego, nos habló como una mujer valiente que había sufrido y que, por encima de todo, quería tanto para ella como para su hija la tranquilidad que, en su caso, solo podía darles el desconocimiento de la verdad.

Y, abriendo su bolso, sacó un papel que enseguida entregó al notario.

—Por favor, Violet, señor notario, este papel con mi compromiso lo traigo ya firmado. Espero, de verdad, que lo firmen todos los que nos encontramos aquí antes de saber el resultado de los análisis.

Entonces miré a William: ese detalle de Emily nos relajó bastante. Era, desde luego, una mujer íntegra.

—Señor notario —pregunté—, ¿cree que es correcto lo que pretende?

—Sí, para mí es un compromiso en toda regla. Léanlo también ustedes y, si no tienen inconveniente, pueden firmarlo. Está escrito lo que la señora Walls nos ha comunicado aquí y ahora a todos los reunidos.

William y yo lo leímos con detenimiento. Primero, firmó mi marido, después, nuestro secretario, y, por fin, con mi firma y sobre todo con la de Emily y la del notario quedaba claramente escrita la decisión de no hablar de nada de lo ocurrido hacía años si manteníamos también nosotros en secreto la posible e indeseada otra paternidad.

Entonces el notario se levantó, abrió el sobre y con voz firme y severa comenzó a hablar…

—Con el poder que mi figura como notario me otorga, doy paso a leer el resultado de los análisis de paternidad, pruebas también llamadas de ADN, realizadas en el laboratorio que aquí

se detalla, firmadas por el médico colegiado y por el director del centro, tras extraer muestras de sangre a la señora Violet de Grosvencer, así como a la señorita Christine Walls, realizadas con sus respectivos consentimientos y con la intención ambas de verificar las coincidencias genéticas que puedan confirmar su posible relación familiar. El resultado determina, con una efectividad de un noventa y nueve con nueve por ciento, que Violet de Grosvencer y Christine Walls —aquí el notario se detuvo y mientras todos seguíamos sin respirar— no tienen coincidencias genéticas que confirmen su relación familiar. Por lo tanto, los dos sujetos que habían pedido dicha prueba no son hermanos de padre, como así se requería conocer. Conclusión: la prueba de paternidad, por lo tanto, es negativa.

El silencio era sepulcral. Creo que a todos nos temblaban las piernas, y solo se escuchó una especie de respiración entrecortada de Emily. En ese momento, tanto William como yo manteníamos nuestras cabezas agachadas, con las manos aún apretadas, con más fuerza si cabe, conteniendo la respiración, pensando en tantas cosas que podían haber sucedido. Al oír la conclusión, me entraron ganas de llorar, pero no lo hice por respeto a Emily, aunque sí respiré tranquila. Pensé en mi padre y en la suerte que había tenido aquella noche, en mi suerte también al no tener que descolocar la estabilidad familiar y en mi madre, que no se merecía un disgusto así con los años que tenía. También pensé en Emily y en su bondad y en su indiscutible buena educación. La miré a la cara, que todavía mantenía agachada: era clara su refinada belleza y no me extrañó nada que mi padre hubiera caído rendido a sus encantos. La imaginé con veinte años menos y pensé que sería casi como una muñeca. Levanté mis ojos hacia ella: estaba muy digna, muy bella, muy señora, sin inmutarse tras escuchar las palabras del notario que seguramente no eran para nada las que hubiera querido escuchar…

—Lo sabía, lo presentía —dijo Emily—. Esa noche fue terrible y contradictoria para mí…, porque, Violet, permíteme que te confiese, aunque sea sobre la intimidad de tu padre. Con él fui, por unas horas, más feliz que el resto de mi vida, sentimentalmente hablando. No nos unía nada, nos acabamos casi de conocer y sí, claro, él me sedujo, era muy atractivo, muy elegante, y un señor, y yo también le seduje a él, no tengas ninguna duda. Yo era joven, pero no tonta, y quise estar con él y vivir aquellos momentos tan dulces que me ofreció su compañía. Por eso nunca quise saber si la mala suerte había sido mi compañera, como en el fondo temía e imaginaba. Por favor, cumplirán su palabra, ¿verdad? Mi hija no puede enterarse de esto. Violet, le diremos que las pruebas, novedosas y por ahora poco científicas, han salido erróneas y que no es fiable el resultado. Lo creerá, seguro, así llevamos mucho tiempo y vivimos tranquilas, no es una obsesión. Lo que no puede saber, de ninguna manera, es que la sangre que corre por sus venas es la de un señor violento que abusó de su madre. Eso la mataría, y es una joven maravillosa que no se merece algo así.

—Por supuesto. Nunca diremos nada, lo juro por mi honor. Pero, Emily, lo que sí te pediría es que por lo menos me dejes seguir contribuyendo a los estudios de Christine y que cuando los termine podamos ayudarle a encontrar un trabajo. Tú también te mereces descansar y estar tranquila.

—Violet, no sabes lo que te lo agradezco. Todavía sigo trabajando de maestra, pero la universidad es muy cara y hasta ahora hemos podido pagarla gracias a la mensualidad a la que tu padre se comprometió. Te lo agradezco y lo acepto, por supuesto, aunque sé que no estás obligada a nada.

—Bueno, es verdad, pero si mi padre creyó que os tenía que ayudar, yo también haré algo parecido.

—Bueno, pero tu padre, al igual que yo, teníamos la duda de si mi hija era suya, y ahora sabemos que no es así.

—Emily, es verdad, pero yo también me quedo más tranquila. Al fin y al cabo, serán solo tres años hasta que Christine comience a trabajar.

—No, no, solo le queda un año… Le queda solo un curso para terminar la carrera de políticas, filosofía y economía. La está estudiando en la Universidad de Roehampton, aquí en Londres, y sus calificaciones son excelentes.

—Yo también estudié economía —intervino William, que hasta ese momento se había mantenido en silencio, pero a mi lado, como mi gran apoyo—, además de la carrera militar. Sé por otros colegas que esa universidad da muy buena formación a los alumnos. Seguro que su hija no tendrá problemas.

—¡Claro que no! —exclamé—. Estaremos en contacto y hoy mismo hablaré con John para que a partir de este mismo mes usted reciba la asignación para los estudios. Creo que con esto mi padre estaría satisfecho.

—Por supuesto, Violet. Eres una persona maravillosa. En el fondo era un sueño que mi hija fuera tu hermana, pero creo que así es mejor para todos. Tú has sido muy valiente al querer someterte a esta prueba, pero las consecuencias para tu familia si hubiera dado positivo hubiesen sido también duras. Capitán —dijo dirigiéndose a William—, enhorabuena por la mujer que tiene. Desde que la conocí estoy impresionada con su manera de ser.

William me abrazó fuerte y me besó en la mejilla.

—Lo sé, Emily, es un regalo en mi vida. No se equivoca usted en nada.

Y muy digna, con la espalda recta y con cierta tristeza en su rostro, se despidió de nosotros, dando la mano a William y a mí, un beso. Me daba la sensación de que Emily y yo estaríamos unidas en un futuro. Su manera de ser era parecida a la mía, y aunque no me gustaba relacionarla con mi padre, tampoco la rechazaba y eso me asombraba… Parecía una excelente persona.

—William, por favor —le dije en cuanto nos quedamos solos—, necesito ir a Bath, necesito montar a caballo contigo y con Lili por el campo, necesito aire puro. Ha sido un episodio muy intenso y desagradable. ¿Te imaginas si llega a ser mi hermana lo que hubiera supuesto para mi pobre madre?

Sin más palabras, me abracé a él y me puse a llorar. Me había emocionado el momento vivido, me había acordado mucho de mi padre, de mi madre, y me había quitado, por qué no decirlo, un gran peso de encima. Y además me daba mucha pena marcharme a la India y dejar a Lili y a mis caballos y a mis tomates y zanahorias…

—¡Piernas largas!, cómo lo siento, has explotado, lógico. Son muchas tensiones juntas y no puedes más… Te entiendo. ¿Cuándo quieres que nos vayamos? ¿Mañana? Venga, por supuesto que lo haremos, nos iremos con las niñas y tu madre. Nos iremos todos, y estarás con Lili estos días, y con Poppy y conmigo. Yo te acompañaré siempre. —Y me abrazó con mucha ternura, con mucho cariño, con mucho amor.

—William, si también estoy feliz aquí, pero han sido unos días duros y con sensaciones contradictorias.

—Bastante bien has aguantado. Yo estaba de los nervios, no sabía cómo ayudarte ni cómo hacer para que todo fuera más fácil para ti, pero la decisión solo podía ser tuya, era una cuestión en la que no me podía entrometer.

—Lo sé, y lo has hecho muy bien. —Le besé agradecida—. Menos mal que estabas conmigo… Ahora mismo le digo a mamá que mañana volvemos a Bath a pasar los últimos cuatro días antes de coger el avión, ¿te parece?

* * *

Cuando llegamos a Grosvencer House, en dos coches por todos los trastos que conllevaba mover a dos gemelas, Lili y Poppy nos esperaban en la puerta de mi preciosa casa.

Al divisar el edificio al final del camino, pensé en lo duro que iba a ser alejarme de esta vida, en realidad, de mi vida, de lo que más me gustaba hacer y por lo que había trabajado tanto. William me lo notó, me cogió de la mano, me la besó.

—Sé lo que estás pensando y te entiendo bien, pero será por poco tiempo; si no, no te lo hubiera pedido.

—Lo sé, no te preocupes. Yo solo quiero estar contigo, pero lo que dejo, aunque sea de forma temporal, es todo lo que he hecho en la vida.

Los dos nos pusimos tristes, era lo natural, y aunque nos queríamos y deseábamos estar juntos nos conmovía esa separación. Entonces, recordando a mi padre, decidí que, a partir de ese momento, nadie más me lo notaría, ni William ni mi madre ni Lili. Su frase de ¡hacia adelante! martilleaba mi cabeza como para darme fuerzas y ánimo.

—Lili, mi vida, abrázame —le dije a mi hija que estaba hecha toda una mujer—, cada día te veo más mayor. Creo que te dejo sola en el peor momento. —Las dos nos reímos, abrazadas.

—Mamá, sí, la verdad, creo que lo voy a pasar muy bien… Pero no te preocupes, me has enseñado a ser independiente y a desenvolverme bien.

—Poppy, por favor, por favor, por favor…, cuídamela mucho. Mirad, parece que es el momento de la despedida ahora, ¿verdad? Pues es que he pensado en decirlo todo nada más llegar para así poder disfrutar de estos cuatro días sin lamentos ni lágrimas. Quiero divertirme con vosotras.

—Pero, mamá, cómo están de grandes mis hermanitas —dijo Lili con las dos en brazos—, son dos muñecas. ¿Crees que se parecen algo a mí?

—¡Tú eres un bellezón! —dijo William—. Ahora nuestras bebés son dos muñecas, pero, Lili, tú estás impresionante. ¡Ojalá se parezcan a ti!

La verdad es que me sentí muy feliz de la familia que había formado. Tantos años pensando que nunca sería posible y ahora era propietaria de un auténtico tesoro.

—Lili, he venido con muchas ganas de montar contigo a caballo, y Poppy, quiero ir a ver la huerta ahora mismo. Me cambio de ropa, me pongo mi uniforme y bajo y nos vamos. ¿William, te vienes?

—Vete adelantándote. Subo a las niñas a su cuarto y coloco los trastos y las sillitas…, y me uno a vosotras más tarde.

Me acerqué y le besé.

—¡Gracias, amor mío! Luego nos vemos.

Lili y yo nos acercamos a las caballerizas. Poppy ya nos esperaba, y me emocioné al ver lo limpio y cuidado que estaba todo. Los caballos y potrillos, bien peinados, con sus camas de paja renovadas y aireadas; los bronces de las puertas, relucientes, y la madera verde de la valla, recién pintada. ¡Todo eso era tan importante para nuestra empresa!

—Poppy, dame un beso, amiga, socia. ¡Qué bien lo tienes todo! ¿Y el negocio cómo nos va? —Me reí ante mi inesperada pregunta.

—Pues más o menos bien, Violet. No creas, que algo de dinero ya ganamos con las dosis del semental, y tenemos muchas más solicitudes pendientes, así como dos potrillos vendidos.

—Oooh, no me digas cuáles son porque me dará pena que se tengan que ir de nuestras cuadras… Pero ¡qué maravilla! ¡Eres una excelente mujer de negocios!

Después pasamos a la huerta. Ya era una auténtica explotación agraria con la parte de jardinería y la parte semiindustrial donde hacíamos las mermeladas, papillas y envolvíamos las verduras en preciosas bolsas con nuestro sello de «La huerta de Grosvencer House».

Me sentí plena: todo estaba en buenas manos. Allí nadie perdía el tiempo, y las suaves temperaturas hacían que las cosechas fueran casi siempre más rápidas y numerosas de lo esperado.

Pero lo que yo estaba deseando era galopar con Lili, irme a las montañas, gritar… Respirar el aire puro que me daba la vida.

—Lili, ¿nos vamos ya, cada una en nuestro caballo y sin rumbo?

—Vale, mamá, lo estoy deseando.

Y así, las dos, igual de altas, con el mismo chubasquero y coleta de caballo, empezamos a trotar y enseguida a galopar por las laderas, la orilla del río, las montañas… Todo era como volver al hogar. Me reía sola mientras mis rodillas apretaban la silla de montar y me fascinaba ver a mi hija tan mayor y tan atractiva… Pronto la iba a dejar y sabía que iba a volar sola, que empezaría su vida con sus aciertos y errores, y solo esperaba que no se equivocara, aunque no estaba pensando en mí: yo no me equivoqué, yo fui abandonada, que es distinto. Quería que Lili encontrara, como yo, un amor de verdad, pero que no sufriera demasiado.

De repente, en el horizonte, vimos a William a caballo también.

—¿Vamos con él, mamá? —me dijo Lili, retándome.

—Por supuesto, pero con cuidado, princesa.

Y al galope nos dirigimos las dos hacia el hombre que me hacía tan feliz. Lili le quería y él a ella, se le notaba y se lo agradecía en el alma.

William, al vernos, se acercó también al galope, y los tres con una sonrisa nos juntamos y empezamos una especie de carrera. Yo le mandé un beso con mi mano; él me guiñó un ojo, sonriéndome.

—Dirígenos, Lili… Llévanos a donde quieras —gritó William, y así disfrutando mientras el viento nos revolvía el pelo y nos refrescaba el alma, los tres parecíamos uno solo por esas praderas que tanto había disfrutado en mi vida. De repente, Lili se puso a mi lado, cerca de mi caballo, y me preguntó si podíamos ir a la cabaña. Lo suponía, lo imaginaba, pero ahora sí, ahora estaba preparada.

—¡Vamos! —le dije sonriendo, a pesar de que William podría sufrir al verla. Creía que él estaba preparado para todo, esperaba que también para esto. Yo, por lo menos, ya sí lo estaba para pasar el testigo a Lili. Había traído la llave por si acaso nos acercábamos y se la iba a dar a ella, se la iba a regalar. Ahora sería la propietaria de esas cuatro paredes y me gustaba que William fuera testigo de ello.

Cuando la contemplé de nuevo, el lugar me volvió a parecer de ensueño. Mi cuerpo se conmovió al regresar al sitio donde tanto amé y tanto sufrí. William se acercó a mí.

—Violet, ¿estás de acuerdo en parar aquí? Fue donde antes de casarnos te pusiste casi enferma solo de pensarlo. ¿Quieres que desmontemos o seguimos a casa? A mí no me importa.

—No, no, William, prefiero hacer algo ahora y que tú seas testigo. Para Lili será importante y para mí lo es que tú lo veas.

William me ayudó a bajar y aprovechó para besarme.

—¿Seguro, mi vida?

—Sí, no te preocupes, ya estoy segura de todo.

Lili desmontó de un salto, estaba feliz… Para ella era como volver a casa. Allí era donde estaban sus orígenes, donde yo le enseñé que vivió su padre, donde él y yo bailábamos con la música de un tocadiscos que todavía funcionaba, donde recitábamos nuestras poesías…, donde, tumbados en el suelo, hacíamos el amor, el amor del que ella nació. Creo que conocer todo de aquellos años le dio a Lili más seguridad, más aplomo, y la base para ser feliz como de verdad era.

—Mamá, ¡qué ilusión me hace enseñarle la cabaña a William! ¿Puedo abrir yo la puerta?

—Claro, aquí tienes las llaves. Pero antes quería decirte una cosa delante de William. Desde este momento estas llaves son tuyas y esta cabaña también, yo ya no me siento atada a ella. Así como está, con todos los recuerdos de tanto tiempo, a partir de hoy mismo son tuyos, hija mía, solo tuyos. —William no salía de su asombro, sabía que allí era donde Andrew y yo nos veíamos, pero no suponía que lo que iba a ver fuera un auténtico monumento al amor. Un lugar casi de culto preparado para recibir al que se fue. Era casi como si allí viviera la mismísima Penélope, que tejía de día y destejía de noche, esperando la vuelta de Ulises, su amado héroe.

—William, ven conmigo aquí un minuto, dame la mano y escúchame. —Y los dos nos apartamos de Lili, que empezó a introducir la llave para abrir la puerta—. Mi vida, muchas veces me has preguntado por este lugar y querías saberlo todo de mí, ¿verdad? Pues esto es lo último que quedaba por enseñarte. Aquí Andrew y yo nos veíamos cada fin de semana y es donde vivimos nuestra particular historia. Todo esto me trae muchos recuerdos y mucho dolor también, y me incomoda enseñártelo a ti. Ahora tienes la oportunidad de irte y obviarlo, y me parecerá fenomenal —creo que es lo que yo haría—, pero, si te quedas, no solo comprenderás mejor mi vida, sino que también te dolerá, estoy segura. Lo que decidas me parecerá perfecto.

—¿Y tú qué quieres que haga? —me preguntó bastante serio—. A mí, desde luego, saber más de Andrew no me apetece nada, pero, si para ti es importante, lo asumiré, por supuesto. Piernas largas, vivir contigo es como vivir en una noria: subimos y bajamos del cielo a la tierra sin poder ni respirar. —William era un hombre fuerte y siempre ponía una nota de humor a los momentos más delicados. Tenía la capacidad de tranquilizar, pero esta vez le veía de verdad incómodo.

—Casi mejor no pases. Te lo he preguntado porque, como la otra vez, ¿recuerdas?, te extrañó tanto… Pero déjalo, no pases, no tienes por qué. Es verdad, ha sido una tontería.

—No, no, Violet. Ya que estoy aquí, pasaré, tampoco me sorprenderé tanto. Al fin y al cabo, es solo una cabaña, no pasa nada. ¡Vamos, entremos!

Y cogí su mano y también me abracé a él mientras entrabamos al pequeño salón. Al traspasar el umbral, William se detuvo casi en seco, se quedó mirando impactado y como si no pudiera creerlo. Sus ojos empezaron a reflejar una enorme tristeza llena de asombro. Me soltó la mano.

Lili me llamó:

—Mamá, ven un momento, mira cómo están estas flores, ya las tenemos que cambiar. ¡Hacía tanto tiempo que no veníamos! —Me acerqué a mi hija no sin antes mirar a William de frente y besarle sus labios.

—¡William, ven, mira, aquí mi padre guardaba sus discos y sus libros! Ven que te los enseñe. Ya son antiguos y tienen mucha gracia.

—No te preocupes, Lili, casi voy a salir a dar un paseo y a ver qué tal están los caballos —le dijo volviéndose hacia la puerta.

Comprendí perfectamente a William. Entrar allí y ver un salón tan cálido y cuidado, decorado con esmero y muchísimo gusto, la pequeña cocina, el comedor… Todo parecía casi de cuento. Tuvo que dolerle o, por lo menos, producirle tristeza. La cabaña trasladaba, de por sí, amor, mucho amor. Y salí corriendo hacia donde estaba él.

—William, espérame, no te vayas.

—Déjalo, Violet, no tienes culpa de nada, pero creo que me voy a casa. Aquí no me encuentro bien. No debí entrar, tenías razón.

—Pero, mi vida, Andrew nunca ha visto esta cabaña así. Este era el lugar donde se guardaban los aperos de los trabajadores, un lugar bastante destartalado y poco limpio.

—Ya, ya, pero, Violet, tú aquí has hecho un monumento al amor, a vuestro amor, has construido vuestro hogar, y yo me encuentro fuera de lugar y, sobre todo, preocupado. No sé si le quieres todavía…

—¡Pero qué dices! Para nada, y tú lo sabes, te lo he demostrado siempre. Decidí arreglar esta casa para que Lili tuviera un lugar de referencia emocional, donde poder decirle que aquí habían vivido sus padres, que los libros que hay y los discos serían su herencia más preciada. Que tuvo un padre que existió de verdad —date cuenta de que ella no sabe ni su nombre ni apellidos, no sabe de dónde viene, y tenía que buscarle referentes en su vida—. William, no sé si hice bien o mal, pero es lo que creí que tenía que hacer, además de que siempre pensé que nunca tendría la suerte de encontrar a nadie como tú.

—Ya, está bien, es muy bonito, pero seguro que también es el lugar donde venías a recordarle y a esperar su vuelta, donde revivías vuestros encuentros. ¿Me equivoco?

—No te equivocas, es verdad, pero eso ya pasó, y pasó gracias a ti. Tú me devolviste las ganas de vivir y las ganas de volver a amar, porque desde que te conocí te amé de verdad. Lo pudiste comprobar en Jaisalmer, cuando coincidimos con él.

—¡No me lo recuerdes otra vez! Solo de pensar que le debo la vida me parte el alma y también me hiere mi orgullo. En la cabaña está también lo mejor de ti, se palpa tu amor hacia él… ¡Me produce mucha inseguridad y rechazo! Necesito irme ya, Violet, me has confundido con esta casita tan romántica! No puedo imaginarte aquí.

Volvimos a casa, callados y disimulando con Lili, como si no pasara nada, pero nada más entrar, William subió a nuestro cuarto, no pasó por el salón, no fue a ver a las niñas. Yo normalicé la situación argumentando que no se encontraba bien y que, después de bañar a las gemelas, le subiría la cena y nos quedaríamos en la habitación.

—Perfecto, mamá—dijo Lili—. ¿Me dejas que duerma yo con las pequeñas? Tengo tantas ganas de mirarlas y achucharlas…

—Claro, me encanta, y si necesitas ayuda me lo dices. Dos es complicado, mejor dicho, es casi imposible, pero confío en ti. ¿Entonces —le pregunté de nuevo para quedarme tranquila—, te haces cargo tú de tus hermanas esta noche?

—¡Sí, bravo! ¡Qué maravilla! ¿Por fin ejerceré de hermana mayor!

—Pues dame un beso de buenas noches. Te quiero, mi vida, y me siento muy orgullosa de ti. Mañana pasearemos a las pequeñas y las llevamos a Bath para que las vean todos nuestros conocidos…

Me despedí de mamá no sin antes pasar por la cocina, donde en una bandeja coloqué dos platos con unos filetes de *roast beef*, puré de patata y un poco de nuestra mermelada de grosella. A William le encantaba. Unas copas de vino y unas fresas completaban la cena, una cena que sabía no iba a ser fácil…

Subí las escaleras con la bandeja en mis manos y como pude abrí la puerta de nuestra habitación. El dormitorio había quedado precioso. La cama con dosel, con la colcha en un tono azul grisáceo, destacaba sobre la alfombra beige con greca en azul. El cabecero, muy alto y ribeteado de tachuelas, estaba tapizado con la misma tela de la colcha y los numerosos cojines de color rosa pocho, salmón y azul creaban un conjunto relajante e innovador en una casa de campo de tantos años ya.

Frente a la cama, al otro lado de la habitación y junto a las grandes ventanas con cortinas de cuadros vichy en color gris azulado y *beige* que William había abierto, vi sentado a mi marido, en mangas de camisa, las piernas cruzadas, muy masculino, con la mirada fija en el horizonte, pensando, muy serio.

—William, mira lo que te traigo. Vamos a cenar aquí los dos, ¿te apetece? Ya les he dicho a mamá y a Lili que no bajaremos, que estás agotado, ¿te parece bien? —William no me miraba, no me hablaba, no parecía salir de su ensimismamiento. Me acerqué a él, como para hablarle, y sin que me lo esperara, de repente, se levantó y empezó a besarme, con fuerza, con demasiada pasión. Creo que estaba dolido y muy celoso y desconcertado. Me acercó a la pared y mientras presionaba mi cuerpo contra el suyo, me besó. Nunca le había visto así. De hecho, nunca había vivido algo así; solo lo había visto en las películas…

—William, ¿qué te pasa?

—No, Violet, hasta que no esté de nuevo contigo no me tranquilizaré. Te quiero demasiado y me estoy volviendo loco. No me ha gustado nada lo que he visto. Lo comprendo, pero me ha desestabilizado y me ha hecho sentirme fuera de lugar, y eso no lo quiero volver a sentir. Quiero estar ahora contigo, lo necesito…

Le comprendí, me conmovió, me enternecí, le quise más todavía.

—William, vamos a la cama, vamos los dos juntos, yo también quiero estar contigo…

Entonces noté cómo se relajaba, me sonrió, puso su cabeza sobre mi hombro mientras decía mi nombre una y otra vez y me pedía perdón. Estaba muy enamorado y había sentido temblar los cimientos de su vida.

—William, te quiero. No lo dudes nunca, no tengas miedo.

—Pues lo he tenido y lo tengo, Violet… Andrew existe, sabemos dónde está, y también sé que para ti es «una asignatura pendiente», y no sé si algún día la querrás resolver. Él seguro que lo está deseando… Y eso me quita hasta la respiración.

—Capitán, tranquilo —le miré, sonriendo—, soy tu mujer de verdad, del todo, sin asignaturas pendientes, te lo prometo, no puedo vivir sin ti…

Y, por fin, él y yo, en la cama, juntos, con las ventanas abiertas, respirando el aire fresco y húmedo de la noche y viendo las estrellas del cielo más bonito del mundo, nos entregamos a un sinfín de sensaciones que, creo, nunca habíamos sentido. William volvió a ser el hombre delicado y enamorado que ya conocía, pero los celos que sentía le hicieron aflorar sentimientos más fuertes y desenfrenados. Me quiso y con locura, y en mí brotaron las más maravillosas emociones, además de algunas lágrimas.

—William —le pregunté—, ¿alguna vez has sentido lo que hemos sentido hoy? —Sonreí a la vez que inspiraba satisfecha—. Para mí ha sido completamente nuevo. —Y le volví a abrazar

mientras me reía…

—¿De verdad, Violet, que para ti también ha sido especial? —Me sujetó la cara, me miró y sonrió—. ¡Piernas largas! —Le gustaba mucho llamarme así—. Eres lo mejor que pueda soñar cualquier hombre, y sé que el afortunado de tenerte soy yo. Eso me hace muy feliz, pero, ya ves, a veces tiemblo horrorizado por perderte.

Me senté. —Él seguía tumbado, desnudo—. Le miré con cierto descaro para que sintiera algo de rubor y exclamé:

—¿Quién puede pensar que el que tiene suerte eres tú y no yo? ¿Tú te has visto, te has mirado al espejo? Eres tan atractivo que dan ganas de gritar, cosa que no haré, pues Lili está con las niñas y mamá cerquita de aquí, pero que sepas que lo mejor de India serás tú, lo mejor de Londres eres tú y que en Bath ya no soy nadie si no estás tú.

Y de nuevo el capitán explotó de felicidad y yo con él… La cena nos esperaba en la mesita al lado del sofá. Menos mal que era una cena fría: los hambrientos comensales no parecían encontrar el momento; esa noche la cena se congelaría…

30

Por fin aterrizamos en la India. Casi la mitad de la primera clase del Boeing 747 con destino Nueva Delhi estaba ocupada por la familia Coningham-Grosvencer, que abandonó como pudó, con ayudantes de las aerolíneas incluidos, la fabulosa aeronave.

Dos niñas de menos de un año, dos cochecitos, bolsos de mano llenos de pañales, biberones y papillas, y el nuevo embajador y su esposa queriendo parecer personas normales mientras a los ojos de los que los miraban, que eran muchos, les parecían una pareja deseando sobrevivir a un auténtico descontrol de todo lo que les rodeaba.

—Violet, qué empeño has tenido en no traer ayuda. De verdad que todavía no te entiendo.

—Lo siento, este será el único momento así de nuestra vida en Delhi. En cuanto lleguemos a la casa, nos esperan dos niñeras de aquí, hindúes, con las que las niñas vivirán de manera más auténtica y aprenderán costumbres de aquí. Por eso no he querido traer a nadie inglés. Quiero que las niñas vivan como se vive aquí, no como vivimos en Gran Bretaña.

—Dicho así, puedes tener razón, es una muy buena idea, aunque es la idea contraria de el resto del mundo, que siempre ha sido traer a las *nannies* de Inglaterra, ¡¡tú siempre tan original!! Pero, mi vida, ¡no podemos traer más cosas de mano! ¡Esto es imposible! ¡Las estamos pasando canutas!

Al final, los dos nos reíamos sin parar. Él con Sashi en sus brazos, yo con Anusha, cada uno con la bolsa de una niña, yo con mi bolso colgado en bandolera, y él con su cartera.

Estábamos felices. Íbamos a vivir por primera vez solos. William iba a poder disfrutar de su auténtica familia, de su núcleo familiar, sin hijastra, sin suegra, sin amiga, sin la huerta y los caballos. Hoy empezaba también a construir su vida, la de su prestigioso trabajo conseguido por méritos propios. Era casi como «una puesta de largo» de la familia que él había creado y que, por supuesto, no había heredado por matrimonio. William siempre había demostrado ser un hombre muy seguro de sí mismo, con la autoestima controlada y alta y muy capaz en su trabajo, y ahora era su momento.

Estábamos todavía en el aeropuerto y solo nos separaban diez kilómetros de la ciudad en donde íbamos a comenzar una nueva vida, y empezaba a hacerme ilusión. De nuevo, gracias a Dios, aparecía mi optimismo para echarme una mano.

La llegada a la residencia del embajador no fue sencilla. Delhi era un conglomerado de templos, palacios y fuertes que ocupaban buena parte de la ciudad, la contaminación existente y el color casi rojo del sol la envolvían en una especie de neblina que le proporcionaba un embrujo y exotismo especial.

Las calles eran el prototipo del caos. Había tal cantidad de coches, de bicis-taxis, de vacas y perros vagabundos que los atascos eran impresionantes, a veces peligrosos, y hacían el camino intransitable.

William y yo íbamos en el mismo coche con las niñas. Sabíamos que en la residencia estaba todo preparado para nuestra llegada y además ya la conocíamos… ¡Qué casualidad habernos alojado allí en nuestro viaje de novios!

Empecé a sentir un cariño especial por todo lo que iba contemplando desde la ventanilla. Nueva Delhi iba a ser mi hogar y el de mi familia. Ya tenía en el corazón a esta ciudad y quería, desde el primer día, empaparme de las costumbres de India, enterarme y conocer la diferencia social de las castas. También quería ocuparme de mujeres desamparadas. Traía ya en mente algo que me obsesionaba: ayudar a mamás solteras, a tantas jóvenes y niñas, como me habían dicho, que sufrían el abandono en la calle de sus familias tras comunicar en sus casas que estaban embarazadas, posiblemente violadas por conocidos o personas cercanas a su hogar. Las echaban de casa como si fueran perros y las abandonaban a su suerte. Ser mujer en India podía llegar a ser peor que cualquier animal, no digamos si las comparábamos con las vacas sagradas, que, aunque muy flacas, paseaban por las calles y nadie las tocaba, todos las respetaban y se apartaban a su paso para no molestarlas.

—Señor embajador, señora duquesa, bienvenidos a su nuevo hogar. Mi nombre es Henry Dickinson, y soy el secretario de embajada. Les ayudaremos a instalarse. Estoy aquí para resolver todos los problemas que encuentren en sus primeros días en Delhi y para trabajar mano a mano con el embajador.

—Henry, por favor, llámame William. ¡Creo que a partir de ahora tendremos que ser más que amigos! ¡Echa un vistazo a todo lo que traigo! —Los dos se rieron con ganas.

—La verdad, creo, es la primera vez que vienen a vivir dos bebés a esta casa. Niños sí que han vivido aquí; de hecho, hay habitación infantil. Es una gran novedad y una enorme alegría tener a estas preciosas gemelas con nosotros.

En ese momento, dos jóvenes vestidas con saris, muy exóticas pero discretas, se colocaron en un segundo plano, calladas y mirándonos sin mover los ojos.

—Perdón, duquesa.

—¡Por favor, llámame Violet! —le dije a Henry.

—Estupendo, Violet, te voy a presentar a las dos jóvenes que cuidarán de las pequeñas. —Y con un gesto, se acercaron a nosotros tímidamente y con la extremada cortesía de la educación oriental.

—Violet, ellas son Leya y Marala. Nos entienden algo, aunque saben muy poquito inglés, pero son muy ágiles deduciendo lo que les decimos. Tienen mucha intuición, por lo menos eso me ha parecido en estos días en que hemos convivido.

Las saludé con un *namasté*, juntando mis manos y, colocándolas sobre el pecho, me incliné para demostrarles mi respeto y cariño. Ellas me contestaron con el mismo ritual. Me gustaban las dos, su sonrisa era franca y ciertamente cariñosa. Las llevé hasta las niñas, que, por cierto, estaban deseando ya que las cogiéramos en brazos.

—Leya —le dije—, te presento a Sashi. —Y se la coloqué entre sus brazos—. Marala, esta es Anusha—. Enseguida vi que eran cariñosas, que les gustaban los niños, que sabían tratarlas…

—Violet —me dijo William mientras me sujetaba del brazo y me besaba—, ¡qué inteligente has sido! Creo que es mucho mejor que las niñas estén cuidadas por personas de aquí. Me ha gustado verlas con ellas. Aprenderán más las costumbres indias, su maravillosa manera de sentir la trascendencia de la vida, conocerán sus bailes y hasta su idioma. ¡Piernas largas! —me dijo

besándome y me miró riendo complacido—, además de inteligente eres un bellezón y me tienes loco.

William no cabía en sí, y no era para menos: volver al país donde empezó a dar sus primeros pasos como embajador y representante de la Corona. Todo ello era muy fuerte para él y un auténtico homenaje a su padre.

Me encantó volver al precioso palacete en el que habíamos pasado nuestra luna de miel. Me pareció aún más hermoso ahora. Ya me estaba imaginando con alguno de mis fantásticos saris y con William a mi lado, *gin-tonic* en mano.

Enseguida llamé por teléfono a Lili.

—Lili, mi vida, ¿cómo estás? Acabamos de llegar y ya te echo de menos.

—Mamá, qué ilusión que me llames. Estamos muy bien. La abuela está aquí conmigo y también quiere hablar. Pero ¿qué tal las niñas? ¡Cómo las echo de menos! ¿Te ha gustado la casa?

—Sí, Lili, todo muy bien. El viaje ha sido demasiado largo y caótico. Cuando no lloraba una, lo hacia la otra, y William y yo no hemos parado de darles de comer y de cambiar pañales, pero ya estamos aquí de maravilla. ¡La casa es preciosa, creo que está más bonita que cuando vinimos de luna de miel!

—Oh, mamá, estoy deseando ir a verte. Te echo de menos y, fíjate, a William también muchísimo. —Me emocionaron sus palabras. Lili le quería ya de verdad.

—Bueno, cielo, pero tú ahora tienes que empezar la universidad. Vas a comenzar medicina, lo que tanto te gusta, y te tienes que centrar en ello. Prométeme que no usarás el coche fuera de Bath. No quiero preocuparme, estamos muy lejos.

—Mamá, tranquila… Por ahora, cumpliré lo que te he prometido, pero ¡por ahora!

—Por Dios, Lili, ¡cómo me recuerdas a mí! Pero yo terminé siendo un alma cándida en la campiña. Tú diviértete, aunque ten cuidado. ¡Te quiero, te quiero!

Tras hablar brevemente también con mi madre, colgué más tranquila el teléfono y pasé al salón, que era una gran estancia luminosa y radiante, con todos los sofás y grandes butacas tapizados en seda adamascada blanca, con remates de pasamanería y borlones exóticos colgando de los extremos, muy oriental.

Los pequeños cojines que los adornaban eran también de seda color ocre, como el curri, así como las vistosas y pesadas cortinas que colgaban imponentes en cada balcón de la espectacular sala. Ese color, tan elegante y tan indio, que evocaba el oro y la especia más importante de este país, me pareció maravilloso. Me había traído algunas cosas de Londres, pero pensé que, en principio, lo mejor era dejarlo todo como estaba. La casa, sin duda, tenía alma, y eso lo aprecié nada más llegar.

Una enorme mesa en el centro del salón, redonda, de madera gruesa de caoba, inglesa, seguro, estaba adornada por un precioso y enorme jarrón de porcelana local de vivísimos colores: naranjas, rojos, cúrcuma…, y un frondoso *bouquet* de flores típicas de la India: jazmín, crisantemos, alelíes, claveles, en colores alegres, vivos, fuertes.

Lo recorrí despacito, mirándolo todo, sola, empapándome de su atmósfera. Seguro que allí se habían celebrado grandes recepciones e importantes reuniones de Estado. La India y el Reino Unido habían tenido demasiada relación. Ahora teníamos buena conexión y nos tratábamos con exquisito respeto. Con toda seguridad, aquí había estado en numerosas ocasiones el último virrey, lord Mountbatten, y su bellísima esposa, lady Edwina, de la que tanto y tanto se había hablado por su belleza y por su facilidad para enamorarse y mantener relaciones fuera del

matrimonio… ¡Qué momentos tan fantásticos, qué glamur, qué interesantes personajes y qué vidas tan increíbles…!

Las reminiscencias de la cultura británica estaban por todos los rincones, se veían, se apreciaban, se respiraban en el ambiente, pero yo había venido a rendir honores al país que nos recibía, a empaparme de su exótica vida y a involucrarme en sus dramáticas necesidades, y en este momento de soledad, cuando todavía no hacía ni una hora que había llegado a la casa, supe que el embrujo de la India, del que William me había hablado tanto, también se había apoderado de mí. Ya me había pasado en el viaje de novios, pero ahora tenía ganas de saborearlo, de disfrutarlo, de vivirlo.

—Violet, querida, ¿dónde estás? —me llamó William, mientras bajaba por la escalera—. ¡No has subido a la habitación! Te estaba esperando allí, sentado en la cama para darte la bienvenida, pero, nada, no te has dignado, y ahora me tengo que ir a al despacho, al Alto Comisionado.

Me reí al escucharle. Creo que no había un hombre más feliz en la India… Ni en Inglaterra.

—Lo sé, pero es que esta casa me ha embrujado de nuevo, y no he podido dejar de saborear lo que me transmitían sus paredes y rincones. Aquí, sola, mirándola y admirándola, me he quedado hipnotizada.

—Vaya, vaya, piernas largas, y tú no querías venir, ¿eh?

—Bueno, era por no separarme de Lili, ni dejar a mi madre, pero sabes que soy aventurera nata y que lo desconocido me atrae.

—Bueno, espero que no te atraigan «los desconocidos», pues aquí hay demasiados…

—Ya estamos, capitán, tu rubia de la campiña es tuya y solo tuya, pero prométeme una cosa, respetarás mi libertad aquí también, ¿verdad? Sabes que necesito mi espacio, hacer mi vida.

—¿Qué quieres decir, Violet? Eres consciente de que eres la embajadora, ¿verdad? —exclamó aterrado.

—No, solo soy la mujer del embajador, de la que te sentirás muy orgulloso, pero quiero hacer yo aquí mis cosas… No te preocupes: ¡serán buenas!

—Violet, dame un beso, pero fuerte, y deséame suerte. Me voy a trabajar y, por favor, es mi primer día, así que hoy, por lo menos hoy, no quiero problemas, ¿vale?

Le besé, le quería mucho, estaba muy bien a su lado, tan segura y tan enamorada…

Subí a la habitación de las niñas y a la *nursery*, que ya conocía de la vez anterior. Allí seguían los peluches de tigres de Bengala, de elefantes, y me encantó volver a verlos. Tenía su gracia ver a las niñas en el suelo, sobre la moqueta y rodeadas de los animales más típicos de la selva de Mowgli. Marala y Leya ya estaba jugando con ellas. Les hablaban en su idioma, pero a las niñas no parecía importarles. Resultaban muy graciosas las expresiones y las muecas, y Sashi y Anusha se encontraban en la gloria.

Las dos cunitas que habían llegado con anterioridad por valija diplomática ya estaban armadas en la habitación contigua y vestidas con las preciosas sábanas bordadas que había encargado en Madrid, el lugar de Europa donde se bordaba con más mimo y arte la ropa del hogar. Tenía especial ilusión por tenerlas, pues, a pesar de nuestra envidiable situación, mis padres, tan ingleses como férreos en sus decisiones, no me hicieron este tipo de regalos para Lilibeth. Que yo me tenía que mantener económicamente por mi determinación de vivir en el campo fue un hecho y no tenía para cosas superfluas. Y ahora, ¡qué cambio! Estaba en Delhi y todo estaba perfecto, limpio, no demasiado moderno, pero la habitación tenía buenas vibraciones y, sobre todo, ¡tenía ayuda!

Pasé a nuestro dormitorio; allí estaba la cama con dosel que William y yo ya habíamos probado

en nuestro viaje de novios, así como la bañera en la que, como dos tortolitos, terminamos mientras jugábamos y reíamos. ¡Qué buenos recuerdos! ¡Qué suerte haberme encontrado a William aquel día visitando a la reina! Era un hombre tan atractivo que, si ahora se vistiera de cazador blanco, parecería un auténtico aventurero inglés. Sus ojos casi verdes y el frondoso pelo castaño le daban un encanto muy especial. Sabía que no dejaba indiferente a las mujeres, que era atractivo para todas, pero a mí eso me gustaba, me hacía sentirme más orgullosa. Estaba, quizás, demasiado segura de él, porque a todas luces él parecía el eterno enamorado… de mí, claro.

Me quedaba solo visitar el tercer piso de la casa. La habitación donde un año atrás hallé el sari más bonito del mundo y las cartas de amor del príncipe Amal a su amada Alisha. Nerviosa por los recuerdos, pero sabiendo lo que me iba a encontrar, giré la manilla de la puerta y comprobé que estaba cerrada con llave. Insistí, pero no pude abrirla. «¿Qué raro? —pensé—. ¿Habrá pasado algo desde que estuve aquí?». Y me acordé del príncipe Amal y enseguida quise llamarle para decirle que nos viniera a ver, que estábamos deseando agradecerle de nuevo todo lo que hizo por nosotros. Entonces también recordé que Andrew estaba en Jaisalmer y que ellos se conocían, y seguramente, a estas alturas, ya eran buenos amigos. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y decidí esperar a consultárselo a William. No sabía si le iba a molestar, y yo tampoco tenía ganas de saber nada de él. Creo que sentía miedo, y miedo de verdad.

Y como si fuera una necesidad imperativa me metí en la ducha y, recordando mi costumbre en Bath, abrí el grifo de agua fría y cerré los ojos mientras recibía en mi cabeza y en mi cuerpo una cascada helada, curativa y depurativa. Sabía que siempre iba a vivir así, que Andrew no había muerto, de hecho, casi había resucitado, que era el padre de mi hija y que cada vez le notaba más cerca, más en nuestras vidas…

* * *

—William, ¿cuándo tenemos que dar la fiesta de bienvenida? —pregunté a mi marido cuando volvió aquella noche—. Tengo que empezar a preparar todo con tiempo. No creas que esto es fácil para mí.

—Piernas largas, lo vas a bordar, no hay nadie más acostumbrada que tú, y lo harás de maravilla. Creo que la sociedad inglesa, aquí en Delhi, está como loca por conocerte. Eres enigmática y tienes una estela tras de ti que unida a algo de morbo hace que te esperen con impaciencia —dijo, riendo orgulloso.

—Ya, claro, yo, ¿verdad? Eso es porque todavía no te han visto a ti. Espero que no haya nadie como lady Edwina, la bellísima esposa de lord Mountbatten.

—¿Y qué hizo esa bellísima mujer para que te preocupe tanto?

—Pues, entre otras cosas, fue amante reconocida del primer ministro de la India, Nehru, y de otros muchos militares y civiles… Eso dicen las malas lenguas y también los libros de historia, y sé que, si ella estuviera aquí, seguro que se lanzaba a por ti, capitán.

—Mira, piernas largas, tú tranquila. A mí no hay quien me convenza de que no estoy con la mejor. Además de que lo sabes, si quieres lo digo el día de la fiesta. Me encantaría dar el mensaje de hombre seducido por su esposa, manipulado por su mujer y enloquecido por sus piernas… —Y nos reímos los dos. ¡Nos encontrábamos a gusto, y eso que era el primer día!

* * *

A los pocos días de nuestra llegada ya me había hecho con un coche pequeño y empezaba a sentir mi ansiada y querida libertad por el solo hecho de conducir por las atascadísimas calles de la ciudad. Ante el consiguiente enfado de William por no querer llevar la obligada escolta, cedí a que siempre me acompañara una empleada de la embajada, que pasaría a ser mi amiga/secretaria o mi secretaria/amiga, eso ya lo veríamos después. Me pareció bien, tampoco era cuestión de dar problemas. Yo lo único que quería era tener vida propia y empezar cuanto antes a hacer algo por los niños de la calle y las jóvenes mamás desamparadas y desahuciadas de sus hogares, abandonadas por sus maridos o violadas por familiares cercanos.

A la semana de estar allí me vestí para mi primera puesta en escena: una camisola de color cúrcuma, usada habitualmente por mujeres y hombres y de nombre *salwar kameez*, conjuntada con unos pantalones estrechos por debajo. Decidí que ese sería mi nuevo uniforme. Además, sandalias muy indias y un velo por encima de los hombros por si en algún momento me tenía que cubrir la cabeza.

Mi compañera de aventuras, por supuesto india de nacimiento, de Bombay para más señas, se llamaba Latika —muy orgullosa, me dijo que significaba Victoria—. Trabajaba para la embajada desde hacía más de cinco años, sabía inglés y me parecía una suerte tenerla a mi lado. Seguro que con ella aprendería con mayor rapidez las costumbres que tanto me apetecía vivir.

Salimos decididas en mi pequeño coche, de marca Tata, el más común en la India, pero ya un poco destartalado, con algunos años encima. Sus asientos no eran demasiado cómodos, pero como no pensaba hacer largos trayectos, no me importaba. Estaba encantada conduciendo, o mejor dicho, intentando conducir, pues la anarquía en las calles era la norma general. Nadie hacía caso a los semáforos ni a las señales de tráfico, más bien todo se realizaba dando o recibiendo bocinazos del coche de al lado.

Latika iba indicándome por dónde teníamos que ir. Mi intención era llegar al hogar de las misioneras de la caridad, fundado por la madre Teresa de Calcuta, donde eran acogidos la mayoría de los niños desahuciados.

Llegar no fue tarea fácil, pero me divirtió bastante. Delhi, la capital del país del yoga y la meditación, era un auténtico caos de ruido y de contaminación. Por fin, Latika me indicó un sitio en el que debíamos aparcar; el orfanato estaba cerca, pero la calle era intransitable para los automóviles.

Cogí unas bolsas con dulces y caramelos que había comprado para los niños, y las dos comenzamos a descender por una callejuela embarrada, sucia, con mucho movimiento humano y bicicletas, poquísima salubridad y un olor entre húmedo y nauseabundo que se introducía por los poros de mi piel… Y, a pesar de todo, vi color, mucho color, y vida, y sonrisas.

Los saris de las mujeres alegraban aquel rincón sucio del mundo, los niños sonreían —increíble—, y sus enormes ojos negros no siempre trasladaban la tristeza esperada. Pensé que si los hindúes aguantaban vivir así, con una sonrisa, era porque podrían ser una raza superior. Se lo pregunté a Latika.

—No, *mahila* (señora), no somos una raza superior, somos un pueblo acostumbrado a sufrir, al que las clases sociales, o castas, no perdonan: quien pertenece a una de ellas no podrá salir de ella. Si naces *dalit* (intocable), estarás siempre marginado, excluido de la sociedad, y aquí, donde estamos ahora, todos son intocables.

—Por Dios, qué injusticia —exclamé—. Aunque he leído muchas cosas sobre las costumbres de aquí, nunca creí que vería lo que hoy están viendo mis ojos.

—Pues no es nada para lo que de verdad hay en otras ciudades, señora.

—Latika, no me llames señora, por favor. Si quieres en la casa y si no te queda otro remedio, lo aceptaré, pero entre nosotras, no, no es necesario, me incomoda mucho, además de que lo que más espero de ti es que seamos amigas. Llámame Violet.

—Pero yo no puedo hacer eso, soy una empleada.

—Bueno, a lo mejor lo que eres es mi única amiga… ¡por ahora! —Y nos reímos las dos, a pesar de la tragedia que nos rodeaba.

Según íbamos llegando a nuestro destino, vimos que la calle empedrada por la que caminábamos se encontraba mucho más limpia, más higiénica. Niños y mayores necesitados esperaban sentados en la acera a que las monjitas les dieran algo de comer.

—¿Lo ve, Violet? —Por primera vez dijo mi nombre—. Aquí se respira paz, hermandad e higiene.

—Por Dios, tienes razón… Estoy deseando entrar y ver qué puedo hacer.

Así lo hicimos. Latika entró primero para presentar nuestros respetos, además de comunicar que era la esposa del embajador británico. Enseguida salieron a recibirnos unas monjitas, con su sari blanco y azul de grueso algodón y la sonrisa más maravillosa que había visto nunca.

Nos saludamos con las manos apoyadas en el pecho, en señal de oración, y agachando suavemente nuestras cabezas, y enseguida me presentaron a una de las monjas con más jerarquía. Entonces, sin esperar a nada más, empecé a narrarles —evidentemente me traducía Latika— mi necesidad de ayudar a estos niños y a las madres solteras abandonadas, pues yo había vivido una situación similar, pero con mucha más suerte.

A medida que iban escuchando mi relato, las monjitas hacían como si rezaran por mí, aunque lo que dejé claro fue que siempre había vivido en la abundancia y no me había faltado de nada.

—Sí, señora, sí le ha faltado a usted, y mucho —dijo una de las superioras—: Le ha faltado el amor del padre de su hija. Seguro que usted ha sufrido y ha vivido en la soledad esa falta de amor, y por eso viene aquí, pues sabe lo que estos niños necesitan.

Su lógica aplastante me emocionó. No pude resistirlo y me puse a llorar. Había dado en el clavo, era eso lo que me sucedía, lo que quería y lo que intentaría conseguir por todos los medios.

—Tiene razón, madre, por eso estoy aquí. Hoy he traído dulces y caramelos, pero a partir de mañana haré lo que ustedes me digan.

Y me enseñaron a los niños, a los bebés, cada uno metido en una cestita de mimbre, todas del mismo color, con un cartelito donde ponía su nombre, su peso y si tenían alguna enfermedad.

Los niños estaban limpios y a su lado había monjitas con más bebés en brazos dándoles el biberón. Desde luego, se respiraba amor, auténtico amor, el de verdad, el desinteresado. Todos esos niños habían sido abandonados, y muchos llegaban con graves enfermedades o defectos físicos.

—Madre, dígame qué es lo que más les preocupa o más necesitan. Tengo coche, puedo hacer de chófer también, o llevar a niños al colegio, o cuidarles y darles la comida, lavarles… Lo que sea. Yo también soy mamá de dos gemelas preciosas, sanísimas, de menos de un año, y quiero compartir lo que tenemos con estos niños tan necesitados. Dese cuenta, madre, que mi vida es privilegiada, podría decirse que me sobra de todo y que mi razón de ser aquí, si no les ayudo a ustedes, será solo asistir a fiestas y dar cenas. Como comprenderá, eso no es una vida apetecible, por lo menos para mí.

La madre sonrió, me entendió, sujetó mis manos con las suyas y me lo agradeció con preciosas palabras.

—Bueno, madre, espere a que haga algo de provecho. Todavía no me merezco sus alabanzas.

Y así fue como dio comienzo mi auténtica vida en Nueva Delhi. Lo que tanto pensé en Inglaterra que me podría ayudar empecé a creer que iba a ser un acierto. Mi vida cobraba un sentido especial: podría devolver a la sociedad algo de lo que tanto recibía.

* * *

—William, ¿qué tal en la embajada? —le pregunté mientras cenábamos en nuestra preciosa terraza.

—Estoy feliz, Violet. Todo me recuerda tanto a mi niñez y a mis padres que siento una especial emoción con lo que estoy viviendo. Los altos cargos están siendo muy amables, saben que tenemos dos bebés y están como locos por ayudarnos y facilitarnos la vida. Ya les he dicho que no se preocupen, que tengo una supermujer que para nada le impresiona el haberse trasladado hasta aquí con las niñas, y todos te admiran. ¡Verás cuando te conozcan! Violet, sé que has sido muy generosa conmigo, sé que no te apetecía nada venir y sé, porque te conozco bien, que ya habrás empezado a buscarte una vida que te guste, ¿verdad?

—Verdad, William, y yo también estoy feliz. He ido en mi coche conduciendo al centro de la ciudad. Bueno, no sé si es centro, izquierda o derecha, porque era tal caos transitar… Pero hemos llegado, y muy bien, al orfanato de las misioneras de la caridad, ya sabes, las monjitas de la Madre Teresa.

—Sí, sí, pero no has ido sola, ¿verdad? Me estás hablando en plural. ¿Te ha acompañado por fin Latika?

—Sí, claro, y estoy encantada con ella. Es una mujer muy amable, inteligente y educada. Seguramente seremos buenas amigas. Pero, William, tienes que venir a ver a esos niños tan pequeñitos, dormidos cada uno en una cesta de mimbre y que han sido abandonados, que no tienen padres. Es un orfanato… ¡Tenemos que ayudarles, y mucho!

—Lo imagino. Sabía que irías allí, y es lógico, Violet, pero tienes que tener cuidado, mucho cuidado: a la mujer de un embajador le pueden dar un verdadero susto y, por supuesto, a nuestras hijas…

—No digas tonterías, William. Vamos en un coche antiguo, muy discreto, y además es indio, y voy vestida como si fuera una mujer dedicada a esos niños desde hace años, con un blusón color cúrcuma, pantalón a juego, y unas sandalias muy sencillas, de tiras, casi como las que llevan las monjas.

—Por favor, Violet, quiero verte así vestida, me vas a enamorar otra vez. —Me reí abiertamente—. Eres la mujer de las mil caras. —Y William me acarició las mejillas, los labios, mientras me miraba, entre orgulloso e impactado—. ¿Te das cuenta de que ya estamos escribiendo nuestra propia historia? Si hubiéramos seguido en Londres y Bath, también hubiera sido nuestra vida, pero es que lo que vamos a hacer aquí será nuestra historia más personal.

* * *

Tenía razón, y motivados los dos, cada uno con su ilusión particular, empezamos a vivir en Nueva Delhi. Le prometí a William que solo iría tres días a la semana al orfanato. Las mañanas de los otros cuatro las dedicaría a trabajar en asuntos relacionados con la embajada, recepciones, problemas sociales de los empleados, intendencia…, y por las tardes podríamos disfrutar los cuatro de la vida en familia.

En principio, William terminaba de trabajar a las cuatro de la tarde, hora en que las niñas despertaban de su siesta y merendaban, y yo, los días que me trasladaba al hogar de las monjitas, volvía a casa para almorzar. Parecía así que todos íbamos a estar ocupados, organizados y contentos. Por la tarde, excepto cuando tuviéramos visitas de trabajo, William quería ir, sí o sí, al Delhi Golf Club, donde cada día sus compañeros de trabajo se reunían para jugar al golf o al *bridge*…

—Violet, y las mujeres también van con sus hijos. He visto fotos y me ha encantado. Es un poco decadente, pues tiene ya muchos años, pero te va a gustar, tiene mucha clase… ¡Como tú!

—William, a mí esos clubs no me gustan nada. No soy una persona de relaciones sociales, he vivido siempre con una sola amiga, Poppy, y ahora, creo, va a ser Latika.

—Pero si Latika es una empleada de la embajada, si va contigo para hacer las veces de guardaespaldas…

—Ya, ya, ya sé para qué me la habéis puesto, pero, asombrosamente, me gusta. Creo que va a ser alguien muy especial. También Poppy es empleada y no he encontrado a nadie como ella. A lo mejor es que la rara soy yo… —Y me reí porque ciertamente William tenía razón.

—Piernas largas, tú siempre tan distinta, aunque creo que por eso me gustas tanto… ¿Y no vas a venir al club nunca conmigo?

—Sí, por supuesto, y tú me acompañarás a montar a caballo. Me he enterado de que aquí se hacen carreras preciosas por los alrededores de la ciudad, al galope, por unos circuitos especiales, que no son difíciles, pero sí apasionantes.

—Por Dios, Violet, a ver si nos matamos los dos.

No pude evitar una gran carcajada. Me di cuenta de que mi maravilloso marido, por más que quería agradarme, en todo veía un riesgo innecesario.

—William, no te preocupes. Sabes cómo soy y que me defiendo bien sola, pero seré prudente, te lo prometo. Anda, ven, dame la mano, que te voy a enseñar de verdad cómo soy. Así no dudarás nunca quién es y qué es lo más importante de mi vida.

Cogí su mano, subimos las escaleras, y abrazándole le iba preguntando: «¿Sabes a qué me refiero?», y nos reímos pensando en lo que iba a suceder. William iba quitándose la chaqueta, yo tiré mis sandalias hacia arriba, primero una y después la otra, y empecé, escalón a escalón, a ayudar a William a desabrocharse la camisa… Mi marido me parecía el hombre más atractivo del mundo, y estaba claro que yo a él también.

Nos tumbamos en la cama, me tapé con la sábana, quería crear un ambiente especial. William se tapó también, vino hacia mí, me buscó con sus brazos, me abrazó y me besó tan tan enamorado que solo con eso se podría decir que ya habíamos hecho el amor. Eso era amor de verdad, no faltaba nada más. Alejé con dulzura un poco su cara y le miré a los ojos; él también me miraba sin saber por qué había parado nuestra maravillosa dinámica. Y mientras intentaba recuperar aire por la emoción que en ese momento sentía le dije:

—William, eres el amor de mi vida. Te quiero, te quiero muchísimo.

—Violet, déjame quererte, luego hablamos… —Y ya no tuvimos más que decirnos, nos fundimos en una pasión inesperada, fuerte y arrebatadora. No era la hora adecuada: las niñas estaban jugando en la habitación de al lado con sus niñeras y, a lo peor, hasta nos oían. Además, teníamos que trabajar en la recepción, pero estábamos viviendo un momento como matrimonio tan feliz y tan pleno que no queríamos, ninguno de los dos, poner barreras a la pasión.

—William —le dije cuando, ya relajados, nos quedamos un ratito descansando en la cama, viendo el atardecer por la ventana mientras al fondo nos llegaban las risas de las niñas que

jugaban en su cuarto—, ¿sabes que, cuando nos besamos, las pulsaciones cardíacas pasan de sesenta a ciento treinta por minuto…, y que liberamos adrenalina, nos baja el colesterol y se refuerza nuestro sistema inmunitario?

Mi marido se quedó mirándome de frente, quieto, como nos habíamos quedado después de hacer el amor. Sonreía, pero a la vez me hacía graciosos gestos como de no entenderme.

—Pero, piernas largas, pero…, pero…, ¿qué me dices?, ¿te has estudiado los beneficios del beso? ¡No me lo puedo creer! ¡Me encantas! —Volvió a abrazarme mientras se reía y me besaba —. Pues aquí te va un poco de adrenalina y ahora te quitaré el colesterol —me dijo muy ocurrente mientras seguimos riéndonos—. De verdad, Violet, que eres una mujer inesperada, eres genial. —Yo sabía que le iba a gustar y lo había leído en un libro que había caído en mis manos allí mismo, en la nueva casa.

—Pues sé más cosas, capitán, el deseo de besar tiene un nombre, «filemamanía», y siempre queremos más porque es una droga natural que combate el desánimo y evita que caigamos en la depresión… ¿Qué te parece?

—Pues muy bien, pero que al que lo ha escrito no le van a dar el Nobel… Vamos a ver, si yo te tengo aquí, así como te tengo… —Me miró: estábamos desnudos, abrazados—. Y te quiero y te beso y tú me besas, ¿crees que me voy a deprimir o que me voy a desanimar? Violet, si yo solo puedo decir: ¡gracias, gracias, rubia maravillosa!

—Pues es verdad: el libro ponía bien claro que era una droga porque el cerebro es adicto a la oxitocina que se produce cada vez que nos besamos.

—Vale, vale, pues seré drogadicto, pero a eso yo siempre le he llamado amor, deseo y pasión, no oxitocina… —Me cubrió de besos—. De todas las maneras —afirmó—, eres maravillosa, divertida. ¡Me encanta que estudies el beso…: eres única!

31

Hicimos por fin nuestra recepción oficial. El nuevo embajador del Reino Unido en la India, mi flamante marido, se presentaba ante la sociedad más influyente de Nueva Delhi. Vivíamos en una bonita zona residencial rodeados de lujosas casas con jardines exóticos, pues el Alto Comisionado estaba en el centro de la ciudad… Solo llevábamos unas semanas y ya — lo habíamos hablado los dos— sabíamos que estábamos en un país de extremos, la miseria y la opulencia convivían de forma descarada. A los intocables, la casta más pobre, se les despreciaba, se les consideraba impuros, y estaban destinados a trabajar en lo más desagradable de la sociedad. Pero, a pesar de esos contrastes, tan inhumanos, la vida seguía en Delhi y nosotros teníamos que adaptarnos a esas circunstancias.

La casa estaba espectacular. Para William esa noche era clave, tendría conversaciones importantes con personas destacadas del mundo de la política, de la sociedad, de los negocios, pero a mí, a su esposa, me iban a examinar todas sus mujeres y seguro que también los hombres.

Me había estudiado bien el complicado protocolo de este país y me había asesorado con la anterior embajadora de qué menús eran los más convenientes. Me preparé en todo para no fallar, aunque al final decidí, como siempre me sucedía, hacer lo que creía sería lo más adecuado.

Organicé una cena auténticamente inglesa, menú muy británico y protocolo casi del palacio de Buckingham —al fin y al cabo, nosotros éramos los representantes de la reina—. Me decanté también por un grupo musical, como si fuera un cuarteto de cámara occidental, pero indio, para que animara la cena con música inglesa, de los Beatles, de Elton John, de los Rolling Stones, de las Spice Girls, pero con el sitar como instrumento estrella. Ese instrumento tan exótico y suave no interrumpiría las conversaciones de los comensales y animaría a nuestros invitados.

Puse la mesa con el mantel de hilo de mi casa de Londres, el más grande, pues éramos cuarenta invitados, mi vajilla de Limoges blanca ribeteada en oro con el escudo de nuestra familia —a mi padre le hubiera encantado— y los cubiertos de plata con nuestras iniciales. La cristalería era de un cristal maravilloso de Bohemia que pertenecía a la embajada. Había sido propiedad de lord Mountbatten cuando era virrey y ahora había pasado al Alto Comisionado inglés.

Sobre la mesa, candelabros altos de plata con velas encendidas para dar una luz tenue y cálida a la cena, mientras del alto techo del comedor colgaban dos maravillosas lámparas de cristal de roca relucientes, imponentes. Por último, varios centros de plata con flores naranjas, blancas y verdes, los colores de la bandera de la India, daban un vistoso toque de color muy emocional para nuestros invitados.

El conjunto del comedor me pareció fascinante, imaginé que a William le encantaría cuando lo viese.

Salí a la terraza, al porche. Allí había colocado alrededor de los sofás de hierro con almohadones blancos una especie de carpa para protegernos de la posible lluvia. El tiempo era

inmejorable, pero el agua caía cuando le venía en gana. El jardín estaba iluminado con delicadeza y en todo el recorrido del camino de entrada colocamos numerosas velas encendidas que nos transportaban a un ambiente muy atrayente para comenzar la fiesta del embajador.

Mientras comprobaba en el porche que todo estuviese en su lugar, vi bajar a William por las escaleras, de *smoking* con chaqueta blanca. Me quedé impactada, mirándole, sonriéndole… Yo todavía estaba en albornoz, pues me acababa de duchar.

—Capitán, eres el hombre más atractivo de la India… Cuidadito hoy con esas bellezas morenas de enormes ojos oscuros que nos acompañarán en la cena.

William sonrió emocionado y orgulloso. Estaba nervioso y feliz, pues le acababan de confirmar que vendría el primer ministro.

—Ya, pero a mí solo me gusta mi rubia de enormes ojos verdes y piernas muy largas. —Me besó, abrió ligeramente mi albornoz y vio que estaba desnuda. Me acarició, creo que hasta se sonrojó, y me volvió a besar…—. ¡Qué momentazo! Pero, por favor, Violet, vístete ya, que te pillan los primeros invitados semidesnuda. ¿Te imaginas?

Subí a la habitación. Desde arriba, el *hall* de entrada y los salones estaban resplandecientes, las luces indirectas, ya encendidas y las flores que adornaban cada mesa con enormes tibores a rebosar de las más hermosas ponían el toque exótico a una decoración muy inglesa con importantes detalles indios.

Tras arreglarme un poco el pelo, saqué del armario la sorpresa más grande para William. Aunque la mayoría de los invitados vendrían, tanto hombres como mujeres, vestidos de manera occidental —acudían a una casa en territorio inglés—, había decidido intentar impactar y homenajearles con uno de mis saris hechos en Londres.

Llamé a Latika para que me ayudara. El sari que me habían confeccionado era una auténtica maravilla: una larga tira de tela, semitransparente en color *beige* casi dorado, totalmente bordado con pequeñas lágrimas de cristal. Latika iba envolviendo mi cuerpo, ajustándolo a mi cintura, tapándome un hombro y dejando el otro al descubierto. Latika no salía de su asombro.

—*Madam*, bueno, Violet, no he visto nada tan maravilloso en los días de mi vida. ¿Pero dónde has encontrado una joya así?

—Lo he traído de Londres. Allí hay una tienda de telas y una modista india de mucha categoría, y le encargué varios saris. ¿Te gusta? ¿Crees que le gustará al embajador?

—Violet, hoy vas a darte a conocer en toda tu plenitud. ¡Eres la mujer más bella de Nueva Delhi!

Las palabras de Latika me tranquilizaron, y aunque lo más seguro es que fueran un poco exageradas para quedar bien, por lo menos me hizo ver que le parecía oportuno el vestido.

Terminé de peinar mi larga melena en un moño bajo que sujeté con un broche de brillantes de mi abuela paterna.

Además, y recordando a mi modista inglesa, me puse mis pendientes largos y las dos sortijas de pedida de William y, como detalle en el pelo, una finísima diadema de brillantitos, ¡de fantasía, por supuesto!, que me daba un toque más exótico y sofisticado. Unas sandalias no demasiado altas y que dejaban mis pies casi desnudos y un pequeño bolso de mano color curri completaron mi primer *look* como mujer del embajador.

Cuando bajé por las escaleras, ya sabía que habían llegado algunos de nuestros invitados. William fue avisado y entró del porche para recibirme en el *hall*. Cuando me vio, le noté que le gustaba, vamos, que le impresionaba, aunque todavía no sabía si para bien o para escandalizarse.

—Violet, ¿ahora qué hago contigo? —me dijo nada más encontrarnos en el primer peldaño de

la escalera. Me quedé confundida y creo que él lo percibió—. No, no, Violet, ¡estás impresionante! Pero ¿qué he hecho yo para merecer esto? —Respiré hondo, no parecía que hubiera metido la pata en nada—, aunque te aviso que la mayoría vienen con etiqueta occidental.

—William, eso ya lo sabía, pero mi vestido es un sari occidentalizado. ¿Has visto alguno así? —le pregunté mientras daba una vuelta.

—No, para nada, estás espectacular. Vamos al porche y empiezo a presentarte y a presumir de mujer.

Y, de la mano, salimos los dos. William con su *smoking* de chaqueta blanca y yo con mi sari *beige* bordado con lagrimitas de cristal que brillaban al andar mientras se reflejaban en él las luces de las lámparas. El vestido, semitransparente por la falda, hacia intuir mis largas piernas, y mi cabello recogido insinuaba una larga melena adornada por la diadema. Creo, francamente, que parecíamos una pareja de película. Estaba contenta con el resultado y en ese momento pensé: «Violet, no tienes remedio, siempre con tus ganas de dar la nota».

Comenzamos a conocer en persona a la sociedad más influyente de Delhi. A partir de ese momento, dejábamos de ser desconocidos, que era lo que más me gustaba, para pasar a estar en el punto de mira y ser el centro de comentarios. Y, aunque me habían informado de que la sociedad de Delhi no era muy dada a chismorreos y era bastante benevolente y permisiva, sabía que empezaba una nueva etapa y tenía que tener cuidado y ser discreta para conseguir que me dejaran ser yo misma, aunque precisamente ese día era de todo menos discreta.

Saludamos de uno en uno a los invitados. Sus cargos, sus bondades, su vida…, todo me era explicado y a todos tenía que hablarles de mis niñas, mis bebés, de mi cercanía con la Corona —les encantaba, naturalmente—, del halo de mujer independiente que traía tras de mí. William estaba satisfecho, no paraba de hablar con unos y con otros, y parecía que todo estaba siendo perfecto.

La música del cuarteto de sitares nos acompañaba y embrujaba la noche estrellada y sin nada de lluvia. Los hombres vestían *smoking*, algunos completamente blancos, otros en negro, pero creo que como William ninguno, y las mujeres, la mayoría, optaron por vestidos occidentales. A las indias les encanta tener la oportunidad de dejar el sari y realzar su exótica belleza con trajes de tirantes en vivos colores. Aun así, no fui yo la única que me presenté con el traje propio de este maravilloso país, aunque, desde luego, el mío era el más espectacular.

Cuando ya estábamos todos preparados para entrar al comedor, nos anunciaron la llegada del primer ministro. Para William era toda una victoria. No era corriente esa visita, pero, por alguna razón especial, él lo había conseguido.

William era militar condecorado, nacido en la India y ayudante de campo de la reina, pero ahora estaba desarrollando su otra carrera, la de económicas y políticas. Él fue uno de los alumnos más laureados por su oratoria y su facilidad para exponer y resolver situaciones delicadas, y ahora las estaba llevando a la práctica.

Los dos juntos recorrimos el camino de velitas encendidas y salimos a recibir al primer ministro. Venía solo, y fue el momento en que, en privado, tras saludarnos con el típico *namasté*, alabó mi elegancia y mi belleza. William se lo agradeció muy satisfecho. Mientras esto sucedía en las puertas de la residencia, un coche negro, grande, importante, se detuvo cerca de nosotros. Y vi bajar al príncipe Amal, elegantísimo con su *dhoti* y *kurta* en seda casi blanca y chaqueta negra de *smoking* por encima. Era ya muy mayor, pero su aspecto era el de un hombre con

mucha clase; en su juventud debió de ser espectacular. Le saludé con la mano tímidamente al verle. Estaba con el primer ministro y no quise moverme de mi lugar protocolario. Pero tras él vi bajarse del coche a otro hombre indio. Vestía igual que Amal, pero sin la chaqueta, una *kurta* y *dhoti beige*, pero me resultó familiar. Era de noche y solo nos iluminaba la luz de las velas y de las farolas de la calle, así que no distinguía bien sus rasgos. Los dos se fueron acercando, parecían salidos de una película y hasta podían ser padre e hijo.

Cuando por fin se aproximaron, mi corazón empezó a palpitar a toda velocidad. La lógica taquicardia por lo que estaba viendo me hizo temblar todo el cuerpo. Me sujeté a William, le apretaba con fuerza el brazo. Él me miró preocupado y con un susurro me preguntó:

—Cielo, ¿te encuentras mal? Pasemos a casa y yo me hago cargo del primer ministro.

—William, mira a tu izquierda, es el príncipe Amal, pero viene con Andrew, ¿lo sabías?

—¡Vaya, no me lo puedo creer, qué inoportuno! ¡No tenía ni idea, pero qué poco conveniente, la verdad! Bueno, ya hablaremos. Tú no me sueltes del brazo, les saludamos y acompañamos al primer ministro al interior. Luego ya veremos qué hacemos.

William era un hombre de mucho talante, sabía ser frío cuando se necesitaba, aunque después fuera todo lo contrario. Él supo cómo teníamos que actuar. Al príncipe Amal, tras mi saludo con las manos, le di un beso, me gustó mucho verle; a pesar de lo nerviosa que estaba, me hizo verdadera ilusión. A Andrew solo le saludé inclinando la cabeza, él hizo lo mismo y me sonrió. Me pareció guapísimo, de nuevo recordé su enorme atractivo, muy moreno de piel, seguramente por el sol de Jaisalmer, y con los ojos más azules que nunca. Cada vez se parecía más Lili a su padre en la mirada, casi daba dentera… William no dejaba de mirarme. Entramos en casa de la mano, como si no pasara nada. El príncipe y el primer ministro se conocían, iban delante de nosotros, y detrás, solo, Andrew, que, vestido así, y siendo inglés, más bien parecía el protagonista guapo de la película.

Al llegar al porche todo se relajó. Los invitados se acercaron a saludar al político, y ese fue el momento en que William, como una flecha, me llevó de la mano al salón, donde todavía no había nadie.

—Violet, ¿por qué ha venido?

—Ni idea, pero a mí me desagrada tanto como a ti. No te enfades conmigo, yo estoy peor que tú… Nosotros invitamos solo a Amal, te lo prometo. Supongo que tienen buena relación y Andrew ha querido demostrarnos que ya no le importa nada, o mejor dicho, que ya no le importo nada.

—Bien, de acuerdo, perdóname, es que este hombre me saca de quicio, pero tú estate tranquila. Mira, ya tenemos que naturalizar todo. Este Andrew, desde este momento, pasa a ser como un exnovio que no nos apetece ver, pero que tampoco nos va a amargar. Tendrás que hablar con él, pero, por favor, que sea poco. Yo le agradeceré que me salvara la vida, tengo que hacerlo y además se lo merece, pero nada más. No me gusta que esté aquí, no quiero que esté en nuestro círculo, ni en nuestra vida. Si te parece, nos acercamos juntos los dos, ahora, nada más salir al porche, y así terminamos con ello, ¿okey?

—Perfecto, William, yo tampoco quiero verle. Ya hasta me desagrada: me recuerda mis peores momentos. Además, te avisé en Londres que esto pasaría, y no me gustaba.

Entonces William me llevó hacia un rincón y me besó con mucha pasión. No era el momento, pero él era un hombre enamorado que sentía inseguridad y lo necesitaba. Creo que delante de Andrew era el único momento en que le había visto perder la seguridad y la compostura.

—Mi vida, dime que me quieres, quiero oírlo ahora.

—Pero, capitán, recuerda cuando estábamos juntos en la cama. De verdad, eres el amor de mi vida y te aseguro que volver a ver a Andrew me incomoda como a ti. —Le abracé con muchísima ternura, emocionada por lo que sentía y confusa por volver a ver a mi primer e inacabado amor. Tanto mi marido como yo sabíamos que las asignaturas pendientes no eran buenas, que lo inacabado tendía a cerrarse mal, a seguir vivo, y aunque quería pensar que no era así, entendía perfectamente a William.

Y de la mano, supongo que como una pareja espectacular, salimos de nuevo dispuestos a acercarnos al hombre que un día me rompió el corazón y me destrozó la vida.

William era valiente y me empujó hacia él, que, en ese momento, estaba con el príncipe Amal.

—Doctor Campbell, buenas noches. No le esperábamos hoy aquí —exclamó William, mirándole fijamente a los ojos, casi como en un reto dialéctico.

—Fui yo quien se lo pedí, William —intervino el príncipe—, necesito estar acompañado, no tengo edad para ir solo a los sitios y, como se conocen, me pareció buena idea.

El príncipe Amal mentía con sus palabras. Podía haber venido hasta con su secretario y había traído a Andrew para provocar, suponía yo, un acercamiento. Ellos, sin duda, habían hecho una gran amistad en este año y medio, y nosotros nos estábamos encontrando, en cambio, con lo que no deseábamos ni esperábamos.

—Perfecto, príncipe, encantados de recibirles. A los dos les debo la vida —reconoció William —, les debo que pueda estar hoy aquí como embajador junto a mi querida esposa —lo dijo adrede, claro—, y con mis dos niñas que ahora duermen en sus cunas en el piso de arriba. Doctor Campbell, nunca tendré las palabras suficientes para agradecerte que aquella noche, y siendo yo quien era, no dudaras en hacer todo lo posible por salvarme la vida, como así fue.

—Embajador, no me tienes que agradecer nada, hice lo que hubiera hecho por cualquier enfermo, hice lo que hago todos los días, pero si cabe con más interés porque Violet me lo pidió, me suplicó que te salvara la vida.

«¡Oh, por favor, qué momento tan terrible para mí —pensé—, ¿por qué no puedo vivir tranquila?».

—Violet, está maravillosa —me alabó el príncipe Amal para destensar la conversación—, está mucho más que preciosa, está espectacular. Sabe que esta era la casa de mi amada Alisha, ¿verdad? Es la primera vez que vuelvo desde entonces. Más de cincuenta años han pasado ya, y ha sido precisamente para verla a usted, a los dos, pero William, es que su esposa me dejó impactado. Es una mujer tan completa, tan bella, y le quiere tanto… Está llena de amor. —William empezó a relajarse, ya no podía haber más muestras de mi amor hacia él—. Cuando le estaban operando, era la imagen del sufrimiento, del amor de verdad.

Entonces William me apretó la mano, que todavía estaba entrelazada con la suya, y me besó suavemente mientras me decía al oído: «¡Te quiero!».

El príncipe y Andrew lo oyeron, lo vieron. Amal sonrió. Andrew desvió su mirada.

—Bien, pues, bienvenidos. Espero que lo pasen bien esta noche.

—Príncipe, si le parece, le sentaré al lado de mi esposa y al otro lado estará el primer ministro.

—Será un honor, muy agradecido. Violet, nos vemos luego…

William y yo empezamos a disfrutar de la noche como pudimos. El hecho de que estuviera Andrew entre nosotros no era agradable para ninguno de los dos.

Me acerqué a la mesa después de hacer una nueva tarjeta para un comensal que no estaba invitado, y de mi puño y letra escribí, con mano temblorosa, «Doctor Andrew Campbell». Le

había encontrado muy atractivo, más relajado que en Jaisalmer, más recuperado, y me había sonreído de una manera especial.

Comenzó la cena. Al entrar en el comedor, la pequeña orquesta interpretó el himno de India y después el de nuestro país. Todos, colocados ya en nuestro lugar de la mesa, pero todavía de pie, los escuchamos en silencio, William y yo, muy emocionados.

Tomamos asiento. La mesa resplandecía por la luz de las velas y había un suave murmullo de conversaciones. Las cenas de gala son así, protocolarias, nadie levanta la voz. En las conversaciones se evitan los temas de política, de religión y de salud, pues cada uno de ellos puede dar lugar a discusiones, y el anfitrión, si ve que en algún momento alguna conversación se recrudece, será el idóneo para intervenir como haga falta y suavizar la tensión.

Pues bien, esa noche no hizo falta recordar ninguna de estas normas. Aparentemente, todo el mundo estaba a gusto y el menú fue un éxito. Suponiendo que en su mayoría eran vegetarianos, pues la carne de vaca estaba prohibida, ya que estos animales se consideran sagrados, y que el hinduismo cree en el *ahimsa*, es decir, en el «no hacer daño», opté por empezar por un «consomé de cristal», tan trasparente como sabroso por la cantidad de verduras y especias con las que se preparaba, decorándolo con trocitos finísimos de zanahorias, judías verdes y gelatina del mismo caldo. Con el segundo plato conquisté —eso creía— a nuestros comensales con unos maravillosos huevos Benedict, un plato muy anglosajón, presentados sobre una base de *muffin* inglés y sobre la que coloqué aguacate en vez de jamón encima, huevo escalfado cubierto con una sabrosa salsa holandesa, hecha con mantequilla, yemas de huevo, zumo de limón, pimienta y especias… ¡Fue todo un éxito!

Parecía que todos nuestros invitados encontraron adecuado el menú y nadie tuvo que decir que no podía comerlo, con lo cual, primer reto, superado.

El postre fue más fácil. Sabía de la afición india por lo dulce, por lo muy dulce, y que encuentran amargo el chocolate, con lo cual estaba fácil: las copas de fruta con helado de vainilla y salsa de dulce de leche fue lo elegido para fascinación de todos. Algunos repitieron y otros no pudieron menos que comentarme lo placentera que les había parecido esa copa helada tan bien presentada.

—Violet, qué cena tan maravillosa, no esperaba menos de usted, pero me ha impresionado con la perfecta organización —me felicitó, muy cariñoso, Amal.

—Muchas gracias, príncipe. Espero que William opine como usted, esta noche me lo dirá, pero le quería hacer una pregunta, es algo que no llego a entender: ¿por qué ha traído con usted a Andrew? Sé que tiene que saber todo lo que pasó entre nosotros, pues supongo que él se lo habrá contado, ¿no es así?

—Así es, duquesa. Perdóneme si la he molestado, pero es que es un hombre bueno que hace mucho bien a la población de Jaisalmer y que no puede comenzar una nueva vida porque sigue obsesionado con el daño que le hizo.

—No es así del todo, Amal. Él, en más de quince años, no se preocupó por mí, no vino a verme ni a darme ninguna explicación, y pudo haberlo hecho. Fueron muchos años, muchos meses, muchos días esperando y sin noticias ni explicación…

—Visto así, tiene razón.

—Es que es así como hay que verlo y yo, Amal, le quise, le seguí queriendo de verdad hasta que conocí a William. Y a mi marido y a mí nos duele estar cerca de él. A William porque le hace débil, frágil, él sabe que Andrew me dejó, me abandonó y que, si no hubiera sido así, yo seguiría junto a él. Le amaba locamente…

—No siga, no siga, perdóneme, Violet. Pero mi única justificación es que, si viera lo que está haciendo por los pobres enfermos, comprendería que si le podía ayudar a resolver su mayor inquietud, su obsesión, lo tenía que hacer.

—Bueno, pues ya está, pero a nosotros no nos puede pedir más, Amal, es demasiado, sobre todo porque creo que William no se lo merece.

—Pero, Violet, a él lo que le obsesiona es la hija que tienen en común. Se llama Lili, ¿verdad?

Entonces me puse blanca como el papel y con total frialdad, como siempre hago ante estas preguntas, le contesté:

—Amal, mi hija Lili es solo hija mía. Ni a usted, ni a Andrew ni a nadie le tengo que aclarar ninguna duda ni dar explicaciones. Lili es mi hija y solo mía. En todo caso, sería a William, mi marido, al que le tendría que informar, pero él lo sabe todo y está muy orgulloso de mí.

—Perdóneme de nuevo, Violet —se disculpó Amal—, supongo que he metido la pata, pero ha sido con la mejor de mis intenciones.

—No se preocupe, le estoy tan agradecida por lo que hizo por nosotros, por su preocupación, su compañía y le tengo tanto cariño que, por esta vez, le entiendo, pero comprenderá también que usted me tiene que entender a mí…

Tras los postres, llegó el momento del brindis. Sabía que William iba a hablar, aunque, primero, con preciosas palabras también hacia mí, nos dio la bienvenida el primer ministro. Todos le aplaudimos, y el príncipe Amal, a mi lado, no pudo menos que decirme: «Seguro que ya habrá hechizado al primer ministro».

Después se levantó William, me sentía muy orgullosa de él. Su aspecto era radiante, alto y delgado y muy seguro de sí mismo, se dirigió a todos los invitados para agradecerles su presencia, y al comunicarles que aspiraba a que las relaciones a partir de ese momento fueran todavía mejores confirmó con sus palabras que la reina le había hecho mensajero de sus mejores deseos para un país amigo y admirable como era la India. Finalmente —tenía la seguridad de que lo haría—, empezó a hablar de su mujer, o sea, de mí.

—Violet, brindo por ti, por tu valentía al no dudar en venirte conmigo con unos bebés tan pequeños, brindo por tu generosidad al dejar tu precioso trabajo en tu empresa agrícola que tanto te gusta, brindo por ti al abandonar tus queridísimos caballos, creo que los quiere más que a mí —afirmó graciosamente y todos se rieron—, y brindo por tu bondad al dejar allí a parte de tu familia y hacerlo con la sonrisa y la belleza con que te ven hoy aquí. Sinceramente, y con permiso de las damas que nos acompañan, mi esposa para mí es la mujer más bella del mundo. ¡Brindo por ella!

La mesa fue una explosión de risas y aplausos emocionantes y emocionados. Yo lo agradecí ruborizada y, sin saber qué decir ni qué hacer, me acerqué a William para darle un beso y todo el mundo aplaudió de nuevo. Bueno, todo el mundo menos uno: Andrew, que me miró fijamente, creo que ya sin dolor, pero todavía con amor… Nuestras miradas se cruzaron, lo notamos los dos, pero yo desvié la mía enseguida…

Nos levantamos por fin de la mesa —yo lo estaba deseando— para pasar al salón, donde se serviría el maravilloso y dulce té chai, muy típico de la India, una bebida caliente con muchas especias, como el cardamomo, la canela, el clavo de olor, vainilla y anís, francamente delicioso. En ese momento y como por arte de magia —confieso que lo había preparado—, el cuarteto de

sitares comenzó a tocar «My Sweet Lord», nuestra canción, la de William y mía. William me buscó con la mirada, me sonrió, vino hacia a mí, y en el centro del salón acercó su cuerpo al mío, me abrazó y comenzamos a bailar muy juntos, muy enamorados. Yo le sonreía: sabía que en el fondo le iba a encantar, y él reaccionó como esperaba, pues, a pesar de estar ejerciendo de anfitrión, un alma tan romántica como la de William no podía fallar. Nuestros invitados nos miraban, se quedaron de piedra, no era esperado ni lógico ni protocolario, pero así éramos y así fuimos. Esa canción de George Harrison suponía el momento más álgido de nuestro amor, seguramente cuando lo bailamos en Jaisalmer ya esperaba a las gemelas, y fue unas horas antes del infarto de William, unos momentos antes de que casi perdiera la vida. La mayoría de las mujeres, reunidas en los espléndidos sofás de seda blancos, comenzaron a aplaudir: les gustaba el romanticismo; los hombres, todavía de pie, sonreían y comentaban algo incrédulos lo que sus ojos acaban de ver, pero a mi marido y a mí no nos importó demasiado. Él era embajador, pero no de carrera, y es posible que no fuera lo correcto, pero el momento fue el adecuado y no podíamos perder la oportunidad.

Cuando me reuní con mis invitadas, todas alabaron mi sari tan occidental como espectacular. La tela les llamó poderosamente la atención, pues, a pesar de estar totalmente bordada de cristalitos, no era demasiado llamativa por su suave color. Y el tema central de conversación entre nosotras fue lo enamorado que estaba mi marido, lo que había dicho de mí. Yo sonreía y afirmaba con la cabeza… Ellas, la mayoría en un perfecto inglés, comentaban lo atractivo que era también, que nunca habían tenido unos embajadores tan jóvenes…, que cómo era mi empresa en Inglaterra… En fin, todo les llamaba la atención, y por supuesto, mis niñas.

—Sí, sí —contesté—, son gemelas idénticas, son dos muñecas, rubias con ojos verdes, como los nuestros. Sus nombres son indios, pues estamos seguros de que me quedé embarazada en el desierto de Thar, y una se llama Luna, Sashi, y la otra Estrella, Anusha, pues es lo que veíamos desde donde estábamos esa noche… ¡Y, bueno, bueno…, para qué decir más! —Eso sí que fue ya una explosión de risas y aplausos, y hasta miradas algo avergonzadas…

Al mismo tiempo, los hombres, algunos de pie, tomaban ya su copa de whisky, bebida alcohólica por antonomasia en la India, supongo por la influencia inglesa, y charlaban animados, mientras el resto de los caballeros, los que fumaban, ya se encontraban sentados en las butacas del agradable porche. Y mientras conversaba con nuestras invitadas, vi a Andrew entrar por una de las puertas que daban al jardín y, con su *kurta* y *dhoti* blancos, se acercó a mí, al grupo de mujeres, mirándome fijamente, sin un ápice de pudor.

—Violet, ¿podemos hablar?

Me levanté disculpándome con las señoras, y, aunque lo esperaba, le dije bastante seca:

—¿Qué quieres, Andrew? ¿Por qué has venido?

—Necesito hablar contigo. De verdad que no te quiero molestar, y sé que lo estoy haciendo, que para tu marido y para ti está siendo una noche difícil en vez de maravillosa, como en realidad es, porque, Violet, ¡qué recepción has dado! Eres tan perfecta, tan bella y con tanta clase… Creo que conmigo hubieras sido menos feliz, no hubieras llegado a ser lo que ahora eres. Cuando te recuerdo como una niña, con tu coleta rubia y tus pantalones de pana a lomos de Thorn en nuestra cabaña, me conmuevo… O bailando mientras yo te miraba, absorto y enamorado… Me ha recordado tanto este maravilloso baile vuestro a los nuestros… ¡No sabes lo que estoy sufriendo, Violet!

—Andrew, por favor, no sigas, me duele el alma, de verdad. No quiero recordar aquellos años y menos aún los posteriores, tan difíciles y tristes. Y parece que no me conoces. Tú mejor que

nadie sabes de sobra que yo en el campo con mis caballos y mi familia soy feliz, no necesito más. Esta parafernalia ahora me gusta, disfruto organizándolo todo, además de ser nuestro trabajo, pero donde soy feliz de verdad es en mi adorado Bath.

—Lo sé, lo sé, nunca conocí a nadie más feliz y más auténtica. Y ahora te veo aquí tan espectacular… —Se interrumpió, emocionado. No podía seguir.

—Andrew, sé que estás haciendo una maravillosa labor en Jaisalmer, que eres un alma caritativa y que logras sanar a los enfermos con tus manos, que son las manos de Dios en la tierra, como decías siempre.

—Oh, Violet, eso que dices, qué recuerdos tan duros para mí ahora… Sí, a eso he venido a la India, y es lo que me está salvando. Gracias a ese trabajo desinteresado he encontrado una justificación a mi absurda vida. Allí me necesitan y me quieren, y eso es una sensación que hacía mucho que no sentía. —Me dio mucha pena oír esas palabras, los dos habíamos pasado quince años viviendo el más crudo desamor y en la más terrible soledad, pero todavía no entendía por qué nunca vino a verme.

—Bueno, Andrew, pero tienes un hijo, seguro que él te quiere y te necesita.

—Por supuesto. Le quiero muchísimo, pero yo en Inglaterra con mi mujer ya no podía seguir viviendo, era una absoluta mentira que duró demasiado, y mira por dónde hemos tenido que coincidir aquí. Y, Violet, eso ha sido, seguro, para que hablemos de nuestra hija. Esto que está pasando no es por casualidad… Yo sé que Lili es mi hija y es lo más grande que me podía pasar, y es lógico, Violet, porque nos queríamos con locura: éramos el uno para el otro. Si supieras lo que es para mí haberme enterado de que de nuestro amor nació una niña… ¡Es lo más bello que me puede dar la vida en estos momentos! Ya que no puedo aspirar a tenerte a ti, por lo menos sí a ella… Por favor, Violet, piénsalo, tengo que conocerla… Perdona el daño que te hice, fui el hombre más torpe del mundo, lo gestioné mal durante años, y ese mismo daño, además, me lo hice a mí. Yo te amaba con locura… Por favor, Violet, quiero conocer a Lili, ¡lo necesito!

—Andrew, Lili es mi hija, es feliz, es muy bella, por dentro y por fuera, pero es solo mi hija.

Y mirándole a los ojos —los dos los teníamos llenos de lágrimas—, le di la mano y se la apreté más fuerte de lo normal. Así estuvimos unos minutos o unos segundos, y, conmovida, me di la vuelta y me alejé.

¡Dios mío, qué momento tan increíble había vivido y menos mal que amaba a William con toda mi alma, pues de no haber sido así, me habría marchado con él!, pensé todavía con lágrimas en los ojos. Andrew era un hombre bueno y casi diría que estaba más atractivo que de joven…, «el James Dean» de mi juventud, mi «James Dean» seguía estando allí, mirándome, como hacía tanto tiempo…

Al otro lado del salón, hablando con un grupo de invitados, pero sin perderme de vista, estaba mi marido, un hombre que estaba sufriendo y a la vez siendo generoso. Para él esto era una pesadilla, para mí también. Yo se lo agradecía, y mucho.

* * *

—Piernas largas —me dijo William mientras me abrazaba en la habitación—, gracias, mi vida, gracias, ¡por fin, se terminó! Qué recepción has organizado… Creo que se han ido impresionados, por no hablar de las alabanzas que todo el mundo hizo de mi esposa. —Volvió a besarme y yo me reía, William era pasional y divertido.

—Gracias a ti por lo generoso que has sido. Creo que nunca más tendremos que pasar por esto. Se lo he pedido por favor al príncipe y, por supuesto, a Andrew también.

—¡No me hables de él, Violet, es que no me apetece nada, no puedo ni oír su nombre! Quizás es un trauma que tengo, pero sé que las asignaturas pendientes son eso: pendientes, y me producen mucha desconfianza.

—Solo quería hablar de Lili, está obsesionado con conocerla.

—¡Claro, eso es lógico!

—Y por más que le digo que solo es hija mía, él vio la foto de la boda…

—Sí, Violet. Aunque me cueste decirlo, Lili se parece mucho a su padre, lo tiene que tener muy claro… ¡Por eso yo tampoco lo soporto! En realidad, Andrew no es como un novio que tuviste, este hombre se está convirtiendo en mi cruz… Sé positivamente que, si por él fuera, lo querría todo: a mi esposa, a tu hija, todo…

Y tenía razón. Algo tenía que hacer para animarnos, para olvidar esas clarísimas intenciones.

—Capitán, mira, ¿ves esta esquina de tela en mi vestido? ¿La ves?

—Sí, claro, ¿qué hago? Por cierto, es un vestido maravilloso, estabas deslumbrante…

—Pues mira, cógela con tus dedos, y suavemente ve tirando de ella, muy suave, a ver qué pasa.

William sonrió, supongo que no se imaginaba nada. Yo, en cambio, lo había pensado desde el principio, sabía que la noche terminaría así. Al tirar él de la tela, yo iba dando lentamente vueltas sobre mí misma, y el sari se iba deshaciendo, cada vez había menos tela en mi cuerpo, iba desapareciendo, hasta que al final William se quedaba con toda la tela en sus manos. Yo riendo deshice el recogido de mi pelo. La melena cayó sobre mis hombros desnudos, y, de la mano, le llevé lentamente a nuestra cama.

—William, abrázame fuerte, no me dejes ni un momento sola. Quiero estar contigo, juntos, en silencio… Hoy te necesito más que nunca: he pasado momentos muy difíciles, muy estresada.

—Lo sé, pequeña, para ti es también un trauma. Aquí me tienes, no pasara el aire entre nosotros. Juntos siempre.

¡Qué enamorados estábamos! Éramos felices, pero la vida te enseña que siempre puede haber algo que enturbie tus mejores momentos…, y el nuestro tenía nombre y apellido: Andrew Campbell.

32

Al día siguiente de la recepción, William y yo desayunamos, como todos los días, con las niñas, para después salir a trabajar. A mí ese día me esperaban en el orfanato, y yo estaba deseando llegar y ponerme a disposición de las monjitas.

Me vestí con un *kurta* muy sencillo de color *beige* y unos pantalones casi como un *dhoti* en azul marino, las sandalias y un sombrero de ala ancha, pues empezaban ya los días de sol intenso y mi piel era muy blanca, un poco delicada. Cogí unos bollitos que habíamos hecho para los niños y en el pequeñísimo Tata Latika nos dirigimos por las calles de Delhi a nuestro destino solidario.

La verdad es que en cualquier esquina de esta ciudad llena de contrastes, belleza y miseria se podía crear una ONG.

Niños desvalidos, con amputaciones, viviendo literalmente en el suelo, eran casi norma general, y junto a ellos, enormes montones de basura se acumulaban en las aceras de las calles. Nadie la recogía, todo era miseria y suciedad.

Las autoridades con las que cenamos la noche anterior se habían enterado ya de mi cercanía a las monjitas de la caridad. No me pareció que les gustase nada, ni siquiera me animaron, quizás lo contrario. Me avisaron de la peligrosidad de acoger a algún niño de la calle, de los riesgos que se corrían si parábamos el coche donde no debíamos, de las denuncias que tenían las monjitas por los rumores que había sobre venta de niños… En fin, una maravilla para los oídos. Pero nada de eso me amedrentó, aunque sí fue un aviso para no meterme en líos, como le había prometido a William.

Cuando llegamos a la casa, nada más entrar, las vibraciones de solidaridad y alegría nos invadieron.

El primer día me pusieron a lavar la ropa de los bebés y a darles los biberones. Supuse enseguida que era como un premio más que un trabajo. Que al ser la mujer de un embajador me designaron lo más agradable y bonito, pero lo admití con agradecimiento y muchas ganas.

Latika y yo empezamos a dar biberones como máquinas… Había decenas de niños y casi todos querían comer a la vez. Se seguía el mismo sistema que con los gemelos, pues, si no, no habría momentos de silencio ni de descanso. A mí se me daba bastante bien, las niñas me habían puesto en forma, pero Latika no tenía hijos y se reía y lamentaba a partes iguales, aunque finalmente lo conseguía.

Cuando terminábamos de dar de comer a nuestro grupo de niños, les cambiábamos los pañales, los acostábamos en sus cestitos y nos disponíamos a lavar su ropa. En realidad, eran sencillas camisolas, muchas de ellas de la misma tela que los hábitos de las monjas que algún alma caritativa había cosido para estos pequeños. El ambiente era alegre, lo que había en esas cuatro paredes era mucho amor y paciencia. Algunos niños lloraban y se les atendía si se podía. Otros

se dormían solos, pues estaban acostumbrados a eso. Yo no podía dejar de pensar en el privilegio de mis niñas, viviendo en una preciosa casa y con dos cuidadoras para ellas solas… La cuna donde se nacía, ya lo decía siempre mi madre, era el objeto más clasista del mundo. Sin haber hecho nada ni siquiera conocido a nadie, solo por el hecho de nacer en una cuna de sábanas blancas bordadas, tu futuro iba a ser muy distinto que el de otro bebé cuya cuna fuera una burda y áspera manta desplegada en el suelo y al lado de la chimenea de un sencillísimo y pobre hogar. Casi al minuto de nacer, el cincuenta por ciento de tu destino ya era una realidad.

Mientras trabajaba sin parar también iba pensando qué más podía hacer por tantos niños como allí había, pues no solo eran los bebés, sino que los había de todas las edades. Todos necesitaban ropa y sobre todo comida.

Cuando estaba lavando la ropa en una enorme pila de piedra, una de las monjas se me acercó, era la que mejor hablaba inglés, y señalándome con el dedo a la derecha, me preguntó si quería conocer a un doctor inglés que había venido a enterarse de cómo funcionaban ellas, pues él estaba en otro lugar de la India ayudando también a los más desfavorecidos… Al mirar, como imaginé, allí estaba Andrew. Me estaba mirando, como una estatua, no podía apartar sus ojos de mí.

Yo estaba empapada, con la *kurta* remangada y un delantal que me habían dejado para el trabajo. El pelo recogido y una cinta de tela para que no me molestara al trabajar. La escena era, por lo menos, impactante para él y de absoluto contraste con cómo me había visto en la embajada.

—No se preocupe, hermana, no hace falta, no quiero parar de trabajar.

—De acuerdo, *madam*, se lo diré.

Bajé mi cabeza y seguí haciendo junto a Latika mi trabajo. No quería volver a verle, pero Andrew se acercó, estaba muy cerca de nosotras.

—Dios mío, Violet, verte aquí me ha supuesto un auténtico *shock*, aunque no es tan inesperado conociéndote como te conozco. Y siento un enorme dolor en mi corazón, pues esto me vuelve a demostrar que estábamos hechos el uno para el otro. Perdóname, Violet, por todo lo que te hice… Te querré siempre. —Se dio la vuelta cabizbajo y le vi marchar detrás de dos monjitas con mucha rapidez, con mucha prisa.

—Violet, ¿quién era ese señor? ¿Era inglés o indio? Mira que yo soy de aquí y no he podido reconocer bien su procedencia, pero era guapo a rabiar —me preguntó Latika.

—Es indio, no sé de qué lugar, pero estaba ayer en la recepción —mentí a Latika. No quería que William se enterara de que le había vuelto a ver, ya estaba bien de hacerle sufrir, y esperaba que fuera, de verdad, la última vez que coincidiéramos.

* * *

Por fin, mi vida en Delhi empezó a tener una bonita monotonía y una razón de ser. Los días que trabajaba en el orfanato eran intensos, agotadores y llenos de contrastes y, además, cada semana le dedicaba algún día más de lo pactado. El resto me concentraba en la familia. A veces acompañaba a William al Club de Golf y otras venía él a montar a caballo a una especie de recorrido en las afueras de la ciudad. Nos ataviábamos con el casco reglamentario, las botas y los *breeches* y con mi pañuelo al cuello, William y yo, junto a otros arriesgados jinetes y amazonas, nos dedicábamos a montar al galope y hacer cierto tipo de carreras entre nosotros. No era un

club, era algo así como un circuito con caballerizas donde podíamos alquilar, por algunas rupias, caballos para cabalgar.

William y yo nos divertíamos mucho juntos. A los dos nos encantaba la velocidad, pero por mi buena preparación a mi marido no le quedaba más remedio que seguirme. En eso, sin duda, yo era mucho mejor.

Enseguida nos hicimos «famosos» por nuestras cualidades deportivas, aparte de por mi curiosa manera de vestir, que a todas las mujeres de nuestro entorno fascinaba.

En poco tiempo me convertí, al igual que la ciudad de Nueva Delhi, en una mujer de contrastes. Tan pronto me veían por las calles con *kurta* y cola de caballo llevando cajas de verduras a las monjitas como se regocijaban admirando mi conjunto blanco de pantalón y camisa con llamativa pamela de rafia natural y gafas de pasta blanca estilo «ojos de gato», muy Audrey. Me encantaba, de vez en cuando, llamar la atención o dar «la campanada».

Desde que tuve a mi hija, sola, sin padre, lo que supuso socialmente una situación incómoda para la familia, me convertí en una especie de representante del escándalo, y lo cierto es que le cogí el gusto a levantar rumores o, por lo menos, a descolocar a los más clasistas.

* * *

—Poppy, cuéntame, por favor, ¿cómo está mamá? ¿Sigue feliz en Bath?

—Más que antes si cabe, Violet. Por ella ya no tienes que preocuparte, y Lili está feliz con sus clases en Oxford. La verdad es que la echamos mucho de menos entre semana, pero los viernes llena de alegría la casa. Tu madre, a pesar de estar sin vosotras, lo pasa genial. Algo tiene que tener en Bath, te lo digo yo. Además, está ideal, muy elegante.

—No me lo puedo creer, y yo me lo estoy perdiendo.

—Sí, me da pena que no estéis todos aquí. Dime, ¿cómo están las niñas? Estarán ya muy grandes.

—Son ideales, Poppy, son dos muñecas. ¡No sabes cómo andan ya!

—¿Y tú, Violet, eres feliz? Porque has dejado mucho aquí, bueno, has dejado tu vida.

—Mucho, Poppy, mucho más de lo que creía. William y yo lo pasamos genial juntos, nos queremos de verdad, me hace muy muy feliz. Y yo a él también, siempre lo dice.

—Ya, ya, ya le conocemos: «¡Mi mujer es la más elegante, la más espectacular!». ¡Qué maravilla de marido tienes, Violet!

—Es verdad, Poppy, pero, dime, ¿la huerta y los caballos van bien? El hecho de que no me preguntes casi nada supongo que es porque todo marcha a la perfección.

—Sí, sí, más o menos, pero con bastantes buenas impresiones. La huerta de Grosvencer House ya la dejaste bien organizada. Sigue viento en popa y cada vez son más los pedidos. Con los caballos todo es más duro, más lento, pero ya tenemos muchas visitas y encargos.

—Bueno, tú no te preocupes, la huerta mantiene por completo los gastos de la yeguada, así que eso está, por lo menos, subsanado.

—Así es, Violet, pero luego están las pequeñas averías que hay que arreglar, los veterinarios, las máquinas que se estropean.

—Pero te ayudarán a agilizar todo eso, ¿verdad? ¿Necesitas a alguien más?

—No, por ahora, no. Todo está controlado. Si casi te acabas de ir, solo han pasado tres meses, pero os echamos muchísimo de menos.

—Yo también a vosotras, Poppy, mi vida ha dado un giro enorme. Estoy con las monjitas de la caridad y también trabajando de mujer de embajador. Soy como dos personas distintas.

—Ya imaginaba que allí ibas a organizarla buena. Tu personalidad, como siempre, arrolladora, ¿no?

—Bueno, no sé si tanto, pero sí, parece que somos la pareja ideal, en estos momentos, para ser invitados a todas las fiestas.

—Y supongo que te estarás esmerando en tus *looks.* Lo que vi que te llevaste me pareció un sueño.

—En eso me estoy esmerando muchísimo. Es una ciudad tan sofisticada, tan lujosa, tan extremada, que aquí por mucho que exageres no llamas demasiado la atención. Lo que pasa es que me ha dado por occidentalizar algo sus trajes más típicos y les están encantando a todas. Muchas ya no quieren los saris de vivos colores, como casi siempre llevan las mujeres aquí. Ahora me piden consejo y les apetecen los tonos suaves y delicados. Les parece muy elegante usar joyas europeas, más pequeñas y refinadas que las que llevan ellas… En fin, sí, revolucionando un poco, pero solo un poco, que ya sabes que lo que más me gusta en el mundo es un *barbour* y unas buenas botas de goma.

Tras colgar a Poppy, como las niñas seguían dormidas, decidí hablar con John, nuestro secretario. Se me había ocurrido una idea que creía satisfaría tanto a William como a mí.

—John, ¿cómo se encuentra? ¿Qué tal por Londres?

—Muy bien, duquesa, todo en orden. La casa recogida y esperando que vuelvan pronto. Y sus asuntos, con la buena dinámica de siempre. Usted tiene todo en orden y no hay sorpresas, gracias a Dios.

—John, ya han pasado cuatro meses desde que nos hicimos la prueba de ADN y quiero que me confirme que seguimos ocupándonos de Christine y de su educación. Si le parece, podría hablar con su madre y preguntarle por todos los detalles. Yo me comprometí a ello y lo tenemos que cumplir. Ya solo le queda un curso para terminar la carrera. Esa chica creo que merece la pena, a nada que se parezca a su madre… Y otra cosa, me gustaría que preguntara a la señora Walls si querría trabajar para nosotros. Sería acompañando a unas personas que conocemos, dos mujeres sin mucha salud. Si le interesa, le daré más detalles.

—Perfecto, Violet. ¿Y cómo es la vida allí en Nueva Delhi? Aquí nos han llegado noticias de que ustedes son los embajadores más brillantes de los últimos tiempos.

—Bueno, ojalá, pero si es así, todo el mérito es de lord Coningham. Yo solo estoy a su lado.

—¡Que no es poco! Como siempre, es usted tan humilde —exclamó John con enorme admiración.

—Bueno, muchas gracias, John, espero sus noticias y su llamada cuando hable con la señora Walls.

—Correcto, duquesa, así será, y que sigan igual de bien. Estamos muy orgullosos.

33

En Bath, la duquesa viuda ya se había convertido en un personaje conocido y querido. Lady Sophie, la orgullosa y distante aristócrata y gran desconocida hasta hacía poco por los habitantes de la ciudad y de la campiña, ya era asidua en las cafeterías más chics y había conseguido tener un agradable grupo de amigos.

Sophie Edwards, perteneciente a una familia de rancio abolengo y muy clasista, se encontraba disfrutando casi de una segunda juventud, o mejor dicho, primera juventud, pues nunca en su vida había gozado de la compañía de una pandilla sin compromisos, es decir, desinteresada.

Connor la llevaba cada dos tardes al centro de la ciudad a la cafetería donde con anterioridad habían quedado, pues en Bath son numerosos los cafés donde se reúnen tanto vecinos como turistas y estudiantes. Sophie había cambiado hasta su manera de vestir. Ahora usaba pantalones con botines y jerséis de cuello vuelto, siempre adornados por una vuelta de perlas y un bonito pañuelo de seda de Hermès. Sus gafas de sol y un bolso de ante *beige* le daban el toque final a un *look sport* muy estudiado que siempre llamaba la atención. Sophie era una dama de la alta sociedad inglesa, severa en costumbres, pero dulcificada con los años por la generosidad de su marido, el recordado duque de Grosvencer. A él todo le parecía bien, le gustaba hacer la vida agradable a los demás y la vida que ofreció a su esposa y a su hija fue siempre más placentera que austera.

Sophie, en cambio, fue desde el principio una apasionada de la vida social inglesa. Le gustaba demasiado la cercanía al palacio, a los amigos nobles de la reina, y se hizo famosa por subestimar a los que no disfrutaban de ese estamento social. Buena persona, cariñosa y familiar, no conseguía separar «el qué dirán» de su vida cotidiana, lo que hacía que todos sufrieran demasiado por su rígido convencionalismo. Nunca fue feliz del todo, siempre estaba pensando si lo que hacía estaba bien o mal, pero no para ella, sino para los demás, y eso afectó, y mucho, a la familia.

Cuando tuvo que enfrentarse a la cruda realidad de que su hija, la futura segunda duquesa de Grosvencer, estaba embarazada y no sabía de quién, su castillo de naipes, el castillo que en realidad había construido para escenificar su vida, cayó a la velocidad del rayo.

Ahora, cuando lo pensaba fríamente, sabía que no había ayudado demasiado a su querida hija, y lo sentía en el alma, le dolía el corazón, pero entonces vivía pendiente de la opinión de los demás cuando en realidad lo que Violet hubiera necesitado era un abrazo enorme de su madre que le hubiese transmitido la fuerza necesaria para seguir adelante en su maravillosa decisión de tener a su hija.

Sophie se recriminaba no haberlo hecho bien. Sentía un amor tan grande y profundo por su nieta Lili que ya no le cabía en la cabeza una vida sin ella. Violet fue fuerte, fue una auténtica

mujer comprometida con la vida, y, en cambio, su actitud dejó mucho que desear y le quitaba el sueño cada noche.

—Lili, sabes que tengo una especie de pandilla en Bath con la que me reúno a menudo. Me encanta ir a tomar un té y comentar con ellas todo lo que sucede en la zona. De repente, además, me he convertido en la madre de la famosa empresaria, tu madre, claro, y bellísima novia que se casó en la abadía con el apuesto capitán. Todo el mundo admira lo que ha conseguido y el renombre que está dando a la comarca. La verdad es que tu madre es impresionante. Nunca creí que llegaría tan lejos.

—Abuela, es que, a ti, si no te dicen las cosas los demás, no te paras a pensarlas. Mamá ha trabajado de noche y de día en su huerta y en la yeguada. Yo sí que sé lo que ha hecho, lo que ha sufrido, lo que ha trabajado. Date cuenta de que, cuando yo no tenía colegio, me llevaba todos los días a recoger tomates, pepinos, calabacines… Nos subíamos al coche e íbamos a Bath a venderlos, y siempre muy animada, con una sonrisa. Mamá es fabulosa.

—Oh, Lili, no sé si he sido demasiado dura con tu madre, quizás he sido hasta injusta. ¿Qué madre no ve lo bueno que está haciendo su hija?

—Tampoco te preocupes ahora demasiado. Mamá es autoexigente con ella misma, no tiene la necesidad de que nadie le diga nada sobre lo bien o lo mal que lo hace. Pero me gusta que veas los méritos que tiene y que ha tenido. Yo no recuerdo ni un día sin ella, con eso te digo todo… Hasta que murió el abuelo y conoció a William no nos separamos nunca, y hasta que tuve diez años ¡dormíamos juntas!

—Sí, Lili, tienes toda la razón, qué buenísima madre ha sido, y qué buenísima hija… Creo que no la he valorado lo suficiente. En mi educación no hay lugar para el sentimentalismo y creo que he cometido un grave error con ella.

—No, abuela, tampoco es así. Mamá sabe cómo eres y tenía, para compensar, la cercanía del abuelo. Creo que siempre ha sabido que entre los dos hacíais un estupendo equipo.

—¿De verdad lo crees? —Sophie estaba afectada pensando en su frialdad con su hija—. ¿Tú crees que ella lo ha visto así?

—Claro. —Lili le dio un beso—. Te quiere muchísimo, igual que yo a ti. Siempre me dice que somos un trío de mujeres fuerte y unido.

—¡De verdad! ¡Oh! Me está entrando una angustia… Me gustaría que estuviera aquí conmigo para abrazarla. La echo mucho de menos, ella lo es todo, y con su serenidad y amor ahora me estoy dando cuenta de que me ha ayudado más ella a mí que yo a ella. Creo que en sus peores momentos yo no he estado a la altura. —Y comenzó a llorar.

—Abuela, no te pongas así, mamá ahora es una mujer feliz que está viviendo una vida que hasta ahora no había podido disfrutar. William la adora y ella a él. Precisamente creo que es la vida que se merecía desde el principio. —Lili se emocionó—. Pero, como me tuvo tan joven, no la pudo disfrutar. Ella siempre me dice que mucho mejor que haya sido así. Que una mamá joven puede ser más amiga de su hija, como nos ha pasado a nosotras, y que así hemos sido una pareja las dos toda la vida. Mamá es optimista, siempre hace que lo malo se vuelva bueno, ¿no te has dado cuenta?

—Sí, Lili, sí, ahora estoy viendo y admirando más que nunca a mi hija. Ya lo decía George, que era un alma libre, buena e inteligente, pero yo siempre persiguiéndola con las dichosas normas sociales, con el qué dirán. Creo que, si ella ha sido alguna vez desgraciada, ha sido por mi culpa.

Lili se acercó a su abuela, la abrazó, la besó y acarició su melena rubia. Le daba pena que ella,

ya mayor, se hubiera dado cuenta tan tarde de sus fallos…, pero seguro que tendría tiempo de remediarlos.

* * *

—Señora, tiene una visita —le anunció Jadson, el mayordomo, cuando Sophie se encontraba todavía en su habitación después de disfrutar de una pequeña siesta.

—¿Yo? ¿No será para mi hija? Aquí no me conoce nadie, bueno, mejor dicho, casi nadie.

—Es la señora Campbell, dice que son vecinos. Que es la propietaria de la casa más cercana a la de usted.

—¿Y qué querrá esa señora? No la conocemos, no creo que la haya visto nunca.

Sophie se acordó entonces: habían pasado ya cerca de veinte años desde que se hicieran la casa y ella obligara a su marido y a su hija a no acercarse a esa «gente tan vulgar».

—¡Aaaah, sí, sí ya sé quién es!, aunque no la conozco, pero hágala pasar. La recibiré en el salón de la chimenea.

Sophie se arregló un poco el pelo y se cambió el jersey por una blusa de seda y una falda pantalón que con sus botas le daba un aire muy juvenil. En el fondo, pensó, ¡lo que había cambiado! Parecía ahora más joven y dinámica que hacía diez años, y ahora le hacía especial ilusión recibir a alguien en la casa. Desde que Lili estudiaba en la universidad estaba tan vacía.

Bajó las escaleras con la dignidad con que siempre lo hacía. Sophie Edwards estaba educada para no salirse del protocolo nunca, y para estar siempre correcta, amable, pero con una aparente frialdad que le hacía más interesante y regia, aunque a veces poco simpática.

—Buenas tardes, señora Campbell, encantada de conocerla.

—Gracias por recibirme, señora duquesa.

—No, duquesa es mi hija. Por favor, llámeme Sophie.

—Encantada, yo soy Alice Campbell, ya sabe, los vecinos más cercanos a su casa.

—Siéntese, Alice, nos tomaremos un té, si le apetece. Ya he dicho que nos lo sirvan. Jadson vendrá enseguida

—Me encantará. —Y se sentó en el bonito sofá de terciopelo—. Sophie, déjeme darle la enhorabuena por la maravillosa casa que tiene, casi es un palacio, es impresionante. Ha tenido usted mucho gusto en la decoración, es imponente.

—Bueno, no todo es mérito mío. Más bien he redecorado algunas cosas, algunos rincones, pues esto pertenece a la familia de mi marido desde hace varias generaciones. Ahora en lo que me he entretenido mucho es en decorar las habitaciones de mi hija, que se casó hace dos años, y de mis nietas gemelas.

—¿Tiene ya nietas? ¿De Violet?

—¿Pero conoce usted a mi hija? ¿Cuándo ha estado con ella?

Alice se dio cuenta de que Sophie no sabía que su hija y ella se conocían y que se habían visto en varias ocasiones. Todo lo iba acumulando en su interior y le hacía pensar con más claridad que ella tenía razón en su intuición. El hecho de que Violet se lo ocultara a su madre era también un signo de la verdad de los hechos.

Sophie le sirvió el té en una preciosa taza de porcelana inglesa decorada con flores rosas y malvas. Alice se dio cuenta enseguida de que era de Rosenthal, pues uno de sus mayores caprichos cuando vinieron a Bath a vivir fue conseguir una que al final terminó comprando por un valor bastante elevado. Por supuesto, la cubertería era de plata, con las iniciales grabadas, y el

cake que le sirvió en un plato de la misma vajilla era hecho en casa, de zanahoria con nueces y canela, muy jugoso y sabroso.

—Muchas gracias, Sophie, ¡está exquisito!

—Me trae muchos recuerdos este *cake*, pues es el preferido de Violet, mi hija. Ella siempre nos lo hacía por las tardes, además de que las zanahorias son de su huerto ecológico, porque sabe que ella ha creado una gran empresa ¿verdad?. Aquí mismo, en nuestro campo.

—Sí, sí, claro que lo sé. Lo sabe todo el mundo en Bath, y se la admira mucho por ello.

—Sí, Violet vale mucho, es una hija maravillosa. Ahora, ¡por fin!, es feliz, ¿sabe?, ella no ha tenido una vida fácil.

Alice creyó morirse en ese momento. Todo se le agolpaba en la cabeza y el corazón le latía tan rápido que no podía casi ni respirar. Empezó a pensar en la pobre Violet, todo coincidía y pensaba en que el drama, seguro, se iba a confirmar en unos minutos.

—Sophie, ¿y ahora vive usted sola en esta casa tan grande?

—Bueno, no, sola siempre, no. Mi nieta Lili está en la universidad; viene todos los viernes a pasar el fin de semana. Ella nació aquí, le encanta montar a caballo y mientras su madre está en la India, pues su marido es el nuevo embajador, Lili sigue vigilando que se cumpla bien el trabajo de su madre. Además, me acompañan el mayordomo y la cocinera y, por supuesto, Connor, su mujer y su hija Poppy, los guardeses, a los que consideramos como de la familia.

—Siempre creí que usted vivía en Londres, no sé por qué. Quizás en Bath me lo comentó alguien.

—Sí, sí, yo era absolutamente urbana, no me gustaba estar aquí más de dos días. Pero desde que falleció mi marido, es posible que por mi soledad, me acerqué más a Violet y Lili, y ahora no me planteo estar lejos de ellas. Mi hija y mis nietas son mi vida. También mi yerno, le quiero muchísimo… Pero Lili es especial.

A Alice le empezó a temblar la mano. No sabía cómo decírselo, no podía calibrar el disgusto que le iba a dar, sabía que sería demasiado para ella, pero tenía que hacerlo. Su hijo estaba sufriendo demasiado y ella también. Llevaba ya muchos años con esa sospecha y ahora casi con la absoluta certeza.

—Sophie, yo también soy abuela, ¿sabe? De un chico, y mi marido y yo también vivimos ahora solos en la casa, pero desde que elegimos venir aquí sabíamos que sería nuestro hogar definitivo.

—Lo comprendo. Me han dicho que su casa es muy bonita, que la hizo un prestigioso arquitecto. —Sophie todavía recordaba los improperios que había dirigido contra aquel arquitecto.

—Sí, buscamos al mejor, o al que creímos que era el mejor. Estamos muy a gusto, aunque también un poco solos. Mi marido se pasa el día paseando por el campo, es un gran amante de las flores y las estudia y las selecciona exhaustivamente: es su pasión. No creo que exista ni una sola planta de la comarca que no conozca. Además, lee mucha poesía, es un amante de los poetas románticos ingleses, y también de los europeos. Así pasa el día. Yo, en cambio, le doy más vueltas a todo, me meto algo en la cocina a hacer repostería, porque como mi marido está algo delicado de salud, no salimos demasiado.

—Alice, debería venir alguna tarde a tomar el té con un grupo de amigos que tengo en Bath. —Se rio Sophie mientras invitaba a su vecina—. No hacemos nada especial, pero el comentar la actualidad y saber algo de la vida de los demás te motiva y te anima. A mí, por lo menos, me está dando muy buenos resultados… Me arreglo, me maquillo… En fin, algo distinto que espero cada tarde con alegría.

—Sophie, ¿y no se pregunta por qué estoy aquí?

—Sí, Alice, claro, no hago más que pensarlo, pero ya no tengo prisa por conocer las cosas. Si le digo la verdad, me ha gustado su compañía, no me importa demasiado por qué ha venido.

—Mire. —Y Alice, temblando, sacó una fotografía de su bolso, que acto seguido entregó a Sophie—. Mire esta foto con detalle, por favor, ¡mírela!

Sophie la cogió y con tranquilidad la dejó en la mesita mientras se ponía las gafas para ver de cerca.

—Perdone, Alice, es que no veo bien… La vida pasa factura y las gafas son una de ellas.

Se ajustó en la nariz unas bonitas gafas de carey, pequeñitas, ovaladas y muy chic; todo en Sophie era especial. Cogió entre sus manos la fotografía y se la acercó a sus ojos. Primero puso cara de extrañada, luego sonrió, y por encima de los cristales de sus gafas miró a Alice.

—Qué foto más extraña de mi nieta, si más bien parece un muchacho. ¿De cuándo es? No reconozco ni su ropa. ¿Cómo la consiguió?

Alice no pegó un grito, pero a punto estuvo, las lágrimas asomaban a sus ojos, aunque las retenía; no quería comenzar el «cara a cara» tan emocionada. Entonces sacó de su bolso otra fotografía y se la entregó también sin decirle nada.

Sophie la recogió y la miró todavía con más interés.

—No entiendo qué me está queriendo enseñar… Se parece a Lili, pero este de la foto es un niño, un chico.

—Sí, Sophie, es mi hijo Andrew.

—¡No me diga! —exclamó Sophie sin darse cuenta todavía de la trascendencia de lo que estaba sucediendo—. Pues es impresionante lo que se parece a mi nieta, sobre todo en los ojos, en la mirada. Me está dando un escalofrío.

—Sí, son iguales. Evidentemente Lili en femenino, y además muy femenina, en eso es igual que su madre. Pero, señora de Grosvencer, no me queda otro remedio que decírselo: mi hijo Andrew es el padre de su nieta…, nuestra nieta. Lo puede ver por las fotos y por muchas cosas más. ¡Estoy completamente segura!

—Pero ¡qué tonterías dice! —gritó Sophie, llevándose la mano a su boca—. ¿Por qué me viene ahora a contar semejante mentira? Lili tiene ya dieciocho años…

—Lo sé, lo sé, y vengo destrozada y casi sin aire que respirar para aclarar esto entre las dos, Sophie, nosotras somos sus abuelas.

—No, por favor, le pido que no diga semejante mentira en mi casa y le ruego que se vaya. ¡No la creo, no la puedo creer!

—Sophie, no se ponga nerviosa, no me iré hasta que no se tranquilice y le cuente lo que creo que sucedió porque directamente no sé nada, todo son suposiciones, pero basadas en una realidad tan clara que hasta, como ha visto, la niña es idéntica a su padre.

Sophie seguía mirando las fotografías, a la vez que con un pequeño pañuelo bordado secaba sus lágrimas. «¡Oh, George, George! ¿Será verdad? ¡Ayúdame!», pensó, invocando a su marido en silencio.

—Sophie, nuestros hijos se conocieron una tarde que Violet vino a casa con Poppy, cuando todavía era una adolescente, y mi hijo y ella debieron de quedarse prendados los dos. Yo nunca supe que se habían vuelto a ver, ni que tenían una relación seria, nunca supimos nada… ¡Violet me hubiera encantado para mi hijo!

—¡Por favor, no siga, no siga!

—Sophie, voy a seguir porque esto lo tenemos que arreglar. No es justo para mi hijo, ni para

nosotros, sus abuelos, pero sobre todo no es justo para Lili.

—Pero Lili sabe que no tiene padre, que nunca lo ha tenido, y es una niña maravillosa y feliz.

—Lo sé, lo sé, la he visto un par de veces, y así es, como usted la describe. Es maravillosa, es elegante y educada, es bellísima… Pero cuando se celebró la boda de su hija en la abadía y las fotos salieron en los periódicos, mi hijo las vio y se quedó impactado y estremecido. Yo le pregunté, lógicamente, si podría ser el padre de esa niña tan sumamente parecida a él. Le pregunté directamente si había tenido relaciones con Violet y me lo confirmó, Sophie, me dijo que sí.

—Oh, no, por favor, ¡mi pobre hija!

Entonces, la señora Campbell empezó a narrar, también entre sollozos, que su hijo, por desgracia, se tuvo que casar con una compañera de universidad porque estaba embarazada, que suponía que él no conocía el embarazo de Violet, pero que Andrew, un fabuloso cirujano de corazón, había sido desde entonces el hombre más desgraciado de la tierra. Que nunca fue feliz con su esposa, de la que ya estaba divorciado, y que ahora, al ver las fotografías, vivía obsesionado con su hija Lili.

Sophie Edwards, la siempre protocolaria y ceremoniosa duquesa, no pudo conservar la serenidad. Lloraba en silencio y con desconsuelo. Pensaba en Violet, en lo poco que la ayudó y en lo mucho que la perjudicó y en que seguro que su pobre hija no le dijo nada porque le había prohibido acercarse a esa familia de tan poca clase y abolengo.

Sophie quería morirse, no sabía hasta qué punto había destrozado la vida de su hija, pero lo podía imaginar, y ahora la vida le devolvía su error de manera cruel… En ese instante se levantó, le temblaban las piernas, pero pudo mantenerse derecha, sin desmayarse.

—Señora Campbell, le tengo que pedir que me deje sola, por favor, abandone mi casa. Espero que me comprenda y que no lo vea como una falta de educación o como un desplante. Me creerá si le digo que en este momento no soy capaz de seguir hablando con usted y que a partir de hoy tendré muchas cosas en las que pensar, meditar y sobre todo preguntar, pero solo lo podré hacer cuando recupere las fuerzas y la serenidad. Ahora estoy hundida, estoy recordando todo lo que mi hija ha sufrido. Ella decidió no decirnos quién era el padre de su hija y quiso quedarse aquí en Bath a vivir. Nunca más volvió a Londres y crio a su hija sola, absolutamente sola, y además sufragándose ella los gastos, pues su padre, a pesar de que la adoraba, así lo quiso. Y Violet ha sido una madre tan entregada, tan tierna, tan enamorada de su hija que lo que ahora me está contando me parte el alma y el corazón. No sé si tendré el valor de hablarlo con ella.

—Lo sé, Sophie, y siento darle este disgusto, pero lo he pensado mucho y sobre todo es de justicia para mi hijo y para Lili que se encuentren si confirmamos que es verdad. Y si piensa que mi hijo no se ha portado bien, tenga por seguro que fue porque nunca supo que Violet estaba embarazada. Andrew es un hombre bueno, maravilloso, muy inteligente y creo que todavía quiere a su hija con toda su alma.

—¡¡Pero si mi hija está casada y enamoradísima, gracias a Dios!! No sabe lo sola que ha estado y durante cuánto tiempo… Alice, no quiero seguir hablando. Por favor, espero que me perdone, pero le diré a Jadson que la acompañe a la puerta. No puedo ni permanecer de pie.

—Lo comprendo, pero le pido, por favor, que, cuando pueda, empiece a indagar, a preguntar, a conocer más detalles. Andrew y Violet tuvieron relaciones y Lili se parece muchísimo a mi hijo. En realidad, solo nos queda conocer los detalles y que Violet en algún momento nos lo confirme.

—Pues yo le voy a pedir una cosa que espero que cumpla a rajatabla. —Sophie se puso muy seria recobrando en apariencia el rigor en sus palabras—. Le pido, le suplico que no se acerque a

Lili, que esto no llegue a oídos de nadie. Tiene que saber que puede hacer mucho daño a dos mujeres maravillosas que solo se merecen ser felices. Tendrá que armarse de paciencia, y, cuando yo me vea capaz, empezaré a investigar. Le prometo que si alguna vez sé algo con certeza, se lo comunicaré

Sophie llamó a Jadson, le dio la mano a Alice y la miró a los ojos. La duquesa viuda tenía los suyos llenos de lágrimas; la señora Campbell, también.

Sophie se sentó en el sofá de terciopelo dorado en el que cada tarde tomaba el té si se encontraba en casa. Pero hoy no podía tragar ni siquiera un poco de agua. Las noticias recibidas por parte de Alice Campbell y las suposiciones casi reales no la dejaban ni respirar.

¿Sería ella la culpable de que Violet no dijera el nombre del padre de Lili por no molestarla? ¿O tal vez, al tenerse que casar Andrew con su compañera de universidad, había abandonado a su hija y ella no le dijo nada de su embarazo? Todo se amontonaba en su cerebro, no dejaba de pensar en pequeños detalles que pudieran arrojar luz a la historia que acababan de contarle… Sophie recordó cuando en una cena de sábado ella le dijo que el vecino se iba a casar porque esperaba un hijo y Violet se mareó, no pudo cenar y perdió el color de su cara. También recordó cómo su hija había insistido algo más tarde en que no sabía quién era el padre de Lili: claro que lo sabía, pero no podía decirlo. Se acababa de enterar que también iba a tener otro hijo con otra mujer… «¡Pobrecita mi pequeña Violet! ¿Cómo pude creer semejante tontería y no ayudarla?», se recriminó.

—Jadson, por favor, ¿puede llamar por teléfono a Poppy, a su casa de Bath, ella duerme allí, y pedirle si puede acercarse ahora a casa? Necesito hablar con ella.

—Claro, señora, ahora mismo la llamo.

Y mientras esperaba la respuesta, por la cabeza de Sophie fueron pasando, como en una película, los últimos veinte años de la vida de Violet, de su vida en familia, de George, su esposo, que entendió la fortaleza de su hija desde el primer minuto y la pudo ayudar con su cariño disfrazado de sabiduría. Jadson la sacó de sus pensamientos:

—Señora, Poppy vendrá ahora mismo. Me ha dicho que en diez minutos estará aquí.

—Perfecto, Jadson, prepare cena para las dos. Seguramente se quedará a cenar conmigo o, por lo menos, eso espero.

—De acuerdo, señora.

A los pocos minutos Sophie oyó cómo el coche de Poppy recorría la gravilla del jardín, se paraba el motor y ella cerraba con fuerza la portezuela. Poppy había cambiado mucho de vida desde que era socia de Violet. Su fabuloso trabajo la había hecho, igual que a su hija, tener importantes beneficios y una vida mucho más cómoda e independiente.

—Lady Sophie, ¿le pasa algo?, ¿se encuentra mal?

—Un poco, Poppy, pero no de salud…

—¿Entonces de qué? ¡No me preocupe! He venido a tanta velocidad… He creído que le pasaba algo… ¿Son malas noticias de Violet o Lili?

—Bueno, siéntate, Poppy, aquí a mi lado. Tú, ahora mismo, eres la familia que tengo aquí y necesito hablar contigo. Me tienes que decir la verdad. Estoy mal, muy mal, Poppy, no sé cómo empezar. Estoy muy nerviosa.

—Bueno, tranquilícese. —La abrazó y le besó la frente, y Sophie recibió muy agradecida ese detalle de cariño. ¡Si se lo llegan a decir hace unos años, no lo hubiera creído!

—Poppy, mírame a la cara, te voy a hacer una pregunta y me tienes que contestar con absoluta sinceridad. Es importantísimo que sea así.

—De acuerdo, lo haré. —Poppy imaginó de qué podía tratarse y fue como si le estuvieran poniendo una soga al cuello.

—Poppy, ¿sabes quién es el padre de mi nieta Lili? Te repetiré la pregunta, por si no has oído bien: ¿sabes quién es el padre de Lili?

Poppy sintió como si la estuvieran asfixiando. Jamás hubiera deseado enfrentarse a semejante cuestión, y con el paso del tiempo creía que se había librado de ello, pero estaba claro que a la persona que tenía delante alguien le había dicho algo.

—Lady Sophie, ¿por qué me pregunta eso a mí? Si lo supiera, sería por Violet, y ella es la primera que dice que no sabe quién es.

—Eso ya lo sé, pero ¿y tú la crees? ¿Crees que de verdad mi hija no sabe quién es el padre? Ahora me doy cuenta de su enorme sacrificio y de mi ceguera… Todo lo hizo seguro por no hacerme más desgraciada y la que fue absolutamente desgraciada fue ella. Por favor, Poppy, ¡dime quién es!

—No podría decírselo, pues Violet nunca me lo ha dicho… —Poppy no quería mentir y con esta confusa contestación salía del apuro, pues Violet nunca se lo tuvo que decir, ella ya lo sabía —. Pero ¿qué ha pasado para que ahora me pregunte usted eso? Hace ya muchos años, ya no nos importa a nadie, ni siquiera a Lili.

—Ya, es verdad, eso creía yo, pero, al parecer, no es así. Ha venido esta tarde a verme una señora, nuestra vecina, la señora Campbell. Por cierto, me ha dicho que Violet y tú fuisteis un día a su casa y que allí conocisteis a su hijo, ¿es cierto?

Poppy creyó morir. No sabía qué decirle, no sabía si contar la verdad o mentir para tranquilizarla. Cualquier cosa estaba mal, pues ella no era la indicada para confesar esa paternidad. Y entonces decidió que lo lógico sería mentir, aunque lo menos posible.

—Señora de Grosvencer, de verdad que no le puedo decir nada sobre lo que me pregunta. Pero no se mortifique, lo lógico, lo idóneo es preguntarle mañana por teléfono a Violet y contárselo todo. Y creo que Lili no debe enterarse de nada.

—Por Dios, mi niña, mi pequeña, que no se entere de nada. Y a Violet tampoco la quiero preocupar. Pero, Poppy, esta señora me ha enseñado dos fotos de su hijo, de Andrew, y en una de ellas he creído que era Lili de pequeñita: eran casi iguales. ¡Es terrible! Creo que tiene razón, los ojos son idénticos y la mirada es de escalofrío. ¿Qué debo hacer? Dime algo, por favor, solo te tengo a ti…

Poppy sintió demasiada lastima por esa bella mujer que había cambiado tanto de manera de ser para adaptarse a sus actuales circunstancias, se había vuelto más humana, más cercana. Si ya le conmovía antes, ahora, esta noche, le emocionaba como si fuera su madre.

—Lo primero que vamos a hacer es tranquilizarnos y pensar con serenidad qué hacemos. Deberíamos cenar y después irnos a descansar. Yo esta noche me quedo a dormir aquí, en el cuarto de soltera de Violet, ¿le parece? Mañana hablaremos.

—Oh, sí, muchísimas gracias, muchísimas gracias…

34

En Delhi, Violet, después de casi un año viviendo allí, era la mujer más admirada de la sociedad política, financiera y sobre todo del colectivo femenino.

El enorme contraste de su vida la había convertido en una persona envidiada por algunas y querida por la mayoría. Además de ser la mujer más elegante de fiestas y reuniones —sus *looks* siempre llamaban la atención por su estilo—, se había volcado —como hacía siempre con aquello en lo que creía— en ayudar a las monjitas de la caridad, a los niños del orfanato. Quería que su vida allí fuera también interesante y solidaria, y las fiestas y visitas a los magníficos monumentos y ciudades de ese país no lo eran todo para ella.

Era duquesa, algo que impresionaba a todos los que la rodeaban, y rica heredera, y además estaba consiguiendo importantes ingresos con su empresa agrícola en Bath. Tenía dinero y podía gastarlo sin dar cuenta a nadie, una independencia que pocas mujeres tenían en Nueva Delhi. Su círculo de amigos lo veía y la admiraban por ello. Dicha independencia la hacía ser de las pocas mujeres que tenían voluntad y decisión propia, característica que a su marido le encantaba.

Violet de día vestía casi como una intocable. Se la podía ver por las calles trasladando niños al colegio, con su sombrero de paja y sandalias abiertas, sin maquillar, y siempre sonriendo y canturreando… De noche, en cambio, se mostraba impactante… Era desde luego una mujer única, cada día más bella. Intrigaba tanto por su manera de ser como por su fabulosa presencia, y lo mejor de todo: no parecía que le importara nada ni nadie, y eso era una virtud o defecto difícil de encontrar.

La India y su pobreza la obsesionaban. Eran dos mundos muy distintos e injustos, y sabía que tenía poco tiempo, que como mucho estarían allí solo dos años más, que tenía que pensar en hacer algo duradero para esos niños.

* * *

—William, mi vida, siéntate aquí conmigo. —Estaba en la piscina, en una de las tumbonas al borde del agua—. Túmbate y relájate, que tengo que contarte algo.

—Bueno, bueno, me estoy imaginando otra idea de las tuyas… ¡No me asustes, Violet, que llevas unas semanas tranquilita, y me temo lo peor!

—No, de verdad, es muy bueno y te gustará.

—Vale, hazme un sitio en tu tumbona y me pongo a tu lado. Así, a la vez que me cuentas, te puedo abrazar. —William era un verdadero cielo, cariñoso, y me mimaba mucho, demasiado.

—Capitán, he decidido hacer un huerto para el orfanato de las madres misioneras. Y ya he comprado el terreno. —Le miré de reojo. Se quedó de piedra.

—¿Que has comprado qué? ¿Que te has comprado un terreno en Nueva Delhi?

—Bueno, más bien que les he comprado un terreno a las monjitas. Se lo hemos regalado tú y yo. Ya está hecho. No ha sido nada caro, no te preocupes.

—Pero, Violet, ¿para qué, si se puede saber? Lo que hagas con tu dinero solo lo decides tú, que siempre he sido muy respetuoso en eso y aunque lo perdieras, no me importaría, pero ¿por qué no me has preguntado antes? ¿No confías en mí?

—Sí, solo confió en ti, pero es que esto lo tenía que hacer a la fuerza. Es como si te tuviera que preguntar si puedo quererte o no… Te quiero y te quiero, y esto lo tenía que hacer sí o sí.

—Vaya, pues entonces a tu sí no hay no, ¿verdad?

—En esto va a ser así. —Y le sonreí y le besé, aunque William no lo aceptó muy bien.

—¿Y se puede saber dónde está y qué vas a hacer allí?

—Sí, claro, si quieres vamos ahora mismo a verlo. Está en las afueras, pero muy cerca, y vamos a plantar lo mismo que tenemos en Bath. He pensado que lo mejor que podíamos hacer era dejarles para siempre un terreno donde poder tener una huerta grande, fructífera, para que puedan consumir verduras, hortalizas y frutas frescas y sanas. Ellos mismos lo cultivarán, yo les enseñaré a hacerlo, y tú y yo estaremos siempre orgullosos de saber que cada temporada estos niños comerán zanahorias, patatas y calabacines frescos, naturales. Todo eso es una fuente de vitaminas y de salud. ¿Te imaginas la de papillas que podremos hacer para los bebés? —William, tumbado todavía a mi lado, empezó a moverse inquieto. Me miraba absorto y vi que la emoción inundaba sus ojos.

—Pero, mi vida, me estás emocionando… No puede ser más bonito lo que has pensado. Eres tan especial, tan distinta a todas las mujeres…, y tan distinta también a todos los hombres, siempre pensando en los demás, ¡en trabajar para hacer un mundo mejor! Y te agradezco que me hayas involucrado hablando en plural, en nosotros… Yo también ayudaré a plantar y a cosechar, tú me enseñaste mucho en Bath, ¿recuerdas?

—Sí, es verdad, y qué bien lo pasábamos, aunque a ti los tomates ya te ponían de los nervios muchas tardes…

William, riendo, me abrazó, y nos fundimos en un apasionado abrazo. Frente a frente en la estrecha tumbona, comenzamos a recordar nuestra corta e intensa vida juntos. Llevábamos ya tres años de matrimonio y no nos habíamos separado nunca, pero habíamos conseguido realizarnos cada uno por separado, hacer lo que nos gustaba o lo que profesionalmente teníamos que hacer, respetando nuestro espacio.

—¿De verdad, William, que me ayudarás?

—Por supuesto, nunca podría decir que no a ese proyecto.

—Pues, mi vida, como me lo imaginaba, ya te he comprado a ti también una pala y una azada, y unos guantes y unas botas de goma. Es que te conozco muy bien… ¡Por fin vuelven mis manos a la tierra! Me muero de la emoción por sembrar de nuevo y junto a ti. —Y le besé con tanta fuerza que salté sobre él y me tuvo que coger en brazos.

—Piernas largas, pero no sabes lo que has hecho… Te tengo en mis brazos y ahora mismo nos vamos tú y yo… ¡al agua! —Los dos caímos como dos bombas en la cristalina piscina…, y buceando nos abrazamos bajo el agua y nos besamos. Éramos el uno para el otro, estábamos muy bien juntos, nos reíamos, nos entreteníamos… Nos gustaba estar con gente, pero no la necesitábamos, sobre todo yo, que he sido siempre muy individualista.

* * *

Mi sueño empezó a tener forma, y cada día, después de dar los biberones y papillas a los bebés del orfanato y de lavar la ropa y cambiar los pañales, dos monjitas venían con nosotras al terreno para empezar a distribuir en parterres las distintas siembras.

Allí nos esperaban otros dos operarios, que serían los que en principio trasladarían la tierra y el abono, además de un fontanero para proyectar y colocar el sistema de riego. Allí no podía faltar nunca el agua, pero ya nos avisaron de que era una zona sin problemas en ese aspecto.

Evidentemente, el huerto no podía ser tan bonito como el de Bath, sobre todo porque que nada podía igualar el intenso verde de nuestro campo inglés, pero eso no importaba. A nuestro favor teníamos una temperatura media de veintitrés grados a lo largo de todo el año, no había heladas, aunque, a cambio, teníamos los monzones. Pero, en principio, las características eran tan buenas que nos animamos también a plantar flores, como el alhelí, el jazmín, el hibisco y hasta aloe vera. Todas ellas podían servir para venderlas y ser también fuente de ingresos para el orfanato. Las tuberías que estábamos instalando harían un recorrido exhaustivo por la parcela para que no faltara el agua en ningún rincón. Recibí semillas de Inglaterra y compré otras en Nueva Delhi, porque las que allí se vendían se adaptarían mejor al tiempo más seco y cálido.

Cada día, por la tarde y tras el trabajo, las monjitas, Latika, William y yo nos remangábamos la camisa, nos poníamos nuestras botas —también se las compré a nuestras compañeras de trabajo —, y nos dedicábamos a remover la tierra con el abono, a sembrar delicadamente cada semilla o cada mata, a regarlas una por una, pues al principio había que hacerlo así, y a esperar, con nuestro optimismo habitual, verlas pronto crecer.

El huerto era grande, con proporciones suficientes para llenar varias despensas cada día, pero es que había mucha gente con hambre, y no solo niños, también ancianos a los que la vida había tratado casi siempre como a perros.

La noticia pronto recorrió la ciudad, y una mañana y sin saberlo, William, Latika, las dos monjitas, las gemelas y yo salimos en la página de portada del *Times of India*, el periódico más leído en Nueva Delhi, escrito en inglés, lo que quería decir que era el periódico que todo el mundo cercano leía. Y lo que se decía junto a la foto era bonito, no se metían con nosotros para nada, quizás todo lo contrario, pero a William le preocupó. Un embajador no puede y no debe estar «en los papeles» si no es por su trabajo oficial, decía sin parar mi marido obsesionado por las consecuencias, y lo peor estaba por llegar, pues a los dos días, y como siempre, William recibió el *The Times* británico y volvió a verse fotografiado en la primera página…, en la portada, con la misma noticia y el mismo texto que en Delhi. Por lo visto, en el Alto Comisionado muchas personas le felicitaron, la mayoría le sonreía al verle por los pasillos, la información que daban era correcta y para nada negativa, pero para mi marido estaba suponiendo un auténtico suplicio. A decir verdad, lo único que le importaba era perder la confianza de la reina al ser enviado allí como su representante. Ella había influido en ese nombramiento y a William le dolía que pudiera pensar que quería llamar la atención, que no estaba siendo discreto…, aunque la verdad era que tampoco sabía por qué iba a ser negativo.

Vivimos unos días preocupados, nerviosos, lo único que podía devolvernos la tranquilidad eran noticias directas de Londres, y para más señas del Foreign Office. Ya daba igual que fueran buenas o malas, por lo menos sabríamos cómo había sido acogida esa fotografía tan poco atractiva.

El titular decía: «El representante del Reino Unido en el Alto Comisionado en Nueva Delhi y su bella esposa se remangan para trabajar en un huerto para alimentar a los desfavorecidos…

Junto a una amiga y dos monjitas de las hermanas de la caridad, trabajan cada tarde sembrando verduras y hortalizas para las papillas de los bebés del orfanato».

—Pero, William —le dije, intentando parecer contenta—, no ves que es maravilloso lo que ponen. Es rigurosamente cierto, y yo creo que más te va a servir para bien que para mal.

—Violet, si no es eso, si es muy bonito, pero es que el hecho de salir puede parecer que busco notoriedad, o que quiero dar la imagen de que hago más que otros. En fin, en esta profesión la ausencia de noticias son las buenas noticias. ¡No me gusta nada, Violet, y me preocupa de verdad!

—En el fondo, te entiendo. ¡Cuánto lo siento! ¿Quién lo habrá descubierto?

—Eso ya da igual y, además, te diría que tú sigas yendo con Latika y las hermanas, no dejes de hacerlo, es un proyecto maravilloso, pero yo no voy a poder acompañarte. Tienes que sentirte libre porque lo que estás haciendo es digno de alabanza y mi cargo actual no tiene por qué perjudicarte… Y te digo más. —William empezaba a calentarse él solo, todavía nadie había dicho nada malo, pero se estaba convenciendo a sí mismo de que podrían caer rayos y truenos—. Si no les parece bien que tenga notoriedad por acompañarte y ayudarte, solo les diré que perdonen mi falta de prevención, no soy embajador de carrera, quizás he pecado de naturalidad, pero tú y yo seguiremos haciendo este huerto. ¡Violet! —gritó—, me estaba volviendo loco, no me importa nada, solo le pediré disculpas a la reina, ella es la única que de verdad se las merece, y a ti también por preocuparte con mi cobardía. ¿Sabes qué te digo? Ponte el sombrero y las botas, que nos traigan a las niñas y nos vamos los cuatro a regar nuestra pequeña hacienda. ¡Estoy orgullosísimo de ti, Violet!

Yo le miraba extasiada, incrédula, escuchaba a mi superatractivo marido cómo estaba sufriendo una auténtica mutación por amor hacia mí. Lo que empezó con una especie de *mea culpa* estaba terminando en una auténtica declaración de intenciones en contra de todos y a favor de su queridísima esposa. ¡Qué maravilla lo que estaba oyendo y viviendo! ¡Desde luego, era una privilegiada, la vida me sonreía y lo hacía con el mejor de los hombres!

—William, mi vida, bésame, hazme lo que quieras…, eres increíble. —Y nos reíamos a la vez que nos relajábamos al haber mandado, literalmente, a todo el mundo «a la porra»—. Subamos a la habitación juntos, allí nos cambiamos y nos vamos, pero antes te quiero besar y quererte mucho mucho…

—Violet, qué confundido he estado, qué estupidez. ¡A quien no le guste que se aguante! Y si hace falta, volveremos a Inglaterra; tampoco pasaría nada.

—Pues claro, capitán, yo me voy contigo al fin del mundo.

—¿De verdad, piernas largas? ¿De verdad que estarás siempre conmigo? Tú y nuestras tres hijas sois lo único que me importa. Solo de pensar que por culpa de unos comentarios en la embajada he podido preocuparme de esa manera. Perdóname, cielo, a lo mejor el problema no eres tú y tus circunstancias, el problema es que yo estoy donde no debo. Me gusta, me encanta mi trabajo, pero, si nos vamos, no me pasará nada.

—¿Y qué es lo que te han dicho o has oído para ponerte así?

—Nada importante, pero he visto a los más cercanos a mí cómo se miraban entre ellos, sonreían, pero «de aquella manera». Quizás hemos sido poco prudentes o quizás somos una pareja que levanta ciertas envidias o recelos, no lo sé. Decir, decir no han dicho nada, pero a veces las palabras sobran. Y sé que en Londres igual. «Que si se me nota que no estoy preparado para el cargo, que tengo aires de grandeza, que si lo que quiero es hacer carrera política en vez de representar a la Corona»… En fin, demasiadas cosas.

—¿Pues sabes lo que te digo? —grité con ganas— ¡Que a nosotros también nos van a sobrar las palabras! Dejemos de hablar y quiéreme mucho, mi atractivo e inteligente esposo. Aquí te estoy esperando impaciente… —Y le sonreí desde la cama.

William, cuando me veía así, tan cariñosa, «se derrumbaba», por decirlo de alguna manera, y se entregaba del todo… Se acercó mientras se quitaba la camisa sin dejar de mirarme. Era demasiado guapo y en aquel momento lo estaba todavía más por el bronceado de su cara, que resaltaba sus ojos casi verdes. Mientras venía hacia mí, me sonrió, mirándome con mucho amor, muchísimo. La pasión vendría después, ahora me necesitaba: lo había pasado mal y debía tenerme cerca. Y yo le iba a querer de verdad, para que se sintiera seguro, para que supiera que los dos éramos uno y que nuestro número preferido siempre sería el dos, ¡él y yo!

—¿Sabes qué digo, piernas largas? —¡Oh, maravilla, William volvía a ser el mismo!—. Que la suerte que tengo contigo alguna vez me pasará factura. No puedo ser el hombre más afortunado sin sufrir por todo lo que tengo.

—¿Eso crees? Pues no te lo consiento. No atraigas malos augurios. Tú y yo ya hemos pasado bastante… Tú y yo, a disfrutar mientras podamos. —Y tumbados en la cama nos miramos de frente, mientras él me acariciaba suavemente la cara y me despeinaba mi larga melena. Le encantaban mi pelo y mi coleta de caballo, decía que junto con mis piernas eran el principio y el final más exótico que había visto nunca…

—Violet, estoy enamoradísimo —me dijo, acercando su cara a la mía, casi me lo susurró al oído—, cada día más. No sé qué tienes que me enamoro todos los días y siempre con algo nuevo. Eres una mujer… —No terminó la frase y me abrazó fuerte, apretándome hacia su pecho… Estaba muy emocionado.

Entonces preferí vivir ese maravilloso momento en silencio. Le sujeté con mis manos su cara y le besé como siempre hacía, un beso en la frente, uno en cada uno de sus ojos, otro en su recta nariz, para terminar en su boca. Y con cada beso le decía: «Te quiero, te amo, te deseo…».

* * *

A la mañana siguiente, y mientras desayunábamos con las niñas, sonó el teléfono directo; era Poppy.

Yo esa mañana me quedaba en casa y William, al ver que me ponía a hablar, se despidió con un cariñoso beso y me dijo: «Nos vemos por la tarde. Te quiero, rubia».

—Oh —exclamó Poppy—, ¿es William que se va y te dice: «Te quiero, rubia»? Pero qué bonito y qué romántico, Violet. ¡Qué suerte tienes!

—Sí, Poppy, es verdad, nos están pasando muchas cosas, pero siempre estamos juntos y está resultando preciosa esta experiencia. Es muy bonito lo que los dos estamos haciendo, aunque de verdad que os echo demasiado de menos. Estoy deseando volver por fin a Bath y vivir de nuevo allí con todas vosotras, como antes, y que las pequeñas empiecen a vivir como a nosotras nos gusta.

—Pero estás contenta, ¿no?

—Sí, sí, pero, vamos, que no es igual. Que esto, creo, más que una vida es una experiencia, y como tal me lo estoy tomando.

—Bien, te entiendo. Además, os ha venido muy bien salir de aquí y vivir vuestra vida solos.

—Eso es verdad, William y yo siempre hemos sido cuatro, no dos, con Lili y con mamá siempre a nuestro lado.

—Así es. Tú disfruta de esto ahora, que lo otro llegará pronto. El tiempo pasa volando.

—Y mamá, ¿cómo está? Me llama poco últimamente, y, cuando hablamos la encuentro algo preocupada o quizás más seria. ¿Sabes tú algo?

—Sí, Violet, por eso te llamo. ¿Estás sentada? ¿Tienes tiempo para hablar?

—Claro, por supuesto, no me preocupes, ¡habla ya, Poppy!

—Violet, te lo digo directamente y sin tapujos. La señora Campbell, la madre de Andrew, vino el otro día a ver a tu madre y le dijo que Lili es su nieta, que su padre es Andrew.

Creí que me desmayaba. No imaginaba nada parecido, no lo esperaba.

—¡Por Dios, pero ¿por qué ahora? ¿Por qué ha pasado esto? ¿Y mi madre qué ha dicho? ¿Cómo está?

—Impactada, y, en el fondo, cree que es verdad. Por lo visto, Alice, que así se llama, le enseñó dos fotografías de Andrew de pequeño y tu madre creyó que era Lili, aunque vestida de manera rara, como si fuera un chico. La señora Campbell le contó todo. Que tú y yo estuvimos en su casa, que su hijo le confesó que podía ser el padre de Lili, a la que vio en la foto de tu boda… En fin, lo que ya sabes, pero tu madre se creyó morir. Me llamó para que fuera a verla urgentemente. Dormí esa noche en vuestra casa, y ya está más tranquila. Me ha dicho que hasta que no tenga más detalles a ti no te va a preguntar nada y, por supuesto, silencio absoluto con Lili.

—Pero, Poppy, qué espanto, qué horror, y ahora, ¿cómo lo gestiono desde aquí? ¿Qué tendría que hacer? Si le digo a William que tengo que volver a hablar con Andrew, te digo que no lo va a soportar. No aguanta su cercanía, y creo que empiezo a entenderle. Es como una cruz en nuestras vidas, nunca podremos separarnos de él… ¿Te das cuenta, Poppy? Casi veinte años queriendo que volviera junto a mí y, cuando lo hace, me encuentro en una encrucijada.

—¿En una encrucijada? ¿Por qué? ¿Es que le quieres todavía?

—No, Poppy, pero no me resulta indiferente, no logro olvidarlo todo. Son sentimientos encontrados, y William lo nota, sabe que él me abandonó y sabe que, aun así, le quise muchos años.

—¿Y qué hacemos, Violet? Porque la señora Campbell no se va a quedar tranquila, eso ya te lo digo yo.

—No sé, déjame pensarlo. Creo que lo tendré que hablar con William, pero me da miedo, no lo va a aguantar, ¡le superará esta nueva situación! En principio, no voy a hacer nada. Esperaremos a la próxima vez que la madre de Andrew vuelva a aparecer. Si eso sucediera, por favor, dile a mi madre que, si la recibe, sea contigo presente, nunca sola.

—Por lo visto, le ha dicho que tanto su hijo como Lili tienen derecho a saberlo, y no sé, Violet, ¿no crees que puede tener razón?

—Sí, claro, claro. ¿Y nadie le ha dicho a esa señora que su hijo me abandonó y no volvió a mirarme a la cara durante más de diecisiete años? Quizás ahora la que tenga derecho a decidir sea yo, ¿no te parece?

—Pues sí, también es verdad. Dicho así, desde luego. Pero Lili tendrá que saberlo y, por supuesto, se lo tendrás que decir tú. Ella solo se puede enterar por ti. No creo que lo puedas alargar mucho, pues esta señora está también cargada de razones y cualquier día va a su encuentro y se lo suelta o te pide una prueba de paternidad.

—Ya, eso también lo he pensado yo. ¡Maldita sea, Poppy!¡Qué difícil es todo en mi vida! Pero ya te digo que no haríamos la prueba, ninguno tenemos duda de quién es su padre, no hay nada más que mirar a los ojos de mi hija.

* * *

Mientras, en el Alto Comisionado, una llamada de teléfono directa de palacio puso de los nervios a William. Su secretario le comunicó que su majestad quería hablar con él, que al otro lado del teléfono estaba el ayudante de campo, su compañero de trabajo hasta hacía un par de años, más o menos.

—Hola, Anthony, ¿qué tal todo por allí?

—¡La que has armado, William! Aquí tienes de todo, admiradores y detractores. Estás en la cresta de la ola.

—Pues no me gusta nada, Anthony, estoy desorientado. Aquí nadie me ha dicho nada, ni bueno ni malo, es desesperante. Y ahora la reina me llama personalmente. ¿Sabes algo?

—William, conoces como yo que es hermética, que no transmite nunca lo que piensa, pero debe de ser una cuestión personal, aunque también será medio oficial. Acaba de tener su reunión con el primer ministro, igual han hablado algo de ti.

—¡No me fastidies! Creo que te voy a ver pronto por Londres… Bueno, no me importa, no estoy nada arrepentido, además de que seguiré ayudando a mi esposa. Si me fotografían, pues qué le vamos a hacer, mi manera de ser no es hacer las cosas por «el qué dirán».

—Bueno, colega, el secretario de la reina me comunica que te pase con ella. ¡Suerte!

—Buenos días, embajador.

—Majestad, a sus órdenes.

—¿Que tal la familia? ¿Las gemelas están bien en Delhi? ¿Y Violet?

—Todas bien, majestad, disfrutando y trabajando también. Sabe que Violet es imparable.

—Cierto, tiene razón, ¡qué gran mujer! Capitán, seré breve. Esta misma mañana he zanjado con el primer ministro las dudas que tenían en el Foreign Office con su aparente inadecuada actuación, que, por supuesto, he visto hasta con cierta ternura. Sé que todo ha sido sin buscar notoriedad; precisamente yo de eso estoy convencida. Si estaba preocupado, olvídelo ya. —En ese momento William respiró tranquilo. La reina, de nuevo, demostraba su infinito cariño hacia nosotros—. Debemos optimizar los hechos y no ir contra nosotros mismos. Lo que sí le pediría es cierta discreción a partir de ahora en sus actividades personales; tiene una mujer muy especial, llamativa como persona y como personaje, y no le será fácil. Mi llamada es para otra cosa. Como sabe por la prensa y por personas que nos rodean, los príncipes de Gales no pasan por su mejor momento y pronto harán una visita a la India, y Nueva Delhi será su primer destino. Por favor, protéjales y ayúdeles. Todo lo que hacen es escrutado por la prensa y quisiéramos que se viera que su trabajo es imprescindible para la Corona y que lo hacen de manera excepcional.

—Majestad, muchísimas gracias por sus palabras de tranquilidad. Si le digo la verdad, solo estaba preocupado por lo que le pudiera parecer a su majestad. Referente a sus altezas, estaré pendiente, por supuesto, de todo. Espero que sea una visita maravillosa. Le mantendré informada.

—William —le llamó por su nombre por primera vez—, ¿cómo están las niñas, serán preciosas verdad? En la foto parecían dos muñecas.

—Así son, señora, dos auténticas bellezas, muy parecidas a su preciosa mamá.

—Enhorabuena, y me alegro de ver que sigue usted tan enamorado de Violet.

—Más, majestad, más si cabe.

* * *

—¡Violet, Violet! ¿Dónde estás, piernas largas! —Oí a William gritar al llegar a casa.

—William, aquí, ven aquí, estoy plantando unas flores.

Se acercó, me cogió en brazos, dándome vueltas sin parar entre risas y repitiendo: «¡Te quiero, te quiero!».

—Pero ¿qué ha pasado?, ¿qué ha pasado?

—¡Por fin tenemos buenas noticias! La reina me ha llamado en persona y está tranquila. Me ha dicho que han pasado página y que optimizan la situación, aunque no sea la idónea…, y que solo quería hablar conmigo por la próxima visita de su hijo. Vienen a Delhi los príncipes de Gales en visita oficial, y me ha pedido ciertas atenciones especiales hacia ellos, nada más.

—¿Lo ves? Cómo me alegro por ti y también por mí. Vuelve de nuevo la tranquilidad a nuestras vidas, porque podré seguir haciendo lo que quiera, ¿verdad?

—Por supuesto. De todas maneras, ya hasta había pensado que volviéramos a Londres si se ponía la situación incómoda y no me parecía mal.

—Oh, William, ¿de verdad? Pues a mí me encantaría.

—¿No estás a gusto aquí?

—Sí, claro que lo estoy. Me encanta Delhi, me encanta mi vida, mis privilegios para poder ayudar y para tener experiencias nuevas, pero allí están mi madre y sobre todo Lili.

—Sí, lo sé. ¿Y si te vas a verlas o vienen ellas? Pero debería ser después de la visita oficial de los príncipes: tendrás una parte muy importante en la organización. Como esposa del embajador, serás la que acompañe a la princesa, pero desde la embajada te lo organizarán todo. Únicamente te aviso de que tendremos que dar una recepción en casa, seguro.

—¿Qué me dices? ¿Tendré que ser yo su acompañante?

—Lógico, el príncipe tendrá encuentros más de tipo económico, de inversiones de la India en Reino Unido, y viceversa, reuniones políticas con el primer ministro y con la oposición. Y tú deberás ir con Diana para que conozca la parte más humana y desfavorecida. ¡Muy fuerte! ¡Dos bellezas inglesas y casi del mismo estilo! Aunque tú, mi vida, le das mil vueltas.

—William, deja que me ría. Yo más guapa que Diana… Pero si es una belleza. ¡Es impactante!

—Sí, sí, por supuesto, pero ¿y qué eres tú? Para mí, piernas largas, ella es princesa y tú una diosa. —Nos reímos a carcajadas, William estaba exultante; yo, no tanto: no me apetecía demasiado ni la visita ni seguir en Delhi, pero no se lo iba a decir; era su momento, y trabajaríamos juntos. Entonces, le puse a William la mano llena de tierra mojada en la cara, él me tiró al suelo mientras me abrazaba, y empezamos una divertida pelea entre flores, tierra, azadas y besos.

* * *

Las plantas del huerto crecían y los parterres cada vez estaban más frondosos. Las hortalizas ya se veían, todavía diminutas, pero brillantes y bellísimas. Las lechugas ya eran como pequeños capullos que en breve se abrirían, y las calabazas y calabacines sobresalían de la tierra unidos por un cordón umbilical entre ellos.

—¡Qué maravilla! Latika, dentro de nada tendremos nuestra primera cosecha. En un mes más seguramente llevaremos nuestros primeros calabacines y tomates al orfanato… Casi me parece un milagro haber hecho esta pequeña maravilla.

—Violet, eres una mujer muy especial, la más valiente y trabajadora que conozco. A nadie se le ocurriría pensar que con tu estatus estarías cada día arando la tierra y cuidando cada planta con

el mimo y cariño con que nos has enseñado.

—Latika, es que esto es mi vida también en Inglaterra. Sabes que tengo una hija mayor, ¿verdad? Y que soy madre soltera… ¿Te lo había dicho ya?

—Lo sé, Violet, pero no por ti, sino porque los rumores crecen en torno a una mujer como tú, y este rumor también es conocido.

—Pues, Latika, no es rumor, es una realidad, y es lo mejor que me ha pasado en la vida. La tuve con veinte años y fui también «la duquesa escándalo», pero nunca me importó: casi te diría que encontré cierto gusto a esa identidad tan alejada a mi manera de ser. Cuando supe que iba a ser mamá, decidí quedarme a vivir en el campo, y allí, cuando la niña era todavía muy pequeña, empecé a crear una especie de huerto ecológico que al final está siendo un éxito. Por eso sembrar y amar la tierra es lo que mejor se me da.

—Y amar a tu marido y que él te ame, como vemos todos los que os rodeamos todos los días. Violet, eres muy valiosa, yo no salgo de mi asombro. Aquí no hay mujeres como tú, tan independientes y seguras.

—Es difícil ser independiente en un país con tanta precariedad y pobreza. Aquí se vive casi para sobrevivir…, pero cada vez sois más las mujeres que sobresalís en todos los trabajos.

—Sí, desde luego, pero yo hablo de la actitud, de la manera de desenvolverte. Nos queda todavía mucho por hacer.

—Bueno, Latika, ¡pues a trabajar para ello! ¡Desde luego, a nosotras que no nos pongan barreras, que las tiramos!

* * *

Al volver casa, encontré a las niñas en la piscina. Me puse enseguida el biquini, la crema protectora, gafas y pamela y bajé las escaleras corriendo para bañarme con ellas. En ese momento entró también William por la puerta.

—Violet, por favor, tápate un poco, ¿no crees? Vas casi desnuda por la casa, no debes hacerlo…

—Pero si me has dicho que sigamos con nuestra vida. Voy a bañarme con las niñas. Si quieres, te esperamos allí. ¡No seas gruñón! —En el fondo, sabía por qué lo decía y tenía razón. En un país donde las mujeres, hindúes o musulmanas, visten casi siempre cubiertas, desde luego no era lo idóneo, pero, como siempre, aparecía mi gusto por la naturalidad y cierta tendencia a rozar la línea de no retorno…

Pronto cayó la noche. En Delhi se ponía el sol más o menos a las seis y media de la tarde. Yo llevaba todo el día preocupada, inquieta y desorientada. No sabía cómo decirle a William que teníamos el más grave de los problemas con Lili y su «abuela no reconocida», que tendríamos que actuar pronto. Necesitaba su consejo y su ayuda. Así que decidí no demorarlo más.

—Lo siento, Violet, sabes que te quiero con toda mi alma, que por ti moriría y moriré si hace falta —respondió William—, pero esto lo vas a tener que gestionar y que resolver tú sola. Yo no puedo con Andrew, no puedo ni con su presencia ni con el halo que nos acompaña desde el primer día que te conocí.

—Pero yo te conté todo desde el principio, no puedes decir que te haya ocultado nada, ni siquiera cuando vimos a la señora Campbell en el restaurante del hotel, ¿recuerdas? Siempre te lo he contado todo.

—Sí, sí, es verdad, pero, Violet, él me operó, me salvó la vida, y tú estuviste con él mientras yo estaba inconsciente, sin enterarme de nada, y así estuve quince días. Yo eso lo tengo grabado en mi corazón, como tengo grabadas tus palabras cuando te conocí, cuando me confesaste que te considerabas viuda del padre de tu hija, del que seguías profundamente enamorada, ¿lo recuerdas? A mí eso me emocionó, me pareció muy romántico, pero es que ahora el muerto ha resucitado y no nos deja en paz… —dijo, desesperado. No tuve más remedio que sonreír al oírle decir la última frase; sabía que tenía razón.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —repliqué algo nerviosa—, ¿que me vaya a Bath y hable con esta mujer y con mi madre y con Lili? ¡Me tienes que ayudar, William, no sé qué hacer! —Me puse a llorar. Se me iba de las manos el problema y tenía, por lo menos, que saber cómo reaccionar.

—Mira, Violet, no puedo verte llorar. —Me abrazó y me besó con delicadeza. —Ven conmigo. Te ayudaré, claro que lo haré, pero no quiero volver a verle. —Tomó suavemente mi barbilla, me levantó la cara, y, mirándome a los ojos, que yo tenía llenos de lágrimas, me dijo—: Violet, para mí es muy dolorosa la existencia de este hombre, ha sido el amor de tu vida. Tienes que entender mi inseguridad, sé que en ese tema soy vulnerable e intento gestionarlo, pero es que lo que me apetece hacer cuando le veo es darle un soberano puñetazo, de verdad, es lo que haría sin dudarlo… —Puso su cabeza sobre mi hombro y prosiguió—: Te voy a ayudar, lo afrontaremos juntos, pero lo resolverás tú. Yo no hablaré con él. Solo te pido una cosa, una cosa que tendrás que cumplir, y es que le exijas no volver a verle, que Lili es su hija, cierto, pero que es un ser indeseable y cobarde, y que solo solo le verás si algún día se casa Lili y ella es la que le invita. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, William, te entiendo bien. Creo que bastante has aguantado ya. Mil gracias, mi vida, pero seguro que me ayudarás, ¿verdad?

—Claro que sí, no puedo negarte nada, pero tú tienes que entenderme también. Él es tu asignatura pendiente y me obsesiona pensar que algún día puedas volver con él.

—Pero, William, sabes que eso no va a pasar nunca.

—No, Violet, yo no sé nada y tú tampoco. Cosas más raras he visto… ¡No quiero ni pensarlo!

Tenía razón, la vida te enseña que puede pasar de todo… Apartir de ese momento decidí darle a William la tranquilidad y el apoyo que necesitaba para vivir y para organizar la visita de los príncipes. Era cuestión de retrasar el espinoso asunto solamente unos meses. No quería agobiarle más y deseaba que supiera que estaba y estaría siempre en todo junto a él. ¡Me daba tanta pena pensar cuánto atormentaba Andrew a mi querido capitán! Y me mortificaba que hasta pudiera empezar a tener cierta aversión hacia mi hija, aunque solo fuera por ser hija de Andrew, y eso nos podría separar de verdad.

—William, si tú sufres, yo sufro también. Esto se va a terminar para siempre. Perdóname, perdóname… —Le abracé mientras le besaba—. Pero ahora no nos preocupemos por este motivo. Yo retrasaré todo lo que pueda a la madre de Andrew y me dedicaré en cuerpo y alma a ayudarte a conseguir que la visita de Carlos y Diana sea la más perfecta de las que se recuerdan para que te sientas orgulloso de mí. —Me acerqué a él, le acaricié su preciosa cara y le besé suavemente—. William, te quiero con toda mi alma. No dejemos que nada nos separe, por favor.

William me abrazó y me sonrió. No estábamos ninguno de los dos tranquilos, ni contentos; no sabíamos qué iba a pasar: empezábamos a tener problemas que debíamos resolver por separado, y eso me daba miedo… Pero nos queríamos muchísimo, los dos lo sabíamos.

35

En Jaisalmer, la ciudad del embrujo, de exultante belleza y color, Andrew seguía su infatigable trabajo con los desfavorecidos. Ya se había convertido no solo en el médico más famoso de la ciudad, sino también de la comarca, pues eran numerosos los habitantes de los alrededores que solo querían que les viese «el doctor inglés».

Su vida cada vez era más agradable y monótona. Él buscaba la tranquilidad, y si recibía alguna invitación —algo que sucedía muy pocas veces—, le descolocaba su placentera vida de asceta.

Andrew había comenzado, tras volver a ver a Violet en Delhi, a recibir clases de un yogui, aconsejado por el príncipe Amal, que le estaba enseñando a relajarse, a controlar sus emociones por medio de la respiración, a meditar. Los efectos estaban siendo asombrosos y, aunque no se quitaba de la cabeza ni del corazón a Violet, sí veía cómo en sus ojos volvían a brillar el amanecer y los atardeceres, y, lo más importante, la sonrisa de un niño le hacía feliz sin recordarle a Lili, su gran obsesión.

En su relajante y discreta casa, de color dorado, como el resto de la bella ciudad, había pocos muebles, casi todos adquiridos en la zona, aunque había conseguido con cierta facilidad una cómoda cama y un sofá bastante confortable, de factura británica, recuerdo del pasado colonial.

El resto eran cuatro cosas: alfombras de manufactura local, mesitas de té y un armario donde le cabían todos sus enseres, la poca ropa que trajo de Cardiff y los *dhoti* y *kurtas* con los que vestía a diario. Era una manera cómoda y fresca de trabajar y le igualaba a los demás.

Cada día se levantaba al amanecer, hacía los ejercicios de meditación y de yoga en el suelo de su casa, tomaba un té chai —ya se había habituado a ese manjar dulce para empezar el día— y salía a la puerta, donde tenía algunas plantas que regaba y cuidaba como si fuera un maravilloso jardín. Siempre le habían gustado las flores y ¡cómo recordaba cuando caminaba con Violet por el campo buscando el nombre de cada una que encontraban! ¡Qué jóvenes eran y cuánto se amaban! Le revolvía el estómago pensar lo torpe y cobarde que fue y comprobar que el paso de los años finalmente le había demostrado que podría haberse quedado con Violet y también ser padre, no cercano, de Jack. Todo había sido una pura contradicción en su vida, estaba seguro de que lo había gestionado mal, pero que no merecía el dolor que estaba sufriendo.

—Doctor —le llamó Daya, una jovencísima belleza india que cada mañana le ayudaba a limpiar la casa y recibir a los enfermos. Daya, que significa Amabilidad, hacía honor a su nombre, porque trabajaba desinteresadamente y como agradecimiento a Andrew por haber salvado la vida a su padre—, en el hospital quieren saber si hoy irá a ver a sus enfermos por la mañana o por la tarde.

—Por la tarde, Daya. Hoy he quedado con nuestros vecinos aquí, en casa. En breve empezaran a llegar.

—Perfecto. Entonces prepararé su consulta y la camilla con todo lo necesario.

—Muchas gracias, Daya, es usted una maravilla.

La ciudad, fuera de las murallas de la fortaleza, no era ni idílica ni bella. Las vacas paseaban y dormían por las estrechas calles junto a las numerosas motos en las que se trasladaban los vecinos de arriba abajo del fuerte. El ruido de estos ciclomotores era constante. Entre ropa tendida en las ventanas, nudos de cables de electricidad que parecían enormes pájaros negros posados en las paredes y los numerosos perros vagabundos, llamaban la atención mujeres jóvenes y mayores de etnia gitana, que, vestidas con vivos colores y decoradas en exceso con joyas de poco valor, permanecían sentadas en el suelo sobre un ligero paño todo el día intentando vender a los turistas collares y pulseras típicas por unas pocas rupias.

Pero si había algo que a Andrew le gustaba hacer casi a diario era acercase, calle arriba, dentro de la fortaleza, hasta la entrada a un maravilloso lago artificial de agua de lluvia, que parecía un precioso oasis en el desierto. Allí Andrew admiraba cómo las mujeres que vivían en los poblados cercanos al desierto de Thar, cada día, llegaban juntas, como un precioso ramillete, con sus saris de vivos colores fucsias, naranjas, amarillos, para llenar sus bidones de agua en el lago Gadisar, un lugar bellísimo, rodeado de edificios de increíble arquitectura, pequeños templos y santuarios, que se había convertido ya en un lugar de peregrinación.

Andrew, cada mañana, si podía, se acercaba por las calles de la fortaleza hasta la impresionante puerta de piedra repujada abierta al lago desde donde, aun sin traspasarla, podía ver la más hermosa de las imágenes de Jaisalmer. Bajo el maravilloso arco de filigrana brillaban con el sol naciente las aguas tranquilas del lago, mientras las cúpulas ornamentadas imprimían al lugar una paz difícil de trasladar con palabras. Para Andrew ir allí era casi como una medicina, una dosis de serenidad, de sosiego. Trasladaba sus pensamientos a siglos pasados, allí parecía no pasar el tiempo. La humedad producida por la unión del agua con las altas temperaturas y los saris de maravillosos colores totalmente empapados mientras sus dueñas recogían el agua caída del cielo para llevársela a los poblados del desierto le parecía que conformaban una imagen irreal, o mejor dicho, una estampa medieval. ¡Pensar que se podía recorrer todo el planeta sin bajarse de un avión y aquellas bellas mujeres todavía tenían que transportar el agua potable sobre sus cabezas hasta sus casas caminando por las dunas del desierto!…

Los vecinos saludaban a Andrew cuando hacía su recorrido para visitar a los enfermos que no podían salir de sus casas y le ofrecían un delicioso té con los dulces típicos de miel. Las mujeres sentían admiración por él e inclinaban la cabeza a modo de saludo con una mezcla de vergüenza y apasionamiento. Si había alguien importante ahora en esta ciudad ese era Andrew Campbell, doctor en medicina por la Universidad de Oxford y afamado cardiólogo.

Sin duda lo había conseguido por su generosidad, pero nadie entendía qué hacía allí, por lo que consideraban que Surya, el dios del sol, lo había enviado. No tenían ninguna duda.

* * *

—Doctor —le interrumpió la bella Daya mientras auscultaba a un paciente—, le llama el príncipe Amal. Dice que solo es un minuto.

Se disculpó con el paciente y atendió la llamada.

—Príncipe Amal, ¿qué tal se encuentra? Qué alegría volver a oír su voz.

—Andrew, he venido unos días, y esta noche nos han invitado a cenar unos amigos de la ciudad. En realidad, al que quieren conocer es a usted, el famoso doctor. ¿Se anima a venir?

—Pero no será muy formal. Quiero decir, ¿es una recepción?

—No, no, para nada. Supongo que estaremos seis u ocho personas. Unos cuantos amigos, y ya está.

—Perfecto, si quiere quedamos a las seis en el palacio, y desde allí nos vamos juntos.

—De acuerdo. Estoy deseando verle y que me cuente.

Andrew tuvo que ceder. No le apetecía nada, Se había convertido en un complacido asceta y hablar con personas desconocidas para él era un sufrimiento más que un placer. En su fuero interno comprendía que se estaba volviendo un poco loco, pero ahora lo que le agradaba era estar a solas. La vida con Felicity había sido muy dura y en estos momentos disfrutaba del silencio, de no tener que dar explicaciones y mucho más de no tener que fingir un romanticismo que él no sentía y que su mujer, para nada culpable de la situación, le exigía a pesar de que notaba su falta de interés.

Felicity se dio cuenta enseguida de que ella también había cometido un error forzándole al matrimonio. Enamorada y entusiasmada por estar a su lado, poco a poco fue consciente de que también se sufre, y mucho, al lado de la persona a la que se ama si no se es correspondido. Él fue incapaz de fingir mucho tiempo y cada vez le demostraba con más naturalidad que no la quería. Fueron unos años terribles, largos, odiosos y tediosos. Gracias a su trabajo sobrevivió a una segura depresión… No sabía cómo había podido aguantar ella tantos años sabiendo que el amor de su vida estaba enamorado de otra… Pero el desamor la vida se lo había devuelto con creces. Ahora era él el que sufría al ver que su verdadero amor estaba enamorada de otro y hasta les había tenido que ver besándose, abrazándose, bailando, riendo, mirándose y, por supuesto, felices.

* * *

A las seis de la tarde, Andrew, con puntualidad inglesa, se encontraba en la puerta principal del palacio del marajá, elegantemente vestido con un *dhoti* de lino casi blanco y una *kurta* en color cúrcuma oscuro. Su tez, ya muy morena por el sol que cada día le bronceaba solo con pasear, hacía que sus enormes ojos azules llamaran poderosamente la atención, sobre todo en un país donde los ojos por antonomasia eran negros o marrones muy oscuros.

—Doctor, está muy elegante —le dijo Amal cuando se encontraron—. Seguro que conseguirá satisfacer todas las incógnitas que le acompañan. Andrew, usted ya tiene un halo especial en esta ciudad, todo el mundo le admira y, sobre todo, le respeta.

—Pero, príncipe, ¿qué dice? ¡Mire dónde he acabado! ¡Doctor en medicina por Oxford y ahora desterrado en estas tierras!

—Lo sé, doctor, pero la vida es así, y Brahma ha querido que esté ahora con nosotros, nos ha regalado al mejor médico que podíamos esperar

—De acuerdo, lo acepto. Así explicado, le da usted un toque sobrenatural que me gusta más.

—¿Lo ve, Andrew?, no es bueno ser tan realista, no es sano para nuestra mente. Además, usted y yo tenemos mucho en común: perdimos a nuestros grandes amores, hemos sufrido ambos un matrimonio forzado e infeliz, pero yo le quiero demostrar que la vida sigue.

—Sí, sí, la vida sigue, pero cuesta respirar. Cada día es como un nuevo comienzo.

En pocos minutos llegaron a la puerta de una preciosa casa en el interior de las murallas, fabulosa, muy importante y muy parecida a los palacios, de piedra arenisca del desierto y con filigranas en sus balcones tan increíblemente tallados que eran como encajes iluminados por la cercana puesta de sol.

La puerta ya reflejaba el estilo de vida de los propietarios. Era la mejor cuidada y recuperada de todas las *havelis* que poblaban esta maravillosa Ciudad Dorada.

—Andrew, aquí viven casi mis únicos amigos de verdad de Jaisalmer —explicó Amal—. Ellos descienden de la gran familia del último marajá y han conservado siglo tras siglo esta preciosa casa que hace unos años decidieron restaurar para venirse a vivir aquí.

—¿Y viven todo el año en la ciudad?

—Sí, pero a su manera, claro. Pertenecen a una adinerada familia que también ha hecho muchos negocios en el campo de la tecnología en Delhi y, en especial, desde hace muchos años, de joyería en Jaipur, pero son unos enamorados de sus antepasados y de la luz de este lugar y vienen con mucha frecuencia. A mí me ha pasado lo mismo desde que vine por primera vez a conocer a Kala y Tarak, los primos de mi esposa, los propietarios de esta bellísima casa.

—Le entiendo, príncipe. Yo que vine aquí huyendo de Inglaterra sin ninguna esperanza me siento cada día mejor, y sin duda es gracias a las sensaciones fantásticas que produce el hecho de mirar cada día la belleza que nos rodea.

—Así es, doctor, y la tranquilidad que se respira y la simpatía de sus gentes. Por cierto, a usted le adoran… Pero entremos, seguro que nos estarán esperando.

Nada más traspasar la puerta, se encontraron con unas escaleras con una agradable luz tornasolada que entraba por unas pequeñas ventanas, estrechas, sin cristales. El ambiente era bastante mágico, y a Andrew le impresionó cuando miró hacia arriba y vio los cinco pisos de altura del edificio mientras seguía sin dudarlo los seguros pasos de Amal.

El primer piso, donde les esperaban, estaba distribuido en una serie de pasillos con puertas de madera que daban a las distintas estancias. Amal abrió una de ellas y allí, sentados en llamativas *chaises longues* y butacas tapizadas en seda de vivos colores: curri, cúrcuma y rojo, sus primos y algunos invitados conversaban animadamente. Tarak se levantó enseguida para saludarlos. Se dio un abrazo fuerte y cariñoso con el príncipe y después se presentó ante Andrew, saludándolo ceremoniosamente. Él hizo lo mismo y luego le ofreció su mano, que el anfitrión enseguida estrechó con agrado.

Tarak le presentó a su esposa, una antigua belleza y ahora una hermosa mujer madura que conservaba una finísima piel y unos ojos grandes y vivos, llenos de curiosidad. Junto a ellos, recostada en una *chaise longue* dorada, quizás la más bella dama que había visto desde su llegada a Jaisalmer, exceptuando a Violet, claro. Era morena con los ojos azules, piel blanca, seguramente europea o americana, y le miraba con cierto descaro.

—Doctor —le dijo Tarak—, le presento a nuestra queridísima amiga Nancy Whitaker, esposa de un compañero de carrera de nuestro hijo y a los que queremos también como si fueran de nuestra familia. Ellos nos recibieron muchas veces en Washington cuando íbamos a visitar a Rudra y nos trataron con tanto cariño que, creo, nos unimos para siempre.

Se acercó entonces a Nancy que, conocedora de su extraordinaria belleza, parecía no inmutarse mientras le miraba fijamente de arriba abajo.

—¡Señora! —la saludó besándole la mano a la manera occidental.

—Andrew, llámame Nancy. Estaría bueno que nosotros, tan cercanos en costumbres, anduviéramos ahora con ceremonias. Siéntate aquí, a mi lado, lo pasaremos bien hablando de nuestras historias personales en este lugar tan mágico y único.

Nancy era una norteamericana que llamaba la atención por muchas cosas, pero sobre todo por su naturalidad y casi provocativa manera de mirar. Vestida con un precioso sari rojo oscuro,

llevaba su larga melena morena suelta bajo un precioso turbante dorado a modo de diadema que la convertía en una mujer fascinante.

—Nancy —intervino Amal—, la última vez que nos vimos estaba su esposo con usted. ¿La acompaña también estos días?

—No, esta vez estoy sola. —Sonrió con picardía—. Tuve que asistir en Delhi a unas reuniones por unos negocios de mis padres de los que me voy a hacer cargo yo a partir de ahora y, claro, no podía dejar de venir a este fabuloso lugar. Doctor —se dirigió a Andrew—, ¿llevas mucho tiempo viviendo aquí?

—Sí, ya más de dos años, pero parece que fue ayer: el tiempo pasa volando.

—¿Y qué es lo que te ha traído hasta aquí? Porque es un lugar maravilloso, pero desde luego nada típico para vivir y donde, a pesar de lo que has dicho, el tiempo pasa lentamente, muy lentamente.

—Pues justo eso es lo que me trajo hasta aquí. No conocía ni su existencia cuando aterricé en Delhi, pero el destino quiso que fuera Jaisalmer el lugar donde iba a vivir.

—¿Por mucho tiempo?

—Ni idea, el que sea necesario… A lo mejor hasta el final de mis días

—¡No es posible! No me creo que un doctor licenciado en Oxford y con esos ojos vaya a permanecer aquí mucho más tiempo del que ya llevas. No es fácil adaptarse, pues falta de casi todo a lo que estamos acostumbrados.

—Ya, pero es que esa es una de las cosas que más me gusta de esta ciudad. Tiene embrujo, magia, calidez, y parece que todavía vivimos en el Medievo. Volveré a Inglaterra, y espero que pronto, pues tengo dos hijos allí. —En ese momento el príncipe Amal le miró sobrecogido—. Pero iré y volveré. Aquí me necesitan, y en Gran Bretaña hay muchos como yo.

—¿En Inglaterra muchos como tú? —apostilló con descaro Nancy—. Perdona, pero estoy cansada de ir allí y no he visto a ninguno parecido, te lo digo yo. —Y rio sugerente.

Andrew se ruborizó y, a pesar de su tez morena, se le notó demasiado. Todos sonrieron. La amiga americana de Tarak le estaba seduciendo o quizás solo se insinuaba, pero lo estaba haciendo en público y sin ningún pudor. Y el doctor ya no estaba acostumbrado a eso, quizás nunca lo había estado, pues solo recordaba el romántico rubor que le producía la sonrisa pícara de Violet cuando le decía que le quería, o cuando le miraba y se acercaba a él para besarle en la pequeña cabaña que compartían como si fuera su hogar. Pero aquel era un rubor demasiado romántico, juvenil y de entrega, para nada tenía la tensión y adrenalina de este.

La vida amorosa de Andrew era escasa. Había sido un hombre de pocas experiencias sentimentales y en la universidad no tuvo momentos como el de esta noche con otras mujeres. Todo el mundo sabía que estaba encadenado por completo al amor de una bella desconocida, y ni siquiera con Felicity, al principio, se sintió ruborizado. Ahora Nancy lo había conseguido. ¿Acaso lo necesitaba? ¿Quizás había logrado separar cuerpo y alma gracias a la meditación, de modo que Violet dejaría de estar siempre en su cerebro y podría vivir momentos de pasión con otras personas?

—Nancy —logró susurrar Andrew—, gracias por el piropo, pero te aseguro que los hay y muchos. Aun así, me encanta que te lo parezca. —Y le sonrió como demostrando complacencia y seguridad en sí mismo.

El príncipe Amal se acercó feliz a su amigo. Sabía que Nancy podría estar provocando chispas en Andrew.

—Doctor, doctor, recuerde que está casada o, por lo menos, eso creía. —Sonrió—. Está

sintiendo mariposas en el estómago, ¿verdad? —exclamó en un tono muy bajito para que nadie le oyera—. ¿Lo ve cómo todavía hay vida? ¿Ve cómo puede usted volver a vivir?

Andrew le sonrió con complacencia, aunque las palabras del príncipe le volvieron a recordar su entrega absoluta a Violet. No fue un momento agradable, quizás hasta amargo con sabor a ruptura, pues en ese instante Andrew decidió que, efectivamente, podría haber vida, otra vida muy distinta, y tenía que aceptar que de nuevo sería sin Violet.

* * *

Esa noche Nancy y Andrew quedaron en un lujoso hotel en las afueras del fuerte. El atractivo doctor inglés sucumbió, en un fabuloso estado de «embriaguez pasional», a las insinuaciones de la bellísima norteamericana. Los dos llegaron por separado a una preciosa habitación reservada con anterioridad por Nancy. Y allí mismo, en una enorme cama, con suaves y sedosas sábanas blancas y almohadas y cojines por doquier, Andrew vivió con Nancy lo que nunca había vivido con anterioridad. Allí estaban los dos, juntos, unidos por altas dosis de atracción, mucha pasión, aunque nada de amor, y, si tenía un nombre aquello, era, desde luego, el de sexo. El momento le pareció sublime. Se había convertido, sin esperarlo, en un amante ardiente y fogoso sintiendo de nuevo su atractivo a flor de piel. Nancy le parecía una mujer guapísima, desinhibida y alegre, y estaba disfrutando igual que él. No había compromiso, ni palabras ni miradas. El deseo sustituyó al protocolo del amor al que estaba acostumbrado y que tanto añoraba, y en ese momento supo que en su vida acababa de dar no solo un paso distinto, diferente, más frío, sino también más humano. No sintió para nada que hubiera traicionado a Violet, y esa noche, por primera vez en muchos años, la taquicardia y las sensaciones olvidadas le nublaron la mente de nuevo. Andrew y Nancy no habían hecho el amor, pero él aceptó complacido este nuevo giro que ya le apetecía vivir.

A la mañana siguiente, se despertaron en la fabulosa cama de ese hotel tan espectacular. Andrew pensaba en cómo había cambiado su vida. Se encontraba en un lugar impensable para la mayoría, con una mujer superatractiva, casi desconocida y desnuda en la cama junto a él, y se sentía bien; casi se diría que estaba en paz, una paz que llevaba mucho tiempo sin encontrar. No le gustaba pensar que su futuro pudiera ser así, no, su manera de ser y de vivir no era nada parecida a la *dolce vita*, pero podría resultar positivo para olvidar. Nancy no quería que él la quisiera; de hecho, hasta se lo había prohibido, y, por supuesto, él no la quería.

Comenzaba para él una existencia diferente, más ajustada a su lamentable realidad. Nunca volvería a vivir con Violet, y esta era la mejor manera de poner sal y pimienta a una vida poco apetecible y todavía incierta.

36

En Delhi, Violet y William vivían en una vorágine por el próximo viaje real; eran días y semanas en los que se veían poco, cada uno entregado en cuerpo y alma a conseguir la perfección. Los preparativos eran impresionantes a todos los niveles. La estrategia de seguridad, complicada y de enorme gravedad, estaba forzosamente controlada desde Londres y coordinada con las fuerzas de seguridad del Gobierno indio. Las reuniones empresariales y sociales se sucedían para el Alto Comisionado. Durante la primera semana, William y su equipo estuvieron estudiando el interés económico del viaje y preparando las reuniones del príncipe Carlos, que tenían que ser claves y exitosas para Gran Bretaña. William volvía tarde a casa siempre, cansado, sin ganas de hablar…

* * *

—Violet, debo trasladarme a Londres unos días, tengo que organizar con el ministro el viaje oficial. Nos vamos mañana a mediodía.

—¿Nos vamos todos? ¿Podemos ir con las niñas?

—No, lo siento, será solo un viaje de trabajo de cinco días de duración. Nos reuniremos en el Foreign Office y luego en Downing Street con el primer ministro y los consejeros de economía. Todo el mundo está pendiente de este viaje, pues, además de su importancia *de facto*, por lo visto, los príncipes están pasando un mal momento de pareja y quieren utilizarlo también como plataforma mundial de estabilidad.

—¿Pero me dices en serio que las niñas y yo no vamos a ir? Cinco días no es mucho, pero, si vamos todos, podemos completar la semana allí, o aprovechar y quedarme yo unos días más. El viaje es largo y tedioso, pero a mí me merece mucho la pena ver a mi madre y a Lili. Además, nos puede acompañar una niñera y no tendríamos que llevar muchas maletas. ¡Te prometo que llevaremos todo lo necesario en solo dos bolsas! Será un viaje tranquilo, ya lo verás o, mejor todavía, me voy en otro avión para que te encuentres más cómodo con tu equipo.

—Lo siento, Violet, pero en esto no tengo ninguna duda. Están muy serios en Londres y no quiero frivolizar nada con nuestros intereses personales. Además, prefiero que te quedes aquí, que vayas adelantando tu agenda con la princesa, esta es tu casa ahora, es lo que toca —me dijo en un tono para mí bastante irritante y por supuesto nuevo en él.

—Perfecto. Ya veo que estás convencido y seguro —repliqué, bastante seria y decepcionada—, has venido con la lección aprendida para no fallar. ¿Puedo saber si, además, te pasa algo conmigo? Te noto tan distinto desde el día que, confiando plenamente en ti, como hago siempre, te pedí que me ayudaras con el tema del padre de Lili. No estás nada cariñoso, casi diría que me evitas, y es la primera vez que nos pasa, William.

—No me pasa nada, es que en el trabajo respiramos un ambiente muy tenso y seguro que eso me está afectando —exclamó sin mirar de frente.

—De acuerdo. Por mí no te preocupes. Sé que tu justificación es mentira, te conozco muy bien, pero, tranquilo, no seré ningún obstáculo. Me voy a la cama, estoy bastante cansada.

Subí las escaleras despacio y triste. Sabía que William y yo, desde hacía días, estábamos viviendo nuestra primera gran crisis, y me sentía sola y apenada. No conocía a este nuevo William despegado y frío. Aun así, comprendía que le doliera el alma cuando hablaba de Andrew, y que, casi sin remedio, iba a tener que arreglar sola esa parte tan delicada de mi vida.

En el dormitorio, me rompí. Me encontraba sola y consideraba muy injusta la reacción de mi marido. Me había dado donde más me podía doler, que era no ir a ver a mi familia aprovechando su viaje a Londres, pero yo ya lo había decidido: me iría a Londres en cuanto pudiera, con él o sin él. Y como una autómata me desnudé y me di una ducha fría, como hacía en Bath, y bajo la cascada de agua rompí a llorar sintiendo todo el peso que durante tantos años había llevado sobre mis hombros: el embarazo, la soledad, el abandono, la muerte de mi padre, el huerto, la economía familiar… Y el hombre que me había hecho tan feliz, que me había hecho olvidar toda mi tragedia, se debatía en el piso de abajo, solo y con la cabeza llena de inseguridades, sobre qué hacer para resolver su grave problema personal y su vida de pareja en este momento en peligro… A veces hasta me parecía que intuía e imaginaba que algo había pasado entre Andrew y yo cuando él estaba en el hospital. Aquellos días en los que él estaba inconsciente y yo al lado del antiguo «amor de mi vida» y ya embarazada le mortificaban demasiado.

Empecé a tener verdadero miedo, a mi mente volvieron los terribles recuerdos de la seriedad de Andrew el día que me abandonó. Una actitud parecida a la de William. Sentí que el problema del padre de mi hija podía terminar por separarnos, y a veces no podía dejar de pensar en cómo reaccionaría yo si me encontrara en su lugar.

Mientras me ponía la crema por todo el cuerpo y peinaba mi larga melena rubia, me vi en el espejo, con la cara lavada, nada favorecida y quizás demasiado delgada. En realidad, me vi peor que nunca. Las últimas semanas no habían sido muy agradables, y pensé en lo que debía o no debía hacer. Sabía que si me ponía cariñosa esta noche con William parecería que todo seguía igual, y que si al día siguiente le despedía con las niñas en la puerta deseándole buen viaje, también daría la sensación de que nada había pasado y yo asumiría que lo que le sucedía a mi marido era lógico y real. Imaginaba que William estaba tirando la toalla en lo que a mi problema se refería, que había perdido la confianza en mí y no merecía la pena ayudarme.

Sentada en la bañera, me enjugué las lágrimas con la toalla. En ese momento lo único que me apetecía era hacer las maletas y marcharme a Bath con las niñas una larga temporada, sin dar explicaciones a nadie; ir a casa, con mi madre y con mi hija, con mis caballos. Pero eso ocasionaría un enorme escándalo y más ante la inminente llegada de los príncipes.

«¡Serénate, Violet! —pensé—, la semana que me quedo sola organizaré todo mi trabajo y pensaré en lo que de verdad tengo que hacer. Lo que sé seguro es que, tras la famosa visita, me marcho a Bath a pasar una larga temporada y a hablar con mi madre y con Lili. Creo que ha llegado el momento de dar la cara, de aclarar todas las dudas y todas las incógnitas, y, por supuesto, lo haré sola, sin William. ¡A él mi problema ya no le interesa, le ha superado! Ojalá él no tenga nunca ninguno. Si lo tiene, a ver cómo reaccionamos los demás».

Me puse el camisón de suave y ligera seda en un tono verde agua, finos tirantes y abertura lateral, muy especial, y me metí en la cama, acurrucada en los cuadrantes blancos, mi única compañía. Apagué las luces y me situé en mi lado de la cama.

A los pocos minutos se abrió la puerta y oí entrar a William. No me dijo nada, y en el fondo, yo estaba deseando abrazarle, besarle, acurrucarme junto a él… ¡Le quería tanto, le deseaba tanto!

William se metió en la cama, suavemente, como para no molestarme. Los dos estábamos rígidos, contrariados, no queríamos acercarnos, tocarnos. De repente, él me acarició la espalda, con delicadeza y me pareció que con mucho cariño. Reaccioné sobrecogida. Solo con su mano había conseguido que se estremeciese todo mi cuerpo. Fue un momento increíble, lleno de sensaciones, y lo me apetecía hacer era darme la vuelta y abrazarle y besarle, pero no lo hice. Con lágrimas en los ojos me quedé sin mover ni un músculo, sin reaccionar a la muestra de cariño de William. También pensé que con eso no bastaba. Podría abrazarme con pasión y juntos hacer el amor como estábamos deseando. Pero él no volvió a intentarlo, no mostró más interés. Estaba distinto, estaba raro…

La noche comenzó y terminó en silencio. Ninguno dio su brazo a torcer. Las heridas dolían por ambas partes.

A la mañana siguiente, me hice la dormida cuando se levantó William. Superada ya la posible pasión de la noche y la fallida reconciliación, la mañana me convirtió en una mujer sentimentalmente fría. No quise bajar a desayunar con él, no pensaba despedirle ni mirarle a la cara. Desde que le pedí ayuda y consejo tras la aparición en Bath de la madre de Andrew, William era otro. «¡Vale, lo entiendo! —me dije—. Pues tendré que ser yo también otra, y a independiente todavía no me ha ganado nadie».

Al cabo de unos minutos, oí a mi marido despedirse cariñosamente de las niñas y también cómo les decía: «Dadle un beso a mamá. ¡Os quiero!». Se me saltaron las lágrimas, pero ya no había tiempo. William subió al coche y desde la ventana vi cómo se alejaba de la casa mientras recorría el camino de gravilla. Ahí iba mi marido, el amor de mi vida, con una maleta llena de papeles y sin su familia al lado. «¡De acuerdo. Si lo que quiere es pelea, pues pelearemos!», pensé mientras lloraba.

* * *

—¡Latika, prepárate, que nos vamos primero a la huerta a organizar todo y después quiero que me lleves a la mejor escuela de baile de Bollywood!

—¿Bollywood, Violet? ¿Estás segura?

—¡Sí, claro que lo estoy, por supuesto!

—Pues vamos allá, a por ello. ¿Llevamos a las niñas al huerto hoy?

—Mira, pues sí. Quiero que hagan lo mismo que hizo su hermana en Bath conmigo: que recojan tomates y los metan en un cesto y se llenen las manos de barro y vean cómo trabaja su madre. Para ellas es casi un juego, pero poco a poco se convertirá también en un estilo de vida.

—Cierto, Violet. Perdona, porque no debo preguntar nada, pero me ha extrañado que no hayas despedido al embajador como haces siempre, y más hoy, que comienza su viaje.

—Ya, Latika, me gusta que te des cuenta, eso es que nos aprecias. Lo he hecho adrede: no estamos en nuestro mejor momento.

—Pero, Violet, ¡si os amáis con locura! ¡Si no conozco a nadie como vosotros! Además, lo comentamos todos en la casa: que sois una pareja tan maravillosa…, nos dais envidia…, de la buena, claro.

—Ya, pero todos tenemos problemas, y algunos son bastante graves. Yo he sido siempre una mujer independiente no creo que deba admitir las injusticias, no lo voy a hacer.

—Bueno, me parece bien. Tú que puedes hacerlo, hazlo, aunque solo sea por el resto de las mujeres que vivimos aquí. Yo, desde luego, no podría: para nosotras la sumisión es casi una ley y la norma general en nuestras vidas.

Rápidamente subí a vestirme. Necesitaba ir hoy al trabajo un poco mejor vestida, pues después iríamos a ver los grupos de baile. Había pensado sorprender con ellos a nuestra maravillosa princesa durante la recepción en casa. A ella le encantaba bailar y, a lo mejor, conseguía que esa música tan alegre les levantara de sus asientos y nos regalaran una preciosa escena.

Me puse un vestido de tirantes midi de algodón *beige*, ancho, suelto, muy cómodo pero elegante, un collar de semillas largo y mi sombrero de rafia con una cinta negra, unos cómodos mocasines de ante y mi bolso, cruzado en bandolera, de piel marrón.

Cogimos a las niñas en nuestros brazos y, junto con Marala, una de las niñeras, y en un coche de la embajada, nos dirigimos al huerto. Teníamos que empezar a dejar todas las matas bien limpias, bien definidas y poner nueva tierra para que al entrar la princesa se vieran los parterres llenos de hortalizas y verduras, verdes las hojas, rojos los tomates, negra la tierra, casi como si fuera un cuadro, como una pintura naif. Tenía que convencerles de que el embajador había hecho muy bien ayudando a su esposa en un proyecto tan maravilloso y ojalá consiguiera con ello más fondos para ampliar el terreno y seguir manteniendo la despensa para alimentar cada vez a más niños y ancianos.

Enseñé a mis dos ayudantes, dos jóvenes indios a los que la vida no les había tratado nada bien y que ahora eran felices, a dejar todo como lo había pensado para impactar a la princesa y a la delegación inglesa.

Ranjith y Madhur eran listos y habilidosos y llenos de entusiasmo. Siempre me sonreían, y en su pobre pero gracioso inglés cada día me decían: «*Madam* buena, guapa»… Yo me reía siempre, me hacían muchísima gracia. Sabía que a los dos les estaba dando una profesión para seguir viviendo cuando volviera a Inglaterra, pero hoy estaba triste y ellos lo notaron.

—¿*Madam* no feliz? —me preguntaron al verme. Era indudable que me conocían bien.

—*Madam* poco feliz —respondí, pues no podía dejar de pensar en William—, pero *madam* bien. —Y les sonreí para que se quedaran tranquilos.

Juntos visitamos también los nuevos gallineros instalados al lado de nuestro terreno. Allí no pude menos que acordarme de la duquesa de Devonshire, y sonreí al recordar a mi madre escandalizada cuando le comenté que a lo mejor deberíamos hacer como ella y criar gallinas en nuestro particular «ducado» de Grosvencer.

Ahora estaba feliz de tener estas aves ponedoras con las que tanto por sus huevos como por su carne podríamos alimentar más y mejor a nuestros pequeños. Algunas eran negras, grandes e imponentes, y otras, con largas y vistosas colas y plumas, como cinceladas en blanco y negro, eran las gallinas de Kerala. Otras eran divertidas, con plumas de colorines alrededor de su cuello que se criaban felices, pues estaban siempre «pie a tierra»; sus huevos eran grandes y sabrosos y su alimentación, natural y sana. Ambas razas podían convivir y junto con los gallos habíamos conseguido tener una pequeña granja que cerraba el círculo que necesitábamos para las papillas del orfanato.

Al terminar, nos volvimos a subir al coche y nos dirigimos al centro de la ciudad. Creo que era la primera vez que las niñas venían conmigo y, aunque lo había organizado sin pensar, en ese momento me preocupó la reacción de William, últimamente tan complicado de agradar. Pero ya no había remedio. Además, lo hacía porque quería y punto.

Latika me guio por las complicadas calles hasta la escuela de baile. A las niñas les estaba

encantando ir con mamá y ver, a su vez, a tantas vacas que andaban por la calzada a su aire, rodeadas de hombres, mujeres y niños que se apelotonaban en las aceras mientras algunos elevaban al viento cometas de vivos colores produciendo más caos y dificultad para avanzar. Me animé mucho al ver cómo estaban disfrutando y me recordó cuando iba a Bath con Lili y Poppy a entregar la cosecha a las fruterías y hoteles. Estábamos haciendo lo mismo, pero en un país diferente por completo, exótico, apabullante, lleno de color, de alegrías y tragedias, y para mis hijas este era, por ahora, su país. Conscientemente era el primero en el que habían vivido, y cada día me gustaba más que disfrutaran de la suerte de estar junto a personas que nos podían aportar tanto por su modo de vida, que era escaso en abundancia y excesivo en simpatía y generosidad.

Al llegar al centro, aparcamos como pudimos el coche y fuimos andando con las niñas de la mano hasta el lugar donde nos esperaban. Atraíamos todas las miradas. Una mujer alta, rubia, melena larga y lisa, con un sombrero de ala ancha y gafas oscuras. Sashi y Anusha, con dos vestiditos blancos de lino, sueltos y con unos *canotiers* de paja con una cinta negra igual que la mía. No me había dado cuenta, pero llamábamos la atención, y mucho… Nadie sabía quiénes éramos, pero nos hicieron corrillo en muchas ocasiones. Entonces cogí en mis brazos a una de las niñas, Latika a la otra y, como pudimos, llegamos a la escuela de baile.

Al entrar ya sentí emoción y color, alegría. Las caras sonrientes de las bailarinas y los vistosos vestidos fueron como adrenalina en vena. Nos sentamos, y enseguida nos hicieron algunas demostraciones de bailes para averiguar qué era lo que queríamos, que buscábamos. Elegí los más vibrantes, rítmicos y vistosos y les pedí si sería posible enseñarme algunos pasos, aunque fuera lo mínimo, para moverme al compás de esa música tan alegre e insinuante. Sin duda, era un baile seductor.

Quise que las niñas también intentaran moverse junto a mí. Lo primero que me dijeron fue: movimiento de caderas, a un lado, a otro, suave y también con cierta fuerza, siempre al compás. Mientras, los brazos iban y venían hacia arriba y hacia abajo, derecha e izquierda, haciendo con las manos un juego de movimientos sutiles y cautivadores. Me estaba encantando bailar. Sashi y Anusha no miraban a la profesora, sino que intentaban moverse como mamá lo estaba haciendo.

El tintinear de las numerosas pulseras de las bailarinas, de sus collares y sortijas con abalorios, que con el movimiento reproducían al compás sutiles sonidos, nos llenó de vitalidad y alegría. Fue la medicina que ese día necesitaba para volver a respirar hondo. Tenía el corazón encogido por la marcha de William sin habernos despedido. Esa no era mi manera de ser, no me gustaba nada lo que había hecho, pero William tenía que saber que su mujer se casó con él en la abadía de Bath con una hija de diecisiete años, una enorme mochila de tristeza, sinsabores y una historia de amor inacabada.

Volvimos como pudimos a casa, no sin antes pasar por el orfanato, al que llegamos subidas en un *rickshaw*, la bici para transportar personas con tracción humana: sabía que a las niñas les iba a gustar. Tengo que decir que lo pasaron genial. Reían al ver cómo los coches nos pasaban rozando por esas calles llenas de personas y vacas que se arremolinaban en las esquinas organizando atascos monumentales, pero en realidad divertidos y característicos. Y ya que las niñas estaban en la ciudad, quería que conocieran cómo la vida, a veces, era cruel y muy distinta con niños tan pequeños como ellas y que habían tenido la mala suerte de nacer en cunas pobres y frías… Las monjitas, al ver a mis niñas, se emocionaron, las cogieron en brazos y las llevaron, primero, a ver a los bebés, donde su madre, es decir, yo, trabajaba sin descanso un día sí y otro también. Sashi y Anusha se volvieron locas al ver a tantos niños en sus cunitas. Ellas no se daban cuenta de que eran bebés que podían sufrir, que tenían enfermedades, que habían sido abandonados. Después

les enseñaron la sala de juegos, repleta de niños y niñas dibujando, trabajando con plastilina o haciendo, las más mayores, collares con flores; eso les encantaba. Y allí mis niñas se volvieron locas de contentas jugando y riendo con los otros niños. Era una bonita manera de demostrar que las diferencias sociales las establecemos los adultos, que los niños, con su mirada noble y limpia, no ven nada de lo que vemos nosotros.

Las monjitas me agradecieron mucho esta visita familiar. Tenía que organizar con ellas el recorrido de la princesa Diana y nos propusimos que, a partir de la siguiente semana, todo tenía que estar más limpio y reluciente que nunca, y que los bebés y los niños menores de cuatro años vistieran todos iguales con unos trajecitos que había mandado hacer a las costureras con las que siempre trabajaban en el orfanato. Todos iban a ser iguales: muy sencillos, muy discretos y muy limpios.

—Latika, para ser uno de los peores días en Delhi, creo que hemos podido hacer muchas cosas y organizar otras imprescindibles. El huerto está precioso, las bailarinas me han encantado, creo que va a ser un puntazo. Por mi parte, con pensar en el menú todo estará más o menos preparado, pues la lista de invitados me la entrega la embajada. Yo solo añadiré a algunos más personales, como, por ejemplo, a ti.

—¿De verdad, Violet, de verdad que me vas a invitar? Desde luego, poco a poco, todo va tomando forma y supongo que los bailes de Bollywood gustarán mucho a los visitantes. Tienen mucho éxito internacional y estos son los mejores de Nueva Delhi.

—Sin duda lo son. ¡Qué belleza las bailarinas, qué sonrientes y qué insinuantes! Me gustaría volver a dar alguna clase más. A William este baile sé que le va a encantar, y espero que le guste si lo bailo yo.

—No estarás pensando en salir a bailar el día de la fiesta, ¿verdad?

—Pues sí, estoy pensando en ello, y tú también, y las niñas y sus niñeras junto con todo el grupo de bailarinas. Podría ser un bonito homenaje a este país tan bello y acogedor.

—Violet, lo veo arriesgado. ¿No crees que podría incomodar a William?

—Sí, claro que lo pienso, pero no me importa, también tengo que seguir mi intuición. Yo no soy una cateta que no sabe lo que hay que hacer en estas recepciones. Si me apuras, estoy más acostumbrada que él. —Hablé así, casi denostando a mi maravilloso marido. Mis palabras se debían a mi enfado monumental.

—No sé, mejor piénsalo otro día y no hoy, que estáis enfadado. Tómate tu tiempo, aunque eso no quiere decir que no vayamos a dar clases de baile. Es tan bonito y alegre… ¿Y no podrías contemplar sacar a bailar a William?

—No, eso no puede ser. Si saco a bailar a alguien —bueno yo no puedo sacarle a bailar, pero le tendré que insinuar que me apetecería—, tendría que ser al príncipe. La anfitriona tiene que bailar con el invitado más importante; además, a Carlos le conozco de toda la vida. Por supuesto, William tendría que bailar con la princesa y para terminar lo haríamos con nuestras respectivas parejas…

—Puf, Violet, ¡miedo me das! Yo no te puedo aconsejar, no sé nada de protocolo, aunque esté trabajando en una embajada, pero mi intuición me dice que podrían saltar chispas.

—Bueno, lo pensaré… Pero si la fiesta fuera hoy, te aseguro que lo haría así.

* * *

—*Madam* —me comunicó un empleado de la casa—, le llama el señor embajador al teléfono.

Yo me encontraba en la piscina con las niñas, chapoteando en el agua. Hacía calor, y las pequeñas no habían parado en todo el día; el baño las relajaría antes de cenar y dormir.

—Dígale que lo siento, que estoy bañándome con las niñas, que no puedo hablar.

—De acuerdo, señora.

¡Qué pena me daba haber dicho esas palabras. Cuánto le quería y cuánto le echaba de menos! Pero sabía que William y yo teníamos un grave tema pendiente. ¿Quizás se imaginaba que Andrew y yo nos besamos en Jaisalmer? ¿O quizás, aún peor, se imaginaba que nos acostamos cuando él se recuperaba en el hospital? Ya no sabía qué pensar, no sabía si sería bueno decirle que sí, que le oculté lo del beso porque estaba muy débil, o mejor no decirle nada… De todos modos, por su incapacidad de hablar de Andrew y su distanciamiento conmigo, seguro que intuía o creía saber que había habido algo más, como, por desgracia, así fue. Esos minutos de mi vida, ese pequeño pero preocupante capítulo podía hacer saltar por los aires mi matrimonio con William. No sabía qué hacer.

Al subir a la habitación lo primero que hice fue llamar a John, mi secretario y mano derecha en los asuntos de mi padre.

—John, ¿ha hablado ya con la señora Walls?

—Sí, Violet, me dijo que estaría encantada y más viniendo de usted. ¿Quiere que la llame de nuevo?

—No, John, deme su teléfono y se lo explico yo a ella, prefiero hacerlo así. Yo le comentaré después la conversación, pues tendríamos que abonarle también una mensualidad.

—De acuerdo, Violet. Lord Coningham nos ha comunicado que vendrá hoy a cenar. Ayer llegó tan cansado que ni siquiera pasó por el comedor, subió directamente al dormitorio. Pero hoy le estamos esperando con alegría y con la mesa puesta. —Me dio un vuelco al corazón al pensar en él en esa mesa, donde estuvimos por primera vez juntos tras nuestra primera noche de amor. Le quería tanto…, le quería muchísimo y no sabía cómo arreglar la situación. Además, qué mono era, no se iba a cenar fuera ni a tomar copas con los amigos…

—John, ¿me puede hacer otro favor?

—¡Claro, lo que usted quiera!

—Tendría que ir a Harrods o alguna tienda de discos y comprar la cinta del cantante George Harrison titulada «My Sweet Lord», y cuando mi marido esté cenando en el comedor y en el segundo plato, poner en marcha la casete. Es un detalle mío para él, John, y si lo escucha solo, mejor todavía. ¿Se puede ocupar usted y decirle a Susan que mientras suene la canción le dejen solo?

—Por supuesto, Violet, así lo haremos. ¡Qué bonito detalle!

John me dio el teléfono de Emily Walls y se comprometió a poner la música en el comedor, como le había dicho.

—Y, por cierto, John, si pueden prepararle para cenar pollo tandoori tras el consomé, se lo agradeceré mucho.

—Así será, duquesa, seguro que es una preciosa sorpresa para el capitán.

Cuando colgué el teléfono estaba tan nerviosa que solo pensaba en volver a estar entre sus brazos… ¿Por qué no había salido a despedirle. ¿Por qué no había querido hablar con él?

Y, todavía impresionada, pensando en el momento en que mi capitán escuchase nuestra melodía, marqué el número de la señora Walls.

—¿La señora Walls, por favor?

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy Violet, la hija de George de Grosvencer.

—Claro, Violet, solo con tu nombre sé quién eres. ¿Cómo estás? ¿Qué tal en Nueva Delhi?

—Bueno, la ciudad me encanta, está llena de vida y de contrastes, de palacios monumentales, y también de enorme pobreza, es fascinante, y aún conservan algunas de nuestras costumbres, pero ya se me está haciendo largo. Me encantaría volver pronto.

—Tranquila, sé por experiencia que el tiempo pasa, y además muy rápido. Lo mejor que podéis hacer es disfrutar de vuestra experiencia, que, por cierto, es única.

—Sí, en eso tienes razón. Mira, Emily, te llamo porque ya le has confirmado a John que sí te interesa el trabajo, ¿verdad?

—Así es, aunque no sé de qué se trata, pero pienso que, viniendo de ti, tiene que ser bueno.

—Pues no sé si te gustará. Se trata de cuidar a una mujer, más o menos de mi edad, postrada en una silla de ruedas por una parálisis severa desde hace años, y también a su madre, que me parece que estará ya muy mayor y necesitará, por lo menos, algún cuidado y algo de conversación con alguien que no esté con depresión, porque creo que su hija Stella, que así se llama, sufre cada día por la situación en la que vive. ¿Te puede interesar? Tanto la madre como la hija son conocidas de William, mi marido, desde que eran jóvenes, y su relación, que algún día te contaré, es cercana pero crispada. Stella se ha convertido en una persona complicada y pensé que tú, una mujer preparada y culta, podía animarlas a interesarse por libros o películas, o teatro… En fin, sacarlas de vez en cuando de casa. Yo sufragaré los gastos, claro, pero eso ha de quedar entre nosotras. En todo caso, les dices que todo lo ha organizado William, ¿te parece?

—Sí, perfecto, Violet, veo que eres idéntica a tu padre. ¡Me recuerdas tanto a él preocupándote por los demás!… Claro que lo acepto y creo que te he entendido. La relación con William es complicada y las queremos ayudar, ¿verdad?

—Así es, Emily. Qué suerte poder contar contigo.

—Pues mañana mismo iré a verlas y te llamo a la embajada. Dile a John, por favor, que me llame y me dé los teléfonos y la dirección de la señora. ¿Cómo se llama?

—Es lady Turner, y su hija, Stella.

—Perfecto. Te mantendré informada.

Cuando colgué, de nuevo pensé en lo maravillosa y buena que era esta mujer, además de bellísima. No había muchas personas como ella, con tan poca suerte en la vida y sin rencor. Ella era luz y sosiego. Mi padre, sin duda y aun sin saberlo, eligió bien, aunque fuera solo por una noche.

La conversación con Emily me hizo sentirme mejor. Sin pensarlo y solo con el corazón, había decidido que no debía hacer sufrir a William en este momento profesional tan importante para él. No era lógico, era demasiado egoísta y propio de una mujer caprichosa. El no saber controlar tus sentimientos cuando al hombre que quieres se le iba a mirar con lupa era, a todos los niveles, muy egocéntrico. Y de repente me encontré nerviosa y entusiasmada con la posible reacción de William al escuchar nuestra música. Creía que le iba a impactar y también esperaba que le conmoviese como a mí. Necesitaba hablar con él y decirle que le quería con locura, pero estábamos a una diferencia horaria de cuatro horas y media. Esta noche le esperaría… Estaba segura de que me llamaría.

Quise dormir yo a las niñas. Casi nunca podía hacerlo porque siempre teníamos algo importante entre manos, pero esa noche deseaba recordar aquellas otras que había pasado con Lili. Me metí en la cama con ellas, les conté un cuento y les canté canciones británicas. Les hablé de su abuela y de su hermana mayor… hasta que cayeron dormidas, agotadas del día tan distinto que habían tenido, un día como me gustaba a mí.

Con las niñas ya dormidas, me marché a mi habitación, muy cerquita de la de ellas. Dejé la puerta abierta para poder atenderlas si se despertaban.

Estaba más animada y, sobre todo, muy esperanzada con la llamada que suponía me haría William.

Me duché, como cada noche, peiné mi pelo como si estuviera esperándome mi marido en la cama, me puse el camisón y me tumbé a leer un libro, apoyada en los mismos cuadrantes que dos noches antes habían vivido muy de cerca mi tristeza y enfado.

Estaba nerviosa, pensando en él, queriendo estar junto a él, y, mientras esperaba, decidí llamar a Lili: necesitaba esa noche amor de verdad, y mi hija era una de las que seguro me lo iba a dar.

—¡Mi niña, Lili, ¿qué tal estás?!

—Bien, mamá, ¿y vosotros estáis bien? ¿Y mis hermanas? Estoy deseando verlas.

—Te lo digo siempre: no las vas a conocer, están tan mayores y me recuerdan tanto a ti en tantas cosas. Son divertidas, valientes y muy animadas, como tú…, y muy rubias, eso como yo. Les hablo todos los días de su hermana y ellas, con su poco vocabulario, dicen Lili, Lili, guapa, Lili, buena…, mil veces, y yo me río y me siento muy orgullosa.

—Ooooh, por favor, mamá, ven pronto, ¡tengo que verlas y abrazarlas!

—Sí, cielo, ya sé cuándo estaré allí. En dos semanas vienen de visita los príncipes de Gales, serán tres días solo, y en cuanto se vayan, las niñas y yo cogemos el avión rumbo a Londres, y ¡allí estaremos!

—¿De verdad? Qué feliz me haces, qué feliz… Os necesito mucho. Ya te contaré todo y también sobre mis estudios en la universidad…

—Todo va bien, estás contenta, ¿verdad?

—Sí, sí, mamá, eso es lo que te quiero contar, que he acertado, que me llena muchísimo, que, sin duda, es mi vocación.

—Qué maravilla, Lili. Ya lo sabía, estaba claro —y susurré el final de la frase—. Es tarde para ti, seguro que vas a cenar. Te dejo, pero que sepas que te quiero con toda mi alma… ¡Muchísimo!

—Yo también, mami. ¡Eres la mejor!

Entonces comenzó la espera, y también mi calvario. Esa noche podía convertirse en uno de los momentos más dulces de mi vida o quizás casi en una tragedia. Si William no se conmovía con nuestra canción, la relación estaba en peligro, aunque supiera que me quería, y mucho.

Me metí en la cama deprisa, no quería que sonara el teléfono y me pillara todavía fuera.

Me tapé con la sábana de seda blanca y me apoyé en los cuadrantes mientras me acurruqué en uno de ellos esperando que, por fin, llegase la llamada.

Miré el reloj. Calculé que sería más o menos la hora en que William tenía que estar en el comedor tomando el consomé, con unas gotas de sherry y trocitos de gelatina. Así era como siempre lo presentaba mi madre, y le dije a Susan que lo hiciera todo igual, que le pusiera la mesa hasta con un *bouquet* de flores y que, por favor, fueran violetas.

Los manteles, individuales y de lino, sugerí que fueran de color azul añil, que sobre la madera de la mesa quedaban elegantísimos, vajilla de porcelana blanca, los cubiertos de plata y la

cristalería de Sèvres. Quería que William sintiera lo importante que era para todos en esa casa y para mí, y que, estuviese cerca o lejos, se merecía lo mejor.

Antes de la ducha había hablado con Susan y me confirmó que todo estaba preparado a la perfección. Que John había encontrado la música y que el pollo tandoori estaba perfecto, con arroz basmati de acompañamiento.

—Susan, y ayer, cuando llegó a casa por la tarde, ¿salió a cenar fuera?

—No, señora, era un poco tarde y no quiso cenar nada. Se fue directo a la cama. Le encontré muy cansado y preocupado. Me dijo que están ustedes muy bien y que él tiene importantes problemas que resolver. Que se iba a descansar. Por supuesto, su cuarto estaba perfectamente arreglado señora, la cama abierta, los cuadrantes puestos como a usted le gustan y las velas perfumadas, encendidas.

—¿Le dijo algo?

—Nada, únicamente se quedó mirando el dormitorio, pensativo. Estaba cansado, pero yo creo que le echaba de menos a usted, y mucho.

En ese momento me dio un vuelco el corazón… ¡Cómo no iba a pasarle a él si yo estaba sin vivir en mí desde que nos separamos de tan mala manera!

—Muy bien, Susan, muchísimas gracias. Estoy deseando verles a todos pronto. Y, por favor, ¡que esté todo a punto para sorprender al capitán!

—No se preocupe. Todo está perfecto, señora.

Los minutos parecían horas, la llamada no llegaba, y cada vez me ponía más nerviosa.

Por fin sonó el teléfono de mi mesilla. ¡Tenía que ser el!

—¿William?

—Violet —escuché como un susurro.

—Oh, William, ¿eres tú? Te oigo mal. —Aunque sabía que le oía muy bajito, supongo que por la emoción.

—Violet, mi vida, ¡Violet!

—William, te echo de menos. No puedo estar enfadada contigo. Te quiero con locura.

—Pero, Violet, lo que has organizado para mí hoy… No puedo ni hablar, quiero estar contigo cuanto antes.

—Y yo, William… ¿Qué nos está pasando?

—No sé, Violet, pero la culpa seguro que es mía. No he podido cenar ni el maravilloso tandoori. Cuando he empezado a oír nuestra canción, me he desmoronado… He sido un imbécil comportándome con tanta frialdad. Violet, solo quiero estar contigo, me sobra todo lo demás. Hasta te diría que en el viaje no he pensado ni un momento en las niñas; solo en ti y en lo injusto que soy cuando me pongo así.

—William, por favor, dime que no me dejarás nunca, dímelo ahora. Necesito oírlo.

—Pero, Violet, si yo te dejara alguna vez, que no va a pasar, me pegaría un tiro, estaría completamente loco. Me muero si no estoy contigo el resto de mi vida.

Entonces le pregunté sutilmente, hasta cambiando el tono de voz…

—¿Y dónde estás ahora, amor mío? ¿Estás en el salón?

—No, mi vida. Esta casa sin ti está muerta para mí. La mesa que has mandado poner era para un rey, pero un rey solo y deprimido, triste. Un rey torpe y obcecado, un rey que no valora cada minuto de su vida la suerte que tiene de estar contigo.

—Te adoro, William. ¿Estás en la cama?

—Sí, he subido en cuanto he oído la canción, muy afectado, deseando tenerte entre mis brazos

más que nunca… Nunca te he deseado tanto, Violet. No sé si podré esperar a que pasen los tres días que nos quedan.

—William, yo también estoy en la cama, y quiero pensar que estoy junto a ti, que nos abrazamos, que nos queremos. Estoy con mi camisón verde agua, el que te gusta tanto —le susurré—, y he puesto tu colonia por toda la habitación. Quiero que todo me recuerde a ti y que me digas muchas veces «te quiero». Necesito que me lo digas. Lo estoy pasando mal, William. La última noche fue muy triste.

—Mi vida, túmbate sobre los almohadones, ponte el pelo como siempre te lo pongo yo, hacia atrás, y mírame a mí, estoy a tu lado, nos miramos a los ojos y nos sonreímos, nos besamos, nunca más nos separaremos… Te quiero, piernas largas, eres casi una obsesión, y eso me preocupa.

—¿Tú también estás mirándome ahora, William, en la cama?

—Claro, cielazo, pero me cuesta mucho porque eres siempre muchísimo más atractiva de lo que logro imaginar. Cuando tus enormes ojos verdes me miran como lo hacen y después me besas, me vuelvo literalmente loco. Violet, no sabes cómo me gustas, cómo me impresiona vivir contigo.

—Bueno, es que no sabía cómo hacer para que, sin palabras, supieras lo que te quiero y lo que te echo de menos…, pero creo que me has comprendido, ¿verdad?

—Pero, pero… —Se rio—. Eres un auténtico cielo, eres una mujer increíble. Yo creo que a veces me desespero porque en realidad no me creo que estés enamorada de mí. ¡Te veo tan inalcanzable!

—Mira, capitán, en este momento voy a dar un beso a tu almohada como si te lo diera a ti, y te voy a mirar a los ojos y te voy a decir, mientras te beso, que te quiero, te adoro, te necesito… ¿Lo notas? Lo estoy haciendo.

—Sí, mi vida, sí lo noto, y me encanta, estaría así toda la noche. Me estás poniendo muy nervioso, Violet, creo que debemos darnos el beso de buenas noches, y, por favor, espérame así el día que llegue a casa: ese día vas a saber lo que te quiero… ¡No lo dudes!

Sonreí, me tranquilicé, los dos estábamos hablando, enamorados, deseándonos tanto…

—Te esperaré. Aquí te espera tu mujer, tu amante…¡Y tus hijas!, que no me has preguntado por ellas.

—Ya, Violet, pero te lo digo de verdad: las quiero con toda mi alma, pero mucho más a ti.

—¿De verdad? ¡Pero si ellas te adoran!

—Sí, y me da rabia, pero para mí no tienen comparación. Primero eres tú; después, ellas. ¿Crees que es muy raro? ¿Quizás sea contra natura?

—No lo sé, William, ¡pero a mí me encanta!

Y así, queriéndole con el alma y esperando su vuelta, me quedé dormida y por fin feliz, aunque sabía que el enfado se volvería a repetir, porque William tenía una cruel obsesión: quería que le dijera qué había pasado en Jaisalmer. Estaba obsesionado con esos días en los que él estuvo a punto de morir y que sabía que yo viví cerca de Andrew. Pero yo no me veía con fuerzas para enfrentarme a ese momento. Aunque a lo mejor le tranquilizaría saber que no hubo más que un beso. «¿Se imaginará que nos acostamos, que tuvimos un encuentro pasional, que volvimos a vivir el amor con el que tuvimos a nuestra hija?», me dije. No sabía qué haría finalmente. Por mi parte, me había dado cuenta de que yo tenía otra obsesión, y era la de sufrir de nuevo un abandono. Cuando alguien pasa por lo mismo que había sufrido yo, no encuentra consuelo

posible, y me estaba percatando de que yo también estaba obsesionada con ello. Durante esos días lo había comprobado y no me había gustado…

* * *

A la mañana siguiente, todavía en la cama, sonó el teléfono…

—Hola, mi vida, despiértate ya y dame un beso, piernas largas… —Creí que me daba algo, era mi marido, hoy me despertaba él.

—Pero, William, si ahí son las cuatro de la mañana, ¿no?

—Sí, cielo, pero quería despertarme contigo.

—Pero estarás agotado.

—No, rubita, no, lo que estoy es desesperado por estar contigo. —Nos reímos los dos—. Mientras hacía tiempo para despertarte he adelantado mucho mis informes. Voy a intentar juntar más reuniones y ojalá logre adelantar mi llegada. Quiero estar contigo ya, mujer increíble…

—Te quiero, William, creo que no sabes cuánto. O sí lo sabes, ¡dime que lo sabes, por favor!

—Sí y no. —Se rio, como hacía él, con fuerza—. A veces lo sé y otras veces… Soy un imbécil, ya lo sabes.

—Pues te quiero, imbécil mío, y ven pronto. Yo aquí lo tengo todo preparado, estate tranquilo, que vamos a quedar de maravilla con tus invitados.

—Lo sé, duquesa, no estoy preocupado por tu trabajo: serás, seguro, más duquesa que nunca…

Me levanté de un salto, feliz, mi camisón cortito de seda, el que tanto le gustaba a William, parecía volar mientras daba vueltas por la habitación. Sin bata ni zapatillas fui corriendo al cuarto de las niñas. Al llegar estaban ya vestidas con sus blusones de lino azul. En Delhi siempre hacía calor y ya se habían convertido en dos inglesitas que nunca se habían puesto un *barbour*. Las levanté de una en una, y, cantando, les daba vueltas jugando a marearlas. Ellas se reían como locas.

—¡Papá va a venir antes y mamá está muy contenta! —gritaba mientras nos reíamos, y Marala y Leya reían a carcajadas al verme a mí tan expresiva. Besé a mis dos rubitas y las dejé en el suelo, con sus juguetes.

—¡Latika! —grité desde la escalera—. Latika, ¿dónde estás?

—Por favor, Violet, pero qué haces casi desnuda en el *hall*… Te van a ver los empleados.

—No me importa nada. —Reí—. ¡Quiero que todo el mundo sepa que estoy feliz, que quiero a mi marido y que mi marido me quiere a mí!

—Ya, ya, eso ya lo sabemos, y desde el primer día. Te quiere muchísimo —Latika también se rio contagiada por mi felicidad.

—Sí, sí, Latika. —Me abracé a ella, era mi amiga en Delhi, no me había apetecido congeniar con las mujeres de los funcionarios de la embajada (desde luego, era verdad que siempre había sido muy rara) y, en cambio, ella me llenaba por completo—. William me quiere, y mucho. Hoy me ha llamado para despertarme. Ha esperado en Londres hasta que fueran las ocho y media de aquí, las cuatro allí, y, Latika, va a adelantar la vuelta un día por mí.

—Pues claro, y no me extraña: eres una mujer que se lo merece todo, y él lo sabe.

—Latika, ¿sabes de alguna peluquería buena? Me encantaría cortarme un poco el pelo, dejarme una melena un poco más francesa, recta y por encima del hombro. ¿Me llevas, por favor?

—Por supuesto, la conozco, te gustará.

Me vestí precipitadamente. Unos pantalones pitillo blanco y un blusón color berenjena. Sandalias romanas doradas, sin tacón, y mi bolso de ante en bandolera, tan cómodo y tan *sport*. Y Latika y yo, después de tomar un té muy rápido, subimos a nuestro divertido y viejo coche que nos hacía tan fácil la vida en Delhi. Nada valioso —era el coche más común entre los habitantes de esa bulliciosa ciudad— y poco llamativo, algo muy recomendable dada nuestra posición, y además lo podíamos aparcar en casi cualquier esquina o lugar. Junto a él siempre habría decenas de coches iguales, en distintos colores, pero del mismo modelo. Era muy curioso: me encantaba esa ruina de coche, ya hasta le tenía cariño.

Al llegar a la peluquería, toda la parafernalia del establecimiento me pareció estudiada para mujeres demasiado sofisticadas. Yo nunca había sido así ni solía arreglarme demasiado, aunque me gustase llamar la atención. Ahora iba a estar con los príncipes y quizás mi larga melena no era la adecuada para acompañar a la princesa a diario. Además, quería darle una sorpresa a William.

Les indiqué lo que quería, melena recta por encima de los hombros, raya en medio y por delante una suave onda para que le diera más volumen a mi peinado. Ellas, encantadoras, estaban emocionadas por ser quien era —Latika les había informado antes de llegar— y me dijeron muchas veces que era bellísima, elegantísima… Después me hicieron la manicura —en eso yo era un desastre y casi nunca me pintaba las uñas—, en color «porcelana», ni transparente ni *beige*, un tono muy acorde con mi personalidad, y, por último, allí mismo me compré algo de maquillaje. Cada vez lo usaba menos y tenía que impresionar y estar a la altura de las circunstancias.

—Latika, ¿te gusta? Por favor, dime que me ves bien, estoy nerviosa. ¿Le gustará a William?

—Estás guapísima, Violet, y mucho más sofisticada. Eres preciosa, ya lo sabes.

—Creo que esta melena me hace parecer más refinada, espero que ahora William no me diga al verme: «¡Oh, qué pena, lo que más me gustaba de ti era tu pelo!».

—¡Pero si estás superfavorecida! ¡Si lo tienes largo todavía y así estás mucho más impresionante!

Me tranquilizaron sus palabras, tampoco era cuestión de preocuparse mucho más por un corte de pelo.

Desde allí nos fuimos al huerto a comprobar cómo iban los preparativos para la visita de la princesa. Cuando entramos y sobrepasamos la cerca, el olor a tierra mojada, el ambiente fresco que impregnaba el aire que respirábamos y la visión de todo lo sembrado conformaban como un precioso cuadro hiperrealista. Los parterres limpios, la tierra oscura removida y las plantas en su mejor momento. Todo estaba resplandeciente. Así se lo hice saber a nuestros maravillosos jardineros. Se les veía felices, lo habían conseguido, y el aspecto era de huerto ejemplar.

Pasamos a ver las flores… Quería decorar la casa con nuestras plantas el día de la cena, y para eso teníamos que cortarlas unas horas antes de que diera comienzo la velada, pues el mismo día, por la mañana, Diana tenía programada la visita y queríamos que estuviera todo exuberante. Sería un momento importantísimo para nosotros, pues esperábamos conseguir una subvención para ampliar y hacer otros huertos en otras zonas desfavorecidas. Ese día estarían también junto a nosotras las monjitas del orfanato y algunos niños haciendo collares de flores. Esa era otra manera de recaudar fondos, ya que en la India las flores no solo se regalaban, sino que en cada casa, en cada establecimiento tiras de flores naturales adornaban mesas, paredes, butacas… Todas tenían un mensaje y todas estaban colocadas con una intención. Los hindúes y su religión y sobre todo su manera de vivir estaban muy cerca de la naturaleza, de los campos, de los ríos, de

hecho, todas las imágenes de los dioses aparecían acompañadas de animales, pájaros, serpientes. Y nosotros con el dinero de la venta de las flores íbamos a comprar pañales, telas para hacer uniformes, zapatos para los niños. Por supuesto, también le enseñaríamos después a la princesa las papillas para bebés realizadas con nuestras verduras y nuestras gallinas y las hortalizas con arroz que cada día dábamos al resto de los niños del orfanato. Por primera vez estaban comiendo productos de calidad, sin manufacturar y frescos.

Volvimos, por fin, muy tranquilas a casa y Latika y yo comenzamos a preparar los salones. Tenía que estar todo perfecto y decorado de maravilla. Con los empleados empezamos a levantar todas las alfombras, movimos los sofás y las butacas, y comprobamos que las cortinas quedaran perfectamente abullonadas. Eran de seda salvaje adamascada, con mucho cuerpo y daban al salón un aspecto imponente. Limpiamos los marcos de plata que presidían la entrada. Uno de la reina sola, fotografiada en el brillante acto de apertura del Parlamento, y otra con el duque de Edimburgo y los príncipes de Gales. Coloqué otro marco con otra fotografía de Diana con sus dos hijos. Era una mujer maravillosa a la que admiraba, y quería demostrárselo y que lo supiera.

En la terraza, íbamos a adorar los impresionantes sofás de hierro forjado negro con sus respaldos repujados y las butacas de mullidos almohadones en loneta blanca con unos pequeños pero vistosos almohadones en seda dorada igual que las pantallas de las lámparas, que, junto con las numerosas velas, darían luz indirecta y sugerente a los porches. Parecía que todo estaba más o menos concretado y que William vería que nuestro trabajo estaba bien hecho,

—Latika, creo que está todo perfecto. ¿Me acompañas a mi cuarto para decidir qué me pongo para recibir a los principes? Esa noche no voy a ir con un sari, pero sí que quiero que la mujer del embajador lord William Coningham llame la atención junto a su apuesto marido.

—¡Qué loca estás, Violet, qué bien haces! Te va a ser difícil estar más elegante que la princesa, pero seguro que estarás a su altura.

—Bueno, yo no debo llamar demasiado la atención, el mío es el segundo lugar, pero la elegancia discreta también es muy llamativa. Esa es la que yo tengo que llevar ese día. Me han comunicado que la princesa vestirá de color azul claro con pedrería y yo he pensado en este vestido —Y saqué un maravilloso Elie Saab color *champagne* completamente bordado con cristalitos diminutos, cuerpo ajustado, algo de cola y escote palabra de honor, muy sugerente y femenino—. ¿Te parece bien, Latika? ¿No es muy atrevido?

—Violet, es maravilloso. ¡Qué delicado el color y a la vez *sexy*! No lo dudes, vas a estar impresionante.

—Pues perfecto, ya tenemos casi todo. Yo solo quiero que William sea feliz y que todo salga de la mejor manera posible.

—Entonces, ¿ya no vas a bailar? ¿Ya no vas a «escandalizarnos a todos»? ¿No vas a escandalizar a medio mundo?

—No, ya no. —Me reí a carcajadas—. Estaba tan enfadada que era lo que entonces me apetecía hacer. Pero ahora he pensado que durante la fiesta el grupo de danza, en la terraza, nos dé una especie de clase de baile. A Diana le encanta bailar y yo jugaré con ventaja, pues al vivir aquí es natural que haya dado alguna clase de Bollywood.

—Violet, sé que vas a triunfar y ¡te lo mereces!

—Lo que sí que haré será bailar con William. Quiero tener ese recuerdo para siempre, pero, claro, tendremos antes que conseguir que bailen los príncipes. Veré qué puedo hacer…

* * *

Por la noche William me llamó de nuevo. Estaba en casa cenando.

—Pero ¿por qué no has salido con tus compañeros?

—No me apetece, Violet… Ellos lo hacen, pero es que no tienen una mujer como yo, y prefiero quedarme en casa. Le he dicho a Susan que solo quería un poco de queso y una copa de vino y que no me pusieran la mesa. Prefiero quedarme aquí, pensando en ti… Y estoy recordando nuestra primera noche juntos, ¿te acuerdas, Violet? Esa misma noche te pedí matrimonio y tres años más tarde estoy mucho más enamorado de ti.

—William, vente ya. ¿No ibas a adelantar tu regreso?

—Sí, mi vida. He puesto la excusa de que al ser la recepción en casa debería estar antes para controlarlo todo. Llego mañana a las ocho de la tarde a Delhi.

—¿De verdad? ¡Por fin!

—La hora es maravillosa. Ocúpate de que las niñas estén dormidas, que no nos preparen cena, que todos se vayan a descansar, pues tendremos mucho que hacer al día siguiente. Y tú espérame en la habitación. No bajes al *hall*. Yo abriré la puerta y subiré las escaleras en silencio.

—Pero ¿no quieres ver a las niñas de verdad? Las puedo mantener despiertas y luego se dormirán enseguida.

—No, Violet. Es muy extraño lo que me pasa, pero solo quiero verte a ti. Creo que tú y yo debemos estar juntos y solos, sin ninguna otra emoción que nos evada de las nuestras ni ninguna gracia de las pequeñas. Somos una familia, pero ante todo somos una pareja, y mañana solo te quiero ver a ti, estar contigo.

—Qué bonito, William. Es verdad, tú y yo solos. Hace tiempo que no lo estamos. Parece que sí, pero en realidad no es así.

—Pues mañana sí, Violet… y ¡prepárate! —Y reí emocionada, casi con lágrimas en los ojos. Él me quería tener y yo le quería tener a él. Eso era ser una pareja de verdad, juntos y en el mismo juego…

La mañana siguiente llegó pronto. Ese día dormí plácidamente, al principio nerviosa por las sensuales palabras de mi marido, pero luego relajada y encantada. Comenzamos muy de mañana con los preparativos. Quedaban escasas setenta horas para que llegaran los príncipes.

La casa estaba resplandeciente, teníamos que cortar las flores el mismo día, y ya sabía con cuáles decoraría los salones. Al tener niños pequeños, Palacio había decidido que era más conveniente que los príncipes se alojaran en un hotel, por lo que reservamos una planta entera para ellos y la delegación. Así se sentirían más independientes. A William le pareció fabuloso y yo me sentí liberada. Al príncipe lo conocía y sabía que me tenía cariño, pero con los últimos comentarios aparecidos en prensa mi corazón estaba con ella.

Empecé a preparar la ropa porque quería dedicarme a ayudar a William desde el momento en que él llegara a casa… Para ir al aeropuerto a recibir a Carlos y Diana, mi vestido blanco, casi midi, por los tobillos, botones dorados de arriba abajo, los últimos desabrochados hasta la rodilla, cuello a la caja y manga corta, sombrero canotier de paja *beige*, que con mi nuevo corte de pelo quedaría muy chic, y bolso pequeño de paja también colgado al hombro por una fina tira de piel. Mi *look* podía ser una especie de homenaje a la India, pero a la vez muy europeo. Las niñas, que habíamos decidido que vinieran con nosotros para entregarles un ramo de flores a los príncipes, irían también de blanco, vestiditos cortos en lino y un sombrero muy parecido al mío. William, de uniforme de verano, pues le habían avisado de que el príncipe bajaría del avión vestido de militar. El primer día parecía conseguido.

Para esa noche, en el palacio del primer ministro indio, el vestido que había pensado era de

intenso color rojo, con escote halter dejando mi espalda y mis hombros al aire, pero acompañado de un precioso chal de seda, comprado aquí, en Nueva Delhi, todo bordado en piedrecitas de colores y oro. Pensé colocarlo alrededor de mi cuerpo como si fuera un sari para después de la cena quitarlo y dejar a la vista el escote en la espalda. Sería, seguro, un momento inolvidable. Y para acompañar a la princesa a mi huerto y al orfanato, decidí que lo más lógico y discreto sería un conjunto de pantalón muy ancho de lino *beige*, con cintura alta y blusa de seda del mismo tono metida por dentro. Un collar de perlas de una vuelta muy larga, sandalias planas y una pamela de ala ancha con una cinta blanca. Mi nueva melena me daría un aspecto más cuidado y, sobre todo, creía, con bastante más estilo.

Ya solo me quedaba esperar la llegada de William. Miraba y miraba sin parar lo que podía hacer falta y lo veía todo preparado a la perfección. El jardín estaba lleno de florecitas en multitud de parterres y los alrededores de árboles y palmeras habían sido arados en forma de círculos. De nuevo pondríamos el camino de velas y, esta vez, el cóctel antes de la cena lo daríamos alrededor de la piscina, decorada con preciosos sofás y butacas de enea con almohadones tapizados en cúrcuma y *bouquets* de flores de loto, la flor más representativa de la India. Altas bengalas de aceite darían al lugar una luz mágica y cálida, propia, casi, de una película, pero muy elegante; estaba segura de que gustaría y todo quedaría bellísimo y auténtico.

A las seis de la tarde, empecé a meter prisa a Marala y Leya para que las niñas terminaran su baño diario y les dieran la cena. Para agilizar el trabajo, pues en la India todo tiene su parsimonia, me puse yo a darles de comer cantándoles canciones, unas veces inglesas y otras indias. Las niñas sabían ya hablar en hindi y me hacía verdadera gracia cómo dominaban ese precioso idioma.

Nadie imaginaba nada, nadie sabía que mi embajador se presentaría esta noche por sorpresa. Yo había dicho a todo el personal que a las siete y media podían irse a descansar, que los príncipes llegarían cuarenta y ocho horas después y que era nuestro momento para relajarnos. Lo agradecieron muchísimo, y todos nos dispusimos a cumplirlo.

Las niñas a las siete ya estaban en la cama, las luces apagadas y una ligera cena fría en mi dormitorio que pedí como si fuera para mí, pero en realidad era para él, para mi amor.

Entonces comenzó mi momento de «enamorada a la espera». Con los nervios a flor de piel decidí darme mi ducha fría de antes de acostarme, pero esta vez cantando y casi bailando. Me arreglé el pelo con secador, casi nunca lo hacía, pero quería que la suave onda por delante no faltara en mi nueva melena. Después me puse crema con ligero olor a rosas por todo el cuerpo y un poco de maquillaje en la cara. Me iba a ir a la cama, pero quería estar espectacular.

El camisón de seda cortito esta vez era color azul muy suave, y mientras colocaba los cuadrantes como a mí me gustaba, ahuecados, puse una cinta con una recopilación de música romántica para recibir a William.

Me miré al espejo, me encontré *sexy*, mis piernas largas, como él las llamaba, se veían muy llamativas y los finísimos tirantes que sujetaban el camisón apenas se apreciaban.

Por fin me metí en la cama y, sentada sobre las almohadas, cogí un libro del que, por supuesto no fui capaz de leer ni un párrafo, y me puse a esperar y a pensar, mientras escuchaba la música que invadía de romanticismo el dormitorio.

Fueron solo unos minutos los que pude recapacitar sobre mí misma, pero me di cuenta de que con William era una mujer completamente feliz, que nuestra vida en la India, que al principio no me apeteció, era interesante y muy beneficiosa para el futuro de William y, por lo tanto, el

nuestro. Que mi capitán era el más atractivo de los hombres, que me encantaba ir junto a él y que la vida a su lado era divertida, entretenida y muy pasional, quizás, a veces, demasiado.

De repente el ruido del motor de un coche rompió el silencio. Alguien se bajó, cerró la puerta de un golpe seco y oí cómo la llave se introducía en la cerradura.

«¡Es él! ¡Qué nervios, qué ganas tengo de verle ya! Pero tengo que cumplir lo que él me ha pedido y no bajaré por las escaleras o, quizás sí, ¿por qué no?»… Abrí corriendo la puerta de mi cuarto y cuando todavía no había llegado al *hall* y a oscuras, pues no había encendido la luz, me encontré frente a él en los primeros peldaños de la escalera. Los dos nos miramos en silencio, no queríamos despertar a las niñas. William me sonrió y me besó en los labios, había empezado a desabrocharse la camisa mientras subía al dormitorio. Entonces yo metí mis brazos por dentro y le abracé mientras le besaba, tocando su cuerpo, su tórax, su espalda. Por fin estaba con él y recosté mi cabeza sobre su pecho, mientras él, en el más completo silencio, me miraba y me acariciaba la cara, me sujetaba con sus manos la nuca y admiraba mi nueva melena. Le había gustado, lo noté, pues sonrió al darse cuenta de mi cambio y entonces me levantó con sus brazos como si fuéramos recién casados, y así subimos las escaleras hasta la habitación…, callados, mirándonos, deseándonos y felices.

Cuando por fin cerramos la puerta, dimos rienda suelta a una cascada de risas, besos, preguntas y te quieros que parecían no terminar. William terminó de quitarse la camisa.

—Qué guapo eres, amor mío, te veo mucho más guapo que cuando te fuiste —le dije entusiasmada.

—¡Deja que te mire, Violet! Cómo he deseado este momento. ¡Te quiero tanto! Nunca lo sabrás… Y, por cierto, ahora eres una francesita superchic, ¡me encanta el nuevo corte de pelo! Ven conmigo, Violet, dame tu mano y abramos el balcón de par en par. Te quiero amar toda la noche bajo las estrellas, bajo la luz de la luna, como en Jaisalmer, ¿lo recuerdas? Déjame mirarte despacio, hoy no quiero hablar, quiero quererte. —Y comenzó a besarme y con un gesto muy pensado hizo que los finísimos tirantes se deslizaran por mis brazos y el camisón cayera hasta el suelo como en un vuelo provocador y sensual—. Quédate así, quieta, no te muevas —me susurró, al tiempo que me abrazaba y me atraía hacia él, y empecé a notar que me faltaba la respiración.

—William, quiero llorar. Nunca te vuelvas a enfadar, ni a marcharte así…

—No te preocupes, que eso no volverá a pasar. Vamos a la cama, piernas largas. Quiero que seamos en este momento la pareja más feliz del mundo. Yo ya lo estoy siendo, ¿y tú?

—Yo no puedo ni hablar…

Sin separarnos, abrazados, nos tumbamos en nuestra cama. Mi cabeza se apoyó en los cuadrantes, William me colocó el pelo para que no me molestase, como hacía siempre, aunque ya lo tenía más corto, y empezamos a querernos, sin hablar, en silencio, con algún sonido que nos salía del alma y con alguna mirada que podía derretir al mismísimo Polo Norte… William era muy apasionado y a mí me apasionaba él.

* * *

Me desperté con el sol iluminando nuestra cama. La ventana seguía abierta, como la habíamos dejado por la noche, y William y yo estábamos abrazados y tapados con la sábana. Me desperté antes que él, la vuelta de Londres había sido larga y seguramente estaba demasiado cansado, pero no me moví, seguí abrazada a él; era una sensación de unión, de necesidad, que hasta me

impresionaba. Y así, sin moverme de su lado y mirándole a la cara mientras dormía, de nuevo empecé a pensar en el dilema que había en nuestro matrimonio. Nos queríamos con locura, pero William tenía un grave problema de confianza y yo no sabía cómo arreglarlo, pues, en parte, tenía razón. Ese beso que me robó Andrew, pero al que cedí en Jaisalmer, era un beso que le había ocultado a mi marido y estaba claro que nos iba a pasar factura. Andrew, por desgracia, vivía entre nosotros y no parecía que se fuera a marchar.

En ese momento William abrió los ojos, me sonrió y me besó con suavidad…

—Te quiero, Violet, te quiero muchísimo, pero creo que tengo un grave problema. Lo he visto estos días en Londres, y es que ya no sé vivir sin ti y me agobia esa sensación.

—Pues no lo hagas —le dije riéndome, y empecé a hacerle cosquillas—, eso no es un problema. A mí me pasa lo mismo y ya lo he aceptado. —Y William, tan varonil, se rio casi como un niño. Estábamos felices de volver a encontrarnos.

—Violet, hoy no me levantaría de la cama. Estaría todo el día así, abrazado a ti. —De nuevo me acurrucó entre sus brazos—. Yo no sé si es que te he encontrado ya muy mayor o he soñado contigo desde hace muchos años, pero ya no puedo pensar estar sin ti. Creo que terminaré en un psicólogo para que me devuelva mi personalidad y mi seguridad.

—No hace falta, eso te lo arreglo yo, a mí me encanta que tengas esa enfermedad. —Le acaricié, mirándole a los ojos.

—No, lo digo en serio, pero, bueno, hoy estoy tan bien que no quiero pensar en nada más. Dame otro beso, francesita, y cuéntame cómo llevas todos los preparativos de la dichosa visita oficial. Si te digo la verdad, ahora mismo te cogería del brazo y te llevaría al aeropuerto y que un avión nos trasladara a un precioso lugar juntos, los dos solos. Creo que lo necesitamos. Yo por lo menos lo echo de menos.

—Yo también, William. Desde que nacieron las niñas no hemos parado ni un minuto. Aun así, tenemos mucha suerte, ¿no crees? —Empezaba a preocuparme, le veía de verdad herido…

—Sí, piernas largas, ¡claro que sí! ¿Sabes que te volvieron a fotografiar por las calles de la ciudad y saliste en los periódicos de Londres?

—¡Oh, no! ¿Cuándo, cómo?

—Con las niñas y Latika. Ibais andando por la calle, supongo que al orfanato, y luego en un *rickshaw*, pero no me ha importado. No te preocupes. Me siento muy satisfecho de lo que haces y ¡estabais tan bellas!

—Por Dios, William, cómo lo siento, no vi a ningún fotógrafo. Íbamos al orfanato porque las monjitas querían conocer a las niñas. Perdóname, pero fue el día que te marchaste. Estaba decidida a hacer lo que quisiera, estaba enfadada, y eso era una especie de deuda que tenía con las niñas. Nunca vienen conmigo al trabajo, como hacía con Lili, y también me gusta que hagan una vida normal.

—Lo imaginé, Violet, te conozco bien, sé que te molesta que te coarten tu libertad. Te entiendo, no estoy disgustado, todo lo contrario, te admiro mucho. Pero me preocupa muchísimo vuestra seguridad.

—Perdóname, sé que tienes razón…, pero es que… —Y entonces William me besó de nuevo con pasión. Me miraba y con sus ojos me decía todo. Los dos habíamos tenido que ceder en algo para seguir siendo felices.

—Violet, prométeme que después de la visita nos iremos juntos a algún lugar solos. ¡Dime que sí!

—Claro que sí, hoy mismo lo empiezo a organizar, aunque tendré que llamar a Lili y decirle

que no voy a Bath como le prometí.

—¿Te ibas a ir a Bath? ¿Tú sola con las niñas?

Me eché a reír como una loca al ver la cara de asombro de William y me tapé la cara con la almohada mientras seguía riéndome a carcajadas.

—Sí, William, también lo decidí el día de nuestro enfado. —Volví a reírme moviendo las piernas sobre la cama—. Por favor, no te enfades más veces conmigo, que mira las que organizo.

—Pero, Violet, ¿de verdad que me ibas a dejar aquí?

—No, ahora te veo y sé que no lo hubiera hecho, pero en ese momento tuve la necesidad de hablar con Lili y decirle todo lo que la quería y escuchar lo que ella me quiere. Estaba sola y desesperada, y ella también me necesita. En realidad, fue ella la que me dijo que quiere ver a las niñas, que nunca voy por allí, y es verdad, ¿no crees? Tengo a mi madre y a mi hija bastante abandonadas.

—Sí, es verdad, ¡qué difícil todo! No sé qué decirte. A mí me hablas ahora de estar todos juntos en la misma casa, es decir, cinco mujeres y yo, y me sale un sarpullido. Yo quiero irme contigo, ¡pero solos!

Y entonces le abracé y le miré dulcemente a los ojos. Me había estremecido al oírle la necesidad que tenía de que estuviéramos juntos y le despejé todas sus dudas:

—William, te prometo que tú y yo estaremos la próxima semana juntos en el lugar más bello del mundo.

37

Por fin llegó el gran día, el día en que, en el Aeropuerto Internacional Indira Gandhi aterrizó el avión con sus altezas reales los príncipes de Gales.

En la misma pista y bajo las escaleras del avión, una alfombra roja esperaba a las personalidades más admiradas del mundo de la historia reciente y de Delhi, y al final de esa alfombra, el atractivo y admirado embajador con su elegante esposa, con un vestido blanco, botones dorados de arriba abajo y sombrero canotier con cinta negra. A nuestro lado, Sashi y Anusha, nuestras niñas, serían las dos inglesitas encargadas de entregarles un ramo de flores al príncipe y a la princesa, ataviadas casi igual que su madre: vestidito corto de lino blanco y sombrero de paja con cinta negra. William, al vernos en casa, me dijo que éramos la mejor familia que podía tener y que se sentía muy orgulloso de mi trabajo. Yo estaba feliz y más tranquila. Ese día, por fin, comenzaba el principio del fin de esta puesta en escena.

Al abrirse las puertas del avión, una orquesta militar comenzó a entonar el himno inglés, mientras sus altezas reales descendían por la escalera. En ese momento acaricié la mano de William con dulzura: quería darle fuerzas y que supiese que estaba a su lado.

La princesa me impuso nada más verla. Era alta, muy alta, tal vez unos centímetros más que yo, su piel era casi de porcelana y su sonrisa envolvía la atmósfera con solo mirarla. Era muy elegante, pero tan natural en su manera de andar y de moverse que la notabas cercana enseguida. A ella no la conocía con anterioridad, no pude ir a su boda, aunque estaba invitada, y todo lo que me habían comentado sobre ella lo superaba con creces.

Cuando se acercaron a nosotros, tras colocarles los típicos collares de flores de bienvenida y ser saludados por las autoridades indias, William se cuadró ante el príncipe mientras la princesa esperaba detrás; el protocolo mandaba. Después, mi marido saludó a Lady Di, mientras yo hacía la más perfecta de las reverencias a Carlos, que, raudo, me sujetó del brazo y me besó la mano y después en la mejilla. Acto seguido, y de nuevo con una reverencia, saludé emocionada a Diana, y ella también me saludó con un beso. Las niñas, entonces, les ofrecieron las flores de bienvenida.

—¿Quién es Sashi y quién Anusha? —preguntó con mucha simpatía Diana, que se acercó a las niñas a darles un beso—. Sé que son gemelas, pero lo que no sabía es que eran tan preciosas: parecen dos muñecas, enhorabuena.

—Mil gracias, alteza. Hemos tenido mucha suerte, son dos niñas sanas y muy buenas.

—Encantada, duquesa, Violet es tu nombre, ¿verdad? Me acompañarás estos días, iremos juntas a los actos oficiales, ¿no es así?

—Claro, alteza, por supuesto. Y, si quiere hacer algo especial, no tiene más que decírmelo.

—Creo que no tendré que sugerirte nada, pues he leído sobre ti y sé lo que haces aquí y también en Bath. Me gusta tu manera de ser. En muchas cosas creo que somos parecidas, aunque

también te pareces mucho a Carlos. Tu historia con los caballos y con el campo te acerca mucho a él.

—Me halaga mucho, señora, muchas gracias. —Mientras así hablábamos, íbamos hacia los coches, cada una llevando de la mano a una de mis hijas. Y ese momento tan bonito, de confianza y cercanía era fotografiado por decenas de fotógrafos que se agolpaban al fondo de la pista de aterrizaje. Pensé que, por fin, esta imagen sí sería buena para la carrera de William y que seguramente, cuando él la viese, estaría satisfecho.

Desde allí, y cada uno en nuestro coche y con más de una decena de automóviles de la delegación inglesa detrás de nosotros, empezamos a recorrer las calles principales de Delhi en dirección al hotel donde se alojaron los príncipes y sus numerosísimos acompañantes. Desde Londres nos comunicaron que estarían un par de horas allí descansando y después ya empezaríamos nuestra visita oficial.

La tarde fue un no parar de una escuela a un hospital y del hospital a una residencia de ancianos… Todo lo tenía que inaugurar la princesa, que, siempre con una sonrisa y muy involucrada en las actividades sociales, no perdía la calma ni la cercanía. Verdaderamente era una persona especial, con un aura que a nadie dejaba indiferente y a todos nos hacía sentirnos importantes y únicos. Su cordialidad con niños y personas mayores era, quizás, una virtud natural de Diana. Se sentaba al lado de todos y les preguntaba por su situación personal. Pensé que llevaba en la sangre un ADN muy solidario y lo reflejaba a flor de piel.

El día terminaría con la cena de gala ofrecida por el primer ministro a los príncipes en el maravilloso palacio Rashtrapati Bhavan, conocida como la Casa del Virrey, pues sirvió de residencia al gobernador general de la India.

Nos fuimos a casa para cambiarnos. William estaba exultante. Las reuniones habían sido satisfactorias y parecía que habían limado asperezas en las relaciones siempre delicadas entre estos dos países, tan unidos y tan separados a la vez.

—Violet, qué bonita imagen en el aeropuerto. Cuando te he visto andando hacia el coche con la princesa y las niñas, me he emocionado. ¡Estoy tan orgulloso!

—Me alegro, capitán. Yo sí que estoy orgullosa de ti. Estoy segura de que eres el embajador más inteligente y guapo al que ha saludado la princesa, que, por cierto, te ha mirado con verdadero interés.

—No digas tonterías. Eso es que quieres que yo no hable del beso con el que te ha saludado el príncipe. A él sí que le gustas de verdad.

—No, eso no pasa ni ha pasado nunca, pero sobre todo porque, desgraciadamente, todo el mundo sabe de quién está enamorado.

—Cierto, mi vida, qué tristeza, ¿verdad?

—Sí, ella me ha dado mucha pena. Es una mujer llena de encanto, muy trabajadora y comprometida, y que se entusiasma con la posibilidad de ayudar a los demás, por no hablar de su belleza…

—Bueno, piernas largas, ya que mencionamos la belleza, tengo que hablar de ti. Ella es fantástica, casi te diría que os parecéis en el estilo, pero tú eres mucho más fascinante, ¡para mí no hay duda!

—Pero, William —le dije riendo a carcajadas—, ¿me estás diciendo que soy más guapa que la mujer más bella del mundo? Eres un auténtico cielo. —Le besé y le abracé mientras se ponía los tirantes de su elegante frac. Los dos nos estábamos preparando para la cena del primer ministro,

y William, con el rostro bronceado por el sol, estaba más atractivo que nunca—. William, tú sí que eres fascinante y me enamoras cada día más.

—Pues sí que estamos bien… Entonces, ¿los dos somos mucho más guapos y más elegantes que los príncipes de Gales? ¡Desde luego, estamos fatal!

Y divertidos y mucho menos estresados de lo que esperábamos, nos terminamos de vestir para la cena.

—¡Por Dios, Violet! —me dijo al verme—, pero ese vestido…, ese vestido… ¿No tiene mucho escote para una cena de gala?

—No te preocupes. —Reí encantada del escándalo—. Este escote está hecho al milímetro igual a uno que ya llevó la princesa, luego es protocolario. Además, durante la cena llevaré un chal indio espectacular que le hará parecer un precioso sari.

—Aaah, si es así, perfecto. Yo solo veo a una mujer muy *sexy* y para nada protocolaria. ¡Mira que te gusta provocar siempre que puedes! ¡Con lo poco que te pega hacerlo teniendo luego una vida tan discreta como la que siempre has tenido! Veremos cómo reacciona el príncipe. Sé por sus miradas que se quedó con las ganas de estar contigo.

—Bueno, pues como estoy contigo, no me preocupa. ¡Me moriría si me hubiera tocado ser Diana! ¡Pobrecita!

—De todas las maneras, ¿sabes qué te digo? Que fantástico si provocas. Yo estaré presumiendo de mujer y orgulloso de que hagas lo que te parezca oportuno.

Nos volvimos a besar y me encantó el cambio que estaba dando William. Parecía mucho más seguro de sí mismo. Quizás los nervios provocados desde Londres le habían hecho tambalearse, pero ahora estaba muy convencido y confiado…

La llegada al palacio fue majestuosa. Una fachada de piedra y mármol inmensamente larga con numerosísimas columnas a lo largo y ancho de toda la construcción y en el centro las escalinatas por donde los invitados iban subiendo para incorporarse a la fiesta más esperada. El palacio, construido por el arquitecto inglés Edwin Lutyens, el mismo que planificó la construcción de la ciudad de Delhi cuando pasó a ser capital de la India, es clásico, con colores y detalles inspirados en la arquitectura india, y que esa noche brillaba impresionante por una bellísima iluminación en vivos colores.

Hicimos la entrada a la residencia a través de un precioso jardín estilo mogol, donde la abundancia de flores y árboles se entrelazaban en el espacio con piscinas, fuentes y canales, mezclándose los aromas de la fabulosa naturaleza y el vapor del agua producido por el calor. El sonido de las fuentes era tan embriagador que junto al perfume de los alelíes, de las caléndulas y de los jazmines te sentías hipnotizado y te hacían trasladarte, si cerrabas los ojos, a algún paraíso único y desconocido. Era una sensación mágica, de las mil y una noches.

Cuando William y yo bajamos del coche, los *flashes* de los fotógrafos chasqueaban con su sonido y nos cegaban con el estallido de sus focos. Era una sensación desconocida y un poco intimidatoria. William se acercó a mi puerta para ayudarme a salir y después me comentó que el efecto de las luces en las piedrecitas bordadas de mi vestido era espectacular. Mi melena, al ras de los hombros y con unas ondas que daban más volumen y me hacían más *sexy*, según William, había sido un acierto. La verdad es que me sentía guapa, me estaba gustando el momento y me dispuse a saborearlo y a disfrutarlo. La próxima noche los anfitriones seríamos nosotros y los nervios estarían a flor de piel.

Y si ya el exterior imponía y asombraba, el interior del palacio y la decoración eran increíbles. William y yo nos miramos fascinados. Altísimos *bouquets* de flores de los colores más

llamativos, guirnaldas de alelíes que recubrían los dinteles de las puertas, enormes salones, uno detrás de otro, con sofás de seda en vivos colores y mucho mucho dorado. Algo tan fabuloso como desconocido para la mayoría de los que allí estábamos.

—Violet, dame un beso, no sé si podré volver a verte en esta noche. Voy a procurar estar contigo y presentarte a todo el mundo, pero no sé qué será de mí, qué querrán que haga y si tendré que atender al príncipe porque el primer ministro no se integra demasiado.

—Lo sé, lo sé, no te preocupes. Yo estaré con la princesa, por lo menos dos pasos detrás de ella siempre, por si necesita algo.

—No, Violet, no te pongas dos pasos detrás. Ahora estamos en una recepción, tú eres una invitada más y, además, la mujer más fascinante de la fiesta. Tú actúa como quieras, ¿me lo prometes? No te quiero cohibir, disfruta. Y ayuda a Diana, eso sí.

William se fue enseguida a presentarse al primer ministro para esperar en la puerta la inminente llegada de los príncipes. Yo también, discretamente, me puse a su lado, aunque mi discreción era bastante llamativa —me reí para mis adentros.

Con la llegada de los príncipes, los saludos fueron todos correctos y muy protocolarios. Escuchamos emocionados el himno de cada país, y el primer ministro ofreció la primera copa a sus invitados. Y ese fue el comienzo de la velada. La princesa, tras poder acercarse más cómodamente a mí, me agradeció todas las atenciones y comodidades que había encontrado en el hotel y, con su pícara sonrisa y su mirada rasgada, me dijo:

—Me encanta tu vestido, y el escote de la espalda y lo moderna que eres… Me parece que personas como tú y tu marido rejuvenecen a nuestras instituciones. Sois distintos y creo que muy recomendables.

—Ya le entiendo, alteza. Como dice mi marido, «tú siempre intentando provocar un poco». —Y las dos soltamos una alegre carcajada sabiendo que ambas hacíamos lo mismo.

—Violet, estoy deseando que llegue ya mañana y apreciar tu trabajo en el orfanato de las hermanas de la caridad. Ya me he informado y sé que está realizado en su totalidad con tu dinero, sin ninguna clase de ayuda, lo cual me parece casi indignante por nuestra parte y digno de admiración hacia ti. Espero con ilusión nuestra visita de mañana y poder ayudar en algo a mi vuelta a Londres.

—Mil gracias, alteza, pero yo lo hago de corazón. Desde el principio supe que no vendría a la India para ir a fiestas y jugar al *bridge*.

—¡Qué parecidas somos, Violet…, además de muy rubias y altas! —Volvimos a reír con ganas, la princesa era muy simpática.

Llegó el momento del brindis y luego el del baile, que por supuesto abrió el primer ministro con la princesa y Carlos con la hija del gobernante. William pudo sacarme a bailar, por fin también podíamos estar juntos, y entonces me quité el chal a modo de sari que me cubría el escote y mi espalda, lo que llamó la atención más de lo que esperábamos… Bueno, no, como esperaba yo.

—Violet, no me importan las miradas, de hecho, lo estoy disfrutando muchísimo —me dijo William mientras bailábamos—, eres la mujer más bella sin duda, y, menos la princesa, estoy segura de que todas te envidian.

—William, la princesa también me envidia porque a ella su marido no la quiere y tú a mí sí, ¿verdad? —Sonreí.

William no me contestó, pero me besó en la mejilla y me apretó con su brazo hacia él. Y bailamos en silencio, callados y queriéndonos también.

—Violet, disfrutemos de este baile, ya no hay nada que me preocupe, solo tú y yo, y estamos en un palacio fascinante, como de las mil y una noches, rodeados de flores y dorados… ¡Es de no creer!

* * *

En mitad de la noche sonó el teléfono de la mesilla, el privado.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Violet, hija mía, ¡qué maravilla!, ¡cómo estabas ayer en el aeropuerto!… Y mis nietas, ¡qué ideales y qué mayores! Estamos aquí Poppy, Lili y yo entusiasmadas viendo la televisión. Pero qué monada mis niñas, cómo les dieron las flores…, qué emocionante. Y tú estás guapísima, hija mía. ¡Cómo iba yo a pensar que terminarías con un trabajo tan importante!

—Sí, mamá, ha sido emocionante y muy bonito, y cuando veas la fiesta de ayer, llámame también, quiero saber si te gusta el vestido.

—Espera, hija mía, te paso con Lili.

—¡Mamá, mamá, qué emoción! Estoy llorando al veros a los cuatro allí, tan impresionantes en el aeropuerto. Y mis hermanitas están muy altas ya, mamá… Quiero verlas pronto. ¿Cuándo vienes por fin, la próxima semana?

En ese momento, William, que estaba escuchando recostado sobre mi pecho y sonriendo, se puso más serio…

—No, Lili, no voy a poder ir todavía, creo que lo tendremos que retrasar. ¿Por qué no venís vosotras aquí? Tenemos camas para todas y así te enseño todo lo que he hecho. ¿No crees que puede ser más interesante y divertido?

—Por mí, bien, mamá.

William sonrió, me empezó a hacer cosquillas, me besaba los hombros, las mejillas. ¡Ya no me iba a Bath!

—Perfecto, Lili, eres un cielo. William te manda un beso enorme, y yo no sabes bien cuánto te echo de menos. No volveremos a estar tanto tiempo separadas nunca. Cuéntame qué tal en la universidad. ¿Te gusta la carrera?

—Sí, muchísimo, estoy apasionada, no me he equivocado. Estoy feliz, me siento muy bien.

—Pues eso me alegra. Mañana volvemos a hablar y también pasado mañana, que esta noche es la fiesta aquí, en casa, y tenemos que comentar todo largo y tendido.

—¡Mamá, mamá! ¿Y cómo es la princesa?

—Maravillosa, Lili, es maravillosa, y parece, además, muy buena persona.

—¡Lo imaginaba, es muy tú, me recuerda mucho a ti!

Mientras colgaba el teléfono en la mesilla de noche, William tiró de mí, atrayéndome hacia él. Nos acurrucamos los dos, mirándonos a los ojos, sin decirnos nada. Que hubiera decidido no ir a Bath le llenaba de alegría y, de nuevo, se sentía bien. Mis reacciones le habían demostrado que podía ser una persona incontrolable, pero que, si hacía falta, yo misma les daba un giro y ahora él tenía razón: salir de este lío de visita para meterse en una casa entre mujeres era demasiado pedir.

—Violet, no me ha dado tiempo a darte las gracias por lo que has hecho con la señora Walls y Stella Turner. Me llamó su madre para agradecérmelo: está, sobre todo ella, encantada con Emily. Dice que es una persona entrañable, muy culta y apasionada por las cosas bonitas. Que cuando llega por las tardes es como un soplo de aire fresco en la casa. Que Stella está contenta,

pero ella, feliz. Eres un auténtico cielo, Violet, no tengo palabras… Me lo agradecía a mí, pero yo sabía que habías sido tú.

—¿Pero no le dirías nada de mí, verdad?

—No, claro. Si Stella sabe que eres tú, es capaz de destruir a Emily. La pobre Stella ha sido muy desgraciada y yo, no creas, no consigo quitármela de la cabeza. Sé que no fui el responsable del accidente, que nunca quise que eso ocurriera, que la lluvia inundó el puente y el barro hizo de pista de patinaje… Fue todo un horror, pero, claro, yo conducía y ella estaba en el coche intentando por todos los medios que no la dejara.

—Lo sé, William. Por eso pensé que te gustaría ayudarlas, y enseguida me vino a la cabeza Emily. Desde luego, mira que el asunto con ella era escabroso y difícil y que pudo habernos hecho mucho daño, pero es una persona íntegra y buena de verdad. Creo que en ella he encontrado también una buena amiga.

—Violet —dijo riendo suavemente—, tú y tus extrañas amigas. Eres única para encontrar a las personas que sabes serán amigas y de confianza en tu vida. En realidad, que yo conozca, tienes tres y lo curioso es que no se conocen entre ellas: Poppy, Latika y Emily. Cada vez que lo pienso, me doy cuenta de la suerte que he tenido de entrar en tu original grupo… Yo soy el cuarto, supongo.

—¡No! Tú eres el primero, el segundo y el tercero…, y luego ya vienen nuestras tres hijas, mi madre y ellas. Pero sí, tienes razón, soy un poco rara, pero es que me atraen las personas francas, nobles, a las que les gusta vivir la vida como viene, sin esperar demasiado. Dime si las tres que has nombrado no son como yo te digo.

—Cierto, son estupendas, muy buenas personas, muy íntegras.

—Pues eso, soy rara, pero no tanto… Lo que es verdad es que no soy de pandillas ni de tés a las cinco. Es que me gusta tanto el campo que creo eso imprime carácter y te ayuda a encontrarte bien disfrutando de cierta soledad.

—Tú y tus caballos y tus perros y tus zanahorias y berenjenas… Eres un cielo, mi vida, y muy original, pero ¡tenemos que salir corriendo, ya! Hoy nos ha dado por filosofar y debemos estar en hora y media recogiendo a los príncipes.

—Por mí no te preocupes, estaré en el minuto exacto que me habéis indicado. No tendré problema.

—Bueno, Violet, me voy entonces… —Se acercó a mí, que me encontraba abriendo el armario, me dio la vuelta hacia él y me besó con mucho cariño, suavemente, susurrándome al oído: «Eres preciosa, estoy deseando estar por fin a solas contigo». Y con un sigiloso gesto, abrió las solapas de mi albornoz y a la vez que acariciaba mi cara miraba mi cuerpo y me besaba los labios, los hombros…—. Se me va a hacer muy largo este día, mi vida. ¿Te vas a poner demasiado guapa esta noche también? ¡Ayer estabas impresionante!

—Será una sorpresa, William. —Y reí con picardía.

—No me asustes, me dan miedo tus sorpresas.

—Pues las va a haber. Tú tranquilo y disfruta. Hazme el favor de disfrutar de todo. Hoy es nuestra noche.

—Santo cielo, menos mal que ya es el último día… ¡Te quiero, piernas largas! Me voy con el príncipe. ¡Suerte con tu princesa!

Empecé a vestirme con rapidez porque lo tenía todo preparado con antelación. Último día: visita al orfanato y a nuestro huerto… Me puse pantalón de lino *beige* ancho, blusa de seda en el mismo tono, pero vaporosa, una larga vuelta de perlas sobre mi pecho que llegaba hasta mi

cinturón de piel marrón y pamela *beige* con pañuelo de seda blanco con una lazada que caía por detrás moviéndose solo con andar. En los pies, sandalias planas, abiertas y muy parecidas a las que habitualmente llevan las monjitas. Los sitios a los que íbamos no eran para presumir; en definitiva, íbamos todos a trabajar. Y así vestida, con suave maquillaje, pero sin olvidar el labial casi transparente y el *eyeliner* en mis ojos, descendí por las escaleras para llegar al coche.

—¡Latika, Latika, por favor, mírame! ¿Me falta algo, ves bien mi *look*?

—Estás preciosa, Violet, y muy como eres tú, muy reflejo de tu personalidad.

—Bueno, pero en Londres les parecerá bien, quiero decir, en el ministerio, ¿verdad? Cada vez que me visto, ya solo pienso en si William se la cargará desde las alturas o no. Parece mentira que yo, que siempre he vestido casi como chicazo, ahora tenga al espejo como mi gran aliado.

—Qué loca eres, aunque tienes razón en preocuparte. Hoy estás de sobresaliente, pero vámonos rápido, que no llegamos.

Les di un beso a mis niñas, que hoy podían quedarse en casa, y entramos en el coche con nervios, pero felices. Íbamos a demostrar a la princesa que nuestro trabajo en el orfanato había merecido la pena. Teníamos muchas esperanzas en esta visita.

38

En Jaisalmer, la vida seguía aparentemente igual. La ciudad era lenta, acalorada y sin grandes acontecimientos, pero en una casa, y quizás la casa inesperada, cada dos fines de semana se disfrutaba de la visita de una mujer bellísima, inteligente, abierta y muy divertida.

El doctor Campbell era su anfitrión y ella, Nancy, la norteamericana que había conocido en casa de los amigos del príncipe Amal.

Nancy iba y venía con tanta facilidad a la Ciudad Dorada porque se había convertido en directora de unas empresas de su padre en Nueva Delhi y Jaipur. Por ello y por el fuego que ardió aquella noche en la habitación de un hotel de Jaisalmer, sus visitas a este país cada vez eran más asiduas. Cada quince días, Nancy venía a ver a su doctor. Él la recibía entusiasmado, entregado y con impaciencia. La pasión había vuelto a la vida de Andrew y, aunque ni él mismo lo creía, se había entregado en cuerpo y alma a la aventura. No tenía duda ninguna, iba a vivir esta experiencia que le abrasaba cada quince días y llenaba de ilusión los otros quince. Hacía demasiado tiempo que no vivía algo así y lo iba a disfrutar.

El futuro ya no le importaba. De hecho, a veces pensaba que no tenía futuro, no tenía compromiso con nadie y a nadie parecía importarle. Su exmujer solo estaba contenta si le pasaba lo estipulado por el juez, seguía viviendo en su preciosa casa de Gales y suponía que haría reuniones de mujeres ociosas, que era lo que más le gustaba cuando vivían juntos. Su hijo Jack era un buen chico, enamorado de su futuro como médico y entusiasmado con sus estudios. En cuanto a su hija, su auténtica obsesión, parecía que le iba a ser difícil conocerla. Y, por supuesto, había perdido a Violet, la mujer de su vida, la mujer a la que despreció y destrozó por su inmadurez y a la que sin duda seguía amando mientras ella amaba a otro. Ese era su análisis de su vida, crudo, casi de ficción, pero real.

—Nancy, querida, qué bien que estés de nuevo aquí. Cada día me asombra más que quieras estar conmigo.

—Andrew, ¿pero tú te has visto? Esos ojos azules como dos mares no me los pierdo por nada del mundo. He tenido mucha suerte al conocerte en este momento de mi vida, pues el trabajo me hace vivir en la India, y venir a este lugar recóndito es para mí tan fácil como ir de Nueva York a Washington.

—Sí, desde luego, es increíble, pero me molesta que tengamos que estar aquí en esta casa tan sencilla, tan simple, con lo sofisticada que tú eres…

—Andrew, si yo vengo hasta aquí es para estar contigo. Lo que yo quiero ahora es divertirme, pasarlo bien, sentir ese fuego que siento por ti, pero sin compromiso… Hemos quedado que cero compromiso, ¿verdad?

—Sí, sí. —Se rio Andrew—. Cero compromiso, por supuesto. Vamos, que lo nuestro es sexo puro.

—Bueno, llámalo como quieras, pero me acabo de separar y no quiero atarme a nada ni a nadie, aunque eso no quiere decir que no te quiera y te admire. Tú y yo sabemos de lo que hablamos y somos conscientes, de que en el fondo nos estamos utilizando para curar heridas, ¿verdad?

—Puede que sí, Nancy, pero me impacta tu sinceridad y frialdad. Nunca había conocido a una mujer así.

—Claro, es que solo conoces inglesas, pero en América hay muchas como yo. La vida nos ofrece muchas posibilidades y una de ellas, la más importante, es disfrutar de lo bello, como tú.

Andrew estaba asombrado, casi intimidado, pero dispuesto a seguir el desenfreno que esta mujer le estaba ofreciendo en bandeja. Echaba de menos la belleza del amor, los sentimientos limpios y auténticos que te dejan sin respiración, pero lo que podía vivir con ella estaba seguro de que no lo volvería a tener, y lo necesitaba.

—Perfecto, Nancy, pero, aun así, déjame que le ponga un punto romántico. ¿Te parece si nos vamos al desierto a pasar la noche a una de las preciosas jaimas que existen en un increíble hotel de cinco estrellas? Quiero sorprenderte también yo a ti y, si aceptas, he preparado una noche inolvidable.

—Andrew, qué maravilla, me encanta. Pero, ya sabes, sentimentalismos fuera, ¿de acuerdo?

—Sí, sí. —Andrew se rio, aunque ya empezaba a parecerle todo demasiado frío—. Por supuesto, nada de sentimentalismos.

Comenzaron a prepararse y a cambiarse de ropa para ir al desierto. Iban a viajar en *jeep*, atravesando Khuri, un precioso pueblo con cabañas de tejados de brezo y paredes decoradas con pinturas de colores de la tierra, *beige*, dorados, ocres, cúrcumas. Era un pueblo simpático, amigo, que se relacionaba muy bien con los turistas, aunque su vida no pareciera real, con kilómetros de dunas alrededor.

—Nancy, prepárate, que tendremos que montar en dromedarios. Hay una parte de desierto que solo la podemos hacer sobre estos animales. ¿Te apetece?

—Bueno, no es lo más cómodo, pero si tú lo quieres así, perfecto… ¡Estoy deseando llegar!

Andrew pensó que la falta de romanticismo era demasiado elocuente, empezó a creer que tanta frialdad era poco apetecible, que él había preparado todo ese viaje para encender cierta chispa romántica entre los dos. Ella era una mujer espectacular y muy inteligente, que evidentemente te atrapaba con su conversación y con su fogosidad. Desde luego, estaba dispuesto a continuar, pero sabía que, de seguir así, no duraría mucho tiempo. Él era todo lo contrario: el sexo sin amor no le interesaba tanto, y ella era lo único que quería.

En ese momento sonó el teléfono.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Soy Amal, doctor, ¿qué tal? Llegaré esta noche a Jaisalmer—. ¿Nos vemos?

—Oh, príncipe, cómo lo siento, ha venido Nancy y nos vamos al desierto. Vamos al hotel de las jaimas maravillosas. ¿Se acuerda que nos lo recomendaron?

—Sí, sí, magnífico hotel. Ya veo que están ustedes muy unidos.

—Bueno, no sé qué decirle. Estamos bien juntos, nos divertimos, ¡que no es poco!

—Por supuesto. Pues nada, nos veremos en otro momento. Yo en dos días vuelvo a Delhi, pues vienen los príncipes de Gales y los embajadores me han invitado a la cena en su casa.

Andrew se quedó en silencio. De nuevo acudió a su mente Violet, a la que el príncipe no nombró, y la imaginó en su preciosa casa con su estupendo marido viviendo una vida de ensueño. Nunca se perdonará su error, Violet le quería de verdad y él seguía adorándola.

—Amal, pues siento no verle, pero pronto volverá, ¿verdad?

—Claro que sí. Pásenlo bien, es un lugar de lo más romántico.

Andrew colgó el teléfono entristecido, con el estómago revuelto, pero decidido a vivir las sensaciones que Nancy estaba deseando ofrecerle. Estaba siendo muy clara, quería de él lo que ella le iba a dar también, era elocuente, extravagante y también una mujer espectacular. «¡Ojalá esta etapa sea un puente en mi vida y sirva para borrar el pasado y poder encontrar el amor en el futuro!», pensó Andrew con amargura.

* * *

—Alteza, estoy emocionada por poder enseñarle donde, a diario, trabajamos Latika y yo. Empezaremos, si le parece bien, por el huerto que con tanto cariño hemos ido plantando, sembrando y cosechando para así poder alimentar a nuestros niños. Además, tenemos también parterres con flores. Aquí se dan muy bien, y con ellas hacemos collares que vendemos a diario a floristerías de la ciudad y del aeropuerto y cuyos beneficios destinamos también a los niños, ya sea para hacerles nuevos vestidos, o comprar pañales o medicinas.

—Violet, ¡qué maravilla! Solo de pensar lo que has conseguido tú sola me emociono.

—Bueno, espere por favor a verlo en persona. Tampoco es para tanto y no lo he hecho sola: Latika y yo somos las dos locas que hemos creído en ello, pero está hecho con mucha ilusión y sobre todo cariño.

Tras unos minutos de viaje por las alocadas calles de Delhi, ese día, por cierto, despejadas para la visita real, llegamos a mi maravilloso huerto. Mi corazón explotaba sobre mi pecho. Era una mezcla de alegría, de satisfacción, de orgullo, de emoción y de incertidumbre…

En la puerta nos esperaban Ranjith y Madhur, mis jardineros. Ese día estrenaban botas de agua y delantales. Se los había mandado hacer de color verde oscuro con ribete cúrcuma con varios bolsillos delanteros de donde sobresalían las tijeras de podar, los guantes y algún otro utensilio de jardinería.

La princesa, siempre amabilísima, les saludó con mucha simpatía. Los dos tenían una presencia imponente. Eran jóvenes y bastante bien parecidos. Para ese día se habían ataviado con el clásico turbante indio, y todo unido era una mezcla elegante y curiosa. A su lado, para que la imagen fuera más chocante todavía, cuatro monjitas, hermanas de la caridad, nos esperaban, también con sus delantales nuevos, para enseñarnos cada rincón del huerto. La princesa estaba impresionada y yo, casi con lágrimas en los ojos.

—Alteza, si le parece, Ranjith y Madhur le explicarán qué es lo que cultivamos, cuántas cosechas tenemos al año y cómo es nuestro trabajo aquí, y las monjitas están deseando contarle cuál es el destino de cada hortaliza y verdura. Ellas sí que disfrutan con este nuevo trabajo. Eso sí, tendrá que disculpar su inglés: no es muy bueno, pero están llenos de ilusión por hacerlo.

Y así, junto a la princesa, que vestía un sencillo pero estiloso vestido camisero *beige* de seda con ribete en blanco y una pamela *beige*, algo más pequeña que la mía, también con el mismo ribeteado, empezamos a desfilar toda la comitiva por mi huerto maravilloso. Los parterres con las hortalizas y verduras estaban impresionantes, hasta parecía que les hubieran sacado brillo. Nunca vi unos tomates tan turgentes ni unas lechugas tan brillantes, en contraste con la tierra, negra y húmeda, el aspecto era de fabulosa plantación. La princesa escuchaba muy interesada. Las monjitas le contaban que, cuando la cosecha era más abundante de lo que podían comer en el orfanato, regalaban una parte a personas desahuciadas que vivían en la calle. Siempre había

alguien a quien dar una alegría. Ella asentía, nos miraba con cariño y también algo incrédula… En el jardín de las flores, ocho de nuestras pequeñas, vestidas con el uniforme que habíamos confeccionado para la ocasión, hacían collares con sus manitas, siguiendo las pautas de colores que les habíamos indicado.

La princesa se puso en cuclillas junto a ellas, les habló y las acarició, y las niñas le pusieron uno de los collares que ya estaban terminados. La verdad es que era una imagen preciosa que, como era de esperar, los fotógrafos captaron de maravilla.

Desde allí nos marchamos al orfanato. La gente se agolpaba en las calles para aplaudirla y vitorearla, y entre saludos, sonrisas y gentío llegamos a la Casa de la Misericordia, a la que yo también llamaba la Casa del Amor, y aquí la princesa se volvió auténticamente loca, por supuesto, de amor. No podía creer lo que veía. Decenas de niños de dos a cinco años salieron a recibirla corriendo hacia ella, gritando *Hello!* Todos vestidos iguales, las niñas con vestiditos, los niños con camisas de la misma tela y pantalón corto. La princesa les abrazó, habló con ellos, les cogió de su mano y así, como si se conocieran de siempre, la llevaron hasta la *nursery*, donde decenas de cestitas presentaban en su interior a los bebés, algunos dormidos, otros con sus enormes ojos oscuros abiertos mirando hacia arriba, todos bebés abandonados en la calle, en una esquina, en la puerta del orfanato.

La princesa vio también cómo hacíamos allí mismo las papillas con las verduras del huerto, y cómo lavábamos cada día la ropa de los niños en una enorme pila de piedra oscura sobre el suelo de cemento del mismo color. Era un lugar, el orfanato, pobre, sencillo y limpio, pero sobre todo un espacio lleno de magia, mucho amor y esperanza, y la princesa lo notó, lo apreció y le emocionó.

* * *

—Violet, mi vida, ¿dónde estás? —gritó William al llegar a casa—. ¿Violet, Violet?

—Embajador, está en la habitación, a lo mejor descansando. Acaba de llegar de dejar a la princesa en el hotel —le dijo Latika

—Oh, pobre, estará destrozada. Subo entonces.

Y mientras estaba en la bañera, con espuma hasta arriba, el pelo recogido en una toalla y los ojos con otra toallita empapada en agua fría, oí que se abría la puerta con sigilo y, sin poder verle la cara, noté que William me besaba en los labios, suave, muy dulcemente, y luego en los hombros, en el escote.

—¡William! —exclamé, y entonces me quitó la toalla de los ojos y me miró sonriéndome, emocionado y muy feliz.

—Violet, eres increíble. Me han contado lo que le has enseñado hoy a la princesa. Me han dicho que está emocionada y que quiere llegar a Inglaterra para proponer una fundación para tus huertos y que patrocinen tu iniciativa.

—Oh, William. —Chapoteé con las piernas en el agua divertida, feliz—. ¡Qué maravilla! —Y entonces le agarré de la camisa y le metí conmigo en la bañera, en el agua. Risas, besos, aguadillas. William se rio y, aunque seguro que no estaba muy cómodo vestido, se sentía tan feliz como yo. Entonces me colocó sobre él y con la esponja me acarició los brazos y con el agua me mojó la cara, me besó la espalda y me dijo, casi susurrándome, lo que me quería. La escena me recordó a la película *Pretty Woman*.

—Violet, creo que tenemos que salir de aquí —dijo divertido—, nos quedan dos horas escasas para que lleguen todos nuestros invitados. —Entonces, empecé a desabrocharle la camisa, riéndome, botón a botón, muy despacito, muy seductora—. Violet, no, ahora no podemos… —Puso cara de sentirlo en el alma.

—No, capitán, lo sé, solo te estoy ayudando a desvestirte, no te preocupes. —Y le abracé y le besé.

—Violet, mi vida, me da la impresión de que lo que has conseguido tú hoy ha sido definitivo para el éxito de la visita. Creo que ya podemos estar tranquilos y disfrutar de nuestra fiesta. Por cierto, tengo que decirte, la casa está espectacular. Al entrar y ver esa cantidad de flores sobre la mesa del *hall* y al lado de las fotografías de la familia real, me he emocionado.

—Pues son flores de nuestro huerto, William, el huerto donde te fotografiaron y por poco te da un infarto, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo… ¡Cómo es la vida!… Lo que entonces era terrible, ahora nos encumbra.

—Así es, eso es lo que tenemos que pensar siempre y esta noche también. Pase lo que pase, hay que disfrutar. —Esto lo dije pensando en el baile de Bollywood y en su posterior reacción.

—¡Venga, piernas largas, que me empiezan a dar calambres solo con verte desnuda, con el pelo empapado! No nos va a dar tiempo, ¡me has puesto demasiado nervioso!

* * *

La invitación requería la llegada de los invitados a las siete en punto, y a las seis y media bajé por las escaleras con mi vestido de Elie Saab color *champagne* y escote palabra de honor, sandalias doradas en el mismo tono, pendientes largos de oro con numerosas lágrimas cayendo en forma de cascada y mi melena peinada con el estilo que había adoptado como nuevo, raya en medio, dos ondas por delante, suaves pero marcadas, y los anillos que me regaló William, el de compromiso y el de zafiro, igual que el de la princesa a la que dentro de unos minutos iba a recibir en nuestra casa.

—¡Santo cielo, Violet! —Me miró impresionado—. ¿No te parece demasiado *sexy*? Supongo que lo has pensado y que es correcto, ¿verdad? Tú sabes más de protocolo que yo, pero la verdad es que te veo impresionante… A ver si esta noche me tengo que pegar con el príncipe… —Nos reímos los dos nerviosos.

—William, tampoco es que yo sepa mucho de protocolo, pero esta es una fiesta casi privada, vendrán el primer ministro y los príncipes, pero en calidad de invitados a una casa. No es oficial… Espero que les parezca bien. A mí me encanta el vestido y el escote, ¿a ti no?

—Sí, sí. —Rio—. ¿Cómo no me va a gustar? Quizás me guste demasiado. Bueno —dijo mirándome de arriba abajo—, eres única, piernas largas. ¡Qué suerte he tenido! —Muy cariñoso, se acercó a mí y me besó con suavidad.

—Pero, William —le dije riendo con ganas—, estás un poco loco… Por el vestido no te preocupes. Los escotes palabra de honor están dentro de cualquier protocolo. Lo importante es no pasarse en el escote de la espalda, y ya sabes que siempre me gusta provocar algo, solo un poquitín…

—Sí, sí, pues tranquila, lo vas a conseguir, ¡y a mí el primero! Creo que se hablará en prensa de este vestido tuyo, pero no me preocupa, seguro que te verán tan elegante y especial como yo te veo.

Entonces le cogí su mano, la besé muchas veces y me la acerqué a la mejilla para que me acariciara.

Las luces indirectas de la terraza estaban todas encendidas, las velas y bengalas iluminaban con sus llamas los rincones y caminos de nuestro jardín, las orquesta ya empezaba con los primeros acordes para poner a punto el tono, y los camareros, perfectamente uniformados con *kurtas* y *dhotis* blancos y turbantes, escoltaban las puertas de entrada, tanto la de la calle como la de la casa.

En ese momento empezaron a llegar los primeros invitados. Personajes importantes de la sociedad de Delhi, del mundo de la industria, de la economía, de la cultura… Todos venían felices, todos querían estar con los príncipes, y sobre todo querían admirar a la princesa. Mientras esperábamos que nuestros más importantes invitados hicieran su entrada, William y yo sufrimos un bonito y cariñoso acoso personal. Mujeres fascinantes de Nueva Delhi y sus maridos nos rodearon, mientras nos preguntaban sobre nuestra vida en la India, nuestro trabajo, mi huerto y ¡sobre mi vestido! Creo que estaban alucinando por su belleza y desde luego por mi atrevimiento. William sonreía: estaba pasando lo que había imaginado, pero ya no le importaba; todo lo contrario, lo estaba disfrutando.

Uno de nuestros mayordomos se acercó a William para decirle que habían llamado por teléfono y que el primer ministro estaba al llegar y que detrás de su coche, por fin, alcanzarían nuestra casa sus altezas reales los príncipes de Gales, Carlos y Diana.

Los dos respiramos hondo, permanecimos quietos esperando oír la llegada de la comitiva para acercarnos a recibirles mientras me asombraba de lo que habíamos conseguido. El aspecto de los jardines era impresionante, y el *hall* estaba decorado con tal cantidad de flores de nuestro huerto que parecía que estuviéramos en un trocito de la jungla de Kerala. Por fin oímos el chasquido de las ruedas sobre la gravilla de nuestro jardín.

Los primeros en llegar fueron el primer ministro y su hija, que vestía un fabuloso sari en rojo pasión que impresionaba. Indara, que así se llamaba, era una mujer de ojos enormes y boca gruesa y sonrosada. Traía recogida su melena en un moño clásico para lucir mejor el sari, y sus joyas, exageradas e importantes como les gustaban en India, hacía que su *look* fuera lo suficientemente llamativo como para tener también que hablar de él.

—Indara, está usted bellísima esta noche. ¡Que sari tan maravilloso!

—Pues si hablamos de maravillas, su vestido me ha dejado sin habla: es impresionante y muy *sexy*.

—Ya, ya —Reí pícaramente—. Quizás demasiado, pero esta noche era tan especial que sabía que todas queríamos estar especialmente favorecidas, ¿no cree? Al fin y al cabo, es una fiesta privada, ¿verdad?

—Así es. Ayer todo era más formal y hoy será la noche que nos una más, que nos conozcamos mejor y que disfrutemos por fin.

La llegada de la princesa Diana nos hacía tanta ilusión que todas las mujeres se esmeraron en sus *looks* haciendo que me recordaran a la elegancia que vi, años atrás, cuando junto a mis padres acudí a una boda en Jaipur. Allí, durante tres días y sus tres noches, desfilaron cientos de mujeres vestidas con impresionantes sedas y gasas multicolores y adornadas con enormes joyas con piedras preciosas, esmeraldas sobre todo, que ensalzaban los escotes de estas bellísimas féminas, cuyos ojos eran, como decía el príncipe Amal, como enormes lunas llenas. Hoy nuestra casa, casi parecía una boda hindú.

El Bentley negro de los príncipes hizo su entrada en nuestro jardín. Los nervios, ahora sí, a flor

de piel. Quería que William se sintiera bien, que cumpliéramos con las expectativas y que para nosotros también fuera especial.

—Alteza —William se cuadró y dio un taconazo con sus zapatos. No era un saludo militar, pero guardaba ciertas similitudes—. Princesa. —Y de nuevo se cuadró ante ella.

Acto seguido, yo saludé a Carlos con una reverencia perfecta, de libro, la espalda bien recta, la mirada hacia arriba, pero no demasiado y la rodilla sin tocar el suelo, pero casi. El príncipe, de nuevo, me levantó, me besó la mano y después en la mejilla.

—Duquesa, mi madre la reina te envía un cariñoso recuerdo y me dice que está deseando volver a verte.

—Muchísimas gracias, alteza, será un honor. Ojalá pueda ser pronto. ¡Princesa! —Le hice otra reverencia de las de recordar, y Diana me ayudó a levantarme y me dio dos besos.

—Violet, qué vestido tan fabuloso, me hubiera encantado tenerlo yo. Es de los que me gustan de verdad.

—¡Qué alegría, alteza! Ya me quedo más tranquila.

—¿Tranquila por qué?

—Pues si le ha gustado a su alteza, es que es un vestido arriesgado pero correcto, ¿verdad?

—¡No! —Se rio—. ¡Para nada! Todo lo que a mí me gusta no gusta nada en la casa. Si es por mí, no estés demasiado tranquila. El vestido es espectacular y tú estás espectacular. —La princesa era muy risueña, muy simpática.

—Alteza, el que sí es maravilloso es el suyo.

—Bueno, hoy desde luego es tu noche, aunque yo tengo ese halo que todo el mundo ve en mí que todavía no entiendo y que, dicen, me hace especial. Si no fuera así, tú serías la reina de la noche y yo, lógico, la princesa. —Y nos reímos las dos, relajadas y como dos amigas.

Los fotógrafos de la embajada nos hicieron bastantes fotografías. Las del interior serían distribuidas por la oficina del príncipe a todos los periódicos y revistas de Gran Bretaña y las del exterior eran de agencias de información a las que se les había dado las oportunas credenciales para estar allí.

Los jardines parecían de las mil y una noches. Alrededor de la piscina, donde estábamos tomando el cóctel de bienvenida, todas las velitas relucían y titilaban al son de la suave brisa de esa maravillosa noche. La pequeña orquesta nos acompañaba con música y canciones de los dos países y la conversación así se hacía más amena. Las mujeres estaban espectaculares, y en los hombres se veía una mezcla entre el *smoking* de verano europeo y fabulosas *kurtas* tanto en vivos colores como blancas o doradas. Algunos caballeros, los más protocolarios, cubrían sus cabezas con impresionantes turbantes de sedas multicolores. El resultado era una reunión multirracial muy llamativa, exótica y de confraternidad.

En un momento dado me acerqué a William:

—Capitán —dije cogiéndole de la mano—, ¿estás contento? ¿Va todo bien?

—Sí, mi vida, todo es una maravilla. Todo el mundo está sorprendido de la decoración, pero yo no: conociéndote, me esperaba algo tan impresionante como estás tú esta noche.

—A la princesa le ha encantado mi vestido…

—¿Y eso será bueno?

—Eso mismo me ha dicho ella, también lo ha puesto en duda. —Y me reí divertida por la coincidencia—. Espero que también le guste al príncipe.

—Violet, dime, y ¿adónde iremos juntos? Me prometiste que después de la visita de los príncipes nos marcharíamos. No veo el momento, ahora sí que lo necesito de verdad, y no nos

queda nada ya…

—Claro, William, mañana mismo cuando volvamos de Agra con los príncipes, te diré nuestro destino… Te va a encantar.

Entonces me miró, y colocándonos detrás de una de las palmeras para que nadie nos viera, William me besó a la vez que me sujetaba de un brazo y acercaba su cuerpo al mío. Lo que nos estaba pasando era como de una producción de Bollywood.

Cuando pasamos al comedor, la orquesta nos recibió con el «God Save the Queen» y todos los invitados de pie la entonamos emocionados por nuestra reina, envueltos en un ambiente glamuroso y muy embriagador.

La mesa estaba espectacular, sobre todo para nuestros invitados indios, menos acostumbrados, quizás, a recepciones europeas. Mantel de una sola pieza de lino blanco, vajillas de porcelana también blanca con la corona y el reborde en dorado, la cristalería de cristal de Bohemia que regaló al Alto Comisionado lord Mountbatten antes de abandonar Delhi y un centro de plata en medio que recorría casi toda la mesa de lado a lado y estaba lleno de flores multicolores de nuestro huerto. Todas esas flores estaban dispuestas de manera que no molestaran la visión y la conversación de los comensales y eran de poco olor para no desvirtuar el sabor del menú.

Diana se fijaba en todo e iba alabando con mucho cariño lo que habíamos hecho para que la cena fuera principesca.

Por fin llegó el momento más delicado y también más divertido. Tras los brindis y el postre, nos levantamos de la mesa y le dije a William que, por favor, nos reuniera a todos en el salón de las chimeneas.

—¿Por qué, Violet? ¿No vamos al salón grande?

—No, hazme caso, por favor.

—De acuerdo, vamos hacia allí.

Vi a Latika que me miraba algo preocupada y que con gestos disimulados y discretos, me indicaba que lo que quería era que me acercara a ella para hablar. Algo le preocupaba.

—Latika, ¿qué pasa? ¿No han llegado las bailarinas?

—Sí, sí, Violet, no es eso. Es que acabo de ver a un señor mayor que subía por las escaleras con sigilo y miraba a todos lados para que no le viera nadie. Me ha dado miedo pensar que pudiera pasar algo. ¿Qué hacemos?

—Pero ¿quién es? ¿Le conocemos?

—Sí, sí, claro, es un príncipe que vino también a vuestra primera cena, aquí, en Delhi.

—Oh, por Dios, es el príncipe Amal. Bueno, no habrá problema. Acompáñame y subimos a ver qué le pasa. Se habrá indispuesto y buscará un baño o quizás una cama. Es ya muy mayor.

—¡Claro, Violet, ya estoy más tranquila! Pero, si te parece, subamos a ver: me dan miedo también las niñas.

—Tienes razón, vamos despacito sin hacer ruido, igual le vemos dormido en mi cama. —Me reí con ganas mientras Latika sonreía.

Entramos primero en la habitación de las niñas y no pudimos reprimir la risa. Allí estaban mis rubitas gemelas, vestidas de bailarinas de Bollywood esperando el momento en el que tendrían que unirse a la fiesta. Las cogí en brazos, las besé e hicimos algún paso del baile. Todas estábamos nerviosas; sus niñeras, también.

—Vamos, Latika, bajemos ya a la fiesta, se nos va a hacer tarde.

—No, Violet, yo voy a seguir buscando a Amal. Me ha parecido que algo pasaba.

—Está bien, sigamos. Vamos a mi habitación entonces.

Abrimos la puerta y encendí la luz, no sin algo de ansiedad y de nervios, pero allí no había nadie. Todo era muy extraño.

—Latika, ¿estás segura de que le has visto subir?

—Por supuesto, Violet, y me ha extrañado muchísimo.

Entonces recordé el piso de arriba, la habitación de su amada Alisha, y me entró un escalofrío en todo el cuerpo. Empecé a temblar al imaginar que Amal podría encontrarse allí.

—Latika, ya sé dónde puede estar. Acompáñame al piso de arriba. Me tiemblan las piernas y me estalla el corazón solo de pensarlo.

—¿Pero qué supones, Violet? ¿Qué ha podido pasar?

Y agarrada a su mano y con la otra haciéndole un gesto para que guardara silencio, seguimos subiendo hasta el último piso de la casa. Ya me faltaba la respiración, la taquicardia era casi insufrible y agobiante, pero tenía que seguir, tenía que saber qué es lo que pretendía.

Despacio y sigilosamente, abrí la puerta que suponía estaba cerrada con llave, como comprobé a mi llegada ya hacía dos años, pero el picaporte cedió hacia abajo y la puerta se abrió, despacio, sin ruido. Y allí, sentado en una butaca de terciopelo rojo, con todos los saris de Alisha a su alrededor, sus zapatos y bolsos y las cartas manuscritas en su mano, se encontraba, cabizbajo, el anciano príncipe de Cachemira, el anciano hombre enamorado hasta las entrañas de una bella joven que debió de morir por ese amor y sin que él nunca hubiese encontrado ni la paz ni una correcta justificación de lo que pasó.

—Príncipe Amal, pero ¿qué hace aquí? ¿Qué le pasa?

—Oh, Violet ¿por qué ha subido? ¿Por qué ha tenido que encontrarme?

—¿Cómo que por qué? Pues porque usted me preocupa, y le han visto subir y no sé si le pasa algo. Amal, por favor, vuelva al salón conmigo, no me preocupe.

En ese momento vi que en una de sus manos tenía las cartas, en la otra, en la derecha, una pistola pequeña, de metal dorado.

—¡Príncipe, por favor, por favor! Pero ¿qué es lo que quiere hacer? Amal, deme ahora mismo esa pistola.

Latika, a mi lado, temblaba y no le salía ni la voz. Solo decía: «¡Violet, Violet!».

—Violet, déjeme, por favor, déjeme hacerlo. Este es mi momento, no tengo otro. Quiero morir donde ella vivió. Quiero dejar de existir y yacer entre sus vestidos, entre sus recuerdos. No he podido vivir con ella, pero lo que sí haré será morir junto a ella o, por lo menos, lo que queda de ella.

—Pero, Amal, eso usted no lo va a hacer aquí, ni hoy ni nunca. Yo no se lo permitiré. Yo le quiero mucho a usted, y mi marido muchísimo también. Le estamos muy agradecidos: usted nos ha dado la vida aquí, en Jaisalmer.

—Bien, lo sé. Entonces usted déjeme tener la muerte que yo deseo, esto es lo que más deseo. Además, soy tan mayor que ya nadie me echará en falta… Esta noche solo he venido para esto, para morir junto a mi bella princesa y también, y lo siento, Violet, pues esto les va a perjudicar, para reivindicar a mi país, a Cachemira, a su independencia del colonialismo en el que vivimos hace años mi familia y yo mismo. Es la noche ideal, Violet, muero por mi país, reivindicándome con los príncipes de Gales en esta casa, por mi amor y junto a mi amor. ¡Por favor, no me lo impida! Lo he dejado todo por escrito en una carta sobre la mesa, y quiero morir con mis cartas y las de Alisha en mi mano…

Aterrada y viendo cómo empuñaba la pistola y la acercaba a su frente, conseguí hacerle una señal a Latika, que la entendió a la perfección. Ella iría a buscar a algún guardaespaldas —ese

día había de sobra en la casa—, mientras yo trataba de convencerle de que no siguiera adelante.

—Pero, Amal, ¿qué le ha pasado? ¿Ha habido alguna razón especial?

—Violet, es que ya no tengo fuerzas, ya no puedo seguir… Déjeme, por favor, váyase, no quiero hacerlo delante de usted. La quiero de verdad, siempre me ha parecido una mujer digna de ser feliz y que podría hacer feliz a cualquier hombre. Por eso he entendido tan bien a Andrew, el inteligente y desgraciado doctor. Él y yo tenemos mucho en común, sobre todo la pena de haber sido cobardes y miserables con la mujer a la que amábamos. Pero hoy por fin se acabará todo. ¡Váyase, se lo ruego! —Y de nuevo puso el arma sobre su sien.

—No, Amal, no lo haga. Me acercaré a usted, le quiero abrazar, Amal, no quiero que termine sus días en el suelo de esta habitación.

—Pero, Violet, si para mí este suelo es la gloria, es el suelo que pisaba mi princesa. Junto a ella descansaré hoy, esta misma noche, en el Swarga, en nuestro pequeño cielo. Y después, si los dioses así lo quieren, nos reencarnaremos y, por fin, volveremos a vivir nuestro amor juntos, sin ser príncipes ni tener obligaciones. ¿Cómo no voy a querer poner fin a mis días?

Amal estaba destrozado, pero hablaba con demasiada razón y sobre todo con el corazón. Yo ya estaba llorando, no podía parar.

—Violet, querida, no llore por mí. Ya es hora, soy muy mayor y, si puede, perdóneme por hacerlo en un día como este, pero es el idóneo. Morir por mi país y por amor le dará sentido a mi larga y triste vida.

En ese momento, y cuando parecía que ya iba a apretar el gatillo, por detrás del príncipe aparecieron, no sé de dónde, dos enormes guardaespaldas que, casi sin apenas esfuerzo, sujetaron al enjuto y patriota príncipe. Me acerqué a él y le abracé llorando antes de que se lo llevaran por las escaleras tan sigilosamente como había subido una hora antes.

—Cuídenle, por favor —les dije antes de que se fueran—. Es una buena persona, muy mayor. Se lo suplico, llévenle al hospital, pero no cuenten nada: digan que tiene un ataque de ansiedad. Él no es peligroso, solo tiene depresión y está muy débil.

Cuando todo terminó, me senté en la misma butaca de terciopelo rojo donde había encontrado a Amal y, sin poder respirar todavía con tranquilidad, lloré amargamente por la triste vida de esa buena persona. Sus dioses no habían sido justos con él, pero —pensé— pronto se encontrará con su princesa. La vida ya no iba a ser larga para él, parecían sus últimos días.

Latika llegó nerviosa, desesperada, aterrada.

—Violet, ¿qué hacemos? William me ha preguntado por ti. Está muy nervioso, no sabe dónde estás ni lo que tiene que hacer.

—Oh, Latika, por Dios, baja inmediatamente y que se vayan sentando frente al escenario. Yo estaré en tres minutos.

—¿Seguro, Violet? ¿Podrás hacerlo?

—Por supuesto, no lo dudes.

Latika bajó por las escaleras y yo, con enorme rapidez, busqué la carta que había escrito el príncipe Amal contra las autoridades colonialistas británicas. Eso no podía ni saberse ni conocerse. Decidí ponerla en un bolso dentro de mi armario. «Se la enseñaré mañana a William», pensé. Me retoqué el maquillaje, me peiné un poco y respiré hondo, una, dos, hasta tres veces, y, pensando en la importancia del momento para mi marido, bajé segura y decidida.

Cuando entré en el salón, todo el mundo me sonrió. Mi aspecto era normal —o eso esperaba—. Habíamos colocado un centenar de sillas doradas con finísimos cojines en color cúrcuma y al fondo, una especie de escenario bajo una llamativa jaima o toldo dorado.

—Violet, ¿qué es esto? —me preguntó William casi con cara de terror—. ¿Pero dónde estabas? ¿Te encuentras mal? Te veo un poco nerviosa.

—No te preocupes, estoy muy bien, y esto, aunque es una sorpresa, os va a gustar a todos. Relájate, esta es una fiesta privada, o por lo menos no oficial, y podemos divertirnos, ¿no te parece? —le contesté casi balbuceando y con más ganas de llorar que de bailar.

De repente, todo empezó a parecer normal de nuevo. Sentamos en la primera fila a los príncipes junto al primer ministro y su hija, William y yo también a su lado, y al ministro de Economía, junto a su homólogo inglés. Detrás, y ya sin ningún protocolo, el resto de los asistentes. Todos sonreían, nadie imaginaba lo que iban a ver en unos minutos.

Se apagaron todas las luces. Solo un foco relucía desde el techo con dirección a la puerta. William me apretó la mano, se acercó a mí y me susurró: «Piernas largas, pero ¿qué has hecho? Supongo que me la volveré a cargar en el ministerio». Enseguida empezaron a sonar los sitares, los damarus, tambores y el bansuri, y de cada pasillo lateral empezaron a subir al escenario bellísimas bailarinas con preciosos saris, cada uno de un color distinto, con sus cabellos cubiertos por una gasa transparente del mismo color. Todas juntas y al compás empezaron a bailar las populares e internacionales danzas de Bollywood. El príncipe aplaudió encantado, la princesa movió sus pies al son de la música, le gustaba mucho bailar, y William al ver esta reacción me dio la mano fuerte, muy fuerte, y vi que la princesa nos miraba y me sonreía.

Las bailarinas se movían insinuantes y muy atractivas sobre el escenario. Sus caderas iban de un lado a otro, mientras sus brazos y sus manos parecían volar con movimientos casi etéreos.

—William —le dije—, creo voy a sacar a bailar al príncipe. Si me sigue, tendrás que hacer lo mismo tú con la princesa.

—Pero ¿qué dices? ¡No lo hagas, por favor, ni se te ocurra!

—Sí, William, creo que lo tenemos que hacer por el bien de todos: acuérdate de lo que te pidió la reina. Yo le conozco desde pequeño, no es para nada raro que lo intente, y supongo que le hará gracia.

—Pero ¿y qué hago yo si no se dar ni un paso? ¿Cómo voy a salir a bailar y con la princesa?

—Bueno —me reí al ver la cara de pánico de William—, los príncipes seguro que tampoco saben nada.

—¿Y tú sí? ¿Tú sí sabes bailar esto?

—¡Pues sí! —Sonreí, aunque todavía temblaba por lo vivido—. Y me encanta. He dado pocas clases, pero, bueno, lo voy a intentar. Tú sígueme, que si te portas bien te daré otra sorpresa cuando se termine la fiesta.

—¡Oh, no, por favor, más sorpresas no!

Me armé de valor y miré a Latika que, aparentemente en estado de *shock*, suponía que al final no me atrevería. Pero acerqué mi cara a la del príncipe y le dije bajito:

—Alteza, me estoy volviendo loca por bailar. ¿Se atrevería a acompañarme? Es una música divertida y pegadiza, lo haremos bien.

—Por supuesto, Violet, me encanta bailar.

Ante el asombro de todos, subimos los dos al escenario. Todos aplaudieron entusiasmados por lo que veían. Yo empecé a mover mi cadera de un lado a otro, pero suavemente, no como las bailarinas, tenía que parecer más sutil, más elegante y no pasarme en mis movimientos, y subía y

bajaba mis brazos al son de esa música tan exótica como popular. Mi vestido brillaba con los numerosos cristalitos bordados y mi espalda, al aire, supongo que ponía un toque de atrevimiento que rozaba, como siempre, la línea roja.

Vi a William con la princesa en el escenario. Diana se movía bien, mejor dicho, muy bien, se veía que no había dado clase, pero solo con mirar a las bailarinas lograba mover su cuerpo de la misma y sensual manera. A ella le encantaba bailar y no dejaba de sonreír. Entonces Latika acercó al escenario a mis dos niñas vestidas con unos saris del mismo color que mi vestido y, sin que nadie les dijera nada, se pusieron a mi lado y comenzaron a bailar como ellas habían aprendido, de una manera muy infantil pero supergraciosa. Todos los invitados, por supuesto, aplaudían y reían satisfechos. Diana y Carlos disfrutaban, se movían en el escenario felices; las niñas, además, habían puesto un toque emotivo que había convertido el baile en algo familiar y desenfadado. La noche estaba siendo maravillosa, también para los príncipes, y entre las cien personas más o menos que nos encontrábamos allí, había un hombre desencajado pero orgulloso, histérico pero feliz, y ese hombre era, por supuesto, mi marido, un William demudado por semejante locura y un William orgulloso al ver a sus dos niñas moviéndose encantadas en el escenario junto a su loca esposa. Me acerqué a él mientras dejé al príncipe con la princesa y frente a mi espectacular marido empecé a bailar como había aprendido, sin tapujos, moviendo las caderas con gracia, sensual, seduciéndole y olvidando la pesadilla de unos minutos antes. William, entregado ya al momento y poniendo sus manos en mis caderas, acercó su cara a la mía y mientras me besaba, me decía: «¡Te voy a matar, bellezón!».

Los *flashes* de los fotógrafos captaron estas bonitas imágenes, suponía que gustarían de verdad en Londres. Ver a los príncipes bailando juntos de nuevo era casi un milagro. Estaba segura de que las distribuirían desde palacio, pues no habían tenido un momento así desde hacía tiempo. Imaginé que la reina estaría orgullosa de William.

La fiesta llegó a su fin. Yo había decidido no contar esa noche nada a William, mejor dicho, no le diría nada hasta que terminara la visita oficial: quería que disfrutara y que descansara. Al fin y al cabo, no había sucedido nada desagradable, y pedí tanto a Latika como a los guardaespaldas absoluta confidencialidad. Latika los conocía, eran de nuestro entorno, y me aseguró que confiaba plenamente en ellos. Me iba a costar no decírselo a mi marido, pero se merecía que esa noche la disfrutara con honores. El episodio podía haber sido fatal, ¡un suicidio con tintes políticos en casa del embajador del Reino Unido y en la fiesta en honor a los príncipes! No, no podía contarle nada, así que de nuevo me armé de valor y me entregué al momento sin pensar en nada ni en nadie.

Nuestros invitados se marcharon, y William y yo nos quedamos solos en casa. Agotados, nos tumbamos en los sofás del porche. Uno frente al otro, los dos en horizontal, nos descalzamos. William empezó a reírse. Nos mirábamos y en silencio nos sonreíamos mientras nos íbamos desvistiendo. Estábamos literalmente «muertos». William empezó por quitarse la chaqueta blanca del *smoking*, la pajarita y los tirantes y los lanzó hacia el suelo. También fue desabrochando uno a uno los botones de la camisa… Me estaba pareciendo un momento sublime. Mi marido, pensé, se merecía todo.

—William, por favor, no sigas, que me estas poniendo nerviosa y hoy solo puedo llegar a la cama y dormir…

—¿Y entonces por qué te has desabrochado tu vestido, y está casi todo caído en el sofá? ¿No me estás queriendo decir algo sin palabras? —Y se echó a reír, se levantó y se puso a mi lado. Apenas cabíamos y estábamos frente a frente casi haciendo equilibrio para no caernos—. Piernas largas, ¿recuerdas la noche del tren cuando íbamos a Jaisalmer? Pues ahora vamos a hacer lo mismo y en un espacio igual de reducido. —Y se rio mientras me abrazaba—. Pero va a ser mucho mejor, a la luz de las estrellas y bajo el cielo raso. Relájate, francesita —dijo comenzando a besarme y a quererme—, no te muevas si no quieres.

Mi cabeza daba vueltas: el príncipe Amal me obsesionaba, y el *champagne* y los bailes habían puesto mi corazón a un ritmo elevado, y ahora estaba viviendo casi un desmayo total. Me relajé en sus brazos y disfruté muchísimo de esa plácida semiinconsciencia. William siempre me demostraba que me quería, pero esta noche creo que estaba muy enamorado, muy agradecido, muy orgulloso y mucho más tranquilo.

* * *

—William. —Le desperté moviendo su cuerpo de un lado a otro—. William, despiértate, que tenemos que ir con los príncipes al Taj Mahal y se nos hace tarde.

William se desperezó como pudo, estaba fuera de combate, pero, como buen militar, se tiró literalmente de la cama y se fue a la ducha, no sin antes acercarse y darme un beso. Me hacía gracia, siempre me lo daba nada más levantarse, aunque tuviera prisa por marcharse.

—William, ya estamos a tres horas de que nos dejen solos. ¿Te imaginas poder estar aquí juntitos hablando y viendo la televisión? ¿O bañándonos con las niñas en la piscina los dos y sin que nadie nos moleste?

—No, Violet, todavía no puedo imaginármelo… Eso que dices me parece ahora un verdadero planazo. Quedamos para hacerlo esta tarde, ¿vale?

—Claro, a las niñas les encantará vernos juntos. Desde que te fuiste a Londres y con la visita de los príncipes, yo creo que no hemos estado los cuatro solos ni un minuto.

—Te prometo, Violet, que a partir de ahora voy a estar mucho más pendiente de vosotras. Buscaré tiempo para estar juntos y os acompañaré a la huerta y, si quieres, al orfanato también. Tienes razón, estamos muy poco juntos.

—Bueno, pero, cuando estamos, tú y yo estamos demasiado juntos. —Me reí mientras le veía secarse con la toalla después de ducharse. Me miró de reojo con el pelo revuelto y me sonrió. Era muy muy atractivo. Luego abrió la puerta y bajó, supongo, a desayunar. Me dio el cotidiano beso de despedida antes de marcharse.

Yo, entonces, literalmente también, me tiré de la cama y fui casi sonámbula a la ducha. Mucha cantidad de agua, fuerte presión y fría. La impresión era enorme, pero la sensación de vitalidad que me dejaba era adictiva. Me quedé un buen rato debajo de la alcachofa. El agua caía sobre mi pelo y mi espalda. Yo apoyaba mis manos en la pared de la ducha todavía agotada y allí, con esa ducha helada, no podía pensar en nada, pero mi mente, mi cerebro y mi corazón estaban preocupados por Amal… ¡Pobre príncipe!

En ese momento me di la vuelta y me encontré a William frente a mí. Hice el gesto de taparme impulsivamente, aunque quedaba un poco ñoño, claro.

—Pero ¿qué haces, Violet? ¿Ahora no puedo verte desnuda? —Se rio y me miró divertido—. Cielo, eres bellísima, siempre me impresionas. —Se acercó con una toalla y me besó mientras

me tapaba—. Acaba de llamarme el secretario del príncipe Carlos para decirme que irás tú sola con la princesa a Agra, a visitar el Taj Mahal, que a él le es imposible.

—¡No me lo puedo creer! ¿Al templo del amor va a ir sola?

—Tienes razón, qué raro es, no lo había pensado; además, ya no tienen nada oficial, solo esta visita. De todas maneras, no te entretengas y vístete ya, creo que quiere ir cuanto antes.

Me pareció raro, extraño… La noche anterior la princesa había estado encantada y feliz.

Latika y yo enseguida nos introdujimos en el coche para llegar raudas al hotel y acompañar a Diana, pero en el trayecto le pregunté por lo que más me preocupaba.

—¿Sabes dónde está el príncipe Amal? ¿Qué hicieron con él finalmente? ¿Le llevaron al hospital como te indiqué?

—Sí, Violet, no te preocupes por él. Está bien cuidado, pero creo que no vivirá ya mucho. Me han dicho que su corazón está muy débil, pero que se encuentra ya más tranquilo, más sereno.

—Gracias a Dios. Solo de pensar en lo que pudo ocurrir me dan escalofríos.

—¿Solo escalofríos? —dijo Latika—. Violet, eres la mujer más valiente que conozco, y la más serena y la más enamorada de su marido. Cuando William sepa lo que hiciste ayer por él, además de por Amal y hasta por la reina… Te diría que ha sido como ganar una batalla. ¿Te imaginas el escándalo de haberse conocido el final de Amal por amor y contra los ingleses? Vamos, no sé ni cómo todavía no se lo has contado a tu esposo.

—Bueno, ya lo hablaremos. Nos ha salido bien y ahora solo tenemos que seguir fingiendo unas horas más. Luego, todo lo podremos comentar y compartir.

Cuando llegamos al hotel, me cambié de coche y al entrar vi la cara de la princesa. El disgusto se reflejaba en sus tristes ojos y en su archifamosa mirada hacia abajo.

—Buenos días, princesa, vamos a Agra, ¿verdad?

—Sí, sí, Violet, vamos hacia allí, aunque todavía no sé si visitaré el monumento.

—De acuerdo, haremos lo que su alteza crea conveniente —dije escuetamente. Si ella no lo comentaba, yo no debía decirle nada sobre lo que debía de hacer.

El viaje era largo. Por lo menos estaríamos en el coche unas tres horas, y tengo que reconocer que fueron las tres horas más largas y tristes que viví con alguien ajeno a mi familia. Yo le hubiera dicho que mandara todo lo que le hacía sufrir a la mismísima «porra». Que me parecía una mujer muy valiosa, con muchas virtudes, muy generosa y divertida y que no merecía sufrir tanto por amor. Pero no le dije nada, estuve callada a su lado, sin hablar, sin mirarla siquiera, igual que ella. Solo de vez en cuando le llamaba la atención para que disfrutara de la belleza de los campos de flores, de trigo y de la naturaleza exuberante que rodeaban la carretera.

—Alteza, disculpe, mire por la ventana. ¿Ha visto alguna vez algo más bello que estos campos de flores? Mire las mujeres que los trabajan, son sus saris multicolores, parecen flores ellas también. En la India se aceptan con asombrosa resignación los avatares de la vida. Son felices con tan poco que, a veces, me estremece mi lucha por mi insignificante felicidad.

—Tienes toda la razón, Violet, en este momento me gustaría ser una de ellas o, por lo menos, tener esa formación espiritual.

Cuando llegamos, la comitiva que nos acompañaba se adelantó a nosotras para abrir las puertas del coche. En ese momento la princesa, con un gesto, les detuvo.

—Violet, no sé qué hacer, aquí teníamos que estar los dos, es el templo del amor. He venido sola, pero ahora no me atrevo a salir y posar para los fotógrafos. Estoy desolada. ¿Tú qué harías?

—Alteza, yo, sin duda, saldría y posaría en ese banco mundialmente conocido. Usted ama, y ama mucho, usted es cariñosa con todos, usted más que nadie se merece estar en este templo.

Me miró y me sonrió.

—Muchas gracias, visto así, me parece bien. Violet, tú sí que tienes suerte, tu marido te adora, lo he visto, te besó detrás de una palmera en tu casa en la cena y me sobrecogí al verlo, y sé que tú también a él. He visto que tienes un anillo parecido al mío de pedida. El zafiro representa la lealtad, la fidelidad, la verdad. En tu caso ha sido la piedra idónea; en el mío, la contraria.

Diana, emocionada pero fuerte, muy fuerte, abandonó el coche y, con las autoridades que enseguida la rodearon, se fue con enérgica decisión hacia el lugar donde la esperaban un regimiento de fotógrafos. Con enorme dignidad y una medio sonrisa, se sentó sola, firme, con las piernas hacia un lado y sus manos entrelazadas sobre su falda. Yo la miraba desde lejos, asombrada, conmocionada. Era una mujer tristísima cumpliendo con su obligación y sin querer parecer desgraciada.

La fotografía de Diana con su falda malva y chaqueta roja de seda dio la vuelta al mundo. Era una mujer casada y su marido no la acompañó al templo del amor más importante de la historia del arte romántico. Ella sabía por qué lo había hecho el príncipe… Bueno, todo el mundo lo sabía.

39

—Mi vida, ¿te vienes a la piscina con las niñas? Me hace falta divertirme y relajarme. La mañana ha sido terrible, muy dura: me ha dado tanta pena la princesa…

—Claro, Violet, me pongo el traje de baño y bajo enseguida.

Y los cuatro, por fin, volvimos a estar solos, sin tener que ser todo el día simpáticos, educados e inteligentes. Había sido una visita corta, pero muy intensa. Y ahora William y yo nadábamos cada uno con una niña a nuestras espaldas. Sashi y Anusha se reían como locas. Volvíamos a ser una familia.

—William, ya tengo los billetes de avión para nuestro viaje y, por favor, llévate ropa de baño y pantalón corto y camisas, y quizás algún pantalón largo y algún polo, pero, por ejemplo, no te lleves zapatos.

—¿De verdad no tengo que llevar zapatos? ¿Es que no vamos a salir de la habitación? —Nos reímos a carcajadas.

—No, no es eso… Hoy en la cena te digo el destino. Te va a volver loco, es justo lo que tanto necesitamos.

—¡Qué maravilla! No sabía si finalmente lo haríamos, me parecía un sueño.

—¡Por supuesto, William! —Y me acerqué a él. Los dos estábamos en el agua y las niñas ya estaban en la casa cambiándose para cenar—. Es lo que tú querías y tienes razón, además de que yo solo quiero hacer lo que a ti te guste. —Le abracé, hasta le pellizqué para que se relajara. Él, con su mano, empujó mi cabeza hacia dentro del agua. Empezamos a jugar, a bucear, a divertirnos. Le gustaba estar conmigo. Creo que no necesitaba a nadie más, y eso me enternecía y me emocionaba.

Por la noche seguíamos agotados, y quisimos cenar unos sándwiches en la terraza: no nos apetecía sentarnos a la mesa ni que nadie nos sirviera. William me puso un *gin-tonic* en una copa balón, como a mí me gustaba, unas gotitas de limón y mucho hielo, y él se preparó un whisky en un vaso de cristal tallado, un whisky corto, solo: le gustaba saborearlo.

La noche era cálida y tranquila. No hacía aire, se estaba de maravilla en el porche, los dos con el pijama puesto, las piernas levantadas y descalzos. No podíamos creer que ya no tuviéramos que recibir a nadie, ni hablar con nadie ni sonreír a todo el mundo… Había sido agotador, y estábamos encantados.

Cuando comenzábamos a saborear nuestras copas y yo pensaba que sería el momento idóneo para contarle a William con pelos y señales la terrible aventura vivida con Amal, el mayordomo se acercó a nosotros.

—Perdone, señora, sé que no querían ser molestados, pero le llama la señorita Poppy desde Bath, y dice que es urgente.

Me levanté con una exclamación. Enseguida pensé en mi madre o en Lili.

—Tranquila, Violet, vamos al despacho. Pásenos allí la llamada.

—William, por favor, por favor, ¿qué habrá pasado? No puedo respirar.

—Venga, Violet, no te pongas en lo peor. A lo mejor es algo de tu madre, algo lógico para su edad.

—Oh, lo sabía, sabía que tenía que haber ido a verlas, que las tengo abandonadas. William, ¿qué será? Pobre mamá, pobre Lili…

Cogí el teléfono temblando y con un hilo de voz comencé a hablar.

—Poppy, ¿qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?

Y Poppy empezó a relatar la historia más inesperada, truculenta e increíble que jamás imaginé. William, que estaba a mi lado, me preguntaba y me miraba desconcertado. Mi cara de tristeza se había convertido en el rostro del terror y de la incredulidad… Solo podía decir: «No puede ser, no puede ser… Pero ¿por qué, por qué?».

William, entonces, con tono fuerte y firme me dijo:

—Pero, Violet, por favor, ¿es algo de tu madre, de Lili?

Al verle de los nervios, me despedí de Poppy, colgué el teléfono y puse mi cabeza sobre la mesa mientras lloraba sin poder reprimirme. Le cogí sus manos, se las besé.

—William, es horrible, es terrible, es lo peor.

—Pero dime qué ha pasado. Por favor, Violet, dime algo.

Yo seguía con la cabeza hacia abajo sin poder reaccionar, únicamente lloraba y lloraba, angustiada, mareada, sin poder respirar.

—William, ayúdame, por favor, creo que voy a vomitar, tengo que llegar al baño.

—De acuerdo, vamos, pero, Violet, dime qué es…Toma, bebe un poco de agua, a lo mejor te tranquiliza y te sientes mejor.

—William, mi vida, qué desastre, qué desastre, es terrible y nos va a hundir, nos va a hundir a ti y a mí. ¡¡¡Tengo miedo!!! —Y empecé a llorar con fuerza, desolada—. William te quiero a ti, solo a ti, de verdad.

—Pero ¿qué pasa, Violet? ¿No es sobre tu madre? ¿Es de Lili? ¿Por qué me dices ahora que me quieres? ¿Qué es lo está pasando?

—William, es terrible.

—¡Violet, se acabó! Si no es por enfermedad, dime qué pasa. Ya no sé qué pensar, me estas volviendo loco.

—William, es horrible. Lili y el hijo de Andrew… Lili y el hijo de Andrew ¡son hermanos, William, son hermanos!

—Sí, ya lo sé, ¿y? ¡Por favor, Violet, ¿no puedes dejar de llorar? Me va a dar algo ahora a mí. Te quiero ayudar, pero no puedo…

—William, Lili y Jack, así se llama…

—Dime, ¿Lili y Jack qué?

—Oh, William, no puede ser, Poppy dice que Lili puede estar saliendo con Jack, su hermano, el hijo de Andrew, que les ha visto en la cabaña ya más de dos veces y que por eso me ha llamado con urgencia. Son compañeros de facultad, estudian los dos medicina en Oxford, se han conocido allí, y cree que podrían ser novios o algo así…

—¡Santo Cielo, no puede ser, no puede ser! ¡Otra vez esta pesadilla no! ¡No quiero enfrentarme a él otra vez!

—William, ¿lo ves? No es solo por Lili, es por nosotros, y no quiero que nada nos separe.

Ahora me tendré que ir a Bath a solucionarlo. ¡Ayúdame, William, por favor! ¿Qué hago?

—Lo siento, Violet, te quiero con toda mi alma, pero esto ya me supera —William se frotaba su cabeza, medio agachada y sin mirarme a la cara—. Lo siento, no soy capaz ni tengo ganas. Lo tendrás que arreglar tú sola esta vez o con Poppy o con tu madre. A mí este hombre me devolvió la vida, pero ahora creo que lo hizo para destrozármela después. Nunca desaparece del todo y estoy seguro de que es porque es lo que le apetece, provocarme y ponerme al límite, ¡y tú, Violet y tú…! —Y en ese momento me miró con unos ojos tan tristes y llenos de lágrimas que me acerqué corriendo a él y le abracé con fuerza.

—William, ayúdame, por favor. Tendré que decirle a Lili quién es su padre y que ese chico es su hermano. Tú quieres mucho a Lili, para ella eres ahora su padre y lo sabes. ¿Cómo no me vas a ayudar? ¡Me tienes que acompañar a Bath, por favor! ¡Contigo lo haré mejor, lo resolveremos juntos! —William no me abrazaba. Se había quedado inmóvil ante mis súplicas y ante mis besos. Mi corazón estalló—. ¡William! —grité con fuerza y me puse a llorar como una loca abrazada a el—. ¡William, dime algo!

—Violet —dijo, separándose de mí y con sus ojos dirigidos al abismo—, no te acompañare, no iré contigo a Bath, no puedo volver a ver a ese hombre al que amaste con locura durante tantos años, para mí, demasiados. No me da ninguna confianza, y contigo, a veces y no sé por qué, la pierdo también. Violet —me dijo mirándome fijamente a los ojos. Los suyos y los míos llenos de lágrimas, se encontraron frente a frente—, dime la verdad, te lo suplico, Violet, dime si pasó algo en Jaisalmer cuando yo estaba en el hospital. Lo intuyo y me desazona, está destruyendo nuestra mutua confianza. Violet, te conozco bien y sé que me has ocultado algo. Te aseguro que hasta aquí hemos llegado. Yo te quiero, pero la presencia de este hombre en nuestras vidas se está convirtiendo en una obsesión casi enfermiza, no es bueno ni para ti ni para mí, y si encima dudo como estoy dudando, ya me retiro y así haces lo que quieras. Te doy vía libre. Yo sé que me quieres y mucho, pero no sé si a él le añoras, le recuerdas o si le amas todavía.

—No, no, William, no le quiero, ahora mismo le detesto, de verdad.

—Pero, Violet, dime si hubo algo. No soy una persona morbosa, no quiero profundizar en la herida, siempre estoy queriendo pasar por alto todo lo que nos sucede con este dichoso médico, pero desde el mismo día que volvíamos en el avión a Inglaterra después de la operación algo presentí, algo me pareció ver en ti, te lo noté en la miraba. ¡Y dímelo ya, porque me estás matando!

—William, amor mío —dije llorando y agarrándome a él para no desmayarme—, fue solo un beso, un beso que me dio él de forma inesperada y que no le devolví. No te lo dije porque me daba miedo tu reacción y estabas muy débil, y después nunca encontré el momento. Créeme, William, solo fue un beso.

—Oh, por Dios, Violet, lo imaginaba. Por fin me dices algo. ¡Solo un beso! Bueno, suerte que no te acostaste con él. ¿Eso es lo que me quieres decir? ¡Solo un beso! Un beso y ya estabas embarazada, ¿verdad?

—Sí, William, pero yo no se lo devolví…

—Oh, entonces, quizás tenga que decir: ¡qué suerte he tenido, solo un beso! Mira, Violet, márchate a Bath y resuelve tus problemas —me dijo mientras me miraba frío y quieto como el hielo—. Yo pensare qué hago, si dimito de embajador, si vuelvo a la carrera militar, si me quedo aquí… Todavía no sé qué haré, pero en este momento todo lo que habíamos creado ha caído como un castillo de naipes. Volver a Bath a encontrarme con él es pedirme demasiado. Quiero a Lili, muchísimo, pero ahora es cosa tuya, tú sabrás que hacer.

—No, William, te lo suplico, no digas eso. Yo no quiero nada a Andrew, tú eres el amor de mi vida.

—¡Cállate, Violet! El amor de tu vida es Andrew. De mí, en todo caso, has estado enamorada cuatro años. De Andrew, quince. Y desde luego, cuando te conocí, fuiste muy sincera, no me engañabas cuando me decías que eras una viuda enamorada, pero lo que no podía imaginar es que tu marido, amante o amor, resucitaría en algún momento para destrozar mi vida. En el fondo, qué pena que no me muriera en aquella cama del hotel antes de que este maldito médico volviera a aparecer en nuestras vidas. Ahora podrías estar junto a él y vuestros dos hijos, felices…

—William, estás siendo muy injusto conmigo. Si crees que yo me he portado así contigo, no sé qué hacemos juntos. Me marcharé mañana mismo con las niñas. Intentaré arreglar este horrible tema como pueda. Solo de pensar en lo que tengo que hacer al llegar y sola, sin ti, es que no lo puedo ni creer. Mi hija tendrá que conocer a su padre, mi madre tendrá que enterarse por fin de quién es el padre de su nieta y yo tendré que conocer al hijo de Andrew y, te vuelvo a repetir —dije gritando—, y sola. ¿No me vas a acompañar? De acuerdo, me voy, pero no pienso llamarte por teléfono, no te comentaré nada. Si quieres saber de las niñas, mi madre o Poppy te lo contarán, y si quieres verlas y estás en Londres, pues a donde quieras te las acercarán. De lo demás no tendrás ninguna noticia, por fin podrás vivir tranquilo. Ya no pienso aguantar más desconfianzas ni terrores en nuestra relación. Mi vida ya es demasiado complicada, y aunque te quiero con locura, creo que no vas a confiar nunca en mí. En el fondo crees que quiero más Andrew que a ti. Pues nada, yo también tiro la toalla. Adiós, William, me subo a la habitación a hacer las maletas. No te quiero ver arriba, no entres, por favor. No sé cuántas veces te tengo que pedir perdón por algo que no hice… Andrew ha ganado. Primero, destrozó mi vida y ahora destroza la tuya y, por supuesto, la de los dos.

* * *

Latika me ayudó a embalar todo lo que tenía que llevarme a Londres. Mi marcha era para no volver. La ropa de las niñas, los juguetes y las sillas para sus paseos dije que se los llevara al orfanato, ya compraría en Inglaterra algo más apropiado para su clima… Seguramente no me iba a dar tiempo de despedirme de las monjitas y de mis jardineros, pero lo haría por teléfono, no importaba, pensaba mientras lloraba. Cuando compré los terrenos, los puse a nombre de las hermanas de la caridad, y a partir de ahora la princesa Diana conseguiría fondos oficiales para esta bonita obra social. Pero no tenían que preocuparse porque si no, yo misma seguiría patrocinando sola mi más bello recuerdo de Nueva Delhi.

Latika no se lo podía creer. Estuvimos juntas toda la noche haciendo maletas y paquetes, y no me preguntó nada, ni se atrevió a hacerlo. Yo tampoco tenía ánimos para comentárselo.

—Latika, ya es muy tarde, ¿no te importa quedarte conmigo hasta que sea de día? No quiero estar sola.

—Por supuesto, Violet. No sé qué te ha pasado, vamos, qué os ha pasado, pero arregladlo, por favor. Él te quiere con locura y tú también a él…

—Ya, lo sé, lo sé. Es una historia larga, desagradable y ahora espeluznante —le dije mientras me aterrorizaba pensar en mi hija con el hijo de Andrew—, pero algún día te lo contaré. Solo puedo agradecerte con todo mi corazón lo que has hecho por mí. Eres mi gran amiga india, y si alguna vez te apetece vivir en Inglaterra, quiero que sepas que conmigo tendrás trabajo y casa, cuenta con ello. Y, por cierto, esas maletas de allí —le indiqué junto a mi armario— no me las

llevaré, déjalas aquí: eran las que me iba a llevar para el viaje a Maldivas que íbamos a hacer William y yo, íbamos a estar solos en una isla, en la casa de un amigo del príncipe Amal. —Me puse a llorar compungida, sin poder remediarlo—. ¡Oh, Latika, y Amal en el hospital, y yo todavía sin poder contárselo a William! ¿Me harás el favor de hacerlo tú? Mira —y saqué la carta de mi bolso—, dásela de mi parte, que sepa que yo también he hecho cosas por él.

Latika me abrazó, las dos lloramos juntas como dos amigas que se despedían con el corazón roto. Ya no hubo más palabras, nos tumbamos en la cama y nos quedamos dormidas por el enorme agotamiento físico. A la mañana siguiente, con todo preparado, nos vestimos, y con las niñas y las dos niñeras me fui al aeropuerto en el coche de la embajada. Ellas se venían conmigo a Bath, mis hijas las adoraban y yo ya no podía vivir sin ellas.

William no salió a despedirnos. Latika me comentó que había estado con las niñas comiéndoselas a besos y que de sus ojos cayó más de una lágrima.

40

Por fin, nuestro avión de British Airways aterrizó en el aeropuerto de Heathrow. Gracias a la ayuda de Marala y Leya y a que las niñas tenían ya tres años, el viaje de vuelta estaba siendo mucho más tranquilo que cuando William y yo llegamos por primera vez a Nueva Delhi. Durante todo el viaje no pude dejar de pensar ni un minuto en ese día. William, tan maravilloso como siempre, aceptó ir sin ayuda y con unas niñas de menos de un año. Los dos no paramos de dar comidas, cambiar pañales, dormir y acunar con nuestras canciones a las pequeñas. Ahora no podía dejar de llorar mientras recordaba a mi maravilloso y atractivo marido. ¡Qué pena lo que nos estaba pasando! ¡Qué horror a lo que me tenía que enfrentar! ¿Sería verdad que entre William y yo todo se había acabado?…

Volvíamos en primera clase y, por lo tanto, fuimos los primeros en abandonar la aeronave. Las niñeras, cada una con una de las niñas en brazos, y yo con los bolsos de apoyo para un viaje tan largo, desembarcamos con rapidez.

Cuando llegamos a la puerta de salida, allí estaba Lili, bellísima, altísima. Tiré todas las bolsas al suelo y salí corriendo al encuentro de mi preciosa niña. Las dos nos abrazamos con tal impulso que por poco perdimos el equilibrio.

—Lili, mi vida… Lili, qué mayor estás, qué guapísima te veo… Lili.

—Mamá, por favor, mamá… ¡Cómo te quiero y cómo te necesito! ¡Qué largo se me ha hecho!

Las dos llorábamos y reíamos a la vez. Detrás vi a mi madre, un poquito más mayor pero muy elegante, y a Poppy a su lado, algo seria y triste, aunque seguro que estaba deseando abrazarme.

—¡Mamá! —Me abracé a la elegantísima lady Sophie. Había cambiado, estaba más delgada, vestía muy moderna, con pantalones verdes y un jersey de cachemira *beige* con chaqueta a juego, un collar de perlas de varias vueltas y unos zapatos de goma muy *sport*.

—Mamá, te he echado muchísimo de menos. ¡Cuántas ganas tenía de volver a verte! Ha sido muy largo, ¿verdad?

—Sí, hija mía, pero tú te has vuelto muy grande, eres todo un ejemplo en la sociedad inglesa. Estoy orgullosísima de ti.

—Pero ¿por qué mamá, qué se dice de mí?

—Violet, esos huertos y esos niños abandonados en el orfanato y esas fiestas en honor de los príncipes. Os hemos visto maravillosos a William y a ti. ¡Sois la pareja ejemplar y más admirada, en estos momentos, en el Reino Unido! Los periódicos han alabado muchísimo el encuentro diplomático y los tabloides se han enamorado de vosotros. Nunca antes habían puesto bien a nadie, ¿verdad? Pues de vosotros dicen que sois un ejemplo.

—¡Oh, mamá, mamá, abrázame! ¡Lili, abrázame tú también! ¡Os necesito muchísimo! ¡Poppy, ven por favor! —Las tres nos abrazamos como una vuelta a nuestros orígenes, a nuestra vida de

siempre, a tantos años juntas, pero yo me sentía muy triste: tenía el corazón roto, no estaba feliz, estaba sin William.

—¿Y las niñas? ¿Dónde están las niñas? —gritaron mi madre y Lili.

—Allí, al fondo, son esas dos muñecas, preciosas y divertidas, pero tened cuidado, id poco a poco, no os conocen apenas.

Mamá y Lili corrieron hacia ellas y Poppy me volvió a abrazar.

—Violet, ¡cómo lo siento! Se me encoje el alma al pensar lo que tienes que estar pasando. ¿Y William? ¿Vendrá pronto?

—Poppy —exclamé con un grito sordo y me abracé de nuevo a ella—, creo que William y yo hemos roto. Estoy destrozada, no puedo vivir sin él, Poppy, pero William está ya incapacitado para afrontar esta nueva historia con Andrew y le he tenido que contar que me besó. Él me preguntaba, insistía, insistía, intuía que algo había pasado, y se lo dije. Ahora no quiere saber nada de este drama, me ha dicho que lo resuelva yo sola, que él ya no puede más.

—No me extraña, Violet, también hay que entenderle…

—Si le entiendo, y lo del beso ha sido terrible para él escucharlo y para mí decírselo. ¡Maldita sea y maldito Andrew! Pero, Poppy, ¿crees que Lili y Jack son novios, que han tenido relaciones? ¡Me estoy volviendo loca por completo pensando en ello! ¿Y mamá? ¿Sabe algo?

—Yo no le he dicho nada, pero cada vez tiene más claro que la señora Campbell es la otra abuela de Lili. No se han vuelto a ver, pero de vez en cuando dice cosas sobre los vecinos. Se le nota que quiere como un acercamiento o sonsacar algo. Lo que está claro es que también se lo tendrás que decir a ella, ¿verdad?

—¿A mi madre? Pues claro, será la primera, para que tú y ella me ayudéis con Lili. Y creo que tendré que llamar a Andrew para que venga a Bath. No puedo decirle a mi hija que Jack es su hermano y no presentarle antes a su padre, ¿no te parece? Va a ser todo muy duro, no sé cómo reaccionará Lili y creo que no estoy preparada. ¿Por qué todo lo mío tiene que ser tan difícil?

—Sí, Violet, es terrible todo. Yo estoy aquí para ayudarte, por supuesto. Pero te hará ilusión volver a tu casa también, ¿verdad?

—Sí, muchísima, volver a ver mi huerta y mis caballos y dormir en mi cama… Oh, Poppy, ¡dormir en mi cama, pero sin William! Qué pena lo que nos está pasando… ¿Es que nunca voy a poder ser feliz?

* * *

Nos dirigimos a Grosvencer House en dos coches, ya éramos una gran familia y eso que todavía faltaba William, el más importante para mí.

—Mamá, ¿nos podemos reunir en el salón, por favor?

—¿Ahora? Me gustaría estar con las niñas, enseñarles su dormitorio, está precioso. Ya hemos quitados las cunas y hemos puesto dos butaquitas a cada lado de las camas.

—Seguro que está preciosa, pero, si no te importa, dejamos a Lili que vaya con sus hermanas y Poppy, tú y yo nos sentamos en el salón de la chimenea que tanto he echado de menos.

—De acuerdo, Violet, lo que tú quieras. Te veo preocupada por algo, ¿es así?

—Sí, mamá, y mucho. Ahora lo hablamos todo, no podemos esperar. —Entonces, con un grito alegre y fingido me dirigí a mi hija como si no pasara nada—: ¡Lili, mi vida, Lili! ¿Por qué no llevas tú a las niñas a su habitación? Así juegas con ellas y les enseñas su cuarto y sus juguetes, si es que hay alguno.

—Claro que hay, mamá. Esta mañana hemos ido corriendo a comprarlos, porque como nos has avisado con tan poco tiempo…

—¡Qué bien, Lili, muchísimas gracias! Pero ven, ven, acércate a mí que quiero abrazarte otra vez. Estás preciosa y muy mayor, mi vida… ¡Te quiero tanto! Tú sí que has sido la razón de mi vida, siempre.

—Mamá, estás muy cariñosa…

—Bueno, siempre lo he sido, ¿no? Pero es que te necesito tanto tanto…

—Bueno —dijo Lili—, me voy con las pequeñas. Mamá, se parecen a William y a ti, a los dos. Me hace mucha gracia verlas, son guapísimas. Por cierto, ¿cuándo vendrá William a casa? ¡Tengo ya ganas de verle!

—No sé, cielo, no es fácil que deje la embajada. Es un trabajo muy complicado, de día a día…

—Estoy deseando verle, mamá… Le quiero mucho, para mí es como si fuera mi padre.

En ese momento se me heló la sangre. Pobre Lili, qué situación tan tremenda iba a vivir en breve. Su vida iba a dar un enorme vuelco e iba a ser tan inesperado para ella que el *shock* me daba verdadero terror.

Poppy, mamá y yo entramos en el salón. Jadson nos esperaba ya con un té calentito con el sabor a vainilla que tanto me gustaba. La chimenea, el sofá y esa taza de porcelana en mis manos me devolvían de golpe a mi vida de siempre, a mis raíces, a mi trabajo, a mi gente.

—Mamá, siéntate aquí, frente a mí. Quiero contarte algo, verte la cara, mirarte a los ojos y abrazarte.

—Violet, me estás dando miedo. ¿Te has separado de William? Es eso, ¿verdad?

—No, mamá, de eso hoy no vamos a hablar, hoy vamos a tratar algo muy delicado y difícil.

—Pero ¿qué dices, hija mía? No me asustes. ¿Qué está pasando?

—Empiezo entonces, mamá. Escúchame sin interrumpirme, por favor. Deja que termine mi explicación y, si tienes dudas y preguntas, me las harás después. Es una historia larga y difícil y la tienes que manejar en su conjunto con más inteligencia que corazón, ¿de acuerdo? Poppy está aquí porque conoce toda la historia y, además, nos tiene que contar alguna cosa más.

—De acuerdo, hija mía, soy toda oídos. —Y cogió mis manos entre las suyas. Eso me dio calor, me animó.

—Mamá, recuerdas cuando te dije que estaba embarazada, ¿verdad?, y que no sabía quién era el padre, que mi hijo no iba a tener más apellidos ni más familia que nosotros. También recordarás tu férrea imposición a que nadie de tu familia ni nadie que trabajara para ti tuviera relación con ningún miembro de la familia Campbell, nuestros nuevos vecinos, a los que considerabas de poca categoría, ninguna alcurnia y seguramente vulgares nuevos ricos. Lo recuerdas, ¿verdad?

—Sí, hija, y ya sé lo que me vas a decir. Estoy temblando y quiero llorar. ¡Toda tu desgracia ha sido culpa mía, toda tu soledad, toda tu tragedia han sido el resultado de tener una madre ridícula e intransigente! Violet, perdóname, perdóname.

—Mamá, sé que estuvo la señora Campbell aquí, me lo dijo Poppy, y sí, ella es… —En ese momento no pude seguir hablando, balbuceaba y lloraba, lloraba amargamente—. ¡Mamá, mamá, qué desgraciada soy otra vez, mamá!

—¡Hija mía, perdóname! Yo era frívola y sin cabeza, solo miraba «el qué dirán», y tú, mi bellísima niña, la mejor persona del mundo, tuvo que enfrentarse sola a la maternidad por no

decirme quién era el padre de la niña más maravillosa del mundo.

—Sí, mamá, eso es verdad, pero no del todo. Andrew Campbell es el padre de Lili, fue el amor de mi vida durante quince años, hasta que conocí a William, pero me dejó, me abandonó, porque una compañera de universidad esperaba otro niño suyo. Yo no le pude decir nada, era muy joven, y a lo peor lo gestioné mal, pero él me abandonó, sin palabras, sin explicaciones, y me juré a mí misma que nunca nunca sabría nadie quién era el padre de Lili, ni él mismo, que Lili sería solo nuestra, mía y tuya y de mi maravilloso padre y de Poppy. Él me dejó sin explicación alguna.

—Hija mía, perdóname —Mi madre me abrazó y lloraba también conmigo—. ¿Qué puedo hacer para que me perdones? Estoy desolada desde el mismo momento en que Alice, que así se llama la señora Campbell, me enseñó fotografías de su hijo: es idéntico a nuestra Lili.

—Lo sé, mamá, es todo muy triste, pero yo ya soy feliz con William, por fin conseguí ser feliz de verdad. William ya es el amor de mi vida, es el hombre al que quiero con toda mi alma, y por culpa de los problemas con Andrew él ya no puede más. No ha venido conmigo porque no puede verle de nuevo: le produce demasiadas dudas y dolor. Ve historias donde no las hay y los rescoldos de un amor que ya no existe a él todavía le queman.

—¿Pero le conoce, le ha visto alguna vez?

—Sí, mamá. La casualidad quiso que Andrew fuera el cirujano que le operó del corazón en la India y el que, por tanto, le salvó la vida.

—¡Pero, Violet, todo es como una película! ¡No parece posible!

—Sí, mamá, lo sé, y ahora…, ahora viene lo peor, viene lo horrible. Te necesito fuerte y positiva. Poppy y tú sois las únicas que me podéis ayudar; William no quiere hacerlo: el pobre está harto de este novelón que es mi vida.

—Bueno, quizás tenga un poco de razón, hija mía.

—Sí, sí, lo sé, y cuando sepas lo que nos ha pasado, más razón le darás. Poppy, por favor, te escuchamos, cuéntanos qué es lo que has visto.

Y mi madre y yo sentadas, abrazadas, empezamos a escuchar las palabras de Poppy, mi mejor amiga, mi hermana del alma y la mente serena de esta familia de mujeres que en este momento solo tenían claro que eran unas desgraciadas.

—Sophie, Violet, todo comenzó hace unas semanas, quizás ya dos meses. Empecé a ver cómo, de vez en cuando y siempre en fines de semana, Lili montaba su caballo y salía al galope, sola y muy sonriente, directa hacia las montañas donde se encuentra la cabaña.

—¿Que cabaña? —preguntó mamá—. ¿La de los aperos que tu padre te regaló?

—Sí, mamá, esa, allí es donde Andrew y yo nos veíamos todos los fines de semana. No había un viernes por la tarde que él no me esperara en esa cabaña que más tarde arreglé. ¡Ni un sábado que no disfrutáramos de nuestra relación y de nuestro amor, mamá!

—Oh, Dios mío, no sabía nada, nunca podría haber imaginado algo parecido. Pero, Violet, ¿allí os veías siempre? ¿Era como vuestra casa? ¡Pero qué madre soy que nunca lo sospeché!

—Sí, mamá, allí creamos nuestra idílica casita. Por eso le pedí a papá la propiedad y, por eso, cuando me casé con William, se la regalé a Lili: comprendí que ese lugar, donde habíamos vivido su padre y su madre juntos, ya era solo tuyo.

—Pero, Violet, ¡qué vida tan triste y tan romántica…! ¿Cómo has podido soportar todo esto sola, hija mía?

—Bueno, papá siempre me ayudó. Él sabía que me encontraba muy sola y siempre intentaba organizar actividades en el campo con Lili y conmigo. En realidad, creo que imaginaba algo. Y, Poppy, mamá, gracias a Poppy yo estoy viva, ¡eso es seguro!

—Perdóname, Violet —dijo mi madre llorando—, yo nunca te quise hacer daño, pero nunca te ayudé tampoco. Estoy muy arrepentida. Esto va a terminar conmigo, creo que no lo superaré.

—Mamá, si casi por el hecho de ser como eras me ayudabas. En casa sabía que no podía llorar, ni rendirme, ni quejarme, y eso me hizo más fuerte, además de que siempre he sabido que me querías muchísimo y que a Lili la adorabas. Bueno, Poppy, ahora sigue tú, por favor.

—Bien —reanudó Poppy su discurso—, pues, como os decía, Lili siempre que venía de la universidad hacía lo mismo. Montaba su caballo, se despedía de mí muy alegre y habladora, se colocaba su casco y salía al galope hacia las montañas, y viendo como vi a Violet haciendo lo mismo cada viernes, me recordó tanto a su madre que un día decidí seguirla sin que se diera cuenta. Cuando llegué, vi que la esperaba un atractivo muchacho, alto, muy guapo y con unos ojos azules llamativos y muy familiares. Lili bajó del caballo y entró en la cabaña con el joven desconocido. Me preocupó el hecho de que Lili fuera hasta allí sin comunicármelo, y esperé en la puerta de la cabaña a que saliera. La verdad es que no estuvieron dentro mucho tiempo. Antes de ponerse el sol, Lili salió y volvió a casa. Pero es que esto mismo lo volvió a hacer a la siguiente, semana y la siguiente también. Las mismas maneras que su madre, a la misma hora y en el mismo sitio, y me empezó a preocupar que pudiera estar pasando lo mismo que te pasó a ti, Violet. Los nervios se apoderaron de mí, no podía imaginar quién era él, pero lo que sí podía suponer era la posibilidad de que Lili se quedara embarazada como te ocurrió a ti. Y con mucha angustia y ansiedad, decidí, hace solo unos días, seguir al muchacho a caballo. Tenía que saber quién era, ponerle cara o nombre y apellidos. Y cuando el último viernes le vi abandonar la cabaña, esperé unos minutos para salir con mi caballo sin que ninguno de los dos me viera. Entonces le seguí a él, no a Lili. Iba despacio, como si estuviera feliz y disfrutando del paseo, y tras recorrer unos cuantos kilómetros, media hora más o menos, vi cómo se dirigía directo al camino de entrada de la casa de los Campbell. Me estremecí, no podía creer lo que de verdad podría estar pasando. ¿Podría ser el nieto de los Campbell y, por lo tanto, el hijo de Andrew? Los pensamientos me aturdían. Imaginé la posibilidad de una relación amorosa y lloré, lloré como nunca lo había hecho, Violet. Solo de pensar que podía pasar eso y que tendría que decírtelo para mí era terrible. Lo siento de verdad, nunca creí que tuviéramos que vivir esta pesadilla. Y al día siguiente, después de haber pasado toda la noche en vela, decidí que lo mejor que podía hacer era preguntarle a ella:

—Lili, buenos días, preciosa —le dije como si no supiera nada—, ayer vi que ibas hacia la cabaña y el otro día también. ¿Vas sola? No me gusta que vayas sola hasta allí.

—No te preocupes —me contestó—, es que he quedado varias veces con un compañero de medicina.

—¿Y cómo se llama, le conocemos?

—No, yo creo que no, nunca ha estado en casa. Se llama Jack Campbell. Su padre es médico, aunque ahora no vive aquí.

Entonces, Violet, creí que me desmayaba, que podía estar pasando algo terrible,porque los chicos son hermanos, claro.

—Oooh —se oyó un grito desgarrador de lady Sophie—, oh, no, no, por favor, no me digáis eso ahora. No, por favor, pero ¿qué he hecho? ¿Qué es lo que he conseguido con mi terrible manera de ser? —Mamá se hacía responsable, y no me extrañaba, pero ella no tenía ninguna culpa. La causante de esta situación había sido yo, que, obcecada, no les había dicho quién era el padre de Lili.

—Mamá —la abracé—, no nos lamentemos más, quizás todas tengamos la culpa o quizás

ninguna de nosotras seamos culpables, pero lo que sí es verdad es que esto tenemos que arreglarlo ya, pronto. Lili no puede volver a verse con ese chico, quiero decir, con su hermano.

—¡Cállate, Violet, cállate! No vuelvas a decir que tiene un hermano.

—Mamá, eso lo tengo asumido, lo supe desde el principio. De hecho, fuiste tú la que me comentaste que el vecino, Andrew, se casaba porque esperaba un hijo, ¿recuerdas? Ese día fue, sin duda, el más triste de mi vida. ¡Yo ya sabía que estaba embarazada de Andrew, claro!

—Sí, sí, hija mía, y, además, te desmayaste en el comedor. ¡Qué dolor, hija mía, qué dolor para ti! Violet, qué desgraciada te he hecho. Viviré el resto de mi vida arrepentida, pidiéndote perdón. Por eso tu padre me pedía siempre siempre que fuera cariñosa contigo, que fuera más dócil, que te ayudara… ¡Qué razón tenía!

—Bueno, mamá —la interrumpí: pensar en mi padre hacía que volvieran las lágrimas a mis ojos—, ahora que ya sabemos los hechos, debemos decidir cómo tenemos que comportarnos, qué es lo que debemos hacer. Desgraciadamente, lo primero será llamar a Andrew, pues él debe estar aquí. Tendrá que conocer a su hija, ya no queda otro remedio. —Y me puse a llorar de nuevo: me acordaba terriblemente de William—. Poppy, por favor, serás tú la que le llames mañana mismo. Por respeto a William, quiero hablar con él lo menos posible. Le dirás que le espero aquí, en nuestra casa de Bath, que se traslade desde Jaisalmer en cuanto pueda, que es muy urgente. Él entonces sabrá que es por algo de su hija.

—Pero, Violet —interrumpió mi madre—, ¿ya tiene la certeza de que Lili es su hija? ¿Se lo has confirmado?

—No, mamá, siempre se lo he negado, pero su madre, la señora Campbell, le ha enseñado lo mismo que a ti, y Lili y Jack tienen la misma edad, y vieron la foto de nuestra boda en el periódico, y así es fácil deducirlo, ¿no te parece? Además, después de haber estado tanto tiempo juntos era más que posible que yo pudiera estar embarazada…

—Oh, hija mía, le querías de verdad… ¡Qué egoísta e intransigente fui! Obligar a una hija a ocultar algo tan importante es de una crudeza que no sé si superaré.

—Mamá, yo ya te he disculpado, si es que lo tenía que hacer, y te quiero como eres, pero ahora necesito de verdad que me ayudes.

—Lo que quieras, Violet, lo que quieras.

Y así comenzamos las tres a dar forma a la estrategia más dura de nuestras vidas. Las tres estábamos afectadas, muy involucradas y las tres queríamos con locura a Lili y lo que no deseábamos era que sufriera más de lo que seguramente tenía que sufrir.

Poppy cogió el teléfono y llamó a Latika de mi parte para pedirle el número de Andrew.

—Buenos días, Latika, me llamo Poppy y soy la persona de confianza y más cercana a la duquesa Violet de Grosvencer. Sé que tú también eres de su total confianza y me dice, ahora mismo y aquí, que te diga que te quiere y te añora.

—¿Le ha pasado algo a Violet? ¡Oh, no me diga que le ha pasado algo!

—No, no, no se asuste. Necesitaría saber el teléfono del doctor Andrew Campbell, solo es eso. Si fuera tan amable de facilitármelo, le estaría muy agradecida. Sabemos que no es fácil, pero desde la embajada suponemos que le será razonable encontrarlo.

—Claro que sí, no faltaba más. Yo me ocuparé de todo, enseguida les llamaré. Denme solo unos minutos.

—Sí, por supuesto. Como podrá suponer, esto es totalmente confidencial.

Y juntas las tres, en silencio de nuevo y mirándonos a la cara, esperamos la llamada de Latika. Necesitábamos ese número ya. Al poco tiempo sonó el teléfono.

—Latika, ¿es usted?

—Sí, sí, soy yo, apunte si quiere, aquí lo tengo y, por cierto, si necesita que yo personalmente ayude en algo más, aquí me tienen. Quiero y admiro mucho a la duquesa y me encantaría servirle de ayuda, es una persona excepcional.

—Muchas gracias, Latika. Pienso lo mismo de ella. Ojalá alguna vez nos conozcamos.

Poppy colgó el teléfono y enarboló el número.

— Lo tengo, Violet, lo tengo. ¿Ahora qué hacemos?

—Pues llámale tú, Violet, ¿no? —propuso mi madre.

—No, mamá, yo no quiero hablar con él, quiero la menor relación posible con Andrew.

—Tienes razón. Y, por cierto, ¿por qué no ha venido contigo William? Me empieza a preocupar también.

—Bueno, eso es otra historia. Ahora resolvamos esta. Poppy —me dirigí a mi amiga del alma —, le llamarás tú, ¿verdad?

—Pues claro, Violet, ¿cuándo? ¿Ahora?

—Sí, sí, ahora, cuanto antes. Esto hay que solucionarlo muy rápidamente.

Y las tres nos pusimos alrededor del teléfono. Yo rezaba, lloraba, estaba sin poder respirar y triste, muy triste. Me levantaba, daba vueltas y me volvía a sentar junto a mi madre. Nos dimos la mano.

—Andrew Campbell, por favor, ¿se puede poner?

—Soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy Poppy, Andrew, ¿te acuerdas de mí? La amiga de Violet en Bath.

—Por supuesto, Poppy, no podría olvidarte nunca, pero dime, por favor, ¿le ha pasado algo a Lili? ¡Qué llamada tan extraña! ¿Quizás a Violet? ¿Por qué me estás llamando, Poppy?

—No, Andrew, Violet y Lili están bien, están aquí, en Bath, pero mi llamada es para requerir con urgencia tu presencia aquí, en Grosvencer House. Se trata de un problema importante, y Violet y todos nosotros queremos solucionarlo pronto.

—Pero ¿no me puedes adelantar nada? ¿De salud están todos bien?

—Sí, Andrew, sí, todos bien. ¿Cuándo crees que podrás llegar? Es algo muy serio y tendrías que venir cuanto antes. Vamos, supongo que antes de dos días no podrá ser, pero dentro de tres te esperamos aquí.

—¿Pero podré entrar en la casa de la duquesa de Grosvencer? Ella me lo tenía prohibido, ¿no es así?

—Andrew, la duquesa ahora es Violet y ella es la que te espera aquí, en su casa. Por favor, agiliza los billetes de avión, y ven lo más rápido posible.

—De acuerdo, Poppy, allí estaré. Me parece todo muy extraño, pero me entusiasma la idea de poder conocer a Lili, porque estará ahí, ¿verdad?

—Yo no estoy capacitada para decirte nada, ni sé quién estará ni qué es lo que pasará, solo sé que Violet te quiere ver aquí, en su casa.

—Por supuesto, ahí estaré.

Poppy colgó el teléfono.

—¿Qué te ha dicho? ¿Vendrá?

—Sí, sí, vendrá, y en breve. Supone que tardará por lo menos tres días, pero no cree que más. Me ha preguntado si podrá conocer a Lili.

—Ya, lo he imaginado por tu contestación. Está muy bien lo que le has dicho, pero, si os digo la verdad —dije llorando como una loca—, no quiero enfrentarme a él, no me apetece verle de nuevo, sé que él es el culpable de mi ruptura con William.

—¡Pero, hija, ¿has roto con William?! ¡Oh, por favor, pero qué nos está pasando! Si erais un matrimonio ejemplar y maravilloso, si anteayer mismo estábamos viendo las fotos con los príncipes y, de verdad te digo, Violet, que no había nadie como vosotros… Pero ¡qué me estás diciendo!

—Sí, mamá, por eso no ha venido. Ya no aguanta más la presencia de Andrew en todos nuestros líos de familia. Además, ya sabe que Andrew, en la India, me besó, mamá, me besó, aunque yo no quería, y William se dio cuenta, me notó rara, supo que le ocultaba algo… ¡Todo es un despropósito, todo es demasiado para mí!

—Oh, Dios mío, pero ¿ese beso fue verdadero? ¿Tú le dejaste?

—Pues, al principio, no, pero enseguida pensé que podía ser la última vez que nos besáramos y que le estaba muy agradecido por salvar la vida de William y, mamá, también me vinieron a la cabeza muchos recuerdos de mis años junto a él… Le había querido demasiado y me dejé. No le contesté a su beso, pero me dejé, tengo que reconocerlo.

—Oh, Dios mío, esto sí que es un verdadero lío. ¡Qué pena! Yo quiero a William como a un hijo, y Lili te aseguro que casi le quiere como a un padre.

—Lo sé, mamá, y no sé cómo demostrarle que él es lo único que me importa…, pero no está dispuesto a seguir, no soporta mi pasado, y yo me quiero morir. Creo que su actitud de ahora es definitiva, y me estoy volviendo loca, ya no me importa nada, solo quiero estar con él.

Me puse a llorar desconsolada. Mi madre y Poppy me acompañaron a la habitación. Cuando llegué allí y vi la cama donde habíamos sido tan felices, me tumbé en su lado, me agarré a la almohada de William y la abracé mientras lloraba. Estaba explotando una bomba de sentimientos que había tenido que silenciar demasiado tiempo.

—Violet, hoy me quedo a dormir contigo aquí —me dijo Poppy—, tú hoy no puedes estar sola.

—Poppy, ahora soy una mala compañía, aunque te lo agradezco muchísimo. Prefiero estar sola. Total, dormiré poco, pensaré mucho y lloraré sin parar. Esa va a ser mi noche. Y os pido, por favor, a las dos que no llaméis a William, dejadle tranquilo, que medite bien lo que me ha dicho y lo que nos está pasando. Yo no pienso llamarle, no voy a contarle nada. Quiero que se sienta libre y, si echa de menos a las niñas, pues que venga a Londres: allí se las llevaremos para que las vea.

—Violet, es tu marido todavía, tendrías que hablar con él de todas las maneras.

—Mamá, eso sería en tu época. Ahora también nosotras decidimos. Hoy por hoy, William no se fía de mí, ve mucho más de lo que ha habido, así que para él es imposible seguir a mi lado… Además, en cierto modo, se puede decir que me ha abandonado a mi suerte.

—Pero, Violet, ¿por qué tuviste que decirle que Andrew te besó? Las mujeres sabemos ocultar las cosas que nos pueden hacer daño.

—Pues, mamá, desde la operación está obsesionado y en un momento dado creí que era mejor que supiera eso a que pensara que nos habíamos acostado de nuevo, que en realidad es lo que imaginaba.

—¡Santo cielo! —exclamó mi madre.

—Saber lo del beso le ha sentado también fatal: considera que Andrew quiere permanecer en nuestras vidas y volverme a conquistar si puede. Y eso a él le ha superado, literalmente…, y a mí también, no soy capaz de saber qué hacer.

—Pues, por ahora, nada. Hija mía, te voy a traer una tisana calmante, te vas a poner tu camisón y te vas a dormir. Agotada como estás y pasando una crisis nerviosa, no podemos decidir nada concreto. ¡Desde luego, tienes una vida de película…! ¡Un dramón, hija mía!

—Estoy de acuerdo —afirmó Poppy, y esbozó una leve sonrisa por las palabras de mi madre —. Violet, tienes que dormir y tranquilizarte. A partir de mañana somos tres para solucionar todos estos problemas. Además, nos ocuparemos de las niñas y de que Lili no se entere de nada. Le diremos que estás mala, con algún cólico.

—No, eso no será así. Mañana mismo hablaré yo personalmente con Lili y se lo contaré todo o casi todo. Daos cuenta de que su padre llegará en cuarenta y ocho horas y quiero que sea ella la que decida si le quiere conocer o no quiere verle. Ella es la protagonista de su vida y ya es mayor para tomar decisiones.

—Hija mía, ¡me dais tanta pena Lili y tú…! ¡Qué momentos tan amargos vais a vivir! Todavía pienso que todo puede haber sido culpa mía.

—Mamá, eso ya da igual. Han pasado veinte años y nosotros somos una preciosa familia, ¿no es así? Pues así es como quiero seguir, aunque ¡me da tanta pena que Lili deje de ser solo mía! Ya me había acostumbrado, ya no pensaba en Andrew nunca, ya me encontraba feliz y emocionada con mi nueva vida, y ahora… ¡esto!

—Bueno, Violet, te dejamos. Ahora Jadson te traerá la infusión. Duerme, mi niña…

Mamá me besó y Poppy me besó también, y yo les di las gracias más sinceras que en ese momento podía. Estar en casa y en mi cama no estaba siendo tan fabuloso como había imaginado en Nueva Delhi. Me encontraba demasiado sola y me sentía culpable por el momento que estaba pasando William. Y encima, en una horas tendría que hablar con mi hija del tema tabú y otras tantas horas después me vería frente a frente con Andrew para pedir que actuara ante la monstruosidad que podía haber ocurrido… ¡Eso si habíamos llegado a tiempo!

La infusión calentó mi estómago y relajó mi espíritu, pero seguía encontrándome sola y desesperada. Echaba mucho de menos a William, me acordaba de cuando en esta misma cama vivimos una noche de enorme pasión y amor, sin duda a causa de los celos de William al ver, por primera vez, la cabaña donde Andrew y yo vivimos nuestra relación. Aquella cabaña rezumaba amor, emociones, belleza, no era un lugar que dejara indiferente a nadie, quizás podría ser hasta mi propio Taj Mahal, y William, una persona llena de sensibilidad y muy inteligente, lo apreció desde el primer momento en que traspasó la puerta. Allí mismo, en el umbral, sus pies se quedaron clavados y no pudo dar un paso más. Comprendió lo que yo había querido a Andrew, lo que había levantado en su recuerdo y lo que, a pesar de la sencillez de lo que se veía, reflejaba la grandeza de mis sentimientos. Y en ese momento ya sabía que Andrew vivía, que le había salvado la vida y suponía que nos habíamos visto a solas cuando él estaba en el hospital.

William salió de la cabaña desesperado y, cuando nos encontramos de nuevo en esta habitación, la pasión, la locura y el amor saltaron como una olla a presión. Creo que nunca habíamos estado así… William me quería demasiado, yo también a él, pero estaba claro que yo le hacía sufrir, que no había logrado transmitirle mi enamoramiento y fidelidad. William estaba sufriendo y yo me sentía fatal, quería estar con él…

Las lágrimas caían incontenibles por mis mejillas cuando empecé a recordarle, tan varonil y tan atractivo, tan enamorado y a la vez tan seguro de sí mismo, un hombre que no dejaba indiferente a ninguna mujer, una persona apasionante…, menos cuando aparecía Andrew en nuestras vidas.

* * *

Me desperté abrazada a la almohada y pensando en William. A decir verdad, no quería ni ver a las niñas. No tenía ilusión por nada y me parecía casi insoportable ver en sus caritas tantas cosas de mi marido ausente.

Posiblemente ya estaba empezando a estar deprimida. Esa sensación que estaba notando me recordaba, y mucho, a la soledad que viví cuando era joven, y me aterrorizaba. Estaba cansada de luchar. Desde hacía dos décadas mi mundo había sido el mundo de los demás y, cuando empezaba a creer que tendría el mío propio, todo empezaba a desmoronarse.

Poppy entró y se sentó a mi lado, en la cama.

—Poppy, por favor, túmbate aquí, conmigo y abrázame, estoy desesperada. —Empecé a llorar sin poder parar.

—Violet, ha llamado William, quería hablar contigo, y ya le he dicho que no era posible. Me ha preguntado por las cuatro, por las niñas, por ti y también por Lili.

—No me lo digas, no lo quiero saber… Solo quiero que venga aquí y que olvide todo lo que nos hace daño, Poppy… ¡Es que no sé cómo arreglarlo!

—Le he notado muy triste, me ha dado mucha pena.

—Claro, y a mí me da también muchísima pena, y yo misma me doy muchísima pena…, pero es que así no podemos seguir. Además, él es el que me dijo que arreglara yo mis problemas, que no podía seguir ayudándome. Él y solo él es el que tendrá que asumir sus dudas igual que yo asumo mis problemas.

—Violet, es que a él, supongo, se le sale el corazón por la boca cuando piensa en vosotros dos juntos de nuevo. Cuando piensa lo que tuviste que querer a Andrew, lo que él ha supuesto para ti, lo que hiciste por vuestra hija…

—Bueno, Poppy, pero eso ya es pasado, y encima Andrew ahora no se parece en nada al que yo conocí.

—Violet, ¿y no crees que William puede pensar que un amor tan verdadero como el de Andrew y el tuyo es un amor para siempre?

—Sí, claro, pero no ha sido así, y no lo ha sido gracias a que le conocí a él… Y Poppy, ¿tú sabes mucho del amor? Eres una romántica desconocida para mí. Lo que me dices está lleno de razones y casi de experiencias que no sabía que habías vivido y que me hace sospechar que todavía estás enamorada de aquel hombre. ¿Es así?

—Bueno, mi amor sí que es eterno, ya lo he comprobado, pero es un amor ya solo de historias que podían haber sido y no fueron y de un sentimiento que por desgracia truncó la posibilidad de encontrar otra vida más feliz. Pero yo lo tengo asumido, Violet. No puedo luchar eternamente por ese sentimiento.

—¿Y crees que alguna vez William asumirá, como tú, que en mi vida hay una persona a la que quise y ahora casi detesto?

—Pues no lo sé…, primero, porque sé que no le detestas y, segundo, porque William te quiere demasiado como para soportar dudas reales.

—Poppy, hoy no me levantaría de la cama, pero tengo que hablar con Lili y no lo voy a retrasar ni un minuto más. ¿Qué te parece si me voy con ella a la cabaña? Es un lugar muy de ella y mío, y allí podremos hablar y llorar sin que nadie nos moleste. Creo que pasaremos la noche también allí, juntas, si ella quiere.

—Bueno, haz lo que creas conveniente. Es bonito y también duro…, pero creo que os vendrá bien. Sí, posiblemente sea una buena idea.

Me levanté sin ganas. Solo pensaba en William: era él mi gran amor y le quería recuperar por

encima de todo, pero antes tenía que plantar cara a mi pasado, a mi presente y a mi futuro.

Me puse los *breeches* y las botas para ir a caballo con Lili a la cabaña. También un jersey *beige* de cachemira, mi pañuelo al cuello y mi clásica visera, aunque luego la cambiaríamos por los cascos.

—Lili, Lili, mi vida, ¿dónde estás?

—Aquí, mamá, con las niñas.

Pasé al dormitorio de mis pequeñas gemelas, que no tenían culpa de nada y a las que apenas hacía caso. Di un beso a las tres, y por primera vez desde hacía mucho tiempo las cuatro nos fundimos en un largo abrazo. Fue un momento de risas y amor que me ayudó a superar mi estado tan deprimido.

—Mamá, ¿qué te pasa? Te encuentro triste, distinta, estás mal, mamá, no eres la misma. ¿Os habéis enfadado William y tú?

—Sí, Lili, sí. Estoy mal, pero mejor te lo cuento todo ahora. ¿Qué te parece si vamos a caballo tú y yo solas a la cabaña? Allí estaremos juntas y hablaremos de todo. ¿Te apetece?

—Muchísimo, mamá. Espérame, que me pongo las botas y vamos a las caballerizas. ¿Quieres que primero veamos a los potrillos y después vayamos al huerto? Está en su mejor momento.

—No, cielo, mejor nos vamos a la cabaña. Quiero estar a solas contigo. ¡No te olvides de la llave!

—Mamá, qué rara te veo, nunca te he visto así. Estoy deseando que me cuentes qué está pasando, pero, por favor, no me digas que has roto con William porque ya le quiero como a un padre.

En ese momento un puñal se me clavó en el pecho. ¡Qué problemón le iba a crear ahora mismo a mi pequeña! ¡Cómo le iba a cambiar su vida y la seguridad en sí misma! ¡Y no quería ni imaginar lo que podría sufrir si además estaba enamorada de Jack, su hermano! Solo de pensarlo un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Creí que no tendría fuerzas ni para subir al caballo, pero Lili y yo lo hicimos a la vez, como estábamos acostumbradas, y pasamos del trote al galope en cuestión de segundos.

El aire frío de las montañas empezó a llenar mis pulmones, a vigorizar mi rostro, a recordarme para lo que estaba allí y que tenía que ser fuerte. Que mi hija ya era una mujer adulta y que no debía ocultarle nada, que, por fin lo supiese todo y pudiese decidir lo que quería y con quién quería estar… Bueno, ¡con cualquiera menos con Jack, su hermano!

* * *

Llegamos a nuestra cabaña, ese lugar tan mágico en mi vida. Lili abrió la puerta, encendió las luces y comprendí el *shock* de William al verla por primera vez. Yo, la creadora de todo, sufrí también un enorme impacto al regresar a la casita después de dos años. Era, sin duda, el lugar más acogedor y más romántico que se pudiera esperar de algo tan pequeño y aislado del mundo, rodeado de árboles, arbustos y un precioso río.

Entramos las dos de la mano. Lili había cogido algunas flores silvestres y junto a ramas de árboles empezó a decorar los jarrones, mientras yo abría las ventanas y contraventanas y aireaba la estancia… Ese era nuestro protocolo cada vez que íbamos juntas.

—¿Pongo algo de música, mamá? —me preguntó Lili.

—No, Lili, hoy no, por ahora no. He traído unos sándwiches y unos refrescos, galletas y *roast beef*. Si te parece, colocamos todo como nos gusta y salimos a dar un paseo. Ahora creo que es lo

que más necesito.

—De acuerdo, mamá, estoy deseando volver y que me cuentes que está pasando… ¡Te veo tan triste!

Dimos un buen paseo respirando el aire fresco que tantos recuerdos me traía. Yo no hablaba mucho, o mejor dicho, nada, aunque sí escuchaba a mi niña convertida en una atractiva mujer que se esforzaba en entretenerme con su conversación.

—Lili, volvamos ya a la cabaña. Tengo que hablar contigo.

—Lo sé, mamá, de acuerdo, ¿es porque has roto con William?

—No —le contesté.

Cogí de nuevo su mano y la besé, la abracé y me recosté en su hombro mientras llegábamos a la cabaña. Lili y yo éramos ya igual de altas, y para muchos parecíamos hermanas, siempre nos lo decían, y no me extrañaba. La tuve muy joven, y ahora me alegraba tenerla a mi lado porque era una persona íntegra e inteligente. Si no fuera por ella, mi vida habría tenido poco sentido o, por lo menos, mucho menos sentido. Haberla querido tanto y en soledad me había hecho, sin duda, muy fuerte, pero ahora estaba agotada, cansada, más sola todavía…

—Lili, siéntate aquí, junto a mí, en el suelo, apoyada en el sofá. Tengo que hablar contigo, creo que va a ser largo y prefiero que tú y yo estemos juntas, muy juntas.

—Vale, mamá, pero, por favor, empieza ya, esto es una tortura.

—Lili, a partir de ahora me gustaría que me escucharas en silencio. Yo voy a explicarte todo despacio, pausadamente, con todos los detalles que tengo y que conozco. En principio, prefiero que esto no sea una conversación. Quiero que me escuches, que me prestes atención y que sepas que juntas somos invencibles, pero que para llegar hasta aquí hemos pasado por muchos avatares que ahora tienes que conocer.

—Mamá, entonces es sobre mi verdadero padre, ¿verdad? No es sobre William.

—Así es, Lili, qué maravilla que seas tan inteligente y tan segura.

—Antes de que empieces, te voy a decir una cosa que he pensado mucho desde que te fuiste a Nueva Delhi. Quiero que sepas que nunca nunca he notado que faltara nada de cariño en mi vida, nunca he apreciado que necesitara a alguien que no fueras tú para arreglar mis problemas o mis dudas, y siempre he sentido que, con el enorme amor que he recibido de ti, era la niña más feliz de las que conocía a mi alrededor. Nunca he envidiado a nadie por tener padre, a veces hasta pensaba en mi suerte por tenerte para mí sola. Nunca te lo decía, pero me daba cuenta de que tú me habías dedicado la vida entera. Ahora, mamá, puedes contarme lo que quieras, decirme su nombre, su apellido, ya no me importa, tú eres mi madre y mi padre, de eso no tengo duda.

—Oh, Lili, Lili, abrázame, mi niña. —Me puse a llorar con tal intensidad que no podía parar ni dejar de decir su nombre.

—Mamá, por favor, tranquilízate. No olvides que estás hablando ya con una persona mayor. Dime todo lo que tengas que decirme, lo que te preocupe, pero yo acabo de hacerte una declaración de intenciones. ¡Tú eres mi madre y mi padre, y punto!

—Gracias, gracias. Te quiero tanto…

—Lo sé, mamá, eso siempre lo he sabido. Pero ahora me preocupas muchísimo. Estás muy delgada, estás vencida. ¿Qué te está pasando?

—Lili, ¿estás enamorada?

—¿Qué dices? —Lili sonrió—. ¿Por qué me preguntas eso ahora? Supongo que tu pregunta no tiene nada que ver con lo que me vas a contar. ¿Por qué quieres saberlo?

—Me tienes que decir la verdad, es crucial para mí en este momento saber si estás enamorada o

no. Y tienes que ser sincera conmigo, no te guardes nada, por favor.

—Pero, mamá, esto no me lo esperaba, no sé qué decirte.

—Lili, te digo que es crucial, absolutamente crucial. ¿Estás enamorada de alguien? Dímelo.

—Pues sí, creo que me estoy enamorando de un chico de la universidad. —En ese momento creí que me desmayaba. Todo iba a ser tan real y cierto como habíamos imaginado en nuestras peores suposiciones—. Y, además, creo que te va a encantar, pero no te entiendo, mamá, no me gustan ahora estas preguntas, no sé ni cómo lo puedes imaginar si casi estamos empezando a salir. Pero hemos venido aquí para hablar de ti y de mi verdadero padre, ¿no es así?

—Lili, dime, mi vida —La miré de frente y la besé en ambas mejillas. Me armé de valor, era lo que tenía que saber y tenía que preguntarle directamente—: Lili, por favor, dime cómo se llama ese chico de la universidad.

—No te entiendo, mamá, parece como si estuvieras perdiendo el juicio. No sé a qué vienen estas preguntas sobre mí, si eras tú la que tenías que hablar de ti.

—Lo sé. Mírame a la cara. Dime, por favor, su nombre. Cree en mí. Yo te voy a ayudar siempre y a quererte por encima de todo.

—Jack, se llama Jack Campbell, y estudia medicina conmigo en Oxford y vive muy cerca de aquí, con sus abuelos. Tenemos casi vidas paralelas, pero, mamá, ¡no entiendo nada!

En ese momento casi me desmayo. Debí perder el color en mi cara, la sangre se congeló en mis venas y Lili se asustó.

—Mamá, mamá…, ¿qué te pasa? Mamá, ¿estás bien? —Mi cerebro estaba en *shock*. Por más que lo hubiera imaginado, oírlo de boca de mi hija me hizo tal nudo en la garganta que casi dejé de respirar. Lili me dio un vaso de agua. Estaba asustada y me preguntaba continuamente qué era lo que me pasaba. Me recosté encima del sofá y, todavía de la mano de mi hija, empecé a recuperar la respiración, mis pulmones comenzaron de nuevo a funcionar, a proporcionarme el aire que me faltaba desde que oí ese nombre.

—¡¡¡Lili, Lili!!!

—Mamá, dime qué pasa. Creo que has venido enferma de Nueva Delhi y que estás muy deprimida. ¡Pero si te vimos tan espectacular con los príncipes en los periódicos y en la televisión hace solo unos días!… ¿Qué ha pasado, mamá?

—Lili, mírame, ahora eres tú la que vas a tener que ser fuerte, muy fuerte, y me vas a tener que ayudar mucho y yo te voy a ayudar mucho más. Confía en mí, mi vida.

—Vale, mamá. Estoy preparada, soy una mujer fuerte, pregúntame.

—¿Quieres mucho a ese chico, a Jack?

—Mamá, ¡que pesada estás! No pienso seguir con este tema. No me esperaba esto para nada viniendo de ti.

—Lili —grité entonces descompuesta—, dime la verdad, ¿os habéis acostado Jack y tú?

En ese momento, Lili se levantó irritada. No era para menos. Me miraba sin salir de su asombro. Yo la miraba a ella con los ojos casi fuera de las órbitas, respirando con taquicardia y sin poder remediar las lágrimas a borbotones y esperando su temida respuesta.

—Lili —grité con todas mis fuerzas—, ¿te has acostado con él? ¡Dímelo de una vez!

—¡No, mamá, no nos hemos acostado! —Mi hija no pudo soportar las tensión y empezó a llorar—. ¿Y qué pasa si nos acostamos? Si yo le quiero y él me quiere, no tienes por qué meterte en nada, eso nunca te lo consentiré. Y posiblemente lo hagamos, te lo aviso. Me gusta muchísimo, y si has venido para manipularme, ya nos podemos ir a casa, no vas a conseguir nada…

—Lo sé, mi vida. —La abracé mientras respiraba hondo, sin poder creer lo que acababa de oír, agradecida a la vida—. Lo sé, lo sé, perdóname. Y no os habéis acostado porque todavía no estás segura de que le quieres, ¿verdad?

—¡No lo sé, mamá! Me gusta muchísimo. Es un compañero de facultad. Es guapísimo, me encanta, muy simpático, le gusta todo lo que me gusta a mí. Nos encontramos felices juntos, es como si nos conociéramos de siempre, pero todavía no hemos dado ese paso, llevamos muy poco tiempo… Pero de verdad te digo que esto no me lo esperaba de ti: soy mayor de edad y te aseguro que me acostaré con quien quiera. No entiendo nada, pero no permitiré que te metas en mi vida tan descaradamente. Te creía mucho más respetuosa después de todo lo que tú pasaste.

—Lo sé, Lili, lo sé, mi vida. No creas que soy así. —Y en ese momento empecé a llorar y a reír a la vez, empecé a pensar que el terrible problema podría solucionarse a pesar de lo que seguramente mi hija tuviera que sufrir.

—Elizabeth —le llamé por su nombre de pila casi por primera vez—, eres la persona más importante de mi vida. Durante los últimos veinte años solo he pensado en ti, en tu felicidad, pero seguro que no todo lo hice bien, que me equivoqué en muchas cosas, a pesar de que todas fueron desde el enorme amor que te profeso. Sabes que esta cabaña es el lugar donde tu padre y yo fuimos felices. Nunca te he ocultado que aquí fue donde tú empezaste a vivir dentro de mí, donde te convertiste en el fruto de un amor verdadero y sincero, y que cuando supe que venías al mundo me convertí en la persona más feliz de la tierra. Pero la vida nos tiene sorpresas inesperadas y hoy las vas a conocer. Vas a saber por qué tu padre nos abandonó, mejor dicho, me abandono a mí, pues nunca supo que estaba embarazada.

Y así fue como empecé a narrar a Lili, ya mucho más tranquila, pero con el corazón roto por el dolor que le estaba produciendo a mi hija, todo lo sucedido con su padre, su relación con su compañera de universidad y su decisión de dejarme al estar esperando un hijo. Mi pobre niña nunca había imaginado que yo hubiera pasado por algo tan doloroso y, a todas luces, humillante. Como yo le idealicé todo lo que rodeaba a sus recuerdos, ella nunca creyó que hubiera habido dolor y desgarro en mi vida.

—Mamá, pero ¡qué pena, por favor! Cómo has tenido que sufrir. ¡Cómo lo siento, mamá, y qué dura tu decisión de no decirle nada…! Nunca imaginé que las cosas hubieran sucedido así.

—Es que él se marchó y en diecisiete años no supe nada de él, nunca más volvió a llamarme, ni a verme, ni a nada…

—Mamá, ¡qué valor has tenido! Hoy todavía te admiro más y te veo más bella y más íntegra que nunca. ¡Qué lección de amor me has dado! ¿Y nunca te arrepentiste de haberme tenido? ¿No se te ocurrió abortar o darme en adopción?

—Pero ¡qué dices, Lili! Yo era la persona más enamorada del mundo, tu padre para mí lo era todo y tú, con él o sin él, fuiste lo más importante de mi vida desde el primer momento.

—Eres muy buena, eres increíble… No entiendo cómo ese hombre pudo dejarte. ¡No quiero verle nunca!

No sabía todavía que dentro de veinticuatro horas estaría frente a él.

—Hija mía, él me dejó por otra mujer, pero nunca supo que estaba embarazada. De hecho, a ti no te abandonó, esa es la verdad, nunca supo de tu existencia. De acuerdo que si me hubiera querido como yo le quise a él podía haberse separado de su esposa…, pero eso no sucedió.

—Y ¿por qué me cuentas todo esto hoy, al día siguiente de llegar de la India y en esta cabaña donde tú y yo siempre hemos sido tan felices?

—Ven, abrázame, abrázame de verdad, que nuestros corazones se junten, porque yo te quiero

con locura. —La miré a los ojos—. Lili, aunque tu apellido es Grosvencer, aunque solo tienes mis apellidos, tu deberías haberte llamado Elizabeth Campbell: tu padre es Andrew Campbell, el padre de Jack. Jack y tú sois hermanos. —Y bajé la cabeza sin poder seguir mirando a mi hija a los ojos. Le iba a hacer tal daño que también yo me estaba rompiendo en dos.

—Pero ¿qué dices? —gritó con fuerza Lili—. ¿Me estás diciendo que Jack y yo somos hermanos? ¿Pero qué monstruosidad es esta, mamá? ¿Estás loca?… Si tú ni siquiera conoces a Jack…

Se levantó, empezó a dar vueltas por el pequeño salón de la cabaña llorando, moviendo los brazos hacia arriba, llevándose las manos a la cabeza. Me levanté, fui hacia ella, la abracé por la espalda, la besé, pero Lili se resistía, forcejeaba, se quería alejar de mí.

—Ven, Lili, ven conmigo, yo te ayudaré.

—Mamá, por favor, déjame, déjame… No puede ser. Pero si a mí me encanta Jack, si muchas veces he pensado que podría ser el hombre de mi vida, y hasta lo hemos hablado los dos: estamos hechos el uno para el otro, cuando él me besa, sé que es con quien quiero estar… No lo entiendo. —Mi pobre hija lloraba, acababa de decirme que se habían besado. La separación iba a ser muy dolorosa—. Ya tenemos veinte años los dos ¿y hemos tenido que llegar a esto? Y todo porque tú no quisiste decirle nunca a nuestro padre que yo existía… ¡Mamá, antes me has parecido muy valiente, pero ahora creo que has sido una egoísta! —Lili dijo lo que yo nunca hubiera querido oír. Mi hija me hacía culpable de la terrible y desgraciada realidad, y podía tener razón. En este instante quise morirme.

—Lili. —La volví a abrazar ya sin fuerzas—. Lili escúchame, abrázame, soy tu madre y me he podido equivocar en muchas cosas, seguramente algo habré hecho mal, pero esto no era previsible. Tu padre vivía en Gales y Jack, junto a él, nació allí.

—Lo sé, mamá, de él lo sé todo. Ya no me tienes que contar cosas de mi padre, ya me las ha contado todas Jack, por supuesto. —Se puso a llorar de nuevo. Las palabras no le salían, las balbuceaba sin poder dominarlas—. Él le adora y le admira, pues también es médico y, por lo que ahora sé, deduzco que mi padre es un gran cirujano de corazón, y que recientemente se ha separado de su mujer y que se fue a vivir a la India… ¡Mamá, lo sé todo —gritó con fuerza—, pero lo sé por mi novio o mi hermano o lo que sea ahora Jack, pero no por ti!

—Lili, Elizabeth, tranquilízate, no puedes ser tan injusta conmigo —grité desquiciada—. Tu padre me dejó más muerta que viva, no podía casi respirar y mucho menos pensar. Él y yo nos amábamos de tal manera que nunca nunca hubiera creído que algo nos podría separar, y una tarde, sin ninguna explicación, me dejó y a los pocos días se casó con otra. ¿Cómo hubieras reaccionado tú? Me encontré tan sola, tan desesperada que lo único que me daba la vida eras tú, y el hecho de saber que yo tendría que ser tu padre y tu madre me hacía fuerte. Lili, yo tuve muy mala suerte y ahora tú también, pero creo que podrás reconducir de alguna manera tus sentimientos. Mírame a mí, ahora estoy enamorada de William y nunca creí que pudiera estar con otro hombre que no fuera tu padre.

Entonces se derrumbó, cayó en mis brazos agotada, casi se desplomó sobre mí, y empezó a llorar con mucha amargura, con mucha tristeza, casi en silencio, pero sin parar.

—Mamá, él es mi amigo, casi mi único amigo de la universidad, sé que le quiero… ¡Mamá! —Me abrazaba. ¡Por fin me necesitaba! Y yo la besaba todo lo que podía. Ahora ella iba a tener que sufrir la primera gran tragedia de su vida. Pero había llegado a tiempo, no había pasado nada entre ellos que no pudiera arreglarse, aunque el dolor y la ruptura tardaría en superarlos.

Seguimos abrazadas sobre los almohadones en el suelo, como hacía con su padre, toda la

noche. Ninguna de las dos cenamos nada, ni nos movimos del lugar en el que, por el *shock*, habíamos caído sobre la alfombra… Ella me agarraba fuerte, yo repetía una y otra vez: «Te quiero, te quiero, mi niña». Y así nos quedamos dormidas, agotadas, sin apagar las luces porque ni siquiera las habíamos encendido.

41

En la puerta de embarque 34 del aeropuerto Indira Gandhi, con destino a Londres, sonó por los altavoces un nombre: «Se ruega al doctor Andrew Campbell que se dirija al centro de control. Se ruega al doctor Campbell que se dirija al centro de control».

Al oír su nombre Andrew se levantó deprisa, le asustaba que fuera requerido por los altavoces. Todo lo que estaba sucediendo era tan raro que no sabía si ahora, justo antes de coger el avión, se encontraría con otra sorpresa o con un mensaje que anulara el viaje organizado por la urgencia de Violet.

—Señorita, por favor, ¿dónde se encuentra el centro de control? Me están llamando por los altavoces para que vaya hasta allí.

—¿Es usted el médico? Mire, entre por aquella puerta grande que está a la derecha y allí le indicarán. Le están esperando. No se retrase mucho, el embarque lo empezaremos a realizar en menos de treinta minutos.

—De acuerdo, llegaré a tiempo, no se preocupe.

Campbell, con su pequeño maletín en la mano y vestido ya de occidental con pantalones cargo *beige* y camisa de rayas azules, era un hombre que llamaba la atención. Las canas y el bronceado de su piel le habían añadido un plus importante al llamativo color de sus ojos y a su indudable atractivo. Él lo sabía, lo notaba, era, más que nunca, un hombre admirado y con mucho éxito entre las mujeres, algo que hasta ahora ni le había importado ni notado, pero desde su *affaire* con Nancy comprobaba que su físico también era importante, y mucho.

Abrió con decisión la puerta, pero se detuvo en seco al ver que la habitación, grande y vacía, estaba casi a oscuras. Le extrañó y, creyendo que se había confundido, se dio la vuelta para salir de allí cuando oyó una voz grave, dura, que le hizo frenar en seco y bombear en exceso a su corazón. La voz la reconoció enseguida: era la de William Coningham, el marido de Violet.

—Campbell, quédate, por favor, el que te ha llamado soy yo. Si cierras la puerta, encenderé la luz y nos veremos las caras, que, por cierto, es lo que quiero hacer desde hace tiempo.

Andrew cerró la puerta, despacio, casi temblando y pensando en lo que podría pasar a partir de ese momento entre esas cuatro paredes.

—Deja la maleta en el suelo, no quiero que estés en inferioridad de condiciones.

Andrew obedeció. Ya estaba la lámpara encendida con una luz tenue y veía al embajador del Reino Unido frente a él.

—William, tengo que coger el avión y no lo quiero perder —manifestó el cirujano.

—Lo sé, por supuesto que lo sé, y sé más que tú, sé para qué vas allí y sé lo que te vas a encontrar. Yo lo sé todo, Andrew, y sé también que fuiste un hombre cruel con mi esposa y sé que cuando yo estaba en la cama convaleciente tras la operación la besaste, y la besaste para volverla a enamorar, otra vileza más de un hombre sin honor.

Entonces William se acercó a Andrew y, sin mediar palabra, le asestó dos puñetazos en la cara y otro en el estómago con tal fuerza que el doctor cayó al suelo. Al intentar levantarse, el capitán le pisó con su zapato el hombro, inmovilizándole, para mantenerlo en el suelo.

—Aquí es donde tienes que estar, Andrew Campbell, en el suelo, a la altura de los zapatos, por donde se arrastran las alimañas. Solo te voy a decir una cosa, y no quiero que suene a amenaza, sino a la consecuencia de tus turbios actos desde que tuve la mala suerte de que me operaras en Jaisalmer. Me salvaste la vida, sí, pero parece que ahora me la quieres destrozar.

Andrew permanecía en silencio, mirando al capitán y pensando sin acritud. Veía a un hombre desesperado por su culpa, y en parte tenía razón. Él había llegado a sus vidas para desestabilizarlas y, por supuesto, no tenía derecho a nada.

—William, discúlpame, fue solo un acto inconsciente. Yo a tu esposa la querré toda la vida, pero sé que ella no me quiere, está perdidamente enamorada de ti.

—Andrew, eso no es lo que estamos discutiendo. Tú besaste a mi esposa, te aprovechaste de una mujer casada mientras su marido estaba convaleciente en la cama de un hospital. Te aprovechaste de ella y a mí me humillaste.

—Nunca lo vi como lo estás exponiendo ahora, pero tienes razón. Te pido disculpas, William. Deja que me marche, no sé lo que me espera en Bath, pero no parece que sea agradable… Lo que sí te prometo es que nunca más me acercaré a Violet, por supuesto, si ella no quiere.

—¡Levántate, cobarde! ¿Cómo que si ella no quiere? ¡Mientras sea mi esposa, más te vale no acercarte a ella, sin peros ni mientras! —Le asestó otro puñetazo en la cara—. Me está pareciendo que vas a Inglaterra a recuperar el tiempo perdido, ¿verdad?

—William, no te voy a devolver el puñetazo todavía, pero el próximo sí lo haré, cuenta con él. Por mí ya no te preocupes. Violet me dejó bien claro que no quiere volver a verme, a pesar de que sé y sabré siempre que es el amor de mi vida. Si lo has pasado mal, te pido disculpas, pero, si en este momento yo fuera tú —que ojalá lo fuera—, no me separaría de tu mujer. Sabes, como yo, que no hay nadie como ella y que merece la pena cualquier sacrificio. —Andrew siguió hablando, pero cada vez más apenado—: Yo me equivoqué, era muy joven y la decisión que tomé fue la errónea. Espero que tú no hagas ahora lo mismo que hice yo, sobre todo lo espero para que Violet no vuelva a sufrir lo que sufrió. Sí, fui un cobarde, y te aseguro que moriré con esa sensación y arrepentido de aquel momento en el que me di la vuelta y la dejé sola en la cabaña, sin una explicación y, por supuesto, sin saber que estaba embarazada. Si lo hubiera sabido, te aseguro que tú ahora no serías su marido, sino que lo sería yo.

En ese momento, algo se le revolvió de nuevo en el cuerpo al capitán. Quiso acercarse sin buenas intenciones, pero se contuvo a tiempo.

—Márchate, Andrew, vete y soluciona de una vez lo que te espera en Bath, pero soluciónalo para siempre. Nunca más te quiero ver cerca de mi esposa, no me fio de ti, no has actuado con honorabilidad, por no hablarte de la deontología médica… ¿Qué dirían de ti tus colegas si se enteraran de que intentaste aprovecharte de la mujer de un moribundo al que acababas de operar y que además estaba embarazada? Es casi repulsivo…

—William, me voy, pero, aunque parezca que fue así, no es como lo describes. Violet me agradeció que te salvara la vida y yo, para nuestra desgracia, tuve un impulso incontenible e irreparable, pero no os quería ofender, no conocía su embarazo, francamente tengo muy mala suerte …

—Adiós, Andrew —le interrumpió William—, ¡hasta nunca! ¡No sigas queriendo que crea estupideces, todos los hombres sabemos por qué besamos a las mujeres y, sobre todo, cómo las

besamos! ¡Márchate cuanto antes!

Y el doctor cogió su maletín del suelo, abrió la puerta bastante humillado y furioso y en el fondo queriendo asestarle un par de puñetazos a William, pero no lo hizo: sabía que el embajador tenía toda la razón y él ninguna. Con respecto a Violet, creía haber perdido todas las posibilidades, pero no sabía por qué le parecía que el embajador tenía también muchas dudas y algunos problemas…

* * *

—Lili, mi vida, despierta mi niña.

El sol que entraba por las ventanas me despertó a mí antes que a mi hija. Seguíamos en el suelo, juntas, y Lili todavía dormía, pero su cara no estaba relajada, reflejaba tristeza, y con sus brazos se agarraba el cuerpo y las piernas, casi en posición fetal. Lili había dormido, pero no descansado. Empecé a besarla y a acariciar su larguísima melena caoba. Estaba espectacularmente bella, se había convertido en una mujer preciosa, aunque, en el fondo, todavía era una niña.

—Mamá, mamá, ¿qué ha pasado? ¿Qué hacemos aquí? —Lili levantó su cara y vio que estábamos vestidas, tiradas en el suelo… Enseguida se acordó de lo sucedido la noche anterior y me volvió a abrazar. Creo que ya no tenía fuerzas para afrontar los hechos de otra manera. Me necesitaba a su lado. Yo tendría que ser su fuerza, y mi labor ahora sería quererla, entenderla, respetarla…

—Voy a preparar el desayuno y lo tomaremos tú y yo solas, como hemos hecho tantas veces. Quiero estar sola contigo, no echo de menos ni a nuestras pequeñas gemelas. ¿Te apetece?

—Mucho no, mamá, pero bueno, un poco de café o chocolate con galletas me gustará, pero estoy muy triste …

—Lo entiendo, pequeña. Yo también me encuentro destrozada. Ayer fue una tarde muy dura y aniquiladora. Hoy seguiremos hablando tú y yo solas. Ahora levántate y vamos al baño, así nos podremos duchar y el agua fría nos dará fuerza para volver a casa juntas, de la mano, queriéndonos mucho, Lili.

—Mamá, si yo te quiero, pero todavía no puedo creer lo que ha pasado… —Mi hija hablaba bajito, sin fuerzas, estaba derrumbada.

—Venga, la primera en entrar a la ducha serás tú. Te he traído ropa limpia y para mí también, he sido previsora. Entra en el baño mientras yo hago el desayuno. Después me ducharé yo.

Y así empezamos lo que me dio por pensar que sería, con suerte, un nuevo capítulo en nuestras vidas. A Lili y a mí nos tocaba ahora enfrentarnos a su padre, y a ella, desgraciadamente y sola, sin mí, a su hermano Jack, ya que yo no quería conocerle, no quería que formara parte de mi vida. De nuevo tomaba otra decisión quizás errónea, pero no estaba preparada para otra cosa.

Mientras Lili se duchaba, me puse a preparar unas tortitas para ella. Le encantaban con sirope de caramelo y no se me había olvidado traerlo. En un momento creí que estaba tardando demasiado en salir. Me acerqué a la puerta y la llamé… No me contestó. Entonces pensé que debía entrar, que no debía dejarla sola. Entré y la encontré bajo el agua fría de la ducha llorando apoyada en la pared, desnuda, de espaldas, como tantas veces había tenido que hacer yo… ¡Me recordó tanto a mí!

Entré en la ducha con una toalla, cerré el grifo y tapé a mi hija para que no se enfriara. Ella, sin hablar y con la cabeza hacia abajo, salió junto a mí. No puso oposición alguna, parecía un

juguete roto.

—Vámonos a casa, Lili, a mi cuarto, allí estaremos mejor. Nos tumbaremos en la cama y no dejaremos entrar a nadie. Estas cuatro paredes son muy dolorosas para mí y creo que también para ti. ¿Cuántas veces has venido aquí con Jack?

—No muchas, mamá…, cuatro o cinco veces, pero fue precioso, era un sueño… Él es guapísimo, mamá, ¡y me trata tan bien! Creo que nos queremos, o nos queríamos. Estábamos empezando a vivir algo juntos muy felices.

—Lili, no sabes cuánto siento no haber sido más sincera contigo, pero a tu padre no le volví a ver hasta que, como si fuera un milagro, apareció en una lejana ciudad de la India para salvar la vida a William.

—¿Pero él es el que operó a William del corazón?

—Sí, hija, sí… Todo es un cúmulo de terribles casualidades, aunque siempre le agradeceré que le salvara la vida.

—Mamá, ¿y qué pensaste al volver a verle?

—Pues que la vida es muy difícil y que a veces juega demasiado con nosotros, como ahora ha hecho contigo, a pesar de lo joven que eres. Yo, en ese momento, solo quería que William viviera, Lili, es que yo ahora solo quiero a William y con locura.

—¡Qué bien, qué suerte, mamá!

—¡Y tú también la vas a tener, cielo! Jack es tu hermano y, aunque ahora te cueste tratarlo como tal, espero que en unos meses pueda ser tu mejor amigo.

—No, mamá, no sé si quiero volver a verle. En este momento, creo que es mejor no vernos. Voy a dejar también la carrera, no volveré a medicina, no puedo pensar en estar con él de nuevo. Por ahora no.

—Pero, mi vida, ahora, con todo en caliente, no es el momento de decidir nada. Deja que la vida fluya, que las cosas tengan un cauce lógico, y después tomarás tus decisiones. Si te parece, te tomas un tiempo y lo piensas con más frialdad. He pensado hacer aquí, en Bath, como en la India, huertos ecológicos, pero para surtir de alimentos a los más necesitados de la zona. Daremos trabajo, que es mucho más digno que las ayudas, y creo que tú eres la idónea para llevarlo adelante. Te dará muchas satisfacciones y lo podrás hacer desde aquí, viviendo en Bath, que es lo que te gusta.

—Vale, mamá, es muy bonito, me gusta, pero yo ya no vuelvo a la universidad. Este curso lo doy por perdido. No sabría qué hacer junto a Jack: él era mi compañero y mi ilusión también. ¡Estábamos felices de verdad y lo pasábamos tan bien juntos!…

—Es lógico que coincidierais: si sois de la misma edad y los dos lleváis la vocación de la medicina en las venas gracias a vuestro padre.

—¡Claro, es verdad! Siempre me preguntaba por qué tenía esa inclinación tan llamativa hacia la medicina. Ahora lo entiendo. Era por él.

—Claro, Lili… Yo siempre lo supe, me di cuenta enseguida de que el ADN era fuerte y que estudiarías medicina por encima de todo. Por eso me quedé sobrecogida cuando me lo dijiste. Que quisieras ser lo mismo que tu padre, un padre al que nunca has conocido, era impresionante, conmovedor…

Algo más tranquilas y en la pequeña mesa de comedor en la que siempre esperé al hombre al que amé tanto, desayunamos las dos un café calentito y las tortitas recién hechas. Lili estaba triste, pero en su cara empezaba a existir resignación.

Su larga melena suelta, casi pelirroja, con bucles naturales, su piel blanca, etérea y con algunas

pecas, no muchas, y su metro setenta y cinco la convertían en un auténtico espectáculo. Al mirarla de reojo me sentí muy orgullosa, pero vi a Andrew en sus profundos ojos azules… Eran exactamente iguales que los de su padre, que, seguro, estaría en unas horas en nuestra casa.

* * *

A mediodía llegamos las dos a la casa. Allí nos esperaban mamá, Poppy y las niñas. Entramos sin saludarlas, Lili no quería hablar con nadie. Pasamos por delante de ellas, y en silencio les hice un gesto como de «no hay palabras» Creí que iríamos a mi habitación, pero Lili me detuvo cuando iba hacia allí:

—No, mamá, prefiero que vayamos a la mía, donde tantas veces tú y yo hemos estado abrazadas en la cama cuando vivíamos solas, aquí, en invierno. Me trae recuerdos tan míos que ahora los necesito todos.

Me emocionaron tanto las palabras de mi hija que, entre sollozos, tuve que pedirle de nuevo perdón y agradecerle que recordara todo lo que habíamos vivido juntas. Que Lili necesitara estar abrazada a mí era tan conmovedor que me oprimía el pecho. Para ella era como si, en estos momentos, se le hubiera muerto un ser querido. No quería hablar con nadie, ni quería ver a nadie, solo a su madre. Y eso, después de todo, me reconfortaba, me ayudaba a seguir, claramente me necesitaba. A Jack le había llegado a querer de verdad. Estaba triste, muy triste.

—Lili, ¿nos ponemos ya el pijama, aunque sean las dos de la tarde? —La miré y le sonreí, y ella me devolvió la sonrisa. Era una chica tan magnífica y bella…—. Total, no pensamos salir de aquí, ¿verdad?

—Vale, mamá, pero no te vayas a por el tuyo, ponte uno mío, que ya somos igualitas de talla. No te separes de mí.

Y las dos, una con pijama de cuadros y la otra de flores, nos tumbamos en la cama mientras oíamos llover tras los cristales de las ventanas. Era como si el tiempo no hubiera pasado y volviéramos a nuestro «nido intangible», porque Lili y yo estábamos mucho más unidas que solo por la maternidad. Éramos madre e hija, compañeras, amigas, enemigas, disfrutonas, discutidoras, lo éramos todo, pero, sobre todo, éramos solo una.

Ella se tumbó y yo la abracé, mientras al oído le cantaba canciones como cuando era pequeña. Así permanecimos mucho tiempo, acurrucadas, dándonos calor y recordando momentos de su niñez, de su vida en el campo con los jardineros y de su amor y afición a los caballos. Lili era inteligente, no quiso entrar en la profunda herida que teníamos las dos que curar. Esa tarde prefería que madre e hija volviéramos a unirnos como habíamos estado siempre hasta que conocí a William, el hombre que ahora me quitaba el sueño, la persona a la que quería y que era posible que desapareciera de mi vida.

Sobre las ocho de la tarde me incorporé y, mirando a Lili, le dije:

—Bellezón, voy a la cocina a poner en una bandeja algo que nos guste para cenar. No hemos comido nada y apenas hemos desayunado. ¡Si seguimos así, nos encontrarán abrazadas en la cama y sin sentido…, desmayadas, como muertas!

Eso la hizo reír. Me abrazó y me empujó sobre el colchón. Allí jugamos como cuando era una niña, mi niña, que tuvo que madurar mucho más rápido que el resto de sus compañeras.

—Mamá, no quiero conocer a mi padre. Va a venir aquí, ¿verdad?

—Sí, le ha llamado Poppy para que, si tú quieres, solo si tú quieres, le conozcas y te explique cómo lo vivió él. Yo solo quiero que tú conozcas las dos versiones. La mía ya te la he contado y

si él tiene honor, que creo que sí lo tiene porque es un buen hombre, coincidirá en todo, absolutamente en todo.

—Pero, mamá, es que creo que prefiero no verle. Me da miedo este cambio en mi vida. Además, que no le considero una buena persona: él te abandonó de una manera muy cruel.

—Pues no te preocupes, si no quieres, no le verás. Tú ya eres una mujer con derecho a decidir lo que quieres hacer. Le dije que viniera para que tuvieras, así, la posibilidad de elegir. Es lo que te mereces. Durante casi veinte años he sido yo la que ha dominado esta situación. Ahora quiero que seas tú la que dé los pasos que creas adecuados para tu vida, que no te encuentres mediatizada por nada ni por nadie. Además, tenía que venir forzosamente, pues tendrá que hablar con su hijo, ninguno de los dos sabe nada todavía…

—Oh, mamá, no me lo recuerdes, es horrible. Pobre Jack, es un chico tan bueno. Creo que le quiero, mamá, ¡y es mi hermano!

—Lo sé, Lili, date tiempo, ya pensaremos qué hacemos. En la vida se llora tanto como se ríe y se es tan feliz como desgraciado. A ti te espera lo mejor de la vida, de lo malo ya te ha tocado bien pronto probarlo. El tiempo te ayudará a olvidar este terrible momento. Yo estaré siempre contigo, yo soy especialista en sufrir —le dije sonriendo—, pero te tenía a ti, que eras mi felicidad. —La besé y abracé; ella me correspondió igual. Y así estuvimos un buen rato, las dos en silencio.

Descalza y con el pijama de Lili de flores, bajé las escaleras de piedra hasta la cocina. Mamá y Poppy me oyeron y se acercaron. Me miraban preocupadas, sin hablar… Yo, al ver a mi madre, me abracé a ella llorando, sin parar de lamentar el daño causado a Lili… Necesitaba que ella me consolara también.

—Mamá, le he destrozado la vida. ¡Pobre hija mía! ¿Por qué nos ha tenido que pasar esto?

Mi madre y Poppy me acariciaban y besaban, se abrazaban y lloraban conmigo. Era una situación lamentable que en este siglo no tenía por qué habernos pasado…

—Mamá, Lili sufre, quería a ese chico, a su hermano. ¡Es horrible!

—Lo sé, hija mía, lo sé. Y la más culpable soy yo —dijo sollozando—. ¡Qué error tan grave cometí! No se puede forzar a nadie a nada. Me tendría merecido morirme aquí y ahora mismo.

—¡Mamá, por Dios, no digas eso! Nos necesita a todas, somos su familia y ella sabe que la queremos con locura, pero todavía no quiere bajar. Vamos a cenar algo las dos juntas en su habitación, como cuando era pequeña. Es una mujer increíble, llena de sentimientos y muy sensible. Y me ha perdonado todo, me quiere…

—Hija mía, ¿cómo no te va a querer después de lo que has hecho por ella?

—No digas eso, yo no he hecho nada por ella… Es ella la que lo ha hecho por mí. Gracias a ella mi vida tuvo sentido…

—Bueno, Violet, ¿y no vamos a poder verla ni acompañarla?

—Pues yo creo que no. Se lo preguntaré de todas las maneras. Solo quiero hacer lo que ella quiera. Por cierto, ¿sabéis si Andrew llegará mañana por fin?

—Sí —contestó Poppy—, llamó ayer por la noche, no sé qué hora sería allí, pero me dijo que ya estaba en el aeropuerto, así que, si todo va bien, llegará mañana sin falta.

—Okey, pues no lo vais a creer, pero Lili ahora me dice que no quiere conocerle, que cree que no va a hablar con él, pero, en cualquier caso, le tendréis que contar lo de su hijo Jack con nuestra hija.

—¿Cómo «le tendremos»? —preguntó mi madre—. Será le tienes tú que contar.

—Yo no, mamá, yo le saludaré y me iré a mi cuarto. No quiero volver a verle. Estaré solo el tiempo que quiera Lili, pero bien me cuidaré de que no sea mucho. Este hombre, al que quise con toda mi alma, va a conseguir romper mi matrimonio con William.

—Por cierto —dijo Poppy—, William te llama cada media hora. Sabe que no te vas a poner y creo que está resignado, pero él me pregunta que cómo estas y quiere saber de Lili, y si lo está pasando mal. Violet, creo que deberías llamarle.

—No pienso hacerlo, Poppy, ¿y sabes por qué? Pues porque William tiene razón en desconfiar. Creo que lo tengo que resolver yo sola, como él me ha pedido, y cuando todo termine, pues veremos qué pasa. La sombra de Andrew está siendo demasiado grande y oscura en mi matrimonio como para soportarla. El beso que me dio, mejor dicho, que dejé que me diera, ha sido lo suficientemente grave como para que a William le parezca insoportable, pues, efectivamente, y ahora lo veo claro, no solo fue un beso, fue un intento de volver a estar juntos, de comprobar si yo le seguía queriendo. Andrew no actuó con honor y yo, creo, tampoco.

* * *

La mañana siguiente llegó antes de lo que Lili y yo queríamos. No nos apetecía tener que dar la cara a la realidad que se avecinaba. Andrew había llamado ya desde el aeropuerto, no le quedaba más que realizar el tramo Londres-Bath. Solo de pensar en ello se me ponían los pelos de punta. Lili seguía diciéndome que no quería conocer a su padre. Yo aceptaba su decisión, aunque creía que era más por temor que por otra cosa.

—Lili, tú no te preocupes. Si te apetece, le ves. Yo bajaré contigo, te lo presentaré, estaré a tu lado hasta que te tranquilices, de la mano. Pero, si finalmente te decides a hablar con él, tendrás que quedarte con él sola para oír su versión. Yo no quiero estar presente, se lo debo a William: él se merece todo y a él no le gusta que esté junto a Andrew, y no lo voy a hacer.

—Mamá, ¿habéis roto William y tú por culpa de mi padre?

—Sí, creo que sí… No sé si roto del todo o todavía tendremos arreglo. Estoy fatal yo también, pero espero que lo arreglemos pronto, Lili, le necesito mucho.

—Oh, mamá, ¡qué desgraciadas somos las dos!

En ese momento oímos dos toquecitos en la puerta. Poppy abrió despacio y nos miró sin traspasar el umbral.

—Chicas, ¿puedo entrar?

—Sí, por favor —le dije nerviosísima por lo que nos iba a comunicar en breves segundos.

—Lili, tu padre ya ha llegado, está en el salón. En este momento está solo. Sophie no ha querido verle sin vosotras, y yo le he saludado y le he dicho que ahora le diría algo.

La respiración de Poppy era descompensada, casi violenta, como si estuviera sufriendo un *shock* ella en vez de nosotras.

—¿Poppy, te pasa algo? Te encuentro fatal —le dije nada más escucharla.

—No, Violet, es que creo que también estoy demasiado emocionada, y el subconsciente me está traicionando. Sí, estoy con taquicardia, no lo puedo disimular.

—Siéntate en la cama. ¿Cómo le has encontrado? Lili, que sepas que Poppy lo sabe todo desde el principio, ella ha sido mi compañera del alma, mi ayuda incondicional y, por supuesto, tu segunda madre.

—Tía Poppy —preguntó Lili, mirándole a la cara—, y como mi segunda madre, ¿qué me aconsejarías? ¿Veo a mi padre o no lo veo?

—Lili, mi vida, claro que lo tienes que ver y conocer. Esta oportunidad te va a servir para desarrollarte mejor el resto de tu vida y con mucha más seguridad. Vas a ver que tu padre es un hombre educado, correcto, muy atractivo, inteligente…

—¡Vale ya, Poppy! —elevé la voz—, no creo que ahora tengamos que ponerle fenomenal o que parezca que estés enamorada tú de Andrew… —Y cuando dije esa frase, Poppy se puso colorada, muy colorada, casi no podía respirar. No sabía qué hacer, se puso de pie, se fue hacia la ventana…—. ¿Qué te pasa, Poppy? Estás muy rara.

—No, nada, creo que estoy demasiado implicada en esto. Haced lo que queráis, pero Andrew os espera en el salón.

A mí me pareció rarísima su contestación; a Lili, también.

—Pero, tía Poppy, ¿qué te pasa? Está bien, no te pongas así. Tú baja y dile que mamá y yo estaremos allí en unos minutos.

—¿Estás segura, Lili? —le dije delante de Poppy para que ella lo oyera.

—Sí. Es mejor que lo conozca y hable con él, aunque sea solo por una vez.

Las palabras de Lili me pusieron nerviosa. El encuentro finalmente se iba a producir y todo se iba a revolver de nuevo entre mi corazón y mi cerebro.

—Poppy, dile a mamá que baje ella también. Quiero que estemos las cuatro. Que sepáis que yo solo le presentaré a Lili, después hablaréis vosotras. Yo, si puedo, no le dirigiré la palabra nada más que al principio, y más tarde, si Lili quiere, se irán juntos a dar un paseo o a donde quieran. Ella tiene derecho conocer la versión de él, de su padre.

—Me parece muy bien, Violet. Bajad enseguida, entonces. Os esperamos en el salón de la chimenea.

Las tres nos dimos un beso y un abrazo fuerte. Nos queríamos como hermanas y como madres e hija… Éramos una verdadera familia.

Lili y yo terminamos de vestirnos, las dos con pantalones, Lili con uno azul marino, camisa de rayas y deportivas y yo con blusa de seda y pantalón ancho *beige* y bailarinas. Las dos éramos igual de altas, las dos íbamos igual de nerviosas, calladas, de la mano, agarradas con fuerza. Comenzamos a bajar las escaleras de piedra de la casona de mis padres, una preciosa escalera ancha, imponente, palaciega. Abajo, al fondo, oíamos voces y vimos cómo Jadson cruzaba el salón con unos vasos de agua. Era demasiado pronto para beber alcohol, pero las palabras sin agua seguro que no nos saldrían.

Me acerqué a Lili antes de llegar al *hall*. La abracé y la besé al tiempo que le decía:

—Lili, tranquila, no soltaré tu mano hasta que te encuentres bien, y si no quieres hablar a solas con él, no tendrás que hacerlo. Te repito, tú mandas, harás lo que creas conveniente.

—Gracias, mamá, pero no me dejes, estate siempre a mi lado.

Hicimos la entrada en el salón. La escena era impresionante. Andrew, por primera vez en el interior de mi casa y por primera vez junto a mi madre, se levantó rápidamente al vernos. Lo encontré muy atractivo, había cambiado y a mejor. Ya no iba vestido de indio y sus ojos resplandecían sobre su rostro moreno, a pesar de unas manchas rojas que tenía, seguramente por una caída. Lili, al verle, me apretó la mano con tal fuerza que casi di un grito de dolor.

—Mamá, me parezco mucho a él, ¿verdad? ¡Mamá, me recuerda mucho a Jack!

—Tranquila, mi vida —le dije—, agárrate fuerte a mí. Todo saldrá bien.

—Hola, Andrew, buenos días, te presento a Elizabeth de Grosvencer, nuestra hija. —En ese

instante, casi me desmayé, los ojos se me llenaron de lágrimas y tuve que agarrarme a Poppy por la cintura para no caerme. Era una frase que jamás había pronunciado y tan soñada y esperada que hasta la garganta se me cerró. Andrew también se emocionó. No podía dejar de mirarla absorto. Estaba viendo por primera vez a su bellísima hija, que, además, se parecía muchísimo a él.

De improviso, sin esperarlo ninguna de las cuatro mujeres que allí estábamos calladas como figuras de piedra, Andrew se sentó, se tapó la cara con sus manos y rompió a llorar. Las cuatro no sabíamos qué hacer, nos miramos en silencio y comprendimos bien la emoción del momento que estaba viviendo al ver, por primera vez, a su hija y sentir en su corazón la pérdida irreparable de tantos años. ¿Qué pasaría en esos momentos por su cabeza? ¿Qué dolor tan fuerte y qué angustia por el tiempo perdido?

Aquella debilidad de Andrew, al verle tan hundido, me hizo más fuerte y pude comenzar a hablar. Todavía no sé cómo saqué fuerzas, pero hasta el tono de voz era alto y decidido. Creo que en mi fuero interno me sentaba mal verle tan emocionado…

—Andrew, también te presento a mi madre, Sophie, duquesa viuda de Grosvencer, y a Poppy, mi hermana, a la que ya conoces desde hace más de veinte años.

Andrew se incorporó, aunque todavía no había abierto la boca. Seguramente, le era imposible pronunciar palabra alguna. Su hija era una belleza dulce e impactante y, seguro, sus ojos le taladraban como taladraban los de él cuando te miraba.

—Perdonadme. —Se puso de pie y se recompuso—. Lili, ¿te puedo dar un beso? Eres impresionante, me has impresionado demasiado. Parecéis hermanas tu madre y tú, me recuerdas mucho a tu madre cuando la conocí. —Y de nuevo con la mano se secó sus ojos—. ¿Te puedo abrazar? Lo estoy deseando.

—Creo que no, Andrew —dijo Lili con firmeza—, preferiría que nos diéramos la mano. —Mi hija demostraba mucha fuerza interior y mucha seguridad en sí misma. Tanta que creo también estaba enfadada al ver tan emocionado a su padre sabiendo que abandonó a su madre.

—Perfecto, lo entiendo, pero, Lili, quiero que sepas que nunca supe que existías, que, aunque mi comportamiento con tu madre fue deplorable y ruin, si hubiera sabido que existías, seguro hubiera reaccionado de otra manera.

—Eso no importa ya —replicó Lili—, creo que era con mi madre con quien tenías que haber estado, pero solo para estar con ella, no porque yo existiera, ¡si es que la querías, claro!

—¡Qué razón tienes! Lo hice todo mal, muy mal, y cada día de mi vida me he arrepentido de lo que hice y de cómo lo hice. He tenido muy poca suerte en mi vida, excepto conocer y estar con tu madre, por supuesto.

—Lo sé, ahora sé lo que hiciste y lo que no hiciste. Yo he estado aquí con ella, sin separarme de ella ni un minuto, y durante más de quince años no te hemos visto nunca, nunca te has preocupado por ella. Durante mucho tiempo creí que habrías muerto, pero mi madre siempre hablaba de ti en presente. No entendía bien lo que había pasado, pero por las palabras de mi madre parecías un hombre fascinante, no uno del montón, como ahora me pareces.

—Lo sé, Lili, lo sé, no me lo tienes que decir. He sido un cobarde, solo reaccioné cuando te vi en los periódicos en la catedral de Bath. Ese mismo día dejé a mi mujer, con la que no he tenido ni un solo día de felicidad, y abandoné mi casa. ¡Me volví loco al saber que podías ser mi hija!

—Bueno —interrumpí, pues noté que Lili estaba demasiado a la defensiva—, Andrew, siento no haber sido todo lo amable que suelo ser con las visitas, pero, por favor, siéntate. ¿Quieres tomar algo? —A su gesto negativo, continué hablando—: Yo solo voy a estar aquí junto a Lili,

de su mano, con mi madre y Poppy mientras te explico el enorme problema por el que te hemos hecho venir hasta aquí. Te aseguro que volver a verte para mí es casi una tragedia, pero he tenido que tomar las riendas de la situación y, de nuevo, yo, solo yo, y no tú, he sido la que ha tenido que afrontarlo, y sola, como siempre, como todo en mi vida.

—Siento todo muchísimo, Violet. Siempre serás la mujer de mi vida y quiero decirlo tajantemente delante de nuestra hija y de tu madre y de Poppy. —Se interrumpió por un sollozo —. Quiero que ellas sepan lo que solo tú y yo sabemos y es que nuestro amor fue auténtico, de verdad, que Lili es fruto del amor de una pareja que parecía eterna, para siempre. También quiero que sepas que, aunque ni un solo día desde que te dejé he sido feliz, nunca más volveré a molestarte, no quiero hacerte más daño. ¿Veis estas señales moradas en mi cara? —Ya me había dado cuenta, parecía que había sufrido una importante caída—. Pues son las señales que los puñetazos de tu marido han dejado en mi rostro. Fue ayer mismo, en el aeropuerto.

«¡Rayos! —pensé—, ha sido William el que le ha atizado unos buenos golpes». William, mi William, no había podido aguantarse… Me enternecí, me pareció bien; de hecho, yo muchas veces había tenido ganas de hacerlo a lo largo de los años, pero lo cierto es que me dio pena Andrew. Lili se rio a carcajadas. —Quería de verdad a William y era su primera sonrisa desde que, con mi relato, se le viniera el mundo encima—. Yo la miré con los ojos bien abiertos como pidiéndole que no se riera. Mi madre también sonrió satisfecha, pero Poppy estaba mal, no se encontraba bien.

—Andrew, creo que te lo merecías, mucho ha tardado William. Mi marido es un hombre íntegro y comprometido que me quiere de verdad y al que yo quiero con locura y, al igual que tú has dicho antes, también quiero que lo oigan mi hija, mi madre, Poppy y sobre todo tú. —Ahora también las tres sonrieron, hasta Lili soltó mi mano y me abrazó con enorme ternura delante de su padre—. Pero quiero que sepas que estamos aquí por una especie de tragedia griega que tenemos que arreglar y en la que, por supuesto, estás implicado; de hecho, el más implicado de todos. Sentémonos y te contaré todos los hechos. Lili ya conoce el tema y la pobre lleva cuarenta y ocho horas sufriendo sin creer que ella sea la protagonista de semejante situación.

Y empecé, pausadamente y de la mano de mi hija, a narrar todos los hechos como habían ocurrido. Andrew estaba alucinado. Sus enormes ojos a veces se cerraban como demostrando no creer lo que estaba oyendo. Lili de nuevo lloraba, no podía evitarlo, y mi madre y Poppy se enjugaban las lágrimas con sus pañuelos en silencio. La única que tenía que hacerse la fuerte en ese momento era yo y por dentro estaba viviendo un auténtico infierno.

Cuando terminé, el silencio era sepulcral. Lili y yo seguíamos muy juntas, sentadas la una al lado de la otra en el sofá. Andrew, con el rostro petrificado, en la butaca de enfrente, estaba anonadado, sin saber cómo reaccionar, y mi madre y Poppy, en la *chaise longue*, sentadas rígidamente sin poder mover ni un músculo de su cuerpo. La falta de palabras era una muestra de lo que estábamos viviendo. Yo, además, no podía dejar de acordarme de cuando mi niña nació en el hospital, lo sola que me encontré, lo feliz que me hubiera hecho compartir con Andrew la llegada de nuestra niña y tantos momentos en que mi vida me pareció una auténtica basura al no poder tener a mi lado al hombre al que amaba… Y ahora lo tenía, y junto a nuestra hija.

—¡Santo cielo! No me lo puedo creer, Violet, no puedo pensar que sea cierto. Lili, pobre hija mía, y pobre mi hijo Jack. No sé qué decir, no sé qué hacer. En este momento me gustaría estar muerto y no tener que enfrentarme a esta situación.

—Andrew, tú sí que sabías que tenías una hija, pues tu madre se lo contó a la mía en una reciente visita, y aun así mandaste a Jack aquí, a Bath. ¿No te dio miedo que se conocieran?

¿Nunca pensaste que pudiera pasar algo parecido?

—No, Violet, no, nunca… Lo que sí pensé es que a lo mejor se podían hacer amigos, pero, claro, esto no, de ninguna manera. Tampoco pensé ni por un momento que Lili pudiera estudiar medicina como yo. —De nuevo un sollozo entrecortó sus palabras—. Es increíble cómo la vida se vuelve a repetir. Jack se habrá enamorado de Lili porque Lili es como tú, adorable, bellísima, especial… Y él, lógico, se parece a mí…

—Andrew —le corté—, no es momento de hablar de mí, ya es un poco tarde, pero de nuevo has actuado sin responsabilidad, y nuestros hijos ahora sufrirán nuestras calamidades. No sigas queriendo dar explicaciones.

—Lili, perdóname, Lili, déjame abrazarte, por favor. —Andrew se levantó y se acercó a nosotras—. Necesito tenerte entre mis brazos. Soy tu padre y desde que te vi en la boda de tu madre eres mi obsesión. Quiero estar cerca de ti y subsanar el daño que haya podido ocasionarte.

—Perdona, Andrew, pero para mí eres un hombre desconocido. Mamá siempre me hablaba de ti como la mejor persona, cariñoso, simpático, romántico, al que le gustaban la poesía y las plantas, y me decía que yo tenía que estar muy orgullosa de mi padre. Me hablaba de cómo os queríais, de cómo bailabais en la pequeña cabaña donde siempre os veíais y de cómo recitabais poesías. Tanto tanto me hablaba de ti que a veces creía que habías muerto, pues no entendía que no estuvierais juntos. Pero ahora, de repente, he sabido que la abandonaste de una manera fría y demoledora. Acabo de conocer la verdad, ella nunca me la dijo. Andrew, necesito tiempo, acabo de conocer a mi padre y no se parece al que creía que eras. Tengo casi veinte años y mi ilusión sentimental ha saltado por los aires, solo espero que Jack, mi adorado amigo, mi novio y ahora hermano —dijo llorando sin poder parar—, te perdone y te respete cuando le cuentes a él lo que nos ha pasado y lo que le hiciste a mi madre.

—Lo sé, lo sé ¡Pobre Jack! ¡Pobre hijo mío! También va a sufrir, y mucho. Él me tiene en un alto concepto… ¡Soy una persona terrible, lo sé!… Pero Lili, tu abuela, mi madre, quiere conocerte y hablar contigo. Me lo ha pedido. Te adora desde el mismo día que te vio e imaginó que podías ser su nieta.

—¿Pero tengo otra abuela? —dijo Lili con sarcasmo—. Perdona, Andrew, mi abuela está aquí y es maravillosa, y también tengo una madrina casi madre que se llama Poppy, pero otra abuela no tengo, que yo sepa solo tengo una. —Lili estaba siendo casi despiadada, no me gustaba demasiado su actitud, pero había sido muy duro para ella tanto conocer lo de Jack como el abandono de su padre hacia mí en menos de veinticuatro horas.

Mi madre y Poppy permanecían en silencio, escuchando cada frase, cada suspiro, cada pregunta, mirándonos a unos y a otros y con sus caras blancas y demudadas. Solo se oían de vez en cuando las risas de Sashi y Anusha, las gemelas, jugando en el jardín. Entonces me levanté.

—Lili, no quiero estar más tiempo aquí. Sé que a William le duele y, si te parece bien, si ya no me necesitas, me subo a mi habitación. Sabes que puedes hacer lo que quieras, tu abuela y Poppy te ayudarán. Si quieres, puedes ir con tu padre a dar un paseo o subir a mi cuarto conmigo, o al tuyo si prefieres estar sola. Confío por completo en tu criterio; ya eres una mujer hecha y derecha. Hagas lo que hagas, decidas lo que decidas, sabes que yo estaré a tu lado en todo momento, como siempre. Tú y yo somos una. Y ahora, ¿me dejas, mi vida, que me vaya? Ya no puedo más…

—¡Claro, mamá! —exclamó, mirándome a los ojos y frente a mí—. Pero deja que te diga delante de Andrew que eres la mejor madre del mundo, que tú y yo solas en esta casa tan grande fuimos felices, que me cuidabas y me querías y nos divertíamos, y que junto a ti he sabido ser

mejor persona. Que me lo has enseñado todo. Me enseñaste a hablar, a cantar, a bailar, a montar a caballo, a sembrar en el huerto, a hacer mermelada, bizcocho de zanahorias, a galopar por las praderas, a amar a los animales, a respetar a nuestros empleados y compañeros de trabajo… ¡A todo! Que tú eres y serás mi madre y mi padre, y que eres una mujer tan valiente que un escalofrío me recorre el cuerpo solo al pensar que ahora, casi con tu misma edad, me pudiera dejar el hombre de mis sueños embarazada y sin explicación alguna.

Andrew se vino abajo. Era alto y fuerte, pero le costaba seguir en pie, y solo acertó a decir:

—Lili, hija mía, nunca supe que tu madre estuviera embarazada. Si no, te aseguro que yo sería ahora mismo su marido y, por supuesto, tu padre.

—Bueno, mi vida —le dije a Lili, interrumpiendo esa declaración de amor de Andrew tan tardía pero que también me emocionaba—, muchas gracias por todo lo que me has dicho, es precioso, ¡te quiero tanto!… —Le di un beso y me marché sin despedirme de los demás. Pero cuando comencé a andar y di la espalda a Andrew se me encogió el corazón, le había querido en exceso, le había esperado tantos años que tuve que admitir que William podía tener razón cuando comentaba sus miedos de que algo quedara de ese amor. Era verdad, quedaban muchos sentimientos, pero estaba segura de que al que quería era a William. ¡Le echaba mucho de menos!

—Violet, espera, por favor —oí la voz de Andrew—, espera, Violet. No sé cuándo nos volveremos a ver, ni si quiera si nos volveremos a ver. —Paré, me di la vuelta y le miré mientras me hablaba—. A pesar de mi profunda tristeza, estoy aprendiendo a vivir sin la ilusión de volver contigo. Creo que ya no te merezco, quizás nunca te he merecido, y que fui el hombre más torpe y cobarde que se puede ser. Es verdad que me podía haber separado de mi esposa, la madre de Jack, a la que nunca nunca quise, pero creía que tú no me aceptarías de nuevo a tu lado y además mi hijo me necesitaba cerca. Y fue cuando supe de la existencia de Lili, hace ahora tres años, cuando rompí con ella y con toda mi vida. Ya no podía seguir fingiendo, no tenía sentido. Me arrepentiré toda mi vida de aquel día, aquella tarde en que, influenciado por mis padres, dejé mi corazón en nuestra cabaña. Solo de pensar en lo felices que hubiéramos sido con Lili, juntos los tres… Si hubiera sabido de tu embarazo, no dudes nunca, no lo dudes, estaría contigo, hubiera tenido la fuerza necesaria para enfrentarme al mundo.

—Andrew —le contesté—, lo imagino o lo supongo, pero tú ese día no quisiste escucharme, no quisiste saber nada de mí, además de que tus palabras de hoy trasladan la personalidad de un hombre cobarde que no me esperaba que lo fuera. Mi padre siempre me decía: «Arriesga, si merece la pena, sin temer el resultado», y eso tú no lo hiciste. Nunca entendí cómo no te separaste de tu esposa y nunca más volviste a Bath para verme a mí, solo a mí, aunque luego hubieras conocido la existencia de Lili. Creo que no me lo merecía, y te pido, por favor, ahora, delante de mi familia, que me dejes ser feliz con William. Él me ha devuelto a la vida, me ha cuidado, me ha mimado, me admira, me quiere, me hace reír, y, en este momento, no tengo duda de que es el hombre al que amo con locura. Me costó quince años de mi vida superar tu ausencia, fui tu viuda más fiel. ¿No crees que ya he tenido suficiente luto por tu desaparición?

—Es verdad, Violet, perdóname —me dijo con tristeza, mientras mi madre, Lili y Poppy escuchaban colapsadas por la emoción—. No tengo derecho a pretender nada, pero quería que nuestra hija, nuestra bellísima Elizabeth, escuchara mis sentimientos hacia ti, la mujer de mi vida.

—De acuerdo. Estoy cansada, muy cansada. Subo a mi habitación, si no os importa. Y, Andrew, gracias por darme a Lili, gracias de verdad: ella es lo más bonito que he tenido en la

vida, ha sido mi estímulo y mi razón de ser durante todos estos años.

Cansada de verdad y triste, muy triste, comencé a subir las escaleras de piedra de esa preciosa casa de campo en la que había transcurrido mi vida. Abrí la puerta de mi habitación, vi la cama, nuestra cama, la de William y mía, y empecé a llorar de forma incontenible. Cerré con llave: quería estar sola, que nadie intentara entrar, ni siquiera Lili. Ahora de verdad me sentía hundida. Por primera vez habíamos estado juntos los tres, Andrew, Lili y yo, y no habíamos podido abrazarnos como una familia, no éramos una familia. ¡Con lo que había soñado con este momento! ¡Con lo que sufrí esa soledad! Andrew me había dado pena también, mucha pena. ¡Qué equivocada decisión tomó! ¡Qué inesperada huida la de esta persona a la que consideraba valiente y poco influenciable! A veces la vida te hace grandes faenas y una decisión errónea te destruye sin remedio.

Agotada y temblorosa, me tumbé en la cama, me abracé a las almohadas y seguí llorando… Ahora sí creía que se cerraba un complicadísimo y largo capítulo de mi vida y era como si el cuerpo se me dividiera en dos. No sabía si me sería posible vivir sin pensar en Andrew, tampoco sabía si William querría volver a mi lado, ni qué decidiría Lili ni lo que iba a sufrir intentando olvidar a Jack, si seguiría estudiando medicina, y si querría volver a ver a su hermano y a su padre…

La canción «Words» de F. R. David sonaba una y otra vez. Necesitaba escucharla a todo volumen, como en bucle… Era la canción con la que William y yo viajábamos en coche siempre y cantábamos a dúo. Era casi un himno en nuestras vidas, y yo solo quería oírla una y otra vez…

42

—¡Violet, Violet! Abre, por favor, ábrenos la puerta. ¡Estamos aquí las tres! ¡Queremos hablar contigo! ¡Queremos verte!

Mi madre, Lili y Poppy querían entrar. Ya llevaba encerrada tres días en la habitación, sin comer. Solo bebía de vez en cuando agua y tenía náuseas, estaba débil y deprimida, muy deprimida. Solo quería oír música, estar sola, quería acordarme de William, de nuestras canciones, de cómo nos queríamos, de cuando hicimos el amor en el desierto de Jaisalmer, en la habitación del hotel antes del infarto, de nuestra primera vez en mi casa de Londres, de su sonrisa, de sus caricias. ¿Habría sido injusta con él? ¿Le habría hecho daño de verdad? ¿Ese beso de Andrew acaso me impactó tanto como él suponía?

De repente oí mi nombre una y otra vez y noté palmadas en las mejillas. Mi madre lloraba al fondo de la habitación. Lili me besaba.

—¡Mamá, mamá!

Abrí los ojos y lo que vi era bastante preocupante. Además de mi familia, estaba el doctor Jones, nuestro médico de cabecera de Bath, tomándome la tensión, mirándome el interior de los ojos, las pupilas…

—Violet, hija mía, has abierto los ojos, ¡Violet, estamos aquí! Mi vida, respóndenos —gritaba mi madre.

Los veía, pero no tenía fuerzas para hablar, no sabía dónde estaba, no pensaba en nada, no sabía qué había pasado.

—No os preocupéis, tiene la tensión baja y está muy débil, quizás demasiado débil —comentó el médico—. Está padeciendo un *shock* emocional muy fuerte, y está también algo deshidratada, pero si empieza a tomar líquidos, se pondrá bien. De otro modo, tendríamos que ingresarla. Tenéis que darle unas gotas —dijo mientras rellenaba una receta con el nombre—, y vigilarla bien: que comience a comer poco a poco, cremas o sopa caliente, zumo de limón azucarado o mejor de melocotón, más dulce, algún té que la reanime, y que no se vuelva a quedar sola, por lo menos, hasta que tenga fuerzas y pueda ponerse de pie. Después, posiblemente, tendremos que llamar a un psicólogo o psiquiatra que nos ayude si sigue con el ánimo tan bajo.

—Pero, doctor, ella es muy fuerte —dijo Poppy—. Yo sé lo que le pasa y sé quién podría arreglarlo.

Yo les oía, pero no reaccionaba: tenía la mente en blanco y casi no podía hablar.

—Mamá, mamá —me dijo Lili—, mamá, ya está todo arreglado, no te tienes que preocupar de nada. Yo estoy muy bien, todo está bien, y quiero estar aquí contigo y dormir todos los días contigo. ¿Me dejarás, mamá? ¿Me dejarás?

Cogí la mano de mi hija y la besé. La quería demasiado y sabía que le había hecho daño, que lo que había sucedido con su hermano era de una crudeza terrible, le había fallado a ella también.

—Lo siento, Lili —dije muy bajito—, te he hecho mucho daño, te he hecho daño…

—¡No, mamá, no digas eso! Por favor, ponte bien. Necesito volver a galopar a caballo contigo, ir a ver a los potrillos y a las yeguas, que ahora tienen que parir dos… ¿No quieres ir? ¿No lo necesitas? Te vamos a traer ahora una sopita caliente y después a las gemelas, que no hacen más que preguntar por ti… Mamá, por favor, tienes que hacerme caso tú ahora a mí. Te necesito muchísimo y te admiro mucho más.

Lili y yo nos abrazamos en la cama, las dos juntas de nuevo, las dos llorábamos, y al mismo tiempo también sonreíamos. Creo que mi cuerpo y mi corazón habían dicho «basta» a la vez y había perdido el conocimiento, pero ahora estaba volviendo a la consciencia con mi maravillosa familia alrededor.

* * *

Los días siguientes no estuve sola ni un solo minuto. Dormía con Lili, y todas las mujeres de la casa, que eran muchas, pues también se apuntaron la madre de Poppy, las niñeras y las gemelas, revoloteaban a mi alrededor para animarme y darme conversación. Era indiscutible que estaba mal, nada me hacía ilusión ni tenía ganas de nada, pero comprendía que también ellas sufrían.

Al cabo de los días, decidí vestirme y bajar al salón. Aquello les pareció un avance enorme, pero yo me daba cuenta de que en mi interior se debatía una lucha que me oprimía el pecho, me creaba ansiedad y no me dejaba respirar. Tantos años queriendo ser feliz y, cuando podría serlo con cualquiera de los dos hombres de mi vida, parecía que no iba a poder serlo con ninguno de los dos.

—Violet, William llama todos los días y me pregunta por ti y por las niñas, pero sobre todo por ti. ¿Me dejas que le diga que te encuentras mal, que no estás bien?

—No, Poppy. —Se me humedecieron los ojos—. No hace falta. Sabe por qué no hablo con él por teléfono.

—Creo que estás siendo injusta, Violet. Te quiere con locura, me lo dice todos los días, pero lo que desea es que tú, y de verdad, desconectes de una vez con el pasado que os separa.

—Pero es que nunca lo haré, Poppy. Si ese pasado es Lili, eso que pretende nunca sucederá porque mi hija es mi pasado, mi presente y mi futuro.

—No, Violet. William quiere a Lili como a una hija. El pasado del que te hablo es otro, y tú bien lo sabes…

Al oír estas palabras, me abracé a Poppy, la abracé muy fuerte, quizás hasta le hacía daño, pero es que mi vida eran los dos: a William le quería con locura, pero a Andrew le había querido hasta casi morir.

—Lo sé, lo sé…, pero yo le quiero a él, de eso no tengo ninguna duda. Es que no he tenido tiempo de aprender a vivir de nuevo con Andrew en nuestras vidas y no es fácil para mí, ni para William, y supongo que para Andrew tampoco. Solo me falta tiempo, tiempo y tranquilidad… Estoy tan agotada de luchas internas en mi corazón.

Poco a poco me fui incorporando a la vida que tanto me gustaba de Grosvencer House. Cada mañana me vestía con mi uniforme de campo y, como si volviera veinte años atrás, iba con las pequeñas al vivero a coger flores para decorar los búcaros de casa. Nos acercábamos al huerto, les enseñaba a hacer mermelada —lo mismo que con Lili— y empecé a montar a caballo con

ellas. Junto a Lilibeth, cada una de nosotras con una niña, salíamos de paseo por el campo con los más tranquilos y veteranos caballos de nuestra cuadra. Así empecé a reír y ver que la vida era de nuevo bella, aunque volvía a ser una vida sin el hombre al que quería a mi lado. Volvía a hacer las mismas cosas, sí, pero sin William, sola una vez más.

Una tarde, después de comer, cuando íbamos las cuatro a la grupa de nuestros caballos, sin pensarlo y sin proponérnoslo, llegamos hasta la cabaña, mi cabaña y ahora la cabaña de Lili.

—Mamá, ¿entramos? ¿Se la enseñamos a las niñas?

—No, no, de ninguna manera. Creo que no le gustaría nada a William, vamos, lo sé seguro. Las niñas no entrarán en la cabaña, de ninguna manera.

Y cuando estaba terminando la frase, todavía a lomos de nuestros caballos, se abrió la puerta de la casita y apareció Andrew. Me quedé muda, sin hablar.

—Lili —le dije—, ¿por qué esta él aquí?

—Oh, mamá, lo siento. El otro día se la enseñé, y se emocionó tanto, lloró tanto al ver lo que habías hecho con vuestros recuerdos que me pidió si podía quedarse aquí unos días, pero creía que ya se habría marchado. Fue tan emocionante que no me pude negar y me pareció que siendo como es mi padre y esta cabaña siendo ya mía, podía hacerlo. ¿No crees?

—No lo sé. Me vuelvo a casa y tú también. No puedo volver a hablar con él, lo siento.

Andrew se me quedó mirando fijamente. Supe con su mirada que estaba conmovido con el monumento al amor que había hecho en esa pequeña casa donde tanto nos quisimos. Imaginé el *shock* que debió sufrir al verlo. Era un auténtico homenaje a nuestra relación y a nuestra hija, pero yo no podía ni quería volver a verle. Me di la vuelta sin hablar y Lili me siguió.

Cuando llegamos a casa, le pedí a Poppy que viniera a hablar conmigo a solas.

—Poppy, ¿tú sabías que Andrew estaba en la cabaña?

—Sí, Violet, tu hija le dio la llave.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —le dije enfadada—. Sabías que me iba a impresionar y que a William no le iba a gustar. ¿Por qué le dejaste allí? ¿Estás enamorada de Andrew, Poppy? Dime la verdad, porque es lo que parece. Lo llevo pensando mucho tiempo, no creas que es solo por esto: siempre actúas de manera rara cuando se trata de él, y te conozco demasiado bien.

Poppy se puso a llorar. Nuestra casa se había convertido en una auténtica reunión de plañideras. Mujeres enamoradas y desgraciadas que no sabían controlarse y que se ocultaban sentimientos unas a otras… Parecía un novelón.

—Bueno, sí y no, Violet. Lo he estado toda mi vida. Él es el hombre que te dije que estaba casado y que ni siquiera sabía que yo le quería. Me enamoré de él en el mismo momento que tú, el día que nos conocimos, aunque desde el principio supe que él estaba coladito por ti y que yo nunca tendría nada que hacer. Cada día que tú le veías y me contabas lo que hacíais, lo que reíais, las poesías que recitabais, me enamoraba también yo un poco más de él. Andrew me impactó igual que a ti, supongo, y nunca tuve la suerte de encontrar a nadie parecido.

—¡Oh, Poppy, por favor, esto es un dramón!… ¡Esto parece una novela mala y rebuscada!

—No te preocupes, yo le sigo queriendo, pero a mi manera. Sé que nunca voy a estar con él y ni se me pasa por la cabeza decirle nada. Lo tengo asumido. Pero me ha hecho también mucho daño volver a verle. Reconozco que me ha gustado que viniera, y aunque estoy acostumbrada a vivir sin la persona a la que quiero, verle me ha emocionado.

—Poppy, no sé qué decir…

—Nada, Violet, no tienes que decir nada. Me has ayudado siempre mucho, me has involucrado tanto en tu vida, ¡tanto!, que a Lili la quiero también como si fuera hija mía, y tú me lo has

permitido y te estaré siempre agradecida. Nunca he encontrado a otro hombre que me hiciera olvidar ese amor platónico de juventud, así que me he acostumbrado a vivir así y ya soy bastante feliz. Creo que tú has sufrido mucho más que yo, Violet, aunque envidio que hayas tenido a Lili con él. Pero como esta niña también se ha convertido en la razón de mi vida, me siento plena con ello. ¡Que sepas que cuando Lili tenga un niño me sentiré también como su abuela!

—Poppy, abrázame, lo siento tanto por ti… Desde hace tiempo lo pensaba. Hablabas demasiado bien de él, con admiración, con amor. —Poppy y yo nos abrazamos. Ahora éramos las protagonistas de una nueva novela trágica y triste, pero el saber que ella sufría empezó a darme fuerzas para olvidar mis desgracias y apoyarla—. Poppy, ahora somos dos desgraciadas que nos tenemos que ayudar mutuamente. —Y comenzamos a reírnos abrazadas como dos niñas pequeñas, como siempre habíamos hecho desde que nacimos, siempre juntas.

—Solo te pido una cosa: si tienes el valor suficiente, si te ves capaz de hacerlo, acércate a la cabaña y dile, por favor, que se vaya, que tenemos que empezar todos una nueva vida. Que cuando pasen muchos muchos años, y no nos duela ni a ti ni a mí, ni, por supuesto, a William —apostillé— quizás pueda volver a esta casa, pero ahora no.

—¡Lo haré, claro que sí! ¡Creo que es lo correcto!

—Y, por favor, coméntaselo antes a Lili. No quiero contrariarla, pero haz que lo entienda. ¿De acuerdo, hermanita?

—De acuerdo. ¡Te quiero, Violet!

* * *

—Violet, Violet —me llamó mi madre—, Violet querida, ¡acabo de ver en televisión que a William le han nombrado ministro de Asuntos Exteriores!

—Pero ¿qué dices, mamá? ¡No puede ser verdad!

—Ven, estoy en mi dormitorio. Ha salido en vuestra casa de Nueva Delhi, en el jardín, donde recibisteis a los príncipes. Está guapísimo, muy bien vestido, con traje y corbata ,y tan atractivo… Violet, es un hombre maravilloso…

Le vi y me emocioné. Todas las cadenas ponían el momento en que él aceptaba el cargo y agradecía a su majestad la reina y al primer ministro su confianza. Y hablaban de mí, su fabulosa y bella esposa, y de sus niñas, y pusieron el vídeo en el aeropuerto de cuando recibimos a los príncipes de Gales…, y volví a llorar como una loca. Me abracé a mi madre y oí cómo William, en su encuentro con la prensa, decía que todo se lo agradecía a su esposa, una mujer tan preparada como especial y con la que había formado una familia maravillosa.

—Mamá, mamá. Creo que le pierdo para siempre: a mí esa vida no me gusta nada, no va conmigo. A mí me gusta mi vida aquí. Siempre he luchado por ella.

—Pero, Violet, si nadie sabe quiénes son las mujeres de los ministros. ¿Acaso le pones cara a alguna? Yo no tengo ni idea de quién era la que ahora se va para que entres tú. Además, es la profesión de tu marido, que, por cierto, no puede ser más brillante.

—Sí, eso es verdad.

—Esto es un trabajo y un cargo político importantísimo para William. Le encumbra y le hace fuerte. Y está tapando muchas bocas maliciosas que pensaban que casándose contigo se dedicaría a la *dolce vita.*

—Lo sé, es verdad también, pero a mí me destruye lo que había imaginado para mi futuro.

—Pues, como diría tu padre, reorganiza tu futuro de otra manera y ¡hacia adelante! Tienes la obligación de dejarle crecer si él lo quiere así, y tú, por tu lado, harás lo que te dé la gana, como siempre has hecho. A ti, tanto él como yo, sabemos que no te vamos a parar.

Sonreí. Era verdad. Quizás estaba siendo demasiado egoísta, pero la política me parecía un trabajo tan sacrificado, tan poco atrayente…, siempre viajando de un lado a otro, alejado de la familia, sin fines de semana libres ni casi vacaciones, por no hablar de la prensa despiadada. Además, él había aceptado sin pedir mi opinión, o quizás, pensé en ese momento, me lo quiso decir, y como no me puse al teléfono…

—Mamá, ¿entonces vendrá pronto a Londres? Quizás esté a punto de llegar…?

—Violet, nunca te hubiera preguntado nada de tus sentimientos personales. Hace unos años para mí era tabú hablar de esto con nadie, y más con mi hija, pero ahora o lo hablamos o buscamos un psicólogo que te ayude. Según te encuentras, delgada, con ojeras, desmotivada, no vas a poder dar la cara a esta nueva situación. Tienes que decirme la verdad, Violet: ¿William ha tenido razones auténticas para sentir esa inseguridad y celos que siente con Andrew?

—Sí, mamá, sí, claro, ya te lo dije. Andrew me besó y yo me dejé besar. Fue un beso largo y auténtico, y se lo tuve que contar a William un día que enloqueció, literalmente hablando. Encima, cuando nos conocimos, yo le dije que estaba completamente enamorada del padre de mi hija y que no tendría nada que hacer, y por lo visto esas palabras retumban en su cabeza como un odioso martillo. No las olvida, y eso le hace perder seguridad en nuestra relación. En realidad, a veces cree que estoy con él porque no he podido estar con Andrew…

—¡Oh, pobre William! Es lógico, él te quiere demasiado, pero, Violet, ¿sigues enamorada de Andrew? Tienes que pensarlo y decirte a ti misma la verdad. Eso es lo único que te ayudará a liberarte de estas cadenas y a partir de ahí actuar con propiedad.

—Mamá, me lo pregunto todos los días. —Me puse a llorar abrazada a ella—. Sé que quiero con locura a William, que es con quien quiero estar y al que echo tanto de menos, pero cada vez que veo a Andrew se me remueven los recuerdos. Date cuenta de que para mí es una historia mal terminada, con mucho dolor y también mucho amor. Sé que ya no le quiero, que quiero a William y siento una enorme decepción con Andrew por su manera de actuar. A veces hasta me parece que ya no es el mismo, que su carácter se ha agriado y no me recuerda al hombre romántico y encantador del que me enamoré, pero, mamá, le quise con locura, como solo se quiere con dieciocho años, y eso tampoco se olvida, sobre todo si después te abandonan por otra mujer.

—Lo sé, hija mía, qué difícil. ¿Te parece que busquemos un psicólogo? Creo que necesitas ayuda más que nada para que te hagas fuerte en la decisión que tomes. —Mi madre, de repente, se había vuelto una fabulosa asesora y sabía de qué hablaba y lo que tenía que hacer, por no mencionar su aparente aceptación de la posibilidad de mi ruptura con William.

—Pues si crees que lo necesito, me parece bien, aunque preferiría que fuese una mujer, una doctora: me sentiré más cercana, más a gusto. Pero, mamá, ¿cómo sabes tanto de esto? Nunca creí que fueras tú la que me pudieras ayudar en este momento tan delicado.

—Hija mía, yo también he vivido situaciones límite, no creas que mi vida ha sido como parecía. Pero déjalo, eso es otro tema. Ahora solo nos preocupas tú y que te recuperes. —Me abracé entonces con fuerza a mi madre, a Sophie, a la severa duquesa de Grosvencer, y empecé a pensar que ella también había sufrido, que seguramente la relación de mi padre con Emily no era tan desconocida para ella ni tan esporádica, que la existencia de una posible hija había llegado a sus oídos y que también lo habría sufrido en soledad. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Mi madre

no había sido una mujer objeto, como parecía, sino una mujer de carne y hueso que había estado obsesionada por «el qué dirán» precisamente para que nadie dijera nada de mi padre. Si era cierto lo que estaba pensando, tenía una madre de hierro, no de porcelana inglesa, como siempre había creído, y que había tenido que aguantar demasiado debido a la terrible hipocresía de la época.

—Mamá, tengo que hablar contigo de ti, de tu vida. No sé nada de ella. Siempre he creído que habías sido «la niña de papá», feliz y enamorada y convencida de que la opinión de los demás era la correcta.

—Violet, ¡pero si la niña de papá eras tú! Tu padre bebía los vientos por ti. Él siempre fue un hombre bueno, cariñoso y muy generoso, pero a veces tuvo que arrepentirse de cosas que yo, como comprenderás, hice creer a los demás que no conocía. Ya sabes de qué te hablo, es un suceso que tú ya conoces. La vida siempre es complicada, nunca es sencilla para nadie; distinto es hacer creer a los demás que lo es. Pero, vamos, hija mía, anímate, llamemos a William. Es apasionante lo que estamos viviendo. ¡Un ministro del Gobierno de su majestad en la familia! ¡Qué honor!

—Mamá, no le voy a llamar, ni me voy a poner si llama por teléfono. Esto es cosa nuestra. Estoy deseando verle y quererle y tenerle a mi lado, pero, o vuelve completamente convencido de que le quiero solo a él o no podemos seguir juntos: estamos sufriendo demasiado los dos.

—Mira, Violet, mi época era terrible para tener una relación de «tú a tú» con tu marido. Nunca hubiera podido hacer lo que tú estás queriendo que haga William. Ahora es mucho mejor, seguro, pero soy mayor y con más experiencia, y sé que tensar demasiado la cuerda no es bueno ni para un matrimonio ni para los hijos y los amigos. Te conozco bien y sé que quieres de verdad a William. Mi consejo es que tú también luches por él. No sé qué tendrás que hacer ni cómo lo podrás arreglar, pero a él le falta muy poquito para rendirse en tus brazos. Te llama todos los días, mañana y tarde y nos ha dicho que llegará a Londres en veinticuatro horas. Así que, pequeña —dijo mi madre y me besó—, prepárate para volver a verle. Es tu marido, te ha dedicado su discurso, te ha dado las gracias por ayudarle. Te aconsejo que, por lo menos cuando tenga que tomar posesión en Downing Street, estés a su lado, y después lo hablaréis con más tranquilidad.

—No creo, mamá, no puedo estar justificándome siempre por haber tenido una vida anterior. Creo que el problema lo tenemos los dos, pero lo tiene más grave él.

—Bueno, Violet, es mi yerno, le quiero como a un hijo, le admiro mucho y yo, por lo menos, sí estaré allí. Ya te digo que he cambiado y he aprendido que hay que hacer lo que te dicta el corazón. Estoy cansada de lo que dictan los demás.

—Pero, mamá, ¡cómo has cambiado! Me encanta que seas ahora así, más abierta y más comprensiva.

—Lo que más siento es que tu padre no me haya conocido así: le hubiera encantado. Ahora voy a tomar el té con amigas a la ciudad, a las cafeterías, jugamos al *bridge* y hasta me piropea algún que otro madurito. Habrás visto que ya no me pongo los cursis y clásicos vestidos de siempre. —Se rio con ganas—. Ahora intento ir como tú, pero con mi edad. Mira, Violet, para mí tú eres ahora mi inspiración, y quiero hacer cosas nuevas y tener ilusión; como has vuelto con nosotras a Bath, me apunto a ayudaros en el huerto o en las oficinas. Estoy cansada de no servir para nada.

—¡Mamá, es genial, genial! ¡Me encantas! ¡Esto es una enorme alegría! Claro que sí, serás nuestra secretaria de administración. Yo soy la presidenta, Poppy, vicepresidenta, y tu trabajo será trasladar al papel y dar fe de todos nuestros movimientos, avances, inversiones. ¿Sabrás

hacerlo? Además, nos ayudarás a sembrar y a hacer mermeladas, que eso ya es la marca de la casa.

—Violet, estaba deseando que llegaras para incorporarme en algo a tu vida. Sé que te he hecho daño, que he sido poco comprensiva y te lo puse muy difícil y que, en parte, por mi culpa, has sufrido mucho, pero ya no te defraudare más. Te lo prometo.

Era asombroso, pero era verdad. La duquesa viuda de Grosvencer no quería volver a Londres, quería vestir con pantalones de pana y calzar botas de goma para trabajar en el campo y, además, le importaba muy poco lo que pensaran de ella. Se había obrado un milagro… Solo faltaba que bailara con los Beatles, los Stones o Michael Jackson.

—Mamá, ¿William ha dicho si irá a la casa de Londres a vivir?

—No, cielo, no quería decírtelo. Se ha empeñado en no darnos trabajo y dice que irá a un hotel cercano al Foreign Office, que sin ti no va a tu casa.

—¡Pero qué trabajo si la casa es suya! ¡Es su casa!

—No, Violet, si no estás tú, es lógico que no la sienta como suya, y más estando como estáis. Es una muestra más de su honradez y una evidencia de que no se casó por tu dinero, sino por ti… Creo que te quiere demasiado.

Esa decisión de William de no ir a nuestra casa me derrumbó. De nuevo subí a mi cuarto desanimada y recordando una frase que me dijo una vez: «Mi casa está donde estés tú. En un palacio, en un pueblo, en una cabaña… Tú eres mi casa y es, por supuesto, la casa más bonita del mundo. Tú eres mi hogar, tú eres donde yo quiero estar». Era un hombre íntegro, ¡y le echaba tanto de menos!

43

—Hola, Emily, buenos días —dijo Maggie Turner, cuando, como casi todas las mañanas, Emily llegó a su casa para ayudarle con su hija.

—Buenos días, ¿cómo ha descansado hoy? ¿Y Stella?

—Bueno, querida, no sé qué decirte. De nuevo está fatal. Ha leído que a William le han nombrado ministro de Asuntos Exteriores, y todo ha vuelto a su mente y a su corazón, y se han removido los sentimientos que guarda como un envenenado tesoro. Yo creo que algún día no aguantará y sufrirá un infarto.

—No diga eso, lady Turner. Vamos a la habitación y entre las dos conseguiremos animarla. Usted sabe que todas las personas tenemos que sufrir y, de hecho, tanto usted como yo somos una muestra de ello, pero hay que aprender a reírse de las tragedias eternas. Si no, ellas podrán con nosotras.

—Sí, estoy de acuerdo, pero ni usted ni yo estamos postradas en una cama o en una silla de ruedas el resto de nuestras vidas.

—Es verdad, tiene que ser terrible. ¡Pues hoy mismo saldremos a la calle e iremos a Harrods! Que Stella se compre un jersey bonito o algún libro que le interese. La librería de allí es una de las mejores de Londres. Aunque se empeñe, no la podemos dejar que siga aquí encerrada y sin ver a nadie.

—Bueno, Emily, no sé ella, pero yo tengo que agradecerle que usted me dé la vida. Desde que nos acompaña, estoy más alegre y mi vida es más real. Antes solo veía por los ojos de mi hija, todo tristeza, horror. Estábamos las dos en un bucle terrible y desolador… Ojalá consigamos animarla. Vamos, si le parece, a su cuarto.

—¡Buenos días, Stella! ¿Qué tal has dormido? —le preguntó Emily nada más entrar en la habitación.

—Pues, como siempre…, mal y regular. ¿Acaso ves algo bueno en mi vida? ¿Te has enterado de que a William le han nombrado ministro de Asuntos Exteriores?

—Sí, sí, lo sé, pero no lo digas en ese tono, no te pongas así. Este hombre se lo merece todo. Es buena persona, y tú lo sabes bien. Ya lo hemos hablado muchas veces y hemos llegado a comprender que nada fue culpa suya y que nunca te prometió nada que no cumpliera. ¿No es así?

—Sí. —Admitió con tristeza—. ¿Por qué no puedo olvidarle? ¿Por qué le sigo queriendo y por qué le sigo odiando?

—Stella, pues porque tu historia será siempre una historia inacabada. El destino te cortó las alas siendo muy joven y no pudiste nunca levantar el vuelo del amor, ni con William ni con nadie. Seguramente, si no hubierais tenido el accidente, tú ahora serías la esposa de otro hombre y la madre de dos o tres niños. Y no odiarías de la misma manera a William. A lo mejor incluso

estaría en tu grupo de amigos y gozaríais de vuestra compañía. No sé…, las cosas suceden y suceden, y a ti te ha tocado la parte más dura.

—Puede ser, pero para mí es una obsesión que me ha amargado el carácter, que me ha hecho muy infeliz y, a la vez, he amargado a mi madre.

—Bueno, Stella, hoy, para alegrarte el día, nos vamos a ir a Harrods, o a Liberty o a una librería a buscar libros. ¿Qué prefieres? Así tu madre podrá salir y nosotras buscaremos con qué entretenernos el resto de la semana.

—No me apetece nada, pero ya he cambiado tanto y estoy tan distinta, fea y envejecida que puedo salir tranquila porque nadie me reconocerá. Prefiero Harrods, será más divertido.

Empezaron con la difícil «parafernalia» de sacar a Stella de casa. Violet había puesto todos los medios necesarios para que, si así sucedía, viniera un mecánico a recogerlas con un coche adecuado a la silla que tenían que transportar. El conductor llegó enseguida. Entre lady Turner y Emily vistieron a Stella, la abrigaron bien, le pusieron una manta escocesa sobre sus piernecillas, ya muy delgadas por la falta de musculatura, y entre el chófer y Emily la colocaron en el interior del coche. Se sentaron no sin esfuerzo y algunas risas, y Maggie también ocupó su sitio. Salían pocas veces, no había mucho ánimo en la casa para ello, pero, cuando lo hacían, era como un soplo de aire fresco en la vida tan triste y sin futuro de estas dos mujeres.

—Gregory, por favor, ¿nos acerca a los almacenes Harrods? Ya sabe, a la puerta más cercana a los ascensores —pidió Emily al conductor—. Será la mejor manera de subir a la planta de… ¿A cuál quieres ir Stella? ¿Cuál te apetece más?

—Pues creo que a la librería y a la de música. En realidad, es lo que más nos entretiene ahora, ¿no? Emily, tengo que reconocer que desde que vienes a casa la lectura me ha proporcionado a veces esas «alas» que dices que se me cortaron de joven —le dijo Stella en un acto de sinceridad y optimismo muy excepcional—. Leer me hace evadirme y vibrar y suspirar con el amor de los protagonistas.

—Efectivamente, Stella, así es… ¿Qué crees, que yo no vivo igual que tú de esas ilusiones románticas de los libros? Ya ves, tengo dos piernas que se mueven muy bien y muy rápidamente, pero nadie que me mire a la cara.

Stella se rio a carcajadas. No era muy frecuente que eso pasara, pero ese día estaba más animada. Su madre, al ver a su hija tan motivada, le dio la mano a Emily y se la apretó.

—¡Bueno, pues ya hemos llegado! —exclamó Emily—. Empezamos la aventura de bajar del coche. De nuevo todos a las órdenes de Gregory para poner a Stella en el lugar más adecuado para subir a la planta de los libros. ¡Un, dos, tres! Ya está. Stella, ya lo has conseguido. Ahora empápate de todo lo que vean tus ojos y así a ver si te animas a que salgamos más.

—Emily, mil gracias, querida, estás haciendo que por unas horas encuentre que mi vida resulte algo entretenida e interesante.

—Por supuesto, y luego, cuando volvamos a casa, escucharemos la música que compremos y leeremos y comentaremos el libro que hayas escogido. Si la vida no nos da lo que queremos, podemos encontrarlo en el interior de un libro. No es lo mismo, de acuerdo, pero ayuda.

Las tres soltaron una carcajada.

Y así, animadas por los comentarios de Emily, subieron a la segunda planta. La librería/biblioteca de Harrods era maravillosa, algunos de los libros eran auténticas obras de arte. Naturalmente, Stella quiso ir a las novelas románticas de ficción y a las biografías.

—Stella, tú y yo somos iguales: nos morimos con una buena historia de amor que nos haga llorar y suspirar, ¿verdad? A veces creo que las mujeres somos masoquistas.

—Sí, Emily. —Se rio—. Tienes toda la razón, a mí también es lo que me gusta leer. Me traslada a vivir la vida de los protagonistas y lloro y río y me aterrorizo, y grito y me conmuevo…

—Bueno, pues vamos viendo a ver la que te apetece. Aquí están las de amor. Narrativa romántica pone el rótulo. ¿Páramos aquí? ¿Te parece?

—Perfecto, Emily. Voy a mirar. No te preocupes, me puedes dejar aquí sola un buen rato. Yo moveré algo la silla con la poca fuerza de mis brazos, si es que quiero moverme. Ojearé cada libro que me interese. Ya que estoy aquí, pienso comprarme por lo menos un par de ellos, y algo de música.

—Bravo, Stella, así me gusta.

Emily se dirigió hacia donde estaba lady Turner, una mujer mayor, destruida por el sufrimiento de su hija durante tantos años y por la soledad en que se había quedado tras perder a su marido. Sus otros dos hijos no habían querido ocuparse nunca de ellas y mucho menos acompañarlas algún día en el té o en el almuerzo. Cualquier cosa a estas buenas damas les hubiera dado fuerzas, pero la soledad había sido su constante compañera.

—Lady Turner, veo hoy muy bien a Stella, ¿verdad?

—Sí, es que usted obra siempre algún milagro. La idea de hoy nos ha salvado de una jornada de lágrimas y desesperanza, estoy segura. Después de leer el nombramiento de William ha empezado a pegar gritos y a sollozar. Menos mal que estaba usted ya cerca…

—¡Cómo me alegro! Mírela, está donde las novelas de amor. —Al mirar hacia ella, vieron que intentaba dar marcha atrás su silla de ruedas y de reptente se le cayeron los libros que tenía en sus rodillas. Entonces se dieron cuenta de que miraba a lo lejos, a un señor con traje…, elegante.

—¿Qué le pasa a Stella? Está muy nerviosa… Está como hipnotizada mirando hacia el frente, a un caballero. Yo no le reconozco, ¿y usted?

—Sí, Emily, no puede ser otro. ¡Qué mala suerte! Es William. ¡Oh, pobre hija mía! Tenemos que ayudarla. ¡Vamos, vamos con ella! Emily, usted la conoce. Distráigala, por favor. Nada bueno saldrá de este encuentro.

Efectivamente, era él, era William. Desde lejos y como no lo esperaba, Emily no lo reconoció, pero Stella vio enseguida al hombre de su vida, con el que todavía soñaba cada noche. Pero William no se percató de la cercanía de Stella semiescondida tras una columna, y él, después de comprar unos cuentos infantiles, sin duda para sus hijas, se dio la vuelta y se marchó. No hizo falta la intervención de Emily.

Stella seguía petrificada, medio escondida, con la mirada perdida. Parecía un pájaro herido de muerte.

—Stella, nos vamos, ¿te parece? —dijo Emily, casi sin esperar respuesta.

—Sí —dijo lady Turner—, mejor volvemos a casa. Hija mía, estás muy blanca, parece mareada. ¿Quieres que te traiga algo?

—No, mamá, vámonos a casa. ¡No quiero nada, no quiero nada! —gritó en un desesperado y silencioso lamento—. ¿Es que no puedo ser feliz ni una sola hora de mi vida?

—Pero ¿qué ha pasado Stella? —preguntó Emily como si no supiera nada, para ver si quería comentarlo y hablar de ello.

—Nada, Emily, no merece la pena que lo hablemos, no pasa nada una anécdota más. Llévame a casa, por favor, no aguanto este tumulto de gente. Me estoy poniendo muy nerviosa.

Cuando llegaron a casa, la tragedia ya había comenzado a palparse en el ambiente. Stella era un mar de lágrimas, gritos y sollozos sin un final. Quiso tumbarse en la cama de nuevo y que la

dejaran sola en la habitación. No quería ver a nadie ni que estuvieran junto a ella. Lady Turner estaba con el rostro desencajado. Ya no podía más, estaba agotada. Sabía que nada iba a curar a su hija, y también Emily empezó a creerlo.

Stella sufría a diario su minusvalía, pero Emily había comprobado, después de estar junto a ella los últimos meses, que lo que la volvía loca, lo que no podía soportar eran las secuelas del accidente en su rostro. Enamorada como seguía del capitán, era lo que más le dolía, lo que no le dejaba aceptar que la tranquilidad llegara a su vida. Y aquel día los recuerdos volvieron: empezó a revivir la tragedia, el resentimiento hacia William cada minuto que pasaba era mayor, y pensar en esas niñas, sus pequeñas hijas, fruto de su amor con Violet, la dejaban sin aire en los pulmones.

—Lady Turner, ¿qué podemos hacer? ¡Qué rabia! ¡Con lo bien que lo estaba pasando! ¿Le adelantamos la pastilla para dormir?

—Sí, Emily, sí, pero está claro que estamos destinadas a esta vida, una vida que desde luego ni a ella ni a mí nos merece la pena.

—No diga eso… ¡Eso nunca! —exclamó Emily con fuerza mientras la miraba con cariño y pena.

—Emily, se puede decir que la pobre Stella está desequilibrada. Las pastillas no le hacen el efecto que se pretende, y yo ya soy una anciana, estoy mucho peor de lo que a mi edad tendría que estar. Mire, Emily, váyase ahora, descanse. Stella va a caer en el mutismo, la conozco bien, no va a querer vernos. Mañana sí que me gustaría que volviera a casa si puede. Usted es la única que nos anima. Le agradeceré toda la vida lo que está haciendo por nosotras. En esto William acertó. —No sabía que había sido idea de Violet—: Que pensara en usted ha sido un regalo para nuestras vidas.

—De acuerdo entonces. —Esa tarde Emily besó en la mejilla a lady Turner. Le produjo mucha tristeza verla tan sola ante la tragedia—. Mañana sin falta aquí estaré —le dijo. Sabía que el resto del día y de la noche no iba a ser tranquilo, sino que de nuevo iban a volver los celos, miedos y odios que en el corazón de Stella se unían para crear a su alrededor la tormenta perfecta.

* * *

William volvió a llamar a Grosvencer House. De nuevo Poppy le dijo la misma frase de siempre:

—Violet no se quiere poner. ¿Te llevamos a las niñas a Londres? ¿Las quieres ver? Nosotros te las acercamos a donde quieras. ¿Quieres que quedemos en la casa de Belgravia?

—¡Poppy! —contestó hecho una auténtica furia—, ¿no te parece que ya está bien, que tu amiga se está pasando conmigo?

—William, no sé lo que sucede entre vosotros. Bueno, algo sé, lógico. Ella lo único que quiere es que tu estés completamente convencido de que ella solo te quiere a ti. Por lo que me cuenta, estáis sufriendo los dos, y ya no lo puede aguantar más. Pero, William, yo también quiero ser sincera contigo, y eso que tengo prohibido que hable de sus sentimientos. Violet está destrozada sin ti. Está muy delgada, tiene depresión, y tras el encuentro con Andrew para resolver el problema de sus hijos, se encerró en la habitación más de tres días, sola, sin comer y sin querer ver a nadie y con la música a todo volumen… Nosotras detrás de la puerta todo el día escuchando «My Sweet Lord» y «Words». ¿Tienen sentido para ti estas canciones?

Se hizo un silencio largo al otro lado del teléfono tan largo que parecía que ya no hubiera nadie…

—Sí, Poppy, sí, tienen todo el sentido. —William se quedó callado de nuevo. Solo se oía su respiración agitada: seguramente se estaba emocionando demasiado—. Tienen todo el sentido. Son nuestras canciones. Ella me está echando mucho de menos, a pesar de haber estado con Andrew. Poppy, esto que me dices me llena el corazón de emociones y, sobre todo, de pena. ¡Creo que he tratado duramente a Violet, que he sido injusto con ella!

—William, eso, aquí, lo sabemos todos. Solo vive pensando en ti, casi no quiere estar con las niñas, a pesar de que se esfuerza ahora por hacer vida normal. Que sepas que tuvimos que tirar abajo la puerta de vuestro dormitorio para entrar, pues ya nos daba miedo su salud. La encontramos desmayada en la cama, en posición fetal, muy delgada, delgadísima, y el doctor nos avisó de lo peligroso que hubiera sido para ella permanecer así más días.

—Poppy, ¿qué me estás diciendo?

—Sí, William, seguramente la pobre Violet entró en un bucle de terror pensando que de nuevo había sido abandonada, que iba a tener que criar a sus hijas sola, como ya le había pasado con Lili. Bueno, eso es lo que yo creo. Ha sido terrible.

—Por Dios, ahora mismo voy a Bath, aunque no pueda acudir a la toma de posesión, no me importa nada. Creo que he hecho fatal las cosas, he sido muy egoísta.

—No, William. Ella está superorgullosa de ti, ¡y no digamos lady Sophie! Está como un pavo real. William, tú ahora céntrate en lo tuyo y después, dentro de unos días, o al día siguiente de aceptar el cargo, vienes por aquí. Así la iremos preparando. El psiquiatra le ha recetado unas pastillas que la animarán, seguro.

—¿Un psiquiatra?

—Bueno no, una psiquiatra. Ella quería que fuera doctora, se sentía más a gusto.

—Pero ¿Violet está tan mal? Creo que no podré perdonarme nunca lo que he hecho.

—William, eso no lo pienses. Solo dice que tienes razón en todo, que has actuado con lógica y que ella es la que lo tenía que arreglar, pero desde aquí mismo te digo que, si tenías alguna duda, puedes borrarla de tu pensamiento. Ella solo te quiere a ti, y creo que demasiado. No ha estado ni un minuto sola con Andrew, le habló lo justo y siempre de la mano de Lili, que también sufría, y mucho. A los pocos minutos, tras presentarle a Lili a su padre, momento tremendo, por cierto, le resumió escuetamente lo que estaba sucediendo y le dijo que se iba a su habitación, que a su marido no le hacía gracia ese momento, y entonces fue cuando subió sola, sin fuerzas y tristísima y se encerró durante más de tres días en vuestro dormitorio.

—Poppy, soy un auténtico miserable. Quiero con locura a Violet, es una mujer increíble, y por mis celos por poco pierde la vida, ¿es así?

—No tanto, no exageremos, pero casi. Ha estado muy mal y sigue muy deprimida. Le haces falta tú, pero sin dudas, sin obsesiones.

—A lo mejor quien tiene que ir al psiquiatra soy yo.

—Bueno, pues bien podría ser que te viniera fantástico. —Poppy se rio—. Pero con que esteís juntos estoy segura de que lo arreglaréis. Habéis tenido la suerte de encontraros, de gustaros, de quereros, hasta de casaros… ¡Por favor, no lo fastidiéis ahora con bobadas!

—Tienes toda la razón. Mañana mismo iré a Bath y espero poder verla. ¿Crees que me recibirá? ¡La necesito tanto y me da tanta pena por lo que estamos pasando!…

—Espero que sí, William. La verdad es que te esperamos aquí con mucha ilusión, aunque ya sabes que ella no se quiere poner al teléfono. Pero está bien. Le diremos que vienes a ver a las niñas y a Lili, y que sepas que, en estos momentos, hasta Lili te necesita como a un padre: también para ella está siendo tremendo por lo que está pasando.

—¡Oh, Lili, con lo que yo la quiero! Pero, Poppy, ¿tú me entiendes en este asunto? Era algo que tenían que arreglar ellas solas, juntas, y que decidieran lo que tuviera que ser. Yo, en esta ocasión, debía estar lejos.

—No lo sé, William, para Violet ha sido muy duro… Está siendo muy duro, te diría que insoportable.

William colgó el teléfono destrozado. Quería coger el coche y llegar cuanto antes a Bath. Quería estar con Violet y, aunque al día siguiente tenía que estar en el ministerio para preparar su discurso y su nuevo equipo, decidió que tenía que irse, que no podía dejar a Violet sola ni un minuto más y que al día siguiente nada más levantarse —ya era de noche— se iría a encontrase de nuevo con su familia, a pedir perdón a su mujer, a lo que hiciera falta por conseguir estar de nuevo con ella.

En ese momento dejó su habitación del hotel y cogió un taxi. Le dio la dirección de una floristería que a Violet le encantaba y cuando llegó encargó el más precioso ramo de peonías rosas.

—¿Podrían estar mañana muy temprano en Bath, por favor? —preguntó William

—Sí, no se preocupe, será con gastos de urgencia, pero podríamos entregarlo. ¿A qué hora quiere que lleguen?

—A las nueve de la mañana, ni un minuto más tarde. Yo le pagaré lo que sea necesario y necesito que lo adorne con unas ramas de violetas. Si me da unos minutos, le daré la carta que tienen que acompañar a estas flores.

—De acuerdo, señor, no se preocupe por el tiempo. Aquí, en esta mesa, puede escribir con tranquilidad.

William sacó la pluma del bolsillo interior de su chaqueta y comenzó, nervioso y casi con el corazón en la boca, a escribir lo que tanto le hubiera gustado decirle a Violet desde hacía tiempo y lo que ardía en deseos de decirle mientras la abrazaba.

Queridísima Violet, mi adorada piernas largas:

¿Te acuerdas del primer ramo de peonías que te envié a tu casa de Londres cuando solo con verte aquella mañana en palacio me volviste loco de amor? ¿Y del segundo ramo de esta misma flor que recibiste en Bath la primera vez que, por fin, pude ir a verte a tu «reino» de Grosvencer House? Pues ahora te las vuelvo a enviar para que me perdones, olvides mis dudas y vuelvas a recibirme en tu casa como el hombre que más te ha admirado y te ha querido siempre. Junto a ti, lo sabes, he conocido el amor de verdad, y no es una frase hecha, es una realidad que me deja sin respirar cada vez que pienso en ti.

Violet, eres una persona única, y yo, torpe de mí, no he sabido madurar y admitir que en tu vida también podría haber otras personas y otras circunstancias y que al igual que yo tienes una vida anterior que tengo que respetar. Siempre me consideré una persona inteligente que gestionaba bien los problemas y conseguía crear a mi alrededor una especie de armonía donde se «podría solucionar todo», pero contigo he perdido los papeles.

Violet, perdóname. Nunca más dudaré de ti, ni de tu amor hacia mí ni de tu honorable manera de ser ¿Cómo he podido ser tan estúpido? Solo quiero que sepas que sin ti la vida no tiene ya ningún sentido. Déjame estar a tu lado para quererte, ayudarte, cuidarte y admirarte como solo tú te mereces,

He sido un hombre torpe y desquiciado, no puedo dar otra explicación a mis actos. Quiero vivir contigo, dormir contigo, hacer el amor contigo todos los días, cada noche o cada

mañana, quiero reírme contigo, como lo hacíamos por cualquier cosa, quiero soñar contigo, en el desierto, en la cama de un tren desvencijado y estrecho como en el que fuimos a Jaisalmer. Violet, la vida contigo es vida con mayúsculas. Es una vida apasionante, es una increíble noria que sube y baja, es una vida tan bella como tú, es de color verde como tus ojos, es divertida como tu sonrisa, es alegre como tus carcajadas, es bondadosa como tu corazón, los días son largos y cálidos como tus preciosas piernas y las tardes son sosegadas si me recuesto en tu hombro mientras me hablas.

Violet, te quiero con el alma. No puedo esperar más, quiero verte y abrazarte y besarte y quererte y hacerte el amor.

Recíbeme de nuevo en tu «reino», Violet. Si quieres, desde hoy mismo podremos estar los cinco juntos en Grosvencer House, en tu casa, en tu territorio, donde a ti te gusta vivir, junto a Palace y Dama y donde volveremos a hacer mermeladas y recolectaremos zanahorias y berenjenas.

Mi casa eres tú y está donde estés tú.

Perdóname… Te adoro,

William

El capitán, y casi ministro de Exteriores, le dio la carta en un sobre cerrado al encargado de la floristería.

—Por favor, mañana por la mañana sin falta, ¿correcto?

—Por supuesto, señor… ¿No es usted el próximo ministro?

—Sí, así es. Le pido encarecidamente que las flores lleguen allí mañana temprano. Son para mi esposa. Muchas gracias.

—Sin problema. Allí estarán.

William se quedó más tranquilo. La conversación con Poppy le había hecho recapacitar e imaginar el estado en el que posiblemente se encontraba Violet, la mujer a la que quería con locura.

Ahora todo le empezaba a parecer un despropósito y se juró a sí mismo no volver a pensar nunca en Andrew; después de darle una soberana paliza en el aeropuerto, empezó a reconciliarse con la vida. Se sintió mucho mejor, sin duda era su asignatura pendiente. Los puñetazos en aquella sala de control le sirvieron, por lo menos, para limpiar, a su manera, su honor y el de su esposa.

* * *

Mientras, en Grosvencer House, yo recibía cada día la visita de la psiquiatra, que, con mucha profesionalidad y bastante dulzura, me ayudaba a salir adelante.

—Violet, tú ya me necesitas muy poco —me dijo la doctora—. Lo que tú necesitas de verdad es estar con tu marido y punto. Ya has solucionado, más o menos, los graves y delicados problemas a los que has tenido que enfrentarte. Andrew no tiene por qué volver a aparecer, has aceptado cada etapa de tu vida y solo tienes que empezar a ver las cosas con optimismo, como hacías antes, en vez de con tristeza. Creo que tu mejor medicina tiene nombre y se llama William.

Sonreí, yo también lo sabía, y con solo evocarlo mi cuerpo sufría un estremecimiento. Un escalofrío me recorría desde el cabello hasta el último huesecillo.

—Posiblemente sea verdad, doctora, pero necesito que él me respete y no dude de mí.

—Por supuesto, eso es lo principal. Creo que los dos tenéis razones contundentes, pero que podéis, a partir de ahora, arreglarlas juntos.

—Dentro de dos días jura el cargo de ministro de Exteriores. No voy a estar junto a él, ya he decidido no ir. Allí no me siento cómoda y, además, no me gusta nada la política, pero si volvemos a estar juntos, tendré que ayudarle y acompañarle, y no sé si voy a tener fuerzas para eso.

—Bueno, le tendrás que ayudar, pero solo cuando sea preciso. En cualquier trabajo nadie va a la oficina con su mujer, ni a los viajes de negocios con las esposas. Violet, tienes que aprender también a darle su espacio, como él ha hecho con el tuyo. En eso serás tú la que tengas que aprender a respetar su responsabilidad.

—Pero es que no sé si podré volver a soportar sus dudas y sus temores. Me da miedo volver a vivirlo, pero me da más miedo todavía no estar con él.

—Violet, él está completamente entregado, llama todos los días y no sabe ya qué hacer para verte.

—Es verdad, tiene razón, pero, doctora, ¿hay alguna medicina para controlar el exceso de amor?

—Oh, Violet, qué bonito lo que me preguntas y qué cierto es. A mí me encanta una poesía de un escritor hispano, Rubén Darío, que podría parecerse a lo que estás viviendo. Dice así:

Cuando llegues a amar, si no has amado,
sabrás que de este mundo
es el dolor más grande y más profundo
ser a un tiempo feliz y desgraciado.
Y lo peor y lo más terrible
es que vivir sin él es imposible.

—Doctora, es lo que me pasa a mí, así es lo que siento…, es una poesía increíble.

—Pues siéntete satisfechísima. Tienes la suerte de amar con la intensidad que ensalzan los poetas. Así que ya sabes lo que tienes que hacer: disfruta de ese amor, cuida ese amor y vive ese amor, pero no como en la poesía. ¡Menos tragedia y más comedia!

* * *

—Violet, ¿qué tal te encuentras hoy? —me preguntó Poppy—. Te veo más relajada, mejor vestida, tienes mejor aspecto.

—Sí, posiblemente sí, Poppy. ¡Cómo te agradezco todo! Poco a poco me voy a poner bien, estoy segura.

—Ya te digo yo que te queda muy muy poquito. —Poppy sabía, tras la larga conversación con William, que el encuentro estaba ya cerca.

—Poppy, Andrew se habrá marchado ya de la cabaña, ¿verdad? Lo último que me dijo Lili es que era posible que siguiera allí, que había visto las ventanas abiertas ayer mismo, cuando ella se acercó a caballo.

—No te preocupes. Andrew seguro que ya no está allí, pero ahora mismo lo iré a comprobar. Me acercaré con el coche, así voy y vengo más rápido, ¿te parece?

—¡Por supuesto! Te agradezco tanto lo que haces por mí…, y mucho más sabiendo lo que tú también has sentido por él.

—Violet, ni lo mencionemos, no merece la pena. Yo solo te lo comenté porque, como me conoces tan bien, tuve que darte la razón en tus suposiciones, y, aunque en algún momento hubiera hecho cualquier cosa por estar con él —perdóname, Violet—, nunca nunca pensé acercarme con ninguna intención, ni buena ni mala, nunca. Siempre supe que él no era para mí, ni lo iba a ser, que a mí no me miró ni un segundo. Pero me gustó desde el principio, y con lo que me contabas y las poesías que te recitaba y lo que vivíais pues fui enamorándome de él más y más… En fin, ya sabes, «el corazón tiene razones que la razón ignora».

—Es verdad, Poppy. Dame un beso grande, hermanita. ¡Qué desgraciadas somos las dos!

* * *

Acto seguido Poppy cogió el cuatro por cuatro de la granja. Se acercó a casa de sus padres y, sin decir nada a nadie, cogió la escopeta de caza de su padre, sin cartuchos, por supuesto, pero la introdujo en el coche pensando que, a lo mejor, tendría que enseñar sus peores armas para convencer a Andrew de que se tenía que ir, que por desgracia había llegado demasiado tarde y que ya nadie quería que estuviera allí, ni Violet ni su mismísima hija, ni ella, por supuesto.

A los pocos minutos, Poppy estaba en la ladera a menos de diez metros de la casita. Frenó el coche y salió con la escopeta en la mano.

Mientras se acercaba dispuesta a abrir la puerta, apareció Andrew bajo el dintel. Pantalón *beige*, camisa de rayas por fuera del pantalón, descalzo, bastante *sexy*, algo desaliñado y, a pesar de todo, con su enorme atractivo a flor de piel. A Poppy, al verle, le tembló todo el cuerpo. Sentía auténtica debilidad por él. Le había querido platónicamente y, con toda seguridad, le había idealizado más de lo debido, pero sabía que no se merecía ni su benevolencia ni su respeto

—Poppy, ¿qué haces con una escopeta en la mano? No será para mí, ¿verdad?

—Pues no sé, si la tendré que usar contigo o no. —Poppy respiró hondo—. Me he acercado hasta aquí porque creía que tú no estabas y que había alguien sospechoso en ella. Por lo visto, Lili te dijo que te marcharas y ella, ayer, mientras iba a caballo, se asustó porque vio de nuevo las ventanas abiertas.

—Bueno, lógico. Es verdad: le dije a Lili que me iría, ella me lo pidió, pero, Poppy, no me quiero ir, me cuesta mucho dejar esta casa donde viví los únicos tres años de felicidad de mí ya larga y tediosa vida. Quiero acordarme de Violet cuando era casi una niña y me quería con toda su alma. Quiero revivir aquí todos nuestros encuentros, ya no tengo ilusión más que por eso, y de verdad que todavía guardo ciertas esperanzas. Cuando me encontré en el aeropuerto con William, vi que estaba desesperado, que no pasaban un buen momento…

—Andrew, ¡qué dices! Para tu desgracia, Violet está enamorada de William y esta ya no es tu casa, ni siquiera es de Violet: se la regaló a Lili cuando se casó con William, no la quería conservar, pero comprendió que para Lili era como el cordón umbilical que siempre quiso que la uniera al padre que nunca tuvo.

—Poppy, ¿no comprendes que Violet aquí ha hecho un monumento a nuestro amor? —gritó—. ¿Cómo voy a marcharme, cómo voy a irme si todavía no puedo creer que ella transformara una cabaña vieja y destartalada en un hogar para nosotros? Estoy desquiciado, no quiero irme, no quiero ni volver a la India ni ir casa de mis padres a ver a mi hijo. Esto es una auténtica locura…

—Andrew, ella siempre creyó que volverías y siento decirte que ella te dio una oportunidad de más de quince años. Yo nunca comprendí cómo no la llamaste o viniste a verla. Tenías que haber visto cómo sacó adelante a vuestra hija. Nunca tuvo una niñera, sus padres no le pasaban dinero para eso, y ella sola fue creando la pequeña empresa en la granja y el huerto que ya es famoso en toda Inglaterra. Nunca les dijo a sus padres tu nombre; en el fondo, creía que volverías y que todo terminaría de manera feliz.

—Es terrible lo que he hecho con mi vida. No merezco nada, lo sé, pero ahora que he vuelto aquí no tengo fuerzas para marcharme. En la India he empezado una nueva etapa que estaba siendo muy sanadora para mí, pero ahora, esta casa, el campo, los olores de las flores que recogíamos ella y yo…

—Andrew, vete, por favor, no lo alargues más. Te aseguro que, si no lo haces, te obligaré yo por la fuerza. Violet va a ser feliz por encima de todo…, si no quieres que se muera en el intento, claro.

—No, no, no quiero hacerle más daño —dijo medio sollozando.

—Pues entonces —le gritó con fuerza y dolor a la vez—, vete de una vez. Estás siendo demasiado egoísta. Has llegado demasiado tarde.

* * *

Poppy volvió a la casa y yo la esperaba en la puerta con un sobre en la mano. Había recibido las flores más bonitas y románticas que tanto necesitaba para empezar a recuperarme. La carta de William me había hecho llorar, la leía una y otra vez. Mis nervios eran de tal categoría que no me dejaban ni hablar ni expresarme como a mí me gustaría.

Poppy me confirmó que ya no había nadie en la cabaña, y con un beso lleno de cariño le agradecí tan antipática gestión.

Lili me abrazó; no podía creer que, por fin, se empezara a arreglar mi delicado estado de salud. Las gemelas volvieron a reír y jugar junto a todas las mujeres de esta familia tan peculiar en el bellísimo salón que con anterioridad había brillado en fiestas, bodas y bautizos y que últimamente estaba triste y apagado.

Mi madre mandó preparar un delicioso almuerzo para celebrar el nuevo cargo de William, ya que yo estaba feliz tras recibir sus espléndidas flores.

—Mamá —le dije muy segura—, por favor, no organices nada especial. No estoy feliz, estoy conmovida y con el corazón encogido. Quiero a William, lo sabéis, pero no quiero verle, no antes de que yo vuelva a estar fuerte y segura de lo que tengo que hacer y, sobre todo y lo más importante, que yo sepa y aprecie que me respeta y no duda de mis sentimientos.

—Violet, acuérdate de aquel beso…

—Mamá, no me lo recuerdes, estoy también arrepentidísima, y así se lo dije a William, pero o nos perdonamos los dos y empezamos de nuevo o no podemos seguir: últimamente parecíamos un matrimonio de tres

—Entonces, ¿no estás más contenta, hija mía?

—Mamá, unas flores no sirven de nada, aunque tengo que reconocer que estoy conmovida y me muero por volver junto a él —admití entre sollozos,

—De acuerdo, no seré yo quien te diga lo que tienes que hacer. Ahora mismo digo que ni comida ni risas ni alegrías ni nada. Pero sí te digo una cosa: si quieres a William, deberías pensar también en tus hijas. Ya Lili vivió sin padre; espero que no les pase a las gemelas lo mismo.

Las últimas palabras de mi madre me dejaron desconcertada. Eso mismo pensaba yo de día y de noche y era, casi, mi mayor tormento. Pero sabía que tenía que curarme del todo, tenía que volver a sentirme segura. Quizás la que necesitaba cambiar era yo y no William.

* * *

En Grosvencer House empezó una trepidante maquinaria impuesta por una Violet que quería renovarse y recuperar la seguridad perdida. Tras reunir en la oficina a todo el personal y junto a las tres mujeres de la familia, empecé una nueva etapa en la que dar impulso a la empresa y a la cría de caballos y organizar, aquí también, los huertos solidarios, nueva aventura que consideraba prioritaria para todos.

Quería volver a encontrarme con mis antiguas responsabilidades, las que sin duda forjaron mi carácter y mi manera de ser, pero en este momento estaba desubicada, descentrada. Me sentía conmovida tras leer la carta de William, pero estaba segura de lo que tenía que hacer. Tenía que volver a disfrutar junto a mis tres hijas de la vida en el campo, montar de nuevo a caballo, serenarme, trabajar duro y tener ilusiones propias. Como decía mi psiquiatra, «Violet, tienes que tener en cuenta que si con todo lo que tienes no logras ser feliz, con lo que te falta tampoco lo serás». Y tenía razón: tenía primero que recuperarme y dar valor a todo lo que poseía, dar valor a mis hijas y darme valor a mí misma…Después podría enfrentarme a mis miedos.

La reunión fue casi una fiesta. Todos mis compañeros de «La huerta de Grosvencer House» me recibieron con enorme cariño. Habían estado muy preocupados por mi salud —lo llamaron «salud» en vez de desesperación— y me mostraron de nuevo sus ganas de trabajar. Las niñas pequeñas corrían por la huerta encantadas. Sabían recoger tomates y berenjenas, venían ya con la lección aprendida de Nueva Delhi. ¡Qué días tan felices pasamos allí también! ¡Cómo echaba de menos a William!

—Mamá, Lili, me vuelvo a casa, ¿venís conmigo? Tengo que hacer unas llamadas y prefiero hacerlas desde mi cuarto. Luego volveré aquí, a la oficina.

—De acuerdo, Violet, pero yo me quedo; quiero ponerme a trabajar ya, ahora mismo, mi ilusión es enorme —dijo casi gritando mi queridísima madre, entusiasmada por la nueva vida en la que se iba a involucrar.

—Lo sé, mamá, lo sé. Yo también estoy deseando trabajar contigo. Si queréis, esperadme aquí con las niñas y vuelvo en media hora. Nos vemos enseguida, ¿de acuerdo? Lili, ¿te apetece que demos una vuelta a caballo con las gemelas? A mí me encantaría; de hecho, es lo que más me puede apetecer en estos momentos.

—¡Claro que sí, mamá, las voy preparando! ¡Qué monas van a estar con sus botas y sus cascos!

Me di la vuelta y con mis botas de agua manchadas de barro y el chaquetón que empezaba a empaparse de la cotidiana y suave lluvia de Bath empecé, despacio y pensativa, a recorrer el breve camino que separaba el huerto de la casa grande y, por supuesto, William apareció de nuevo en mis pensamientos. Era como si le tuviera a mi lado y volviera a notar el roce de su mano en mi cadera, su sonrisa y sus ojos al mirarme y la alegría que desprendía al estar conmigo. En ese momento, oí un ruido de motor proveniente del camino de entrada a la casa, miré a mi derecha y me pareció ver el coche de William. No había duda, era él en su Jaguar, en el que tantas veces habíamos recorrido los campos de Bath cantando y riendo mientras escuchábamos nuestra melodía fetiche: «Words».

El corazón se me aceleró de tal manera que no sabía si ponerme a correr o qué hacer. Mi cuerpo no se movía, me quedé como una estatua de piedra, pero con una taquicardia que no me dejaba respirar y que hacía que se me saliera el corazón del pecho.

Mi primer impulso fue salir corriendo, esconderme. No sabía si quería verle. Me puse tan nerviosa que creo que hasta grité en la soledad del jardín. Por fin conseguí entrar en la casa, subí corriendo las escaleras de piedra hasta mi habitación y cerré la puerta. Desde luego, por mi reacción instintiva, estaba claro que no le quería ver, o que me faltaban las fuerzas para volver a verle sin abrazarle. Tenía miedo, estaba descontrolada.

Me acerqué al balcón que daba al jardín y desde allí vi cómo bajaba de su coche. ¡Dios mío, cómo le quería! ¡Qué guapo estaba y qué asombroso atractivo ejercía sobre mí! Hubiera corrido a sus brazos, pero todavía no podía hacerlo, y ahora creía que ya era más por mí que por él. Tenía que reconstruirme y volver a recobrar la seguridad en mí misma que tanto me faltaba.

Dejé de verle y presentí que acababa de entrar en casa. ¡Qué sensación la de saber que estábamos tan cerca! ¡Casi hasta notaba su respiración y su piel! Estaba a su lado en el pensamiento, le veía aquí, junto a mí, en la cama.

En ese momento unos toquecitos nerviosos en la puerta me sacaron de mis pensamientos. Volvieron a llamar con insistencia. Abrí nerviosa y la cara desencajada de Poppy apareció ante mí.

—¡Violet, Violet, William está aquí, abajo, en el salón! ¡Quiere verte a ti y a las niñas, pero sobre todo a ti!

—No, Poppy. —Y me puse a llorar. No podía imaginar que mi amor estaba a pocos metros y sentía auténtico temor de volver a verle—. No puedo, Poppy, no estoy preparada, no estoy bien todavía.

—Pero ¡qué te importa! Es tu marido y yo te acompaño, te llevo del brazo.

—¿Qué dices, Poppy? Si le veo, me abrazo a él como loca… Le quiero con toda mi alma, le quiero muchísimo, pero es que tengo miedo, mucho miedo. Estoy como bloqueada, pensando que me pueden volver a dejar sola y no sé reaccionar! Creo que me falta tiempo.

—¿A qué tienes miedo, Violet? Parece que la psiquiatra no te ha servido de nada. Si creíamos que ya estabas mucho mejor…

—Sí, sí me ha servido. Precisamente ella es la que me ha dicho que mi medicina solo tiene un nombre, y que ese nombre es William. Pero, Poppy, yo sé que todavía no estoy preparada. Me da miedo volver a pasar por lo que hemos vivido. Tengo terror, auténtico terror, al abandono.

—Violet, de acuerdo, pero no te entiendo. ¿Y qué quieres que le diga entonces? Él estaba dispuesto a subir a vuestro cuarto en cuanto ha llegado. Le he tenido que parar en las escaleras. Como te ha mandado las flores y su carta pidiéndote perdón…

—¡No, no, por Dios! Dile la verdad, dile que no puedo verle, que no estoy preparada, que sus flores son preciosas, pero que estoy en *shock*, que no puedo, de verdad. ¿Y si le llevas con las niñas que están en las caballerizas?

Poppy se dio la vuelta y cerró la puerta tras de sí. Me quedé intranquila, pero respiré hondo. Estaba claro que me aterrorizaba volver, que era superior a mí, y también estaba destrozada por no bajar y besarle y quererle. Me tumbé en la cama, muy quieta, sin mover nada de mi cuerpo, imaginando a Poppy y a él hablando en el salón, discutiendo seguramente. ¡Pobre William! Ahora era yo la herida, la que no podía admitir sus celos y desconfianza.

Al cabo de unos minutos y tras oír cómo se cerraba la puerta de nuestra casa, miré por el balcón y tras los visillos vi cómo William y Poppy se dirigían a la huerta hablando y

gesticulando con los brazos. A mi marido no le había gustado nada mi decisión. Quizás estaba tensando demasiado de la cuerda, como decía mi madre, pero no podía volver así, sin más, después de que me abandonara en Nueva Delhi para enfrentarme sola a uno de los momentos más tristes de mi existencia.

Empecé a imaginar la alegría de las niñas al ver a su padre después de casi un mes y a Lili gritar mientras le abrazaba y, seguro, a mi madre pidiéndole, por favor, que tuviera paciencia conmigo, que yo le adoraba, pero que estaba enferma, o algo así, todo menos hablarle de mi realidad vivida. Y me daba mucha pena no disfrutar de esos momentos todos juntos. Casi era la primera vez que podíamos haber estado toda la familia y ya sin secretismos en nuestras vidas. La identidad de Andrew se había destapado para todos y era posible que estuviéramos empezando a vivir el principio del fin de su historia entre nosotros. Por lo menos, ya todo lo referente a él podría arreglarlo Lili si decidía relacionarse con su padre o mi madre quizás. Poppy y yo, por distintos motivos, era mejor que no volviéramos a verle. ¡Hasta en eso nos parecíamos!

Me senté, triste, en la cama. No sabía si hacía bien, si estaba haciendo un castillo de la nada, pero todavía recordaba y no entendía que me dejara salir sola con las niñas de la embajada sin su compañía, como si estuviéramos huyendo. Fue un momento desolador, bastante cruel y, creo, inmerecido.

En ese momento oí gritar a las niñas. Sashi y Anusha empezaron a llamarme. Miré de nuevo por el balcón y las vi de la mano de su padre y de Lili, los cuatro andando por el jardín hacia la casa. Me moría de alegría y me moría de pena. ¿Y no iba a bajar con ellos? ¿De verdad que no iba a bajar? Al día siguiente, a mi marido le nombraban ministro de Asuntos Exteriores y ¿no iba a ir tampoco a felicitarle? Verdaderamente me habían hecho daño, no me conocía ni a mí misma.

Ese día no salí de la habitación, volví a encerrarme: no quería que nadie me contara nada de William. Y esa vez todas respetaron mi decisión. Nadie quiso entrar, a nadie pareció importarle que lo hiciera. Quizás estaban ya cansadas de mis reacciones o que en esta ocasión le daban la razón a mi marido. Habían estado con William y tal vez habían caído en sus redes, como yo misma habría hecho. Entonces empecé a preocuparme; no sabía si mi actitud era lógica o, por el contrario, había terminado de estropear todo. Pero lo que no iba a aguantar era que ahora Poppy y mamá me hablaran bien de él y mal de mí.

Llamé a mi psiquiatra. Me tranquilizó, me dijo que había sido valiente y que demostraba con mi actitud que luchaba por mi matrimonio, pero por un matrimonio sano, sin daños colaterales. Eso me gustó, me tranquilizó, y conseguí dormir.

A la mañana siguiente un grito de felicidad de mi madre me despertó del largo letargo. Extrañamente había dormido y sobre todo descansado, aunque no podía quitarme de la cabeza a William y su enorme atractivo, que era casi magnético para mí. Pero el grito me preocupó. Salté de la cama, abrí la puerta.

—¡Mamá, mamá, ¿qué pasa, que te pasa?!

—Nada, hija mía, nada. —Se rio abiertamente—. He pensado que era la mejor manera para que por fin abrieras la puerta de tu cuarto. En este momento están poniendo en las noticias la toma de posesión de William. Ven, ven a mi habitación. ¡Está tan guapo, tan atractivo!…

Miré la pantalla y me quedé absorta. Allí estaba William, mi marido, con su traje gris marengo, impecable, su pelo castaño casi rubio y una mirada tan seductora que sabía que en ese momento todas las mujeres que le estuvieran viendo se enamorarían de él.

—Violet, eres tonta, de verdad. Mira que no quiero meterme en nada, pero quizás empiece a pensar que no te mereces a William.

—Mamá, me voy. Si te pones así, no te voy a escuchar.

En ese momento llegó Lili con las pequeñas:

—Mamá, ¡por fin! Qué pena que ayer no bajaras, me encantó volver a ver a William. Estaba triste y le noté preocupado contigo, pero me dijo que quería que supieras que siempre te va a querer y que él esperará a que te recuperes. Que le hubiera encantado ayudarnos más con Andrew, pero que creía que era un problema solo nuestro, y quizás, mamá, tenga razón, ¿no crees?

Entonces me senté frente a Lili y muy seriamente le hablé, alto y claro, para que mi madre también lo escuchara.

—Efectivamente, William puede tener razón y que el problema sea nuestro, tuyo y mío y solo nuestro, y que lo teníamos que resolver nosotras, pero no te está diciendo que la razón principal de que no estuviera junto a nosotras era por un problema enorme de desconfianza y celos. Él ha alimentado esos pensamientos y es a él a quien le han desbordado. Él me dejó marcharme de la embajada sola, destrozada por las noticias de tu relación con Jack, y, aunque le quiero con toda mi alma, todavía no le he perdonado, no sé por qué, pero ahora la que desconfía soy yo.

—¡Madre mía, qué lío, mamá! ¿Y cuándo le vas a perdonar? Yo me siento más segura aquí con él, y las gemelas se pusieron como locas al verle y tú me dices que le quieres con todo el alma. ¿No te parece una auténtica locura también lo que estás haciendo?

—Bueno, tú no te preocupes. Entiendo que no me comprendas, pero estate segura de que él sí sabe por qué estoy así.

* * *

Ese día lo pasamos todas en la huerta y en las caballerizas. No quería volver a ver las noticias, la verdad es que me dolía la situación. Mi madre por fin empezó a ayudarnos y logré que no se acordara o, por lo menos, que no hablara de nuestro tema. Las niñas correteaban a nuestro alrededor, y Lili y yo nos sentamos en la oficina a dar forma a nuestros huertos solidarios. Quería que ella, que había decidido no volver a la universidad para no ver a Jack, se ocupara en persona de esta nueva iniciativa. Por experiencia propia sabía que lo que más te aportaba y te ayudaba a ser feliz era lo que podías hacer por los demás.

Esa noche dormí con Lili en su cuarto, abrazada a ella, como cuando era pequeña. Quizás había sido egoísta y había pensado demasiado en mí y poco en mi hija, pero me estaba demostrando que era fuerte, tanto o más que su madre, y ahora me estaba dejando yo mimar por ella.

44

—Violet, te llama al teléfono una señora que se llama Emily Walls —me dijo Poppy—, ¿te quieres poner?

—Sí, me pondré. Es raro que me llame, pues es una persona que no me molestaría si no fuera importante. Lo cojo desde aquí mismo, pásamelo a la habitación, por favor, Poppy.

—Señora Walls, Emily, ¿cómo te encuentras? ¡Qué bueno saber de ti! Hacía mucho que no hablábamos.

—Buenos días, Violet, ¿estás sola o acompañada en este momento?

—Acompañada por mi hija, ¿por qué?

—Porque ha pasado algo muy delicado, una tragedia…

—¿William…, es William?

—No, no, William no… William no es. Son lady Turner y Stella… Es horrible: esta noche se han quitado la vida, las dos juntas… Es horrible. —Emily empezó a llorar. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. En ese momento, pensé en William, en la tristeza que le iba a embargar cuando lo supiera, en que de nuevo podía hacerse responsable de todo…

—Pero ¿qué dices Emily? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Ha habido alguna razón? ¡Es terrible!

—Bueno, creo que la razón habrá sido la falta de fuerzas de Stella para seguir viviendo y el agotamiento absoluto para seguir sufriendo de su madre, lady Turner. Es probable que fuese una decisión de Stella, pero Maggie no podía seguir sin ella, y lo habrán hecho de común acuerdo. ¡Es terrible! ¡Es el final de una historia triste, muy triste! ¡Después de tantos años intentando sobrevivir!…

—¡Por Dios! ¿Qué podemos hacer? ¡Dime qué quieres que haga! ¿Voy a Londres a ayudarte? ¿Lo sabe ya William? ¡Pobre William!

—No, Violet, están aquí los dos hijos varones de lady Turner, que nunca han hecho caso ni a su madre ni a su hermana, pero que ahora están levantando toda la casa buscando joyas y documentos.

—¡Oh, por Dios, qué desagradable! ¿Pero está confirmado el suicidio?

—Bueno, no, les tienen que hacer la autopsia, pero lady Turner ha dejado una carta que tiene la policía y, aunque no la hemos leído, parece ser que dice que no les quedaba otro remedio. Que Stella no quería vivir y ella quería dejar de sufrir.

—¡Oh, qué tristeza! ¡Desde luego, qué vida tan desgraciada han tenido! ¡Cuánto siento todo! ¡Es tristísimo!

—Pero, Violet, lo peor es que un hijo de Maggie, un hermano de Stella, está dando ahora mismo una entrevista a distintos medios y está haciendo responsable de la situación de su hermana a tu esposo, a William. Acabo de oírle decir a los periodistas que fue el culpable de un

accidente que postró en silla de ruedas a Stella, a la que, con anterioridad, había prometido matrimonio y que luego no cumplió, y que lo contará todo en una entrevista, ya sabes, en los tabloides.

—¡Qué dices, Emily! Por Dios, si es todo lo contrario… ¡Oh, pobre William! Ahora mismo me visto y voy a Londres. Tengo que estar con él, no puedo dejarle solo.

—Sí, harás bien, por eso te he llamado. Él no se merece esto ahora… Bueno, ni ahora ni nunca, porque no es verdad. —La señora Walls tragó saliva mientras sollozaba—. Lady Turner me contó todos los hechos como sucedieron y la actuación de lord Coningham ha sido ejemplar, y si tengo que declarar ante un juez lo diré con todas las letras, quiero que todo el mundo sepa la verdad, y que estos hijos de… no se salgan con la suya

—Emily, voy para allá… ¡Pobre William, pobre William!

—¡Mamá, Lili, Poppy! ¡Mamá, mamá! ¡Lili! ¡Por favor, venid! —grité con todas mis fuerzas desde el pasillo.

—¿Qué te pasa, hija mía?

—No es a mí, es a William.

—Pero dinos qué… Me va a dar un infarto. En esta casa es imposible pasar un día tranquilo…

—Mamá —dijo Lili cogiéndome del brazo—, tranquilízate, por favor. ¿Qué le ha pasado a William? ¿Dónde está?

—Es algo tan escabroso y trágico que me da hasta apuro contároslo, pero me tenéis que ayudar: todas tenemos que irnos ahora mismo a Londres para estar junto a William.

Y con las tres mirándome con los ojos como platos, sin hablar, y con la boca abierta, fui desgranando la historia de William y Stella hasta ese mismo día en que me había enterado que habían puesto punto final a su triste vida.

Un silencio sepulcral invadió mi dormitorio. Seguro que no podían creer ni lo que acaba de pasar ni lo que le pasó a William hacía tantísimos años.

—Mamá, Poppy, tengo que ir inmediatamente a Londres, tengo que estar con él. En este momento estará destrozado escuchando las declaraciones del hermano de Stella y no podrá creer lo que le está pasando. Siempre ha sido y lo ha considerado como el peor trance de su vida. ¡Mamá, si esta mañana ha jurado el cargo de ministro! Si le acabamos de ver en televisión: estaba serio, aunque feliz por el honor que supone para él este momento. ¿Y ahora esto? Pero ¿qué nos está pasando? Pobre William. ¡Quiero irme con él ahora mismo! ¡Ahora sí que me necesita!

—Sí —dijo Poppy, la más serena de las cuatro—, creo que sí, que tienes que estar al lado de William.

—¡Ahora mismo me visto y me voy… Bueno, nos vamos! Lili, vístete y estate preparada, si fuera necesario, para salir en televisión. Creo que se está formando un revuelo mediático. Y que vistan a las niñas, que les pongan el vestido blanco con cuello redondo, las cuatro vamos a ir a defender en público la unión de nuestra familia y, sobre todo, su inocencia. Mamá, ¿tú quieres venir? Poppy, ¿y tú?

—Por supuesto que nos vamos. ¡Ahora mismo nos arreglamos!

—Poppy, por favor, avisa al mecánico que iremos las seis a Londres en media hora. Mamá, que nos preparen unos sándwiches: será nuestro almuerzo en el coche. No quiero parar a tomar nada,

quiero estar cuanto antes en Londres con mi marido. No puedo pensar en él sin llorar… Estar solo en un momento así.

Las mujeres Grosvencer nos pusimos en marcha. Ya éramos seis. Las cuatro adultas habíamos demostrado estar preparadas para las contrariedades y en ese instante ninguna había dudado en saber cuál era su sitio.

Entre lágrimas y con el corazón que se me salía por la boca, me encontraba llena de furia y de fuerza para defender con uñas y dientes al hombre más cariñoso y leal que había conocido. ¡Con lo bien que se portó siempre con Stella! ¡Cómo tenía que estar pasándolo!…

Me desnudé en un segundo, vi mi casi esquelético cuerpo frente al espejo —el sufrimiento me había pasado factura—, y me dio coraje no encontrarme en mi mejor momento para estar junto a William. Entré en la ducha, abrí el grifo de agua fría, mi gran aliada, y empecé a recibir el torrente helado como una catarata de fuerza y vigor. Estaba deseando llegar a Londres y abrazar a mi marido. En este momento tenía que ser un hombre destrozado y desolado…

Salí lo más rápido que pude, me sequé la melena, me la arreglé con el secador y a toda velocidad decidí vestirme con un elegante traje pantalón azul marino —espectacular, pero de color discreto—, y unas gruesas y grandes gafas negras con las que llamaría la atención. Hoy sí que quería llamar la atención. Quería que todo el mundo viese y supiese que adoraba a mi marido, que era el hombre más humano y generoso que conocía y que, si querían guerra, la tendrían.

* * *

Media hora después todas las mujeres Grosvencer estábamos ya en el interior del amplio automóvil dispuestas a llegar cuanto antes a la capital. Yo me había maquillado los ojos y dado a mis labios el brillo adecuado para parecer la mujer más elegante de Inglaterra. La chaqueta, con destacadas hombreras y botonadura cruzada, y un pantalón a juego con pinzas y pata ancha me daban un aspecto imponente. Así lo había querido, hoy no deseaba pasar desapercibida, y todas alabaron mi decisión.

Lili se vistió con un traje azul corto, por encima de la rodilla, con manga también corta, y bailarinas en el mismo tono. Su larga melena rojiza y ondulada la hacía parecer una moderna princesa, pero de película. Mis dos pequeñas eran dos muñecas rubias y simpáticas. Nunca lloraban y seguro que tampoco lo harían en esta ocasión. Poppy iba maravillosa con pantalón negro y chaqueta *beige*, y, por fin, mi madre, la duquesa viuda, la gran señora de la sociedad inglesa, había decidido vestirse entera de negro, falda y chaqueta ajustada, con la camelia blanca de Chanel adornando su solapa como broche y zapatos bicolor. Su melena rubia recogida en un sencillo moño y unos pendientes de llamativas perlas completaban su *look*. Éramos como una pequeña y bella «armada» femenina que quería llegar cuanto antes para ayudar al hombre al que todas queríamos, y al que yo necesitaba más que a mi vida.

El viaje se nos hizo largo y tenso. Casi nadie probó bocado, estábamos demasiado nerviosas para comer, y aprovechando que las pequeñas se quedaron dormidas casi en el mismo momento de salir, las demás no abrimos la boca de los nervios y la preocupación que nos acompañaban.

—Poppy, por favor, llama a John —le pedí cuando ya solo quedaba media hora para llegar—, que se entere de dónde se encuentra en este momento William. Quiero llegar junto a él cuanto antes. No quiero parar en casa. ¿Podéis aguantar sin ir a casa? —pregunté a Lili y a las niñas.

—Por supuesto, mamá. Poppy, por favor, llama ya a John —dijo nerviosa Lili.

—Violet, Violet. ¡Oh, qué triste noticia! —me dijo Poppy cuando colgó—. Parece ser que William va a dimitir en pocos minutos. En este momento está en Downing Street con el primer ministro. Dice John que hay demasiados periodistas en la puerta de tu casa de Londres, que no vayamos allí.

—¡Oh, por Dios! ¿Que va a dimitir? ¡Pobre William! ¡Qué lío tan grande, tan enorme!… Pues vayamos directamente a la casa del primer ministro. Yo quiero verle ya, no quiero esperar a que haga todo solo. ¡Por favor —pedí, contundente, al mecánico—, llévenos hasta allí, a Downing Street, cuanto antes!

—¿Estás segura, hija mía? —me preguntó mi madre—. ¿Te das cuenta de que estarán todos los periodistas esperando su salida? Lo que está sucediendo me recuerda al caso Profumo. No sabes la que se montó socialmente, Violet.

—Por favor, mamá, no me pongas más nerviosa. Me importa un bledo la sociedad. Además, Profumo seguro que se lo merecía o, por lo menos, eso creo, pero William no se merece nada de esto… Y el pobre ha tenido que dimitir. Si no ha sido ministro ni veinticuatro horas. —Empecé a llorar, no podía parar—. ¡Odio la política! ¡Qué cruel es!

—Señora duquesa —alzó la voz el chófer—, ya estamos llegando y hay mucha gente y fotógrafos. ¿Qué quiere que haga? ¿Les dejo aquí o hablo con algún policía a ver si nos dejan llegar hasta la puerta?

—Pues si hace el favor, acérquese y pregunte.

Todas esperábamos inquietas a que el chófer volviera para saber qué tendríamos que hacer y cómo llegar hasta allí. Al poco le vimos acercarse al automóvil.

—Señora, no es posible, no puedo acercar más el coche, no tenemos permiso y no nos dejan. Ustedes, en cambio, sí pueden ir andando, si quieren. Por lo visto, lord Coningham está empezando a hablar en la misma puerta de la casa del primer ministro.

—¡Oh, por favor, voy, voy! —exclamé—. Vamos todas.

—Violet, ¿que vayamos hasta allí, hasta donde están los fotógrafos?

—¡No, mamá, que vayamos hasta donde está mi marido, tu yerno, el padre de mis hijas! —grité presa de los nervios.

—De acuerdo, de acuerdo, bajemos todas.

Y como un escuadrón de mujeres valientes y decididas, abandonamos el coche y empezamos a andar, deprisa, pero sin perder la compostura, con las espaldas rectas y mirando de frente, hacia donde se encontraba todo el mundo.

Yo, resuelta, llevaba de la mano a Sashi. Con las gafas negras, mi media melena tan chic y el traje pantalón azul oscuro adornado por un largo collar de finas perlas, parecía una modelo desfilando por una pasarela, pero, desde luego, era una pasarela solo para mujeres valientes.

A mi lado iba Lili con Anusha de su mano y detrás, mi madre del brazo de Poppy.

En un momento dado, mientras nos íbamos aproximando, Poppy recibió una llamada de su padre desde Grosvencer House

—¡Poppy, Poppy! ¡Está ardiendo la cabaña de Violet en la montaña! ¡Está ardiendo como una tea!

—Pero ¿qué dices? Por Dios, no estará Andrew en el interior, ¿verdad? ¿Están los bomberos? ¿Han mirado bien?

—Sí, sí, no hay nadie, gracias a Dios. Además, Andrew está allí, mirando cómo arde, petrificado, solo, da mucha pena… Pero nos ha asegurado que en esa cabaña solo hay recuerdos y objetos que ya no tienen importancia. Eso es lo que repite una y otra vez.

—Bueno, papá, pues estate tranquilo. Quizás lo que ha pasado sea lo mejor… Ya te contaré. —Y pensó en la tristeza de Andrew—. Si te parece, di a todo el mundo que tengan cuidado, que eso es lo más importante, y yo ya se lo diré más tarde a Violet. Tú ten cuidado también. Cuídate, por favor.

—¡Lili! —gritó Poppy—, por favor, Lili, acércate, tengo que decirte una cosa. Me acaba de llamar mi padre desde tu casa. La cabaña, tu cabaña, la cabaña de tu madre, está ardiendo, está calcinada, creo que no hay nada que se pueda salvar…

—Pero ¿qué me dices? ¡No, no! ¡Por Dios!

—Sí, Lili, pero no está Andrew dentro. De hecho, está junto a mi padre viendo cómo arde, seguramente ha sido él quien lo ha hecho. Ayer mismo le vi y le «animé», con buenas palabras, a que abandonara la cabaña. Le dije que ni tú ni Violet queríais que siguiera allí. Creo que ha sido él; vamos, estoy segura. Sabe que tu madre no volverá con él y ha querido destruir ese monumento al amor que allí se había levantado.

—Oh, Poppy, me está dando también mucha pena de Andrew. ¡Qué vida tan desgraciada!

—Bueno, es verdad, pero la podía haber arreglado, ¿no crees?

—Sí, es verdad, y la realidad es que todavía no le perdono que no hiciera nada por mi madre.

—Sí, ese es su gran dolor y su enorme error. Pero Lili, tú, poco a poco, perdónale, acércate a él y así le compensarás por ese dolor que tiene que sentir ahora.

—Sí, puede ser. Me va a costar, pero creo que debo hacerlo… Lo haré cuando me sienta con ánimos. Ahora lo único que veo es lo que le hizo a mi madre.

—Por cierto, hoy no le digamos nada a Violet. Mañana ya se enterará. Le dolerá, le producirá cierta tristeza, pero sé que le aliviará.

* * *

En cuanto llegamos pedí, nerviosa, pero aparentando serenidad y aplomo, permiso a todas las personas arremolinadas alrededor para llegar a donde estaba mi marido.

La gente empezó a abrir el círculo al verme avanzar con semejante porte y segura de mí misma, intentando llegar a William, y los fotógrafos enseguida se dieron cuenta de quién era. El silencio, de repente, empezó a reinar en la calle más «política» del Reino Unido. En ese momento, William me vio, y yo me quité las gafas y le miré sonriendo. Todavía no estábamos demasiado cerca, pero los dos nos quedamos petrificados mirándonos; dejé a Sashi con Lili, y sola, con enorme aplomo y una sonrisa emocionada y llena de amor, y como si no me diera cuenta de que me observaba todo el mundo, me acerqué a William y, sin decir una palabra, le besé apasionadamente. Fue un beso largo, lleno de amor, muy sensual y, por supuesto, muy *sexy*. Le abracé, le acaricié la cara, los dos mirándonos, embelesados, sin decirnos nada y volvimos a besarnos. No había palabras, pero con la mirada nos los estábamos diciendo todo, y por fin y con un emocionante abrazo juntamos nuestras mejillas y lloramos juntos, lágrimas, seguro, de tensión, de dolor y de alegría.

Durante muchos minutos no nos separamos. Nadie decía nada, solo se oían los clics de las cámaras de los fotógrafos, que se habían vuelto literalmente locos al poder captar esa historia de amor.

—¡Amor mío, Violet, cómo necesitaba estar contigo! Te quiero, te quiero con locura. ¡Eres tan buena y tan bella y tan increíble! —Vi unas lágrimas en los ojos de William.

—Lo sé, William, nunca me separaré jamás de ti. Eres la persona que más me importa del mundo, creo que más que las niñas… William, vente a casa, por favor, vente a casa y olvidemos todo. ¿Te imaginas mañana galopando por las praderas de Bath? —le dije, mirándole a los ojos sin poder separarme de él—. Olvidemos este dolor en el que hemos vivido y empecemos de nuevo. Yo ya estoy preparada.

—Violet, tengo que dar una explicación a los periodistas. Acabo de dimitir del cargo de ministro. Con esta acusación no puedo empezar a formar parte de un Gobierno.

—Lo sé, y has hecho muy bien. Habla, habla si quieres, pero no soltaré mi mano de la tuya. Estaré aquí junto a ti, asintiendo y demostrando que te apoyo y que estoy de acuerdo en todo. Quiero que sepan que te quiero, y que tu familia te adora… Mira, allí están todas tus mujeres. Hemos venido todas para quererte y apoyarte. —Señalé donde se encontraban emocionadas las cinco mujeres Grosvencer, que secaban con pañuelos las lágrimas que caían de sus ojos al ver una de las escenas más bonitas y románticas del año.

—¡Oh, por favor, pero si estáis todas!… ¡Qué afortunado soy, Violet! Te quiero con locura y a las niñas y a Lili, mis tres hijas… Y a tu madre y a Poppy.

Entonces mucho más sereno pero muy emocionado y agarrado fuertemente a mi mano, William empezó a hablar con la tranquilidad del hombre que se sabe inocente y también amado y comprendido.

—Buenas tardes a todos, gracias por esperar tanto tiempo, pero creo que han vivido junto a mí el momento más emocionante y romántico de mi vida, y eso que ya he tenido muchos maravillosos momentos con mi increíble esposa. —Todo el mundo que se arremolinaba rompió a aplaudirnos. El discurso empezaba bien para William—. Cuando peor lo estaba pasando, cuando la vida me ha puesto frente a las más injustas injurias y deleznables mentiras sobre mi honorable manera de actuar con lady Turner y su hija Stella, que lamentablemente fallecieron anoche, he tenido la suerte, sí, la suerte, a pesar de lo que estoy pasando, de ver y vivir cómo las personas que me conocen me siguen queriendo y no dudan para nada de mi inocencia y de mi manera de proceder. La justicia es la que tendrá que decidir si yo soy o no culpable de algo de lo que ha sucedido esta noche en casa de lady Turner y de lo que me acusa su hijo… Acabo de dimitir de mi cargo de ministro. —En ese momento un murmullo invadió la calle—. No podía comenzar a trabajar para mi país y para nuestra reina con dudas sobre mi honorabilidad y, a partir de hoy mismo, me pongo a disposición de la justicia para demostrar que todo lo que han dicho de mí está alejado de la verdad. Señoras, señores, en este momento ya no soy político, ya no pertenezco al Gobierno, ya soy una persona igual a cualquiera de mis conciudadanos que tendrá que defender su verdad y su inocencia. Lo que sí les quiero decir es que mi esposa, Violet de Grosvencer, es la mujer más valiente y generosa que nadie haya conocido, por no hablar de su extremada belleza.

Todos sonrieron y William también: se encontraba feliz y orgulloso mientras me miraba. Me besó de nuevo y fue un beso apasionado, largo, de película, delante de los focos de los fotógrafos y rodeado por su numerosa familia, que estaba deseando abrazarle. Pero William pensó también con gran pena en Stella, una bellísima mujer con la peor suerte del mundo, y en su madre, que se había dedicado en cuerpo y alma a ella. El capítulo más duro de su vida comenzaba a tener un final, pero él, estaba seguro, no podría olvidarlo nunca. Cuando se enteró de la noticia, imaginó que podía haber sido por el encuentro con Stella en Harrods. Supo, tras hablar con Emily Walls,

que al verle comprando cuentos para sus niñas había vuelto a romperse el corazón de Stella, un corazón agotado y ya imposibilitado para luchar. Ella en silla de ruedas, con la cara desfigurada, y William con tanta ilusión… La pena por esta tragedia sabía que le acompañaría hasta su muerte, tenía que aceptarlo y vivir con ella, y entonces pensó en la inteligente reina Isabel, la persona que le aconsejó que me contara todo antes de casarse conmigo, que esas cosas se podían volver contra uno como un bumerán y había acertado de pleno. Si no me hubiera explicado nada, en este instante estaría roto mi matrimonio para siempre, ¡seguro!

Cogió entonces a las dos gemelas en sus brazos y junto a mí, Lili, Poppy y mi madre posó para los fotógrafos: éramos su gran familia. Se estaba cumpliendo lo que yo quería. Que todo el mundo viera que William era una buena persona, familiar y consecuente, y sobre todo honorable y sincero. Tan honrado que no quiso esperar a que la justicia le diera la razón y prefirió dimitir y apartar la política de su vida.

Las niñas agarraban a su padre y le besaban, y yo no podía dejar de mirarle y sonreír mientras me sujetaba por la cintura. El ambiente tenso y dramático del principio se había convertido en dulce y alegre.

—Piernas largas, mi vida, estás muy delgada, estás espectacular pero muy delgada. Ahora te voy a cuidar yo, no me voy a separar ni un minuto de ti. Me vas a dejar que lo haga, ¿verdad? —Y me miró con tal ternura y enamoramiento que yo no pude menos que llorar. Los dos nos dirigimos al coche abrazados, agarrados de la cintura, mientras William me besaba y acariciaba mi cara. Era la imagen de una pareja enamoradísima que volvía a caminar unida.

—Violet, ¿por qué no nos vamos a ese sitio donde no tenemos que llevar zapatos? Nunca supe donde era, pero no se me quita de la cabeza. ¿Recuerdas? Traje de Delhi las maletas que preparaste para nuestro viaje, el que no pudimos hacer, las tengo en el hotel. ¿Nos vamos, Violet? Necesito estar solo contigo, mucho, mucho tiempo…

—Claro —dije riendo—, yo también, capitán. Por poco me muero solo con pensar que podríamos separarnos para siempre. El viaje que pensé era una isla privada, maravillosa, solo para ti y para mí, en las Maldivas. En el Índico, el océano de la India —Y le miré, sonriendo, mientras nos besábamos.

—Mi vida, no he dejado de pensar ni un solo día en ese lugar. No sé ni cómo es ni lo que nos espera allí, pero quiero irme contigo ya y, por favor, no llevemos ni zapatos, ni ropa ni nada… No nos va a hacer falta, tú y yo solos. —William reía pícaramente mientras me apretaba hacia él.

Y yo me quise morir en ese instante. Miraba a mi atractivo marido y no podía creer que de nuevo estuviéramos juntos, que fuéramos de nuevo a hacer el amor, que nos quisiéramos igual o más que antes y que fuéramos a tener un futuro juntos sin dudas ni celos, ni desconfianza. Andrew, por fin, se había marchado —Poppy me acaba de contar lo de la cabaña en llamas y se podría decir que respiré tranquila—, y la desgraciada desaparición de Stella quizás —aunque mucho más dolorosa— pudiera ayudar a William a dejar de pensar en el pasado.

—Piernas largas, eres increíble, y todavía no te he agradecido lo que hiciste aquella noche con el príncipe Amal. Ya me he enterado y he visto la carta. Se la he enseñado a la reina y me ha dicho que te traslade que eres digna hija de tu padre, que igual que él ganas batallas para la Corona. ¿No te emocionas, Violet?

—Sí, claro, William, pero la batalla que dice que gané para la Corona solo la quise ganar para ti. Tú eras en el que pensaba, no quería que el problema se volviera en tu contra, nunca pensé en la Corona… ¡Solo en ti!

* * *

Al día siguiente, William y yo, felices, abrazados y besándonos, aparecíamos en todas las portadas y en la página doble interior de todos los periódicos, una imagen conmovedora que impactó a todo el Reino Unido y que también, por sus connotaciones políticas y románticas, dio la vuelta al mundo. Un pie de foto y un enorme titular acompañaba la fotografía:

VIOLET Y WILLIAM DECIDEN SER FELICES

Lord Coningham, ministro de Asuntos Exteriores tan solo veinticuatro horas, dimite de su cargo político para demostrar su inocencia. Su bellísima esposa y sus tres hijas, como una piña, le demuestran, emocionadas, su apoyo incondicional.

Intensos y románticos momentos vividos por el capitán y la duquesa les lanzan al estrellato y hace pensar que bien podrían ser ellos, en un futuro, los nuevos inquilinos de la mítica residencia de Downing Street.

Las siguientes páginas las ocupaba un precioso reportaje de la reina y la familia real en Ascot. Cerca de ellos y al lado de uno de nuestros purasangre, Poppy, la gran Poppy, mi amiga, mi hermana, posaba, elegantísima y con un enorme sombrero, junto a la bella Lili, mi pequeña y gran amazona recogiendo un premio a nuestra yeguada. Ellas eran propietarias también y nadie mejor que ellas para entrar, con honores, en la inalcanzable lista de criadores galardonados en la pista más importante del mundo. Por mi parte, juré que nunca más, nunca, me acercaría, al menos de manera consciente, a un fotógrafo, pero tengo que reconocer que disfruté viendo a su majestad tan cariñosa y atenta con la nieta de su recordado y buenísimo amigo, el duque de Grosvencer. Me conmovió la escena. Lili, cuyo nombre era el mismo que el de la reina y había sido bautizada así en su honor, por fin conocía a la gran amiga de su abuelo, a la compañera de juegos de su infancia y a la persona que tanto me había ayudado en mi vida.

—Piernas largas, estamos guapos en las fotos, ¿verdad? —Se rio William, divertido, mientras esperábamos en la sala VIP del aeropuerto rumbo a las islas Maldivas y leíamos el periódico donde se nos veía a toda página besándonos, abrazados, mirándonos, muy elegantes, muy enamorados—. Es la segunda vez que me gusta salir en un periódico —admitió con gracia.

—¿Y la primera cuál fue, mi vida? —le pregunté, recostada en su hombro escuchando de nuevo las palpitaciones de su corazón y mientras su brazo sobre mi cintura seguía electrizándome la piel.

—La primera, la que más me gustó, fue el día que me casé contigo, Violet. Ese día, cuando te vi llegar al altar con el velo que se movía tras de ti haciendo cabriolas, y tú, impresionante, bellísima, te acercabas a mí como una auténtica princesa, me convertí en el hombre más afortunado del mundo. Esa sensación será imborrable en mi vida.

—William —le dije mirándole de nuevo casi incrédula de estar en sus brazos—, eres lo que más quiero en este mundo. —Me reí y le besé—. Todavía no puedo ni respirar si te miro y se me eriza la piel cuando me rozas con tus manos. ¡Qué suerte tengo, William! Por fin estamos solos tú y yo, sin recuerdos, sin pasado, con un bonito presente y un larguísimo futuro.

—Gracias, Violet, piernas largas, duquesa cautivadora e inesperada. Contigo la vida es un tsunami, pero yo ya estoy entregado, soy adicto total a esa sensación. Soy adicto a ti.

Playlist

Quienes ya me conocéis por haber leído mi anterior libro, *La reina de Nairobi*, sabéis que la música para mí es como el aire que respiro. Me gusta cantar, me encanta bailar, me emociono con las grandes canciones románticas y, por supuesto, lloro con las impresionantes partituras y sinfonías de los más grandes.

En esta nueva historia, tan romántica como de ficción, pero de la que espero que creáis que todo ha podido ser real, ¿por qué no?, también sus protagonistas viven y vibran con la música, con su música.

Violet, una mujer joven, moderna, especial y muy segura de sí misma, baila siempre que es feliz y le gusta disfrutar, provocar y, sobre todo, vivir rodeada de la música que, como nos pasa a todos, se convertirá con el tiempo en símbolo de cada capítulo de su vida.

¿Qué sería de Violet sin «Puente sobre aguas turbulentas», de Simon & Garfunkel? ¿O sin su «American Pie», de Don McLean, un himno de su época y también para ella y su primer amor?

Y, por supuesto, «My Sweet Lord», de George Harrison, la canción más bella y sentimental que le pudo dedicar mi protagonista a su segundo y gran amor.

O, también, la muy sentida y llena de fuerza «Words», de F. R. David, que Violet canta con ganas cada vez que va en el coche emocionada y enamorada y viviendo a tope sus maravillosas sensaciones.

También la muy sentimental «Yesterday», de The Beatles, que le recuerda cuando *ayer* fue feliz, cuando todavía no se había convertido en una persona solitaria y desolada.

En fin, Violet, como cada uno de nosotros, vive su vida con y a través de la música, y aquí, como no podía ser de otra manera, os traslado su *playlist*.

Si las escucháis tras leer algún capítulo, conoceréis mejor a nuestra increíble protagonista y viviréis más intensamente lo que ella ha vivido y nos ha contado.

«Marble Halls», Enya
«Mrs. Robinson», Simon & Garfunkel
«If You Could Read My Mind», Gordon Lightfoot
«Come Monday», Jimmy Buffett
«Sister Golden Hair», America
«Everything I Own», Bread
«Leaving On A Jet Plane», John Denver
«Lucille», Kenny Rogers
«Words», F. R. David
«Yesterday», The Beatles
«Concierto para piano n.º 5 en mi bemol mayor», Ludwig van Beethoven

«My Sweet Lord», George Harrison
«American Pie», Don McLean
«Take This Waltz», Leonard Cohen
«Here Comes The Sun», The Beatles
«Alone Again», Gilbert O’Sullivan

Agradecimientos

Sin duda, y con letras mayúsculas, mi agradecimiento absoluto tiene que ser para Ymelda Navajo, directora general de mi editorial La Esfera de los Libros, y a mi editora Berenice Galaz. Sin ellas, que han confiado en mí y me han animado a escribir esta segunda novela, no me hubiera atrevido a seguir en lo que en este momento es una enorme ilusión en mi vida.

Y mi agradecimiento también a Julia Martínez de Sola Monereo, por sus fabulosos detalles vividos por ella misma en la India.

Para ellas, mil gracias.